Marta Gracia Pons



LA HISTORIA que nos CAMBIÓ





Marta Gracia Pons



LA HISTORIA que nos CAMBIÓ







© Marta Gracia Pons, 2014

Primera edición en este formato: mayo 2015

© Portada: Emilio Sánchez Cazorla

www.martagraciapons.com
ISBN:978-84-606-8404-6

Prohibida la reproducción, la transmisión total o parcial bajo ninguna forma ni por ningún medio, electrónico ni mecánico, sin el permiso escrito de la autora.

Para Antonio y Montse

PRIMERA PARTE

1

Biescas, septiembre de 1928

Eran las nueve de la mañana, Esmeralda entró en la habitación de Fermín tarareando con melancolía la canción de un amor perdido. Descorrió las cortinas moviendo exageradamente sus caderas y abrió la ventana de par en par para que entrara el aire. La luz del sol inundó la estancia y un rayo iluminó la cara de Fermín. Éste se tapó la cabeza con el enorme almohadón de plumas y deseó con todas sus fuerzas continuar cinco minutos más bajo el tacto exquisito de las sábanas.

—Vamos señorito, sus padres ya están en el comedor esperando el desayuno—. Dijo suavemente, mientras le sacaba la ropa de la cómoda.

Fermín sonrió dulcemente a Esmeralda; sentía un inmenso cariño por ella. Era ya mayor y los años comenzaban a pasarle factura. Tenía el pelo cano y la espalda un tanto curvada de tanto fregar el suelo de rodillas.

—Voy a despertar a tu hermano—. Miró al techo como si hablara de una tarea descomunal—. Esperemos que hoy no tenga que decírselo dos veces.

Esmeralda se fue murmurando mientras Fermín se levantaba frotándose los ojos enérgicamente. Se puso la ropa que le había dejado preparada sobre la butaca de piel y se asomó por la ventana despejada desde la que se podía observar todo el pueblo. Sonrió al sentir la monotonía entrañable de Biescas: sus calles poco transitadas, sencillas, y aquellas fachadas viejas pero encantadoras. A pesar de ello, echaba de menos el carácter y la efervescencia que emanaba del paseo marítimo de Biarritz. Recordó sus dos últimos meses allí, disfrutando del verano junto a su familia; los paseos hasta el casino Bellevue, donde su padre tanteaba en exceso su suerte, o las escapadas al atardecer para jugar a orillas del mar. El aroma familiar del café y las tostadas que provenían del piso de abajo le devolvieron a la realidad.

El verano había terminado, se había marchado junto a la tranquila brisa del norte y las tardes en las que nunca se ponía el sol. Se dirigió al baño y su rostro se reflejó en el espejo sobre la pileta del lavabo; se hizo la raya al lado y se dio cuenta de que su rostro había cambiado: su mandíbula se había ensanchado y su nariz ahora era mucho más prominente. La pubertad seguía su curso, como le decía su madre, y comenzaba a ser un muchacho atractivo, de pelo trigueño y ojos claros. Sin duda alguna y, a menudo que pasaban los años, Fermín se parecía más a ella. Bajó las escaleras de mármol que conducían hacía el comedor principal y allí se encontró a sus padres, iluminados por la luz que se colaba por los altos ventanales. Su padre leía embelesado el periódico con una pierna apoyada sobre la otra y su madre le observaba como si esperara su atención.

—Buenos días.- Dijo Fermín con timidez.

—Buenos días, cariño—. Su madre se inclinó hacía él y le dio un beso —. ¿Tienes ganas de empezar las clases?

Fermín asintió sin mucho ánimo, aunque sabía que solo era cuestión de volver a acostumbrarse a la apariencia sobria de monsieur Lombard y a la tétrica biblioteca donde estudiaban, que estaba forrada de madera oscura y olía a viejo.

—Eres un buen estudiante—. Le guiñó el ojo y movió unos centímetros la copa de cristal todavía vacía—. Seguro que conseguirás todo lo que te propongas.

Fermín sonrió y miró con orgullo a su madre. Era una mujer joven y guapa, esbelta, de cara aniñada y color de pelo tan rubio como los mismos pendientes de oro que llevaba. Sin embargo, él siempre la recordaba manteniendo aquella actitud lánguida y melancólica, con esos ojos castaños tan tristes y pálidos que delataban una vida llena de amargura y algún que otro secreto desconocido para él.

Esmeralda entró en el comedor llevando una bandeja con café, zumo, bollos dulces y tostadas.

—¿Se ha levantado ya Martín? –Preguntó Catalina, desplegando la servilleta y poniéndosela sobre el regazo.

—Sí, señora—. Pareció dudar—. Al menos yo lo he dejado ya de pie.

Esmeralda abocó el café sobre la taza de Fernando, quien dobló el periódico por la mitad y lo dejó sobre la mesa. Cogió la taza y se la llevó a la boca con elegancia.

—Tiene una carta, señor—. Esmeralda sacó el sobre de su delantal y se la entregó—. Si me disculpan, voy a vigilar al señorito Martín, quizás se haya vuelto a dormir.

Fernando apenas le dirigió la mirada y su ceño se frunció al leer el remitente de la carta.

—Es del Banco—. Dijo para sí, abriendo la carta lentamente y tomándose unos segundos para leerla. Su cara era angulada y masculina y sus ojos negros rasgados le conferían un gran atractivo—. Quieren comprarme las acciones invertidas en la empresa de Energías e Industrias aragonesas.

—¿Y las vas a vender? –Catalina troceó el bollo con los dedos sin apenas prestar atención.

Fernando sacó su pitillera de carey y se encendió un cigarro, pensativo.

—Más vale pájaro en mano que ciento volando, así que sí, nos darán un buen pellizco por ellas—. Se terminó el café de un sorbo—. ¿Te acuerdas del señor Smith? Me dijo que no se fiaba ni un pelo de la situación económica de los Estados Unidos. De momento todo va bien, pero no sé, me llenó la cabeza de teorías económicas…

—Padre, ¿qué tiene que ver Estados Unidos con nosotros?

Fermín quiso participar de la conversación y compartir aquellos pocos momentos que tenía para hablar con su padre, quien se pasaba horas encerrado en su despacho.

—Verás hijo, si Estados Unidos revienta, no dudes que los países europeos, incluida España, caerán como fichas de dominó. Y las acciones y todo lo invertido se nos puede ir al garete.

—¿De veras? ¿Y por qué es tan importante Estados Unidos?

Los pasos parsimoniosos de su hermano Martín interrumpieron la conversación. Tenía el pelo negro y ondulado, como su padre, de

hecho se podría decir que era una copia del mismo. Además, a diferencia de su hermano, que desde pequeño había mostrado un gran interés por los estudios, él apenas atendía las lecciones de monsieur Lombard: consideraba una pérdida de tiempo cualquier tarea que requiriera cierto esfuerzo intelectual. Esmeralda iba detrás de él, su cara desencajada revelaba que no había sido nada fácil conseguir que Martín se vistiera y aseara con presteza.

—¿Y ese pelo? –Catalina buscó una explicación buscando la mirada de su hijo-. ¿Ni siquiera te has peinado?

—Señora, se me ha escapado—. Esmeralda resopló—. Le he dicho que se pasara el peine y que se adecentara, que hoy empezaban las clases de nuevo. Pero ya ve, como quien oye llover.

Martín puso los ojos en blanco y se sentó con ademán indiferente en la mesa.

—Se me han pegado las sábanas, no me ha dado tiempo—. Se limitó a decir, sirviéndose él mismo el desayuno.

—Martín, por favor, este año tienes que espabilar, los años pasan y la Universidad está a la vuelta de la esquina—. Catalina buscó el apoyo de su marido con la mirada, pero éste seguía pensando en el posible uso que podría darle a sus acciones.

—Madre, todavía falta mucho, solo tengo doce años—. Le dio un bocado a la tostada—. Además, tenemos dinero de sobra, no hace falta que estudie nada.

—Estás equivocado jovencito, si piensas que vas a vivir de las rentas de la familia y…

—¡Lo tengo! –Fernando dio un golpe suave en la mesa y sonrió—. ¡Voy a abrir otro negocio con el dinero de las acciones!

Catalina apretó los labios molesta por haber sido interrumpida y sus dedos comenzaron a dibujar círculos sobre el mantel.

—Crearé una línea de coches que conecte Sabiñánigo con el Balneario de Panticosa. Hay mucha gente de Madrid y Barcelona que paran en la estación de Sabiñánigo para pasar unos días en el balneario. Sé que ya existe una línea de autobuses que lo hace, pero alguien tendrá que

pensar en la comodidad de la gente de bien… ¡Un buen coche con tapicería de piel no se pude comparar con un maloliente autobús!

—Las tierras van bien, ¿qué necesidad tienes de invertir tanto dinero en esto?

Fernando esbozó una media sonrisa y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—El trigo nos da beneficios, pero no debemos quedarnos solo con eso, Cata. Si mi familia hubiera sido tan comedida como tú, ahora mismo no seríamos ricos.

Catalina apretó los puños y por un instante, como todos los días, recordó la historia que había marcado su vida para siempre.

—Sí, quedándose con lo que no le pertenece—. Acabó diciendo, con una voz casi inaudible.

Fernando la miró fijamente y endureció las facciones.

—¿Qué has dicho?

Esperó que su mujer repitiera aquella insinuación, pero Catalina lo miró desafiante sin decir nada.

—Me voy al despacho—. Dijo al fin Fernando—. He de mover hilos para que me salga rentable el negocio.

Fernando se levantó, se aseguró que los puños de su camisa siguieran tiesos y perfectos, y abandonó el salón arrastrando sus zapatos *spectator* por la tarima de madera. Catalina miró con detenimiento los pasos seguros de su marido que desaparecían por el pasillo. Volvió a sentir la presión en el pecho, el dolor de estómago y las lágrimas a punto de salir de sus ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para no llorar y agradeció con un suspiro que Esmeralda volviera corriendo al salón.

—¡Señora, monsieur Lombard está aquí!

Catalina tragó saliva, practicó su mejor sonrisa ante el espejo que había sobre la alacena y se alisó el vestido rosa pálido con los hombros al descubierto que le daba un toque desenfadado y juvenil.

—Hágalo pasar—. Ordenó, en el mismo momento en el que el reloj estilo *Jughans* que colgaba de la pared marcaba las diez—. Y vosotros, niños, venid aquí.

Los niños dejaron el desayuno a medias y se pusieron al lado de su madre para recibir como se merecía a monsieur Lombard, un profesor francés residente en España que llevaba ya dos años impartiéndoles clase. Monsieur Lombard entró como un relámpago y comenzó a saludarles a todos, estrechando su pequeña mano regordeta. Era bajito, aparentemente cómico, pero sus cejas negras y su nariz aguileña acompañaban a la perfección su carácter huraño y serio.

—Buenos días señora, me alegro de verla otra vez—. Intentó sonreír y enseñó unos diente amarillos y desgastados por la edad— ¿Cómo ha ido el verano?

—Oh, ya sabe, en Biarritz, descansando en la playa. Y usted, ¿lo ha pasado en Francia?

—Sí señora, siempre que vuelvo a Toulouse con mi tía aprovecho para dar alguna clase de español y así no se me hace tan largo el verano.

Monsieur Lombard desvió su mirada hacia los niños e hizo una mueca de desprecio cuando se paró ante Martín.

—Espero, señorito, que este año escuche con atención las lecciones y se ponga al nivel de su hermano.

Martín desvió deliberadamente la mirada y resopló agobiado al pensar en el año que le esperaba. Odiaba estudiar, y más aún si la explicación provenía de aquel profesor con acento francés. Hiciera lo que hiciera nunca podría estar a la altura de su hermano y aquello le acongojaba y le distanciaba de él, pues ya ni siquiera compartían las horas de juego. Fermín se pasaba el día en la biblioteca, incluso después de cenar se dejaba llevar por los manuales de medicina: le encantaba dibujar el cuerpo humano y así se pasaba las horas hasta las tantas de la noche. Martín comenzaba a estar harto de todo aquello, de como era tratado por sus padres, que ya lo consideraban la oveja negra de la familia.

—Mira a tu profesor cuando te hable, Martín—. Le ordenó Catalina—. No seas maleducado.

Martín levantó la vista lentamente y comenzó a ponerse rojo.

—¡Basta ya!—. Exclamó sin poder reprimirse—. ¿Por qué no me dejáis en paz? ¡Si tan orgullosos estáis de él, olvidaros de mí!

Martín se abalanzó hacia las escaleras, sin mirar atrás, y subió varios peldaños de vez. De pronto se escuchó un portazo.

—Discúlpele, monsieur Lombard—. Catalina hizo un gesto con la mano indicando la escalera y se dirigió a ella—. Puede empezar la clase con Fermín.

Catalina quería a sus dos hijos por igual, pero la actitud de Martín le sobrepasaba. Fernando apenas se ocupaba de sus hijos y era ella quién sentía todo el peso de su educación. A veces pensaba que su hijo pequeño no tenía remedio y que nada de lo que hiciera o dijera podría hacerlo cambiar. Sin embargo, nunca había tirado la toalla y tenía la esperanza de que algún día su hijo madurara y se tomara su futuro más en serio. Se adentró en el cuarto de Martín; era una habitación sencilla con una cómoda de madera de roble y una cama cuyo cabecero de bronce llamaba toda la atención. Él estaba allí, tumbado en la cama y mirando al techo mientras sujetaba un payaso de fieltro desfigurado del que hacía años que no se separaba. Catalina no pudo más que sentir ternura por él y rebajó el tono de su enfado.

—Hijo, ¿no te das cuenta de que no puedes comportarte así? — Se sentó en el borde de la cama, mirando la lámpara de latón que tenía apoyada sobre la mesita de noche—. Tienes que esforzarte para conseguir ser alguien en la vida.

—Para ti es fácil decirlo, eres una mujer, solo tuviste que casarte con un hombre rico.

Catalina se quedó sorprendida por la carga de desprecio que conllevaba aquella frase.

—¿Eso crees? –Su tono era de decepción más que de reproche—. Precisamente la vida de una mujer no es nada fácil. A veces debemos de hacer cosas que no queremos hacer.

—¿Qué cosas? –Martín esbozó una risita—. ¿Meterte en la cama con mi padre? ¿Es eso lo que te da asco?

Catalina no pudo contenerse y le dio una bofetada.

—¡No vuelvas a decir eso! –Se quedó con la mano suspendida en el aire—. ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

Martín arrugó los labios con la intención de llorar, pero pronto levantó la barbilla desafiándola.

—No deberías pegarme. Dependerás de tus hijos cuando padre falte.

Catalina se removió incómoda, la mirada fría como el hielo de su hijo le hizo estremecer. Se dirigió hacia la puerta de salida y se apoyó en el marco de la puerta.

—Eres un sinvergüenza—. Le espetó antes de irse—. Y mala persona.

Catalina bajó las escaleras y se sentó en el sofá del salón. A pesar de su exhibición de osadía le temblaban las piernas. Jamás había pegado a ninguno de sus hijos y sentía que había traicionado sus más hondos principios. Sin embargo, Martín se había pasado de la raya y alguien debía pararle los pies a ese muchacho rebelde. Tras reponerse durante unos minutos, se dirigió a la biblioteca, que se encontraba justo al lado del despacho de Fernando. La puerta estaba entreabierta y pudo ver a monsieur Lombard explicando algo sobre el aparato respiratorio con la ayuda de un libro. Fermín tenía toda su atención puesta en él y en el libro, con los ojos bien abiertos para no perderse nada. Catalina sonrió con cariño y observó la cara de su hijo, sus orejas, su nariz y su barbilla. Asintió con la cabeza y notó una vez más el nudo en su garganta.

Martin sintió una oleada de calor que le invadía todo el cuerpo; estaba harto de obedecer y de pasarse el día encerrado en aquella maldita biblioteca. Encima, que su madre le hubiera abofeteado… ¡Era la gota que colmaba el vaso! Salió de su habitación, caminó sin hacer ruido por el pasillo hacia lo alto de la escalera y miró hacia abajo. No había nadie en el salón, así que bajó los escalones a toda prisa hasta que llegó a la cocina. Esmeralda estaba haciendo la comida, olía a ajo y verduras, y estaba poniendo la olla a hervir. Estaba cantando, como siempre, y ni siquiera se percató de su presencia. Cuando estuvo a punto de alcanzar la puerta que comunicaba con el patio, se dio cuenta de que sobre la mesa de la cocina había una caja de cerillas.

Sin saber muy bien por qué, la cogió y se la metió en el bolsillo del pantalón sin decir nada. Salió al patio y notó la agradable temperatura todavía calurosa de setiembre. El patio tenía un jardín enorme donde su madre cultivaba flores y plantas de todo tipo, y un garaje en el que su padre guardaba el viejo H6B que tanto adoraba y el nuevo Mercedes SSK recién llegado de Alemania. Se adentró en el garaje y acarició el H6B negro y reluciente. Justo al lado estaba el nuevo Mercedes deportivo, blanco y descapotable, parecido a un coche de carreras. El garaje olía a gasolina y había varias latas en una de las estanterías de la pared. Martín cogió instintivamente una de ellas y una sonrisa sombría surcó su rostro. Pensó en tomarse la justicia por su mano y vengarse por el trato que estaba recibiendo. A veces creía que su padre quería más a sus coches que a sus propios hijos, o al menos así lo parecía cuando prefería conducirlos a pasar un tiempo con ellos. Comenzó a abocar la gasolina por encima del H6B sin pensar en ningún momento en el peligro que conllevaba aquel acto. Sacó la caja de cerillas y prendió una de ellas observando su punta candente, la llama anaranjada que desprendía el olor del azufre, y la tiró sobre el coche imaginándose la cara que pondría su padre al verlo inutilizado por completo. El vehículo empezó a arder rápidamente y Martín se asustó al ver el tamaño de las llamas. El humo apestaba y era tan denso que el garaje se llenó de una nube blanca en el que apenas se podía distinguir la salida. Martín no veía nada y empezó a escocerle la garganta y los ojos, y un progresivo mareo comenzó a provocarle nauseas. Intentó alcanzar la salida como pudo pero apenas podía respirar y la tos le hizo doblegarse sobre sí mismo hasta caer al suelo de rodillas. Fue en ese momento cuando empezó a darse cuenta de la gravedad de su chiquillada y, tapándose la nariz con la mano, pensó que aquella travesura le iba a costar la vida. De repente, escuchó la voz de un hombre que gritaba su nombre y pronto sintió sus brazos sujetándole firmemente hasta notar la grava del suelo y los rayos del sol dándole en la cara. Escuchó la voz de Esmeralda y también la de su madre. Cortés le había salvado la vida.

2

Biescas, septiembre de 1928.

Cortés salió de su casa, una choza solitaria que se extendía por la ladera del valle y desde la que se veía el pueblo entero de Biescas. Allí descansaban centenares de casas de piedra gris construidas a lo largo de calles estrechas y pendientes serpenteantes. La casa era de techo bajo y ladrillo, dividida en dos compartimentos: la cocina y el salón en una misma estancia y la habitación con una simple cama de hierro forjado. Aunque podía permitirse vivir en un lugar mejor, Cortés prefería la quietud y tranquilidad que le aportaba la montaña. Llevaba viviendo allí desde que comenzó a trabajar para la familia Luengo hacía ya siete años, cuando tan solo tenía quince, y desde entonces su rutina no había cambiado ni un ápice: se levantaba cada día a la misma hora y siempre estaba disponible para llevar a su jefe en coche allí donde hiciera falta. Sin embargo, había ocasiones como la de aquella tarde, en la que sus manos no dejaban de temblar y su estómago era un torbellino de nervios y angustia; era la mano derecha de Fernando y le pagaba muy bien por hacer ese tipo de cosas. Aunque ya lo había hecho varias veces con anterioridad, Cortés seguía sin acostumbrarse, de hecho no había día que no se replanteara el abandonarlo. No obstante, sabía muy bien lo que le ataba a Fernando y las consecuencias que podrían acarrearle si se alejaba de él.

Descendió la suave pendiente que le llevaba hasta el camino de tierra que le conducía al pueblo. El sol comenzaba a ponerse y el azul intenso del cielo daba paso al rosado anaranjado del atardecer. Cortés apresuró el paso por miedo a que a la vuelta le alcanzara la noche; no era la primera vez que se cruzaba con algún lobo hambriento y tenía que recurrir a la pistola que siempre llevaba con él. Pronto llegó al pueblo y se cruzó con algún que otro hombre que se dirigía al calor de su casa tras tomar unos tragos en la taberna. Lejos de saludarle, la mayoría optaba por cruzar de acera y desviar la mirada. Cortés no gozaba de muy buena fama, todo el mundo sabía que no solo era el chófer de los Luengo, sino que también se encargaba de visitar a quienes no habían devuelto el dinero que Fernando les había prestado.

Cruzó el centro del pueblo y callejeando hacia el norte por fin llegó a la casa por la que se accedía a través de un patio vallado. Se asomó a la valla y un perro de montaña blanco se abalanzó hacía la tapia ladrando sin parar. Aquel perro había sido enseñado para proteger a la familia y cualquier desconocido representaba una amenaza hostil para él. Sin embargo, Cortés nunca dejaba nada para la improvisación y sabiendo de la existencia del perro se había traído unos huesos de conejo envueltos en un trapo de tela. Un perro hambriento es capaz de traicionar incluso a su propio amo y, precisamente aquel, que no parecía estar especialmente bien alimentado, no iba a ser la excepción que confirma la regla. Sacó los huesos del trapo y los tiró bien lejos, en sentido opuesto a la entrada. El perro abandonó el cercó y corrió hacia los huesos como si le fuera la vida en ello. Cortés saltó la valla, cruzó el patio sin dejar de vigilar al perro y abrió la puerta de la casa. Se topó de cara con una mujer con el delantal sucio colgado al cuello, de aspecto descuidado pero agradable. Ella ahogó un pequeño grito y dejó caer la cazuela al suelo, que se rompió en dos mitades. Su mirada se detuvo en la cicatriz de Cortés, que surcaba su mejilla derecha: desde el ojo hasta la comisura de la boca.

—¿Qué hace aquí? No… no tenemos nada de valor… se… se lo juro —. Logró decir, visiblemente aterrada.

—¿Dónde está su marido? –Cortés escudriñó la estancia de arriba abajo y no había rastro del hombre.

De repente se escuchó un estornudo que provenía de debajo de la mesa del comedor. Cortés se puso la mano en el bolsillo de la americana, donde guardaba la pistola por si necesitaba utilizarla, aunque afortunadamente nunca había tenido que hacerlo. Generalmente, tan solo con su presencia y el aspecto agresivo de su cicatriz era suficiente para que nadie se atreviera a plantarle cara.

—¿Quién anda ahí? –Se asomó con rapidez por debajo de la mesa y se encontró con dos niños de apenas siete u ocho años, sentados sobre una alfombra repleta de quemaduras de cigarrillo—. No tengáis miedo, solo estoy buscando a vuestro padre para charlar un rato. ¿Sabéis dónde está?

Los niños se quedaron en silencio mientras observaban impactados su cicatriz.

—¿Cómo te has hecho eso? –Le pregunto el más pequeño, a quién le faltaba los dos dientes de arriba.

—Suele salir a los niños malos y que no obedecen a sus padres—. Le sonrió cariñosamente—. Así que ya sabes, pórtate bien.

—Entonces, ¿tú no obedecías a tus padres? –Le preguntó el otro.

Cortés borró su sonrisa de golpe e inevitablemente le vino el recuerdo de sus padres, a quienes hacía tantos años que no veía.

Inesperadamente, Cortés sintió un golpe sobre la espalda que le hizo caer de rodillas. Durante unos segundos permaneció en el suelo, llevándose las manos hacia el hombro izquierdo. Se puso de pie como pudo y se dio la vuelta con una agilidad asombrosa. Allí estaba el hombre que buscaba, con una azada en la mano como la de cualquier campesino. Era un hombre fuerte, de aspecto tosco, acostumbrado al duro trabajo del campo, pero que no estaba preparado para la lucha cuerpo a cuerpo como sí lo estaba Cortés. El hombre había cometido el error de no rematar a su adversario y cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Cortés se abalanzó hacia él con rudeza, derribándolo al suelo.

—¡Tienes que devolverle el dinero al señor Luengo! –Le clavó la rodilla en su estómago—. Ya le ha dejado demorarse más de la cuenta, es usted un hombre de poca palabra.

—¡No tenemos nada! –El campesino comenzó a sollozar—. ¿No lo ve que somos pobres?

—Hizo un pacto, él le prestó el dinero a cambio de que se lo devolviera.

—Déjeme un poco más de tiempo y se lo devolveré—. Le temblaba la voz—. Uno de los niños está enfermo y sino pagamos las medicinas…

La mujer cayó de rodillas al suelo y empezó a llorar desconsolada.

—¡Mi niño! –Gritaba sin parar—. ¡Mi niño!

Cortés tragó saliva, aflojó el peso de su rodilla y miró otra vez al niño más pequeño. Se acordó de cuando tenía su misma edad y de todas las miserias que había vivido y no pudo evitar sentir compasión por él y

su familia.

—¡Por favor! –La mujer seguía llorando y juntó sus palmas en tono de súplica—. Sea bondadoso con nosotros y déjenos más tiempo…

—¿Pero es que alguna vez lo podréis pagar? — Cortés suspiró y se tocó la cabeza—. Si no pagáis, su marido puede ir a la cárcel.

—¡No por favor! –Continuó gritando la mujer—. ¿Qué será de nosotros si él está encerrado? ¿Quién va a alimentarnos?

Cortés se tomó unos segundos para pensar.

—Hagamos una cosa—. Dijo al fin—. A partir de hoy la deuda la contraeréis conmigo. Yo le daré el dinero al señor Luengo.

La mujer se puso las manos en la cara y comenzó a llorar de nuevo.

—¿De verdad? –Hizo una mueca de incredulidad.

Cortés asintió y miró al hombre que todavía seguía en el suelo; le lanzó una mirada de agradecimiento que difícilmente se podría haber expresado mejor con palabras.

—Es usted un buen hombre—. La mujer se puso de pie otra vez y se secó las lágrimas con el delantal—. Estamos en deuda.

Cuando estuvo a punto de salir de la casa, algo le hizo volver a girarse hacia los niños.

—Adiós, señor—. Le dijo el pequeño—. Me portaré bien.

3

Biescas, septiembre de 1928.

Toni se despertó de la siesta y lo primero que hizo inconscientemente fue echar un vistazo a su mano derecha. Era la primera vez en nueve años que le ocurría algo semejante en la serrería. Había sucedido tan rápido, que ni siquiera lograba recordar el momento preciso en el que la máquina de serrar se había llevado por delante sus dedos anular y meñique. El dolor había sido tan intenso que había perdido la consciencia segundos después. Llevaba una semana sin esa parte de su anatomía que le había acompañado durante veinticuatro años, de hecho seguía sin acostumbrarse a ese vacío que con tanta torpeza solía suplir con su mano izquierda. Resopló agobiado por la situación: todavía no había vuelto al trabajo y el médico le obligaba a permanecer otra semana más en casa en absoluto reposo para que las heridas acabaran de cicatrizar correctamente. Miró por la ventana, el día estaba despejado y hacía un ligero viento que invitaba a salir a la calle. Aunque debía seguir las instrucciones del médico, Toni necesitaba imperiosamente abandonar esas cuatro paredes y volver a reencontrarse con sus compañeros de la serrería en la barra del bar de Octavio. Se lavó un poco la cara y se colocó la gorra ligeramente inclinada sobre su media melena negra desaliñada. El aire se coló por su camisa blanca de algodón y se mezcló con el sudor de su cuerpo. Toni aspiró profundamente y comenzó a observarlo todo a través de esos ojos negros tan curiosos, como si fuera la primera vez que descubría aquellos paisajes que tan familiares habían sido para él desde chico.

La taberna era poco más que una habitación oscura repleta de mesas de madera y taburetes, y una barra amplia siempre húmeda por los cercos que dejaban los vasos. Al entrar, Toni percibió el olor a potaje y no tardó mucho en salivar. Desde que había ocurrido lo del accidente, el día había perdido sus horas y el tiempo había dejado de seguir un orden. Tan solo comía cuando el hambre comenzaba a dolerle; el desayuno a veces era la cena y la comida una copiosa merienda. Siguió hacia la barra y vio a Manolín y Victoriano de pie y apoyados

en la barra. Ambos eran más mayores que él, llevaban el pelo repleto de virutas de madera y la ropa amarillenta por el serrín.

—Amigo, ¡cuántos días sin verte!— Manolín, a pesar de que tenía unas ojeras que le llegaban a la altura de las mejillas, siempre parecía estar de buen ánimo—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, amigo, mejor, aunque el médico me ha dicho que debo reposar una semana más.— Le pidió un vermut al tabernero y un plato de potaje—. ¡Pero estoy harto de estar en casa!

—¡Vaya susto nos diste! –Exclamó Victoriano, que se estaba haciendo un cigarro de picadura de hebra—. Cuando perdiste la consciencia temimos lo peor.

Toni quiso obviar el comentario, cada vez que recordaba el accidente sentía que perdía fuelle.

—Lo único que deseo es volver al trabajo cuanto antes—. Se quitó la gorra y se echó el flequillo hacía atrás dejando ver sus facciones angulosas y duras.

En aquel momento, el tabernero le sirvió su vermut y su plato.

—Come, come.— Siguió Manolín—. Estás muy delgado, se nota que has perdido peso. Yo a tu edad estaba fuerte como un oso.

—Sigues siendo un oso, al menos eso parece por el pelo rizado que se te asoma por la camisa.— Echó atrás la cabeza y rió fuertemente.

—Veo que mantienes tu buen humor.— Manolín rió igual y le palmeó la espalda—. ¿Has hablado con don Pascual?

Toni pensó en su jefe e hizo un chasquido con la lengua. Aquel hombre solía ser por lo general muy desagradable y abusaba de sus trabajadores en cuanto tenía la oportunidad. Sin embargo, se había mostrado compasivo y respetuoso con él a raíz de lo del accidente y no había puesto ningún impedimento a su recuperación.

—Tenía pensado acercarme mañana para comentarle que necesito una semana más.

—No sé, no sé…—. Victoriano usó un tono de voz discreto y se inclinó hacia Toni de forma confidencial—. Hace unos años también hubo un

accidente como este y don Pascual echó a aquel hombre sin pensar en los tres hijos pequeños que tenía.

Toni se encendió un cigarrillo con una cerilla y se masajeó la cabeza.

—¿De verdad? ¡Pero los dueños de las fábricas ya no pueden hacer lo que quieran con nosotros! ¡Cada vez tenemos más derechos! El gobierno de Primo de Rivera apoya, en teoría, a los sindicatos…

—No te equivoques amigo.— Manolín le interrumpió—. Los sindicatos de Primo de Rivera apoyan también a los empresarios, así que los patrones continúan mandando como siempre.

Toni nunca había prestado atención a la política, pero hacía ya unos años que había tomado consciencia de su situación y de lo mucho que se aprovechaban los empresarios como su jefe, que se llenaban los bolsillos a costa de explotar a sus trabajadores.

—Pero está la UGT, los Sindicatos libres… ¿Es que no hacen nada por nosotros?

—Están haciendo lo que les dejan. Además, la UGT y los Sindicatos Libres son las organizaciones más moderadas… ¿Por qué la CNT o el Partido Comunista han sido vetados por Primo de Rivera?— Hizo una pausa para que los demás reflexionaran—. Porque son mucho más radicales; no les interesa.

Toni asintió y se puso una cucharada de potaje en la boca.

—Pues he leído en el diario que la UGT está pensando en abandonar el apoyo al Gobierno—. Victoriano se pidió otro vino—. Se ve que la próxima semana viene Largo Caballero a Jaca para dar un discurso.

—Yo no quiero saber nada ni de Largo Caballero ni de la UGT—. Manolín, aunque ya no era joven, tenía el carácter fuerte y la rebeldía de un muchacho—. Creo que esta pandilla nos ha engañado pero muy bien, nos han hecho creer que luchaban por nosotros, pero ahí han estado, colaborando con el Régimen, bajo su ala, chupando del bote y ocupando puestos en los Ayuntamientos. En cambio, ¡mira a los anarquistas! Han sido reprimidos y prohibidos porque se han enfrentado a la dictadura.

Toni se mantuvo al margen de la conversación mientras terminaba su

comida. De repente, otro compañero se levantó del final de la barra y se acercó a ellos. Era Germán, un viejo de pelo blanco y encorvado por los duros años de trabajo en la serrería, que prefería la solitud a la compañía y que apenas socializaba con nadie.

—¡Insensato! –Se acercó a Manolín amenazándole con el dedo—. No me puedo morder la lengua, ¿qué tienes en contra del General?

—Oiga abuelo, no se meta en conversaciones ajenas, puede salir mal parado.

El hombre se acercó todavía más a ellos e hizo caso omiso al consejo de Manolín.

—Ha combatido la conflictividad laboral, ha creado viviendas de protección oficial, ha protegido a las familias numerosas y el trabajo de las mujeres embarazadas, se han formado comités paritarios para reglamentar los salarios y discutir las condiciones laborales… ¿Qué más queréis?

Manolín rió cínicamente y se puso serio de nuevo.

—Todas esas medidas se han hecho de cara a la galería, pero no existen. Rivera ha sabido muy bien cómo tener calladito al movimiento obrero, con discursos populistas y paternalistas…

—¡No tienes ni idea! –Siguió el viejo, tan cerca de Manolín que incluso pudo percibir su aliento—. Si hubieras vivido en mi época… ¡Entonces sí que no había derechos! Teníamos que trabajar día y noche… Ahora os habéis vuelto unos señoritos. ¡Mucho cuento tenéis!

—Le recomiendo que se vaya de aquí si no quiere salir caliente.— Le guiñó un ojo a Toni y volvió a reír—. Rivera no le ayudará cuando no pueda mantenerse en pie, nadie le compensará por haber trabajado toda su vida como un animal.

El hombre miró con rabia a Manolín y, dejando un real sobre la barra, giró sobre sus pasos y se dirigió hacia la puerta.

—Esto acabará en guerra, te lo digo yo.— Se dijo a sí mismo el viejo, refunfuñando—. Y espero no estar aquí para verla.

Toni entró en la serrería y pronto le golpeó en la nariz el olor a madera recién cortada. El ruido era ensordecedor y flotaba en el ambiente un polvo blanco y pesado que se posaba por toda la ropa y el cabello. Todos estaban trabajando concentrados en las sierras y nadie levantó la vista para saludarlo, así que Toni cruzó rápidamente la fábrica y subió las escaleras hasta el despacho de don Pascual. Cuanto más se acercaba, más ganas tenía de llegar: no podía dejar de recordar lo que le había contado Victoriano. Aunque don Pascual se había portado muy bien con él tras el accidente, ahora tenía serias dudas de como reaccionaria ante su visita. Frente a la puerta del despacho había un pequeño escritorio con una máquina de escribir y un montón de papeles apilados.

—Hola Rebeca.— Toni saludó a su secretaria. Era una chica joven, no muy guapa, pero era sumisa y obediente, algo que valoraba especialmente don Pascual—. ¿Puedo hablar con el jefe?

Rebeca le sonrió y a Toni le pareció que se ruborizaba al mirarlo. Sus compañeros le decían que tenía un imán para las mujeres y que su atractivo residía en su aspecto desaliñado y rebelde.

—Ahora mismo le aviso.

Se levantó y se tomó unos segundos para ceñirse la blusa y arreglarse el pelo como si él no estuviera allí. Entró en el despacho moviendo sensualmente sus caderas y salió al cabo de unos segundos.

—Te atenderá en un momento.— Su sonrisa se ensanchó y volvió a sentarse en su silla—. ¿Cómo estás de la mano?

Toni siguió oyendo de fondo el ruido de las sierras y un escalofrío le recorrió la espalda al imaginarse la cuchilla rasgando su piel y sus huesos.

—Mejor.— Dijo un poco mareado—. Gracias.

La chica siguió mecanografiando aunque de vez en cuando levantaba la vista en dirección a él, sonriéndole. Toni deseó entrar ya en el despacho, aquella muchacha le estaba incomodando y cada minuto que pasaba más miedo tenía a don Pascual. Precisamente en aquel momento apareció él tras la puerta con el pelo entrecano y el rostro bien afeitado, con un bastón de mango de latón y un puro colgado del labio. Le hizo un gesto con la mano para que entrara al despacho y le

señaló el sofá de cuero negro. Toni se sentó y observó la habitación cargada de cuadros, la mesa llena de pisapapeles de todo tipo y el mueble bar con varias botellas de coñac.

—¿Qué es lo que le trae por aquí?—. Se arregló el pañuelo que le asomaba por el bolsillo superior de la chaqueta y se quedó de pie.

Toni se extrañó ante aquella pregunta pues creía que la respuesta era obvia y que su visita estaba totalmente justificada por lo que había sucedido hacía ya días.

—Bueno, ya sabe lo que ocurrió…

—Vamos, vamos.—Don Pascual se dirigió al mueble bar y se sirvió una copa—. No se ande con rodeos y dígame qué es lo que quiere.

El tono de don Pascual era ofensivo y Toni se sorprendió del cambio de actitud que había tomado, tan distinto del de hacía una semana.

— Necesito una semana más de recuperación.— Le llamó la atención los gemelos de oro de su jefe, que brillaban lustrosos en los puños de su camisa—. Me lo ha dicho el médico.

—Ya… —Se paseó por la sala con la copa en la mano y Toni se sintió tan insignificante como un grano de arena en un desierto—. ¿Y quién hará su trabajo mientras tanto?

Toni no supo qué responder y se sintió absolutamente estúpido.

—Y una vez se recupere.— Continuó—. ¿Podrá volver a hacer el mismo trabajo de antes?

Toni dudó, tendría que acostumbrarse a trabajar con la mano izquierda y aquello quizás le llevaba un tiempo.

—Puedo trabajar en el lijado de la madera, si lo prefiere.— Se mordió el labio, inquieto.

Don Pascual negó con la cabeza y volvió a prender el puro. Era un olor tremendamente fuerte que, unido al aroma del coñac, hizo que Toni arrugara la nariz.

—Necesito a un hombre sano y fuerte, alguien que me saque trabajo. — Se apoyó en una esquina del escritorio y miró fugazmente su mano

vendada—. Y creo que usted ya no puede ejercer el duro trabajo de una serrería.

Toni tragó saliva y comenzó a sentir un calor que subía por su pecho.

—¿Quiere decir que me echa? –Las manos le temblaban y tenía la impresión de que algo le estaba aprisionando el cuello—. ¿Después de nueve años?

Don Pascual se encogió de hombros y volvió a dar pasos a lo largo de la habitación.

—Siento mucho lo de su accidente y le agradezco sus años de trabajo, pero yo tengo una empresa cuyo objetivo es producir y obtener beneficios por ello. Si usted no me lo puede proporcionar, no puedo mantenerle.

Toni se levantó y su primer instinto fue acercarse a don Pascual y arrojarse sobre él. Éste se quedó parado al intuirlo y le advirtió con la mirada.

—No haga nada de lo que se pueda arrepentir.— Le aconsejó con el labio torcido—. O aún acabará en el calabozo.

Toni intentó apaciguarse y se encendió un cigarrillo liado. Aspiró profundamente el humo y el gesto le devolvió la compostura que había perdido. Trató con todas sus fuerzas conservar su aplomo, aunque en el fondo de su alma tenía la necesidad de gritar y desahogarse con aquel ser frío y repugnante.

—Si hubiera tenido las manos debidamente protegidas, ahora mismo seguiría teniendo mis dedos.— Le señaló con fiereza—. ¡Y es su obligación invertir en seguridad!

—Los accidentes son algo común en las fábricas.— Se dirigió a la puerta, la abrió e invitó a Toni a marcharse—. No busque culpables y céntrese en buscar un nuevo trabajo.

Toni arrastró sus pasos hacia la puerta y volvió a ver a Rebeca sentada frente a la mesa. Se puso de pie en cuanto lo vio salir, sus ojos inocentes y alegres le entristecieron aún más y por un instante tuvo la idea de sacarla de allí y alejarla de aquel depredador.

—Pase un buen día.— Don Pascual ni le miró a la cara—. Rebeca, no quiero más visitas por hoy.

Rebeca asintió y don Pascual cerró la puerta de su despacho. Toni suspiró tras ver que ya no había vuelta atrás y que nada podría cambiar el rumbo de las cosas. No solo había perdido dos dedos, sino además el único trabajo que había tenido en su vida y con el que había crecido y madurado como persona.

—Adiós guapa.— Toni se despidió de Rebeca con un piropo, como se merecía, y pensó que al menos a alguien le alegraría el día.

Comenzó a bajar las escaleras y mientras cruzaba el pasillo central y observaba a sus compañeros expuestos al peligro diario de aquellas máquinas, sintió una pena tremenda y una oleada de compasión que a punto estuvieron las lágrimas de inundarle los ojos. Se dijo que debía armarse de valor y recobrar la serenidad para vencer las adversidades que le ponía la vida.

—Jaca me espera.— Murmuró para sí mismo.

4

Huesca, agosto de 1914

—Vamos Cata, ya es hora de despertarse—. Manuela le acarició la cara y le zarandeó suavemente—. Tiene que bañarse, le espera un día muy ajetreado.

Catalina se destapó y el aroma a lavanda de las sábanas inundó durante unos segundos el ambiente. Su habitación estaba decorada con papel pintado de flores y desde el balcón se veía la parte más bonita del jardín y el largo sendero que llevaba hasta el pabellón de verano. Si miraba hacía lo lejos, se podía ver la punta de la catedral de Huesca y sus alrededores.

—Feliz cumpleaños.— Continuó, acercándole su bata de seda con encajes de *chantilly*—. Parece mentira que tengas ya veintiún años.

Catalina se puso la bata y le dio un beso a Manuela. Notó la rugosidad de sus mejillas y se fijó también en las pequeñas arrugas entorno a sus párpados y boca. Sintió pena al pensar que algún día, la persona que la había criado y que había ejercido más de madre que la suya propia, se pudiera marchar de su lado para siempre.

—Hoy es un gran día, niña.

La cogió de la mano y la llevó hacia el baño. Una nube blanca de vapor empañó los azulejos blancos de las paredes y Catalina pasó una mano por el cristal para poder ver el reflejo de su cuerpo en él. Se quitó la bata y el camisón y observó su cuerpo nacarado, esbelto, y la forma redonda de sus senos.

—¿Crees que podría gustar a un hombre? –Pasó sus manos por las caderas y se puso de perfil—. ¿No estoy demasiado delgada?

—Tonterías, eres preciosa y lo sabes.— La cogió por el brazo y le acercó a la bañera—. Vamos, que se va a enfriar el agua.

Catalina se zambulló en la enorme bañera de patas doradas y enseguida sus mejillas se sonrosaron por el calor. En el agua flotaban pétalos de rosa y la espuma del jabón casero que Manuela había hecho especialmente para la ocasión.

—Mmmm, huele de maravilla, ¿qué le has puesto esta vez? –Cerró los ojos mientras dejaba que le enjabonara su cabello rubio y ondulado.

—Es una mezcla de jazmín y almizcle.

Catalina puso cara de no haber oído jamás esa palabra.

—¿Qué es el almizcle?

—El almizcle proviene del animal.— Le explicó Manuela, ahora frotándole la espalda con delicadeza—. No debería decir esto, pero… da igual, mejor me lo guardo.

—¿Qué ibas a decir? ¡Vamos, dímelo! —Dejó caer las manos dentro del agua y las pompas de jabón se le aposentaron en la punta de la nariz.

Manuela negó con la cabeza haciéndose de rogar.

—De acuerdo, pero que no se entere tu madre.— Sonrió pícaramente —. El almizcle desprende un aroma que hace que los hombres se enamoren.

Manuela le guiñó el ojo y comenzó a abocarle cazos de agua por la cabeza. Catalina se ruborizó, aunque estaba encantada de tener la complicidad de Manuela para hablar de ciertos temas. Su madre nunca había sido una persona con la que pudiera compartir sus inquietudes, era una mujer distante y frívola cuyos temas de conversación se limitaban a la organización de la casa y a los rumores que circulaban por aquellas meriendas burguesas de copa y café los domingos por la tarde.

—¿Por qué mamá nunca me habla de estas cosas? Ya sabes, de chicos y eso.

—Bueno, ya conoces a tu madre, no le gusta hablar de eso si no es para casarte bien con un hombre de gran fortuna.

—Menos mal que te tengo a ti.—Le abrazo con las manos mojadas—.

¡Ni siquiera sabría de dónde vienen los niños!

Las dos rieron a carcajadas y Manuela le ayudó a salir de la bañera envolviéndola en una toalla. Regresaron a la habitación y Catalina se vistió con un vestido de crespón ligero color melocotón. Manuela le puso un toque de colorete en los pómulos y bajó a la cocina a por su desayuno. Catalina salió al balcón y se sentó frente a la mesita mientras los rayos de sol le secaban el pelo. Manuela subió cargada con la bandeja y le sirvió el chocolate caliente y unas magdalenas recién hechas de la panadería.

—¡Adoro desayunar sola, aquí, en mi balcón! –Alzó la cabeza hacia el cielo y respiró hondo—. No soporto la rigidez del comedor: papá con el periódico, los chicos hablando de la Universidad y mamá… ¡Uff, siempre criticando a la señora Alonso!

Manuela comenzó a reír mientras le peinaba y le recogía el pelo hacía atrás.

—Mi madre estará de los nervios con la fiesta de esta tarde.— Miró su reloj de pulsera—. Y por los Luengo, que deben estar al caer. Esta vez vienen también los hijos. Bueno, uno de ellos es el hijo, el otro es un sobrino.

Manuela terminó el recogido y le sacó del joyero sus pendientes favoritos. Eran alargados y de cristal dorado, y se los había regalado su padre cuando cumplió los dieciséis.

—¿Y por qué viene el sobrino?

—Mamá no quiso entrar en detalles, pero parece ser que los señores Luengo lo adoptaron al morir sus padres a una edad muy temprana.

Manuela torció la boca en un gesto de pena.

—¡Vaya, pobre muchacho! –Se adentró en la habitación y salió con una sombrilla de encaje del mismo color que el vestido—. Toma, por si das un paseo por el jardín con esos dos señoritos.

—¿Crees que mamá los ha invitado para…? –Se ruborizó y bebió otro sorbo de chocolate.

—Siempre ha tenido predilección por los Luengo. Son una buena

familia y el hijo lo heredará todo, así que es probable que tu madre tenga intereses ocultos en presentarte a ese joven.

De repente, la puerta de su habitación se abrió y aparecieron dos jóvenes de diecisiete y diecinueve años con traje oscuro y camisa blanca, ambos con la corbata bien apretada y los zapatos relucientes. Juan, el mayor, era alto y espigado, y se parecía mucho a su hermana.

—Feliz cumpleaños, hermanita.—Le dio un beso en la mejilla—. ¡Qué guapa que estás!

Alberto, el pequeño, se acercó también a ella y le entregó una caja azul decorada con un gran lazo rojo. A diferencia de su hermano, Alberto era más bajito pero mucho más fuerte, pues jugaba a menudo al hockey con unos amigos de la Universidad, deporte de moda que su madre rechazaba por completo.

—¡Felicidades, Cata! —A pesar de su deferente apariencia, era un tanto descarado en el habla—. Se ha puesto guapa para encontrar a su príncipe azul esta noche, sabe que ya tiene una edad y que necesita casarse.

Catalina frunció el ceño y se enfadó.

—Y tú deja de hacer el ridículo con esa pelusilla que tienes sobre el labio. Todavía no eres un hombre como para dejarte bigote.

Alberto enmudeció por completo y se puso la mano bajo la nariz enrojeciendo de vergüenza.

—No hacía falta que fueras tan hiriente, solo era una broma.

Catalina se arrepintió al momento de lo que había dicho. Su hermano todavía era un crío y no había tenido intenciones de ofenderla.

—Lo siento, es que a veces me siento presionada y quiero hacer las cosas cuando yo las sienta y no cuando mamá quiera.— Le acarició el brazo como gesto de disculpa y cambió de tema—. Bueno, ¿y esta caja? ¿Es un regalo?

Destapó la caja, quitó la primera capa de papel maché blanco y mostró un sombrero de raso de líneas corales y unos guantes a conjunto.

—¡Qué bonito! –Les abrazó impulsivamente—. Muchísimas gracias,

aunque no os imagino entrando en una sombrerería femenina.

Los chicos rieron mientras dirigían su mirada hacia Manuela.

—En realidad— Confesó Juan, dándole un beso cariñoso a quién también consideraba una madre—. Fue ella quien nos acompañó y quien tuvo el buen gusto.

—Venga va, id bajando al salón—. Manuela odiaba ser el centro de atención, así que acompañó a los tres hermanos hacía la puerta cariñosamente—. Ya es tarde, vuestra madre estará nerviosa.

Los tres hermanos bajaron al comedor. La luz entraba por los anchos ventanales y se reflejaba en las paredes revestidas con un friso de madera tallada. Había también una alfombra de grandes dimensiones estampada en beige, y sobre ella varios sofás tapizados de un color marrón oscuro. Su madre era una obsesa de la decoración victoriana y todos los muebles de la casa acumulaban multitud de fotografías enmarcadas, adornos, cojines y jarrones. Su madre estaba de pie, dando pasos irregulares sobre la alfombra, visiblemente desquiciada. Siempre había sido una mujer delgada, pero con el paso de los años había ganado unos quilos y había perdido la seguridad que le proporcionaba la belleza de la juventud.

—¡Por fin! –Gritó al verlos bajar—. ¡Creía que no acabaríais nunca, Dios santo!

—¿No vas a felicitarme, madre? –Se acercó a ella esperando un gesto cariñoso, un abrazo o un beso, pero su madre se limitó a cogerle de la muñeca y mirarla de arriba abajo.

—Felicidades cielo, estás bellísima.— Isabel asintió satisfecha y se plisó la falda con las manos después de cerciorarse de que su cardado seguía recogido y en orden—. Vas a enamorar a los Luengo, querida.

Catalina a punto estuvo de reprocharle el comentario cuando apareció su padre con los brazos abiertos, dirigiéndose a ella con una mirada cargada de nostalgia.

—Mi pequeña.— La besó en la frente y aplastó su poblado bigote—. ¡Qué grande está mi princesa!

Catalina sonrió aliviada por la efusividad de su padre, quién a

diferencia de su madre siempre se había mostrado afectuoso y tierno con sus hijos.

—¡Ay padre, me hace cosquillas con el bigote! Nunca le he visto sin él, desde que nací ya lo llevaba.

—La moda hija, la moda.— Carlos se retorció la punta con los dedos —. ¡Un hombre sin bigote no es nadie!

Su padre la seguía agarrando por la cintura, su prominente barriga, parcialmente disimulada por el chaleco y la chaqueta bien abrochada, la distanciaba de ella.

—Creo que ya vienen.— Paró el oído e hizo callar a todos.

Se oyó el repiqueteo de los caballos y el ruido de las ruedas sobre la grava del camino. Miraron por la ventana disimuladamente, que daba a la puerta principal, y una nube de polvo apareció a lo lejos. A los pocos segundos, el carruaje paró y salieron de él el matrimonio Luengo y los dos muchachos. Catalina no sabía quién era el hijo y quién el sobrino, pero el de pelo negro era el hombre más guapo que había visto en su vida. Su tez pálida, casi como si estuviese cincelada en mármol, su mandíbula cuadrada y sus pómulos prominentes y masculinos…¡Todo él era perfecto!

—Ese es Fernando, el hijo de los Luengo.— Se adelantó su madre—. El del cabello como el carbón.

Catalina gritó por dentro: al menos era un hombre guapo y atractivo. Unas voces lejanas se oyeron tras las puertas de madera de roble que daban entrada al salón. Mariana, la criada más joven y la que realizaba las tareas más duras de la casa, se apresuró a informar de la llegada de los invitados.

—Señores Ferrer: el señor Francisco José Luengo, su señora Julia y su hijo y sobrino, los señoritos Fernando y Javier.

Tras saludarse formalmente, Fernando se acercó a Catalina. Llevaba un traje ligero de verano de un suave *tweed* grisáceo. Sus ojos negros y su bigote bien encerado resaltaban en aquel rostro tan poco tocado por el sol.

—Felicidades, señorita.— Usó un tono extremadamente familiar y

seductivo—. Es un placer conocerla.

—Oh, muchas gracias.— Catalina respondió con cierta intimidad y sintió una incómoda euforia, como si algo emocionante estuviera a punto de suceder—. Me alegro de que hayan aceptado nuestra invitación.

Javier la felicitó también y le llamó la atención sus intensos ojos claros, que combinaban perfectamente con su corbata de satén azul. Catalina pudo percibir el aroma de la loción de después del afeitado y su cara estaba limpia y barbilampiña, sin rastro de bigote ni patillas. Aunque no era tan atractivo como Fernando, su mirada, entre enigmática y triste, capturaba la atención de cualquiera que estuviera delante.

—Gracias, es muy amable.

Carlos los invitó a sentarse y ofreció a los hombres unos puros Montecristo. Mariana sirvió unos vasos de Cinzano Rosso bien fríos y unos aperitivos salados.

—¿Habéis leído la prensa esta mañana? –Carlos inició la charla con la portada de todos los periódicos—. Se avecina una guerra.

—Sí, cierto.— El padre de Fernando expulsó el humo haciendo círculos, era un hombre tranquilo y parecía que ni el estallido de una guerra pudiera perturbarlo—. Gran Bretaña le ha declarado la guerra a Alemania.

Catalina no podía dejar de mirar a Fernando, a quién tenía justo en frente, y esperó ansiosa a que se pronunciara sobre el asunto, no tanto por lo que tuviera que decir, pues ella no entendía en absoluto sobre guerras, sino por volver a oír su voz grave y tentadora.

—Alemania se está haciendo cada día más próspera.— Fernando tensó la espalda y se puso serio—. Pronto alcanzará económicamente a Gran Bretaña y a Estados Unidos, y tendrán armas y un buen ejército con el que combatir.

—¿Creéis que España debería meterse en la guerra? –Preguntó Catalina, con cierto temor a quedar como una estúpida. Quería demostrar que era una mujer que bien podía hablar sobre temas de actualidad y no solo de modas y tendencias.

—Claro que sí.— Fernando afirmó con rotundidad—. España debería apoyar a los alemanes para quedarse después con alguna porción del pastel.

—No estoy de acuerdo.— Javier apenas alzó la voz, como si no quisiera llamar la atención—. Creo que España no debería inmiscuirse en una guerra de la que no sacará nada. España ya no es el país que era y las grandes potencias ya no cuentan con nosotros. Perdimos Cuba y Puerto Rico hace tan solo unos años, si no pudimos con ellos, ¿cómo vamos a luchar contra Gran Bretaña y Estados Unidos? En todo caso, si tuviéramos que posicionarnos, deberíamos hacerlo con ellos, con las democracias liberales, pues estoy convencido de que se unirán para terminar con Alemania y sus aliados.

—Tienes razón, muchacho.— Carlos asintió convencido—. Muy buen argumento.

Fernando pareció molesto y su mirada se fijó en el color ámbar del vermut dulce de su vaso.

—Hablemos de Catalina.— Fernando cambió de tema y sus ojos se encontraron con los de ella—. Las guerras no interesan a las señoritas y menos el día de su cumpleaños.

Catalina se arrepintió de haberse metido en la conversación con aquella pregunta estúpida y quiso arreglarlo con alguna excusa.

—Yo solo…

—Los hombres mueren en las guerras.— Le interrumpió Javier sin dejarle acabar—. Y sus hijos quedan huérfanos. ¿Cómo no van a preocupar a las señoritas?

Hubo un silencio incómodo y Catalina vio como Fernando enrojecía de la rabia. Javier no estaba del todo equivocado, pero temía que comenzaran a discutir en un día tan especial para ella.

—Fernando tiene razón.— Acabó diciendo Catalina, aunque de reojo pudo distinguir como Javier se revolvía decepcionado en el sofá—. ¡Ya queda menos para la fiesta!

El resplandeciente sol de la tarde se colaba perdiendo intensidad por

el pabellón de verano, que se encontraba al resguardo de los árboles del jardín y de una pérgola para proporcionar sombra en las horas más calurosas. Ya comenzaba a refrescar, la merienda había sido un éxito y los invitados conversaban sentados en las sillas forjadas con una copa de champaña en la mano. Catalina no se había separado de Fernando ni por un instante, ambos habían hecho buenas migas y ninguno se había imaginado llevarse con tanta naturalidad el primer día de conocerse. Los camareros contratados para la ocasión todavía pasaban con bandejas de canapés y licores y de fondo se oía la voz amelocotonada de la pianista, que amenizaba la velada con todo tipo de baladas. Fernando estaba extremadamente apuesto y atractivo con un cuello de camisa de frac y una pajarita blanca. A su lado estaba Catalina, con un vestido verde oscuro de tela suave y pegado al cuerpo.

—Espero que baile conmigo antes que con ningún otro hombre.— Le dijo Fernando, apagando el cigarrillo en el cenicero y alisándose la pechera almidonada.

—¿Es que lo dudas, hijo mío? –La madre de Fernando tenía el pelo crispado y canoso, y un busto exagerado que destacaba en aquel corsé ceñido—. Estoy segura de que está deseando hacerlo, ¿verdad cielo?

Catalina miró al suelo abrumada por la invitación. Todos parecían felices y sonrientes a excepción de Javier, que estaba al otro lado de Fernando y no había abierto la boca desde que había empezado la fiesta.

—Por supuesto que bailaré con usted, siempre y cuando mi padre me dé su permiso.

—¡Claro que te doy permiso, hijita! –Los ojos de Carlos brillaban felices—. Pero con la promesa de que luego le concederás uno a este viejo.

—¡Y a mí! –Gritó de pronto su hermano Alberto, que se había aprovechado del ambiente festivo para permitirse ciertos excesos con el alcohol y el tabaco—. ¡Un brindis por mi hermana Cata!

Todos alzaron sus copas y brindaron alegremente. Tras ello, Fernando le tendió la mano y la llevó hacia el centro del pabellón, donde ya había otras parejas bailando. Comenzaron a moverse al compás de la

música en perfecta sincronía y Catalina cerró los ojos al sentir las manos de Fernando sobre su cintura. Sintió la felicidad máxima en todos los poros de su piel.

5

Jaca, septiembre de 1928.

Toni bajó del autobús y cruzó la ciudadela de Jaca acompañado por decenas de hombres y mujeres que se dirigían al Casino Juvenil, lugar donde normalmente se reunían los trabajadores y afiliados al sindicato para realizar distintas actividades lúdicas y culturales. Esta vez, decenas de personas de todos los pueblos de la comarca acudían para ver al representante de la Unión General de Trabajadores, Largo Caballero, que iba a hacer un discurso sobre las condiciones de los obreros y los campesinos. Toni paró al ver la marabunta de gente que esperaba frente a las puertas del recinto, se encendió un cigarro y se puso tras la cola mientras pensaba en lo reconfortante que era el sentimiento de camaradería por una misma causa. El goteo de gente era incesante, los ciudadanos acudían desde todas las calles circundantes y la cola iba haciéndose cada vez más larga. Cuando por fin entro al salón, el humo envolvía el ambiente y las mesas habían sido retiradas a los lados para que cupiera más gente. Había una tarima de madera, con varias sillas en ella y una gran bandera de la UGT colgada del techo. Toni estaba agobiado: eran las once de la mañana y hacía un calor desesperante, así que sintió una necesidad imperiosa de asomarse por una de las ventanas para respirar un poco de aire fresco. Mucha gente se quedó sin poder entrar, la falta de espacio era evidente, y algunos no les quedó más remedio que seguir el debate desde fuera. Un hombre con barba y pantalones de pana holgados subió a la tarima.

—¡Silencio! ¡Silencio! –Gritó, ejerciendo el papel de moderador—. Largo Caballero está de camino, mientras tanto procederé a dar la palabra a quién quiera hablar. Recordad la norma: los asistentes hablarán únicamente cuando el moderador, o sea yo, les conceda la palabra. Así todos podremos escuchar y hablar.

Muchos hombres comenzaron a subir al tablón; algunos eran representantes sindicales, otros simples campesinos u obreros que usaban un tono más agresivo que los otros, pero ambos hablaban con

los sentimientos a flor de piel. Toni pensó que no tendría otra oportunidad como aquella para denunciar su situación y explicar todo lo que le había sucedido en aquella serrería, así que impulsivamente levantó la mano y esperó a que el moderador le diera la palabra. El moderador asintió finalmente con la cabeza y le indicó que subiera con la mano. La multitud le hizo un estrecho pasillo y Toni pudo llegar al estrado sin problemas. Se apartó el mechón de pelo de la frente, el mismo peinado que había puesto de moda el piloto norteamericano Charles Lindbergh, y se encendió un cigarrillo mientras esperaba el cese de los murmullos. Toni comenzó a sentir un hormigueo en el estómago al observar tal cantidad de gente frente a él y suspiró arrepentido por haber tomado aquella decisión.

—¡Vamos chico, habla!

—¡No tengas miedo!

Se empezaron a oír varios gritos de ánimo y Toni suspiró para coger fuerzas.

—Hace una semana fui despedido de la serrería de Biescas.— Las piernas le temblaban, era la primera vez que hablaba para tanta gente —. Sufrí un accidente con una máquina y perdí dos dedos, así que necesité dos semanas para recuperarme. Mi jefe, lejos de encontrar una solución, optó por la vía más fácil y menos humana: me despidió después de nueve años trabajando para él.

La gente comenzó a silbar y muchos reaccionaron con insultos y palabras malsonantes.

—¡Qué hijo de puta! –Gritó uno de la primera fila—. ¡Vayamos a por él!

—No invierten en nuestra seguridad y, encima, si sufrimos un accidente laboral, nos echan a la calle. ¿Así nos pagan los años de fidelidad y trabajo? –Alzó un poco más la voz para aumentar el efecto retórico—. ¡Tenemos que luchar por nuestros derechos y no dejar que nadie se aproveche de nosotros! Somos el motor de sus fábricas y sin nuestra fuerza no tendrían absolutamente nada.

El moderador se acercó a él y le dijo que fuera acabando el discurso pues acababa de llegar Largo Caballero. Toni asintió y levantó el puño para acompañar sus últimas palabras.

—¡Mantengámonos unidos! –Comenzaba a sentirse a gusto y hubiera seguido hablando durante horas—. ¡Luchemos por la dictadura del proletariado!

Estalló una gran ovación y un mar de puños se agitó en el aire repitiendo las últimas palabras de Toni. Bajó de la tarima y muchos comenzaron a palmearle la espalda dándole ánimos. Volvió a acercarse a la ventana y aspiró el aire de la calle en un vano intento de llenarse los pulmones. Se apoyó mareado una vez más en el alféizar mientras el moderador daba paso a Largo Caballero. Era un hombre de mediana edad, canoso y un tanto calvo, que abría los brazos en señal de agradecimiento por la gran cantidad de aplausos recibidos. Toni comenzó a sentirse cada vez peor, necesitaba salir de allí y beber un poco de agua. Estaba pálido y deshidratado, y los nervios que había pasado sobre el escenario solo había hecho empeorar su estado. Sin embargo, aguantó como pudo el discurso de Largo Caballero.

—Hace falta modificar en nuestro país, no solamente la manera de ser de nuestras organizaciones, sino también de nosotros mismos, y comprender que para alcanzar determinadas ventajas hay que hacer algunos sacrificios. Decía, con mucha razón el camarada Bondas, que el Sindicato no significa la huelga. ¡Cuántas veces hemos dicho que nosotros no somos partidarios de la huelgas y que los sindicatos fuertes son precisamente los que evitan las huelgas!

Largo Caballero siguió con una desenvoltura pasmosa. Los años de experiencia hablando para el pueblo lo habían convertido en un tipo fuerte y carismático capaz de convencer a las masas. Toni envidió su firmeza y aplomo sobre el escenario y por un instante se imaginó a él ejerciendo ese mismo papel. Apartó ese pensamiento ridículo de su mente y puso atención a las últimas palabras del sermón, que levantaron la ovación y los aplausos de todos los concurrentes.

—Es necesario que ante la organización capitalista se pueda presentar la organización obrera fuerte y estrechamente unida, dotándola de todos los medios necesarios para que nunca tenga que retroceder. Nuestro lema debe ser: ¡Adelante, siempre adelante!

Toni se abrió como pudo entre aquella multitud exaltada y salió a la calle. Caminó hacia una pequeña plaza donde había varios niños vestidos de domingo jugando a la pelota. Suspiró aliviado al ver una fuente allí mismo y se acercó para beber y mojarse la nuca, lo que le

recobró el ánimo a los pocos segundos.

—¿Se encuentra bien?

Toni se giró al oír aquella voz grave y se encontró con un hombre delgado y de cabello ralo. No podía dejar de sonreír y le miraba de forma enigmática, como si escondiera algo y solo él supiera el secreto.

—Sí, gracias—. Toni se secó las gotas de la barbilla con el codo—. Me he mareado allí dentro.

El hombre le tendió la mano y se presentó.

—Me llamo Julián, aunque aquí en el pueblo me llaman el Sastre.— Le ofreció la mano—. Me ha gustado mucho lo que ha dicho en el Casino.

—Muchas gracias.— Le estrechó la mano todavía húmeda por el agua —. Soy Toni.

—Así que le han echado del trabajo, ¿no? –Llevaba una camisa de algodón ligera y unos tirantes a rayas que le sujetaban los pantalones —. Imagino que debe estar buscando algo.

Toni asintió poco confiado.

—Sí, aunque será difícil después de tantos años trabajando en la serrería.

—Ha tenido suerte, en mi sastrería necesitamos a alguien con urgencia. ¿Estaría dispuesto a trabajar para mí?

—¿Yo? —Hizo una mueca escéptica y comenzó a desconfiar de aquel tipo—. ¿En una sastrería? ¡Pero si no tengo ninguna experiencia!

—No se preocupe, puede aprender.

—Pero usted no me conoce de nada.— Le reprochó con gesto confuso —. ¿Por qué querría tenerme a mí si debe haber mucha más gente con experiencia en este pueblo?

Julián se mantuvo en silencio durante unos segundos sin responderle.

—¿Quiere el trabajo o no? –Insistió con voz cansina, reculando unos

pasos, como si tuviera prisa—. No me hace falta conocerlo más para saber que es un hombre responsable y que cumple con sus obligaciones.

Toni parpadeó varias veces, turbado por lo surrealista de la situación.

—Mire, piénselo bien.— Continuó—. Mañana estaré en este mismo lugar y a la misma hora esperándolo. Medítelo con calma.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza y giró sobre sus pasos con seguridad. Toni observó a aquel hombre tan extraño que se dirigía con paso ligero al Casino. Si aquello era una broma, no tenía ninguna gracia, pensó. ¿Qué clase de hombre era capaz de arriesgar su negocio contratando a alguien sin experiencia? Allí había gato encerrado y Toni estaba dispuesto a averiguarlo. Miró a su alrededor y se encontró a una anciana sentada en un taburete de mimbre frente a la puerta de su casa. Estaba haciendo ganchillo mientras vigilaba a su nieto de apenas dos años.

—Perdone señora, ¿usted sabe quién es el Sastre?

La mujer dejó las agujas apoyadas sobre la falda y se acarició los brazos enflaquecidos por la edad.

—Ah, Julián, ese tiene una sastrería, pero diría yo que gana más una lagarterana que él.

—¿No le funciona el negocio? –Preguntó interesado.

—Bueno, no mucho.— Carraspeó en un par de ocasiones—. A él le interesan otras cosas. Ya sabe, la política.

Toni no estaba sacando nada en claro de la vida de aquel hombre, así que pensó en esperar ya el autobús para volver a Biescas. Se despidió amablemente de la mujer y cuando estuvo a punto de marcharse, la señora murmuró algo que hizo que Toni se repensara si regresar a su casa o no.

—Vaya si le gusta la política…— Dijo distraídamente, volviendo a reemprender su labor—. Es el presidente de la Agrupación Socialista de Jaca.

6

Biescas, septiembre de 1928.

Martín entró en el despacho y tembló al sentirse observado por las cabezas de zorro disecadas que colgaban de aquellas paredes revestidas de un gris oscuro. Odiaba aquel lugar y siempre evitaba entrar en él si no era por fuerza mayor. No entendía como su padre podía pasarse tantas horas allí; solo salía para desayunar y comer, y apenas disfrutaba del jardín y de las horas de sol. Era como si aquella habitación fuera cómplice de sus secretos y de su intimidad y nadie más tuviera el derecho de ejercer ese papel, ni siquiera su mujer. Catalina entró tras él y lo primero que hizo fue localizar a Fernando, que estaba de cara hacia la ventana aguantando un puro entre los dedos, y se apoyó de pie en el respaldo del sillón que había para las visitas.

-Siéntate, Martín.- Le ordenó Fernando, dándose la vuelta.

Martín se sentó en el sillón; ni siquiera recordaba cuando había sido la última vez que se había sentado en él, y de reojo vio a su madre toqueteándose el collar de perlas en un evidente gesto de inquietud.

—Martín— Fernando se acercó sin quitarle los ojos de encima—. ¿Por qué quemaste ese coche?

—Fue un accidente.— Respondió con la voz temblorosa—. No fue culpa mía.

—¡No te atrevas a mentirme! -Le amenazó con el dedo índice-. ¡Quiero que me digas la verdad!

Martín notó el ritmo desbocado de sus latidos y creyó convencido que a ese paso se le iba a reventar el corazón.

—Encontramos la caja de cerillas en el bolsillo de tu pantalón.— Dijo ahora su madre, intentando parecer tranquila y serena—. Fuiste tú y queremos saber el por qué.

Martín se tocó la cara y la notó húmeda, se dio cuenta de que estaba llorando y sintió una rabia tremenda al no haber podido mantener el tipo delante de ellos.

—¡Lo hice porque estoy harto de que me tratéis como a un tonto que no sabe hacer nada! ¡Solo valoráis a mi hermano!

Su padre dio otra calada al puro y se quedó tras el sillón con las manos sobre los hombros de su hijo. Martín se puso más nervioso todavía y le comenzaron a flaquear las piernas.

—Eres un vago, eso es lo que pasa. No valoras lo que tienes y no aprovechas la educación que te estamos dando.

—¿Pero por qué tengo que estudiar? ¡Cuando sea mayor podré ayudarte con los negocios sin necesidad de haber hecho una carrera!

Fernando comenzó a reír sarcásticamente y se puso ahora sí en frente de su hijo.

—¿Me estás tomando el pelo? –Siguió riendo y le dio una palmada en la mejilla—. ¡Este niño va para humorista!

Catalina tragó saliva; conocía a Fernando y sabía que tras aquella risa cargada de ironía se escondía una arma arrojadiza capaz de desconcertar a cualquiera.

—No te estoy tomando el pelo.— Martín sonrió también y sintió un gran alivio—. Tú tampoco estudiaste una carrera, ¿no?

Fernando dejó bruscamente de sonreír y agarró a Martín por el cuello.

—¡Tú harás lo que yo te diga, mocoso desobediente!

Martín sintió los dedos de su padre clavados en su garganta y comenzó a notar que el aire le faltaba. Vio su rostro encolerizado a escasos centímetros de su nariz y unas gotas de sudor frío comenzaron a resbalarle por la frente.

—¡Suéltalo, por favor! –Gritó Catalina, tapándose la boca con las manos—. ¡No le hagas daño!

Fernando lo soltó de golpe y su cabeza rebotó contra el respaldo del sillón.

—¿Crees que le haría daño a mi propio hijo? –Miró fijamente a Catalina y le hizo una mueca de desprecio—. Eres absurda.

Catalina sintió como se le encendían las mejillas.

—¿Y cómo podría saberlo? –Le señaló con el dedo, furiosa—. ¡Si te pasas el día en este cuartucho sin prestarles ninguna atención!

Fernando apagó el puro y se sirvió una copa de brandy.

—¿Te piensas que el dinero llueve del cielo? –Sorbió la copa y la dejó encima de su escritorio—. Alguien tiene que trabajar para poder sacar a esta familia adelante.

—Te he dicho mil veces que yo podría ayudarte.

Fernando comenzó a reír de nuevo y le acarició el pelo a su mujer como si no fuera más que una muñeca.

—¡Eres una mujer, Cata! –Exclamó divertido—. ¿En qué mundo vives? ¡Nadie te tomaría en serio!

Catalina apretó los puños disimuladamente; Fernando nunca la había valorado y ni siquiera le había permitido aprender junto a él para ayudarle en la contabilidad de las tierras. Solo se dedicaba a llevar la casa y a cuidar de sus hijos, por lo que su vida no distaba mucho de la que había vivido su madre y su abuela, rutina que aborrecía por completo. Cada día era exactamente igual que el anterior, excepto cuando viajaban a Huesca para visitar a sus padres y hermanos: con ellos recobraba la alegría de su juventud y sentía que podía ser la misma que cuando tenía veintiún años, cuando el mundo todavía tenía mucho que ofrecerle.

—Dejemos esta tontería y vayamos al tema que nos ocupa.— Continuó —. He estado pensando y creo que tengo la solución para meterte en vereda, Martín.— Se terminó la copa de golpe y se pasó la lengua por los labios—. He hablado con el maestro de la escuela de Biescas y me ha dado permiso para que pases unos meses recibiendo tus lecciones allí, junto con los demás niños de tu edad.

Una oleada de terror se apoderó del cuerpo de Martín y se puso de pie impetuosamente.

—Padre, ¿pero que está diciendo? ¡Me niego a ir a la escuela!

—¡No me levantes la voz y siéntate! –Le ordenó—. Harás lo que yo te diga y punto.

—¿Por qué no me has consultado esta decisión? –Catalina estaba furiosa y por primera vez en ese despacho se sirvió una copa de coñac —. ¿Es que yo no pinto nada?

Fernando la miró sorprendido y se acercó a ella.

-¿Desde cuando tengo que pedir permiso para tomar decisiones? ¡Yo soy el cabeza de familia y yo soy quién tiene la última palabra aquí! ¿Cuándo te va a entrar eso en la cabeza?

—¡Yo también tengo derecho a decidir! ¡Son mis hijos! –Miró a Martín, que había empezado a llorar y sintió una profunda pena por él —. ¡Y creo que lo estamos distanciando de nosotros!

—Eres su madre Cata, y las madres no soportan ver a sus hijos llorar. — Lo dijo con una voz falsamente compasiva—. El niño aprenderá la lección y no volverá a hacer una salvajada como aquella.

Martín se agarró a las faldas de su madre como si todavía tuviera cinco años y apoyó su cara contra su pecho sin dejar de llorar.

—¡Pero se reirán de mí, se meterán conmigo! -Exclamó angustiado.

—¡Pues te defiendes! ¡Y si hace falta, utiliza tus puños!— Le espetó su padre, arrancándolo del lado de Catalina y agachándose a su altura para mirarlo directamente a los ojos—. Eres un Luengo y tienes que hacerte respetar si quieres que algún día lo hagan los trabajadores de nuestras tierras.

—El respeto no se gana con la fuerza, sino tratando bien a las personas.— Catalina le desafió retándole con la mirada y se bebió de un sorbo la copa.

Fernando le agarró agresivamente del brazo y le susurró al oído lentamente.

—No vuelvas a desautorizarme de esta manera delante de mis hijos. Eres mi mujer y lo serás para siempre, así que será mejor que dejes de odiarme y volvamos a ser un matrimonio bien avenido.

—¡Jamás!— Catalina se zafó de él y lo miró con tanto odio que incluso Fernando se removió incómodo—. Si yo hubiera sabido la clase de persona que eras, hubiera preferido estar bajo tierra que casarme contigo.

Fernando recibió aquel duro golpe sin apenas inmutarse. Sintió unas ganas inmensas de abofetearla pero nunca la había tocado: aquello era más propio de barriadas obreras y campesinos borrachos que de un hombre como él. Intentó tranquilizarse y se sentó en la silla de su escritorio. Ordenó algunos papeles y dejó que Martín abandonara el despacho.

—Ah, por cierto, no te lo había comentado.— Hizo como si no hubiera pasado nada y siguió con un tono formal—. Abadal vendrá con nosotros al Balneario de Panticosa. Es el agente de ventas de la Hispano—Suiza y hemos quedado en Sabiñánigo para firmar el contrato de los coches.

Catalina ni siquiera asintió a sus palabras e intentó tragarse las lágrimas como pudo. Sentía una tristeza tan fuerte que se hubiera tirado por la ventana en aquel mismo instante si no hubiera pensado en sus hijos.

—Es el asesor automovilístico del rey y le acompaña mañana en su visita a Sabiñánigo para inaugurar la línea ferroviaria con Francia.— Siguió Fernando—. Resulta que la Hispano—Suiza le regaló en 1905 un coche de veinte caballos y en 1910 el rey se quedó con doscientas cincuenta acciones de la empresa. ¿No te parece increíble?

—No voy a ir.— Dijo sin más—. ¡No quiero pasar ni un solo día contigo!

—No digas tonterías, ya tenemos las habitaciones reservadas y los niños están encantados.

—¡No puedo fingir más! –Comenzó a llorar desconsolada y se dirigió corriendo hacia la puerta—. ¡No quiero estar contigo, no quiero dormir contigo!

Fernando fue tras ella y consiguió alcanzarla, agarrándola de la cintura y atrayéndola hacía él.

—Tendrás que aparentar que me amas.— Le acarició la barbilla

violentamente—. Eres mi esposa y la madre de mis hijos, así que tienes que quererme.

Catalina cerró los ojos y sintió asco por su marido. Casarse con él había sido el error más grande de su vida, pero ahora tenía dos hijos y su felicidad y bienestar eran su máxima prioridad.

—De acuerdo.— Dijo al fin, asintiendo con amargura—. Iré y aparentaremos ser un matrimonio ejemplar, pero no lo haré por ti, lo haré por los niños.

Fernando la soltó mientras le sonreía y abrió la puerta del despacho para dejarla salir.

—Así me gusta.

Catalina fue la última en subirse al Mercedes blanco cuyo cromado brillaba como un diamante en bruto. Cortés lo había limpiado a consciencia tras el incendio que había provocado Martín y que había dejado inservible el antiguo H6B de su padre. El violento chirrido de los neumáticos marcó el inicio del viaje y cruzaron las sinuosas carreteras que cruzaban la comarca hasta adentrarse en Sabiñánigo. Ésta, engalanada de balcón a balcón de banderas y cintas de colores, estaba repleta de coches y guardias reales que controlaban la zona para evitar que se produjera cualquier incidente durante la visita del rey y de Miguel Primo de Rivera. Un guardia ordenó a Cortés que estacionara el vehículo hacia un lado de la calle. Llevaba el típico uniforme de la guardia real: pantalones y guerrera en azul turquí y un gorro blanco con una pluma roja.

—Buenos días señores, siento que tengamos que molestaros. Tenemos que revisar el maletero y el interior del vehículo. Si sois tan amables de bajar…

Observaron detenidamente los movimientos del guardia: abrió el maletero, lo revisó minuciosamente, y miró bajo los asientos del automóvil.

—Padre, ¿por qué hacen esto? — Preguntó Fermín con curiosidad—. ¿Quién querría hacer daño al rey?

—Mucha gente hijo, mucha gente. En 1906, por ejemplo, el mismo día

de su boda.

—¿En serio? ¿Y qué es lo que pasó?

—Un anarquista catalán lanzó una bomba casera dentro de un ramo de flores desde un balcón mientras el carruaje del rey y la reina Victoria Eugenia pasaba por la Calle Mayor de Madrid.

—¿Y al rey no le pasó nada?

—No, gracias a Dios, pero murió gente inocente que solo quería ver a Su Majestad.— Respondió el guardia, que ya había terminado la revisión—. Está todo bien, perdonen las molestias.

Subieron otra vez al coche y lo aparcaron frente al hostal en el que se iban a hospedar aquella noche para el día siguiente ir a Panticosa. Dejaron las maletas y salieron a pasear por el centro del pueblo. Hacía un día primaveral; Catalina llevaba un *tailleur* azul ceñido y una blusa blanca y su pelo ondulado se agitaba por la brisa bajo el sombrero *cloché* a juego. El sol bañaba los balcones de las casas y la ropa recién lavada serpenteaba bajo las franjas de luz y sombra del tejado. Caminaron por los estrechos callejones adoquinados y Fernando compró unos helados de nata a los niños a un vendedor ambulante que estaba haciendo su agosto aquel día festivo. Parecían una familia totalmente unida y la gente jamás podría imaginarse la tormenta que se desataba de puertas para adentro. Llegaron a la estación; la gente se amontonaba frente al tren decorado con flores y banderas, incluso los niños se parapetaban subidos en las farolas para obtener mejores vistas. Era una noticia de alcance nacional y los periodistas habían llegado en el primer tren de la mañana con sus libretas a mano y una gran cámara montada sobre un trípode. Fernando se hizo paso como pudo ante la multitud y los niños se pusieron de puntillas para ver pasar al rey Alfonso XIII vestido con su habitual levita militar llena de condecoraciones. Él y su comitiva real fueron recibidos por la banda municipal mientras saludaba con sus ojos saltones y cómicos al sin fin de cabezas que se asomaban. Varios segundos después apareció Primo de Rivera y el alcalde del municipio, que no cabía en sí de gozo. El discurso, en el que el rey apenas se pronunció, duró poco más de diez minutos: en él se alababa el progreso que suponía aquella línea para la comarca. Una vez que el cura bendijo la estación, la línea quedó inaugurada sin más dilaciones y las autoridades volvieron al Ford *coupé* deportivo con el que habían llegado. La aglomeración comenzó

a disolverse paulatinamente y los Luengo decidieron ir a comer a un restaurante de aire burgués de la zona cuya mesa tenían ya reservada. Les atendió un camarero vestido de negro y rojo y los sentó en una esquina rodeada de columnas de madera de nogal apartada del bullicio de los demás comensales.

—¿Veis esos biombos de allí? –Fernando los señaló—. Detrás están comiendo las autoridades.

—¿Cómo lo sabes? –Preguntó Fermín—. ¡Yo no veo nada!

—De eso se trata hijo, de que no veas nada.— Se encendió un cigarro y apoyó el codo en la mesa—. Mira la cara de los camareros, están nerviosos, y son cinco, demasiados para atender una simple mesa.

El camarero se acercó para entregarles la carta; era un chico joven e inseguro y parecía no llevar mucho tiempo trabajando allí.

—¿Está el rey aquí? –Preguntó Martín sin morderse la lengua.

El camarero enrojeció y tragó saliva apurado por no saber qué responder.

—Si lo estuviera no sería de extrañar: es el mejor restaurante de la ciudad.— Dijo con picardía, guiñándole un ojo—. ¿Ya saben lo que van a pedir?

—¡Yo quiero comer lo mismo que el rey! –Exclamó Fermín entusiasmado—. ¿Qué se ha pedido?

—Niños, dejad al pobre señor tranquilo.— Les recriminó Catalina—. Está trabajando.

—No os voy a decir qué come el rey.— Sentenció el joven—. Pero os puedo recomendar las ostras al limón, la langosta a la vinagreta y el *vol—au—vent* de perdices. Y por supuesto, el flan de café como postre.

—Eso será perfecto.— Decidió Fernando, apagando el cigarrillo en el cenicero con el emblema del restaurante—. Y el vino de la casa, por favor.

El camarero apuntó el pedido en su libreta y Martín aprovechó aquella ocasión para escabullirse de allí sin que sus padres se enteraran. El restaurante estaba atestado de gente y los camareros pasaban de la

mesa a la cocina sin prestar atención a nada más que a las bandejas repletas de comida. Aprovechó ese ritmo frenético para acercarse hacia el biombo sin que nadie le frenara el paso y asomó su cabeza por él. Era una mesa rectangular de seis comensales encabezados por el mismo rey y Miguel Primo de Rivera. El rey llevaba la servilleta en el pecho y comía una langosta detrás de otra mientras Rivera no dejaba de hablar.

-La Sociedad de Naciones jamás aceptará que España tenga un puesto relevante en ella.

Rivera llevaba el pelo negro hacía atrás y tenía una mirada dura pero carismática. Tenía ya sus casi cincuenta años, pero seguía imponiendo una violenta impresión.

-No podemos luchar contra eso, General.- Dijo el rey sin mucho entusiasmo-. Los ingleses son los que mandan, y no nos quieren. ¡Y Dios sabe lo que ha luchado mi mujer por representarnos en su tierra!

-La reina es una mujer digna de admirar, majestad.

-Debería saber, general, que detrás de un gran hombre se esconde una gran mujer.- Se llevó un bocado a la boca y bebió un sorbo de vino blanco-. ¿Pero usted no se iba a casar con Niní?

Los demás comensales comenzaron a reír disimuladamente y Primo de Rivera enrojeció.

-Niní anunció a bombo y platillo nuestro matrimonio pero jamás decidimos dar semejante paso.

-Una pena.- El rey siguió en un tono burlesco-. Dicen que solía pasearse por la Bolsa de Madrid, ¡quizás hubiera arreglado la economía del país!

Todo el mundo comenzó a reír de nuevo y Rivera, ridiculizado por el propio rey, se sirvió una copa más de vino que no dudó en bebérsela de un tirón.

-Si te digo la verdad, Miguel.- Continuó tuteándole-. Yo me hubiera quedado con aquella amante tuya...la que se paseaba desnuda a caballo por Salamanca… ¿Cómo se llamaba?

Rivera comenzó a toser al atragantarse con la bebida.

-Se llamaba Luna, pero se hacía llamar Bebé. Pero de eso hace mucho tiempo, Majestad. Además, creo que todas esas historias no son más que habladurías.

-¿Estás seguro? -El rey cogió la copa y la balanceó suavemente-. Cuando el río suena, agua lleva, General. También dicen que fumaba algo más que tabaco y que llevaba pantalones como un hombre cualquiera.

-¿Pero quién anda ahí? -Rivera reparó en Martín, que había estado oyendo la conversación con la cabeza asomada por el biombo y vio la oportunidad perfecta para zanjar la conversación-. ¿Tenemos a un niño curioso?

Martín asintió valiente aunque no se movió por prudencia.

-Vamos muchacho, ven aquí.- Le indicó el rey con la mano-. Seguro que querías conocerme, ¿eh?

Martín se acercó vacilante y sintió una gran alegría de estar a tan pocos centímetros del hombre más importante de España. Se dijo así mismo que tendría que hacer lo imposible por recordar aquella escena el resto de su vida y guardarla bajo llave en su memoria.

-Es un orgullo estar a su lado, Majestad.- Expresó, haciendo una cómica reverencia.

Todos comenzaron a reír, incluso Rivera, que parecía haber recobrado el ánimo.

—Si aciertas esta adivinanza te regalo mi gorra.— Dijo el general, señalando el perchero de donde colgaba.

Martín abrió los ojos inmensamente ilusionado y puso toda su atención.

—Uno larguito, dos más bajitos, uno chico y flaco y otro gordonazo. ¿Qué es?

El rey sonreía animado sin dejar de comer y de chuparse los dedos con toda naturalidad.

—Venga chico, responde a la adivinanza.— Insistió con impaciencia —. ¡Ay que ver, cómo me recuerda a mi hijo Gonzalo!

Martín seguía pensando y Rivera volvió a repetirle la adivinanza.

——Uno larguito, dos más bajitos, uno chico y flaco y otro gordonazo. ¿Qué es?

Martín se tocó las sienes como si aquello le ayudara a encontrar la respuesta. Unos minutos después sonrió satisfecho.

—¡Los dedos! –Gritó eufórico—. ¡Son los dedos!

Todos aplaudieron y Primo de Rivera le colocó la gorra en la cabeza.

—Este crío será un buen militar.— Le dijo el rey pellizcándole la mejilla—. Y defenderá bien a su país, ¡quizás mejor de lo que lo hace usted, General!

Las carcajadas volvieron a inundar el salón y el bigote del rey se movió de arriba a bajo sin parar.

-Mis padres me obligan a estudiar.- Confesó Martín-. Pero yo no quiero, no me gusta nada. Preferiría ser militar.

-¿Estás seguro? -Le preguntó el General-. Piensa que te juegas la vida en la guerra y se pasa mucha hambre y penurias en el frente.

-¡No me importa! -Alzó la cabeza con valentía-. Debo cumplir con mi deber y defender a mi país y a mi rey de sus enemigos.

-¡Bien dicho, muchacho! -Exclamó el rey-. He aquí un buen patriota!

En aquel momento apareció un camarero llevando los postres y pidió perdón a las autoridades al encontrarse allí a Martín. Lo echó con malos modales y antes de cruzar el biombo de nuevo, Martín escuchó las últimas palabras del rey, que hicieron que se hinchara de orgullo y valor.

-¡Ojalá hubieran más chicos como éste!

7

Biescas, agosto de 1915

Agustina zarandeó a su hija Ana para despertarla. Dormía plácidamente junto a sus hermana pequeña en una cama diminuta de hierro forjado, sobre un colchón de lana viejo que su madre había adquirido en una feria ambulante de objetos de segunda mano. La niña abrió sus grandes ojos castaños y se enderezó al ver a su madre sujetando un candil cuya luz iluminaba su cuerpo ajamonado y embutido en un desgastado vestido.

—¿Qué ocurre? –Preguntó asustada, sacando con cuidado el brazo que rodeaba a su hermana. Miró por la ventana y se dio cuenta de que ni siquiera había amanecido todavía.

—Ha venido un recadero, la señora Luengo está de parto.— Dijo con desdén—. Se le ha adelantado y me han llamado a mí a fuerza mayor. Seguro que habían contratado a un buen médico de la capital.

—Pues seguro que nosotras somos mejores.— Sonrió y se dirigió al perchero, del que colgaba la escasa ropa de las niñas. Cogió el vestido blanco de lino que utilizaba para los domingos y comenzó a quitarse el camisón—. ¿Cómo será la casa?

Su madre la miró con ojos inquisitivos y le arrancó el vestido de las manos.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿A quién se le ocurre ponerse el vestido de ir a misa? ¡Vamos a un parto!

Ana agachó la cabeza, la larga melena negra le cubría el rostro suave, perfectamente proporcionado.

—¡Yo quería ir arreglada! –Se puso el vestido de diario, remendado tantas veces que Ana había perdido ya la cuenta y se recogió el pelo en una coleta—. ¡Debe ser una casa elegante, nunca hemos estado en un sitio así!

—¡No digas tonterías! –Hizo un bufido y un gesto de indiferencia—. ¿Te piensas que te van a mirar el vestido?

—Pensarán que somos pobres.— Susurró con la voz tomada mientras repasaba en su cabeza las pocas imágenes que tenía de la señorita Luengo—. ¡Ella va siempre tan guapa!

Su madre, que siempre criticaba a los Luengo y a cualquiera que tuviera una vida más apacible y menos complicada que la suya, agarró a su hija por el brazo y la sacó del dormitorio.

—¡Es que somos pobres! –Gesticuló frenética—. ¡Y todo por culpa de gente como ellos! Tu padre se mata a trabajar por cuatro pesetas –Hizo un gesto señalando el otro dormitorio, donde todavía dormía su padre—. Y se levanta cada día a las cinco de la mañana para vender el poco trigo que no se ha quedado ese Luengo.

Ana abrió atónita los ojos y escuchó el discurso resentido de su madre sin pestañear.

—¡Son unos egoístas! –Gritó con los ojos inyectados en sangre—. ¡Solo piensan en ellos mismos! ¿Acaso crees que somos algo para ellos? Bah, como si fuéramos estiércol…

—No grite madre, va a despertar a padre y a la niña.- Dijo para intentar calmarla.

—¡Esa es otra! –Continuó con el mismo tono—. ¿Quién os va a dar de comer cuando tu padre falte?

Ana se entristeció al pensar en ello. Su padre se pasaba el día trabajando en el campo y la mayoría de las tardes se dejaba caer por la taberna y no llegaba hasta la hora de la cena. Habían compartido techo, pero apenas se conocían el uno al otro. Era un buen hombre, trabajador y responsable, pero nunca había creído necesario demostrarle el cariño que Ana siempre había anhelado tener de él. A pesar de todo, ella sentía amor y ternura por su padre y no imaginaba la vida sin él.

—¡Yo os ayudaré cuando me gane el sueldo! -Expresó con brío-. Estoy aprendiendo mucho observando su trabajo y creo que me convertiré en una buena partera como usted.

—Tu padre cada día tose más.— Agustina no hizo caso al comentario y frunció el ceño preocupada—. Todo el día en el campo, deslomándose, haga frío o haga calor…

-¿Deberíamos irnos ya, no? -Ana pensó en lo mal que lo estaría pasando la señora Luengo y estaba ansiosa por ayudarla.

Agustina salió de su ensimismamiento y ambas salieron de casa y subieron al Cadillac negro de ruedas blancas que les esperaba en la puerta. Era la primera vez que Ana subía a un coche motorizado y se agarró a su madre al oír el rugido del motor. Seguía sin entender cómo era posible que aquel enorme vehículo se moviera a aquella velocidad sin la ayuda de la fuerza de los caballos. El viaje se le hizo demasiado corto y pronto pararon frente a la puerta de la casa, que estaba rodeada por un precioso jardín lleno de flores. El chófer les acompañó hacia la puerta de servicio y allí les atendió Esmeralda y les condujo hacia el dormitorio de la señora. Subieron la ancha y majestuosa escalera y cruzaron un pasillo cuya única luz provenía de la puerta entreabierta de la habitación del fondo. Ana estaba dichosa y a la vez nerviosa por conocer a Catalina; la había visto algún domingo tras la misa y era una chica joven y guapa de gusto refinado que siempre iba vestida a la última moda. Ana soñaba con parecerse a ella y poder lucir toda aquella ropa que para ella era tan inalcanzable. Entraron en el dormitorio y se zambulleron en el ambiente acalorado de la estancia apenas iluminado por la tenue luz de los quinqués sobre la mesita de noche. Ana se decepcionó al ver a Catalina con aquel rostro pálido y contraído, sin el aura que le acompañaba siempre y que hacía que todo el mundo se embelesara mirándola.

—Os he dejado dos cubos con agua caliente y trapos limpios.— Dijo Esmeralda, señalando un carrito con ruedas—. El señor Luengo esperará en su despacho hasta que le demos la buena nueva. Llámenme si necesitan algo.

Esmeralda cerró la puerta de la alcoba y Agustina comprobó que las cortinas taparan cualquier resquicio de ventana.

—Ana, moja el trapo en la palangana.— Le ordenó.

Ana obedeció y tras mojar el trapo en el agua caliente, se acercó a Catalina y se lo pasó por la frente con cuidado. Ella, que apenas podía abrir los ojos, le agarró del brazo con suavidad y le sonrió

afectuosamente.

—Eres una niña preciosa.— Expresó débilmente—. ¿Te gusta ayudar a tu madre?

Ana asintió acariciándole el rostro sudoroso. A pesar de su aspecto enfermo, pensó que nunca había visto una chica tan bonita como ella.

—La señora está sudando.- Comentó Ana mientras volvía a sumergir el trapo en el cubo—. ¿No podemos abrir las ventanas?

—No.— Agustina negó con rotundidad—. Pueden entrar virulencias, mejor así.

—Pero madre, estamos en pleno agosto, la señora se puede marear y…

—¡He dicho que no! –Le dirigió una mirada de advertencia—. Obedece a tu madre, que es la que sabe. Recuerda que solo estás aprendiendo.

Catalina esgrimió un gemido de dolor.

–¡Creo que tengo otra contracción! – Exclamó, revolviéndose en la cama.

Agustina puso la cabeza bajo la sábana y miró bajo el camisón, metiéndole la mano por la vagina.

—El niño viene de nalgas—. Concluyó con frialdad—. Será un parto difícil.

Catalina ahogó un grito y cerró los ojos perdiendo la consciencia.

—Madre, ¡se ha desmayado! –Gritó Ana, intentando despertarla palmeándole la cara.

Agustina puso los labios sobre su frente y se percató de que estaba ardiendo.

—Deberías haberte dado cuenta de la fiebre.— Le recriminó a la niña —. Tienes que estar más atenta.

Ana se sintió culpable por haber cometido semejante descuido. No obstante, creía que su madre era demasiado exigente al pretender que

una niña de diez años actuara del mismo modo que ella.

—Baja, ves a la cocina y pídele a la criada que te hierva las hojitas de frambuesa. Pero di que está bien, si no se pondrán histéricos.— Le ordenó con desgana, mientras se sentaba en uno de los dos sillones alfonsinos que había en la habitación— No podremos hacer nada hasta que se despierte, así que a ver si puedo echar una cabezadita.

Ana se puso las hierbas en el bolsillo y cruzó la puerta de la habitación.

—¡Qué poco aguante tienen estas mujeres! –Continuó Agustina, acomodándose en el respaldo y recostando la cabeza sobre su hombro —. Trabajar, eso es lo que tendrían que hacer…

Ana bajó las escaleras y recordó el camino por el que había venido. Encontró la cocina por intuición al seguir el olor de la carne frita. Ana se preguntó para quién podría estar cocinando Esmeralda a aquellas horas, pues todavía no era la hora de desayunar. Entró y se encontró con una cocina enorme de azulejos esmaltados verdes frente a los fogones y un fregadero bastante amplio. Esmeralda estaba sacando una empanada del horno con la mano envuelta en un trapo y el olor de la masa y la carne caliente provocó que Ana comenzara a salivar al ver el apetecible aspecto de aquel plato.

—¿Tienes hambre? –Le cortó un trozo y se lo dio—. ¡Ten cuidado, no te quemes!

La niña no esperó a que se enfriara, se la comió en un par de mordiscos y se chupó los restos que le quedaban en los dedos. Aunque no llegaba a pasar hambre en su casa, la variedad de alimentos era limitada y en muy pocas ocasiones el escaso sueldo de sus padres les permitía comprar algo de carne.

—Parece que está buena.— Sonrió orgullosa, poniendo otro trozo en un plato, esta vez con cuchillo y tenedor—. Al señor le ha entrado hambre.

Ana se acordó de las hierbas y las sacó del bolsillo.

—¿Me puede hervir esto? Es para la señora, pero está bien.

—De acuerdo.— Le dio el plato de la empanada—. ¿Puedes llevárselo

tú al señor Luengo?

Esmeralda volvió a los fogones para poner el agua a hervir y Ana se quedó pasmada sin saber hacia dónde ir.

—¿Dónde está el despacho?

—¡Qué estúpida soy! ¡Si no conoces esta casa!– Exclamó divertida, poniéndose la mano en la cabeza—. Cruza el salón, el despacho es la segunda puerta.

Ana caminó lentamente por el salón y no pudo resistir acercarse al piano y abrir la tapa. Tocó una tecla aguda y se marchó corriendo como si estuviera haciendo algo malo. Tocó también el cuero de los sillones y olió las rosas frescas talladas que había en el jarrón de la mesa principal. Cuando llegó a la segunda puerta, la golpeó y esperó con el plato en la mano.

—¡Adelante!

Era una voz grave y profunda. Ana se adentró en la habitación repleta de un aromático humo azulado que salía de la boca de aquel hombre alto y atractivo.

—¿Quién eres tú? –Frunció el ceño y la miró desconfiado—. ¿Y Esmeralda?

—Le traigo su empanada, señor.— Se la dejó sobre la mesa entre papeles y plumas—. Esmeralda está preparando unas hierbas para su esposa.

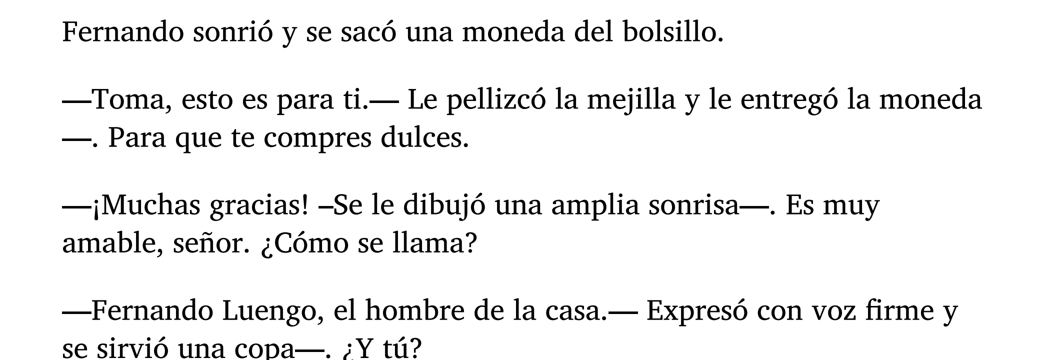
—No has respondido a la primera pregunta, jovencita.— Le recriminó, agitando el dedo índice en el aire.

—Soy la hija de la partera.— Puso las manos tras la espalda—. Estoy aprendiendo.

—Y dime, preciosa.— Le soltó con cierta zalamería—. ¿Cómo está mi esposa?

Ana dudó si decirle la verdad o no.

—Todo va bien.— Dijo al fin, temerosa de desobedecer a su madre.



Fernando sonrió y se sacó una moneda del bolsillo.

—Toma, esto es para ti.— Le pellizcó la mejilla y le entregó la moneda —. Para que te compres dulces.

—¡Muchas gracias! –Se le dibujó una amplia sonrisa—. Es muy amable, señor. ¿Cómo se llama?

—Fernando Luengo, el hombre de la casa.— Expresó con voz firme y se sirvió una copa—. ¿Y tú?

—Ana.— Se retiró el flequillo negro que le caía por la cara—. ¿Y su bebé como se llamará?

—Fermín, estoy seguro de que será niño—. Le hizo un guiño de complicidad—. Espero que todo salga bien.

—¿Quién toca el piano? –Preguntó con curiosidad—. ¿Usted?

Fernando tosió nervioso y cambió el semblante de su rostro, ahora más serio.

—A ti no te importa.— Le indicó de malas maneras—. Eres muy entrometida, niña.

Ana sintió miedo al ver aquellos ojos penetrantes y fríos y se preguntó qué tenía de malo aquella pregunta.

-Será mejor que vuelvas a la habitación y te ganes el sueldo.

Fernando le dio la espalda con la copa en la mano y Ana se sintió forzada a abandonar la estancia y regresar a la cocina, de donde recogió la jarra con la infusión ya preparada y subió al dormitorio. Había un silencio profundo salvo los leves ronquidos de su madre, que se había quedado dormida en el sillón. Se acercó a Catalina y le volvió a acariciar el rostro, que seguía ardiendo.

—Niña.— Catalina abrió los ojos de golpe—. ¿Y mi bebé? ¿Quién me ha quitado a mi bebé?

Ana llegó a la conclusión de que estaba delirando por la fiebre y tenía que tomarse la infusión cuanto antes.

—Tiene mucha fiebre y debe tomarse la infusión.— Cogió el vaso que

había en la mesita y abocó parte del líquido de la jarra.

Catalina le agarró el brazo con fuerza, estaba sudando y no dejaba de susurrar frases sin sentido.

—Tiene que saber la verdad, antes de que me muera…

—¡No va a morir! –Le tocó el pelo para calmarla—. Se pondrá bien y tendrá a su bebé.

—No, no, necesita saberlo todo...— Catalina se enderezó realizando un gran esfuerzo y miró aterrorizada y llena de preocupación a Ana—. Abre el primer cajón de la mesita y sácame un papel y una pluma, por favor.

—No debe hacer esfuerzos, bébase el brebaje: le quitará la fiebre y se encontrará mejor.

—¡Haz lo que te digo! –Alzó la voz, lo que produjo que Agustina se removiera en el sillón, aunque pronto volvió a coger la postura.

Ana acabó obedeciéndole y le entregó el papel y la pluma.

—¿Sabes escribir? –Le preguntó, retirándose el pelo pegajoso de la cara—. Yo no sé si voy a ser capaz, me encuentro muy mal.

—Sé leer pero todavía no sé escribir bien, estoy aprendiendo en la escuela.

Catalina cerró los ojos y, angustiada, se apoyó ladeada como pudo sobre la mesita y comenzó a escribir con trazo irregular.

—Sé que voy a morir.— Insistió una vez que había terminado, entregándole la nota a Ana—. Busca a esta persona y dásela, te lo ruego.

—¡No va a morir! –Gritó Ana, frunciendo el ceño—. ¡Nunca se ha muerto ninguna mujer en las manos de mi madre!

—Júrame que se la darás.— Sus pupilas comenzaron a dilatarse y perdieron toda su brillantez—. ¡Júramelo!

—Se lo juro.— Dijo al fin para calmarla—. Pero bébase esto antes de que se vuelva a desmayar.

Catalina se lo bebió, se echó en la cama y volvió a perder el conocimiento. Ana aprovechó para leer la nota que le había dado y emblanqueció al entender lo que entrañaba aquella confesión y a quién iba dirigida. Comprobó que su madre siguiera durmiendo y se escondió la carta en el bolsillo. Se dio cuenta de que hacía un calor horroroso y que aquello, a pesar de que su madre opinaba lo contrario, no podía ser bueno para rebajar la fiebre, así que abrió las ventanas. Comenzaba a amanecer y unos ligeros rayos de sol entraron en la habitación acompañados de una brisa fresca y revitalizante. Se acurrucó en la alfombra junto a la cama, bostezó sonoramente y se dejó llevar por el sueño.

—¡Ana! ¿Has abierto tú las ventanas?

Se despertó con los gritos de su madre, que volvía a cerrarlas y a correr las cortinas. Ana miró el reloj de la mesita; había dormido casi media hora.

—Creo que el aire le ha bajado la fiebre.— Dijo Ana tras tocarle una vez más la frente—. Está mucho mejor.

—¿Te crees que sabes más que yo? –Expresó una mueca de rencor y volvió a palparle la vagina—. Le ha bajado la fiebre gracias a la infusión. Ahora hay que despertarla, el niño ya viene.

Ambas zarandearon con cuidado a Catalina, que comenzó a despertarse y a notar las contracciones que le atenazaban los riñones.

—Respira hondo y aprieta todo lo que puedas.— Le aconsejó Agustina —. Si sigues apretando saldrá de forma natural.

Catalina comenzó a apretar emitiendo pequeños quejidos de dolor.

—¡Un poquito más! –Le animó Ana.

Continuó apretando hasta que no pudo más y volvió a cerrar los ojos incapaz de seguir haciendo fuerza.

—¡Estaba a punto de salir! —Exclamó Agustina, abriendo el maletín que llevaba siempre con ella—. ¡No se esfuerzan ni por parir a su hijo! !Están acostumbradas a que se lo hagan todo!

—Está agotada madre, no tiene fuerzas.

Agustina le introdujo por la vagina una especie de pinzas largas y, agarrando el culo del niño, estiró hacia ella con delicadeza hasta que el cuerpo del bebé resbaló por su propia inercia sobre la cama. Cortó el cordón umbilical, le tapó con una toalla y se lo entregó a Catalina mientras éste lloraba con un chillido agudo. Ella hizo el esfuerzo de sostenerlo en sus brazos y le besó la húmeda y caliente cabecita mientras dejaba caer algunas lágrimas. Agustina se fue a avisar a Esmeralda y Ana se quedó observando ensimismada la tierna escena entre madre e hijo.

—Al final ha sido un niño—. Ana sonrió a Catalina, quien recuperó de repente la luz y el color habitual de su rostro —. Ya le dije que no iba a morir, que todo saldría bien. ¿Qué hago con la carta?

Catalina la miró confusa sin saber de qué le estaba hablando la niña.

—¿Qué carta? –Volvió a besar a su hijo sin prestarle apenas atención —. Es precioso, ¿no crees?

Ana asintió y prefirió no insistir en lo de la carta; Catalina había tenido mucha fiebre y parecía no recordar nada.

8

Olvés, septiembre de 1913

Cortés y Miguel jugaban frente a la puerta de su casa arrodillados sobre el camino de tierra húmedo y lanzando las pocas canicas que habían recopilado a lo largo de su vida y que cuidaban como si fuera lo más preciado del mundo. Su madre se asomó por la puerta y les ordenó que entraran a cenar. Recogieron las canicas a toda prisa y entraron corriendo a la casa. Su madre los miró entre sonriente y apenada y les preparó una jofaina con agua para lavarles las manos.

—¡Qué manos más negras! –Las frotó enérgicamente sin jabón y las secó con una toalla.

Cortés saboreó aquel gesto con felicidad: aquello le hacía pensar que las cosas iban bien y que su madre siempre estaría allí al final del día para lavarle las manos.

Su padre ya estaba sentado en la mesa para comer; era un hombre alto y delgado pero fuerte. Contemplaba a sus hijos mientras fumaba y se tocaba la frente siempre preocupado por alguna razón.

—Venga, que tengo hambre.— Dijo sin más—. Y hoy tenemos una buena cena.

Cortés levantó las cejas sorprendido y se sentó rápido en la silla imaginándose todo tipo de exquisiteces. Su madre recogió una bandeja de la cocina, que estaba en la misma estancia, y la dejó orgullosa sobre la mesa. Cortés se puso de rodillas en la silla para ver mejor y salivó al contemplar aquellos cuatro filetes de ternera uno detrás de otro.

—¡Carne! –Gritó Miguel, que solo tenía tres años y apenas recordaba su sabor.

Cortés estaba tan feliz que hubiera deseado congelar aquel momento para siempre. Miró a su madre, que llevaba el pelo recogido en un

moño desordenado, y a pesar de su sonrisa pudo reconocer un ápice de tristeza en sus ojos, que parecían a punto de soltar un torrente de lágrimas.

—¿No estás contenta, madre? –Le preguntó Cortés, un poco contrariado.

Su madre asintió e hizo un esfuerzo por no llorar. Cogió un tenedor y comenzó a servir los filetes, uno para cada uno. Cortés cortó un trozo y se lo metió en la boca saboreando lentamente la carne: nunca había probado algo tan bueno como aquello.

—¿Cómo habéis podido pagarlo? Padre no trabaja y no tenemos dinero.

—No te preocupes por eso.— Su padre ya había terminado con su filete y ahora comía un poco de pan y queso—. Solo disfruta.

De repente, las gemelas comenzaron a llorar desde la cuna y su madre se levantó a por ellas sin terminar de cenar. Se puso un bebé a cada pecho y continuó comiendo como si nada mientras las crías mamaban hambrientas. Cortés vio a su madre suspirar y pensó que, aunque apenas rozaba la treintena, después de haber criado a cuatro hijos parecía mucho más mayor.

—Mañana nos levantaremos pronto y os llevaré a una feria impresionante.— Comentó su padre sin gran entusiasmo—. Está en Calatayud.

Los dos hermanos se miraron expectantes y comenzaron a saltar de júbilo.

—¿Una feria con castillos de fuego y tío vivo?

Su padre asintió forzando una sonrisa y su madre se levantó de golpe de la silla con las dos gemelas agarradas al pecho y se marchó corriendo del comedor. Cortés y Miguel se quedaron con la boca abierta sin entender el comportamiento extraño de su madre.

—No pasa nada.— Se apresuró a decir su padre—. Le da pena no poder venir con nosotros, ya sabéis que tiene que quedarse con las niñas.

Miguel superpuso el labio inferior al otro e hizo una mueca de pena. Era igualito que su hermano mayor, incluso tenían temperamentos parecidos: ambos eran tranquilos y obedientes.

-Y ahora a dormir.— Les ordenó—. Que mañana nos espera un día muy largo.

Los dos se acercaron a su padre, le dieron un beso en la mejilla y le desearon las buenas noches. Se fueron a su habitación y se metieron en la pequeña cama que compartían desde que Miguel había dejado de ser un bebé. Este se durmió rápido con una sonrisa en la boca, seguramente imaginando todo lo que iba a vivir al día siguiente. Cortés, sin embargo, no dejó de pensar en lo inusual de todo lo sucedido aquella noche y en lo difícil que era para un niño pobre de tan solo siete años que pudiera comer carne y visitar una feria en menos de veinticuatro horas de diferencia.

Su madre les despertó al día siguiente y les ayudó a vestirse. Les puso la camisa de manga corta y luego la de manga larga encima, además del abrigo.

—¡Hace calor! –Exclamó Cortés—. ¿Por qué nos abrigas tanto? ¡Nos has puesto toda la ropa que tenemos!

—En Calatayud hace frío.

Su madre les quitó las legañas frotándoles la cara con agua y les peinó con el único peine que tenían para todos. En el comedor estaba su padre desayunando unas gachas con un poco de azúcar. Frente a sus sillas también había unos cuencos con gachas, pero habían añadido un huevo pasado por agua. Cortés no dijo nada ante aquel insólito desayuno y se lo comió sin pensar más en ello. Su madre les observaba callada y tan solo acariciaba las canicas con las que tantas veces habían jugado sus hijos.

—Venga, tenemos que salir ya.— Ordenó su padre—. Despediros de vuestra madre.

Su madre llevaba otra vez encima a las gemelas, como si formaran ya parte de su cuerpo, y comenzó a llorar al ver que se levantaban de la mesa.

—¿Qué te pasa, madre? –Cortés la miró desconcertado—. Solo vamos

a la feria, esta noche estaremos aquí.

Su madre exclamó un quejido doloroso y apretó a los dos niños contra sus faldas. Miguel, al ver a su madre llorar, comenzó también contagiado por el llanto.

—No llores, mi amor.— Le dijo su madre, besándole la cabeza—. Mamá está sensible, eso es todo. Dadles un beso a vuestras hermanas.

Besaron la cabecita menuda y huesuda de las dos niñas y su padre los cogió por el brazo sacándolos a la calle mientras volvían a oír de fondo los sollozos de su madre. Cortés sintió un nudo en el estómago y por un instante deseó no ir a la feria y quedarse al lado de su madre consolándola. Fueron a casa de un vecino que tenía un burro y su padre lo alquiló para ir hasta Calatayud sobre él. El viaje fue largo y pesado y parecía que nunca iban a llegar.

—¡Me duele el culo! –Exclamó Miguel—. ¿Cuánto falta?

—Ya queda poco.

Su padre siempre decía lo mismo, pero el tiempo pasaba y por lo menos ya llevaban unas dos horas de camino sobre aquel burro viejo y lento. Por fin llegaron a Calatayud y vieron a lo lejos una portentosa torre campanario que llamó la atención de los dos hermanos. Cortés, a medida que se adentraban en el pueblo, miró a su alrededor en busca de algún cartel que anunciara el establecimiento de la feria, pero ni siquiera encontró ambiente festivo alguno. Callejearon durante varios minutos más hasta parar ante un edificio alto, viejo y gris. Su padre ató al burro a un árbol y se dirigieron hacia él.

—¿Dónde vamos? –Preguntó Cortés desorientado—. Esto no es la feria.

—Vamos a comprar las entradas.

El hombre se situó frente a la puerta, respiró hondamente y se adentró en los oscuros pasillos, que estaban decorados con multitud de imágenes de santos y querubines.

—Da un poco de miedo.— Confesó Cortés al verse rodeado de pinturas y esculturas antiguas y espeluznantes.

Su padre se apoyó en los hombros de su hijo y le miró tiernamente.

—A partir de ahora tendrás que ser valiente, ¿me lo prometes?

Cortés asintió sin entender muy bien la importancia que le estaba dando su padre a aquel lugar y a aquel momento, pero sacó pecho y fingió que no le impresionaba aquel lúgubre corredor. Apareció de la nada una monja de rostro serio y arrugado, reconoció a su padre y se dirigió a los niños con una dulzura impostada.

—Niños, vuestro padre y yo tenemos que hablar de unas cositas.— Les señaló una puerta al final del pasillo—. Es la hora de la merienda, podéis uniros a los demás.

Cortés miró extrañado a su padre y éste le indicó que hiciera lo que la monja les había dicho.

—Es un momento, compro las entradas y vengo a por vosotros.

Su padre les sonrió y Cortés agarró de la mano a su hermano siguiendo la dirección de la monja. Abrió la puerta y se encontró con un enorme comedor de largas mesas y sillas de madera. Decenas de niños bebían en silencio un vaso de leche sin apenas mirarse los unos a los otros. Todos llevaban una especie de bata marrón abotonada y muchos de ellos las cabezas afeitadas. Cortés se sentó junto a su hermano en una de las mesas y contempló asustado aquella escena fantasmagórica.

—Oye.— Se dirigió a uno que tenía al lado—. Yo también quiero un vaso de leche.

El niño le examinó durante unos segundos.

—¿Cuántos años tienes? –Llevaba la cabeza afeitada y restos de mocos secos en la nariz.

—Siete.— Miró a su hermano, que seguía agarrándole de la mano—. Y mi hermano tres.

—Tú hermano se irá pronto.— Le sonrió sinceramente, contento—. Tendrá suerte.

—¿Se irá a dónde? –Preguntó confuso.

—No sé.— Se encogió de hombros y sorbió su leche—. Depende de quién lo quiera.

Cortés arrugó el ceño sin entender nada y cambió de tema.

—¿Vosotros también vais a la feria?

—¿Qué feria? Nos pasamos el día encerrados.— Agachó la mirada y se limpió los labios llenos de leche con la manga—. Solo cuando nos portamos bien las monjas nos dejan salir al patio.

—¿Y vuestros padres? –Todos le miraron desconcertados—. El mío ha venido a pagar las entradas y ahora nos iremos a la feria.

—Yo no tengo padres.— Dijo sin más—. Casi ninguno de los que estamos aquí tenemos.

—Yo sí que tengo.— Añadió otro, que parecía más mayor—. Pero hace años que no los veo. Me dejaron aquí y no volvieron.

—¿Tus padres no te querían?

—Creo que sí.— Dijo con indiferencia, como si el paso del tiempo hubiera curado sus heridas—. Pero no podían cuidar de mí: tenía muchos hermanos, así que me dejaron aquí, en el orfanato.

Cortés tragó saliva cuando escuchó la palabra orfanato y comenzó a entenderlo todo. Le vino a la cabeza los filetes de ternera de la noche anterior, la cantidad de ropa que llevaba encima, los lloros de su madre antes de partir… Sus padres no podían mantener a sus cuatro hijos y habían resuelto la terrible disyuntiva abandonando a los más mayores y quedándose con las gemelas. Se levantó de la silla y salió corriendo del comedor mientras su hermano le seguía. Se dirigió al pasillo, donde había dejado a su padre minutos atrás, y vio la figura de éste cruzando el umbral de la puerta del edificio.

—¡Padre, padre! –Le gritó con la voz desgarrada—. ¡No nos dejes aquí!

Su padre se paró en seco, aunque fue incapaz de girarse. Escuchó las súplicas de su hijo mientras las lágrimas le recorrían las mejillas, pero no tuvo el valor de despedirse de ellos.

—¡Me has mentido, eres un mentiroso! –Sus chillidos

provocaron que los niños del comedor salieran y contemplaran la dramática escena—. ¿Es que no nos queréis?

Su padre por fin cruzó la puerta conteniendo la respiración, sabiendo que quizás no volvería a verlos nunca más.

—¡Por favor, padre! —Cortés cayó al suelo con la voz entrecortada por el llanto—. No nos dejes…

Su hermano pequeño comenzó a llorar también abrazado a él.

—¡Niños! –La monja salió de su despacho con los ojos inyectados en sangre y se dirigió al grupo que observaba—. ¿Quién os ha mandado salir del comedor?

Los niños se volvieron corriendo, aterrorizados.

—¡Castigados sin salir al patio! –Les señaló con el dedo, amenazando —. ¡Como sigáis así no veréis ni la luz del sol!

Cortés continuaba en el suelo, las lágrimas habían formado un pequeño charco a su lado.

—¿Por qué han preferido a las niñas antes que a nosotros? –Siguió llorando desconsolado y miró a la monja en busca de una explicación.

—Vosotros ya estáis criados, sois fuertes, y la comida de aquí… digamos que es escasa.— Cruzó las manos por encima de su barriga, aposentándolas sobre el hábito negro y blanco—. Las niñas necesitan el alimento de su madre.

Cortés se levantó, se secó las lágrimas con la manga y se rascó la cabeza.

—¡Piojos! –Le gritó la monja, cogiéndole del brazo—. Ahora mismo vendréis conmigo: vamos a solucionar el problema.

—¡No, no quiero ir contigo a ningún lado!

Se zafó de ella y corrió hacia la puerta para volver con su padre. Cuando estuvo a punto de alcanzar la salida, un hombre con bigote, de mirada penetrante y cabello abrillantado, le cogió de la oreja y le arrastró de vuelta con la monja.

—¡Tienes que aprender a obedecer! –Comenzó a sacarse el cinturón—. ¡Hacer caso a todo lo que te mande sor María!

—¡Quiero estar con mis padres! –Volvió a llorar otra vez mientras el hombre continuaba tirándole de la oreja.

—Tus padres ya no vendrán a por ti, hazte a la idea lo antes posible—. Espetó impasible—. ¿No es así, sor María?

Sor María asintió.

—Os han dado en adopción, así que cortan cualquier lazo con vosotros. Ahora solo hará falta esperar.

—¿Qué significa en adopción? –Preguntó Cortés, que nunca había oído aquella palabra.

—Significa que tendréis otros padres. A Miguel lo adoptarán seguro, pero a ti… —Dudó un momento—. Eres muy mayor, creo que estarás con nosotros durante mucho tiempo.

—¡Miguel no se irá con nadie, bruja! –Pataleó queriendo escapar de aquel hombre inquietante.

La monja se puso roja de rabia.

—¡Maleducado! –Exclamó, apretando los labios—. Don Carlos, por favor, haga lo que tenga que hacer con este mocoso impertinente.

—Yo soy el que os vigila.— Le bajó los pantalones a Cortés y lo puso contra la pared—. Y el que pone orden y disciplina en este lugar.

Comenzó a golpearle con su cinturón, cada vez más fuerte, mientras Cortés emitía pequeños gemidos de dolor.

—He de ser valiente.— Se repetía una y otra vez en voz baja.

—Te raparás el pelo y obedecerás.— Le volvió a decir don Carlos—. ¿Lo has entendido?

Cortés asintió mientras su hermano pequeño se tapaba los ojos con las manos.

9

Jaca, enero de 1929

Toni se quitó la camisa blanca y los pantalones de pana que usaba a diario y se puso la ropa de domingo que tan cuidadosamente guardaba en la cómoda de su nueva habitación. Apenas la usaba y cuando lo hacía era por alguna ocasión especial como la de aquella noche. El Sastre le había invitado a cenar a su casa y Toni intuía que para algo más. ¿Sabría por fin la verdadera razón de haber acabado en aquella sastrería de aquella forma tan repentina? Llevaba ya casi cuatro meses y desde el primer día se había dado cuenta de que su trabajo en ese taller no era para nada imprescindible. En ella ya trabajaban Manolita y Pepe, que llevaban más de quince años cosiendo para Julián, y entre los tres sacaban todos los pedidos adelante. Toni tan solo era el chico de los recados: llevaba los encargos a los clientes y ayudaba un poco a todos cuando hacía falta. El trabajo era escaso y estaba convencido de que su presencia allí apenas había cambiado nada: todo funcionaba con la misma exactitud y diligencia que antes y se veía a todas luces que se podían apañar perfectamente sin él. Una vez vestido, se mojó el pelo con la mano y se puso el abrigo y la gorra, pues estaban en pleno enero y hacía un frío tremendo. Antes de abandonar la habitación, encendió la estufa para que cuando volviera estuviera caliente; no había nada más reconfortante que llegar con el frío calado en los huesos y sentir el calor sobre la piel antes de meterse en la cama. Bajó las escaleras del hostal y en el recibidor se encontró a la Pepa poniendo una alfombra en el pasillo.

—Así no me mojáis el suelo, que hace un día de perros.

Sus brazos gordos y su gran barriga ocupaban parte del pasillo y se tuvo que apartar para dejar pasar a Toni.

—No me llegues muy tarde.— Le advirtió la dueña del hostal, poniendo las manos bajo sus enormes pechos como si los estuviera aguantando—. Ya sabes que echo la llave a partir de las once y no son horas de andar por las calles.

Toni asintió y le sonrió. La Pepa llevaba viuda más de veinte años y como no había tenido hijos, no podía evitar ejercer el papel de madre con sus huéspedes.

—¡Qué guapo te has puesto! –Exclamó, abriéndole el abrigo para mirarle de arriba abajo—. Cualquiera diría que en vez de con Julián has quedado con una moza.

—Es mi jefe, tengo que dar una buena imagen a su familia.— Respondió, abotonándose el abrigo de nuevo.

—Te dejaré un poco de judías con tomate en la cocina por si te quedaras con hambre.

Aquella singular mujer se desvivía por sus clientes y tenía una obsesión casi enfermiza por la comida y por rellenarles el plato cada vez que los cogía desprevenidos. Los almuerzos y las cenas eran una lucha constante para evitar que la Pepa les cebara como a pollos.

—Ya me gustaría poder comerme esas judías, te lo aseguro.— Le guiñó el ojo y vio como la Pepa se hinchaba de orgullo. Sabía de sobras que cocinaba bien, pero le encantaba que se lo reconocieran a todo momento.

Toni salió del hostal y ya había anochecido. No había un alma en la calle a pesar de que solo eran las siete y caminó de prisa para coger un poco de calor y para que no le cerraran la taberna. En la taberna todavía quedaban algunos hombres apoyados en la barra que se resistían a abandonar el local mientras el dueño terminaba de secar unos vasos. Cuando entró, el tabernero lo miró mal aunque rápidamente cambió la cara cuando tan solo le pidió una botella de vino para llevar. Se marchó con el vino bajo el brazo y siguió su camino hasta llegar a casa de Julián. Llamó a la puerta y le recibió el Sastre fumándose un cigarro. Toni agradeció el calor de la chimenea que estaba encendida en el salón, se quitó el abrigo y la gorra que dejó sobre el sillón y acercó las manos al fuego.

—No tenías por qué traer nada.— Dijo el Sastre, refiriéndose a la botella de vino que había dejado sobre la mesa.

En aquel momento apareció la mujer de Julián con una niña de tres o cuatro años en brazos. La mujer era morena, bastante guapa, y la niña era clavada a su padre, con la misma determinación en sus gestos

infantiles.

—Ella es Puri y la pequeña se llama Isabel.

Toni les saludó y Puri dejó a la niña junto a su padre para poner la mesa. Se dio cuenta de que el salón tenía una pared con dos estanterías repletas de libros. Toni les echó un vistazo: todos estaban relacionados con el socialismo y los grandes pensadores ideológicos del movimiento obrero. Julián cogió uno de ellos y se lo dio.

—El capital, de Karl Marx.— La niña intentaba captar la atención de su padre agarrándole de la pierna y el Sastre la cogió en brazos—. Te lo recomiendo. Es un tratado sobre economía política, aunque también hay algo de filosofía.

Toni asintió y dejó el libro junto al abrigo para no dejárselo después. Puri llegó con el asado y lo dejó sobre la mesa. La comida estaba buenísima y Toni sintió una pizca de envidia por el conjunto armónico y familiar que se desprendía en aquella casa tan acogedora. A veces tenía ganas de formar su propia familia y tener a alguien con quien compartir sus anhelos y esperanzas, pero en otras creía que todavía era demasiado joven para ello y que todavía le quedaba mucho camino por recorrer antes de formalizar su vida para siempre.

—Toni, ya es hora de confesarte algo.— Se metió el último pedazo de pollo a la boca y se rellenó el vaso de vino—. Por eso quería que vinieras a cenar.

Toni puso toda su atención y, aunque llevaba tiempo queriendo conocer la verdad, ahora quizás hubiera preferido dejar las cosas tal y como estaban y seguir con aquella vida tan cómoda y despreocupada.

—No necesitamos a nadie en la sastrería.— Continuó, mientras sus dedos tamborileaban sobre la mesa—. De hecho, ya lo habrás podido comprobar por ti mismo, que apenas ha habido trabajo.

Toni le miró en actitud interrogante y se sentó dejando caer todo su peso en la silla, haciéndola crujir. Puri se levantó para traer el postre y Toni aprovechó para hacerse un cigarrillo.

—No te escogí para la sastrería.— Continuó, con una sonrisa torcida —. Te escogí para trabajar por y para el país.

—¿De qué estás hablando? –Toni se llevó el cigarro a los labios y pegó el papel con la lengua.

El Sastre soltó una carcajada para restarle importancia y Puri llegó con una trenza rellena de crema pastelera que cortó en varias porciones. Toni estaba tan nervioso que se sintió mareado al oler el dulzor del postre.

—Ya sabes que España es un país atrasado en mejoras agrarias en comparación con nuestros vecinos europeos.— Explicó de manera relajada, llevándose a la boca un trozo de trenza y llenándose los labios de crema—. Nosotros seguimos dependiendo de las grandes oligarquías rurales que se oponen a la mejora de las condiciones del campesinado y que apoyan la dictadura de Rivera.

—Gracias por la información, señor maestro.— Le guiñó un ojo en tono jocoso—. Pero ves al grano, me tienes en ascuas.

—En el último Congreso socialista se reclamó la ley sobre accidentes de trabajo a los obreros del campo.—Le señaló con el dedo—. Tú sabes lo que es sentirse desprotegido, sufrir un accidente laboral y que nadie pague por ello. Necesitamos a gente capaz, que luche por lo que nos pertenece.

—Y yo soy una persona capaz, ¿no?— Toni se recostó en la silla y cogió una pequeña porción de trenza para no hacerle un feo a Puri.

—Me gustaste.— Encogió los hombros con sencillez—. Eres joven, listo y apasionado.

—¿Pero por qué me mentiste? ¿Por qué no me dijiste todo esto el primer día?

—Quería que confiaras en mí—. Su voz se volvió más cálida—. Si te lo hubiera propuesto de buenas a primeras no hubieras aceptado. Ahora sabes quién soy, que soy un trabajador más y que también lucho por sacar adelante a mi mujer y a mi hija.

—Ni siquiera sabes si voy a aceptar o no.

—Sé que lo vas a hacer, porque eres una buena persona y vales para esto. Es más, incluso creo que te gusta.— Hizo una pausa para pedirle a su mujer que trajera la botella de aguardiente y ella asintió

obediente y complacida—. Te gusta que te escuchen porque tienes mucho que decir. Y sé que también quieres formar parte del cambio.

—Sabes convencer a la gente.— Toni rió súbitamente y agradeció que Puri trajera la botella. Se puso un poco en el vaso y se lo bebió de un trago. Aquello le hizo recobrar la compostura y se sintió un poco más animado—. Claro que acepto.

Lo dijo sin pensar muy bien en lo que suponía aquella decisión, pero sabía que él tenía fuerza y carácter suficiente como para dedicarse a ello. Desde que se había subido sobre aquella tarima del Casino y había provocado la reacción del público, su vida había dado un giro radical: se había dado cuenta de que era una persona carismática, capaz de llegar a la gente y luchar por un ideal.

—No esperaba menos de ti.— Le buscó la mano y le dio un apretón fuerte y franco—. Primero tendrás que aprender la doctrina básica del socialismo y leer cada día el periódico. Después ya podrás recorrerte la provincia de Huesca en busca de afiliados.

—Así que ya puedo empezar a leer el libro que me has dejado, ¿no?

Julián asintió divertido y también se echó un poco de aguardiente.

—¿Crees que algún día conseguiremos algo? –Preguntó Toni, sonando un tanto utópico—. ¿Conseguiremos que se marche Rivera?

—El problema no es Rivera, Toni.— Hizo una pausa y se bebió un trago, balanceando el vaso lentamente—. Éste acabará muriendo de diabetes cualquier día de éstos. El problema está en el miedo.

Toni frunció el ceño, confuso.

—¿A qué te refieres con eso?

—Hay que vencer al miedo. El miedo a unirse, a luchar por lo que queremos. Y eso es lo que vi en ti, Toni, que no tienes miedo.

10

Sabiñánigo, septiembre de 1928

Fernando se dirigió al Café para verse con Francisco Abadal. En el interior del recinto había una espesa neblina blanca procedente de los puros y cigarrillos de los hombres que se habían reunido después de comer para hacer un poco de tertulia. Fernando se sentó en uno de los sillones y se pidió un coñac mientras cogía uno de los periódicos que había sobre la mesa de enfrente.

—¿Es usted Fernando Luengo?—. Un hombre con bigote negro y espeso y unos anteojos bañados en oro se acercó a él y le ofreció la mano.

Fernando señaló la corbata amarilla con rayas azules que se dejaba ver sobre el chaleco.

—Es lo que habíamos acordado—. Sonrió con obviedad.

—Cierto. Disculpe si le he hecho esperar, no podía levantarme de la mesa hasta que no se fuera el rey.

—¿Usted también ha comido en el restaurante de al lado de la Iglesia? –Fernando comenzó a reír al imaginarse a Martín hablando con el rey —. Entonces habrá conocido a mi hijo.

Abadal miró al techo intentando recordar.

—¿Aquel era su hijo? ¡Qué casualidad! –Comenzó a reír a carcajadas —. Pues que sepa que ha caído muy bien al rey, es un crío listo y encantador.

Fernando asintió sin mucho convencimiento.

—Me preguntaba si el rey habría pedido tortilla de patatas.

Abadal afirmó con la cabeza.

—Veo que conoce bien sus gustos. Su Majestad es un excelente conocedor de la gastronomía española—. Se ajustó con un dedo las gafas—. Allá donde va pide el plato típico regional, pero la tortilla de patatas no puede faltar nunca.

—Es bueno que tenga apetito. En cuanto a lo demás, ¿se encuentra bien?

—Por supuesto que sí. Fíjese usted que nos ha encargado otro coche de carreras.

—Oh, conozco su afición por el automovilismo. Recuerdo aquel coche deportivo que fabricasteis a su nombre, el "Alfonso XIII".

—¡Qué cochazo! –Exclamó Abadal—. Ligero, ágil, de 45 cv… ¡Difícil de batir en pista!

Fernando hizo un gesto para que Abadal se sentara en el sillón de al lado.

—Bueno, vayamos al grano, señor Luengo.— Abadal se sacó la pipa del bolsillo y se la llenó de tabaco.

—Dígame, caballero.— El aroma a pipa se zambulló en la nariz de Fernando—. ¿Nos aceptan el proyecto de los coches?

—Sí, la verdad es que nos ha parecido una gran idea. Sus coches no representan competencia ninguna con nuestros autobuses ni será amenaza para nuestros propios intereses. Nuestra empresa recibió hace ya tiempo los beneficios pactados con la línea de autobuses, así que no hay ningún problema.

—¡Estupendo! –Exclamó con satisfacción.— ¿Y qué coche me recomienda? ¡Quiero que sea espectacular!

—He pensado en un nuevo modelo que ha sido creado en Francia y que empezó a comercializarse a principios de año.— Abadal extrajo de su maletín un librito con las fotografías de los distintos modelos y señaló a uno de ellos.

Fernando miró la fotografía y se quedó unos segundos en silencio.

—Es perfecto.—Se pronunció por fin-. Cuatro serán suficientes.

—¿Ya lo tiene decidido? –Preguntó sorprendido—. ¿No quiere pensárselo?

—No me hace falta.— Fernando se relajó en la butaca y se encendió un cigarrillo—. Si me gusta una camisa, la compro, si me gusta una pintura, la compro, si me gusta un coche, lo compro. Cualquier cosa que deseo, lo tengo.

—¡Es una buena filosofía de vida! –Exclamó Abadal, recolocándose las gafas—. Es un placer hacer negocios con usted, señor Luengo. ¿Qué le parece si nos pedimos una copa y brindamos por el nuevo acuerdo?

—Tengo una idea mejor—. Se puso la mano en el mentón y esbozó una media sonrisa—. Le llevaré a un lugar donde ponen muy buena música, champaña de calidad y señoritas de muy buen ver.

Entraron en un edificio no muy alto en cuya entrada había un hombre bien arreglado que conducía a los clientes escaleras abajo, desde donde se percibían las notas alegres y agudas de la trompeta de una jazz-band. Era una salón grande, de altos techos y paredes rojas tapizadas.

—¡Cuánto tiempo sin verle, caballero! –. Una mujer de unos cuarenta años se acercó a él. Llevaba un vestido exageradamente escotado y fumaba seductoramente sin dejar de controlar lo que sucedía a su alrededor—. ¿Trae a un amigo?

No esperó la respuesta y la mujer les llevó hacia un mullido sofá despejado desde donde podían ver al saxofonista, al trompetista y al guitarrista de la jazz—band tocando en directo.

—Mariane.— Fernando se dirigió a la mujer mientras se sacaba un cigarro—. Ponnos dos gin-fizz, por favor.

—Ahora mismito.

La mujer se fue hacia la barra donde había dos camareros preparando las bebidas y les dio el recado apoyada sobre un solo pie mientras el otro lo mantenía ligeramente alzado.

—¡Vaya mujer! –Exclamó Abadal—. ¡Quién es?

—¡Ah, Mariane! –Suspiró nostálgico—. Es la dueña de todo esto, la *madame* de las chicas. Ahora ya no ejerce, solo se dedica a charlar con la clientela y a llenarse bien los bolsillos.

—No me importaría casarme con una mujer así.— Afirmó el agente, sacando su pipa—. Aunque quizás acabarían mandando más que nosotros.

—Las mujeres… —Murmuró Fernando, haciendo una calada—. Hay que mantenerlas bien a raya si no quieres que se vuelvan las dueñas de la casa.

Volvió Mariane con los dos cócteles en la mano y, al dejarlos sobre la mesa, dejó entrever el canalillo de su escote, que escondía dos pechos grandes y todavía firmes.

—Ahora mismo aviso a las chicas.

Volvió al cabo de cinco minutos acompañada por cuatro chicas vestidas con tan solo un camisón de satén blanco y unos tacones; algunas de ellas se habían decorado el pelo con plumas rojas a lo cabaret.

—Escoge la que quieras.— Le indicó Fernando—. Pago yo.

Las chicas se quedaron de pie mientras reían y lanzaban miradas divertidas a Fernando, que era el más atractivo de los dos. Ninguna pasaba de los treinta años y todas hacían el papel de jóvenes inocentes y recatadas.

—Me quedo con la tercera.— Dijo al fin, llevándose a la boca el gin-fizz.

La chica escogida, que era rubia teñida y tenía el culo y los muslos grandes, se acercó a Abadal y le cogió de la mano llevándoselo hacia un pasillo medio oculto y decorado con espejos barrocos que conducía a las habitaciones. Fernando atrajo hacía él a Piluca, la morena de ojos azules con la que ya había estado más de una vez, y ella se sentó sobre sus rodillas mientras le acariciaba la nuca.

—¡Si que has tardado en volver! –Llevaba los ojos pintados de rojo y el pelo suelto ondulado—. Te he echado de menos.

—He tenido problemas en casa.— Hizo una mueca de fastidio y le acarició los muslos tersos y apretados enfundados en unas medias oscuras—. Mi mujer, los niños…

—¿Por qué no dejas ya a tu mujer y te vienes conmigo? –Preguntó con osadía, besándole el cuello—. Yo te cuidaría mejor.

—Sabes que no puedo, princesa. He de cumplir como marido y padre que soy y mantener a mi familia.

Piluca torció los labios desilusionada: sabía que la única salida para dejar aquella profesión y vivir como una reina era conseguir el amor de un hombre como Fernando y convertirse en su amante.

—¿Alguna vez conseguiré que te enamores de mí? –Piluca le agarró de la barbilla y le miró a los ojos.

—Enamorarse de una mujer es como ponerse una soga al cuello y dejarse caer.

Fernando se levantó y siguió la misma dirección que había tomado su compañero mientras Piluca iba detrás de él. Se adentraron en una de las habitaciones decorada con una alfombra persa, una cama con dosel y unas cortinas espesas que tapaban las ventanas y que otorgaban un ambiente cálido y acogedor además de exótico. No esperó a que ella se acomodara y se abalanzó sobre su cuerpo como tantas veces había hecho.

Al día siguiente, Catalina y los niños bajaron a la entrada del hostal donde les esperaba Abadal con la pipa colgada del labio y un *canotier* de paja muy veraniego.

—Usted debe ser la señora de Luengo.— Le saludó y se dirigió luego a los niños, especialmente a Martín, que llevaba puesta la gorra del general Rivera—. ¡Nos volvemos a encontrar, muchacho! ¡Ay que ver qué casualidad!

Martín le estrechó la mano con complicidad como si ahora él también formara parte del círculo exclusivo del rey.

—¿Y Fernando? –Preguntó el agente, mirando hacia la puerta.

—Ahora mismo baja, le ha costado levantarse hoy.

—Ayer se nos pasó el tiempo volando discutiendo los pormenores de los coches.— Se excusó Abadal—. Fue culpa mía, no nos poníamos de acuerdo.

Catalina se sintió humillada al fingir no conocer las aventuras nocturnas de su marido. Fernando había llegado a las tantas de la noche apestando a alcohol y perfume barato con la excusa de que la reunión se había complicado. Sin embargo, Catalina estaba convencida de que aquellas reuniones que se postergaban durante horas no eran más que invenciones para irse a la cama con sus amantes. Pero a ella ni siquiera le importaba: tan solo sentía indiferencia por él y prefería que se desahogara con putas que con ella. En ese mismo momento apareció Fernando vestido de manera informal con una camisa de zefrir inglés y unos pantalones de raya diplomática.

—Señor Abadal.— Fernando le saludó y sonrió disimuladamente al recordar la noche anterior—. Ayer fue una negociación dura, pero hoy toca relajarnos en el balneario de Panticosa.

—Le agradezco muchísimo que me haya invitado, espero que sea una estancia agradable y pueda conocer mejor a su encantadora esposa.

Catalina forzó una sonrisa: no estaba segura de cómo iba a mantener una apariencia de normalidad delante de aquel desconocido durante dos días. No obstante, los hombres rara vez eran capaces de percibir el estado de ánimo de una mujer.

Cortés llevó el coche hacía la puerta y tuvieron que apretarse para poder entrar todos en él. Comenzaron el viaje y subieron las angostas carreteras que llevaban hacia el Balneario, en el Pirenaico Valle de Tena, colmadas de baches y autobuses que se dirigían allí.

—Ve, señor Abadal, este será el trayecto que harán mis coches, ¡los mejores coches de esta carretera! –Exclamó Fernando con arrogancia.

Abadal asintió y apoyó el codo en la ventanilla.

—Dicen que por esta misma carretera pasaban contrabandistas a Francia. ¡Y ahora la transitan los hombres más ricos de Aragón!

Los dos comenzaron a reír y, a medida que se iban acercando a Panticosa, observaron a varios hombres apostados en los arcenes de la carretera con botellas de cristal llenas de agua del manantial para venderlas.

—¿Hace mucho tiempo que existe el Balneario? –Preguntó Fermín, que comenzó a ver las montañas que envolvían al conjunto de edificios que formaban parte del recinto.

—Sí, desde la época de los romanos.— Explicó Abadal—. Pero fue durante el siglo pasado cuando se convirtió en uno de los mayores balnearios de España.

—¿Y es cierto que sus aguas curan a las personas enfermas?

—Claro que sí, son medicinales.— Continuó.— Sus aguas llevan nitrógeno, sulfuro e incluso radiación, para tratar las afecciones renales, digestivas y sobre todo los problemas respiratorios.

Por fin llegaron y Cortés aparcó ante las puertas del Gran Hotel, un edificio alto cuyos balcones y ventanas miraban hacia una gran plaza que separaba la zona de ocio y de residencia de la zona de las aguas y el Balneario. Por allí paseaba un grupo de mujeres que destacaban por sus pamelas de ala ancha y que se dirigían a la terraza de un bar a tomar algo. Dos jóvenes botones aparecieron de repente ante el coche, les cogieron las maletas y les acompañaron a sus habitaciones, que estaban en la segunda planta. En ella descargaron el equipaje y todos bajaron al restaurante de la planta baja para tomar unos refrescos y un tentempié.

—¡Mirad! –Abadal señaló una mesa de dos pegada a la ventana que daba a la calle.— Están ahí el duque de Alba y su esposa, íntimos amigos del rey. Vengan, se los presentaré.

Se acercaron hacia la elegante pareja que disfrutaba de unos coloridos cócteles.

—Excelentísimos Duques de Alba, ¡cuánto tiempo sin veros!— Exclamó haciendo una reverencia—. Está usted preciosa duquesa, la última vez que la vi todavía estaba en estado.

—Señor Abadal, me alegro de verle.— Dijo el duque, de pelo y bigote negro como el carbón y de ojos grandes y ovalados—. Sí que hace

tiempo que nos vimos, en una recepción de Su Majestad.

—Dese cuenta de que Cayetana ya tiene casi dos años.— La duquesa llevaba un jumper verde sobre los hombros que combinaba con unos zapatos de piel de serpiente.

—¡Debe estar enorme la pequeña duquesita! Por cierto, ¿cómo es que no han venido a la inauguración de la línea de trenes? Teniendo en cuenta que estaban tan cerca…

—Lo sé, pero mi querida esposa no puede saltarse el estricto tratamiento que le ha impuesto el médico.

—¿Le pasa algo grave, duquesa?— Preguntó con preocupación mientras rellenaba su pipa.

—Bueno, tengo los pulmones un tanto débiles, así que tengo que estar aquí como mínimo quince días. No puedo saltarme el horario.

—Seguro que se encuentra mejor tras el tratamiento—. Le sonrió amablemente y volvió a guardar su pipa por respeto a la duquesa

—.Ya sabe que estas aguas son mágicas.

Fernando tosió a propósito para que Abadal procediera a las presentaciones.

—Oh, perdonen, soy un maleducado.— Se colocó bien las gafas sobre el puente de su nariz—. Les presento a la familia Luengo: Fernando, la señora Catalina y sus hijos.

—Encantados de conocerlos, señores—. El duque, considerado como uno de los Grandes de España, parecía serio y reservado—.

¿Vienen también por cuestiones de salud?

—No exactamente, aunque si nos arreglan algún achaque mejor que mejor.— Rió Fernando—. Hemos venido para pasar unos días tranquilos en familia.

Catalina arrugó la nariz ante la falsedad de aquella afirmación.

—Aunque como usted también sabrá, señora duquesa…— Comentó, mientras se miraba las uñas lacadas.— Es difícil que los hombres

abandonen sus tareas y se tomen un respiro.

—Desde luego.— Afirmó con complicidad.— Deberían trabajar menos y disfrutar más de los placeres de la vida. ¡Solo se vive una vez!

—¡Estas mujeres!— Clamó el duque.— No entienden que seríamos los primeros en degustar los placeres de la vida… ¡Nunca nos comprenderán!

Fernando asintió mientras se encendía un cigarro.

—Oigan, ¿qué les parece si cenamos juntos esta noche? –Propuso la duquesa mientras enredaba sus dedos en el collar de perlas plateadas que le colgaba del cuello.— Podemos cenar aquí mismo y luego ir al casino, que habrá música.

—Además viene un ilusionista español muy importante, un tal Argamasilla, que estuvo en las Américas haciendo espectáculos.— Añadió el duque.— Dicen que conoció al gran Houdini.

—¿Houdini?— Preguntó Catalina desconcertada.— ¿Quién es ese?

—¿De verdad no ha oído hablar de él? Era un judío ilusionista capaz de liberarse de cualquier atadura: cadenas, esposas... Nosotros tuvimos la suerte de ver uno de sus espectáculos en Londres.

—¡Qué suerte! –Exclamó Catalina.— ¿Y cree que alguna vez vendrá a España?

—Houdini murió hace dos años de peritonitis, aunque siempre ha habido algo de misterioso en su muerte.

—Querido, son ya las doce.— Le interrumpió la duquesa mirando su reloj de pulsera.— Deberíamos irnos, tengo que ir a la sala de inhalación. Esta noche continuamos la charla.

Se despidieron y, mientras Fernando y Abadal se dirigían al Salón de la Sociedad para jugar al billar y tomar alguna copa, Catalina y los niños se prepararon para disfrutar de las aguas. Se pusieron el albornoz y cruzaron la galería de hierro y cristal que unía los diferentes hoteles a la altura de su piso principal hasta llegar a las fuentes del Balneario. Había varias zonas de baño y se adentraron en una especie de piscina enorme de latón estañado de agua tibia que

desprendía un ligero olor a cloro. Catalina llevaba un *maillot* de lana rosa y el pelo recogido en un gorro. Tiró la cabeza hacia atrás para apoyarla en el borde de la fuente e intentó relajarse. Los niños, que tenían las mejillas rojas por el calor y el vaho de las aguas, se alejaron de su madre nadando.

—¿Jugamos a hacernos aguadillas? –Propuso Martín, que no paraba de moverse y salpicar a Fermín.

Fermín negó con la cabeza e intentó distanciarse de su hermano.

—No, no me gustan esos juegos.

—Venga, va… ¡No seas cobarde! ¿Te da miedo bucear un poco en el agua? ¡Eres un gallina! –Expresó con retintín.

Fermín intentó no prestar atención a su hermano pero, de repente, este se abalanzó sobre él, le puso las manos sobre la cabeza y lo sumergió bajo el agua. Los segundos pasaban, las burbujas comenzaron a salir a la superficie y Fermín continuaba luchando bajo el agua intentando deshacerse de su hermano. Finalmente, Martín alivió la presión sobre él y Fermín pudo deshacerse de sus brazos y respirar de nuevo.

—¡Qué poco aguantas!— Rió con malicia—. ¿Te das cuenta de lo cobarde que eres?

Fermín comenzó a recobrar el aliento y a recuperarse del susto mientras seguía aguantando las burlas de su hermano.

—¡Estás loco! –Gritó, nadando hacia su madre, que no se había percatado de lo ocurrido—. ¿Es que querías matarme o qué? ¡Soy tu hermano!

—¡Corre, corre a decírselo a madre! –Chilló con el rostro contraído—. ¡El hijo preferido de los Luengo!

11

Biescas, marzo de 1929

—¡Ana, ven aquí ahora mismo!

Ana estaba a punto de poner la olla al fuego para preparar la comida, pero la dejó apartada al oír el grito de su madre. Se secó las manos con el trapo y resopló mientras se dirigía al salón. Tenía veintitrés años y su rostro seguía manteniendo un aire infantil y suave. Su cuerpo, sin embargo, se había convertido en el de una mujer hecha y derecha de pechos y caderas generosas. Se encontró a su madre sujetando un papel amarillento y arrugado en la mano y en el suelo descansaba hecho añicos el único cuadro que había decorado el salón desde que Ana tenía uso de razón. Tragó saliva al comprender lo que había sucedido y en apenas un segundo le vino a la cabeza los acontecimientos que habían sucedido durante aquella noche en la casa de los Luengo hacía ya catorce años.

—¿Me puedes explicar esto? –Su madre le plantó el papel en la cara. Su rostro era un mohín enfurecido—. ¿Qué hacía esto escondido detrás del cuadro?

Ana comenzó a temblar al echar un ojo a la carta, la cogió entre sus manos y la leyó por segunda vez en su vida.

—Es la carta de la señora Catalina.— Dijo al fin, restándole importancia y doblándola por la mitad—. Hace mucho tiempo de esto.

—¿Cómo has podido ocultármelo? — La cara de su madre se tornó roja—. ¡Si no se llega a caer el cuadro limpiando el polvo jamás me hubiera enterado!

—¡Era una niña, ni siquiera sé por qué la guardé!

—¿Y lo dices tan tranquila? –Gritó fuera de sus cabales —. ¿Sabes lo que significa esto?

Ana bufó sobrepasada por la situación sin saber cómo lograr disuadir a su madre del enfado.

—La señora Catalina estaba ardiendo de fiebre, dudo mucho que lo que escribiera fuera cierto.

—Y si lo crees así, ¿por qué decidiste guardarla?

Ana agachó la mirada y recordó aquel momento como si fuera ayer; la angustia y el tormento que se reflejaban en los ojos de Catalina parecían tan reales que incluso dudó de que aquel acto fuera fruto de la fiebre. El instinto le decía, aunque no estaba siendo del todo sincera con su madre, que lo que había escrito en esa carta era el grito real de una mujer desesperada.

—No lo sé, supongo que me impactó. Pero es una tontería, madre.

—¡Qué inocente eres! –Negó con la cabeza—. ¿Pero en qué mundo vives? ¡Ya tienes una edad!

—¿Y a usted que más le da? –Arqueó las cejas en actitud interrogante —. Aunque fuera verdad, ¡es su vida!

Agustina entreabrió la boca ofendida por el desaire.

—¡A mí no me hables así! –Le alzó un dedo amenazante—. Dame la carta, esta nos sacará de pobres.

—No pienso dársela.— Catalina se la guardó en el bolsillo—. ¿Qué quiere hacer con ella?

—La señora nos daría un buen dinero por recuperarla.— Aunque quiso disimularla, no pudo esconder una sonrisa ambiciosa—. A su marido le gustaría saber la verdad.

Ana sintió vergüenza del comportamiento de su madre y una punzada en el interior del estómago le revolvió el cuerpo.

—¡Eso es chantaje! —Le recriminó exaltada—. ¡No haremos tal cosa!

—Desde que tu padre murió hemos vivido como unos miserables.— Comenzó a llorar y se apoyó en la pared recordando la muerte de su marido hacía ya seis años—. ¡Necesitamos el dinero!

—Pero esta no es la manera, madre.— Sus ojos se comenzaron a llenar de lágrimas—. ¡No podemos aprovecharnos de los demás!

—¡Ellos son los que se aprovechan de gente como nosotros! –Exclamó enfurecida, secándose las lágrimas con la punta del vestido—. ¡Por eso son ricos!

—Está llena de odio y de rencor.— Ana no pudo evitar decir lo que pensaba—. Siempre ha estado amargada y quiere pagar las carencias que ha tenido en la vida culpabilizando a personas que nada han tenido que ver con usted.

Agustina se acercó a su hija encolerizada y le tendió la mano esperando la carta.

—¡Dame la carta! – Le ordenó con los ojos inyectados en sangre.

—Jamás se la daré.— Respondió sin amedrentarse—. ¡Lo que quiere hacer es horrible!

Su madre bajó el brazo y durante unos segundos se limitó a mirarla con violencia.

—Si no piensas ayudar a tu familia.— Le dijo al fin con frialdad—. Puedes marcharte de esta casa.

Ana asintió mordiéndose el labio.

—Tengo una profesión: soy partera como usted y podemos vivir con lo justo con mi trabajo y el suyo.

Agustina negó con la cabeza.

—Vivimos rozando la miseria y creo que nos merecemos la oportunidad de vivir mejor.

—Pero no a costa de nadie.— Concluyó con apenas un hilo de voz—. Si quiere que me vaya, me iré. Le mandaré dinero de todas formas.

Su madre la observó con arrogancia y en ningún momento pensó en dar marcha atrás a su postura.

—Me ha decepcionado, madre.— Continuó—. Pensé que la familia y los principios estaban por encima de la ambición y el dinero.

—¡Márchate! –Vociferó, intentando controlar los sollozos—. ¡Vete de aquí!

Ana cogió una pequeña maleta de cartón prensado y la llenó de sus escasas pertenencias, que no eran más que tres vestidos, dos pares de zapatos y un pequeño maletín para atender los partos. Miró su casa por última vez con los ojos llenos de lágrimas y cruzó la puerta sin despedirse de su madre, que había desaparecido del comedor como por arte de magia. Se tocó el bolsillo y notó la carta doblada que había provocado aquel fatal desenlace y por un segundo dudó en dar marcha atrás y entregársela a su madre tal y como quería para evitar tener que abandonar el hogar en el que había crecido. Ana recapacitó fríamente y se dio cuenta de que era incapaz de consentir que su propia madre chantajeara a una mujer inocente a cambio de dinero, así que viéndose en medio de la calle sin nada más que una maleta y apenas cincuenta céntimos en el monedero, pensó que lo más conveniente era marcharse de Biescas y probar fortuna como partera en otro pueblo. Se fue hacia el camino donde paraba el autobús; allí estaba esperando la mujer del panadero y la miró extrañada al verla sin su madre y con una maleta en la mano. Solo se limitó a saludarla y pareció morderse la lengua para no preguntar nada al respecto. El autobús apareció a los pocos minutos.

—¿Hacia dónde va el autobús? –Preguntó Ana al conductor, que estaba fumando con la ventanilla bajada a pesar del frío que hacía.

—A Jaca.— Dijo sin más. Llevaba una camisa blanca arremangada y una gorra negra.

Ana aceptó sin plantearse el destino que le esperaba y subió al autobús.

—Son setenta y cinco céntimos.— Le indicó el conductor.

—¿Setenta y cinco? –Sacó los únicos cincuenta céntimos que tenía y comenzó a ponerse roja—. ¿Pero no eran cuarenta y cinco?

—Hoy es domingo, y los domingos son más caros.

Ana comenzó a llorar por el cúmulo de acontecimientos que habían sucedido aquella mañana. No había pasado ni siquiera una hora desde que se había marchado de casa y ya tenía la necesidad de regresar.

—¿Le ocurre algo? —El conductor se quedó absorto contemplando sus lágrimas—. Si necesita más dinero, vaya a por él que yo le espero aquí.

Ana negó con la cabeza y siguió llorando sin saber muy bien que hacer.

—Yo le pongo lo que le falte a la señorita.

La voz provenía del final del autobús; era un chico joven, moreno, con el flequillo cayéndole por la frente. Se acercó al conductor y le dio el dinero que faltaba. Ana se quedó parada y dejó de llorar. El conductor inició la marcha por fin y el joven le cogió la maleta y la dejó sobre el compartimento superior de su asiento.

—Muchas gracias.— Ana se sentó junto al chico—. No sé cómo se lo voy a devolver.

Ana se avergonzó al darse cuenta de que era la primera vez que debía dinero a alguien.

—No hace falta que me lo devuelva, señorita… ¿Cómo se llama?

—Ana. Y sí que hace falta: no me conoce de nada.

—Ahora sí la conozco, señorita Ana. Yo soy Toni.— Se puso las manos en la cabeza y miró por la ventana—. ¿También va a Jaca?

Ana asintió y comenzó a darse cuenta de la locura que estaba cometiendo yéndose a un lugar nuevo para ella y empezando una vida desde cero.

—¿Usted conoce algún hostal que me pueda fiar? –Se puso roja y agachó la mirada—. No tengo dinero y he de buscar trabajo. Soy partera y espero no tener problemas para hacerme un hueco en el pueblo.

—Puede venir donde yo me hospedo; la Pepa es una buena mujer y estoy seguro que la recibirá con los brazos abiertos. Además, ella conoce a todo el mundo y quizás pueda ayudarle.

Ana se relajó un poco y dejó caer la cabeza en el respaldo del asiento.

-Se lo agradezco.

Ana vio como la mujer del panadero, que estaba sentada más adelante, se giraba disimuladamente y la observaba de reojo. Pronto toda Biescas se enteraría de lo que había pasado en el autobús y su marcha a Jaca.

—La mujer del panadero, ¡menuda pieza! –Le susurró Toni al oído.

—¿Conoce a esta mujer? –Preguntó extrañada.

—Yo vivía en Biescas y realicé el mismo trayecto que usted para empezar un nuevo camino.

—¿De verdad? Pues no le tenía visto por aquí.

—Yo a usted sí, quizás porque me suelo fijar en las chicas guapas.

Ana se sonrojó tímidamente, pero en el fondo se sintió halagada por el piropo.

—¿Se ha sonrojado? –Toni sonrió con picardía y comenzó a hacerse un cigarrillo de liar—. Perdone si la he ofendido.

Ana negó con la cabeza y le miró; pensó que era un chico atractivo que transmitía una fuerza y una valentía capaz de desarmar a cualquier mujer.

El autobús finalmente llegó a Jaca y Toni cargó también su maleta durante el camino hacia el hostal, que estaba justo al lado del lavadero donde se reunían habitualmente las mujeres para limpiar la ropa y coser. De fondo se oía el yunque del herrero y una aguda melodía muy particular: la Pepa cantaba una canción mientras barría la calle. Sobre ella colgaban desde la ventana las ropas de cama todavía húmedas.

—¡Toni, hijo! –Exclamó la Pepa, levantando sus brazos ajamonados y dándole un par de besos—. Te he echado en falta estos dos días.

Toni correspondió a sus besos y le sonrió afablemente.

—¿Ya te has echado novia? –Preguntó al ver a Ana detrás de él—. ¡Jesús, qué maja es! ¿Y tan pronto te la traes aquí?

Ana agachó la mirada apocadamente y pensó que aquella mujer era demasiado deslenguada para regentar un hostal.

—No es mi novia.— Explicó Toni—. La he conocido en el autobús: se llama Ana y quiere encontrar trabajo como partera, pero ahora mismo no dispone de dinero.

La Pepa se acercó a Ana moviendo sus grandes caderas y la cogió del brazo.

—Mira niña, si Toni te ha traído aquí es porque confía en que me pagarás cuando tengas dinero, así que bienvenida seas.

—Le prometo que se lo pagaré en cuanto pueda.

La llevó dentro del hostal, donde había una pequeña recepción para recibir a los clientes y unas escaleras en forma de caracol que conducía a las habitaciones. Los tres subieron las escaleras; todo el edificio olía a ajo y laurel y a Toni le rugieron las tripas.

—Dejamos la maleta de la niña en su habitación y bajamos a comer.— Dijo la Pepa, sacando un fajo de llaves atado a un llavero y abriendo una de las habitaciones—. Esta será la tuya, niña. No es gran cosa, pero es limpio, barato y las comidas están de rechupete.

Ana observó la habitación mientras Toni dejaba la maleta sobre la cama; apenas había una cómoda, un bidé y un aguamanil. La decoración era simple y tan solo un cuadro marinero colgaba en la pared del cabezal de la cama.

—Justo lo que se necesita para vivir.— Ana se lavó las manos en el aguamanil y se las secó con una pequeña toalla blanca que había sobre la cómoda.

Bajaron los tres al comedor en el que había una mesa redonda con seis sillas que comunicaba a través de un pasillo con la cocina. Había dos hombres sentados: un anciano calvo y un hombre soltero de mediana edad y de barba larga y descuidada. La Pepa sacó una olla humeante y la dejó en el centro de la mesa; después presentó a los inquilinos a Ana.

—El calvorotas es Miguel, lleva veinte años viviendo aquí y me da a mí que se irá con los pies por delante.— Fue señalando uno por uno—. El de la barba es Lucio, un solterón cascarrabias, y Toni, ya lo conoces, es un ángel caído del cielo.

La Pepa comenzó a servir las perdices estofadas y cortó un trozo de pan para cada uno.

—Ella es Ana.— Continuó—. Es partera. Esta misma tarde iré a hablar con don Guzmán, el médico, a ver si puede cogerte como partera. Doña Margarita, la partera actual, ya está muy vieja y no ve tres en un burro.

—¡Saldríamos ganando con el cambio!— Exclamó Lucio echando un vistazo a la muchacha.

—¡No me asustes a la niña! –Le reprochó la Pepa, sacando la bota de vino—. ¡Que acaba de llegar! Venga Toni, explícanos como ha ido la reunión del sindicato en Gavín.

—Queremos ir a la huelga.— Mojó el pan en la salsa y se chupó los dedos—. Están pagando un mísero salario a los campesinos a cambio de horas y horas de trabajo.

—¡Ay, Toni! –Lucio dio un trago a la bota de vino y algunas gotas le cayeron en la camisa—. No sé para qué te metes en este berenjenal, ¡ese Julián es un liante!

—Me gusta lo que hago, Lucio.— Confesó con orgullo—. Lucho por la justicia y los derechos de las personas, ¿hay algo mejor que eso?

—No se puede ir en contra de los ricos, eso lo sabe todo el mundo.

—¡Hay que machacar a esas sanguijuelas que viven del trabajo de los demás! Explotan a sus trabajadores pagándoles una miseria que apenas cubren sus necesidades básicas.— Dio un golpe en la mesa y se irguió en la silla—. ¡No podemos permitirlo!

Ana vio en Toni el mismo odio que había visto en su madre y pensó que no le convenía acercarse demasiado a él. Siguió escuchando su radical discurso y observó con el corazón encogido aquella manera tan visceral de hablar sin dejar de agitar los brazos. Abandonó el tenedor en el plato y dejó de comer.

12

Panticosa, septiembre de 1928

Los duques y los Luengo subieron la escalinata central que conducía hacia la terraza principal del Casino. La duquesa llevaba un vestido *flapper* azul hasta la rodilla, de cintura baja y ribeteado con plumas de avestruz y Catalina un sencillo y elegante vestido de seda rosa. Ambas entraron en la sala repleta de contrastes de colores: por un lado, los hombres vestidos de negro y camisa blanca y, por otro, las mujeres con sombreros, plumas y bolsos de colores vivos y estridentes. Se adentraron en la sala y se sentaron en la mesa reservada para los duques. Sobre ella había una araña de luz colgada a escasa altura cuyos reflejos destellaban en las copas de cristal de cada comensal. Había una cerillera de oro sobre la mesa y los hombres se encendieron un cigarrillo mientras pedían unos combinados de champaña. Estaban en primera fila, frente a un pequeño teatro iluminado por unos cuantos focos y tapado por un telón granate de terciopelo. El espectáculo todavía no había comenzado y se escuchaba de fondo, para amenizar, la música alegre de un gramófono.

-¿Por qué no ha bajado Abadal? –Preguntó el duque, que llevaba una pajarita bien apretada.

-Estaba cansado; dice que no quiere hacer de celestina.- Respondió Fernando sin poder reprimir una sonora carcajada.

-Se podría haber quedado al cuidado de tus niños.- Indicó la duquesa, divertida-. ¿Te imaginas a un hombre solo con dos muchachos?

Catalina asintió con una sonrisa en la boca.

-Los niños ya son mayores, se han quedado en la habitación leyendo tebeos, aunque últimamente se llevan como el perro y el gato.

-Están en una edad difícil.- Se ahuecó el pelo que llevaba por encima de los hombros muy de moda en la década-. Yo soy hija única: no sé lo que es tener un hermano, aunque he de decir que Su Majestad la

Reina Victoria Eugenia se comportó conmigo como una hermana cuando ejercí como su dama.

-¿Fuiste dama de la reina? –Preguntó sorprendida-. Siempre he tenido curiosidad por conocer de qué trata ese trabajo.

-Fui dama antes de casarme y el trabajo consiste básicamente en acompañar a la reina allí donde vaya: almorzar con ella, ir a espectáculos públicos… -Sorbió su copa con elegancia-. Un trabajo interesante, aunque a veces agotador, sin duda.

-Imagino que no todo el mundo podría hacerlo.

-¡Oh, por supuesto que no! –Exclamó-. Solo quienes tienen el título de Grande de España. Además, deben pasar por la toma de la almohada.

-No había oído hablar de ello, si le soy sincera.- Catalina observó con interés a la duquesa quien, a pesar del noble rango que ostentaba, parecía una mujer afable y sencilla.

-La reina llama una por una a las nuevas damas que formarán parte de su cámara y éstas tienen que sentarse en una almohada y besar a la reina. Es un acto simbólico.

Catalina asintió entretenida y en aquel mismo instante se abrió el telón de terciopelo y un hombre de chaqué presentó la actuación de dos volatineros que intentaban mantener el equilibrio sobre una cuerda a tres metros de altura sobre el suelo. Eran dos chicos jóvenes vestidos con *maillot* y caminaban con los brazos extendidos para evitar caerse. El bullicio del principio desapareció para convertirse en un silencio tenso en el que más de una mujer se santiguó y rezó por aquellos dos hombres que ni siquiera iban atados con arnés. Finalmente, los dos chicos alcanzaron su destino sin ninguna complicación y todo el mundo estalló en aplausos reanudando sus conversaciones ya mucho más relajados.

-A éstos los vimos en Barcelona-. Dijo el duque, refiriéndose a los volatineros que abandonaban el escenario-. ¡Nunca se caen!

-¡Oh, Barcelona…!- Catalina le dio un sorbo al combinado de champaña y dejó la huella de carmín en la copa-. ¡Me encantaría poder ir el año que viene para visitar la Exposición Universal.

-Nosotros tenemos invitaciones, si quieren les podemos hacer llegar unas a través del correo.

-Podrán cenar en la recepción real.- Añadió la duquesa-. El convite es fabuloso.

-Se lo agradezco muchísimo, de verdad.- A Catalina se le iluminaron los ojos, pero luego pensó en que tendría que pasar unos días a solas con Fernando y cambió de parecer-. Aunque quizás sea mejor quedarse en casa con los niños.

-¿No tienes aya? –Preguntó la duquesa, extrañada.

-Tenemos a Esmeralda.- Comentó Fernando, que se había dado cuenta de la reacción de Catalina-. Ha cuidado a los niños desde que nacieron. Además, también están mis padres o mis suegros, que se pueden hacer cargo de ellos durante unos días.

-¡Entonces no hay más que hablar! –Exclamó la duquesa, encantada-. Luego me dais vuestra dirección y os enviamos las entradas.

Catalina asintió forzada y se maldijo por haber metido la pata. Ahora tendría que ir con su mejor cara y aparentar durante unos días llevarse bien con su marido.

Volvió a salir el presentador del espectáculo y llegó el turno del ilusionista Argamasilla. La gente se puso de pie aplaudiéndolo; era un hombre alto y fornido, y llevaba una venda blanca en la mano y una caja metálica.

-Es el hijo del Marqués de Santa Cara.- Explicó el duque encendiéndose otro cigarro-. Su padre se dedicó al estudio de la clarividencia y se dio cuenta de que su hijo tenía el don de ver a través de las cosas. Creo que se publicó en un periódico en el veintitrés y luego lo ratificó una comisión de expertos científicos.

-¿Realmente tiene poderes o son simples trucos? –Preguntó Fernando, que nunca había creído en los fenómenos paranormales.

-Cuando llegó a Estados Unidos, Houdini, que era su máximo rival, intentó descalificarlo acusándole de estafador y desvelando sus trucos. Pero no sé, sea como sea, es un espectáculo magnífico.

Argamasilla se acercó a un hombre del público y le pidió que cambiara al azar la hora de su reloj de cadena. El hombre lo hizo y cerró la tapa del reloj para que nadie pudiera verlo. El ilusionista sacó unas bolas de algodón de su bolsillo y se las puso bien apretadas en los ojos, además de la venda, para no ver nada. Cogió el reloj y se lo acercó progresivamente a los ojos varias veces hasta que por fin se deshizo de la venda y dijo en voz alta la hora exacta que el hombre había marcado. Todo el mundo se quedó sorprendido y se arrancaron en vítores mientras el mago agradecía al público con una reverencia.

-Esa venda debe de tener truco.- Siguió Fernando, escéptico-. Seguro que ve por algún lado.

-Dicen que tiene el poder de los rayos x, y por eso ve a través de las superficies opacas.- Comentó el duque.

Argamasilla continuó con el espectáculo y siguió paseándose por las primeras filas. Paró en frente de la mesa en la que estaban ellos sentados y miró detenidamente a Catalina. Se acercó más a ella y observó el bolso rosa palo de lentejuelas plateadas que tenía sobre la mesa. Catalina empezó a sentir un hormigueo por el estómago y se puso nerviosa sin saber muy bien por qué.

-Señora, ¿le gustaría participar en el siguiente truco? –Le preguntó el joven, que parecía tranquilo y muy seguro de sí mismo.

Catalina se puso roja y miró a Fernando, que le incitó a participar.

-¡Anímate, mujer! –Expresó la duquesa, palmeándole el brazo-. ¡Será divertido!

Catalina aceptó el reto y se acabó de un sorbo el combinado.

—Antes de nada, señorita, ¿nos hemos visto usted y yo alguna vez? –Le cogió de la mano y le puso de pie.

-No, nunca.

Catalina miró a su alrededor, todo el mundo estaba pendiente de ella y sintió enrojecer sus mejillas.

-¿Me dejaría el bolso un momento?

Catalina tragó saliva y notó un tembleque en las piernas. No podía

negarse, así que se lo dio y el mago cerró los ojos y lo sujetó frente a él.

-Bien, ahora quiero un poco de silencio, por favor.- Pidió el ilusionista, intentando concentrarse.- Creo que soy capaz de adivinar lo que tiene usted en el interior del bolso.

Fernando sonrió incrédulo y suspiró negando con la cabeza.

-Lleva un pequeño espejo dorado cuya tapa lleva dibujada una flor de pétalos rojos.- Argamasilla siguió con los ojos cerrados-. ¿Es cierto lo que estoy diciendo?

-Sí, es cierto.- Afirmó Catalina, ante la cara de sorpresa del público, sobretodo de la duquesa, que parecía disfrutar como una niña.

-Y también una barra de carmín y un pequeño dosificador de perfume de la marca Myrurgia.

Catalina volvió a asentir cada vez más disgustada mientras la gente gritaba entusiasmada. Argamasilla se sacó la venda, miró pícaramente a Catalina y le entregó el bolso sin decir nada más. Catalina suspiró aliviada y volvió a sentarse en la mesa.

-Gracias por su ayuda.- Le dijo el mago mientras volvía a subir al escenario.

-¡Todo el mundo sabe lo que lleva una mujer en el bolso! –Fernando gritó para que todo el mundo lo oyera-. Un pinta labios, el perfume… ¿Nos está tomando el pelo?

Catalina le agarró del brazo y le dijo que se callara, que se estaba poniendo en evidencia.

-¡No me gusta que me engañen en la cara! –Exclamó, escupiendo el humo con indiferencia.

Argamasilla le miró con una sonrisa en el rostro y chasqueó la lengua.

-¿De verdad no me cree? –Le retó con los ojos-. Quizás debería preguntarle a su esposa por qué lleva en el forro de su bolso una fotografía en la que sale ella con otro hombre.

Catalina creyó perder el aire y comenzó a sudar con ansiedad. La

gente ahogó un gritó de sorpresa y las mujeres comenzaron a chismorrear tapándose la boca con las manos.

-¡Oiga, es usted un maleducado! –Fernando le señaló con el dedo y se puso de pie-. ¿Qué es lo que quiere decir?

-Señora, usted sabe perfectamente que es cierto, podría enseñarnos su bolso y sacarnos a todos de dudas.- Argamasilla sonrió con provocación.

-Cata, vámonos de aquí.- Le ordenó Fernando-. ¡Este tipo nos está faltando al respeto y encima se ríe de nosotros!

Catalina se levantó como un relámpago, apretó el bolso contra su pecho como si tuviera miedo de que alguien quisiera comprobar el contenido y se esfumó arrastrando el vestido por el suelo de mármol negro, escapando de los focos y del peligro.

13

Jaca, febrero de 1929

—¡Ana, Ana! –La Pepa entró en la habitación sin llamar—. Hay una mujer esperándote abajo, dice que una tal Luisa está de parto.

Ana dejó el libro que estaba leyendo sobre la mesita y se levantó de la cama corriendo. Se puso el pesado abrigo sobre los hombros y cogió el maletín que siempre tenía a mano para atender los partos.

—No veas niña, desde que ahora eres la partera del pueblo no paran de nacer niños.— Exclamó la Pepa, pasando la mano por la colcha de la cama para quitar las arrugas.

—Todo te lo debo a ti.— Le guiñó un ojo y bajó corriendo las escaleras.

Ana llevaba ya casi dos meses viviendo allí y podía decir que, a pesar de que no había vuelto a hablar con su madre, se sentía bien en aquel pequeño y humilde hostal. La Pepa era una mujer entrañable y gracias a ella, que conocía al médico desde hacía mucho tiempo, había conseguido el puesto de partera. La Pepa la cuidaba como si fuera su propia hija y nunca perdonaba el café de después de comer, momento en el que aprovechaban las únicas dos mujeres del hostal para charlar íntimamente y ponerse al día.

En el portal había una mujer oronda, de piel morena, que daba pasos de un lado a otro visiblemente nerviosa.

—¡La Luisa, la Luisa! –Se santiguó al verla—. ¡He intentado ayudarla, pero se ha complicado!

La mujer salió del hostal y se agarró la falda para no tropezar y caminar más rápido. Catalina notó el frío del aire y un vaho helador salió de su boca. Callejearon con prisa por varias calles hasta que por fin pararon frente a una casucha estrecha y de paredes desconchadas. Entraron en el diminuto comedor y Ana dejó el maletín sobre la mesa,

que estaba llena de migas y platos sin lavar. La estancia olía a caldo de gallina, como si lo hubieran cocinado hacía apenas un rato y había una vela prendida bajo la imagen de un santo. Fue a la habitación de Luisa y se acercó a la cama de la muchacha. Era pelirroja y tenía las mejillas pecosas; su rostro le era ligeramente familiar.

—Llena la tinaja de agua y póngame agua a hervir.— Ordenó a la mujer mientras sacaba el espéculo del maletín y observaba el interior de la vagina.

La mujer le entregó la tinaja rebosante de agua y Ana procedió a limpiarle bien por dentro.

—¡No hace falta que la limpies tanto! — La verruga de su nariz captaba toda la atención de su rostro—. Ya le he echado el caldo de gallina.

—¿Cómo? –Ana la miró atónita—. ¿Es que quieres que coja una infección?

—El caldo de gallina ayuda a invocar a los santos para que la protejan. Así prevenimos también el mal de ojo.

—¡Pues no ha funcionado! –Le recriminó—. ¿Qué hace usted aquí?

—Soy vecina de la muchacha, no hace mucho que vive aquí. Le dije que podía contar conmigo cuando se acercara la hora del parto.

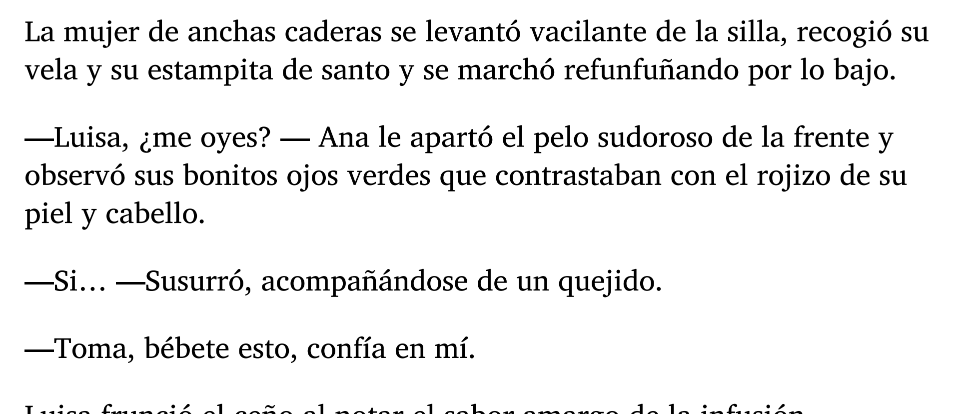
—¿A cambio de dinero, no? –Le miró duramente.

—¡Pues claro! A ver si se piensa que yo vivo del aire.— Refunfuñó, apretando los labios.

—Ese mismo dinero se lo podría haber dado al médico, que es quién me paga a mí, y seguro que ahora no estaría como está.

—Si los santos no han querido proteger a esta niña por algo será. —Murmuró, mientras entrecerraba un ojo a modo de sospecha.— Y si no, ¿qué hace esta muchacha aquí sola en Jaca? Ni siquiera está el padre de la criatura…

—Oiga, ya está bien, le ruego que se marche y me deje sola con ella.—Le ordenó, señalándole la puerta—. Aquí ya no aporta nada.



La mujer de anchas caderas se levantó vacilante de la silla, recogió su vela y su estampita de santo y se marchó refunfuñando por lo bajo.

—Luisa, ¿me oyes? — Ana le apartó el pelo sudoroso de la frente y observó sus bonitos ojos verdes que contrastaban con el rojizo de su piel y cabello.

—Si… —Susurró, acompañándose de un quejido.

—Toma, bébete esto, confía en mí.

Luisa frunció el ceño al notar el sabor amargo de la infusión.

—Lo sé, no sabe muy bien.— Añadió—. Pero te dará fuerzas para apretar.

—Tengo miedo.— Dijo Luisa en voz bajita—. No quiero que nos pase nada.

—No te ocurrirá nada, te lo prometo.— Ana notó frío en la estancia y a falta de estufa la tapó con una manta.

Unos minutos después, la infusión comenzó a hacer efecto y Luisa recobró las fuerzas, así que pronto empezó a apretar. Ana preparó una toalla limpia y la dejó a mano para cuando saliera la criatura.

—¡Vamos, aprieta, has dilatado mucho! –Le animó Ana.

Las venas del cuello se le hincharon y los músculos de la cara se contrajeron por el esfuerzo.

—¡Ya está aquí!— Continuó alentándola—. ¡Venga, un poco más!

El bebé vino acompañado por el grito desesperado de su madre, que dejó caer la cabeza en la almohada totalmente agotada.

—Ahora cortaré el cordón umbilical, ¿de acuerdo?

Ana cogió unas tijeras y cortó el cordón con cuidado. El bebé comenzó a llorar estridentemente y le envolvió en una toalla mientras le retiraba la sangre de la cara con un paño húmedo.

—¿Está bien?— Preguntó Luisa con impaciencia—. ¡Quiero verlo!

—Está perfecta.— Le puso a la criatura en los brazos—. Es una niña preciosa.

Luisa la meció entre sus brazos, le besó en la frente y comenzó a llorar emocionada.

—¿Cómo la vas a llamar? –Le preguntó Ana, acercándole un vaso de agua para que se hidratara.

—Inés.— Sonrió, acariciándole la barriguita—. Como se llamaba mi abuela.

—¿He de avisar a alguien? –Su voz sonó preocupada e intrigada a la vez—. ¿El padre de la criatura…?

—Murió.— Improvisó con rapidez—. Le dio un infarto.

—Oh, lo siento muchísimo.— Desvió la mirada hacia la niña, que tenía el pelo también rojizo y la piel muy blanca—. ¿Tienes trabajo? Te será difícil criar a la niña sola.

—Bueno, tenía.— Hizo una mueca de tristeza—. Trabajaba de criada. Ahora no sé cómo lo voy a hacer: no sé quién va a cuidar de ella cuando encuentre una casa dónde servir.

—¿No seguirás en la misma casa? –Preguntó extrañada.

—Me echaron. —Sus ojos miraron al suelo, no podía evitarlo cada vez que mentía.— La señora de la casa me echó cuando se enteró de que estaba embarazada.

Ana arrugó el ceño, sabía que aquella chica no decía toda la verdad, parecía insegura y no del todo convincente.

—Oh, no me compadezcas.— Continuó Luisa, negando con la cabeza —. Solo tengo dieciocho años, pero llevo años cuidando de mí misma. Mi madre me convenció para ir a Biescas y buscar una casa de buena familia dónde servir.

—¿Biescas? ¡Yo soy de Biescas!— Exclamó sorprendida por la casualidad—. Ya sabía yo que tu cara me era familiar…

—Vaya, qué casualidad.— Luisa tragó saliva y miró la carita de su hija, estudiándola—. No solía salir mucho por el pueblo.

—¿Servías en la casa de los Luengo?

Luisa palideció al escuchar aquel apellido.

—Sí, pero prefiero no hablar de ello.— Sentenció, mientras le temblaba la barbilla, a punto de llorar—. Si me disculpa, me gustaría poder descansar.

—No me iré hasta que expulses la placenta.— Su voz era cercana y afectuosa—. Duérmete si quieres, yo me encargo de la niña.

Luisa comenzó a llorar, la presencia de la partera era en el fondo reconfortante.

—Gracias a ti mi hija está bien, aunque el futuro que le espera…— No pudo terminar la frase: el llanto le atenazaba la garganta.

—No digas eso.— Se acercó a ella y le acarició la mejilla—. Tienes que luchar: ella te necesita. Debes protegerla y hacer todo lo que esté en tu mano por sacarla adelante.

—Pero yo sola no lo voy a conseguir.— Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Y tu madre? ¿Por qué no te vuelves al pueblo con ella?

—No.— Dijo con rotundidad.— No puedo volver allí, ni siquiera sabe que me quedé embarazada. Ella no lo entendería…

—El padre de tu hija no murió, ¿verdad? –Sacudió la cabeza preocupada—. ¿Me equivoco si digo que tuviste algún problema con los Luengo?

Luisa asintió cerrando los ojos.

—Vamos, cuéntamelo, necesitas desahogarte.— Continuó, animándola —. Quizás pueda ayudarte en algo.

—No creo que puedas ayudarme: es demasiado complicado.

—Inténtalo. Sería injusto que tuvieras que ocuparte tú sola de esta niña si alguien más tiene algo que ver con ella.

Luisa apretó los labios para contener la emoción.

—Los Luengo.— Suspiró con la voz quebrada.

14

Biescas, febrero de 1929

El chófer dejó a Martín en la puerta de la entrada de la escuela que eran dos viejos edificios que separaban la educación de las niñas de la de los niños. Llevaba una cartera de mano de piel en la que guardaba una libreta forrada de cuero, una pluma de plata y un estuche de madera de ébano para guardar los lapiceros. El aula era una pequeña estancia con una tarima, una antigua mesa para el profesor y seis pupitres dobles con repisas y agujeros para colocar la tinta y las plumas. Los niños le observaron con atención mientras éste se sentaba en uno de los pupitres del final, junto a otro niño de mirada perdida y al que de vez en cuando se le caía la baba por la comisura de los labios.

-Hola.- Martín saludó a su nuevo compañero.

El niño no respondió, sino que se le quedó mirando como ausente, sin cambiar la expresión de su rostro. Martín pensó que tendría algún retraso, así que le giró la cara y sacó la libreta de su cartera.

-¡Mirad! ¡Los dos tontos juntos!- Gritó uno de los muchachos, cuyas mejillas rebosaban de pequeñas pecas que le conferían cierto aire de extranjero simpático.

Su compañero de pupitre empezó a agarrarle del brazo.

-Es Da, da… Daniel. –Tartamudeó.- No, le, le, le hagas ca, caso, sin, sino, lo, lo, lo passss, pasarás mal.

Martín ignoró el consejo y recordó las palabras de su padre diciéndole que debía de hacerse respetar, así que no permitió que un desgraciado como ese chico le ultrajara de aquella manera.

-¡Y tú eres un pecoso!

Esperó ansioso las risas de los demás, pero no las hubo. Todos se

quedaron paralizados: el nuevo se había atrevido a insultar al cabecilla de la clase y sabían que aquello tendría severas consecuencias. Martín tragó saliva, pero intentó disimular su desasosiego evitando mirar a la cara a sus compañeros y fijó la vista a la pizarra. Don Severiano entró en el aula: era un hombre viejo, chepudo y con una amplia coronilla en la parte superior de su cabeza.

-Buenos días.- Saludó, quitándose el grueso abrigo lleno de bolitas de lana.

Todos se pusieron de pie, rectos, sin apenas moverse y entonando al unísono un "buenos días don Severiano".

-Ya sabéis lo que toca hoy, es principio de mes.- Dijo con desgana.

Los niños cogieron el puchero con agua que había en cada pupitre y le añadieron unos polvos tintados.

-¿Qué estáis haciendo?-. Preguntó Martín con curiosidad a su compañero.

-Es, estamos ha, ha, haciendo la tinnnn, tinta para escribir.- Respondió con esfuerzo.

Martín se quedó pasmado mirando como removían el puchero hasta crear una tinta negra espesa. Él sacó su pluma de plata, que ya llevaba la tinta incorporada, y comenzó a practicar la caligrafía.

-Nosotros sólo utilizamos el papel para ocasiones especiales.- Dijo el compañero de atrás.- Para practicar la caligrafía tenemos unas pequeñas pizarras de piedra y unas barritas de yeso blanco para escribir.

-¿Y a mí qué me importa? ¡Yo tengo papel de sobras!

Martín se sintió ridículo en aquel lugar y maldijo a su padre por haberlo llevado allí. Él no tenía la necesidad de pasar por aquello: tenía dinero y no quería aguantar a aquella panda de muertos de hambre que parecían divertirse con él. Don Severiano comenzó con la clase de matemáticas, haciendo multiplicaciones y divisiones. Después continuaron con la gramática y la sintaxis castellana, analizando morfológicamente algunas oraciones. Por último, un buen sermón del Nuevo Testamento, que hizo que Martín cerrara los ojos y se dejara

llevar por la voz temblorosa del maestro.

-¡Eh, tú! –El maestro llamó la atención de Martín-. ¿Te duermes en mi clase?

Martín se despertó de golpe y oyó las risas una vez más de todos sus compañeros.

-¿Qué pasa, que te aburro? –Continuó don Severiano.

Martín quiso demostrar a toda la clase que no le tenía ningún miedo al profesor ni a nadie y levantando el mentón se encaró a él.

-¿Cómo no me voy a aburrir, si hasta a usted se le cierran los ojos?

Todos murmuraron en silencio sin atreverse a reírse delante de don Severiano. Martín mantenía una sonrisa heroica en el rostro y pensó que al menos había provocado alguna reacción en ellos. Estaba convencido de que habían cambiado su opinión respecto a él.

-¡Ponte de rodillas! –Le ordenó el maestro, enfadado-. ¡Se te quitarán las ganas de faltarme al respeto!

Martín obedeció sin imaginarse lo que le esperaba. El suelo estaba frío y llevaba las rodillas al aire, por lo que el contacto con las baldosas le hizo coger frío por todo el cuerpo.

-Y ahora pon los brazos en cruz.- Severiano cogió la Biblia y el libro de matemáticas, ambos bastante gruesos, y se los puso sobre las palmas-. Estarás así hasta la hora del recreo.

Martín notó el peso de los libros sobre las manos y miró el reloj que había sobre la pizarra. Faltaba una hora para salir al patio y creía imposible aguantar tanto tiempo en aquella posición. Don Severiano siguió la clase y Martín dejó caer los libros cuando apenas llevaba diez minutos sujetándolos. Sintió un gran alivio al bajar los brazos, que estaban tremendamente doloridos por el esfuerzo.

-¿Ya no puedes más? –Le preguntó Daniel, riéndose sin parar-. ¡Eres un flojeras!

El maestro no dijo nada a Daniel y pareció divertirse con la provocación.

-¡Hasta el tonto ha durado más que tú! –Siguió, provocando la risa de todos los demás.

Su compañero de pupitre se enorgulleció por lo que él había considerado un halago y se unió a la gresca. Martín comenzó a ponerse rojo y pensó que para haber sido el primer día de escuela, estaba convirtiéndose en uno de los peores de su vida.

-¡Mi padre no permitirá que gentuza como vosotros se ría de mí! –Exclamó, intentando aguantar las lágrimas de rabia-. ¡Yo soy un Luengo!

Los niños continuaron burlándose y don Severiano miraba callado desde su mesa. Sus ojos parecían disfrutar de aquel hostigamiento.

-¡Corre, llama a tu padre para que te cambie el pañal! –Daniel estaba de rodillas sobre su silla-. ¿Es que no te sabes defender solo?

Martín se puso de pie y se dirigió hacia Daniel para pegarle un puñetazo. Pero antes de que llegara, don Severiano lo cogió de la camisa y lo arrastró hacia su pupitre.

-No te atrevas, niño.- Le dijo el maestro-. Más te vale que te comportes y atiendas a las lecciones, si no tendré que advertir a tu padre de lo que estás haciendo aquí.

Martín miró de reojo a Daniel, que sonreía con prepotencia amparado por la complicidad de don Severiano.

Por fin llegó la hora del recreo, los niños salieron en tropel al patio y se pusieron a jugar a la chapas y las canicas. Martín se alejó de ellos y se sentó en el suelo apoyado en el tronco de un árbol para comerse el bocadillo de mantequilla y chocolate que le había preparado Esmeralda para desayunar. Vio de lejos como Daniel hablaba con varios compañeros de clase y al poco rato se dirigieron hacia él.

-¡Repeinado! –Le gritó, con los brazos en jarra-. ¿Te atreves a hacer ahora lo que ibas a hacerme antes?

Ahora que estaba de pie, Martín se dio cuenta de que su enemigo era un chico muy alto y corpulento y que si decidía pelear con él saldría a todas luces perdiendo. No obstante, no podía quedar como un cobarde y decidió no amedrentarse.

-Sigo manteniendo que eres un pecoso, y no me das miedo, ni tú, ni todos los que te rodean. Al contrario, me dais lástima porque ni siquiera tenéis desayuno.

Martín observó cómo se les cambiaba la cara, sobre todo a Daniel, y sabía por sus gestos enrabietados que había tocado su punto más débil.

-Mira, niño de mierda.- Daniel se acercó todavía más a él con actitud violenta.- No sé qué narices haces en esta escuela creyéndote tan rico como eres, pero el tiempo que vas a pasar aquí no lo vas a olvidar jamás. ¡Te lo juro!

Daniel le escupió en la cara y aprovechó para quitarle el bocadillo de las manos. Martín se limpió la saliva que le estaba cayendo por la mejilla con la manga de la camisa y observó como Daniel devoraba el bocadillo con ganas y dejaba de vez en cuando que alguno de sus amigos le diera un mordisco.

-Espero que no vuelvas a insultarme nunca más.- Le advirtió Daniel con la boca llena-. O la próxima vez sabrás realmente lo que es bueno.

Don Severiano hizo sonar la campana y todos se adentraron en la clase mientras Martín se tomaba unos segundos para recomponerse. Apretó los dientes para evitar llorar una vez más y se expulsó el polvo de los pantalones con energía, dirigiéndose al aula con la cabeza bien alta. Se sentó en la silla con pesadumbre y notó las miradas amenazantes de sus compañeros. Cerró los ojos y se dejó llevar por la candidez de la cantinela de las niñas en el patio, que habían salido justo después de ellos. *El cocherito leré, me dijo anoche leré, que si quería leré…*Se relajó al oír el repiqueteo de las palmas, la suave risa que salía de sus bocas al jugar a la comba, la delicadeza de sus palabras… Y por primera vez en su vida deseó no haber nacido niño.

15

Biescas, noviembre de 1927

Luisa se arregló la blusa bajo el abrigo, se tensó las medias negras y suspiró hondamente. A pesar de los nervios, estaba feliz de tener la oportunidad de entrevistarse con la señora Luengo. Había visto la oferta de trabajo publicada en el Heraldo de Aragón y no había dudado ni un segundo en enviar la carta ofreciéndose para el puesto. Cuatro días después recibía la contestación de que podía desplazarse a Biescas para decidir en persona si era apta o no para el empleo. Tocó el timbre de la puerta de servicio de la casa y le recibió una mujer mayor con cofia y delantal.

—¿Eres Luisa Pardo? –Esmeralda la dejó entrar y le ayudó a quitarse el abrigo—. Dame, lo dejaré sobre la mesa de la cocina.

Luisa asintió con timidez mientras observaba la amplia cocina repleta de cucharones, cuchillos y ollas colgadas de las paredes esmaltadas de color verde.

—¿Estás nerviosa? –La criada se percató de que a Luisa le flaqueaban las piernas.

—¿Me podría dar un vaso de agua, por favor? –Pidió, pálida.

Esmeralda cogió la jarra y le llenó un vaso.

—Es que no me encuentro bien—. Hizo un sorbo pequeño—. Apenas he dormido esta noche.

—Bueno, no te preocupes, la señora Catalina se porta muy bien con nosotros—. Esmeralda tenía un carácter alegre y desenfadado, lo que hizo que Luisa se fuera relajando—. Ya verás como todo irá bien.

—La verdad es que nunca pensé que respondiera a mi carta. No tengo experiencia en el servicio y…

—Siempre ayuda a los demás—. Le interrumpió con naturalidad, recordando con nostalgia su llegada a la casa—. Hace trece años vine a servir aquí: tenía cuarenta años, me había quedado viuda, y necesitaba el dinero. En todas las casas en las que pedí trabajo me rechazaron por ser demasiado vieja, pero la señora me aceptó.

Luisa sonrió cálidamente.

—Ánimo—. Esmeralda le guiñó el ojo y la acompañó al comedor.

Catalina estaba sentada en el sillón mirando pensativa la taza vacía que había sobre la pequeña mesita de café. El tic—tac de las agujas del reloj de pared sonaba lento y pesado, haciendo de aquella estancia un lugar sombrío que poco encajaba con la frescura y juventud de la señora de la casa.

—Señora.— Esmeralda rompió la quietud del ambiente—. Ya ha llegado Luisa Pardo.

—¡Bienvenida! –Se levantó del sillón y se acercó a la muchacha con familiaridad—. Siéntate, por favor. Gracias Esmeralda, puedes retirarte.

Luisa se sentó de forma hierática, como si no quisiera molestar, y dejó que Catalina llevara el peso de la conversación.

—Así que vienes de Candasnos.— Mantenía la cabeza bien erguida y la espalda recta con mucha elegancia—. Eres muy jovencita.

—Sí, solo tengo diecisiete años, pero siempre he trabajado duro.— Musitó, cruzando las manos sobre sus piernas.

—¿Crees que podrás levantarte cada día a las seis de la mañana, hacer el desayuno, la colada, fregar el suelo de rodillas…?

—¡Por supuesto que sí! –Exclamó animada—. En casa hacía yo las tareas y teníamos un pequeño huerto del que se encargaba mi madre mientras mi padre trabajaba en el campo. A veces también le ayudaba.

—¡Vaya, un trabajo duro! Entonces no tendrás ningún problema aquí y podrás ayudar a Esmeralda cuando toque baldear el suelo: a veces le duele la espalda.

—Habla como si ya tuviera el trabajo.— Comentó tímidamente.

—¡Es que lo tienes! ¿Crees que te haría venir hasta aquí para nada?

Luisa apretó los labios emocionada. Aquella mujer era realmente dulce y encantadora.

—Si haces las cosas bien.— Continuó, alzando el dedo—. Podrás estar aquí muchos años. Por cierto, ¿has traído la autorización de tus padres para poder estar aquí?

Luisa asintió y la sacó de su bolsillo. En ella estaba la letra del alcalde, pues ninguno de sus padres sabía escribir, y el nombre mal trazado de su padre en mayúsculas a modo de firma. Sintió nostalgia al recordarlos; ya no le llevaría cada día el almuerzo a su padre al campo, ni ayudaría con las tareas del hogar a su madre, que comenzaba a hacerse mayor y también sufría de los huesos. Pero Luisa no iba a tener otra oportunidad como aquella: iba a ganar un buen sueldo y podría enviarles una buena parte de ese dinero para facilitarles la vida.

—Estoy ansiosa por empezar, señora.— Confesó, mientras Catalina leía la autorización—. Y espero no decepcionarla.

—¡Pues no se hable más! — Se levantó dando por terminada la entrevista—. Esmeralda te preparará la habitación y te explicará todo lo que tienes que hacer. Esta noche ya puedes dormir aquí.

—Tendré que ir a por mi maleta, que está en el hostal.

Catalina hizo llamar a Esmeralda y ésta apareció con su abrigo y su bolso.

—Esmeralda, por favor, avisa a Cortés para que lleve a Luisa a su hostal. Está en el despacho con el señor.

—¡Oh, no hace falta! – Luisa negó con la mano—. No está muy lejos, puedo ir a pie.

—De eso nada.— Catalina se plisó el *jumper* de color rojo que llevaba sobre una falda estrecha hasta los tobillos—. A partir de ahora eres una más de la familia.

Luisa pensó que había tenido suerte de haber caído en una casa como aquella cuya señora parecía tan comprensible y abierta. Tenía amigas

que trabajaban para otras señoras en la capital que les hacían la vida imposible y que les trataban prácticamente como si fueran esclavas.

Esmeralda llegó minutos después acompañada por Cortés, que iba con un traje rallado y un cigarro humeante en los dedos.

—Ella es Luisa, la nueva ayudante de Esmeralda—. Catalina les presentó y Luisa tuvo que disimular su desconcierto al ver su cicatriz-. Cortés es nuestro chófer y la mano derecha de Fernando desde hace muchos años.

Cortés se dio cuenta de la reacción de Luisa al ver su cara y agachó la cabeza avergonzado. La gente solía sentirse incómoda cuando descubrían su rostro por primera vez.

—¿Vamos? –Le dijo a Luisa, comenzando a andar sin asegurarse de que le siguiera.

Cruzaron la cocina y salieron al patio; Cortés sacó el coche del garaje y Luisa se subió en él sin todavía cruzar ni una sola palabra. Abandonaron la finca y recorrieron el camino de tierra hacía el centro del pueblo. Luisa quiso romper aquel silencio incómodo e intentó entablar conversación con quien a partir de ahora sería también su nuevo compañero.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para el señor Luengo?

Cortés tardó en contestar y se desabrochó el primer botón de la chaqueta.

—Des de los quince. Y no, no siempre he llevado traje.— Precisó, como si le hubiera leído la mente.

Luisa rió a pesar de la hosquedad de su tono.

—¿De qué te ríes? —Cortés la miró de reojo, nunca había conocido a una chica pelirroja.

—Creo que en el fondo no eres tan serio.— Siguió con una actitud infantil—. ¿A qué no?

—Así que eres de las que no se muerden la lengua, ¿no? –Suspiró Cortés—. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, ¡pero no te creas que soy una niña! –Exclamó con orgullo —. Soy trabajadora y responsable. ¿Y tú, cómo acabaste aquí?

Luisa miró con disimulo su cicatriz e intentó imaginarse su rostro sin ella. Seguramente aquella herida le confería una apariencia mucho más agresiva de lo que realmente él era.

—No suelo explicar mi vida a quien acabo de conocer.— Se puso a la defensiva: la mayoría de la gente del pueblo ya conocía su pasado y nunca nadie se había atrevido a preguntarle algo así.

Luisa se sintió violenta y prefirió seguir el trayecto en silencio.

—Ya veo que prefieres que no hable. –Le reprochó en tono melodioso —. Así que me callaré.

Cortés asintió satisfecho y siguió conduciendo un poco arrepentido por haberle contestado con tanta brusquedad.

—Ya hemos llegado.— Dijo sin más, parando frente al hostal y bajando del coche—. Te ayudo a coger la maleta.

—No hace falta, puedo yo solita.— Expresó con retintín, todavía molesta por el comentario anterior.

—La señora me ha dado el dinero para pagar la habitación, así que iré contigo.

—¿De verdad? –Preguntó sorprendida, tapándose el cuello con las solapas del abrigo al salir del coche—. ¡Qué señora más amable!

Ambos se adentraron en el hostal, la estufa que se encontraba frente a la mesa del hostalero desprendía el desagradable olor del queroseno, pero Luisa se acercó a ella y puso las manos para calentarlas. El hostalero era un hombre grueso y de pelo a cepillo que leía la correspondencia bajo una lámpara. Se levantó al oírlos entrar y cambió la cara al reconocer a Cortés.

—Cóbrese la cuenta de la señorita.— Dijo Cortés, entregándole el dinero.

—¿Qué haces tú aquí? –Se puso en jarras, amenazante—. ¡No permitimos la entrada a gentuza como tú!

Cortés le sostuvo la mirada y se encendió un cigarrillo.

—Oiga, ¿pero qué le pasa? –Luisa se dirigió confusa al hombre, que con ella se había comportado tan atentamente mientras se había hospedado allí—. Solo viene a pagarle y a ayudarme a bajar la maleta.

—Niña, no te acerques mucho a él. –Le recomendó—. ¡Es un mal bicho!

Luisa miró a Cortés en busca de respuestas, pero éste se limitó a improvisar un aro con el humo del cigarro.

—Mejor te espero fuera.

Cortés salió del hostal y se quedó apoyado en la fachada sin más. Luisa se sorprendió de la serenidad que había mostrado ante el hostalero sin perder los nervios.

—¿Por qué ha dicho eso? –Le preguntó al hombre, ahora que ya no estaba Cortés delante.

—Se rumorean cosas.— Mantuvo un tono reservado que hizo inquietar más a Luisa—. Pero nadie se atreve a decirlo.

—¿Qué clase de cosas?

—Nada, ocurrió hace muchos años.— Desvió la mirada y cambió de tema—. Mejor vayamos a por la maleta.

Bajaron poco después con la maleta y Luisa seguía con ganas de saber más sobre aquel joven enigmático.

—Trabaja para los Luengo, si fuera una mala persona no estaría allí, ¿no cree?

—El señor Luengo no quiso creer en los rumores y lo acogió en su casa haciéndole un gran favor.— Apuntó algo con un lápiz en una libreta y la cerró—. ¿Y tú que haces con él?

—Soy la nueva criada de la familia.— Le explicó con satisfacción, aunque no acababa de creérselo todavía—. Y me ha traído hasta aquí, eso es todo.

El hombre pareció aliviado y se despidió de Luisa. Ella salió a la calle

y se encontró a Cortés con las manos trenzadas bajo la nuca y con una expresión en el rostro que parecía estar entre la tristeza y la impotencia. Luisa creía que aquel chico parecía tener un buen fondo a pesar de parecer tan frío y distante. Le costaba creer que hubiera hecho cosas tan oscuras como comentaba la gente. Cortés cogió su maleta sin decir nada y la metió en el maletero del coche.

—Llevo empanadas hechas por mi madre en la maleta.— Dijo ella con un tono forzadamente alegre mientras se metían en el vehículo—. ¿Querrás probarlas?

—No tienes por qué disimular.— Murmuró—. Sé que el hostelero te ha contado algo.

Hubo un silencio sepulcral.

—¡Me da igual lo que diga ese hombre! –Dijo al fin—. No me gusta juzgar a las personas sin conocerlas.

Cortés sonrió distraídamente.

—¿Has sonreído? –Se vio en su cara una pincelada de triunfo—. ¡Por fin!

Cortés hizo una pausa cargada de intención y encendió el motor.

—Estará bien tener a alguien con quien hablar.— Volvió a sonreír—. Esmeralda solo hace que cantar y quejarse del dolor de espalda.

Luisa soltó una carcajada y tiró la cabeza hacia atrás despejando su cara de mechones rojos ondulados mientras sus pómulos repletos de pequeñas pequitas marrones subían y bajaban al compás de su risa. Cortés se la quedó mirando y se quedó embobado al ver la alegría y la vitalidad de aquellos ojos verdes.

—Parecen buena gente, ¿no? –Preguntó Luisa—. Los Luengo, digo.

Cortés pareció pensárselo antes de responder.

—Sí, sí que lo son.— Respondió sin mucho convencimiento—. Sobre todo la señora: es una buena mujer.

—La señora ha dicho antes que eras el chófer y la mano derecha de Fernando. ¿En qué consiste ser la mano derecha de alguien?

Cortés resopló sin saber muy bien qué decir.

—En obedecer y hacer todo lo que te mande.— Dijo con simpleza—. Sin hacer preguntas. Y eso es lo que tendrás que hacer tú también a partir de ahora.

—Siempre he tenido que obedecer a alguien: al maestro, a mis padres… Ya estoy acostumbrada.

—Entonces tienes la mitad del trabajo hecho.

Cortés sintió lástima cuando llegaron a casa: le hubiera gustado seguir charlando con aquella muchacha tan simpática. No obstante, se consoló pensando que a partir de ahora la podría ver cada día trajinando por allí y se despidió con una sonrisa.

Luisa entró por la cocina. Esmeralda estaba esperándola para hacerle una visita guiada por todas las habitaciones, incluida la suya, que estaba pegada a la suya y a pocos metros de la cocina.

—Esta será tu habitación.— Le indicó con cierto orgullo—. Es muy bonita, ¿no crees? Y como ves, tienes el uniforme encima de la cama. Si te va largo ya le haremos un arreglillo.

Luisa sonrió al ver su habitación, que era mucho más grande que la de su casa. La decoración parecía de principios de siglo y los muebles eran bonitos y de buena calidad. Luisa desplegó el uniforme y se lo puso frente a ella para ver como le quedaba. Era un sencillo vestido negro y una cofia de algodón, pero el tacto era suave y agradable.

—A partir de mañana y después del desayuno, tendrás que asegurarte de que esté la chimenea encendida y de que los almohadones de los dormitorios estén bien ahuecados. Además, tiene que haber, como mínimo, un jarrón de flores recién talladas en cada una de las habitaciones. ¡A la señora le encantan las flores!

—De acuerdo.— Asintió con entusiasmo—. No se me olvidará, se lo aseguró. ¡Tengo ganas de empezar!

—Pues puedes empezar ahora mismo, si quieres.— Regresaron a la cocina—. El señor tiene que afeitarse.

Luisa se puso alerta al oír hablar del señor Luengo, al que todavía no

conocía. Esperaba que fuera igual de amable que su mujer y que tuviera paciencia con ella. Esmeralda le dio una toalla limpia, jabón y agua caliente en una jofaina.

—Toma, llévaselo a su habitación.— Le guiñó un ojo cómplice—. Intenta no tirar el agua por las escaleras.

Luisa rió aunque se imaginó la escena aterrorizada y se puso nerviosa. Aspiró hondo y subió las escaleras con aplomo y seguridad. Cruzó el pasillo y se encontró la puerta del dormitorio de los señores entornada. Desde allí pudo ver a Fernando mirándose en el espejo del tocador de su mujer, sacándose la corbata. Era un hombre extraordinariamente atractivo, pensó, de esos que nunca había visto en su pueblo. Tenía la nuez muy pronunciada, la mandíbula bien marcada y masculina, y unos ojos negros rasgados que parecían atraparte con solo mirarte. Fernando miró por el espejo y se percató de la presencia de Luisa, que llevaba ya rato sujetando la pesada jofaina y comenzaba a no sentirse los brazos.

—Adelante.— Dijo sin dejar de observarla y desanudándose la corbata a la vez.

Luisa entró tímidamente y le dejó la jofaina sobre el tocador junto a la toalla.

—¿Tú eres la nueva? –Le preguntó—. ¿Era Luisa, no?

Luisa asintió y no supo si irse sin más o esperar a que el señor le indicara que se marchara.

—Eres muy joven, sin duda.— Se puso jabón en la barba y comenzó a afeitarse con la navaja—. Pero eres valiente al dejar a tu familia y venirte a trabajar a una casa que no conoces.

—Quizás sí, señor.— Respondió apocada—. Creo que se debe ser valiente para mejorar en la vida y conseguir todo aquello que uno se propone.

—Me gusta oírte hablar así.— Paró para sonreír y continuó afeitándose—. Yo también creo que hay que luchar hasta el final para obtener lo que uno anhela.

Luisa se ruborizó al recibir aquella preciosa sonrisa que parecía querer

seducirla. Se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo allí parada con aquella cara de boba y decidió excusarse para seguir con sus labores.

—Si me disculpa señor, no me gustaría pecar de charlatana ya desde el primer día, debería bajar con Esmeralda.

Fernando afirmó con la cabeza y limpió la navaja en la toalla.

—Tienes razón, discúlpame a mí. Te estoy entreteniendo y no quiero que Esmeralda piense mal de ti.

Luisa sonrió y se marchó mucho más animada que antes pensando que jamás podría haber encontrado un señor y una señora mejor que aquellos.

16

Huesca, agosto de 1914

Javier y Fernando llegaron a Huesca para pasar unos días en casa de Catalina. Desde que se habían conocido en la fiesta de su cumpleaños, Catalina había deseado volver a verlo. Todo el mundo había insistido en lo buena pareja que hacían y ambas familias habían quedado encantadas. Todo apuntaba a que aquella relación iba a ir cada vez a más, sobre todo con la ayuda de su madre, que era quien más empeño estaba poniendo para lograr que aquello acabara en boca. Precisamente para eso había invitado a los dos primos a su casa.

—¡Bienvenidos a los dos! –Isabel fue hacia ellos en insinuantes contoneos.

Catalina dejó que fuera su madre quién los recibiera primero. Aquello le permitió que pudiera fijarse en Fernando, que llevaba un traje informal muy veraniego que le sentaba estupendamente bien.

—Si me lo permites, señorita.— Fernando se quitó la chaqueta de tweed color verde oscuro y la mantuvo doblada en su brazo—. No lo aguanto más, hace muchísimo calor.

Catalina les dirigió hacia los sillones para que se sentaran y se tomaran un vaso de limonada fresca.

—Como si estuvierais en vuestra casa.— Les dijo complaciente mientras se abanicaba—. Javier, tú también, ponte cómodo.

Aunque Javier también era un hombre atractivo, perdía toda la atención al lado de Fernando.

—Usted no va muy cómoda pese a estar en su casa.— Observó sonriendo el vestido ceñido de talle y los zapatos de tacón de Catalina —. Pero he de decir que está preciosa.

—Ella es una señorita.— Isabel trató de justificar a su hija—. Una

mujer ha de sufrir si quiere estar perfecta.

Javier se llenó el vaso de limonada y le dio un sorbo; la acidez le hizo cerrar un poco los ojos.

—No estoy de acuerdo.— Negó con la cabeza—. La belleza del rostro es frágil, es una flor pasajera, pero la belleza del alma es firme y segura. Lo dijo Moliere.

Isabel lo miró con gesto contenido.

—No sé quién es ese tal Moliere, la cuestión es que está bellísima.— Concluyó, frunciendo el ceño—. Y eso nadie lo puede negar.

—No le hagáis caso.— Fernando hizo un gesto de indiferencia.

Javier agachó la cabeza. Había querido echarle un piropo a Catalina pero nadie lo había interpretado como debía. Catalina lo miró con reproche y cambió de tema.

—Podríamos ir a dar una vuelta esta tarde por el centro, ¡son las fiestas de San Lorenzo!

Fernando hizo una mueca de disgusto.

—Fernando siempre está ocupado.— Se adelantó Javier—. Ha quedado con un empresario, ¿no es así primo?

Catalina puso cara de decepción mientras sus dedos acariciaban las perlas de su collar.

—Es cierto, pero solo a medias.— Fernando sacó un sobre del bolsillo de su pantalón—. He conseguido tres entradas para el flor de té de esta noche en el Teatro Principal.

Javier se quedó con la cara desencajada: en ningún momento se lo había dicho, de hecho le había dejado que metiera la pata a consciencia.

—¿De verdad? —Los ojos de Catalina brillaban con ilusión— ¡Pero si estaban agotadas!

—Tengo muy buenos amigos—. Esbozó una sonrisa satisfecha mientras se encendía un cigarrillo—. Si quiere venir a acompañar a su

hija, señora…

—¡Oh, qué detalle más bonito! –Exclamó Isabel, exagerada—. Pero esta noche Carlos y yo tenemos un compromiso. Además, no sería justo que su primo se quedara sin disfrutar de la velada.

Javier desvió la mirada con desgana.

—Bueno, sí, claro.— Dijo Fernando con pereza—. Mi primo vendrá con nosotros.

Catalina bajó del Ford T—1 con su vestido en gasa color amarillo junto a Javier y quedaron con el chófer para que les recogiera al final de la función. Las calles estaban repletas de gente, el ambiente festivo impregnaba cualquier rincón de la ciudad.

—Todavía es pronto, falta media hora para las ocho.— Javier alzó la voz, apenas se podía oír nada con el bullicio—. ¿Por qué no damos una vuelta? Fernando seguro que llegará tarde.

—¿Y tú qué sabes? –Le espetó Catalina—. No, vamos a esperarle.

—Son las fiestas de San Lorenzo, ¡vámonos a pasear un poco! –Exclamó en un tono suplicante abriendo las palmas de la mano.

—No está bien que vayamos solos.— Añadió azorada—. La gente puede comentar lo que no es.

Javier miró a su alrededor, decenas de familias se dirigían al Coso para disfrutar de los actos festivos que había organizado el Ayuntamiento.

—¡Oh, vamos! ¿Crees que van a estar pendientes de nosotros?

Catalina suspiró, no tenía ganas de discutir con él, así que aceptó. Pasearon en silencio bajo la sombra de las copas de los árboles casi rozándose para no chocar con los demás transeúntes. A pesar de que ya estaba atardeciendo, el calor todavía arreciaba con fuerza; Javier notaba las gotas de sudor recorriéndole la espalda y se hubiera quitado la chaqueta si Catalina no hubiera estado con él. Estaba seguro que ella lo habría interpretado como un gesto de mala educación. Ella no podía dejar de pensar en Fernando y no veía el

momento de verle; sin embargo, hasta entonces tendría que aceptar la compañía de Javier, a quién consideraba, en cierto modo, demasiado sarcástico y lanzado.

—Vamos a sentarnos en aquel banco.— Catalina sudaba también, no corría ni una pizca de aire—. Tengo mucho calor y me duelen los pies.

—Es lo que tiene andar en tacones en pleno agosto.— Intentó provocarla un poco. Ya que tendría que aguantar a la parejita toda la noche haciendo de carabina, al menos se iba a divertir un poco a su costa, pensó.

—¿Pero qué problema tienes con mis tacones? –Le miró enfurruñada —. No has tratado mucho con mujeres, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

Catalina lo vio tan obvio que no consideró necesario darle una explicación.

—Simplemente digo lo que pienso.— Continuó, riendo entre dientes —. Pero no a todos, claro.

-¿Y por qué a mi sí?

-Porque en el fondo tú no eres como ellos: te pareces más a mi.- La cara de Catalina se había convertido en una mueca de sorpresa-. Y no intentes negarlo, tengo un sexto sentido para eso.

-Lo dices como si hubiera algo malo en parecerse a ellos.

-No es malo si eres así, pero puede llegar a ser destructivo si lo aparentas.

Catalina pensó que en el fondo tenía razón, aunque intentó disimularlo.

-Dime una cosa, Cata.- Continuó Javier, tuteándola sin ningún miramiento-. ¿Te gustaría vivir la vida de tu madre? Sé sincera.

Catalina nunca se lo había planteado. Desde pequeña había aceptado que la vida que le esperaba era como el de todas las mujeres que conocía: estar casada y cuidar de los hijos y del hogar. De hecho, no veía ninguna otra posibilidad.

-No hay alternativa.- Contestó, encogiéndose los hombros-. Al menos no para una mujer.

Javier negó con la cabeza.

-Mi madre estaba casada, pero siempre hizo lo que le dio la gana y mi padre tuvo que aceptarlo porque la quería.- Miró al cielo y sonrió con orgullo-. Pintaba cuadros, escribía, daba charlas a mujeres pobres y luchaba por sus derechos aunque eso significara exponerse ante la sociedad y recibir las críticas y el rechazo absoluto de los de su clase.

-De acuerdo, ahora entiendo de donde has salido tú.

Javier sonrió, estaba tan a gusto hablando que ni siquiera había pensando en el calor asfixiante que hacía.

-Supongo que esas ganas de libertad y cambio constante que experimentan algunas personas tienen muy poca cabida en este mundo y en esta sociedad.

-Los límites se los marca uno mismo.- Catalina pensó que Javier tenía una respuesta para todo: era realmente inteligente-. Aunque es verdad que a veces es imposible hacer lo que uno quiere.

Catalina reflexionó y asintió con la cabeza. Justo en aquel momento, un hombre con un enorme cilindro colgado del hombro y una cesta llena de barquillos se acercó a ellos con una camisa blanca repleta de ronchas de sudor y una gorra.

—Muchacho.— Se secó el sudor de la frente con un pañuelo blanco—. ¿Le regalas un barquillo a tu novia?

—Oh, no es mi novio.— Se apresuró a decir Catalina, avergonzada.

—¡Pues hacéis una pareja estupenda! –El hombre dejó el cilindro en el suelo y lo abrió, convirtiéndolo en una especie de ruleta numerada del uno al cinco—. ¡Venga, probad suerte!

—Javier, dale tú.— Le vino el olor dulce y vainillado de los barquillos y salivó.

—De eso nada, que yo tengo muy mala suerte. Venga, ¡dale fuerte!

Catalina suspiró sonriente e hizo girar con fuerza el palillo sobre la

ruleta. Los tres observaron con impaciencia su movimiento hasta que se paró en el número cinco.

—¡Cinco barquillos para la señorita! –Gritó el barquillero con musicalidad—. ¡Por solo cinco céntimos!

—¡Bravo! –Javier aplaudió y sacó los cinco céntimos de su cartera-. ¡Tienes muy buena puntería!

El barquillero cogió el dinero y le dio a cambio un cucurucho de papel con los cinco barquillos. Comenzaron a congregarse alrededor del hombre varios chiquillos que también querían jugar y Javier y Catalina decidieron tomar el camino de vuelta al teatro.

—Gracias, ha sido divertido.— Catalina mordió uno de los barquillos —. Mmmm... ¡Están buenísimos!

—Son ya casi las ocho.— Observó su reloj y se metió un barquillo en la boca—. Estoy convencido de que Fernando llegará tarde.

—¡Tu bigote! –Catalina comenzó a reír tapándose la boca con las manos—. ¡Lo tienes lleno de miguitas!

—Vaya, lo que hay que hacer para gustar a las mujeres… ¡Dejarse bigote! –Se limpió con un pañuelo que tenía guardado en el bolsillo de la chaqueta.

—Es solo una moda… pasará, como el corsé. Desde que Madeleine Vionnet desfiló sin él, ya muy pocas chicas se lo ponen.

—Mi tía también sigue esa moda.— Le dijo al oído, en tono confidencial.

—¿Cuál? ¿La de no llevar corsé?

—No, la del bigote.

Ambos comenzaron a reír, cogiéndose de la mano distraídamente en un momento de complicidad, olvidándose de la gente que les rodeaba.

—¡Los que llegaremos tarde somos nosotros! –Catalina se percató del enlace de sus manos y se separó bruscamente, sintiéndose culpable por no guardar las formas—. Venga, démonos prisa.

Frente al Teatro Principal había decenas de personas elegantemente vestidas. Los dos se quedaron contemplando aquella selva de colores en busca de Fernando. Los hombres iban con sus cuellos altos y blancos y sus sombreros de copa negros. Sin embargo, las mujeres vestían con telas brillantes y voluptuosas y todas charlaban las unas con las otras a la espera de que abrieran las puertas.

—Te dije que llegaría tarde.- Lanzó, al ver que no había ni rastro de su primo.

—Se habrá alargado la reunión.— Catalina puso cara de preocupación —. ¿O le habrá pasado algo?

—¡Qué va! Tu futuro marido vendrá sano y salvo –Le dijo con recochineo—. No te preocupes, vendrá en un momento u otro.

—¿Mi futuro marido? –Arqueó las cejas, escéptica—. ¿De dónde te has sacado eso?

—Todos sabemos que será así.— Miró de un lado a otro en busca de Fernando—. Seamos sinceros, los dos os gustáis, y ambos venís de buenas familias.

—¡Eso lo tendré que decidir yo, digo yo! —Exclamó rencorosa, apretando los labios.

—Todos acabarán por convencerte. Y si tienes alguna duda, ya harán por quitártela de la cabeza.

A Catalina le gustaba Fernando, pero tampoco se había planteado casarse con él. Quizás era esa la intención de su madre pero ella consideraba que todavía era muy joven para ello. Tenía ganas de disfrutar de la vida y de no rendir cuentas a nadie de lo que hacía. Sin embargo, una mujer nunca acababa de tomar decisiones por sí misma, por lo que siempre terminaba dependiendo de un hombre: sino era su padre era su marido. Fernando apareció de repente de la nada sorteando a la multitud con una rosa en la mano.

—Perdonadme, al final la reunión se ha alargado.— Le ofreció la rosa a Catalina—. Una flor bella para una mujer bella.

Javier entornó los ojos apesadumbrado. Había pasado un buen rato con Catalina y ahora ella ya solo tenía ojos para Fernando. Catalina

era una buena chica, pensó, y guapa, pero no tenía nada que hacer con ella. Fernando tenía el don de convertirse siempre en el protagonista y hacía sombra a cualquiera que estuviera a su lado.

—¿Entramos? –Dijo Javier, impaciente, llevándose un cigarro a los labios—. Llevamos ya rato esperándote.

—Alguien tiene que trabajar en esta familia, ¿no crees? –Le recriminó, con una voz más fuerte de lo que hubiera deseado—. Vamos Catalina, te encantará la obra, y además estamos en el palco principal.

Los dos se dirigieron hacia el teatro mientras Javier se quedaba rezagado a sus espaldas.

-Ahora entro.- Dijo sin más, formando largas volutas de humo mientras se le agarrotaba la garganta.

Fernando volvía a hacerlo, a humillarle delante de todos, a anularle como persona. Catalina se volvió y por unos segundos pareció compadecerle. Javier se sintió todavía más avergonzado. Fernando siempre conseguía lo mismo: que a Javier le tuvieran pena y compasión. Y aquello le mataba por dentro y le hería el orgullo si todavía tenía de eso.

17

Calatayud, noviembre de 1913

El baño del orfanato era una sala enorme de baldosas blancas esmaltadas con una hilera de lavabos y espejos picados que daban un aspecto fantasmagórico, como de película de miedo. En el medio de la sala había tan solo tres bañeras para más de cien niños y los días en los que tocaba lavarse no solo pasaban un frío espantoso mientras esperaban su turno, sino también en el agua, pues se iba enfriando a medida que iban entrando y saliendo de ella. El aguador del pueblo, un hombre que bien parecía un boxeador de lo musculoso que estaba, se encargaba de ir vaciando y llenando las bañeras con regularidad haciendo del baño un proceso realmente tedioso. Cuando llegó el turno de Cortés y Miguel, el agua volvía a estar otra vez fría y sucia, pero el aguador no pasó por allí para cambiarla. Mejor, pensó Cortés, prefería acabar cuanto antes con el baño y no seguir más rato de pie en la cola. Don Carlos estaba sentado justo al lado de las bañeras y comprobaba el estado de la pastilla de jabón de cada niño. Se la proporcionaban una vez al mes y debían guardarla como oro en paño, pues si la perdían o la malgastaban antes de tiempo nadie les daba otra, y no había cosa peor que pasar por la bañera y terminar quizás más sucio de lo que habían entrado.

—¡Detrás de las orejas! –Ordenó don Carlos—. ¡Qué allí es donde se acumula más mugre!

Encima tenían que aguantar las instrucciones de don Carlos, que se regocijaba observando aquellos cuerpos caninos y débiles para reafirmarse como intendente y autoridad del orfanato. A veces incluso se atrevía a frotarlos él mismo y clavaba sus uñas en la piel hasta hacerles arañazos y dejarla más roja que la piel de un tomate. Cortés comenzó a frotar a su hermano pequeño con las manos y lo hizo enérgicamente para evitar que tuviera que hacerlo don Carlos. Mientras lo hacía recordó aquellos domingos entrañables en los que su madre los metía en un barreño de madera, calentaba agua en el fuego y la abocaba sobre sus cabezas entre risas y caricias. Luego los frotaba

suavemente con un jabón de lavanda, los arropaba en toallas limpias y previamente calentadas en el brasero y los sentaba al sol para que no cogieran frío. Aquella imagen se repetía una y otra vez en la mente de Cortés. Era todo tan íntimo y tan bonito, que la hora del baño se convertía prácticamente en una ceremonia cargada de cariño y sentimientos entre una madre y sus hijos. Ahora, todo aquel significado que tenía el baño se había perdido, del mismo modo que había perdido a sus padres y su propio hogar. Salieron tiritando del agua y Cortés secó primero a su hermano poniéndole rápidamente el camisón para que entrara en calor. Luego hizo lo mismo con él y se fueron al dormitorio, que no era más que una habitación grande y sencilla con las paredes blancas llenas de humedad y con un crucifijo de madera colgado en una de ellas. Había unas treinta camas forjadas con un colchón de lana que seguro había pasado de generación en generación y una manta gruesa y apolillada que olía a naftalina. Cortés y Miguel habían dormido juntos desde hacía mucho tiempo y no iba a ser distinto allí ahora que solo se tenían el uno al otro. Así que se metieron en la cama y esperaron a que don Carlos diera la orden del rezo y apagara las luces para dormir. Llegó don Carlos, comprobó que todos estuvieran en sus respectivas camas y les obligó a ponerse de rodillas al suelo para rezar. El suelo estaba helado y Cortés intentó ponerse el camisón por debajo de las rodillas para evitar el frío. Pensó en sus padres y en las gemelas; recordaba el olor a talco de sus diminutos cuerpos y las sonrisas desdentadas e inocentes que le regalaban al despertarse. Creía que su padre volvería a por ellos al día siguiente de haberlos dejado allí, que aquello solo era una broma de mal gusto o un escarmiento por algo que habían hecho mal, pero su padre no había vuelto a aparecer y la sensación de abandono era cada vez más profunda y dolorosa. Sin embargo, todavía no había perdido la esperanza y seguía rezando para que sus padres les echaran de menos y se dieran cuenta de lo mucho que sus hijos les necesitaban. Se metieron en la cama otra vez, Cortés abrazó a su hermano pequeño en un instinto de protección y dejó caer unas lágrimas llenas de angustia y tristeza.

Al día siguiente, don Carlos entró en la habitación y descorrió las pesadas cortinas de los ventanales para que entrara la luz del sol.

—¡Vamos, todos en pie! –Gritó, zarandeando a uno por uno y echándoles la manta a bajo—. Hoy tenemos visita y tenéis que estar impecables, así que pobre del que se manche en el desayuno.

Cortés y Miguel se levantaron y se vistieron ante la atenta y escrutadora mirada de don Carlos. Sus compañeros hicieron lo mismo y el dormitorio rápidamente se llenó de pequeños cuerpos blancos y huesudos y de cabezas afeitadas. Cortés se dio cuenta de que Pepito, que dormía a su lado y con el que había entablado una bonita amistad, seguía tumbado en la cama sin dejar de tiritar de frío.

—¿Qué te pasa? –Se acercó a él, su cara era pálida como la misma sábana que le tapaba y tenía el cuello muy hinchado—. Como te vea don Carlos se va a enfadar. Tenemos que estar todos vestidos.

Pepito no paraba de temblar y de agarrarse el estómago con las manos. Parecía tener escalofríos y un fuerte dolor de barriga. De repente, ladeó la cabeza hacía el suelo y comenzó a vomitar. En aquel momento, don Carlos se percató de la situación y fue corriendo hacia el enfermo con cara de pocos amigos.

—¿Otra vez cuento, Pepito? –Exclamó, haciendo una mueca de asco al ver el suelo manchado de vómito—. Esto lo tendrás que limpiar tú. ¡Vamos, levántate!

Cortés no se podía creer como don Carlos podía ser tan frío y no sentir compasión alguna por un niño que apenas podía moverse.

—Señor, creo que Pepito está muy mal, no para de tiritar.— Dijo Cortés, intentando convencerlo—. ¿No podríamos llamar al médico?

—¿Quién te ha pedido a ti consejo? –Le fulminó con la mirada y suspiró sin saber qué hacer—. Voy a llamar a sor María, a ver si ella sabe qué narices le ocurre. Y tú, de mientras, pequeño entrometido, ya puedes ir limpiando el suelo.

Don Carlos se fue con la frente fruncida y renegando en voz baja y Cortés cogió una toalla y comenzó a limpiar el vómito de Pepito.

—¿Desde cuando estás así?

Pepito se tomó unos segundos para contestar intentando vencer los escalofríos que le impedían abrir la boca.

—Tres o cuatro días, pero no he querido decir nada a nadie.

Cortés recordó que Pepito llevaba algunos días comportándose de

manera extraña. Habían aumentado la ración de carne y él apenas había comido nada.

—¿Y por qué no lo has dicho?

Pepito tragó saliva y esbozó una mueca de dolor. Se puso las manos al cuello y gimió.

—Porque hoy es el día. No quería perdérmelo por nada del mundo y si sor María se daba cuenta de que estaba enfermo, no me iba a dejar pasar la prueba.

Cortés le miró extrañado sin entender nada.

—¿Qué prueba? ¿De qué estás hablando?

—¿Por qué te crees que nos hacen vestir con las mejores ropas y llevan ya unos días dándonos carne?

Cortés se encogió de hombros sin saber la respuesta.

—Porque hoy vienen los matrimonios sin hijos a buscar niño y escogerán al más sano.— Su voz sonaba de ultratumba—. Nos sacan a todos al patio y nos hacen estar de pie durante mucho rato mientras los hombres y las mujeres nos miran y nos preguntan cosas.

—¿Y qué pasa si les gusta alguien? –Pensó en su hermano pequeño y en las palabras de sor María cuando llegaron, que no le costaría mucho encontrar a una buena familia.

—Pues se lo llevan y se convierte en su hijo.

Cortés se imaginó el momento de separarse de su hermano y comenzó a sudar de terror. Si los días allí ya se hacían tremendamente duros y pesados, no quería imaginárselo sin la compañía de Miguel. Sor María apareció en la habitación junto a don Carlos y le puso la mano sobre la frente a Pepito. Asintió sin decir nada y le ordenó que se quitara el camisón con un deje de vergüenza al tratarse de un varón. Con el torso ya desnudo, la monja se percató de una erupción roja por todo el pecho, como si fueran quemaduras solares. Después le hizo abrir la boca y sacar la lengua, que la tenía repleta de puntitos blancos. Sor María lanzó una mirada de preocupación a don Carlos y ambos se quedaron en silencio como si supieran que la cosa era más grave de lo

que pensaban.

—¡Chicos, todos fuera de la habitación, ya! –Gritó don Carlos—. Os doy un minuto para que os vistáis y bajéis al comedor.

Todos los niños se vistieron corriendo y Cortés sintió que lo que estaba viviendo Pepito no era una simple fiebre, pues nunca había visto a sor María con aquella cara de absoluto espanto.

—¿Se pondrá bien? –Le preguntó, antes de bajar al comedor.

Don Carlos le dio una colleja, más por descargarse él que porque lo mereciera, y le cogió de la oreja llevándolo hacia la puerta.

—Corre hacia abajo.— Le ordenó sin subir el tono de voz—. Preocúpate de lo tuyo.

Cortés bajó al comedor de la mano de su hermano y les dieron para desayunar un chusco de pan con un poco de queso en vez de las insulsas gachas que comían normalmente. Cuando terminaron, sor María y don Carlos ya estaban con ellos y los sacaron al patio pasando revista y comprobando que estuvieran perfectamente arreglados y peinados. Cortés se preocupó por Juanito, ¿quién se habría quedado con él?, ¿habrían llamado al médico? Estuvo a punto de preguntárselo a sor María, pero en aquel mismo instante aparecieron unas cinco o seis parejas de mujeres y hombres, algunos muy bien vestidos, otros no tanto, que comenzaron a pasar entre las hileras de niños, mirándolos directamente a la cara e inspeccionando cualquier indicio de debilidad o mal carácter. Cortés se dio cuenta de que la mayoría de parejas se paraban ante los niños más pequeños y comenzó a sufrir por su hermano. Estaban en las últimas hileras y pronto verían a Miguel: tenía tres años, aunque aparentaba menos, y tenía una cara inocente y bonita. Era mucho más guapo que Cortés y tenía la piel más blanca.

—Miguel, si viene alguna pareja a preguntarte cosas, tose.— Le advirtió—. Tienes que parecer enfermo y maleducado. Di alguna palabrota.

—¡Yo no digo palabrotas! –Exclamó enfurruñado—. Madre decía que teníamos que ser educados.

—¡Haz lo que te digo!.— Cortés ladeó la cabeza con impaciencia—. ¿O es que quieres que estos señores te alejen de mí?

—Pero parecen buenas personas, están sonriendo todo el rato.— Advirtió, con una sonrisa—. No quiero irme de tu lado, pero tampoco quiero estar aquí.

Cortés notó un nudo en la garganta y se sintió un tanto ofendido al darse cuenta de que su hermano barajaba la opción de abandonarlo.

—¿Te gustaría tener unos nuevos padres?

Miguel asintió y Cortés valoró la posibilidad de que siguiera la vida sin él. Luego lo pensó mejor y se dio cuenta de que sería incapaz de crecer sin su hermano, sin saber de él. Sus padres ya le habían abandonado y quizás no volvería a ver a sus hermanas nunca más. Negó con la cabeza y se dijo que nunca se separaría de él mientras pudiera impedirlo.

—Pues te voy a decir la verdad.— Siguió Cortés—. Estos señores solo buscan a niños sanos para esclavizarlos y hacerlos trabajar día y noche. Así que tú mismo, si quieres irte con unos desconocidos y que te maltraten…

Miguel abrió los ojos como platos y se le borró la sonrisa de golpe. Las parejas llegaron hacia donde estaban y rápidamente una de ellas puso los ojos sobre Miguel. No parecían ser pobres, pues el hombre llevaba traje y la mujer iba a la moda con sombrero y guantes. Parecían afables y buenas personas y Cortés se sintió culpable al negarle a su hermano la oportunidad de tener una vida mejor.

—Hola, ¿cómo te llamas? –La mujer se acercó a Miguel y le miró a los ojos levantándose el sombrero—. ¿Y cuántos años tienes?

Miguel se quedó mudo, ¿cómo podía ser que aquella mujer de aspecto angelical quisiera maltratarlo?, pensó. De todas formas, su hermano siempre se había preocupado por él y todo lo que hacía era por su bien, así que hizo caso a lo que le había dicho y aparentó estar enfermo. Comenzó a toser forzadamente, aunque sin mucha credibilidad, y se tocó la frente como si tuviera fiebre.

—¿Estás malito? –La mujer le tocó la frente y se dio cuenta enseguida de que Miguel estaba fingiendo—. Creo que tienes miedo, ¿no es así?

Miguel seguía sin hablar y la mujer cada vez se iba acercando más a él.

—¿Te gustaría venir con nosotros? –Levantó más la cabeza y Miguel pensó que nunca había visto unos ojos tan azules como aquellos—. Tenemos una casa muy bonita y un perrito llamado Jasper. Además, Cuca hace unos pasteles impresionantes de lo buenos que están.

A Miguel no le parecía nada mal la propuesta, aunque ni siquiera sabía quién era esa tal Cuca, y miró a su hermano para obtener la aprobación. Cortés negó con la cabeza y su cara se convirtió en un mohín enfadado, advirtiéndole de que si aceptaba irse con ellos se arrepentiría toda su vida.

—¿Qué me dices, chico? –La mujer le agarró de la mano con suavidad, como atrayéndole hacia ella—. ¿Te vienes?

—¡Suéltame! –Empezó a gritar Miguel—. ¡No iré a ningún lado! ¡No quiero que me toques!

La señora abrió la boca sorprendida y se apartó de él manteniendo una distancia prudencial. En aquel momento, Cortés pudo discernir en su cara una tristeza casi indefinible y pensó que aquella mujer realmente deseaba ejercer de madre.

—No vale la pena.— Expresó su marido, negando con la cabeza—. Es un niño agresivo.

El hombre le cogió del brazo para que siguiera caminando y la mujer acabó asintiendo sin dejar de mirar a Miguel. Las demás parejas habían observado lo que había ocurrido y ninguno se paró ante él. Cuando todo aquello terminó, Cortés se sentía peor que antes y no pudo dejar de pensar que su acto egoísta había dejado a Miguel sin una nueva familia. Y no solo eso, sino que nadie le había prestado ni un ápice de atención, por lo que intuía que pasarían muchos años antes de que pudiera abandonar aquel orfanato. Cuando volvieron a subir al dormitorio para volver a ponerse los harapos de cada día y no ensuciar la ropa nueva, Pepito no estaba allí. Seguía su cama sin hacer y sus pertenencias debajo de la cama. Cortés se preguntó dónde estaría y ante la ausencia de don Carlos, decidió salir al pasillo e inspeccionar habitación tras habitación hasta encontrarlo y saber cómo estaba. Finalmente lo encontró en un pequeño dormitorio de apenas dos camas que aparentaba ser una especie de enfermería. La puerta estaba entornada y Cortés vio a sor María sentada en un lado de la cama y rezando con el rosario en la mano. A su lado estaba don Carlos, de pie,

y junto a él un hombre que auscultaba a Pepito y que parecía ser el médico.

—Me temo que vuestras sospechas son ciertas.— Dijo el médico, que tenía un bigote negro espeso y unas gafas redondeadas—. Tiene escarlatina.

Cortés nunca había oído hablar de aquella enfermedad pero por el tono del médico parecía ser bastante grave.

—¿Y qué podemos hacer? –Preguntó don Carlos—. ¿Es contagioso, no?

El médico asintió.

—Este niño se debe quedar aquí hasta que suceda lo que tenga que suceder. Y nadie debe entrar en esta habitación salvo yo.

—¿Y qué sucederá? –Sor María levantó la cabeza sin dejar de soltar la cruz—. ¿Cree que se pondrá bien?

El médico miró a Pepito, que estaba semiinconsciente, y les hizo un gesto con la cabeza indicándoles que salieran de la habitación para que no lo oyera. Cortés corrió de vuelta al dormitorio para que no le pillaran y sintió una rabia inmensa por no haber podido escuchar el final de la conversación. De todos modos lo iba a descubrir dos días después, cuando el cuerpo de Pepito, su único amigo sincero desde que había entrado en el orfanato, salía por la puerta en un coche fúnebre sin nadie que le llorara salvo él. Se dio cuenta de que si no hacía nada por salir de allí, acabaría siguiendo el mismo camino que Pepito, o lo que era peor, acabaría perdiendo a todos quienes quería.

18

Biescas, abril de 1928

Eran las seis de la mañana y comenzaba a amanecer. Luisa se levantó, se hizo la cama y comenzó a asearse. Inundó las manos en el agua fría de la jofaina, se lavó la cara y mojó el peine de púas para eliminar los remolinos de la nuca. Se puso la cofia lo mejor que pudo, aunque se dejó algún que otro tirabuzón rojo por la frente para darle ese toque infantil e inocente que tanto le caracterizaba y se colocó el uniforme negro entallado a la cintura. Cerró la puerta de su habitación con llave y se dirigió a la cocina mientras se pellizcaba con gracia las mejillas para darse un poco de color. Siempre se levantaba con la mejor de las sonrisas y aunque el día se hacía largo y duro, el saber que a final de semana podría enviar a sus padres una buena cantidad de dinero hacía que sacara lo mejor de ella para seguir adelante.

Entró en la cocina y puso la cafetera de bronce al fuego. Esmeralda estaba atendiendo al panadero, que llevaba el delantal lleno de harina y mantequilla, y le entregó dos hogazas de pan todavía calientes y un buen paquete de rosquillas de anís para la merienda de los niños. Más tarde llegaría el lechero con la leche recién ordeñada.

—Hoy el señor desayunará a las siete.— Le comentó Esmeralda—. Tiene que viajar a Zaragoza.

Luisa asintió y comenzó a exprimir las naranjas, abocó el zumo en una bonita jarra de cristal y le añadió varias cucharadas de azúcar.

—Que no se te escape la pulpa. –Le advirtió—. Ya sabes que los niños la odian.

—Estos niños no saben lo que es pasar hambre.— Negó varias veces con la cabeza y coló la pulpa—. ¡Con la de vitaminas que tiene!

—Yo de pequeña me comía hasta la monda de la naranja.– Esbozó una mirada profundamente melancólica al recordar su infancia—. Pero prefiero que sea así, que a estas criaturas no les falte de nada.

—¿Los quieres mucho, verdad?

Luisa había observado que Esmeralda tenía absoluta devoción por ellos y que los niños no podían irse a la cama sin que ella les contara un cuento y les diera las buenas noches.

—Los quiero con toda mi alma, como si fueran mis hijos.— Sus ojos se humedecieron visiblemente emocionados—. Cuando eran bebés, si no estaba la nodriza alimentándolos, estaban conmigo.

—¿Y la señora? –Sacó las tazas de café de la alacena y las dejó sobre la mesa—. ¿No les dio el pecho?

Esmeralda parecía estar perdida en sus recuerdos mientras cortaba en silencio unas rebanadas de pan y rellenaba la mantequillera.

—La señora quiso amamantarlos.— Dijo al fin en voz baja, como si fuera un secreto—. Pero el señor contrató a una joven campesina de Galicia para amamantar a Fermín. Decía que no estaba bien visto que una mujer de su clase diera el pecho a su hijo, así que la señora tuvo que aguantarse y obedecer. Y como Martín nació un año después, la gallega lo alimentó también.

—Debe ser triste que una desconocida alimente a tu hijo, ¿no crees?

—Recuerdo perfectamente que la muchacha tuvo que traer una autorización de su marido para confirmar que estaba casada y que no había tenido un hijo fuera del matrimonio.— Siguió, obviando el comentario de Luisa—. La madre de Fernando solía decir que la leche que bebieran sus nietos tenía que ser moralmente pura además de sana.

—¿Y qué pasa con el niño de la nodriza? –Preguntó con el ceño fruncido—. ¿Quién lo alimenta a él?

—La gallega pagaba, con una parte del dinero que ganaba, a una nodriza de su pueblo para que alimentara a su propio hijo.— Puso cara de pena—. Supongo que le compensaba al fin y al cabo.

En aquel momento, el relinche de un caballo advirtió la llegada del lechero, que llevaba el carro lleno de cántaros de leche. Apareció por la puerta de la cocina y dejó las dos botellas de cristal sobre la mesa.

—¡Estás especialmente guapa hoy, Luisa! –Exclamó el joven, que siempre aprovechaba cualquier oportunidad para piropearla—. ¿Algún día aceptarás que te lleve a dar una vuelta por el río?

Luisa rió despreocupada, pero sintió pena por él. Benjamín no era un hombre agraciado: tenía cara de pueblerino, las orejas y la nariz grandes, y todo él emanaba cierto aire a campo. Además, no se imaginaba convertida en la mujer del lechero y tener que muñir las ubres de las vacas día tras día el resto de su vida.

—Luisa no tiene tiempo para salir.— Esmeralda quiso echarle un capote y simuló un tono malhumorado—. Aquí ha venido a trabajar, así que como se vaya por allí contigo ten por seguro que tendré unas palabras con la señora.

—¡No, no, no! –Gritó rápidamente el lechero—. Olvídelo Esmeralda, no volveré a decirle nada a la señorita, se lo prometo.

—Sería una pena que esta chica perdiera el trabajo por tu culpa.

—¡No, no, no! –Volvió a repetir tragando saliva—. ¡De verdad, no volverá a ocurrir!

Luisa corrió hacía Benjamín y le dio un beso en la mejilla para agradecérselo. El chico se puso rojo como un tomate y aquel gesto pareció compensar todo el desinterés de la muchacha.

—Y ahora vete, que tenemos que seguir con lo nuestro.— Esmeralda le dio el dinero y las dos botellas de cristal vacías del día anterior—. Hasta mañana Benjamín.

Benjamín se fue acalorado y con una sonrisa en la boca repitiendo en su cabeza una y otra vez el beso de la pelirroja. Mientras tanto, las dos criadas no podían dejar de reír ante la cómica situación que habían representado.

—¡Pobrecillo! –Exclamó Luisa, doblada de la risa—. Se le ha cambiado la cara cuando le has dicho eso. ¡Eres una buena actriz!

—¿Quién es una buena actriz? –Cortés entró en la cocina, se sacó el sombrero y lo dejó sobre la mesa—. Os veo muy contentas esta mañana.

Sacó el café del fuego y se sirvió una taza, luego se sentó en la mesa y echó una mirada furtiva a Luisa, que se estaba secando las lágrimas con el pañuelo.

—Yo, que he conseguido que el lechero no acose más a la niña.— Explicó Esmeralda entre risas, acercándole unas rebanadas de pan con mantequilla.

—¿Así que tienes un admirador? – Cortés no pudo reprimir una mueca de rabia y sintió una pizca de celos al ver que podía tener otro competidor—. ¿Pero a ti te gusta?

—¿Pero cómo me va a gustar Benjamín? – Luisa se sentó frente a él y comenzó a desayunar—. ¡No es nada atractivo!

Cortés sintió cierto alivio aunque pensó que él tampoco era un hombre guapo y que, por lo tanto, nunca tendría nada que hacer con Luisa. Era la primera vez que se había enamorado de una mujer y era una sensación extraña y agónica: quería respirar cada minuto de su tiempo, de su aire, de su ambiente, y deseaba con todas sus fuerzas que ella le correspondiera con los mismos sentimientos.

—Eres todavía muy joven.— Comentó Esmeralda, poniendo el desayuno de Fernando sobre la bandeja—. Cuando te cases ya no tendrás la libertad y la independencia de ahora.

—¡No quiero ni oír hablar de hombres! –Exclamó con un ligero tono burlón—. Yo quiero seguir trabajando y ganando mi dinero.

Esmeralda miró el reloj de la cocina y ahogó un grito al ver que eran casi las siete.

—¡El señor Luengo debe estar a punto de bajar! –Le entregó la bandeja a Luisa con prisas—. Sírvele tú mientras yo recojo todo esto.

—Será mejor que no le hagáis esperar.— Advirtió Cortés, encendiéndose un cigarrillo—. Hoy tiene una reunión muy importante en Zaragoza.

—Es un hombre muy ocupado.— Susurró Luisa con todas las precauciones—. La señora debe sentirse muy sola.

—¡Luisa, cállate! – Esmeralda se puso el dedo índice sobre los labios

—. Ten cuidado con lo que dices, hay cosas que no deberías comentar. Y ahora venga, saca el desayuno.

—¡Pero es que me da pena la señora!

—Esmeralda tiene razón, Luisa.— Añadió Cortés a media voz, mirándole seriamente—. Será mejor que solo hagas tu trabajo y evites comentarios.

Luisa agachó la cabeza y reconoció que a veces se comportaba de manera inmadura e impulsiva y que debía reprimir aquella actitud impetuosa si no quería tener problemas. Se adentró en el comedor, dejó la bandeja en la mesa y descorrió las recargadas cortinas de las ventanas. Colocó la cuberteria y puso una copa de zumo y una taza de café frente al asiento de Fernando. Este comenzó a bajar las escaleras mientras se anudaba los puños de su camisa blanca haciendo un mohín enfurruñado que a Esmeralda le resultó tan extrañamente atractivo.

—Buenos días, Luisa.

La tenue luz del amanecer le iluminó parte de la cara y Fernando cambió el rostro serio y pesado por una sonrisa alegre. Se sentó en la mesa y se puso la servilleta sobre el regazo.

—Buenos días, señor.— Se enderezó y cogió la jarra del zumo.— ¿Zumo de naranja?

—Mejor un café, hoy no he dormido bien.

Luisa sirvió el café humeante con delicadeza y la estancia se inundó de un aroma tostado. Fernando se quedó embobado siguiendo sus gestos armoniosos y observó su piel clara y pecosa tan fresca y bonita. Se dio cuenta de que el uniforme le quedaba mucho más ceñido ahora que cuando empezó y que su pecho, aunque no era muy grande, parecía firme y redondeado. Luisa era como un caramelo para un niño y Fernando pensó que no podía dejar escapar la oportunidad de conquistarla. Sabía que rara vez las mujeres podían resistirse a su atractivo y a su manera de seducir, que podía tener a sus pies a cualquiera que quisiera.

—Te has puesto más guapa.— Lo dijo como si hablara del tiempo, en un tono neutro.

—¿Disculpe? –Luisa creyó haber oído mal.

Fernando se levantó y se acercó a la muchacha, aunque mantuvo unos centímetros de distancia.

—¿Nunca nadie te ha dicho que tienes unos ojos preciosos?

Luisa percibió el olor a ámbar gris de su loción facial. Nunca había tenido a Fernando tan cerca y pudo ver las arrugas de expresión del final de sus ojos que delataban la madurez de sus cuarenta años.

—He de irme a la cocina—. Hizo ademán de marcharse, pero Fernando la agarró por el brazo con suavidad y la retuvo a su lado.

—Quédate un rato más.— Cogió uno de sus tirabuzones y lo colocó bajo la cofia—. Hazme compañía.

Luisa notó los ásperos dedos de Fernando rozándole la mejilla y se estremeció.

—¿Quiere tostadas con mantequilla? ¿O algún bollo?.– Preguntó, intentando desviar la atención. El corazón le iba a cien por hora y lo único que deseaba era poder escapar de allí.

—No quiero nada de eso.— Esbozó una de sus sonrisas más seductoras —. Te prefiero a ti.

Fernando estaba jugando peligrosamente: había optado por no andarse con sutilezas e ir al grano. Aunque Luisa era una chica muy joven, tenía un espíritu valiente y emprendedor, y sabía que aquella clase de chicas acababan decantándose más por su instinto y su corazón que por su cabeza. Fernando estaba arriesgando, pero conocía demasiado a las mujeres como para no salir ganando.

Luisa enrojeció de vergüenza y deseó con todas sus fuerzas que se la tragara la tierra.

—Oh, no te pongas roja. — Continuó—. Solo es un cumplido. Un caballero como yo siempre dice cosas bonitas a sus damas.

—Pero yo no soy una dama, señor.— Intentó esconder el temblor de sus manos tras la espalda—. Solo soy una criada.

—Sí, bueno, es una pena… —Hizo una pausa y se quedó pensando—.

¿Te gustaría convertirte en una dama?

Luisa miró de un lado a otro del salón. Si Esmeralda, o peor, la señora la encontraban tan cerca de Fernando sería la ruina para ella. Perdería el trabajo y sería la vergüenza de su familia.

—No te preocupes, mi mujer todavía duerme.— Le informó, como si le hubiera leído la mente—. Respóndeme.

—A todas las mujeres nos gustaría que nos trataran como damas, señor.— Levantó la vista y miró con atención aquellos labios gruesos y ambiciosos que tanto le habían llamado la atención desde el primer día.

Los pasos de Esmeralda se oyeron por el pasillo.

—Pídemelo y serás mi reina.— Le dijo al oído.

Luisa sintió un agradable escalofrío recorriéndole el cuerpo y se apartó de él justo en el preciso instante en el que Esmeralda entraba en el comedor.

19

Jaca, abril de 1929

Ana escuchó el grito de la Pepa desde la escalera de caracol anunciando la cena, salió de su habitación y se cruzó con Miguel y Lucio que, como de costumbre, bajaban con gran apetito y con prisa, como si se fueran a quedar sin su ración. Ana se cruzó con Toni, que llevaba una gorra ladeada y una camisa blanca abrochada a partir del cuarto botón y que enseñaba parte de su torso delgado y fuerte. Ana no pudo evitar echarle una mirada y bajó las escaleras por delante de él sin hablar. Toni la seguía y sintió sus ojos clavados en su espalda como si la estuviera repasando de arriba abajo. Ana apresuró el paso sin saber muy bien por qué: Toni le ponía nerviosa y desde que había comenzado su vida allí había evitado hablar con él, pues aunque agradecía todo lo que había hecho por ella, su cárter visceral le hacía permanecer distante. A Ana no le gustaba la política y no entendía como alguien podía vivir exclusivamente para ello y tener una actitud tan agresiva y rebelde. Llegó ansiosa al comedor, el calor de los fogones que provenía de la cocina se mezcló con el olor a guisado y Ana recobró la tranquilidad cuando se sentó en la mesa y la Pepa comenzó a servir.

-¿Habéis leído hoy la prensa? –Preguntó Lucio-. Parece que a Rivera se le ponen las cosas difíciles. Los universitarios están protestando. Ya podrían estudiar y dejarse de tanta política.

-¡Menudo rancio estás hecho! –Exclamó la Pepa-. La juventud es quién nos sacará de la pobreza en este país.

Lucio levantó las cejas y se despatarró en la silla.

-¿Jóvenes como éste? - Señaló a Toni con desdén-. Te digo yo que éstos nos van a llevar a la guerra, que como sigan así nos proclaman un estado comunista como en Rusia.

-Desde luego… - La Pepa mojó el pan en la salsa y rebañó el plato con vulgaridad-. ¡Cómo se nota que has sido militar!

-Si los universitarios están protestando es porque Rivera prometió empezar un proceso constituyente.- Respondió Toni con aspereza-. Y no lo están haciendo. ¿Es que no entiendes que este país ha cambiado? ¡La gente quiere algo mejor!

Ana suspiró, estaba cansada de que la mayoría de las conversaciones que se realizaban en aquella mesa tuvieran que ver con la política. Lucio y Toni siempre estaban igual: los dos defendían sus propias ideas y no había día en el que no acabaran discutiendo y medio enfadados.

-¿Qué clase de cambio? ¿Comunismo? ¿Anarquismo?

-Eso tendría que decidirlo el pueblo.- El plato de Toni continuaba intacto, casi siempre acababa comiendo la comida fría-. La gente tiene derecho a decidir hacía donde quiere ir.

-¿Y en Rusia decide el pueblo o decide Stalin? - Esbozó una media sonrisa al ver que había desarmado su argumento-. Quien piensa diferente y no sigue las directrices del Partido Comunista acaba en el paredón.

-¡Qué horror, por Dios! –La Pepa negó con la cabeza y siguió comiendo con fruición-. ¿Es que no podéis hablar de otra cosa a la hora de comer?

-Es cierto, en la URSS quizás no hay una verdadera democracia.- Toni siguió sin hacer caso omiso a la Pepa-. Pero los trabajadores ahora tienen mejores condiciones de vida.

-No lo creo, la mitad se están muriendo de hambre.

-Aquí también, pero nosotros no tenemos libertad.- Toni desvió la mirada hacia Ana-. ¿Y tú qué opinas?

A Ana le pilló por sorpresa, había dejado de escuchar hacía rato y ahora Toni la incluía en una conversación que a ella ni le iba ni le venía.

-No me interesa la política.- Lo dijo con desgana y se levantó para ayudar a la Pepa a traer el postre-. De todas formas, habláis mucho de igualdad pero, ¿también habláis de los derechos de las mujeres?

-¡Eso, eso! –Añadió la Pepa divertida-. ¡Que aquí las que tenemos que fregar y cocinar cada día también queremos que nos paguen!

-Por supuesto que también hablamos de igualdad.- Explicó con orgullo, alzando la voz para que Ana le escuchara, que había ido a la cocina a por la fruta-. Las mujeres estáis igual o más preparadas que nosotros y merecéis cobrar el mismo sueldo que el hombre.

Ana regresó con un frutero lleno de peras y naranjas y la Pepa cargaba con una botella de mistela, pues siempre le gustaba terminar la comida con un vasito de ese licor dulce.

-Si conseguimos que el pueblo pueda votar.- Continuó Toni, mirando convincentemente a Ana-. Conseguiremos que la mujer pueda participar en el sufragio. Pero primero tiene que haber una Constitución y una democracia.

-Meterse en política siempre conlleva problemas.- Concluyó Ana sin mucho ánimo-. ¿No sería mejor vivir lo que nos ha tocado sin más?

Toni soltó una risa irónica mientras Lucio asentía con la cabeza.

-Así que tú crees que es mejor no hacer nada, ¿no?

-Una chica como tiene que ser.- Añadió Lucio-. No como éstas que propagan el amor libre y van con pantalones.

-Prefiero vivir tranquila.- Respondió Ana-. Haciendo mi trabajo. No quiero acabar encerrada en una prisión.

—¡Me parece increíble! –.Toni comenzó a ponerse rojo de la rabia-. ¿Cómo una mujer tan joven como tú puede mostrarse tan indiferente ante las injusticias de su propio país?

-Mira, dejémoslo, no quiero discutir.

-¿No quieres discutir? –Preguntó irónicamente-. ¿Es que tú todo lo solucionas así, mirando hacia otro lado?

Ana se sintió ofendida: Toni le había puesto en evidencia delante de todos y no la conocía en absoluto para hacer una afirmación como aquella.

-Me levanto cada día para ayudar a traer al mundo a una vida.- Su voz

era fría y su rostro era visiblemente irritado-. Atiendo a madres de cualquier condición, ya sean ricas o pobres, y no me importa hacerlo gratis si es para que nazca un niño sano y salvo. ¿Tú has salvado alguna vez a alguien? –Toni estaba callado y parecía avergonzado y arrepentido por lo que había dicho-. ¡Entonces ya es más de lo que tú has hecho por este país!

Ana se levantó de la silla, había un silencio sepulcral en el comedor y nadie se atrevió a decir nada. La Pepa se llevó a los labios el vaso de mistela y por primera vez en años se quedó sin saber qué decir.

-Buenas noches.

Ana se marchó del comedor y subió a su habitación con los ojos abnegados en lágrimas. Quizás había sido demasiado dura con Toni, pero él tampoco se había mordido la lengua. Que no le gustara la política no significaba que, a su manera, no hiciera nada por cambiar el mundo ni por ayudar a las personas más desfavorecidas. Cuando entró en la habitación, se quitó la ropa, se lavó un poco las axilas en la jofaina y se puso el camisón. Se metió en la cama y se tapó con la acogedora colcha de flores; aunque no hacía mucho frío, a Ana le gustaba sentirse arropada y protegida mientras dormía. Sacó de la mesita de noche la carta de la señora Catalina que tantos problemas le había causado, y volvió a leerla una vez más. Más de una vez había querido deshacerse de ella; era tan fácil como quemarla o romperla en pedazos, pero aquello significaría borrar los verdaderos sentimientos escondidos en aquel trazo inseguro y borroso. Parecía que su vida estuviera ligada a la de los Luengo y que ella fuera la guardiana de sus secretos. Le había impactado la historia de Luisa: era una niña muy joven y ya había sufrido las consecuencias de un amor prohibido y desafortunado. Todo indicaba que aquella familia se había formado por un conjunto de malas decisiones e intereses personales que poco tenían que ver con el noble sentimiento del amor. Catalina fue rindiéndose al sueño y se durmió con la carta sobre su regazo. De repente comenzó a soñar con Luisa. Estaba tumbada en una cama y su habitación estaba repleta de ratas y cucarachas, sin apenas luz. Luisa estaba sudando, gritando por el dolor, su barriga era enorme y de ella salían bultos en forma de pie. Ana le cogía de la mano, que estaba helada, y le decía que se calmara, que todo saldría bien. Luisa comenzó a apretar y pronto salió un bebé frío, de piel azulada, que no respiraba. Ana intentaba reanimarlo pero el bebé seguía sin

reaccionar. Estaba muerto. Luego llegaba el señor Luengo, cogía al bebé entre sus brazos y se lo llevaba mientras Luisa no dejaba de gritar y de llorar con desgarro. Ana se despertó de golpe, jadeante. Solo había sido una pesadilla, así que encendió la luz de la mesita y guardó la carta en el cajón. Se dio cuenta de que le temblaban las manos, estaba nerviosa y la cara la tenía empapada en sudor. Estaba sedienta, así que se puso un chal de lana por encima de los hombros y bajó a la cocina para beber un vaso de agua. El hostal estaba en silencio, solo se oían los profundos ronquidos de Lucio. Había una calma casi inquietante. Ana se sorprendió al ver la luz de la cocina encendida y se preguntó quién podría estar allí a esas horas de la madrugada. Para su asombro, era Toni quién estaba calentando un poco de leche en el fuego mientras se estaba liando un cigarrillo. Ana entró sin decir nada, como si no estuviera, y se sirvió un vaso de agua de la jarra.

-Lo siento.- Toni llevaba una sencilla camiseta de algodón de manga larga y unos pantalones sujetados con unos tirantes-. Siento lo de antes, de verdad.

Ana frunció el ceño al recordar la discusión de la cena pero intentó relajarse y asintió aceptando sus disculpas.

-Oye.- Toni se apoyó en la pared y se la quedó mirando-. ¿Son imaginaciones mías o has estado esquivándome desde el primer día que llegaste?

Ana no supo que decir y se bebió el vaso de agua para ganar tiempo.

-No sé, a veces hablas de una manera que… -Le dio reparo terminar la frase-. Que me asustas.

Toni rió abiertamente, que pudiera dar miedo a alguien le parecía surrealista.

-Perdóname, no es mi intención asustar a nadie.- Admitió, encogiendo los hombros-. Está claro que no todos podemos tener la misma forma de pensar y a veces me cuesta aceptar eso. Pero aunque me cueste moderar mi manera de hablar, te aseguro que no soy para nada peligroso.

Le sonrió con sinceridad y Ana comenzó a sentirse culpable. Toni era un chico que irradiaba fuerza y energía por toda su piel, pero no era

un tipo agresivo.

-No, perdóname tú a mí.- Negó con la cabeza y chasqueó la lengua-. Tú no eres el problema.

Toni se quedó en silencio sin saber muy bien qué decir.

-A veces me recuerdas a mi madre.- A Ana se le atragantó la voz-. Ella hablaba como tú, sentía odio por quienes hacían trabajar tan duramente a mi padre y los hacía responsable de su muerte a pesar de que murió por una enfermedad.

-¿Y qué ha sido de tu madre?

-No nos llevábamos bien.- Ana no quiso explicarle el motivo de la carta y no entró en detalles-. Tuvimos una discusión y me echó de casa. Fue el día en que nos conocimos.

Toni chasqueó la lengua y le ofreció un cigarro.

-Fumar puede calmar las penas. Al menos a mí me funciona.

Ana pensó en rechazarlo, aunque quiso complacer a Toni y lo cogió. Se lo llevó a la boca con incertidumbre y aspiró hacía dentro sintiendo como el humo le llenaba los pulmones. Comenzó a toser sin parar y le devolvió el cigarro mientras éste no paraba de reír.

-No me gusta.- Dijo Ana sin poder parar de toser.

-A nadie le gusta al principio y luego nadie quiere dejarlo.

Toni sacó la leche del fuego con la mano izquierda mientras la derecha la llevaba metida en el bolsillo de su pantalón. Ana se dio cuenta de que siempre usaba la izquierda y le pareció extraño.

-¿Eres zurdo? –Le preguntó-. Recuerdo que en el colegio castigaban a los niños que no escribían con la derecha por considerarlo antinatural.

-No, no soy zurdo.- Toni perdió la sonrisa de golpe aunque intentó disimular su tristeza-. Bueno, quizás ahora ya sí.

Miró al horizonte recordando el accidente de la serrería y le enseñó la mano en la que le faltaban dos dedos. Ana se puso la mano en la boca, sorprendida.

-¡No me había dado cuenta! –Exclamó desconcertada.

-Intento esconderlo.- Volvió a meterse la mano en el bolsillo-. No me gusta enseñarlo.

-¿Y cómo ocurrió?

—Una máquina en la serrería en la que trabajaba.

Ana apretó los labios al imaginárselo y se compadeció de él por lo mucho que habría tenido que sufrir.

-Pero... ¿No me habías dicho que trabajas en una sastrería?

-Ahora sí. En la serrería me echaron.- Tragó saliva y endureció sus facciones-. Ya no les era útil, no quisieron ayudarme.

Ana sintió una culpa terrible al haberlo juzgado sin conocer su historia. Toni era así porque así le habían forzado a ser las experiencias de su vida.

-Se portaron muy mal contigo en esa serrería.

Toni asintió y le echó un chorrito de coñac al vaso de leche.

-Por eso quiero luchar por nosotros.- Alzó la copa como si brindara-. Por los trabajadores.

Ana cogió su vaso de agua y lo alzó también.

-De acuerdo, brindemos por nosotros.

20

Biescas, febrero de 1929

Aquel día el sol de invierno se reflejaba dorado y mate en el pupitre de Martín. A pesar de todo, el aire gélido que se colaba a través de las ventanas hizo que éste se pegara a su compañero para entrar en calor. Don Severiano entró rascándose las sienes y pensó si quitarse el abrigo o no. Finalmente decidió dejárselo: hacía demasiado frío.

—¿Habéis traído la leña? –Preguntó don Severiano con voz lacónica.

Los chicos asintieron con la cabeza y dejaron los trozos de leña envueltos en un paño sobre la mesa. Martín también la había traído: era algo que se hacía cada invierno para paliar las bajas temperaturas que asolaban la comarca por aquellas fechas. Había una pequeña estufa de chapa destartalada que había permanecido en el edificio durante años. La colocaban en el centro del aula y la prendían no más de tres o cuatro días, los más helados de la estación. Martín miró hacia atrás; la mesa de Daniel estaba vacía, no había traído nada. Esperó con regocijo que el maestro se diera cuenta y le echara la bronca, que le pusiera en evidencia delante de todos. Sin embargo, cuando don Severiano pasó por su pupitre, desvió la mirada y obvió el descuido en silencio. Martín notó como el fuego le subía por las mejillas. Llevaba dos semanas yendo a la escuela y cada día acababa siendo el blanco de todas las burlas encabezadas siempre por Daniel, que parecía mandar más que el maestro.

—¿Don Severiano, no le va a decir nada a Daniel?

El tartamudo se acercó a él antes de que respondiera el maestro.

—Nun, nunca laa trae, es su favo, favorito.— Le dijo en voz baja y confidencial.

Martín frunció el ceño y se giró hacia Daniel, que le obsequió con una enigmática sonrisa. De repente notó la mano del maestro sobre su hombro. Sus flácidas mejillas le otorgaban un aire fantasmal.

—Metete en tus asuntos.— Escupió en voz alta y clara—. Tú eres nuevo aquí, ¡así que a callar!

Martín abrió la boca sorprendido y examinó la mirada de sus compañeros en busca de apoyo.

—¿No vais a decir nada? –Soltó una risita nerviosa, de incredulidad—. ¿Es que él tiene más derechos que vosotros?

Martín les había planteado un dilema moral que eran incapaces de discernir. Observaron el aspecto decidido y el ademán recio del maestro y optaron por callar.

Durante la hora del recreo, mientras Martín permanecía solo bajo el único árbol del patio mirando el entramado de ramas y hojas que se cruzaban entre sí, Daniel apareció una vez más junto a sus compañeros. Ya no podían quitarle el desayuno: había aprendido que era mejor comérselo en el aseo de la escuela, a pesar de la mala olor que profería, y evitar quedarse en ayunas.

—Oye tú.— Se paró a un metro de él con las piernas ligeramente separadas y los brazos cruzados marcando el músculo de su pecho—. ¿Todavía no sabes quién manda en esta escuela o qué?

Martín no respondió, aunque mantuvo la cara desafiante.

—Si a mí no me da la gana traer la leña, no la traigo,¿entiendes?

—Eres un cobarde.— La voz de Martín sonó vibrante, parecía más valiente de lo que realmente era—. Siempre protegiéndote por tus amiguitos. ¿Es que no te atreves a plantarme cara solito?

Daniel achicó los ojos, rabioso, y se abalanzó hacía él con agresividad. Martín intentó sortearlo, aunque en un mal gesto trastabilló y cayó al suelo. Su contrincante aprovechó la circunstancia y comenzó a propinarle puñetazos en las costillas. Ya en aquel momento, los niños habían formado un corrillo alrededor de la pelea y se limitaron a observarla con prudencia. Martín intentó levantarse mientras paraba algún que otro puño. Cuando ya se había puesto de cuclillas, Daniel le golpeó fuertemente en el lado derecho de la cabeza. Notó el zumbido de su tímpano, como si tuviera las campanas de la iglesia dando la hora y resonando en su interior. Se asustó al notar un fuerte mareo, se hizo un ovillo en el suelo y dejó que continuara descargando su ira

contra él hasta que se cansara.

—¡Por favor, basta ya!— Rogó, tapándose la cabeza con las manos.

—A partir de ahora estarás calladito, ¿verdad?

—¡Sí! —Gimió, sin poder evitar las lágrimas.

—¡No te oigo! –Le golpeó una vez más—. ¡Quiero que me supliques!

—¡Te lo suplico Daniel, no me vuelvas a pegar!

Una voz lejana se oyó tras el corrillo.

—¿Qué está pasando aquí?

El corrillo que envolvía la pelea se abrió para descubrir a la figura desvencijada del maestro. Daniel se separó de Martín y se alejó a una distancia prudencial.

—¡Me ha pegado! –Gritó Martín, dirigiéndose a don Severiano —. ¡Daniel me ha pegado!

El maestro le observó detenidamente: estaba tumbado en el suelo y tenía magulladuras en la cara.

—No le haga caso, maestro.— Se interpuso Daniel, cruzándose de brazos pero forzando una mueca de inocencia—. Está haciendo cuento.

Don Severiano pareció pensárselo, pero finalmente tomó partido por Daniel.

—Venga, levántate Martín, haz el favor de no fingir más.— Adoptó una actitud distante y se giró para volver a la escuela.

Martín abrió los ojos con incredulidad.

—¿Fingir? –Preguntó con el gesto contenido—. ¿No ve que estoy lleno de moratones? ¡Se lo diré todo a mi padre!

Don Severiano paró en seco, volvió y se acercó a su oído revolviéndole el pelo con una falsa sonrisa.

—No le vas a decir nada a tu padre.— Le miró fijamente a los ojos—.

Si no sabrá todo el mundo que has quedado como un cobarde, un niño faldero que llora porque no ha sabido defenderse… ¿Entiendes?

Martín se quedó con la boca abierta, incapaz de decir nada. Daniel rió relajado mientras el maestro volvía sobre sus pasos y se adentraba en la escuela.

—Espero que ya te haya quedado claro.— Le dio un puntapié en la pierna—. Yo soy quién manda aquí.

Martín no quiso volver a clase, pero tampoco a su casa. Si su padre se enteraba de que había dejado que Daniel le pegara, seguro que le decepcionaría. Nadie de su familia conocía las humillaciones que estaba recibiendo a diario, ni siquiera su madre. Lo único que deseaba era poder volver a las clases de monsieur Lombard por muy tediosas que le parecieran. Se quedó allí, bajo el árbol, donde le había dejado Daniel, tirado en el suelo y sintiendo cómo el cuerpo se le contraía por la inflamación de los golpetazos. Estaba solo y sentía una rabia inmensa. ¿Por qué don Severiano dejaba que Daniel hiciera lo que le viniera en gana? Volvería a hablar con él cuando se acabaran las clases para dejarle claro que él no había sido quién había empezado la pelea y que debía pararle los pies a ese muchacho engreído y prepotente. Las campanas de la iglesia marcaron la una y vio salir a todos los niños en tropel. Alguno que otro le echaba una mirada, pero ninguno se dignó a comprobar su estado por miedo a las posibles represalias de Daniel. Martín no vio salir a éste, pero habían pasado ya diez minutos y dudaba mucho que fuera de los que se quedaban haciendo preguntas al maestro sobre la lección al final de la clase. Quizás no se había fijado bien, pensó, y Daniel ya se había marchado junto a los demás. Martín entró en la escuela y se dirigió al aula. De fondo oía dos voces masculinas hablando en el interior. Se acercó más a ésta y miró por la puerta entornada: eran Daniel y el maestro.

—Me debe tres pesetas.— Le dijo Daniel, que estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el pupitre.

—Lo sé, lo sé.— La voz de don Severiano temblaba insegura—. Es que he tenido que comprar una estufa nueva en casa. Pero sabes que siempre acabo pagando.

—Mi hermana no trabaja gratis, ¿sabe? –Le advirtió con la mirada—.

Todos nos estamos jugando mucho con esto.

Don Severiano asintió asustado y se pasó la lengua por los labios resecos.

—Agradezco tu discreción, ya lo sabes.

Daniel se puso de pie y le miró fijamente a los ojos.

—La discreción tiene un precio, maestro. Tiene suerte de que mi hermana no pueda hablar y de que sea medio tonta, hablando claro. Mi madre no sé si es que no se entera o se hace la loca, pero cuando le doy ese dinero de más no hace preguntas. Así que sería una pena que todo esto cambiara.

El maestro se puso la mano en el bolsillo y sacó unas monedas.

—De momento es lo único que tengo hasta que cobre la semana que viene.

Daniel las cogió de su mano y las contó torciendo el gesto.

—De acuerdo.— Tiró las monedas al aire, jugando—. Y también quiero a ese niño fuera.

—¿Qué niño? –Preguntó confuso.

—Martín.— Sus boca paladeó lentamente al mencionar su nombre—. No quiero que esté aquí, no me gusta.

—Pero yo no puedo hacer nada, su padre es un Luengo, no puedo negarle la entrada.

—Sí que puede.— Su voz sonó más grave de lo normal—. Este niño no empezó como los demás, está en una situación irregular, podría echarlo perfectamente.

Don Severiano se tocó la frente preocupado: si no hacía lo que sugería Daniel, podía acabar con problemas. Tendría que enfrentarse cara a cara con el señor Luengo e inventarse una excusa para que su hijo no siguiera acudiendo a la escuela.

Martín no podía creerse lo que estaba escuchando, aunque no acababa de entender qué relación podía tener la hermana de Daniel con don

Severiano. Aun así, estaba claro que Daniel chantajeaba al maestro con algo que podía poner en entredicho su reputación. Ahora comenzaba a comprender el poder que tenía ese chico en aquella escuela.

—Me desharé de Martín, te lo prometo.— Concluyó don Severiano.

Daniel sonrió ampliamente y comenzó a dirigirse hacia la puerta.

—Lucita te está esperando.

Martín miró de un lado a otro buscando un sitio para esconderse. Si Daniel descubría que había estado espiándolos y escuchando la conversación podía ser su fin. Comenzó a correr por el pasillo y se aguardó tras una esquina. Desde allí vio salir a Daniel con las manos en los bolsillos, relajado, como si no estuviera metido en ningún asunto turbio como había descubierto. Tras él salió don Severiano enérgicamente y vio a través de los ventanales como ambos tomaban caminos diferentes; Daniel se dirigía hacia el pueblo y el maestro hacia el bosque que había tras la escuela. Martín salió también de la escuela y optó por seguir al maestro para descubrir qué narices hacía con la tal Lucita. EL bosque estaba lleno de charcos helados y en la tierra húmeda se distinguían las huellas de zapatos de don Severiano. Había estado nevando toda la noche y de las copas de los árboles caían de vez en cuando algunos copos blancos. Martín procuraba no hacer ruido e iba avanzando lento pero seguro a través de los árboles. Por fin escuchó la voz de don Severiano y se agachó tras un matojo para verlo sin ser visto. Estaba bajo un grupo de árboles caducos que daban cierta intimidad y a su lado había una chica también pecosa como su hermano. Martín calculó que aquella niña no tendría más de catorce años y tenía la mirada ausente y el rostro inexpresivo. Don Severiano atrajo hacia él a la muchacha y le besó el cuello. Martín no podía creer lo que estaba viendo. El maestro era un viejo de más de sesenta años, viudo, que siempre había gozado de la buena reputación de su nombre. Y ahora estaba allí, en medio de un bosque, haciendo cosas feas con una niña y pagando por ello. El maestro obligó a que la niña se pusiera de rodillas y se desabrochó la bragueta. Martín se quedó con la boca abierta y sintió una arcada. Jamás había visto algo así, pero le parecía repugnante. Pensó que no iba a tener una oportunidad mejor para poner en evidencia al maestro y vengarse de todo lo que le había hecho en complicidad con Daniel.

—¿Qué está haciendo? –Martín salió de repente e interrumpió los jadeos del maestro.

Don Severiano dio un bote al ver a su alumno allí y apartó a la chica sin ningún miramiento. Se subió los pantalones y Lucita se marchó corriendo avergonzada al ver a ese niño mirándola.

—¡Lo he visto todo! –Continuó, señalándole con el dedo—. ¡Ahora sí que se lo diré a mi padre!

—¡No, no! –Exclamó, conteniendo la voz—. Escucha niño, tenemos que llegar a un acuerdo.

Martín sabía que el maestro tenía las horas contadas en aquella escuela si alguien se enteraba de que pagaba por estar con una niña.

—¿Le gusta la hermana de Daniel, eh? –Martin mostró una sonrisa irónica—. Ahora entiendo por qué es su favorito.

En aquel momento unos gruesos copos comenzaron a caer: volvía a arreciar la nevada. Don Severiano se secó el sudor de la frente que había provocado el sobresalto y se acercó más a Martín. Ahora no solo tendría que hacer frente al chantaje de Daniel sino también al de Martín.

—No digas nada, por favor.— Su súplica rozó lo humillante—. ¿Qué quieres que haga?

Martín dio pequeños pasos de arriba abajo disimulando su cara de felicidad.

—Le dirás a mis padres que he sacado muy buenas notas y que he sido tu mejor alumno.

—Claro que sí.— Descubrió un suspiro de alivio—. Diré todo lo que tú me digas.

21

Biescas, mayo de 1928

Luisa se quitó la cofia y las horquillas del pelo y se apresuró a ponerse el camisón. Se puso de cuclillas bajo la cama y alcanzó la caja metálica en la que guardaba las notas que le había estado dejando Fernando bajo la puerta de su habitación. Se desplomó en el colchón y comenzó a leer todos los pedazos de papel que había acumulado desde hacía un mes. La letra de Fernando era curvada, elegante, con alguna que otra gota de tinta de más al final de cada palabra. Volvió a repasar la última nota saboreando cada piropo, cada insinuación.

Te deseo, Luisa. Deseo tocar tu pelo del color del fuego, que tus ojos verdes solo sean para mí. Quiero que seas mía.

Esbozó una sonrisa boba y se tocó inconscientemente el cabello, que le caía libre en cascada hasta la mitad de la espalda. Siempre había odiado ser pelirroja, había aguantado la burla de sus compañeros de escuela durante años, incluso más de una vez se lo había lavado con vinagre para aclararlo. Jamás se hubiera imaginado que pudiera atraer con él a los hombres, y menos a Fernando. Bostezó, llevaba tiempo sin poder dormir. A veces se pasaba la noche imaginándose junto a él en el palacete de Biarritz, paseando por las pasarelas de madera junto al mar, disfrutando de todo lo que jamás había podido tener, y otras se maldecía una y otra vez por dejarse llevar y vivir aquel juego tan peligroso para ambos. Pero se había enamorado de Fernando. Desde el día en que él se había insinuado tan claramente durante el desayuno, Luisa no había podido dejar de pensar en él; que un hombre como Fernando pudiera sentir algo por ella le parecía un regalo caído del cielo, de aquellas cosas que solo pasaban una vez en la vida. Pero en más de una ocasión había estado a punto de hacer sus maletas y abandonar la casa. Fernando le lanzaba miradas cargadas de sensualidad sin reparar en la presencia de su mujer, aunque ésta parecía no percatarse de nada. Estaba traicionando a la persona que le había dado trabajo y que tan bien se había portado con ella. Cada vez que la miraba los remordimientos le oprimían la consciencia y el

vértigo se apoderaba de todo su cuerpo.

Escuchó de fondo unos pasos que se dirigían hacia la puerta de su habitación. Un trozo de papel apareció de pronto por debajo de la puerta y los pasos se deshicieron hasta perderse en la lejanía. Luisa lo recogió, se sentó en el borde de la cama y suspiró antes de abrirlo.

Dentro de cinco minutos volveré a pasar por delante de tu puerta. Si realmente me deseas, ábreme. Si no, desapareceré de tu vida y no volveré a dirigirte la palabra.

Tuyo,

F.

Luisa volvió a sentir aquella presión en el pecho, la angustia de la incertidumbre, de saber si hacía lo correcto o no. Solo tenía cinco minutos para decidir si quería dar un cambio radical a su vida o continuar fregando el suelo de rodillas sin volver a compartir ni un segundo más con Fernando. ¿Pero acaso era decente que una chica dejara entrar a un hombre en su habitación sin estar comprometida? Si su madre se enteraba sin duda se convertiría en la vergüenza de la familia. Luisa sopesó los pros y los contras y se dijo que aquella iba a ser, probablemente, la única oportunidad de acercarse a un hombre como él. Pero, ¿y si se estaba metiendo en un lío? ¿y si se enteraba la señora Catalina? Luisa comenzó a morderse las uñas y por un instante deseó no encontrarse en aquella encrucijada. Los pasos se volvieron a escuchar. Luisa se apoyó en el marco de la puerta sabiendo que Fernando se encontraba en el otro lado esperándola. Tragó saliva y cogió aire. Abrió, y allí estaba él, serio, con el mentón rasurado, la respiración húmeda, casi jadeante, y el nudo de la corbata deshecho. Entró en la habitación y cerró la puerta sin decir nada. Relajó los hombros, se volteó los puños sobre las muñecas y se soltó el cuello postizo.

-Estás preciosa.- Dijo Fernando, acercándose cada vez más a ella.- Gracias por abrirme la puerta.

Luisa se tapó el cuerpo con las manos: había olvidado que solo llevaba puesto el camisón. Cogió el chal que tenía sobre la silla y se lo puso sobre los hombros.

-No hace falta que te tapes, no tienes nada que esconder.- Continuó,

acariciándole la barbilla.

-Es que… -Luisa titubeó.- Ningún hombre me ha visto así antes…

-Yo no soy un hombre cualquiera, ¿no es así? - Se desabrochó los botones que le aseguraban los tirantes-. Yo siento algo por ti y tú sientes algo por mí, por eso me has abierto la puerta.

Luisa asintió con la cabeza mientras se dejaba llevar por las caricias de Fernando, cuyas manos ya habían bajado hasta la curva suave de sus caderas.

-¿Pero qué vamos a hacer? ¿Qué pasa con tu mujer?

Fernando suspiró impaciente pero rápidamente volvió a sonreírle con dulzura.

-Nada. Serás mi amante y no te faltará de nada, te lo prometo.

Luisa se sintió un poco decepcionada y le miró profundamente a los ojos para saber la verdad.

-¿Me quieres?

-¿Crees que arriesgaría mi matrimonio por ti sino te quisiera? –Le acarició el rostro lentamente-. No le des más vueltas, cielo.

-¿Nunca has tenido una amante antes?

Fernando negó con la cabeza y Luisa se sintió aliviada: si aquello era cierto significaba que realmente le amaba.

-De momento seguiremos como hasta ahora, ¿de acuerdo? Tú seguirás trabajando con normalidad, que no nos conviene que nadie sospeche.

-¿Y qué pasaría si se enterara la señora Catalina? –Su voz sonó temblorosa e insegura al imaginárselo.

-Es mejor que no pienses en eso.- Le tocó la nariz como si fuera todavía una niña-. No ocurrirá nada si tienes cuidado.

Fernando le buscó la boca instintivamente y le susurró al oído.

-Déjate llevar.

Luisa se apartó de él, le temblaban las piernas.

-Nunca lo he hecho anteriormente.- Confesó tímidamente.

Fernando sonrió complaciente, sus ojos la desnudaban con la mirada.

-No tengas miedo.- Le introdujo la mano bajo el camisón y le acarició las piernas desnudas-. Tú tranquila.

Luisa no pudo reprimirse más, dejó atrás la timidez del principio y comenzó a retirarle la camisa mientras le agarraba de la nunca. Fernando le introdujo la lengua húmeda en su boca, que sabía a tabaco y coñac, y Luisa se estremeció de placer. De vez en cuando recibía algún que otro mordisco en el labio mientras ella le acariciaba la espalda y le pasaba los dedos por la atractiva nuez que le sobresalía del cuello. Fernando le agarró del pelo con delicadeza y la llevó hacia la cama, donde le quitó el camisón apresuradamente y le comenzó a besar los pechos y su vientre plano perlado de sudor. Luisa retorció la sábana con sus dedos mientras miraba hacia el techo y dejaba escapar un grito que Fernando ahogaba tapándole la boca. Luego le separó las piernas con brusquedad y le penetró mientras seguía pellizcándole las nalgas, besándole los hombros y acariciándole el pelo.

22

Biescas, julio de 1928

Luisa estaba sacando los alfileres del elaborado sombrero que llevaba Catalina. Notó el cabello mojado por el sudor, pero aun así lo llevaba perfectamente colocado y ondulado.

—Estoy cansada del viaje.— Comentó, suspirando de alivio al sentir el pelo liberado—. Hace un calor infernal.

Acababan de llegar de Huesca y Catalina ya sentía nostalgia por los suyos. Era feliz cuando estaba rodeada de su familia y cuando regresaba de nuevo a su vida normal sentía una triste melancolía al recordar su infancia y juventud junto a ellos.

—El bautizo de mi sobrina Juana fue precioso.— Sonrió al rememorarlo—. ¡Parece mentira que mi hermano Alberto por fin haya sido padre!

Luisa la escuchó con interés, le quitó el sombrero y lo guardó en una caja mientras ella se masajeaba la cabeza dolorida por la presión.

—Tantos años soltero, picando de flor en flor… —Negó con la cabeza y soltó una pequeña carcajada—. En fin, creo que necesito un baño.

—Ahora mismo se lo preparo, señora.

Catalina consintió agradecida y Luisa se fue al lavabo para llenarle la bañera. En el pasillo se encontró a Fernando, que también se dirigía a la habitación. Después de cuatro días sin verlo, Luisa estaba deseando abrazarle: anhelaba sus besos y sus caricias. Comenzaba a acostumbrarse a dormir con él, a que entrara a su habitación a horas intempestivas con ganas de hacer el amor. De hecho, Luisa había dejado atrás sus miedos y comenzaba a disfrutar igual que él de la pasión y el placer que le proporcionaba el sexo. Incluso ya había perdido la vergüenza a desnudarse ante él: Fernando solía mirarla como si idolatrara su belleza, su cuerpo blanco y su pelo rojo como el

fuego, y aquello le hacía sentirse segura y deseada. Sin embargo, temía que Catalina les descubriera a pesar de que Fernando ni siquiera barajara esa posibilidad y se mostrara exageradamente tranquilo y confiado. Saber que su señora dormía justo en la planta de arriba mientras ella y su marido se amaban le parecía algo realmente repulsivo.

—Te aseguro que mi mujer prefiere que no duerma con ella. Debe pensar que estoy en cualquier burdel con cualquier puta del ocho al cuarto.— Le dijo una vez.

Luisa, lejos de quedarse tranquila con aquel comentario, pensó en los motivos que tendría la señora para creer que su marido pudiera estar en un burdel. ¿Pero qué imagen tenía de su propio esposo? ¿Acaso Fernando ya le había engañado más de una vez?

Luisa se apartó a un lado del pasillo y dejó pasar a Fernando, que le guiñó un ojo y, a riesgo de que Catalina le pudiera oír, se limitó a mirarle apasionadamente, dejándole entender que aquella noche visitaría su cama. Entró contenta en el baño y comenzó a llenar la bañera agua caliente, tal y como le gustaba a la señora ya fuera invierno o verano. Entró Catalina cubierta con una bata y cuando se la quitó, Luisa pudo comprobar que su cuerpo era mucho más bonito que el suyo, más terso y proporcionado. Aunque Fernando se estuviera acostando con ella, jamás conseguiría tener ni la belleza ni la elegancia de su esposa. La señora se metió en el agua y Luisa se dirigió a la puerta para marcharse.

—No te vayas, por favor.— Le rogó—. Me siento muy sola aquí bañándome sin ninguna compañía.

Luisa se dio la vuelta y se quedó de pie observándola. Los ojos de la señora se llenaron de lágrimas aunque intentó disimularlo.

—Antes siempre estaba con Manuela.— Miraba al techo mientras recordaba—. Fue mi nodriza y quién me crió. Para mí era como una madre.

—¿Y qué ha pasado con ella?

Catalina comenzó a llorar sin contenerse demasiado.

—Murió poco después de casarme.— Arrastró las palabras como si le

costara hablar—. El último recuerdo que tengo de ella es vistiéndome para el día de mi boda.

—Lo siento.

—Fue muy doloroso.— Continuó, secándose las lágrimas con las manos—. Me hubiera gustado que me hubiera ayudado a criar a mis hijos. Y ahora, cada vez que regreso a casa de mis padres y no la veo allí… se me cae el alma a los pies.

Luisa no supo qué decir, comenzó a sentirse culpable una vez más por todo lo que le estaba haciendo con su marido y empezó a marearse por el vaho y el calor que se había acumulado en el baño. Sintió muchas ganas de vomitar y no supo cómo irse de allí sin parecer maleducada.

—Puedes irte.— Catalina se dio cuenta de su malestar—. Aquí hace mucha calor y seguro que tienes muchas cosas que hacer.

Luisa asintió con la cabeza y cuando estuvo a punto de marcharse, la señora le llamó.

—Gracias por escucharme.

Su mirada era sincera; aquella mujer era toda bondad y buena fe y Luisa se sintió todavía peor por traicionarla día tras día.

Salió corriendo del baño y bajó las escaleras tan rápido que bien se podría haber caído. Tenía el vómito en la garganta y lo único que quería era soltarlo todo. Sacó la llave de su habitación y entró en ella corriendo. Fue hacia la jofaina y vomitó hasta que volvió a sentirse bien. Se preguntó qué habría comido el día anterior que pudiera haberle provocado ese malestar pero llegó a la conclusión de que aquel no podía ser el motivo: la comida era la misma que se servía a los señores y todo procuraba estar en las mejores condiciones y la mejor calidad. Se dio cuenta de que se había manchado el uniforme, así que se desnudó para cambiárselo. Se quedó en ropa interior y se miró en el espejo. Se tocó el cuerpo y comprobó que había engordado la cintura y las caderas desde que se había enamorado, del mismo modo que lo habían hecho sus pechos, que los tenía más turgentes y dolorosos. Echó cuentas y no recordó la última vez que había lavado los paños de su menstruación. Había estado tan obsesionada con su romance con Fernando que apenas había prestado atención a su

naturaleza y a los cambios que estaba sufriendo su cuerpo. ¿Se habría quedado embarazada? Recordó que su madre una vez le había contado que si a una mujer le faltaba el período durante dos meses consecutivos, significaba que se había quedado embarazada. Hizo un esfuerzo por recordar cuando sangró por última vez y llegó a la conclusión de que había sido poco antes de haberse acostado con Fernando por primera vez hacía ya dos meses. Su cara se volvió blanca; no se podía creer que pudiera estar embarazada y se dejó caer en la cama sin dejar de llorar con la cabeza debajo de la almohada. ¿Qué iba a hacer ahora? Acababa de arruinar su vida para siempre y quizás también la de Fernando. No sabía cómo reaccionaría ante la noticia y tampoco estaba convencida de decírselo, pero ¿acaso podría enfrentarse a esa nueva etapa de su vida ella sola? Le costó varios minutos entender que estar embarazada suponía engendrar una nueva vida y que en nueve meses o menos tendría a una criatura en sus brazos, a su propio hijo, a un Luengo también. Negó con la cabeza al pensar eso último: nunca sería un Luengo, un niño ilegítimo sería la vergüenza de la familia y Fernando jamás lo reconocería, sería el correveidile de la sociedad burguesa. En aquel preciso instante llamaron a la puerta.

—¿Dónde te has metido?

Era Esmeralda. No sabía cuánto rato llevaba allí tumbada, para ella había desaparecido la noción del tiempo y no veía nada más importante que hacer que dedicarse a llorar su desgracia y atormentarse intentando pensar en solucionarla.

—Tenemos que hacer la colada de los señores. ¡Tenemos dos maletas!

Ojalá hubiera podido decírselo a Esmeralda, tener a alguien con quien desahogarse, pero no podía seguir cometiendo más errores, pues no estaba del todo segura por quién tomaría ella partido: ¿callaría por el bien de Fernando o se lo contaría todo a Catalina?

—Ya voy.— Dijo sin más, levantándose de la cama y lavándose la cara para borrar cualquier señal de haber estado llorando.

Abrió la puerta, Esmeralda estaba enfadada, pero rápidamente mostró una cara de preocupación al verle tan desencajada y con los ojos todavía vidriosos.

—¿Qué te ocurre?

—Me he mareado en el baño: hacía mucho calor.

—Venga, vente para la cocina que te prepararé algo bien fresquito.

Le cogió del brazo y la llevó a la cocina, donde también estaba Cortés comiéndose un bocadillo. Llevaba la camisa arremangada y pegada al cuerpo por el sudor, y los pantalones los llevaba arrugados de haber estado tantas horas sentado al volante. Luisa se sentó en una silla mientras Esmeralda preparaba una limonada fresca.

—La niña casi se nos desmaya.— Comentó Esmeralda exprimiendo unos limones—. Este calor nos va a matar a todos.

Cortés miró a Luisa a los ojos, conocía tan bien a aquella muchacha que supo al instante que le pasaba algo más que un sofocón. Se acercó más a ella y le puso una mano en el hombro para intentar consolarla. Le hubiera gustado sacarla de allí, llevarla a dar una vuelta y hacerle olvidar la pena que arrastraba en su rostro.

—Sé que no estás bien.— Le dijo en un susurro—. ¿Quieres hablar de algo?

Luisa había intentado disimular, pero sabía que no podía engañar a Cortés. Se habían vuelto muy buenos amigos y él parecía conocerla tanto que a veces incluso le asustaba. Podría contárselo a él, jamás diría nada que pudiera comprometer o perjudicar a Fernando y al menos tendría a alguien con quien hablar. ¿Pero en qué lugar quedaría ella? Una mujer que se acuesta con su propio señor, traicionando a la persona que le había dado trabajo y había tenido fe ciega en ella, que se queda embarazada de un hijo ilegítimo…

—He recibido una carta de mi padre.— Mintió y evitó mirarle a los ojos—. Mi madre está enferma y necesita que alguien la cuide mientras mi padre trabaja.

Cortés pareció convencido con la respuesta.

—¿Y qué vas a hacer? –Se encendió un cigarro notablemente nervioso. No quería oír la respuesta, pues si Luisa se marchaba de esa casa, él perdería las ganas de trabajar y de vivir. Desde que la había conocido, un rayo de esperanza había penetrado en su vida y se levantaba cada

día con el único objetivo de verla sonreír, de estar con ella.

—Tendré que ir.— Dijo seriamente—. No puedo dejarla sola.

Agachó la cabeza y comenzó a llorar. Esmeralda dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella para abrazarla.

—Te echaremos mucho de menos, cariño mío. ¿verdad, Cortés?

Cortés se había quedado mudo visiblemente atormentado por la decisión que había tomado. Sus ojos comenzaban a humedecerse y optó por levantarse y marcharse de allí sin decir nada antes que demostrar a todos que bebía los vientos por ella.

Fernando entró en la habitación. Era ya tarde, pensó Luisa, y estaba realmente cansada. Aquella noche no tenía ganas de hacer el amor, solo podía pensar en el hijo que estaba en camino. Ahora tenía algo más importante en lo que pensar y solucionar aquello se había convertido en el principal de sus objetivos. Tenía que decírselo a Fernando, pero tenía miedo a su reacción, a que le culpara por haberse quedado embarazada. Fernando se tumbó a su lado y comenzó a meterle la mano por debajo del camisón.

—Espera, por favor.— Luisa tragó saliva—. No puedo hacerlo.

—¿Qué pasa, que tienes la regla? –Apartó la mano de golpe y se tumbó boca arriba sin mirarla—. Bueno, es el precio que hay que pagar para no traer a un niño no deseado al mundo.

Luisa sintió una punzada en el pecho al oír lo de no deseado. Estaba en lo cierto, pensó, pero le parecía cruel para el niño que estaba creciendo en sus entrañas.

—¿Y qué pasaría si me quedara embarazada? –Tanteó, intentado parecer despreocupada.

Fernando comenzó a reír a carcajadas.

—Eso no puede pasar. Quise tener un tercer hijo con Catalina y jamás pudimos concebirlo.

—Pero puede ser que el problema no lo tengas tú, sino tu mujer.

Fernando quiso decirle que nunca había engendrado ningún hijo con ninguna de las putas con las que se había acostado y que aquello dejaba más que claro que el problema era suyo. Pero se calló.

—Cariño, los hombres notamos estas cosas.— Le acarició la barbilla y le besó.

Luisa arrugó la frente y pensó que estaba del todo equivocado y que su despreocupación a la hora de hacer el amor con ella le había causado un embarazo.

—¿Pero y si hubiera un milagro y me quedara embarazada?

Fernando resopló: no quería barajar aquella posibilidad.

—Pues entonces tendrías que perderlo.

Lo dijo con tal frialdad que la hizo estremecer. ¿Cómo podía pensar en perder a su propio hijo? ¿acaso sería capaz de hacerlo con el hijo de su mujer?

—Lo que estás diciendo es una locura.— Se cambió de lado y le dio la espalda para que no le viera la cara descompuesta—. Más de una mujer murió en mi pueblo por eso. Es muy peligroso practicar un aborto.

—Más peligroso es tener un hijo bastardo. ¿Qué pasaría si alguien se enterara?

—¿Y por qué alguien se debería enterar? – Le gustaba todo lo referente a Fernando: su forma de andar, su olor, sus modales y elegancia, incluso su autoridad, pero aborrecía su egoísmo y su apatía. Solo pensaba en él y nunca se ponía en la piel de los demás—. ¿Es que no confías en mí?

—No es eso, bonita.— Hizo una pausa y le agarró por la cintura—. Un niño así nace ya con problemas, pues siempre querrá equipararse a sus hermanos legítimos. De todos modos, ¿por qué te preocupas por eso?

Últimamente se preocupaba por todo, pensó, incluso por el significado que tomaba su relación con Fernando. ¿Hacia dónde quería llegar con él? ¿Era eso lo que había imaginado que tendría en la vida? No quería que la tratara como a una amante, quería que la tratara como a una

esposa, y aquello, se temía, no ocurriría nunca.

—No me preocupo, simplemente estoy muy cansada.

Fernando se levantó de la cama y le dio un beso de buenas noches.

—Será mejor que descanses, mañana será otro día.

Luisa asintió y sintió un alivio al ver a Fernando cruzar la puerta y cerrarla tras él. Por fin pudo desplomarse y llorar todo lo que se había reprimido. Ahora ya sabía cómo reaccionaría Fernando y estaba del todo segura que si le comunicaba la noticia la obligaría a abortar. ¿Sería capaz de hacerlo por él? Se agarró la barriga y se imaginó a su hijo allí dentro. Aunque no sentía nada, aquello le bastó para decidirse. Tendría que irse. Aquella misma noche hizo las maletas. Durmió apenas unas horas sin poder dejar de llorar y salió de su habitación dejando una carta en la mesa del comedor anunciando que debía irse a Candasnos a cuidar de su madre enferma; que no había podido despedirse de nadie, añadía, porque sería incapaz de abandonar a las personas que tanto cariño le habían dado, ni despedirse con la luz del sol del hogar que le había acogido y que seguro echaría de menos. Pensó en Fernando y se preguntó si iría a por ella cuando no volviera a dar señales de vida. Si realmente la amaba, seguro que se preocuparía por encontrarla. Salió de la casa y también tuvo pensamientos para Esmeralda y Cortés, que se habían convertido en su nueva familia. Quizás no volvía a verlos; aquello le hizo retomar las lágrimas otra vez, pero todos sus recuerdos con ellos los mantendría en su memoria para siempre. No estaba muy segura de poder regresar realmente a casa de sus padres: en un pueblo tan pequeño se convertiría en el blanco de los chismorreos. Tampoco podía quedarse en Biescas y vivir como madre soltera: todo el mundo comenzaría a sacar sus propias conclusiones y no tardarían en relacionar al niño con Fernando. ¿Qué podía hacer? Su vida a partir de ahora estaría marcada por la soledad y todo el mundo la juzgaría por ser madre soltera. Solo llegó a una conclusión: tenía que irse a donde nadie la conociera.

23

Biescas, marzo de 1929

—Señor, tiene usted visita.- Anunció Esmeralda mientras Fernando leía la correspondencia en su despacho.

—¿Visita? No espero a nadie: es sábado y hoy no es día de trabajo.— Indicó, sin levantar la mirada.

—Me temo que no son hombres de negocios, señor.— Le dijo apresuradamente—. Es una mujer.

—¿Una mujer? ¡Por el amor de Dios, entonces estará buscando a Catalina! –Exclamó con impaciencia.— Dile que ha bajado al centro con los niños, que se pase mejor por la tarde.

—No, quiere verle a usted. Es Luisa.

—¿Qué Luisa?

—La chica que trabajaba como sirvienta y que se marchó hace unos meses para cuidar de su madre.

—Ah, Luisa.— Los recuerdos se atropellaron en su mente. Volvió a recordar su piel tersa y cálida, el rostro vivaz y agradable de la muchacha. ¿Por qué se había ido de aquella manera sin decirle nada? Se preguntó, sintiendo el repentino deseo de aquellas curvas voluptuosas y notando una erección por debajo del pantalón.

—¿Qué hago señor?— Esmeralda rompió su ensoñación—. Dice que viene a recuperar el trabajo.

—Dile que pase.

Fernando se encendió un cigarro mientras observaba la entrada de quién había sido su amante durante unos meses. Ahora parecía más cansada y su figura se había redondeado ligeramente.

—Es un placer volver a verte—. Dijo en una vaharada de humo, con los ojos distraídos en su escote.

—Fernando, yo… —Luisa evitó mirarle a los ojos, sabía que si lo hacía no volvería a sacarse de la cabeza el recuerdo de su boca y de su piel.

—Sé por qué has venido. Si quieres recuperar tu trabajo, adelante, no me importa la circunstancia por la que te marchaste.

—Gracias, pero no he venido por eso.

Fernando arrugó el ceño y se pasó las manos repetidas veces por el mentón.

—¿Por qué no viniste a por mí? –Dijo con la voz temblorosa, recordando la humillación del pasado—. Yo creía que…

—Te fuiste tú, te lo recuerdo.— La miró con dureza, como si ya estuviera perdiendo la paciencia—. De todos modos, sabes que lo nuestro no podía durar demasiado.

—Pero tú me hiciste creer que sí.

Fernando ladeó la cabeza y suspiró.

—Ves al grano, Luisa. ¿A qué has venido aquí?

—He venido para contarte una cosa.— Continuó, frotándose las manos, vacilante— No sé cómo decírtelo…

Fernando se irguió y endureció la expresión.

—Me quedé embarazada.— Confesó—. Por eso me fui de aquí. Mi madre no estaba enferma.

—¿Pero qué estás diciendo? —Hizo una mueca de desconcierto—. ¡No digas tonterías, yo no puedo tener más hijos! ¡Vete de mi casa ahora mismo!

No esperaba que Fernando se lo tomara bien, pero tampoco que la echara de su casa con tanta violencia.

—No pienso irme hasta que me escuches.— Se había jurado a sí misma que tenía que ser fuerte y no dejar que él tirara de la cuerda.

Tenía que luchar por su hija.

—¡Si no te marchas por tu propio pie lo harás a la fuerza! –Mascullό amenazante.

—¿Quieres que se lo cuente todo a tu mujer? –Luisa no quería recurrir a eso, sabía que sería incapaz de hacerlo, pero no le quedaba otra opción—. Solo estuve contigo, es tu hija.

—¡Cállate! No vaya a ser que alguien nos oiga… —Utilizó un tono más suave y tranquilo tras darse cuenta de que no podía arriesgarse a que se lo contara todo a Catalina—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me ayudes con la niña.— Se secó las lágrimas con la manga de su vestido—. No puedo trabajar y cuidarla a la vez.

—¿Cómo voy a saber si es realmente mi hija? –Torció el gesto y se encendió otro cigarro—. Yo no podía tener más hijos, te lo dije.

Luisa comenzó a llorar desesperada. No tenía ninguna manera de demostrárselo, pero Fernando sabía perfectamente que ella era virgen cuando se acostaron por primera vez y que no había salido de esa casa para nada, por lo que no podría haber estado con otro hombre.

—Sabes perfectamente que fuiste el primero.

—Una mujer decente no se va con el primero que pasa.— Contempló con regocijo cómo se le desencajaba la cara—. Así que si bien te fuiste conmigo, también te podrías haber ido con cualquiera.

—¡Me dijiste que me querías, que era una mujer especial! –Se puso las manos en los ojos y comenzó a llorar de nuevo.

—¿De verdad lo creíste? –La miró con desdén.— ¡Qué patética eres! ¿Cómo te va a querer un hombre como yo?

—¡Eres mala persona! -Gritó decepcionada-. Te aprovechaste de mi inocencia, pero te juro por mi vida que esa criatura es tuya.

—Yo solo tengo dos hijos, así que no vuelvas a decir eso. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero?

Luisa asintió con la cabeza. Aunque no ejerciera como padre, al menos intentaría que no le faltara de nada.

—Necesito pagar a alguien para que la cuide mientras trabajo. Ya no me quedan ahorros.

—¡Maldita zorra!

Fernando se acercó a ella y le levantó la mano. Luisa se agachó de golpe y se puso las manos frente a la cara para defenderse.

Cortés abrió la puerta del despacho en ese preciso instante y se encontró a la joven encogida, llorando, y a Fernando amenazándola con la mano. Era Luisa, sin duda. Habían pasado muchos meses desde que se había ido para cuidar a su madre; quizás ahora venía para recuperar el trabajo, pensó esperanzado.

—Siento interrumpir señor, pero he oído gritos y…

—No pasa nada.— Suspiró y le miró fieramente—. Entra.

Cortés se preguntó qué narices hacía Luisa allí con Fernando, con la cara desencajada y los ojos rojos. Quizás Fernando le había denegado el puesto, pero esas cuestiones las solía llevar Catalina.

—¿Cómo está tu madre? –Le preguntó.

Luisa apenas le miró y ni siquiera le respondió. Fernando se dirigió al armario empotrado en el que escondía su caja fuerte y sacó un fajo de billetes.

—¡Cógelo y lárgate de aquí! –Le lanzó el fajo a las manos—. Si no te vas tendré que pedirle a Cortés que te acompañe.

Luisa miró a Fernando y sintió que todos los sentimientos que había tenido por él ahora se le volvían en contra. Volvió la espalda y antes de marcharse, lanzó una mirada desgarradora a Cortés. Éste sintió una pena profunda por ella y quiso preguntarle allí mismo qué era lo que le había hecho ese hijo de puta de Fernando. Se mordió la lengua, como siempre, y dejó que Luisa se marchara sola y desconsolada.

—¿Qué ha pasado, señor? –Cortés dejó que su jefe se repusiera unos segundos—. ¡Qué hacía aquí Luisa?

—¿Te contraté para que hicieras preguntas?

—No, pero…

—Sabes bien por qué estás en esta casa, así que necesito que hagas algo.— Se aflojó el nudo de la corbata—. Quiero que te deshagas de ella.

—¿De Luisa?— Comenzó a sentir una presión en el pecho.

—Sí, de Luisa.— Hizo una leve pausa—. No la quiero ver nunca más.

—Señor, entiendo que haya podido tener algún mal entendido con ella, pero… —Inquirió atropelladamente—. ¿Es necesario…?

—¿Pero qué narices te pasa? –Preguntó incrédulo—. Me prometiste qué harías todo lo que te mandara.

—Es que es una mujer, señor.

—¡Me da igual! ¡Quiere aprovecharse de mí y eso no lo puedo consentir! Así que no te lo vuelvo a repetir: deshazte de ella. Y cuanto antes mejor.

—Sí, señor.— Agachó la mirada y pensó por qué diablos Luisa querría aprovecharse de Fernando. Allí había pasado algo, había gato encerrado.

—Bien, avísame cuando esté todo resuelto. Y ahora déjame solo: quiero calmarme antes de que vuelva mi mujer.

Cortés resopló al pensar cómo iba a salir de aquel embrollo y no pudo dejar de hacerse preguntas del por qué de todo aquello. Solo estaba seguro de una cosa: que no iba a ser capaz de matar a la mujer de la que estaba enamorado.

24

Jaca, marzo de 1929

Cortés caminaba bajo los adoquines húmedos encorvado bajo la lluvia. Se adentró en una de las tabernas del centro y agradeció el calor placentero de la estufa de carbón. Se quitó el sombrero y sacudió las gotas de agua, luego se sentó en la barra y se pidió un café bien cargado consciente de que era lo que menos le convenía en aquellos momentos de ansiedad.

—¡Tabernero! –El hombre puso cara de pocos amigos, miró el reloj y contó las horas que faltaban para cerrar.— ¿Conoce usted a Luisa Pardo?

—¿Luisa? –Hizo una pausa y miró al techo intentando recordar–. Pues ahora mismo no caigo, como no me dé más pistas, caballero…

—Es una chica delgada, pelirroja. No hace mucho que vive aquí.

La esposa del tabernero salió de repente por la puerta de la cocina secándose las manos en el delantal.

—¿Quién la busca?— Preguntó con parquedad.

—Su hermano—. Improvisó—. He venido a verla, pero no sé exactamente dónde puedo encontrarla.

—¿Y no le dejó ninguna dirección?

—Sí, de hecho la tenía apuntada en un trozo de papel, pero la he perdido por el camino—. Respondió con rapidez.

—Vive en la calle San Nicolás—. Le reveló—. Sigue recto y gire a la izquierda, es la tercera.

—¿Entonces la conoce?

—Una muchacha sola, joven, con una criatura… somos un pueblo de

chismosos.

—¿Con una criatura? –Le preguntó confuso.

—Oiga, lo que debería hacer es llevársela con usted y su familia.— Le recriminó, señalándole con el dedo.

—A eso he venido señora.— Apuró su café y dejó unas monedas sobre el tablón de madera— Gracias por su ayuda.

Cortés salió de allí más nervioso de lo que había entrado. ¿Estaba hablando la tabernera de la misma Luisa Pardo que él había conocido? No podía creerse que en tan solo un año, Luisa ya se hubiera casado y hubiera tenido un niño. Caminó pensativo hacia la calle que le habían dicho intentando sortear los charcos; aquel barrio era realmente humilde. Contó la tercera puerta y llamó con timidez.

—¿Qué haces tú aquí? — Luisa salió con un bulto en los brazos enrollado en una manta.

—Déjame entrar por favor, necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué? –Preguntó asustada—. ¿Qué es lo que quieres?

Cortés pudo ver el miedo en sus ojos y no entendió por qué había cambiado su forma de actuar con él. Habían sido muy buenos amigos durante el tiempo en el que ella había estado en la casa y no tenía ninguna razón para desconfiar.

—Oye.— Hizo una pausa y miró a ambos lados de la calle—. Será mejor que me dejes entrar.

Luisa se lo pensó, le miró a los ojos y pudo percibir al mismo joven bondadoso que había conocido tiempo atrás. Abrió la puerta; el pequeño comedor olía a talcos de bebé y a leche rancia y los pañales recién lavados aparecían esparcidos por casi toda la casa.

—¿Cómo estás? – Cortés la observó y se dio cuenta de que había engordado varios quilos y que su rostro había perdido aquella luz y espontaneidad tan especial.

Luisa dejó al bebé en lo que parecía un cesto de mimbre acolchado por varias mantas y se sentó en la silla.

—Si te digo que bien te mentiría.

Cortés asintió y miró a su alrededor; aquella casa no tenía las condiciones necesarias para albergar a un bebé: habían manchas de humedad en las paredes y varios cubos estratégicamente colocados en el suelo para recoger el agua de las goteras que se filtraban por el débil techo de cañizo.

—Mira, no sé qué es lo que ha pasado entre el señor Luengo y tú—. Continuó, mientras se oía el repiqueteo de la lluvia a través de las ventanas—. Pero el otro día…

—¿Quiere quitarme a la niña? –Luisa se puso las manos sobre los ojos y agachó la cabeza para llorar. Llevaba días sin poder dormir por culpa de aquel pensamiento que le atormentaba día y noche.

—No… ¿Por qué…? –Cortés frunció el ceño y se quedó pensando durante unos instantes. Luisa se había delatado y ahora comenzaba a entenderlo todo—. ¿Te quedaste embarazada de Fernando?

Luisa agachó la cabeza y no se atrevió a mirarle a los ojos.

—¿Te forzó? –Cortés se sacó la pitillera del bolsillo de su chaleco y se encendió un cigarro con nerviosismo.

Luisa negó con la cabeza.

—Me enamoré de él—. Confesó avergonzada—. Y yo creía que él…

La niña se revolvió inquieta desde la cuna y comenzó a llorar. Luisa la cogió en brazos y la apretó sobre su pecho para tranquilizarla.

—No quiere quitarte a la niña—. Dijo al fin—. Pero quiere hacerte daño.

—¿Te lo ordenó a ti? –Siguió meciendo a la niña, que sentía el nerviosismo de su madre y no había forma de calmarla.

—Ya sabes que soy su mano derecha—. Respiró hondo y se sintió avergonzado por el trabajo que hacía—. Pero no pienso hacerte nada: quiero ayudarte.

—¿Cómo es posible que la persona con la que has compartido lo más íntimo se vuelva luego contra ti? –Miró fijamente a su hija y movió

incrédula la cabeza—. Cuando me fui pensé que me buscaría… ¡Fui una estúpida!

Cortés se los imaginó juntos y sintió una punzada en el estómago. Aspiró el humo del tabaco todavía con más fuerza y se revolvió el cabello.

—Luisa, Fernando no siente nada por nadie.— Se tocó las sienes y apoyó su cabeza en su mano—. Si me lo hubieras dicho, si me lo hubieras contado…

—No podía decírselo a nadie.— Le interrumpió mientras seguía consolando a la criatura—. No podía enterarse la señora Catalina. ¡Realmente creía que solo me amaba a mí!

—Siento decirte que no fue así.— Suspiró y sintió pena por ella. Se había creído las mentiras de Fernando y él en ningún momento le había tenido en su pensamiento, tan solo se había aprovechado de ella —. Cuando estuvo contigo también estuvo con otras más. Soy su chófer, sé a dónde lo llevo.

Luisa recibió aquella información sin apenas inmutarse.

—Ahora ya no me duele.— Miró a su hija y le acarició la cara—. Solo me importa ella y no quiero que le pase nada.

—Pues si no quieres que le pase nada, será mejor que te vayas de aquí.

—¿Irme a dónde? ¿A otra ciudad?

—No, a otro país. Fernando quiere que desaparezcas y la única opción es que te marches.

—¿Y si se lo explico a la policía? ¡Yo no he hecho nada malo!

—¿Pero a quién se van a creer? ¿A un hombre casado y de buena familia o a una pobre criada? –Negó con la cabeza—. No va a servir de nada, te lo digo por experiencia. Tienes que empezar una nueva vida en otro lugar cuanto antes mejor. Te irás a Francia.

Luisa se imaginó sola en un país tan grande y tan desconocido para ella. No sabía la lengua, ni siquiera sus costumbres. ¿Podría sobrevivir allí sola?

—No puedo irme a Francia. –Las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas—. ¡Me callaré! ¡Me alejaré de Fernando! ¡No quiero abandonar mi tierra.

—No se trata de eso.— Cortés quiso consolarla con un abrazo pero se contuvo—. Fernando ha tomado una decisión y es un hombre perseverante. Tiene miedo, y cuando tiene miedo puede ser un hombre cruel.

Luisa comenzó a moverse de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer.

—¿Y cómo sabrá que has acabado conmigo? –Aquella pregunta le hizo revolverle el estómago. Saber que Fernando quería matarla solo para salvar su reputación le pareció algo inverosímil y de una bajeza despreciable.

—Me dijo que le llevara un mechón de tu pelo.

Luisa sonrió con ironía. Siempre le había gustado su pelo, pensó, aunque ahora lo prefería sin dueña y sin vida.

—¿Y si no te cree? –Le interrumpió asustada—. ¿Qué pasará entonces?

—No dudará de mi palabra: él confía en mí.

—¿Por qué trabajas para él? –Le miró directamente a los ojos buscando una respuesta sincera pero rápidamente se dio cuenta de que no la iba a encontrar—. Tú no eres como él.

Cortés se puso serio de golpe y zanjó el tema resueltamente.

—Sé que no soy como él, pero he de estar con él. El porqué no te lo puedo decir, y es mejor que no lo sepas.

Luisa asintió. Él estaba en todo su derecho de no decir nada, pero pensó que algo muy gordo había tenido que ocurrir para que Cortés le debiera tanta fidelidad a ese hombre. Se sentó en la silla e intentó asimilar todo lo que se le venía encima.

—¿Cómo me las apañaré en Francia? Soy una chica de pueblo, no conozco el idioma. Ni siquiera sabría desenvolverme en una ciudad como Madrid.

—Eres una mujer fuerte, estoy convencido de que te las arreglarás.

—¿Y la niña? –Con tantas preocupaciones, por un instante se había olvidado de ella—. ¿Qué voy a hacer con ella?

—Tendrás que dejarla aquí.— Aunque pareció un tanto frío, Cortés se obligó a ser sincero con ella—. No encontrarás trabajo con una criatura a cuestas. Y si no lo encuentras no podrás alimentarla.

—¡No pienso abandonar a mi hija! –Se sintió ofendida por el comentario, aunque pensándolo bien se dio cuenta de que Cortés tenía razón por mucho que le costara aceptarlo.

—Sé que es duro para ti, pero no tienes otra opción. Vete a Francia, trabaja y ahorra, rehaz tu vida, cásate con un buen hombre y, cuando puedas, vuelve a por tu hija y llévatela contigo.

Seguía enamorado de Luisa, de hecho, jamás había dejado de pensar en ella desde que se había marchado. Pero Cortés no era un tipo egoísta y por encima de todo estaba su felicidad, por eso le deseaba lo mejor en la vida aunque fuera al lado de otro hombre.

—No tengo con quién dejarla, mi madre ni siquiera sabe que la tengo.— Pensó durante unos minutos en silencio—. La única persona que conoce mi historia con Fernando es Ana la partera. Es una buena chica y puede que ella se ocupe de la niña.

—Mira, mañana mismo te irás. Cogerás un autobús hacia Biescas y allí otro hacia Sallent de Gállego, donde tendrás que cruzar la aduana francesa. Luego cogerás un tren hasta Toulouse: es una de las ciudades más cercanas a la frontera española y tienes muchas más posibilidades de encontrar trabajo.

—Veo que lo tienes todo estudiado.— Le miró a los ojos y sintió una punzada de melancolía al recordar los buenos momentos que pasó con él y Esmeralda en la casa—. ¿Por qué haces todo esto?

—Quiero que estés bien.— Encogió los hombros como si no quisiera mostrar sus sentimientos—. Tú no me juzgaste a mí, no lo voy a hacer contigo. Tienes derecho a rehacer tu vida.

Luisa asintió y esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias por ayudarme.— Hizo una pausa—. ¿A qué hora tendré que partir?

—Pronto, a las siete de la mañana sale el primer autobús a Biescas, así que te recomiendo que empieces a hacer tu equipaje y te acuestes pronto. Mañana será un día agotador y necesitas descansar.

—No pienso dormir, es la última noche que voy a pasar con mi hija.— Comenzó a llorar otra vez al pensarlo—. Tengo que ir a ver a Ana la partera.

—¡No! ¡Nadie puede saber que te vas! Dejaré a la niña en su puerta y me aseguraré de que la recoja. Pero no le puedes contar nada.

—No dirá nada, confío en ella.— Insistió—. Le escribiré una carta y le explicaré que abandono este país para rehacer mi vida. No mencionaré a Fernando.

Cortés suspiró y se acarició el mentón pensativo. Luisa seguía sin comprender lo que estaba en juego, que era su propia vida y la de su hija, y que no podía ponerse en contacto con nadie si no quería que las cosas se complicaran.

—¡Por favor! -Continuó, rogándoselo-. Necesito hablar con ella, o escribirle, ella tiene que saber que me voy.

No podía dejar de llorar y aquello a Cortés le partía el alma. Luisa no podía irse con aquella pena en el cuerpo.

—Está bien.— Finalmente claudicó—. Le llevaré la carta si eso hace que te sientas mejor.

Luisa se abalanzó hacia él, mucho más aliviada, y apoyó su cabeza sobre su pecho.

—Todo irá bien.— Cortés la rodeó con sus brazos y cerró los ojos. Sintió un hormigueo recorriéndole el cuerpo. Era la primera vez que tenía un contacto tan profundo con ella y hubiera deseado que aquel momento no acabara nunca—. Te lo prometo.

—Quédate a dormir aquí.— Le rogó, secándose las lágrimas con el dorso de su mano—. Tengo miedo, no quiero estar sola.

—Claro que sí.

El tenue atisbo de luna que iluminaba aquel humilde comedor dejó paso al sol que se colaba por las rendijas de las cortinas. Luisa había caído en un sopor inquieto tras haber pasado la noche ultimando los detalles de la partida y ensayando el nuevo papel que tendría que adoptar en la ville rose, en Toulouse. Cortés había estado despierto en todo momento y se había quedado mirando a Luisa mientras dormía. Era preciosa, y su hija también. De momento solo se parecía a su madre: tenía sus mismos ojos y el pelo rojizo. Le supo mal despertarla: su cara parecía tranquila y relajada y cuando se levantara volvería a sufrir la agonía de saber que tenía que comenzar una nueva vida sin su pequeña. La zarandeó un poco y, aunque ella necesitó unos minutos para recordar todo lo que había ocurrido desde la víspera, rápidamente se levantó del sofá y se marchó a su habitación para vestirse. Cuando salió, Cortés le costó reconocerla: se había vestido enteramente de negro y llevaba un pañuelo negro en la cabeza.

—Pareces una viuda de verdad.— Cortés le entregó una bolsa de tela. Había aprovechado aquellos minutos de ausencia para prepararle unos bocadillos—. Para que no pases hambre por el camino.

—Muchas gracias.— Luisa miró en el interior de la bolsa y se encontró un sobre—. ¿Qué es esto?

—Dinero.— Cortés tenía un buen salario y apenas lo gastaba. Vivía humildemente y no le gustaba derrochar—. No digas nada y acéptalo, a ti te hará más falta.

Luisa asintió agradecida y le entregó a su vez el mechón de pelo rojo y la carta para Ana.

—Te he dejado un petate en la cocina con las cosas de la niña y una mamadera llena de leche por si le entrara hambre antes de que la dejes con la partera.

Cortés cabeceó y miró su reloj.

—Tienes que irte o perderás el autobús. Será mejor que te vayas despidiendo de la pequeña.

Intentó mantenerse frío: quería que Luisa le viera seguro y convencido de lo que hacía y no dejarse llevar también por las emociones. Luisa abrazó a su hija, le acarició las mejillas y le dio un beso en la cabeza.

Tragó saliva, aspiró hondo y la volvió a dejar en la cuna sin derramar ni una sola lágrima. Cortés pensó que, en el fondo, aquella chica siempre había sido una mujer valiente y decidida y que ahora seguiría sacando fuerzas de donde pudiera para seguir adelante.

—Cuídala.— Los ojos los tenía rojos e hizo un esfuerzo por no llorar —. Y muchas gracias por todo.

Le dio la espalda y se marchó de aquella casa con la maleta llena de incertidumbres y la calle todavía mojada por el rocío de la noche. Cortés se encendió un cigarro y se quedó ensimismado con el humo blanquecino que recorría la estancia. Otra vez aquel nudo en la garganta, las ganas de salir corriendo tras ella y decirle que era la mujer de su vida, que la amaba desde el primer día que la conoció. Los lloros repentinos de la niña, como si se hubiera percatado de la marcha de su madre, le añadieron otra preocupación más a las que ya llevaba encima: ¿qué iba a hacer ahora con ella? se preguntó, mirándola de reojo. Podía romper a llorar en cualquier momento y le sería difícil salir de aquella casa de incógnito. Cortés se dirigió hacia la cocina y comenzó a abrir todos los armarios en busca de algún remedio natural para calmar o adormecer a la criatura. Encontró una bolsita con hojas de pasiflora para tratar los cólicos estomacales. Cortés sonrió, sabía que la pasiflora también tenía efectos sedantes, pues él mismo la utilizaba para poder conciliar el sueño por las noches. Cogió la mamadera de cristal y abocó la leche en una pequeña cazuela que ya había puesto a hervir junto a la pasiflora. Una vez templada, volvió a rellenar la mamadera y se la dio a la niña, que se durmió al cabo de diez minutos. Calculó que estaría así unas horas, así que no perdió tiempo y abandonó aquella casa con Inés metida en la cesta de mimbre y tapada con una sábana blanca. No se dirigió hacia el hostal donde vivía Ana la partera, tal y como le había indicado Luisa, sino que sus pasos lo llevaron hacia la estación de trenes de Jaca para coger el primer tren con destino a Zaragoza. El sonido de las ruedas en los raíles marcó la llegada de la locomotora entre chorros de vapor. Una vez dentro, Cortés se acomodó en uno de los pocos asientos que quedaban libres, junto a la ventana, mientras los pasajeros que ya venían de estaciones anteriores entretenían su trayecto con lecturas y pequeñas cabezadas interrumpidas. Dejó la cesta con la niña bajo su asiento y sacó de su bolsillo la carta que le había escrito Luisa a la partera.

Querida Ana,

Parto a tierras lejanas con el fin de empezar una nueva vida. Si estás leyendo esta carta, ahora mismo debes tener a Inés a tu lado sonriéndote dulcemente o llorando sin consuelo por la pérdida de su madre. Volveré a por ella cuando todo vaya a mejor y cuando el fruto de mi trabajo me permita darle todo lo que mi hija se merece. Haz lo que creas conveniente con ella, sé que lo que decidas será la mejor opción. Solo te pido que la dejes en buenas manos y que le des tu cariño para que nunca se olvide de la persona que también luchó por su porvenir. Gracias por todo. Espero que entiendas mi decisión de irme lejos de aquí.

Luisa

Rompió la carta en pedazos y se la guardó en el bolsillo. Se sintió mal, despreciable. Había mentido a Luisa, a la persona que más quería, pero lo había hecho por su propio bien. Nadie tenía que saber la verdad, ni siquiera esa tal Ana. Por el bien de todos. Al cabo de cuatro horas, las más lentas de su vida, Cortés suspiró aliviado al plantar los pies en el andén; la niña todavía no se había despertado. Caminó en dirección al centro, hacia la plaza de toros de la Misericordia, mientras el sol iluminaba el bullicio y el tráfico de la ciudad. De repente, notó el movimiento suave de la niña bajo la sábana y comenzó a correr a través del amplio Paseo María Agustín hasta llegar al edificio de la Casa Real de la Misericordia. Atravesó el camino empedrado que llevaba hacia la puerta, que estaba rodeado de árboles y setos. Observó la enorme cruz que presidía la fachada principal, que revelaba el duro y gratificante trabajo que desempeñaban las monjas en aquel histórico hospicio. Cortés se desvió por un camino más estrecho y menos cuidado que el principal, que le llevaba hasta la puerta trasera del orfanato, mucho menos transitada. Miró de un lado a otro y dejó a la pequeña Inés en aquella sencilla cesta de mimbre a la espera de alguna monja bondadosa.

25

Biescas, marzo de 1929

Fernando disfrutaba de una tarde de reposo junto a sus hijos bajo el calor de la chimenea del salón. Catalina había ido a casa de una amiga a tomar el té y él había aprovechado para sacar el ajedrez con el que había aprendido a jugar siendo apenas un crío. Tal y como había hecho su padre con él, ahora tocaba enseñarles el juego a sus hijos. Aunque no pasaba mucho tiempo con ellos, los niños parecían no sentir ningún rencor por ello y jamás le habían reprochado nada a la cara. Eran fieles a él, por mucho que él les hubiera fallado decenas de veces.

—El rey nunca debe estar desprotegido.— Les aconsejó—. Para eso está la reina, los alfiles, los caballos y las torres, para protegerlo siempre.

Martín movió uno de los alfiles hacia el rey y dio jaque a su padre.

—Fíjate. Te has dejado llevar por el impulso.- Continuó en tono didáctico-. Tú único objetivo era el de matarme.— Cogió ahora a su reina y la llevó hacia el rey de su hijo—. Jaque mate. Nunca tienes que descuidar a los tuyos.

Martín afirmó con la cabeza.

—¡Quiero jugar otra! –Exclamó con entusiasmo—. ¡Quiero aprender a defenderme!

Fermín apenas prestaba atención a las explicaciones de su padre. Él hubiera preferido enseñarle el dossier de dibujos del cuerpo humano que había confeccionado día a día con monsieur Lombard.

—¿Qué te pasa, Fermín? –Le preguntó su padre—. ¿No te gusta el ajedrez?

—Me interesa más la medicina, padre. Si quiere le enseño lo que he

aprendido.

—¡Qué pesado eres! –Exclamó Martín, orgulloso de compartir exclusivamente con su padre la misma pasión por el ajedrez—. ¡Todo eso es muy aburrido!

Fermín frunció el ceño y miró a su hermano desconcertado.

—Hay algo que no entiendo. El maestro Severiano dijo que tenías unas notas muy altas y que habías mostrado mucho interés por todas las materias. Pero aquí sigues pasando de todo.

Martín tragó saliva: su hermano era realmente listo y no se le escapaba una.

—Padre, he de decir que el maestro don Severiano era mucho mejor profesor que Monsieur Lombard.— Aquella mentira casi le hizo vomitar, sobre todo al volver a recordar la escena entre el viejo y la hermana de Daniel.

—Bueno, la cuestión es que al menos ya te portas un poco mejor.— Reconoció su padre, aunque la cara de Fermín definió lo contrario.

En aquel preciso momento, Cortés irrumpió en el salón notablemente nervioso.

—Buenas tardes, señor.— Se dirigió a los niños y les pasó una mano por el pelo—. Hola chicos.

Fernando se levantó casi al instante. Cortés nunca se ponía nervioso y estaba claro que si lo estaba era porque había ejecutado su última orden.

—Vamos a mi despacho.

Cortés quiso parecer despreocupado, pero en aquella ocasión le parecía imposible. Era la primera vez que iba a mentir a Fernando y no sabía si le iba a creer o no. Cerró la puerta del despacho tras él y dejó que Fernando le sirviera una copa de coñac.

—No encontrarás uno mejor.— Señaló la botella de *Courvoiser* —. Bueno, vamos al grano.

—Ya está, señor.— Le dio un buen trago a la copa mientras le

temblaba la mano con la que la sujetaba—. Ya no tiene de qué preocuparse.

—Sabes que nunca he desconfiado de ti, pero con Luisa dudaste.— Se sentó en el borde de la mesa—. ¿Me has traído lo que te pedí?

Le entregó el mechón rojo y al verlo sintió una gran pena por Luisa. Era como si ella hubiera desaparecido de verdad y lo único que la mantenía viva era aquella parte de su cuerpo. Fernando se lo llevó a la nariz para aspirar su aroma y por un instante pareció triste por ella. Cortés desvió su mirada y sintió un asco tremendo por aquel hombre tan desalmado.

—Buen trabajo.— Le guiñó un ojo y Cortés se sintió obligado a corresponderle con la misma complicidad—. ¿Y la niña?

—También me he encargado de ella.

Cortés no podía entender cómo podía sentir aquella total y absoluta indiferencia por una criatura inocente. Fernando asintió satisfecho mientras se dirigía a su caja fuerte y sacaba un sobre con dinero.

—El alfil que protege al rey también merece una buena recompensa.— Le palmeó el hombro y le introdujo el sobre en el bolsillo interior de su americana.

Cortés abandonó el despacho y salió de aquella casa deseoso de sacarse de encima aquel dinero que le quemaba por dentro y enviarlo como donativo a la Casa Real de la Misericordia.

26

Toulouse, marzo de 1929

Luisa bajó del andén mirando de un lado a otro; todos los carteles estaban escritos en francés y no entendía nada. Comenzó a andar siguiendo al tumulto de gente que se dirigía hacia una dirección concreta: hombres fumando en pipa con maletines y trajes de colores tenues, mujeres de clase alta con abrigos de piel y solapas de seda, otras con chaquetas de terciopelo y pana arrastrando a niños absortos en los silbidos y los chorros de vapor de las locomotoras… Por fin salió a la calle y vio que hacía un día frío pero despejado. Ni siquiera sabía hacia dónde dirigirse, así que se entretuvo contemplando los reflejos del sol sobre aquellos majestuosos edificios de ladrillo, piedra y mármol que rodeaban la estación. Una mujer y un niño pasaron por su lado hablando en español. El niño, que no tendría más de diez años, saboreaba un palo de regaliz cogido de la mano de quién parecía su madre, una señora de pelo corto y sombrero *cloché* marrón.

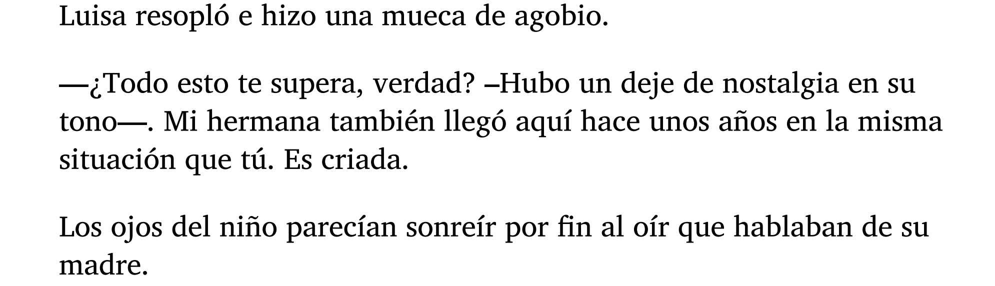
—Disculpen.— Luisa se dirigió a ellos cargando la pesada maleta que le había acompañado durante todas aquellas horas de trayecto desde Biescas—. ¿Pueden ayudarme, por favor?

La mujer la miró fijamente.

—¿Vienes de España? –Su inmediato tuteo le transmitió una sensación de cercanía—. Me suena haberte visto esperando el tren en la aduana francesa.

—Sí.— Sonrió tímidamente—. El problema es que no conozco el idioma y he de buscarme un hostal donde dormir; vengo a buscar trabajo.

—Servicio, supongo.— Dijo con obviedad—. Seguro que encuentras trabajo rápido: eres española, y a los extranjeros les pagan menos. Pero aun así necesitarás aprender la lengua, sino no entenderás nada de lo que te manden.



Luisa resopló e hizo una mueca de agobio.

—¿Todo esto te supera, verdad? –Hubo un deje de nostalgia en su tono—. Mi hermana también llegó aquí hace unos años en la misma situación que tú. Es criada.

Los ojos del niño parecían sonreír por fin al oír que hablaban de su madre.

—Nosotros nos hospedamos en una casa llevada por españoles.—Continuó—. Ayudan a nuestros compatriotas a buscar trabajo y a aprender el francés.

—¿De verdad?— Se le iluminaron los ojos—. ¿Podría ir con vosotros?

—¡Por supuesto que sí! — Le agarró del brazo y comenzó a andar—. Los franceses nos tienen manía, piensan que somos unos guarros y unos vagos, así que debemos ayudarnos entre nosotros.

Aquella mujer parecía conocer muy bien la ciudad, ni siquiera se tomaba un respiro para disfrutar de las vistas que ofrecía el río Garona o la plaza del Capitolio. A Luisa le hubiera gustado ir más tranquila, saborear el encanto del Casco Antiguo, sus calles estrechas, empedradas y repletas de historia. Tan solo pudo parar para comprarse una salchicha típica de la ciudad que vendían en una parada ambulante y que tenía forma de espiral enrollada sobre un trozo de pan.

—No te recomiendo eso.— Le espetó, señalando el pedazo de carne que Luisa ya se había metido en la boca—. ¡A saber qué tipo de carne es esa!

—Está rica—. Encogió los hombros y continuó comiéndola—. ¿Quieres probarla?

La mujer rechazó el ofrecimiento con amabilidad y continuó andando.

—Ya verás cuando pruebes la *caussolet* que hacen en el hostal.— Luisa apenas escuchaba lo que decía, bastante tenía con seguirla sin tropezarse con las amas de casa que se dirigían al mercado—. Eso sí que está bueno, ¡y eso que la cocinan españoles!

—¿Qué es eso?

—Un guiso de alubias blancas, carne y verduras.— Se relamió los labios—. ¡Para chuparse los dedos!

—Te lo sabes todo, ¿vienes muy a menudo aquí?

—Intento traer al crío cada tres o cuatro meses para que vea a su madre.— Chasqueó la lengua—. Aunque apenas puede estar con ella unas horas: solo el domingo por la tarde.

Luisa pensó que aquella mujer podía sentirse afortunada de ver a su hijo cada cierto tiempo. Llevaba un día sin ver a Inés y ya se había arrepentido cientos de veces de haber cruzado la frontera.

Se adentraron en el barrio de *Saint—Cyprien* y callejearon aparentemente sin rumbo por un entramado de callejuelas repletas de ropa colgada en los balcones y mujeres que tiraban los cubos de agua sucia tras un grito de aviso. El ambiente era un conjunto de olores diversos de comidas y perfumes: del pescado asado al olor de la salvia y el romero. Entraron en el interior de una casa de ladrillo que daba paso a un patio de estilo renacentista lleno de flores y empedrado con guijarros del río Garona. Allí había otra puerta con un mostrador y una anciana sentada junto al crepitar de la chimenea.

—¡Aurora y el pequeño Fabián! –Se acercó a ellos sujetándose con un bastón y les besó—. Madre mía, ¡qué rápido crece este niño!

La mujer miró ahora a Luisa, que había dejado la maleta apoyada en el suelo y se mordía el labio inferior en actitud nerviosa.

—¿Y esta muchachita tan guapa?

—Soy Luisa, me he encontrado a Aurora y a Fabián a la salida de la estación y me han traído hasta aquí.— Explicó con toda naturalidad—. Dicen que me pueden ayudar.

La anciana achicó los ojos para verla mejor y se acercó más a ella.

—¡Claro que sí! –La mujer le pellizcó la mejilla con soltura—. Te ayudaremos a aprender el idioma y a buscar trabajo, siempre y cuando puedas pagarte el coste de la habitación y la comida. Somos buena gente, pero las facturas las tenemos que pagar igual.

Luisa rió por primera vez desde hacía días, o quizás semanas, y sintió

un ligero calor fraternal por parte de aquellas personas y de aquel lugar.

—Tengo dinero.— Se tocó el bolsillo del abrigo y recordó la ayuda de Cortés—. Pero me gustaría poder empezar a trabajar cuanto antes.

—Ah, eso dependerá de ti y de tu habilidad con la lengua.— Le guiñó un ojo y le llevó hacía su habitación.

Su dinero se agotó a las dos semanas de llegar a Toulouse. Sin embargo, había aprovechado el tiempo y se había pasado día tras día y hora tras hora estudiando el idioma con dos españoles más recién llegados. El profesor era Jean, el hijo de la anciana que regentaba el hostal y que ya había nacido allí. Todavía le quedaba mucho por aprender, pero se había centrado en conocer todo aquello relacionado con el servicio y las palabras y expresiones necesarias para poder llevar una conversación sencilla. La anciana, a su vez, le había ayudado a defenderse en el mercado, a conocer las costumbres de los franceses y a saber moverse por la ciudad a través del tranvía, que era algo nuevo para ella. Había pasado unos días bastante buenos, aunque echaba muchísimo de menos a su hija, pero había estado tan ocupada que apenas había tenido tiempo de atormentarse por la pérdida.

Luisa se dirigió a la calle *Croix Baragnon*, un barrio elegante y bien posicionado, de grandes casas de ladrillo rosado que albergaban lo mejor de la sociedad tolosana. La anciana le había apuntado el nombre de la familia en un trozo de papel. Se lo sacó del bolsillo del abrigo y volvió a leerlo: Familia Chambon, Marie y Pierre Chambon. Dueños de una fábrica de productos químicos. Antes de llamar a la puerta, rezó para no demostrar su inseguridad y caer bien a la señora de la casa, quién se había encargado de predicar a bombo y platillo por todas las cafeterías clásicas de la ciudad, especialmente el Café de l’Opéra, la necesidad de incorporar a una nueva chica de la colada. Aquello había llegado a oídos de la anciana del hostal y ella misma se había puesto en contacto con la señora para concertar una entrevista con Luisa. Le abrió una mujer de mediana edad con el arsenal de llaves anudado al cinto de su delantal y enseñando algún mechón canoso por debajo de la cofia. Luisa sintió una punzada de nostalgia al recordar aquella misma escena con Esmeralda el primer día que acudió a casa de los Luengo.

—Buenos días, soy Luisa Pardo y vengo a por el puesto de lavandera. — Dijo en un francés exquisito, pues había ensayado esa misma frase decenas de veces.

—Adelante.— Le miró de arriba abajo, examinándola—. ¿Tú no eres de aquí, verdad?

—No, soy española.— Bajó la vista al suelo, desanimada. Por mucho que practicara el idioma nunca podría esconder su verdadera procedencia.

—Puedes entrar al salón, ahora mismo aviso a la señora.— Comenzó a andar, aunque se volvió una vez más a ella—. Ah, espero que se haya adecentado correctamente: la señora quiere que todos vayamos siempre impolutos y perfectos, aprecia mucho la higiene personal del servicio.

A Luisa se le sonrojaron las mejillas: se había lavado aquella misma mañana, pero había sudado durante el trayecto, sobre todo a causa de los nervios. Se olió disimuladamente las axilas abriéndose un poco el abrigo y suspiró aliviada al oler todavía al jabón de Marsella del hostal. Siguió a la mujer de las llaves hacia el salón y allí esperó mientras ella continuaba a través de la escalinata principal que llevaba a las habitaciones. Luisa entreabrió la boca sorprendida por lo que escondía aquella casa en su interior. Parecía un palacio; estaba repleto de espejos venecianos, espaciosos divanes, arañas de cristal caídas del techo, relojes de consola dorados…

—Buenos días.— Marie Chambón bajó de las escaleras con una falda casi al tobillo, una blusa estampada y un cinturón decorado con una hebilla de metal.

—Buenos días señora Chambón, es un placer conocerla.— Le hizo una pequeña reverencia con la cabeza—. Tiene una casa preciosa.

La mujer se mantuvo en silencio durante unos instantes y Luisa pudo comprobar que llevaba las cejas y los párpados marcados a lápiz a la última moda de Hollywood.

—El ama de llaves, Catherine, ya me ha dicho que eres extranjera. ¿Cuántos años tienes y qué experiencia tienes en el servicio?

Aunque era una mujer de marcadas facciones y de nariz prominente,

su elegancia y su imponente presencia sobrecogían a Luisa. En aquel preciso momento supo que no le sería tan fácil conseguir el trabajo como con la señora Luengo.

—Dieciocho.— Recordó que no debía mencionar en ningún momento el apellido Luengo—. Estuve casi dos años en una casa de buena familia. Me encargaba de la colada y de la limpieza general del hogar.

—¿Y por qué te fuiste?

—Mis señores se arruinaron por unas inversiones, señora.— Titubeó un poco, había palabras que se le resistían, pero se lo había aprendido bastante bien. Aunque nunca le había gustado mentir, aquello era por pura supervivencia, tal y como le había dicho Cortés.

—Podrías haberte quedado en España.— Le lanzó una mirada escrutadora—. Una chica con buenas referencias encuentra trabajo seguro.

Luisa recibió inesperadamente un duro golpe. ¿Qué excusa podía poner ahora? Los segundos pasaban y la señora Chambon no dejaba de mirarla fijamente a la espera de una respuesta.

—Soy pelirroja señora y en mi país hay mucha gente que cree que traemos mala suerte.— Deseó con todas sus fuerzas que se creyera aquella mentira a medias, pues todavía había gente que seguía aquella superstición romana—. Cuando mis señores se arruinaron ya nadie quiso saber de mí.

Marie Chambón endureció la mirada y se fijó en el pelo recogido de la muchacha.

—¡Pero qué tontería! –Exclamó al fin, riendo—. España es un país de atrasados supersticiosos, no me extraña que no avancéis en la industria ni seáis tan ricos como Francia.

Luisa asintió aliviada, aunque se ofendió un poco por aquel menosprecio hacia su país. Aquella mujer era una estirada y por muy rica y francesa que fuera, la señora Catalina le daba mil vueltas en actitud y elegancia.

—Aquí no creemos en estas cosas.— Sacó pecho con orgullo—. Nos guiamos por el trabajo bien hecho.— Se giró hacia el ama de llaves—.

Catherine, querida, hazle las preguntas para comprobar si es una buena lavandera.

Catherine se plisó el delantal blanco y procedió a realizar las preguntas bajo la atenta mirada de Marie.

—Explícame el procedimiento habitual para el lavado de las sábanas.

Luisa alzó la voz y comenzó a hablar de carrerilla, sabiéndoselo de memoria.

—Se enjabona la sábana, se deja a remojo, se frotan las manchas y se aclaran golpeándola sobre la piedra—. Tomó aire y continuó—. Luego, en un barreño, se prepara una mezcla de agua y lejía y se vuelven a dejar en remojo y se aclaran con agua y polvos de añil para blanquearla.

—¿Y qué pasa si la sábana es de lino?

—Se aplicaría el mismo procedimiento pero sin añadirle la lejía, pues puede dañar el hilo.— Sonrió satisfecha y recordó todos aquellos consejos que le había enseñado Esmeralda en la casa de los Luengo.

—¿Qué le añadirías a las ropas de color verde?

—Un poco de alumbre y vinagre.

Catherine asintió, aprobando las respuestas de Luisa, aunque continuó con el interrogatorio.

—¿Y en las ropas moradas? ¿Y en los rojos?

—Bicarbonato sódico en los morados y aceite de vitriolo en los rojos.

—Ya basta, Catherine.— Le ordenó Marie, acercándose lentamente a Luisa—. Veo que conoces los procedimientos. Pero quiero que sepas una cosa. Tengo obsesión por la limpieza y por evitar las infecciones y los virus. ¿Tienes algún remedio contra eso?

Esmeralda se tomó unos segundos para pensar.

—En la casa anterior utilizaba el ácido carbólico para desinfectar la ropa de vez en cuando, sobre todo para evitar la escarlatina.

Marie Chambón se irguió y endureció sus facciones. Luisa pudo ver en sus ojos un atisbo de debilidad y tristeza.

—¿Está bien, señora? –Catherine le dirigió una mirada de compasión a su señora y luego una de desprecio a Luisa como si hubiera dicho algo malo.

—Sí, sí.— Marie se recompuso con rapidez—. Si vas a quedarte en esta casa prefiero contártelo yo misma.

Luisa frunció el ceño, confusa. ¿Qué era lo que le tenía que contar que provocaba tanto desasosiego a ambas mujeres?

—Mi hija murió cuando apenas tenía dos años.— Lo confesó con la voz temblorosa, aunque intentó disimularlo—. Cogió la escarlatina y nos dejó pronto.

—Oh, lo siento mucho señora Chambón, no lo sabía, no he querido incomodarla.

Marie hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—No pasa nada.— Suspiró, y las arrugas sobre el labio superior se le acentuaron—. Catherine te dará el uniforme. Empezarás mañana.

Marie Chambón se fue con la cabeza cabizbaja, sin decirle nada más. Luisa se quedó de pie bajo la atenta mirada de Catherine, que no sabía si estaba contenta o enfadada, y esperó a que le dieran instrucciones. Había removido sin querer las tragedias del pasado de aquella familia, pero quizás gracias a ello había conseguido el puesto. Tenía trabajo en la ciudad rosa y una nueva vida empezaba por fin.

27

Barcelona, mayo de 1929

Catalina y Fernando cruzaron la Avenida María Cristina y se adentraron en el recinto de la Exposición Internacional. Observaron la Fuente de Montjuic, grandiosa, llena de sorprendentes combinaciones de figuras de chorros y cascadas multicolores. Era un día primaveral, Catalina llevaba un vestido de encaje verde pastel y un sombrero de ala ancha del mismo color que le resguardaba del sol. Las tropas de los diversos Regimientos y cuerpos del Ejército cubrían el paseo con su correspondiente banda de música mientras la prensa de todo el mundo se afanaba por realizar la mejor foto. Un dirigible, junto a unos aviones de la base aérea naval de Barcelona cruzaba el cielo ante la atenta mirada de la gente, muchos de ellos extranjeros, visitantes de los distintos pabellones y Palacios de arte que conformaban la Exposición. Se acercaron hasta el Palacio Nacional, una planta rectangular con una cúpula elíptica espectacular en el centro, y esperaron a que los reyes y las autoridades terminaran de oír la misa en la capilla y subieran al balcón del piso superior. El rey apareció junto a Miguel Primo de Rivera e inauguró la Exposición junto a los vítores de entusiasmo de la gente y la sintonía de la Marcha Real de fondo. Las sirenas de los buques de guerra en el puerto, las salvas y las sesenta mil palomas al aire, completaron la apertura oficial de aquel magnifico proyecto cultural y económico.

Cuando el sol comenzó a declinar, ambos volvieron al hotel Ritz para arreglarse y acudir a la cena ofrecida en el Palacio de Bellas Artes por el marqués de Foronda, el director de la Exposición. Fernando entregó al personal de seguridad afincado en la puerta las invitaciones que habían pertenecido a los Duques de Alba y que se las habían enviado por correo unas semanas atrás. Entraron en el Salón de la Reina Regente; Catalina iba con un elegante vestido de noche metálico y una diadema de diamantes sobre el moño suelto y Fernando con un frac con pechera dura y cuello alto. Allí se encontraron a los Duques de Alba, que hablaban con el anfitrión y el director de la Exposición. Cuando la Duquesa vio a Catalina, en seguida le hizo un gesto para

que se acercaran.

—Me alegro de que hayáis venido.— Le dijo sonriente con esa dulzura que le caracterizaba. A pesar de ello, Catalina pudo comprobar que en apenas nueve meses, la duquesa había desmejorado mucho en su físico. Cada vez estaba más delgada y parecía igual de débil que un pajarito recién nacido—. ¿Habéis echado un vistazo a la Exposición?

—¡Es preciosa! –Respondió Catalina con entusiasmo—. Lo que más me ha gustado es el Pabellón alemán, sin duda.

—¡Oh, sí! ¡Es modernísimo! El acero y el cristal son simples pero realmente bellos.

El duque les presentó al marqués de Foronda, que vestía clásicamente y todavía llevaba un bigote largo y recargado, y a su mujer María de las Mercedes, que parecía encantada de que su marido captara toda la atención de los invitados y todas sus felicitaciones.

—Enhorabuena por el gran trabajo que ha hecho, marqués.— Le dijo Fernando. Estaba realmente atractivo aquella noche y más de una mujer le echó alguna mirada indiscreta—. Será una bonita velada en compañía de los reyes.

—Vendrá toda la familia real y una muy buena orquesta.— Miró el reloj y pareció tener prisa—. Será mejor que se sienten en su mesa, los reyes no tardarán en llegar.

Los duques se despidieron de los Luengo, pues ellos estaban sentados en una mesa más cercana a los reyes y quedaron en verse después de la cena para bailar. Catalina y Fernando habían comprobado antes de entrar al salón el número de la mesa que les correspondía y se fueron para ella sin más dilaciones. Estuvieron esperando callados a que llegaran todos los comensales, pues en su mesa todavía faltaban un par de parejas más. Había un silencio incómodo entre ambos a pesar de que llevaban casi quince años casados. La situación entre ellos era tan tensa, que era mejor pasar el uno del otro y solo actuar como una verdadera pareja cuando estuvieran con otras personas. Fingir de aquella manera era realmente agotador y Catalina estaba deseando llegar a casa para volver a ser ella misma. De repente, una mujer de aire sofisticado con las cejas retocadas a lápiz y el carmín subido de tono, se sentó frente a ellos acompañada de un hombre de pelo claro y

ojos azules casi transparentes.

—¡Javier! –Fernando se levantó de la silla—. ¿Dios mío, pero cuánto tiempo ha pasado?

Catalina abrió los ojos sorprendida y tragó saliva. Sintió una oleada de calor que le subía hasta las mejillas y una presión en las sienes. Las piernas comenzaron a pesarle, como paralizadas, y tuvo que hacer un esfuerzo descomunal para levantarse.

—¿Cómo estáis? –Javier los saludó con una sonrisa forzada; él también parecía descolocado y nervioso—. Hace muchos años que no nos vemos.

—Desde que te fuiste a trabajar a Bilbao. ¡Ni siquiera conoces a mis hijos!

—Cierto, ha pasado mucho tiempo.— Miró hacia Catalina, pero la desvió en seguida—. Os presento a Margarita, mi mujer.

Margarita era una joven de treinta y tres años, atrevida en el vestir, moderna y cercana que acompañaba sus palabras con risas contagiosas y gestos que envolvían al interlocutor. Actuaba como si les conociera de toda la vida y aquella familiaridad hizo que Catalina se sintiera más insegura y angustiada.

—¡Por fin os conozco! –Exclamó, besándolos en las mejillas y haciendo tintinear su collar de perlas de tres vueltas—. Fue una pena que no pudierais venir a nuestra boda.

Fernando miró duramente a su primo. Jamás le había llegado ninguna invitación de boda y tampoco habían vuelto a tener contacto desde que se había ido.

—No sabíamos que…

—Los niños se pusieron malos.– Catalina le interrumpió y sonrió como si nada. Estaba claro que Javier no había querido invitarlos a su boda y que no había dicho nada a su mujer del porqué. Ni siquiera Fernando conocía exactamente el motivo real—. ¿Qué tal Bilbao?

—Oh, hace ya seis años que vivimos en Inglaterra.— Dijo Margarita, que llevaba una falda a lo *parisién* que le ceñía la cintura—. El Banco

de Bilbao ascendió a Javier: le nombraron director de la sucursal de Londres. Al principio nos costó habituarnos, pero ahora estamos bien.

Catalina observó a Margarita, era una mujer guapa, jovial, con mucho *savoir faire*.

—Podéis venir a visitar la ciudad cuando queráis.— Continuó, mostrando una sonrisa sincera—. Y así conocéis a Laura, nuestra hija.

A Catalina se le revolvió el estómago y deseó con todas sus fuerzas desaparecer de aquel lugar. ¿Javier tenía una hija? No sabía exactamente por qué se sorprendía: era ya un hombre maduro, hecho y derecho, y tenía derecho a formar su propia familia igual que lo había hecho ella, aunque quizás la de él era mucho más sincera y real que la suya. Catalina iba a responder que no, que le agradecía la intención, pero que estaban muy ocupados y que era difícil poder viajar tan lejos. Sin embargo, en aquel preciso momento, todo el mundo se puso de pie para recibir a la familia real. La reina Victoria Eugenia, con un vestido al estilo de la moda británica, el pelo rubio recogido y la piel blanca como la nieve, andaba cogida del brazo del rey, que a su lado parecía un hombre escuálido y casi famélico, y seguida por sus seis hijos.

—No llegará a reinar.— Le susurró Margarita, refiriéndose al primogénito Alfonso —. Es hemofílico, su madre le transmitió la enfermedad. Tiene una salud muy frágil y dicen que apenas le han formado lo suficiente. Tendrá que renunciar algún día.

Catalina asintió sin apenas escucharle, pues Javier aprovechó aquel momento de absoluta euforia por parte de todos, incluido Fernando, para volverle a lanzar una mirada taciturna pero a la vez desbordada por la melancolía. Catalina comenzó a marearse, las piernas le fallaban y sintió que se le iba la cabeza.

—¿Te encuentras bien? –Le preguntó Margarita, que no perdía detalle —. Estás blanca.

—El humo y la gente.— Señaló hacia la terraza y comenzó a andar—. Necesito un poco de aire fresco.

Catalina se agarró del vestido y salió a la terraza del salón. Desde allí observó las vistas del parque de la Ciudadela de Barcelona, iluminada por los faros y las estrellas brillantes de una noche despejada. Quiso

poder volar y cruzar todos aquellos jardines hasta volver a su casa junto a sus hijos y Esmeralda y volver a olvidar el pasado.

—¿Estás bien? –La voz de Javier sonó tras su espalda.

Catalina no se giró, no quería volver a ver aquellos ojos claros que la desarmaban por completo. Conocía a la perfección el efecto que hacían en ella y quince años después ya no era el momento para dejarse llevar por ellos.

—Mírame, por favor.— Continuó, rogándole—. Fernando y Margarita están entretenidos hablando sobre la familia real, no te preocupes.

Catalina se pasó la lengua por los labios resecos. Se hubiera bebido dos vermuts de golpe si los hubiera tenido al alcance de su mano. Tenía la garganta seca y le costaba incluso pronunciar palabra. Finalmente se giró y todos los sentimientos que creía haber controlado durante años comenzaron a resurgir como por arte de magia.

—Llevo casi quince años sin saber de ti.— Aseveró con convicción, tocándose las manos sin parar—. Y de repente apareces, sin más.

Javier la miró con tal intensidad que se sonrojó.

—¿Casualidad o destino? –Se encogió de hombros—. Soy el director del banco de Bilbao en Londres y mi jefe es buen amigo del marqués de Foronda.

—Si fuera por ti no nos hubiéramos vuelto a ver nunca más, ¿no es así? –Espetó dolida—. ¿Cómo pudiste dejarme?

—Fuiste tú quien aceptó el compromiso con Fernando.

—¿Y qué querías que hiciera? –Sus ojos se humedecieron—. Nuestras vidas hubieran sido horribles, y lo sabes.

—Nunca es horrible cuando estás con la persona que quieres.— Se acercó más a ella, incluso pudo oler su suave y fresco perfume—. De todas formas, ahora ya no hay vuelta atrás.

No la rozó pero sintió como se le erizaba la piel. Le hubiera besado allí mismo sin importarle quién les pudiera ver, pero Margarita y Fernando aparecieron rompiendo aquellos segundos que por un instante le transportaron a cuando tenía veintiún años.

—¡Estáis aquí! —Margarita y Fernando llevaban una copa de champaña en la mano—. ¿Estás mejor?

Catalina se alejó de Javier instintivamente e hizo esfuerzos para mantener la sonrisa.

—Sí.— Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Solo necesitaba salir a fuera.

—Venga.— Ordenó Fernando—. Los reyes ya han tomado asiento, la cena la van a servir ya.

Volvieron al interior del salón y los camareros comenzaron a servir el menú de gala.

—Pobre rey.— Comentó Fernando, llenándose la boca con una buena cucharada de caviar *malossol*—. A este paso se quedará sin sucesor: Alfonso y Gonzalo hemofílicos, Jaime sordomudo... solo nos queda Juan.

—Pues así ocurrió con el actual rey de Inglaterra, Jorge V.— Le respondió Margarita—. Su hermano mayor murió y reinó.

Catalina y Javier permanecieron callados mientras sus respectivos departían amigablemente bebiéndose una botella entera de *Veuve Cliquot*.

—Por cierto, Javier.— Fernando se limpió los labios con la servilleta —. Siempre he querido llevar a los niños a estudiar a Inglaterra: allí hay muy buenos colegios y quiero que estén preparados antes de que empiecen la universidad aquí.

Catalina le miró de reojo sin saber hacia dónde quería llegar.

—Nunca nos hemos atrevido a enviarlos porque…— Continuó—. No sé, al no tener a nadie allí de confianza…

—¡Oh, que se vengan con nosotros! –Exclamó Margarita sin ni siquiera consultarlo con su marido—. Pueden hospedarse en casa todo el tiempo que sea necesario, así conocerán a Laura y estarán arropados por su familia.

—Fernando, deberíamos hablarlo.— Le susurró Catalina, intentando disimular su desconcierto—. No debemos abusar de su hospitalidad.

—Tú también estabas de acuerdo con enviarlos a Inglaterra una temporada. ¿Qué problema tienes?

—No te preocupes por nosotros, cielo.— Intervino Margarita con entonación cantarina—. Estaremos encantados de acogerlos. ¿Verdad, Javier?

—Claro que sí.— Dijo al fin, forzadamente—. Será una bonita experiencia para todos.

—Te lo agradezco muchísimo, primo. Todavía son pequeños, esperaremos a que tengan dieciséis o diecisiete años.— Hizo una pausa para darle un bocado a uno de los hojaldres al parmesán—. ¿Por qué no os venís a Biescas unos días?

—Imposible.— Respondió Javier con rapidez, negando con la cabeza —. Mañana mismo hemos de volver a Londres.

—¿Pero qué dices? –Margarita arrugó la frente—. ¡Íbamos a pasar toda la semana aquí!

—¿Oh, no te lo he explicado? –Le agarró de la mano cariñosamente—. Esta mañana, en la reunión, el presidente del banco me ha dicho que he de volver, que ha habido problemas en Londres con unas cuentas muy importantes.

Margarita agachó la cabeza apesadumbrada.

—¡Qué pena! ¿Y no lo puedes cambiar?

Catalina supo que era mentira, que se lo había inventado para no tener que pasar unos días juntos. A pesar del tiempo que había pasado, seguía conociendo bien a Javier.

—Otra vez será, cariño.

Javier no dejó de mirarla durante toda la cena: sus ojos almendrados, sus pestañas largas y espesas tintadas de rímel, sus labios sonrosados… Toda ella era perfecta, pensó.

Cuando terminaron de cenar, salió la banda de Jack Hylton, un pianista inglés que se había hecho famoso tocando jazz americano. Ahora daba giras por Europa y América y se había convertido en todo un fenómeno de la música. Cuando sonaron las primeras notas, los

duques se dirigieron a la mesa de los Luengo para tomar la última copa y comenzar a bailar, pero Catalina ya no estaba de humor. La presencia de Javier le estaba afectando demasiado y no sabía si podría seguir disimulando más. Lo único que quería era regresar al hotel y olvidarse de todo lo que había sucedido. Pero la duquesa le insistía en bailar y salió a bailar con ella de forma divertida una canción desenfadada. Después siguió bailando un poco con Fernando mientras Javier y su mujer también se unían a la pista. Se cruzaron la mirada en un par de ocasiones y Catalina pensó que, a pesar de que habían pasado muchos años, Javier parecía estar igual que siempre. Pudo observar que tenía unas pequeñas arrugas en los ojos cuando se reía y alguna pequeña cana por la parte del cogote, pero eso era todo. Ambos habían llegado bien a la madurez y seguían teniendo un buen físico y una buena salud. Cuando llevaban ya un rato bailando, Catalina miró a su alrededor en busca de Javier, pero ya no estaba en la pista de baile. Miró luego hacia la mesa y tampoco estaban allí. Se había ido y había evitado despedirse de ella.

28

Barcelona, mayo de 1929

Catalina se levantó de la cama arrastrando el camisón de muselina por la alfombra persa que cubría el suelo de su habitación del Ritz. Apenas había dormido, el recuerdo de Javier después de tantos años de ausencia se había convertido desde anoche en algo imposible de sacarse de la cabeza. Todos aquellos años no había dejado de pensar en él ni de acariciar la única fotografía en la que aparecía junto a ella en un hotel de Zaragoza hacía ya catorce años. Y anoche por fin lo había vuelto a ver, aunque una parte de ella no hubiera querido hacerlo jamás. Llevaba muchos años ya con Fernando y, aunque no sentía nada por él, habían formado una familia juntos. Miró a su marido, que seguía durmiendo y roncando con despreocupación. ¿Sería capaz de dejar pasar otros catorce años así viviendo una vida vacía? Pensó, dirigiéndose al baño con languidez y parsimonia, como si quisiera que el tiempo le diera una respuesta. Se lavó la cara y se miró unos segundos en el espejo, dejando que las gotas de agua recorrieran el contorno de sus facciones. Se vio joven, hermosa, como la muchacha de veintiún años que pretendía comerse el mundo pero que acabó aceptando una vida sin riesgos. Cerró los ojos durante un rato, tenía una conversación pendiente con Javier y jamás descansaría hasta que pudiera desprenderse de aquel peso enorme que cargaba en su consciencia. Se maquilló ligeramente los pómulos y las pestañas, y se puso un vestido sencillo de día de color violeta que le acentuaba sus bonitos ojos castaños. Fernando solía tener un sueño profundo y anoche había bebido demasiado, así que con un poco de suerte no se despertaría hasta el mediodía. Cerró con cuidado la puerta y se topó en el pasillo con un camarero que llevaba un carrito y varias bandejas repletas de bollería y tostadas.

—Buenos días, señora.— Su sonrisa escondía unos dientes blancos, perfectos—. ¿Hoy no tomará el desayuno?

—No, gracias.— Respondió sin gran entusiasmo—. Tengo prisa.

—¿Y el señor?

—El señor está durmiendo, mejor no le moleste. Tenga un buen día.

Catalina se marchó apresurada, como si el camarero pudiera conocer sus intenciones a través de su sonrisa nerviosa. Bajó al vestíbulo decorado pomposamente a lo *Belle Epoque* y salió a la calle. Frente a la puerta del hotel habían varios taxis aparcados, se dirigió al que tenía más cerca y esperó a que el conductor, que se estaba fumando un cigarrillo apoyado en el capó, le abriera la puerta del vehículo y se sentara en su asiento.

—Bon dia, señora.— Colocó bien el retrovisor del coche—. ¿A dónde la llevo?

—Todavía no lo sé.— Suspiró y se tocó con suavidad su cabello en ondas—. Necesito que me lleve a los mejores hoteles de la ciudad.

—¿Ninguno en concreto? –Preguntó extrañado.

—Verás, estoy buscando a un amigo que también visita la Exposición, pero no sé donde se hospeda.

—Aja.— El taxista asintió convencido—. Pues será mejor que la lleve a Paseo de Gracia, allí están los hoteles más lujosos: el Colon, el Majestic Inglaterra…

—¡El Majestic Inglaterra! –Exclamó, sorprendida—. Él trabaja en un banco, en Londres, quizás le hospedaron allí.

El taxista comenzó a reír.

—¡Es probable señorita! Muchos ingleses se hospedan allí pensando que lo regentan sus compatriotas, pero no es así. Me parece que los dueños son italianos.

—¡Vaya, qué curioso! -Dijo sin más.

—Estamos muy cerca, no tardaremos mucho.— Puso en marcha el taxímetro—. Aunque con esto de la Exposición hay mucho más tráfico, salen taxistas hasta por debajo de las piedras.

Catalina no quería conversar, tan solo quería cerrar los ojos y relajarse con el traqueteo del vehículo. Estaba muy nerviosa, aunque era muy

probable que no encontrara a Javier en aquel hotel, ni siquiera en ninguno de los de aquella calle. No tenía mucho tiempo para hablar con él, no podía arriesgarse a que Fernando no la encontrara en la habitación cuando se despertara.

—Aquí tenemos el Paseo.— Anunció el taxista, mostrando una sonrisa humilde.— ¡Mire qué cantidad de tiendas y de cafés! La verdad, es una calle estupenda.

Catalina se sintió obligada a mirar por la ventana; realmente era espectacular: edificios modernistas, restaurantes, salas de bailes, teatros…

—¿Alguna vez ha visto algo parecido?

El taxista le señaló un edificio de formas singulares, una fachada de entrantes y salientes, ondulada, con balcones y barandillas semejantes a algas marinas y ornamentos abstractos.

—Quien construyó esto era todo un genio.— Respondió asombrada.

—Antoni Gaudí, que en paz descanse.— Chasqueó la lengua—. Murió hace tres años atropellado por un tranvía. La Pedrera es uno de sus edificio más emblemáticos junto a la Sagrada Familia.

Los ojos de Catalina rápidamente fueron a parar a la fachada de uno de los edificios cercanos a la Pedrera esquina con la calle Valencia.

—¡El Majestic Inglaterra! –Gritó nerviosa, como si tuviera miedo a que el taxista se lo saltara.

El taxi paró como pudo frente a la puerta principal, sorteando Hispano—Suizas y Fords de lujo, incluso algún Rolls—Royce Twenty. A Catalina se le revolvieron las tripas, incluso tuvo ganas de vomitar. Algo le decía que Javier se hospedaba allí y que no tendría más remedio que enfrentarse al pasado.

—¿Quiere que la espere?

—No, gracias.— Sacó el monedero de su bolsito de sobre y le pagó generosamente.— Quédese con el cambio.

Catalina bajó impetuosamente del coche y se adentró en el vestíbulo del hotel, dirigiéndose al mostrador en el que se encontraba un joven

recepcionista uniformado.

—Disculpe, estoy buscando a un familiar, creo que se hospeda en este hotel.

El chico sacó el libro de registros de debajo del mostrador y le sonrió educadamente.

—Dígame el nombre si es tan amable.

—El señor Javier Cuellar.— Tragó saliva y cruzó los dedos para que estuviera allí.

El recepcionista comenzó a mirar página por página.

—Tenemos a mucha gente hospedada con esto de la Exposición.— Resopló ligeramente—. Quizás nos lleve un tiempo.

Continuó buscando unos minutos más hasta que negó con la cabeza.

—No hay ningún apellido así, lo siento. Quizás se haya equivocado de hotel.

—Oh, ¿está seguro? –Catalina agachó la cabeza decepcionada.

El muchacho siguió buscando ofreciendo una mueca de concentración.

—¡Espere! –Señaló con el dedo en una página—. Alguien le ha registrado por el nombre. Aquí está, sí.

Catalina suspiró exageradamente, aliviada, sin disimular su desasosiego.

—¿Quiere que le deje una nota?

—Mejor llámele y dígale que estoy aquí, por favor.

—De acuerdo.— Cogió el teléfono de bronce y marcó el número de la habitación.— ¿Cómo se llama, señorita?

—Natalia, su prima.— Carraspeó nerviosa ante la mentira—. Dígale que le he traído barquillos de Huesca, así no le importará levantarse.

Sonrió intentando parecer despreocupada.

—Siento despertarle, señor.— Javier había cogido el teléfono—. Su prima Natalia está aquí, en recepción.

Catalina contuvo la respiración.

—Dígale lo de los barquillos.— Insistió en voz baja.

—Sí, su prima, sí.— Volvió a repetir—. Su prima Natalia. Dice que le ha traído barquillos de Huesca para desayunar.

Un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda. ¿Se acordaría del día de la ruleta y el barquillero? ¿Lo relacionaría con ella? Comenzaba a arrepentirse de haberse presentado allí: ¿Y si él ya no quería saber nada de ella? Al fin y al cabo se había ido de la cena sin despedirse.

—Muy bien señor, muchísimas gracias.— El recepcionista colgó el teléfono—. Ahora mismo baja, señorita. Dice que está deseando probar esos barquillos.

Catalina rió ahora mucho más tranquila.

—Gracias por su ayuda.— Se sentó en uno de los sillones del hall y esperó.

Miró varias veces el reloj de péndulo que colgaba de la pared del vestíbulo hasta que al cabo de diez minutos Javier apareció a lo lejos con un pantalón Oxford Bag a la moda y con un jersey informal que le daba un aire cercano y amigable.

—Prima Natalia.— Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla—. Le invito a desayunar en el café Vienés. Está cerca, demos un paseo.

Salieron del hotel y comenzaron a andar plácidamente. Javier tenía un brillo divertido en la mirada.

—¿Y dónde están esos barquillos? –Le sonrió pícaramente formándole unas pequeñas arrugas al final de los ojos.

—Creía que no te acordarías.— Miró de reojo su cuello ancho y la nuez prominente que le hacía tan masculino—. ¡Hace tanto tiempo!

—Me acuerdo de todos los momentos que pasé contigo.

—Sus ojos le atravesaron como dos lanzas—. ¿Por qué has venido a

buscarme?

—No pudimos despedirnos hace catorce años.— Su mirada le produjo un efecto embriagador—. No quiero que vuelva a pasar.

—Ayer me fui sin despedirme, pero es que… te vi tan bien bailando con Fernando que intuí que no querrías volver a saber nada de mí.

Catalina negó con la cabeza.

—Estoy acostumbrada a fingir.

Hubo un silencio tenso y Javier cambió de tema.

—Fernando y Margarita bebieron demasiada champaña.— Se le escapó la risa—. Los dos dormirán durante horas.

—¿Cómo puedes estar de tan buen humor? –Frunció el ceño desconcertada—. Después de todo lo que ha pasado…

—Estoy contento de estar ahora mismo a tu lado.— Se acaloró avergonzado por su arranque de sinceridad —. Y no quiero estar triste contigo.

Por fin llegaron al Café Vienés. Era una cafetería de altas columnas y arcos de estilo romántico muy concurrida por la burguesía del Eixample. Se sentaron en una mesa parcialmente escondida por una de las columnas y se pidieron un café.

—Bueno, ahora ambos tenemos una familia.— Catalina lo dijo con un deje de tristeza en la voz—. Tienes una hija.

Javier asintió y sonrió al recordarla.

—Un hijo te cambia la vida.— Dijo con pesadumbre—. Te atan a todo.

—Lo sé, ya no somos tan jóvenes.— Esperó a que el camarero le dejara la taza sobre la mesa—. Ahora tenemos obligaciones.

—Siempre las hemos tenido, Catalina.— Se encendió un cigarro y dio una calada bien fuerte—. Tú y yo nunca hemos sido libres.

Catalina tuvo ganas de llorar, de cambiar el pasado y todas las decisiones erróneas que había tomado. Pero ahora ya era demasiado

tarde: su oportunidad había pasado.

—Pero de todas formas mis sentimientos por ti jamás han cambiado.— Le cogió de la mano y cerró los ojos al notar su piel.

Catalina se estremeció, quiso abrazarle, apretarse contra él y no soltarle nunca.

—Oh Javier, todavía te quiero.— Se llevó su mano a la boca y la besó repetidamente—. Pero he de contarte algo, algo que ocurrió y que tú no sabes…

Javier le cogió la cara con las dos manos, la atrajo hacia él y la besó apasionadamente como si quisiera compensar todos aquellos años perdidos. Catalina se sintió mareada: el corazón le latía a mil por hora. No quería separarse de él nunca más. Le encantaba el tacto de sus labios, su lengua húmeda y suave, su olor a notas orientales y cuero… Javier se separó de ella y pareció sentirse culpable.

—Pero también quiero a Margarita, aunque de otra manera. Es la madre de mi hija y sería incapaz de hacerle daño.

—Lo sé.— Irguió perfectamente la espalda—. Te entiendo.

Claro que le comprendía, hubiera sido absurdo pensar que Javier abandonaría a su familia por un amor de hacía quince años.

—Mañana me vuelvo a Inglaterra. Debo irme antes de que sea consciente de que te pierdo otra vez.

Hubo un silencio en el que ninguno era capaz de mirar al otro. Quizás no volvería a ver a Javier nunca más o quizás el destino la volvía a sorprender como anoche.

—¿Te trata bien Fernando? –Preguntó al fin.

—Cuando me tuvo dejó de quererme.— Se encogió de hombros—. Si es que alguna vez me quiso. Tenemos indiferencia el uno hacia el otro. Yo intento salir adelante por mis hijos.

—Quizás tú también le llegaste a querer alguna vez.- Tragó saliva y removió torpemente los posos de café que quedaban en el fondo de la taza.

Catalina negó con la cabeza.

—Cuando te marchaste intenté quererlo, me esforcé todo lo que pude por sentir algo.— Suspiró con resignación—. Pero solo te amaba a ti.

Javier le miró con dulzura y le volvió a acariciar las mejillas. Catalina hizo una mueca de disgusto, ¿por qué seguir torturándose el uno al otro si él se volvería a Inglaterra al día siguiente?

—He de irme.— Catalina se puso de pie—. Fernando se despertará y… ¡Uff, no quiero ni pensarlo! Pediré un taxi.

—¿Todavía conservas la foto? –Le dijo de golpe, mordiéndose el labio inferior.

Catalina abrió su bolso y sacó la fotografía rozada por las puntas.

—Ahora te toca a ti.— Se la entregó echándole un último vistazo—. Para que me recuerdes siempre.

—Sabes que jamás podría olvidarte aunque lo intentara.— Se acercó a ella y le volvió a besar.

Ella apoyó la frente en la de él queriendo retrasar su despedida.

—Por cierto.— Javier le agarró de la barbilla juntando sus ojos con los de ella—. ¿Qué me querías decir?

A Catalina le temblaron las piernas. Él se volvía a Inglaterra con su mujer y su hija, ¿a caso cambiaría algo si le decía la verdad?

—Nada.— Su voz sonó fría como el acero—. Simplemente adiós. Hasta siempre.

SEGUNDA PARTE

29

Jaca, diciembre de 1930

Toni se desabotonó el chaleco: tenía calor, y es que desde que había empezado la reunión no había parado de beber. Allí, en la relojería de Alfonso Rodríguez, el ambiente estaba caldeado gracias a la estufa de queroseno y en gran medida también a las botellas de vino y orujo que había sobre la mesa. Toni miró a su alrededor: estaba rodeado de relojes de todo tipo, algunos rococós y otros más simples que no dejaban de recordarle las horas que faltaban para el gran día. Algunos ya habían cantado medianoche; ya llevaban allí más de tres horas y los capitanes García Hernández y Fermín Galán parecían no querer dar por zanjada la velada.

—¿Estás bien? –Le preguntó el Sastre, llenándole una vez más el vaso.

Antes de recoger el vaso, se quedó absorto en el desorden de la mesa de trabajo del relojero: a parte de los cigarrillos con filtro, cajas de cerillas y vasos de diferentes tamaños, también habían piezas diminutas de reloj y herramientas de todo tipo.

—Me parece que el alcohol te está subiendo demasiado.— Continuó, sacando las botellas de su vista—. Es el último.

—Estoy bien.— Acabó diciendo, a pesar de que notaba un ligero mareo—. Solo estoy un poco nervioso.

Las palabras cada vez las oía más lejos, como si llegaran a través de otra habitación. Toni se había visto superado por los acontecimientos de los últimos meses: la dictadura de Rivera había terminado en enero de ese mismo año por falta de apoyo y el rey había puesto al cargo de presidente del gobierno al general Dámaso Berenguer. La monarquía pretendía ahora desvincularse de lo que había sido la dictadura intentando volver a la normalidad constitucional cuando el mismo rey había aceptado el golpe de estado de Rivera. Muchos de los sectores sociales que habían apoyado la monarquía, incluida la clase media, ahora la abandonaba por falta de confianza. Además, los grupos

republicanos y de izquierda se habían unido en el famoso Pacto de San Sebastián, que abría un horizonte de libertad y democracia en la conservadora España.

Toni, en vísperas de lo que iba a suceder en dos días, se aliviaba tomando unos tragos de vino tras otro. El comité-revolucionario republicano—socialista presidido por Alcalá Zamora y del que también participaba la UGT, había preparado una insurrección militar además de una huelga general para poder cambiar el régimen político y proclamar una República. Sin embargo, los capitanes Fermín Galán y García Hernández estaban dispuestos a adelantar la fecha del golpe sin esperar la confirmación del Comité. Toni no acababa de verlo muy claro, pero estaba metido en aquel lío y tenía que llegar hasta el final con todas las consecuencias. De fondo escuchó la conversación entre el relojero y los capitanes.

—Era lo que queríamos. Estábamos deseando que dimitiera Primo de Rivera para actuar.— El capitán Hernández se sorbió la nariz a falta de pañuelo—. Y encima lo tenemos muerto. ¡Qué lástima que fuera de diabetes y no de un balazo en la cabeza!

—Y además hemos conseguido que la gente relacione democracia con República y despotismo con monarquía.

—¡Y el muy idiota de Berenguer va y ofrece una amnistía a los imputados por lo del 26!— Continuó el relojero, señalando al capitán Fermín Galán—. ¡Te ha dado la libertad, compañero!

Galán había participado en la Sanjuanada contra la Dictadura de Miguel Primo de Rivera y había sido condenado por un consejo de guerra a seis años de cárcel. Luego Berenguer, hacía apenas unos meses, lo había dejado en libertad.

—No me lo esperaba para nada.— Galán se revolvió el pelo negro ondulado—. ¡No me extraña que le llamen la Dictablanda!

Todos comenzaron a reír, palmeándole el hombro a aquel capitán gaditano destinado al Regimiento de Jaca.

—Aunque esperemos que ese hijo de puta no nos complique la vida.— Añadió García Hernández.

—Yo estuve tres años en la cárcel de Montjuic, así que ya sé lo que me

puede esperar. Pero no os preocupéis, no ocurrirá nada porque la sublevación triunfará.

—Entonces volvamos a nuestros planes.— Zanjó el Sastre, dando una palmada—. Recapitulemos. Mañana a las once de la noche nos veremos aquí mismo y al amanecer tomaremos el Ayuntamiento de Jaca y proclamaremos la República. Luego nos encaminaremos a Huesca para reunirnos con los demás regimientos. La huelga general estará ya en marcha y la gente nos apoyará desde las capitales.

Toni sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. No tenía miedo, pero estaba inquieto. Algo le decía que las cosas no iban a salir tan bien como planeaban y que debían seguir las pautas que marcaba el Comité en vez de obedecer únicamente a los capitanes.

—¿Pero por qué no esperamos a que nos dé la orden el Comité? – Intervino por fin, aunque era consciente de que él era el que menos decisiones podía tomar, pues había sido el último en incorporarse.

—Por varias razones, amigo.— Galán bostezó cansado de que los demás le pusieran en duda su plan—. Primero porque pasado mañana es viernes y hay mercado, y necesitaremos los camiones de los comerciantes para poder salir de Jaca, sino quedaremos inmovilizados aquí. Segundo porque la Navidad se acerca y muchos de los oficiales tendrán permiso para regresar a sus casas. Y tercero, la nieve. Cuanto más tardemos, más posibilidades hay de que nieva, y ¡no te puedes imaginar lo difícil que es movilizar a las tropas con el mal tiempo!

El capitán Hernández se acercó a él; le había visto beber y apoyó su mano sobre el hombro.

—No bebas más.— Sonrió ligeramente—. Veo que no estás del todo convencido, pero sé, por lo que me ha contado Julián, que eres un tipo valiente. Has dado charlas por toda la provincia, ¿no es así?

Toni asintió. Se había convertido en todo un experto del sindicato y su trabajo ahora consistía en ir de un pueblo a otro dando charlas e información a todos quienes necesitaban medidas legales contra su patrón o su empresa.

—Pero esto no tiene nada que ver con las capacidades oratorias de uno.— Quiso pegarle otro trago al vino pero se abstuvo—. ¿Cómo puede estar tan tranquilo?

Fermín Galán despejó la mesa y se apoyó en la esquina mirándolo fijamente.

—Mi padre murió en la Academia Militar cuando yo apenas era un crío. Aquello no me hizo amedrentarme y luché en la guerra del Rif con la Legión, donde me hirieron y aproveché para escribir mi novela sobre esa guerra en el hospital de Carabanchel.— Lo dijo con orgullo. Su trayectoria era realmente brillante para tener tan solo treinta años —. Cuando me encerraron por lo de la Sanjuanada, aproveché aquellos tres años y medio de reclusión para seguir escribiendo ensayos políticos y seguir manteniendo la mente activa. La clave es seguir creyendo. Si no crees, entonces jamás podrás enfrentarte al peligro.

Toni pensó que tenía razón y se sintió mal por no creer del todo en ellos, pero las cosas no solo funcionaban por el mero hecho de tener fe, sino que también había que actuar con precaución y mente fría.

—Bueno señores.— El relojero señaló la puerta al ver que se hacía demasiado tarde—. Ya es hora de que cada uno se vaya a su casa.

Antes de irse, el Esquinazau, otro militar, comenzó a repartir a cada uno unos cuantos galones del color de la bandera tricolor.

—¡Qué narices es esto? – Preguntó Galán, riéndose.

—Es para ponerla en la gorra y para distinguir a los soldados que estén a favor nuestro o no. Le pedí a mi mujer que las hiciera y me tuve que inventar una buena excusa para no decirle la verdad.— Comenzó a reír recordando la escena—. Le dije que era para hacer una excursión con los amigos.

Los demás comenzaron a reír también y Toni agradeció sacar un poco de hierro al asunto tan serio que les había congregado allí, en la trastienda del relojero.

—¡Engañar a mi pobre mujer de esta manera! –Negó con la cabeza sin dejar de reír y se bebió un vaso de vino.

El relojero comenzó a apagar las luces para que la gente abandonara la relojería y todos empezaron a salir de uno en uno y en un margen de cinco minutos para no levantar sospechas de que allí se cocía algo más que una simple reunión de amigos. Toni se caló la gorra hasta las

orejas y se subió las solapas del abrigo hasta el cuello. Fue el último en marcharse y aunque se hubiera tropezado con alguien en la calle ninguno hubiera podido reconocerle. Comenzó a moverse con torpeza, ebrio, mientras la escasa luz de las farolas se proyectaba en el ladrillo de las aceras. Por un momento se arrepintió de haber aceptado la propuesta del Sastre de formar parte de la sublevación. Quería luchar por las libertades y la democracia de España, pero se veía a sí mismo como una persona insignificante en comparación con los capitanes, que tenían ya una larga experiencia luchando contra la Dictadura y que incluso se habían jugado su propia vida por ello. En comparación con ellos, Toni se sentía una pequeña pieza en el engranaje que apenas podía aportar nada y menos aún cambiar el rumbo de los acontecimientos. De todos modos, él había elegido libremente meterse en aquello y lucharía hasta el final por lo que estaba en juego. Intentó abrir la puerta del hostal pero la llave estaba echada. La Pepa ya había advertido más de una vez que ella se acostaba sobre las once y que todo aquel que llegara más tarde tendría que pasar la noche al raso. Toni aporreó la puerta varias veces y apoyó sus espaldas en ella.

—¡Toni! –Ana se asomó por la ventana de su habitación al oír los golpes—. ¿Qué haces despierto a estas horas? ¡La Pepa no te va a abrir!

—Me da vueltas todo.— Puso la cabeza entre sus rodillas y cerró los ojos.

—¡No puedes quedarte ahí afuera con el frío que hace! –Exclamó con gesto contenido y desapareció bruscamente de la ventana.

Unos minutos después, la puerta del hostal se abrió y apareció Ana en camisón pero con una manta sobre los hombros.

—Oye, no te duermas.— Dijo con sigilo, tocándole la espalda para espabilarlo—. ¿Quieres morir congelado?

Toni abrió los ojos lentamente y se quedó embobado mirándola; la chica desprendía un aroma a gardenia y jardín.

—¿Cómo has conseguido abrirme?

—Le he cogido las llaves a la Pepa.— Sonrió pícaramente, enseñándolas—. Ya sabes que duerme como un tronco, ni se ha enterado.

Le tendió la mano y le ayudó a levantarse.

—Tengo muchas ganas de vomitar.— Toni caminó irregularmente, cogido del brazo de la muchacha para no tropezarse en la oscuridad.

—Eres un juerguista con aires intelectuales.— Le soltó con recochineo, subiendo las escaleras y llevándole a su habitación.

—No he estado en la taberna, Ana.— Logró decir él, tirándose en la cama—. Te lo juro.

—A mí no me tienes que dar explicaciones.— Obvió lo que le había dicho y le quitó los zapatos—. Necesitas entrar en calor. Ahora vengo, te voy a preparar algo.

Ana volvió al cabo de diez minutos mientras Toni tiritaba por el frío. Llevaba una taza en las manos cuyo contenido olía a jengibre.

—Toma, bébetelo.— Se lo acercó a los labios—. Mi madre se lo preparaba a mi padre cuando se tomaba alguna cerveza de más.

Toni se lo bebió de golpe y suspiró.

—Perdona mi actitud, yo…

—Ahora presiona durante un rato.— Le ordenó, poniendo su dedo índice sobre la muñeca—. Se te irá la sensación de mareo.

Toni sacó cuentas mentalmente de las veces que se había emborrachado y llegó a la conclusión de que aquella era la primera en la que había acabado en semejantes condiciones.

—Bebe mucha agua.— Le recomendó, señalándole el aguamanil y haciendo ademán de marcharse.

—Ana.— Le susurró con la voz pastosa—. Pasado mañana no salgas de casa.

—¿Por qué dices eso? –Le miró extrañada y negó con la cabeza—. Has bebido demasiado.

—No, no, en serio.— Le agarró del brazo e insistió—. Prométeme que te quedarás aquí, a salvo.

—¿Qué es lo que va a ocurrir pasado mañana? –Frunció los labios, aunque pronto los relajó al percibir el tacto de su mano con la suya.

—Un cambio, algo gordo.— Sintió que se le iban las fuerzas y se le cerraban los ojos—. Por favor, prométela, prométela…

Toni no pudo aguantar más: sentía el peso de los párpados sobre sus ojos, los nervios palpitándole las sienes, la cabeza dándole vueltas como si se tratara de un barco en alta mar luchando por no naufragar en plena tormenta. Se quedó dormido sin escuchar la respuesta de Ana. Su querida Ana.

30

Huesca, agosto de 1914

Catalina se despertó ilusionada y con ganas de comenzar el día. Sentía un constante hormigueo en el estómago que apenas le había dejado dormir. Se había acostado tarde: la noche anterior había estado en el Teatro Principal junto a Fernando y Javier y cuando se había metido en la cama no había podido dejar de pensar en lo atento y simpático que había sido Fernando con ella y en la bonita relación que estaba naciendo entre ellos. ¿Hacia dónde se dirigía aquel sentimiento? Estaba enamorada, o eso creía, pues era la primera vez que sentía algo semejante. Hasta entonces su madre nunca le había dejado relacionarse con chicos y toda su vida había girado en torno al mundo femenino; desconocía por completo a los hombres. Ahora que conocía a Fernando comenzaba a descubrir un nuevo abanico de sentimientos, emociones e impresiones que hasta entonces creía inexistentes. Incluso el saber que dormía a escasos metros de él le hacía sentir un cosquilleo extraño por todo el cuerpo.

Manuela entró en la habitación y abrió la puerta del balcón para ventilarla.

—Aquí huele mucho a tabaco.— Arrugó la nariz y se la tapó con la mano—. Me imagino que ayer los dos muchachos se hartarían de fumar. Y muy cerquita tuyo, por lo que veo.

Catalina se desperezó y sacó la cabeza por el balcón aspirando el aroma de las flores del jardín. Hacía un día soleado y el calor caía con fuerza sobre la fachada de la casa.

—Todos los hombres del teatro fumaron, no solo ellos.— Se dirigió ahora al aguamanil y se lavó la cara—. Y mantuvimos las distancias, te lo prometo.

Manuela sacó del armario el vestido de mañana de color blanco roto que tan bien le sentaba.

—Más te vale, sino tu madre te mata. Aunque yo creo que el señorito Luengo no es de ese tipo de hombres. Y estaba su primo, claro.

Catalina frunció el ceño mientras se ponía el vestido, que lo arrastraba ligeramente por el suelo.

—Javier no habló en toda la noche. Estuvo muy simpático por la tarde, pero fue llegar su primo y cambiar totalmente de actitud. Es un poco raro.

Manuela la sentó en la silla del tocador y comenzó a hacerle un bonito recogido en el pelo.

—¿No tendrá celos? –Se puso una horquilla en la boca y Catalina tuvo que hacer un esfuerzo para entenderla—. Su primo se está llevando a una de las chicas más guapas de Huesca.

Le guiñó un ojo y Catalina negó sonriente.

—¡No digas bobadas! –Exclamó sin dejar de mirarse en el espejo—. Está claro que Javier no está por mí, ¿no ves cómo me trata a veces?

—Cariño, te sorprendería la de tonterías que es capaz de hacer un hombre para seducir a una mujer.

Catalina se puso de pie; estaba perfectamente arreglada para bajar a desayunar: nunca se había esmerado tanto para estar guapa en un asunto tan trivial como aquel, pero estaría Fernando y aquello sí que merecía todo el esfuerzo. Salió al pasillo y pasó por delante de su habitación. La puerta estaba entornada y pudo ver a Javier también allí, de pie, discutiendo acaloradamente con él. Catalina no quiso entrometerse y siguió andando, pero Javier aumentó todavía más su tono de voz y aquello le hizo retroceder sus pasos y volver hacía la puerta para ver de qué se trataba.

—¡Mañana mismo me iré! ¡No voy a consentir que me trates como a una celestina!

Fernando se encendió un cigarro y rió sin perder en absoluto los nervios.

—Oh, vamos, no tienes otra cosa que hacer.

Javier agachó la cabeza y le dio la espalda.

—Sabes que dependes de mí.— Continuó Fernando, tirando la ceniza en el cenicero con indiferencia—. No tienes trabajo, no…

—¡Maldita sea! –Gritó Javier, ahora señalándole con el dedo—. ¡Tú me lo quitaste todo! ¡Mi padre era el primogénito, era el dueño de todo lo que tienes tú ahora, y yo era el heredero!

Fernando se sentó en el borde de la cama y le miró fijamente a los ojos.

—Recuerda que fuiste tú quién firmó aquel papel.

Catalina continuó escuchando sigilosamente tras la puerta. Sabía que los dos primos no se llevaban tan bien como aparentaban, pero nunca se hubiera imaginado aquella discusión tan desconcertante. Javier estaba realmente dolido y resentido, pero Fernando ni siquiera parecía preocupado.

—¡Solo tenía catorce años cuando murieron en aquel maldito accidente!— Escondió su rostro entre las manos y comenzó a sollozar —. Me quedé solo, sin el apoyo de nadie…

Catalina entendió que hablaba de la muerte de sus padres, de la que todavía no sabía nada. No encontraba del todo ético preguntárselo sin más, pues no eran amigos y no había la suficiente confianza entre los dos como para contarle una tragedia de aquella magnitud.

—¡Mi familia te acogió! –Le interrumpió, recriminándole—. Has vivido bajo nuestro techo desde entonces y te hemos tratado como a uno más.

Si aquello era cierto, pensó, entonces Javier no podía tener ninguna queja de Fernando. Sus tíos le habían acogido como a un miembro más de la familia y Javier debía estar agradecido por ello.

—¿Y a cambio de qué, Fernando? –Le miró a los ojos, todavía estaban húmedos—. ¡Os quedasteis con todo lo que me pertenecía! ¡Todo lo que mis padres habían conseguido con su esfuerzo!

—Eres un desagradecido.— Le apuntó con el cigarrillo—. Si mis padres no llegan a quedarse con tu tutela hubieras acabado en un mísero hospicio.

—¡Me adoptaron para quedarse con mi herencia! –Expresó con rabia, andando de un lado a otro de la habitación—. ¡Nunca me dieron un abrazo, ni unas palabras de consuelo! Y tú…

Catalina no sabía quién decía la verdad y quién no. Javier parecía estar tan afligido y apenado que era difícil no creerse su versión de los hechos. Sin embargo, Fernando era un hombre de los pies a la cabeza, ¿cómo podría haberse aprovechado de su propio primo y de una situación así?

—¿Y yo qué? –Se levantó de la cama y se acercó a él en actitud provocativa.

—Te portaste mal conmigo.— Desvió la mirada hacía la puerta y estuvo a punto de sorprender a Catalina—. Siempre te creíste superior a mí, sabias que estaba solo en el mundo y te aprovechaste.

—Yo no te obligué a que firmaras el papel en el que me lo dejabas todo.— Espetó, dando una fuerte calada.

—No, no me pusiste una pistola en la cabeza si es a eso a lo que te refieres.— Hizo una pausa—. Tantos años obedeciéndote, creyendo realmente que eras mejor que yo… Tu familia me anuló por completo, tu padre te enseñó a llevar las tierras y a mí me apartó del negocio.

—Eras un niño débil, ni siquiera mostrabas interés por los estudios.

—¡Había perdido a mis padres! –Rompió a llorar otra vez al recordarlo —. ¡No sabía qué hacer con mi vida!

—¿Sabes cuál es tu problema? –Fernando se miró en el espejo de la cómoda y se arregló el pelo—. Que siempre te haces la víctima y consigues dar pena a todo el mundo.

Javier le miró de reojo, dolido.

—¿Por qué sigues machacándome? –Abrió las manos buscando respuestas—. Lo tienes todo, incluso el amor de Catalina. ¿Y yo? Yo no tengo absolutamente nada.

Catalina se sonrojó y se puso la mano en el corazón. Fuera o no fuera verdad, Javier había tenido una vida muy dura y Fernando parecía no comprenderlo.

—Soy un hombre ambicioso, quiero tener lo mejor.— Le miró duramente—. Por eso necesito que me ayudes con Catalina, que estés con nosotros hasta que me case con ella. Te aseguro que si fuera por mí no te arrastraría a esto, pues yo solo me basto, pero la sociedad no me lo permite. Tienes que estar con nosotros.

—Me tratas como si fuera un estúpido, como si tuviera que obedecerte para que sigas cuidando de mí.

—¿Es que no es así? –Trazó una media sonrisa—. Cuando sea un hombre casado te encontraré un buen trabajo y podrás hacer tu vida. Pero hasta entonces dependes de mí, y lo sabes.

Hubo un silencio.

—Será mejor que vayamos a desayunar.— Continuó Fernando, dirigiéndose hacia la puerta—. Se está haciendo tarde.

Catalina corrió jadeante escaleras abajo. Se sintió culpable por haber oído una conversación tan íntima y que ahora deseaba no haber escuchado. Había visto a Fernando tremendamente frío y distante con su primo, muy distinto a como se comportaba con ella y con las demás personas, pero se negaba a creer que su verdadero temperamento fuera ese. Ella no sabía nada de lo que realmente había sucedido años atrás, así que intentó no verse condicionada por lo que acababa de oír.

Sus padres ya estaban en el comedor; mientras su padre leía la prensa apoyado sobre la alacena, su madre comprobaba con el dedo índice la limpieza de las estanterías del comedor. Su madre la miró con una sonrisa pícara en la cara y le hizo un gesto con la mano para que le acompañara al jardín. Los chicos bajaron detrás de ella y se quedaron hablando con su padre sobre la Gran Guerra: el periódico estaba repleto de noticias que llegaban des del frente oriental de Europa. Las dos mujeres salieron al jardín y su madre le cogió del brazo con intimidad mientras daban un paseo hacia el invernadero. A medida que se acercaban, más se podía percibir el perfume de los naranjos que su madre cuidaba con tanto mimo.

—Cariño, ¿cómo fue anoche?

—La obra fue muy bonita, los actores lo hicieron de vicio.

—Sabes que no me refiero a eso.— Le palmeó el brazo lentamente—.

¿Qué tal con Fernando?

Era exactamente la misma conversación que había tenido con Manuela hacía apenas unos minutos, pero ahora no sentía la misma efusividad que antes. No tenía ganas de hablar del tema: todavía se sentía confusa por lo que había escuchado en la habitación de Fernando. Necesitaba aclarar sus ideas respecto a él.

—Bien, madre, pero he oído una conversación entre él y su primo que no debería haber escuchado. Javier le echaba en cara haberse aprovechado de él desde que se quedó huérfano, y eso no me gusta nada.

Su madre se paró en seco y le miró directamente a los ojos.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? La familia Luengo es una muy buena familia y dudo mucho que no trataran correctamente a su propio sobrino.

—Pero es que Javier parecía realmente triste… y Fernando…

—Déjalo ya, hija.— Le cogió de las dos manos y se las apretó—. Mira, Fernando es un buen hombre y más de una muchacha casadera lo daría todo por casarse con él. Tú tienes la oportunidad de hacerlo, así que espero que seas una chica lista y no desaproveches la ocasión de tener una muy buena a su lado.

—¿Y el amor? – Le parecía increíble que su madre hubiera pasado por alto aquel detalle que para ella era tan importante—. Yo no sé si le quiero o no.

Su madre sonrió indulgentemente como si hubiera dicho una tontería muy gorda.

—Cariño, el amor no tiene nada que ver en esto. Tienes que casarte con un hombre que esté a tu altura y luego ya aprenderás a quererlo. Luego tendrás hijos y ellos sí que se convertirán en el verdadero amor de tu vida.

Catalina negó con la cabeza.

—Yo quiero casarme por amor, madre, no por interés, así que primero tendré que conocer a Fernando más a fondo para saber si realmente

puedo llegar a sentir algo por él o no.

Su madre borró la sonrisa de su cara y frunció el ceño.

—No seas impertinente, niña. Tú harás lo que se te diga y punto, como hemos tenido que hacer todas.

Catalina no entendía como su madre podía sentirse con el derecho de manejar su propia vida a su antojo. Su vida era exclusivamente suya y del mismo modo que sus hermanos habían podido elegir libremente su camino, ella también exigía la misma equidad.

—¿Así que tú tampoco te casaste enamorada de papá?

—Tu padre era un hombre encantador y tus abuelos querían lo mejor para mí, por eso decidieron que me tenía que casar con él. Y te digo una cosa, siempre hay que hacer caso a los mayores porque ellos tienen experiencia y saben lo que mejor conviene a una jovencita.

Su madre se había casado por conveniencia y aquello parecía hacerla sentir muy orgullosa. Catalina, sin embargo, no entendía cómo una persona podía sacrificar su vida, el bonito sentimiento del amor, por un puro interés económico y social.

—¡Es mi vida, madre! –Exclamó indignada—. ¡Yo soy quién debo decidir mi futuro!

—¡Eres una niña y tienes que obedecernos! –Subió el tono de voz y le señaló amenazante con el dedo—. Te casarás con Fernando sí o sí, así que ya puedes esforzarte en quererlo. Y ahora vamos, estarán esperando para el desayuno.

Su madre dio la vuelta y comenzó a andar en dirección a la casa sin esperarla. Catalina suspiró hondamente y se dio cuenta de que su vida comenzaba a seguir una vereda complicada.

31

Toulouse, marzo de 1931

Luisa llevaba ya dos años trabajando en aquella casa y, aunque en un principio había sido contratada como lavandera, con el paso de los meses se había convertido en una criada más que hacía un poco de todo y ayudaba allí donde hiciera falta. Los primeros meses habían sido muy duros: Catherine, el ama de llaves, la trataba como si fuera una inútil y le hacía la vida imposible. Se quejaba constantemente de que le tenía que repetir veinte veces las cosas para que lo entendiera y le echaba en cara sus pocos conocimientos sobre las costumbres de la burguesía francesa. No le caía bien y a menudo la castigaba limpiando una y otra vez las más de trescientas bombillas que componían las quince lámparas de araña que tenía la casa. Era un trabajo agotador y acababa con tal dolor de espalda que por las noches tenía que aplicarse un paño mojado en vinagre de manzana para aliviarse, tal y como había visto hacer a Esmeralda en Biescas. ¡Cómo la echaba de menos! Ella sí que era una buena compañera, no como Catherine, que parecía estar en constante competición con cualquiera a pesar de que gozaba con la confianza y el apoyo total de la señora Chambon. Sin embargo, ahora estaba mucho más tranquila: entendía a la perfección el idioma y realizaba con aplomo y seguridad la colada y todas las otras tareas que le encomendaban. La señora parecía estar contenta con ella. Aunque era una mujer distante y apenas se dirigía al servicio, pues era Catherine quien se encargaba de transmitir sus órdenes y deseos, Luisa comenzaba a conocerla y por sus gestos podía llegar a saber si estaba del todo satisfecha o no. Trabajaba muy duro, pero siempre tenía los domingos por la tarde para descansar y coger fuerzas. Se iba a menudo con Brigitte, la ayudante de cocina de apenas diecisiete años, a pasear por el parque del Grand Rond y tomar un helado o unas almendras garrapiñadas. Se había convertido en una buena amiga; también era su compañera de habitación y pasaba muchas horas con ella. Tenía un carácter divertido, aunque a veces pecaba de inocente y Catherine no dudaba en humillarla delante de todos para avergonzarla cuando hacía alguna cosa mal. Entre las dos

se daban mutuo apoyo y salir con ella era una buena medicina para olvidar la pena que le comía por dentro cada día de su vida. Hacía dos años que no veía a su hija y ni siquiera sabía nada de ella. Cortés le había prohibido ponerse en contacto con Ana o con él por el bien de la niña y la incertidumbre de cómo estaría le hacía pasar la mayoría de noches en vela. ¡La echaba tanto de menos! Se había perdido la época más bonita de su hija y aquello no lo podría recuperar jamás. Muchas veces se había planteado regresar a España, pero si lo hacía pondría en peligro su vida y la de la niña y era un riesgo que no quería tomar. A pesar de todo estaba ahorrando y cada semana que pasaba en aquella casa era una semana menos para volver.

Luisa comenzó a restregar las manchas de vino que se habían quedado incrustadas en la mantelería de encaje. La aclaró y la volvió a golpear sobre la piedra del lavadero. Cuando ya se habían secado, las planchó con una plancha de hierro fundido que previamente había calentado en la chapa superior de la cocina de leña. Resopló angustiosamente al saber que todavía le quedaban por lavar los vestidos recargados de la señora y notó pinchazos en las muñecas de repetir siempre el mismo movimiento. Llevaba días levantándose muy cansada y le dolían los huesos con tan solo subir y bajar escaleras. Sentía que le faltaba el aire y tosía constantemente. Nunca se había sentido así, tan débil y sin fuerzas, pero intentaba disimular delante de Catherine.

—¿Te ocurre algo? –Le preguntó el ama de llaves, que siempre utilizaba un tono frío con ella. Le había bajado las toallas sucias del baño y se las había tirado al suelo con desprecio.

—Estoy bien.— Dijo de manera poco convincente, intentando hacer un esfuerzo por no parecer enferma.

—Intenta que la señora no te vea así, sabes que no tolera que nadie se ponga enferma en su casa.

De repente, Brigitte, que estaba en la cocina cortando unas verduras para la sopa, soltó el cuchillo de golpe y se desplomó al suelo ante la cara de sorpresa de sus compañeras. Luisa fue hacia ella e intentó levantarla, pero pesaba demasiado y sintió que le flaqueaban las piernas. Tuvo que sentarse en el suelo para no caer en redondo. Catherine les puso la mano en la frente, a ambas, y se le cambió la cara al comprobar que estaban ardiendo.

—¡Dios mío, pero si tenéis fiebre! –Exclamó—. ¿Desde cuándo estáis así?

En aquel momento apareció el jardinero y ayudó a Catherine a sentar a las dos chicas. Brigitte seguía semiinconsciente pero se espabiló cuando le mojaron la cara con un trapo. Estaba pálida y por la frente le caían varias gotas de sudor. Abrió los ojos lentamente y se agarró del brazo del ama de llaves para intentar levantarse.

—¡No les digas nada a los señores Chambon, por favor! –Le suplicó, llorando—. ¡No quiero irme de aquí!

Luisa no le había contado nada a Brigitte de lo mal que se encontraba y parecía que ella tampoco lo había hecho. Ambas habían procurado mantenerlo en silencio por precaución para que la señora Chambon no las despidiera.

—Eso no lo tienes que decidir tú. Mi obligación es avisar a la señora: puede ser algo grave.

—¡No, por favor! –Ahora era Luisa quién suplicaba de rodillas—. ¡Estamos bien, seguiremos trabajando como si nada!

Luisa se levantó de golpe, pero en seguida tuvo que volver a sentarse porque ni siquiera podía mantenerse en pie.

—Llévalas a su habitación, por favor.— Le ordenó al jardinero—. Yo iré a avisar a la señora.

Luisa pudo ver una mirada de triunfo en Catherine, como si estuviera disfrutando con aquello. Parecía echarles en cara su debilidad mientras que ella, que les doblaba la edad y más, gozaba de una salud de hierro. El jardinero las dejó en su habitación y se metieron en la cama, ambas separadas por una mesita de noche. A Luisa le pareció extraño estar bajo las sábanas a plena luz del sol, cuando siempre se acostaba de noche y amanecía cuando todavía no habían salido los primeros rayos de luz.

—No te preocupes, todo irá bien.— Le animó Luisa, cerrando los ojos para aliviar su malestar—. Estoy segura que no será nada.

—¡Oh, Luisa! –Comenzó a llorar desconsolada—. ¡Necesito este trabajo, no quiero marcharme!

Brigitte era una chica de pueblo que, como ella, había abandonado a su familia para tener un buen trabajo y escalar poco a poco en la jerarquía de servicio. Se sentía muy identificada con ella y sabía perfectamente por lo que estaba pasando.

—La señora tendrá compasión de nosotras, ya lo verás.

El médico no tardó en llegar, entró en la habitación y cerró la puerta tras él. El hombre, que tendría unos sesenta años, se colgó el estetoscopio del cuello y comenzó a auscultarlas seriamente sin pronunciar palabra.

—Mmm, mal asunto.— Confesó, una vez acabada la exploración—. Fiebre, tos, cansancio… me temo que es tuberculosis.

Las dos chicas ahogaron un grito de terror. Aquello era peor de lo que esperaban.

—¿Está usted seguro? –Preguntó Luisa alarmada—. ¿Eso es contagioso?

—Altamente contagioso.

El médico hizo entrar a Catherine y a la señora Chambon, que estaban esperando a fuera.

—Es tuberculosis.— Volvió a repetir. La señora Chambon se puso blanca y en seguida se puso la manga del vestido en la boca—. Quiero que todo el servicio se ponga máscaras para trabajar, incluso para dormir. Y por supuesto, limpiar diariamente las habitaciones de las infectadas, las paredes y los suelos del resto de la casa.

—¿Hay alguna solución? –Preguntó Catherine, utilizando un tono dramático—. ¡Es una enfermedad muy contagiosa!

—Reposo y nada de esfuerzos. Muchos caldos calientes e higiene, sobretodo higiene.

El médico recogió su maletín y se despidió de la señora con un gesto de compasión. Brigitte rompió a llorar otra vez y Luisa tragó saliva a la espera de la decisión de la señora.

—Mañana mismo viene mi hijo de Oxford.— Comenzó a decir la señora sin dejar de taparse la boca—. Y no pienso exponerlo al

peligro.

Luisa no conocía a Alexandre, pero había oído hablar de él. Era el hijo mayor y el único después de que la pequeña muriera. Había terminado la carrera de derecho y ahora volvía a Toulouse para vivir de nuevo con sus padres.

—¡Por favor, señora, denos una oportunidad! –Exclamó Brigitte.

La señora negó con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Lo siento, pero no puede ser. Os pagaré dos meses más de vuestro salario y daré referencias vuestras a mis amistades.

—Nadie querrá contratar a dos tuberculosas.— Luisa reprimió las lágrimas y retorció impotente las sábanas con las manos.

Marie Chambon evitó mirarles a la cara y les dio rápidamente la espalda. Sabía que nunca encontrarían trabajo y que seguramente arrastrarían la enfermedad toda su vida.

—Mañana tendréis que abandonar la casa.

—Es una buena decisión, señora.— Catherine asintió satisfecha—. Si se quedan puede que enfermemos todos y no queremos que ocurra lo mismo que hace veinte años.

La señora tragó saliva al recordarlo y se marchó de la habitación sin decir nada más. El ama de llaves les lanzó una dura mirada de reproche y siguió a Marie Chambon dando un sonoro portazo.

A la mañana siguiente, Catherine ayudó a Luisa y a Brigitte a hacer su maleta y las acompañó hacia la puerta principal de la casa. Allí estaba la señora Chambon para despedirse y un chofer para acompañar a Brigitte a la estación, pues se volvía al pueblo, y a Luisa al hostal de españoles. Estaban demasiado débiles para volverse en tranvía. Luisa apenas había dormido aquella noche: Brigitte no había parado de llorar y ella no había dejado de pensar en cómo resolver el problema, era un mar de dudas y no sabía si regresar a España o quedarse en Toulouse y probar fortuna en otra casa cuando se recuperara. ¿Pero cuando se iba a recuperar? El médico había dicho que no había ningún remedio contra la tuberculosis, que era una enfermedad que

no tenía cura y que lo único que podía aliviar el proceso era el reposo y la buena alimentación. El futuro que le esperaba era totalmente incierto y Luisa se veía incapaz de tomar una decisión. El pequeño jardín que había frente a la puerta y que daba a la calle relucía como nunca: la primavera estaba a punto de llegar y las hortensias rosadas y los dientes de león amarillos comenzaban a florecer. La señora Chambon y el ama de llaves se limitaron a decirles adiós desde el umbral de la puerta y el chófer comenzó a meter las maletas en el coche. De golpe apareció por la reja del jardín un chico joven, de pelo cobrizo y ojos grises, que llevaba una chaqueta gris y un chaleco de rombos informal sobre una camisa sin corbata.

—¡Alexandre! –La señora Chambón se lanzó a los brazos de su hijo.

Luisa por fin conocía a Alexandre. Había visto alguna fotografía en el dormitorio de los señores, pero en ella tenía unos cuantos años menos y una cara inocente e infantil. Brigitte siempre decía que era un chico muy guapo, aunque Luisa lo veía demasiado aniñado. Pero el chico había crecido y ahora debía tener unos veinticuatro o veinticinco años. Por su forma de andar y de vestir parecía un muchacho liberal y despreocupado que poco tenía que ver con las maneras rígidas y formales que seguro le habría inculcado su madre cuando era pequeño.

—¡Madre! –Alexandre desplegó una sonrisa y enseñó unos dientes perfectamente blancos. Abrazó a su madre con cariño, a quién le sacaba dos cabezas—. ¡Qué ganas tenía de verla!

Marie le acarició la mejilla con ternura.

—¿Has venido con tranvía? –Le recriminó—. ¿Cuántas veces te he dicho que nos llames para que te venga a buscar el cochero?

—Madre, usted no cambia nunca.— Resopló—. Sabe que me gusta darle sorpresas. Ah, y ya no se le llama cochero: es chófer.

Marie rió y Alexandre observó a Catherine con afecto.

—Mi tata Catherine.— Le dio un beso en la frente—. Estás igual que siempre.

Luisa se sorprendió del cariño que desprendían sus ojos hacía Catherine. ¿Cómo podía querer a esa mujer arisca y gruñona? Quizás

con el señorito, de la misma manera que lo hacía con los señores, era una mujer dulce y cercana. Alexandre se fijó en el chófer, que tenía el maletero abierto y a las dos muchachas que se dirigían hacía el coche.

—¿Quién se va? –Preguntó, desconcertado.

Hubo un silencio incómodo hasta que la señora Chambon no tuvo más remedio que contárselo.

—Son Luisa y Brigitte.— Tragó saliva, ni siquiera había pensado en una excusa—. Llevaban tiempo trabajando para nosotros.

—¿Llevaban? –Frunció el ceño—. ¿Qué ha pasado? ¡Parecen enfermas!

Catherine tosió nerviosa y miró a otro lado. Alexandre reflexionó durante unos segundos y comenzó a negar con la cabeza.

—Madre, no me diga que ha vuelto a hacerlo.

—Están enfermas, cariño.— Le tocó la cara para buscar su complicidad—. Lo hago por ti, para que no te pase nada.

Alexandre se apartó de la caricia de su madre.

—¡Estás obsesionada! –Exclamó irritado—. ¡No puedes echar a la gente por el mero hecho de estar enferma!

—Es tuberculosis, cielo—. Repuso ella tras una pausa—. Y puede contagiarnos, como hizo aquella criada con tu hermana.

Brigitte no pudo aguantarse más las lágrimas y rompió a llorar. Luisa la cogió de la mano y se la apretó con fuerza para consolarla. Ese chico era tolerante y comprensivo y estaba claro que no había salido a su madre.

—Madre, por favor, esta gente depende de esta casa y de su trabajo.— Le miró fijamente a los ojos decepcionado—. Seguro que hay algo que pueda curarlo: papá trabaja con científicos y químicos que se dedican a experimentar con medicinas. Debe haber algo.

Marie Chambon endureció su rostro, enfadada por la actitud de su hijo. Ella lo hacía por él, para protegerlo, y Alexandre la estaba poniendo en evidencia delante del servicio.

—Por favor, hazlo por mí.— Continuó, mirándola directamente a los ojos y suplicándole—. Esperemos unos días y si no mejoran hacemos lo que quieras.

La señora pareció pensárselo y Luisa esperó ansiosa su decisión mientras Brigitte continuaba llorando.

—Está bien.— Le cogió de la mano con dulzura—. Sabes que no puedo negarte nada.

Brigitte dejó de llorar y se abrazó a Luisa contenta.

—Muchísimas gracias, señorito.— Luisa sonrió de oreja a oreja—. Seguro que mejoraremos.

—¿Es española, no es así? –Le dijo en tono jovial—. Podrá darme unas clases de castellano cuando se reponga.

Luisa se sorprendió ante aquella petición. Ella no era profesora y no era muy normal que un señorito le pidiera a su criada que le diera unas clases.

—¿Pero qué estás diciendo? –La señora Chambon miró a su hijo enfurecida—. Sabes francés, inglés y latín: ya es suficiente. Y además, ¿qué es eso de que tu criada te enseñe un idioma? ¿Estás loco?

Alexandre resopló. Había estado cinco años viviendo fuera, a su aire, y ahora tenía que dar explicaciones a su madre de todo lo que pretendía hacer. Había pasado unos años de libertad absoluta en un piso de estudiantes junto a tres compañeros más y estaba acostumbrado a ser independiente y tomar sus propias decisiones.

—Me gusta el español, suena muy bien. – Le guiñó un ojo a Luisa—. Y los idiomas se aprenden hablando con gente normal y corriente.

Luisa le devolvió la sonrisa y Catherine le lanzó una mirada de advertencia.

—Será mejor que volváis a vuestras habitaciones.— Les ordenó mientras el chófer volvía a sacar las maletas del coche.

Alexandre se adentró en la casa y subió las escaleras vivarachamente para dirigirse al despacho de su padre. Entró en la habitación sin llamar y su padre estaba escribiendo algo con las gafas cayéndole por

el puente de la nariz.

—¡Alexandre! –Pierre Chambon se levantó de su silla *thonet* y palmeó la espalda de su hijo—. Siempre vestido tan informal, ¿qué ha hecho Oxford contigo?

Alexandre rió, su padre tenía un carácter más abierto que su madre y siempre había sido mucho más tolerante a la hora de educar a su hijo.

—Padre, luego hablamos de todo lo que quiera, pero antes necesito que me haga un favor urgente.

Pierre Chambon, de gorda barriga y poco pelo, volvió a sentarse en su silla y despejó la mesa con las manos.

—A ver, dime, qué es lo que ocurre.

—Madre ha vuelto a echar a dos chicas del servicio por coger la tuberculosis.— Continuó, acelerado—. Pero quiero que se pongan buenas y continúen aquí. Quiero que vea que no tienen por qué contagiarnos nada.

—Lo sé, he tratado de explicárselo cien veces, pero no hay manera.— Apretó los labios y suspiró—. Tu madre es muy terca, ya lo sabes.

—Pues esto tenemos que cambiarlo.— Apoyó los codos sobre la mesa en una actitud decidida—. Debes conocer a alguien que pueda darnos algún medicamento para ayudar a las chicas.

Pierre apoyó su cabeza en su mano, pensativo.

—Puedo escribir a mi amigo Calmette, la última vez que lo vi estaba trabajando en algo referente a la tuberculosis.

—¡Gracias padre!— Sonrió y se levantó—. Prométeme que hará todo lo posible para conseguirlo.

—Eres capaz de poner la casa patas arriba en apenas diez minutos.— Le señaló con el dedo—. Eres perseverante, hijo.

—Por eso soy abogado.— Le miró con sorna y se dirigió a la puerta— Sé que lo va a hacer.

—¿Es que alguien puede decirte que no, Alexandre?

32

Jaca, diciembre de 1930

Ya estaba amaneciendo y la sublevación ya había empezado. Los soldados del Regimiento de Jaca que habían aceptado unirse a la sublevación se ocupaban ahora de los puntos neurálgicos de la ciudad: los teléfonos, los telégrafos, la sede de correos y la estación de ferrocarril. Todos los medios de comunicación posibles estaban en manos de los revolucionarios para evitar que cualquiera pudiera ponerse en contacto con las autoridades y avisar de lo sucedido. Los capitanes, Julián y Toni habían aprovechado un momento de calma para desayunar en una fonda de las afueras de Biescas. Toni no había comido nada des del día anterior y seguía sin poder probar bocado. Los nervios y la incertidumbre de los hechos le habían cerrado el estómago.

—Hemos de ir a la Casa Cuartel de la Benemérita.— Informó Galán, que se metía el último bocado de un bocadillo de sardinas aceitoso—. El cabrón del sargento se estará despertando ahora y si alguien le advierte de todo esto hay peligro de que consiga contactar con el Ejército.

Toni tan solo se pidió un café y tuvo que añadirle varias cucharadas de azúcar para suplir su amargura.

—¿Tenéis todos vuestras armas? –Preguntó Julián, que a pesar de no haber tenido una preparación militar como la de los capitanes, parecía estar en su salsa.

Toni se tocó el abrigo asegurándose de que la llevaba consigo. Por suerte, no había tenido que usarla todavía. Las cosas estaban saliendo a pedir de boca y nadie les estaba poniendo ningún obstáculo. Si todo terminaba tan bien como había empezado, la República triunfaría. A pesar de tenerlo todo a favor, todavía no se sentía del todo seguro.

—Si conseguimos reducir al sargento ya podremos proclamar la República.— Hernández pidió la cuenta a la camarera y le dio

generosamente una buena propina—. Venga, vamos para allá.

Salieron de la fonda y comenzaron a andar hacia el cuartel de la Guardia Civil con las manos metidas en los bolsillo para mantenerlas calientes. Hacía mucho frío y Toni tenía congelada la punta de la nariz: ahora se arrepentía de no haberse puesto la braga de lana que le había regalado la Pepa las navidades pasadas. Caminaron durante unos minutos en silencio; en la calle reinaba la calma y nada hacía sospechar que se estaba llevando a cabo una revolución. Enseguida llegaron al cuartel: era una casa sencilla y aparentemente tranquila, y todo hacía presagiar que allí dentro no había nadie. Las persianas de las ventanas estaban bajadas y no se veía ninguna luz encendida. Hernández se acercó silenciosamente a la puerta y paró el oído.

—No se oye nada.

Galán le dijo que se apartara y, cogiendo carrerilla, se abalanzó con todas sus fuerzas hacia la puerta abriéndola de un solo golpe. Todo estaba muy oscuro y la habitación olía a cerrado y a humedad. Había una pequeña luz que provenía de un candil que estaba sobre una mesa llena de correspondencia, una máquina de escribir y varias plumas. Encendieron la luz y comenzaron a inspeccionar la estancia hasta que se encontraron a un joven vestido de uniforme debajo de la mesa y con el teléfono en la mano intentando contactar con la capital.

—¡Alto! –Galán le apuntó con la pistola—. ¡Cuelga el teléfono ahora mismo!

El muchacho dejó caer el teléfono y levantó las manos visiblemente asustado.

—Toni, corta el cable.— Le ordenó Hernández—. Este cabrón casi nos delata.

Toni se acercó a la mesa y pudo percibir la respiración agitada del chico. Cogió un abrecartas que había sobre la mesa y cortó el cable.

—¿Dónde está tu sargento? –Preguntó Galán, que continuaba apuntándolo con la pistola.

El oficial no abrió la boca y Galán le acabó propinando un buen puñetazo en las costillas para que hablara. Mientras se doblaba por el dolor, su mirada se desvió inconscientemente hacia una puerta que

estaba cerrada con llave.

—¿Dónde coño está la llave? –Hernández intentó golpear la puerta dando varios puntapiés a la cerradura sin conseguir nada—. ¡Dímelo!

El joven permaneció callado hasta que Hernández le agarró por los testículos y los comenzó a retorcer con todas sus fuerzas. Toni cerró los ojos mientras oía los alaridos de dolor del muchacho y por un momento se compadeció de él, que solo cumplía las órdenes que seguramente le había mandado el sargento. Hernández apretó todavía más hasta que finalmente el oficial por fin sacó de su bolsillo una llave atada a un cordel lleno de roña. Hernández abrió la puerta mientras Julián y Galán se dedicaban a atar al muchacho a la pata de la mesa. La habitación estaba vacía y allí solo había una mesa de madera maciza de roble y una buena silla de cuero negro, todo ello bajo una pared repleta de diplomas y condecoraciones, además de una fotografía enmarcada del rey Alfonso XIII. Comenzó a notar un aire gélido que provenía de una de las ventanas. Estaba abierta completamente de par en par: el sargento había escapado por ella hacía apenas unos segundos y ahora corría por la parte de atrás del cuartel sin dirigirse a ningún lugar concreto.

—¡Se escapa! –Gritó—. ¡Qué alguien lo pare!

Toni era el único que estaba más cerca de la puerta, pero se quedó parado sin obedecer la orden del capitán.

—¡Toni, coño, ve a por él! –Volvió a repetir—. ¡Yo te sigo!

Toni por fin reaccionó y salió corriendo del cuartel en busca del sargento, que ya tenía cierta edad y no había avanzado demasiado. Estaba a varios metros de él y aunque la distancia se iba acortando cada vez más, no lograba alcanzarlo. El sargento se dio la vuelta para ver si había obtenido ya cierta ventaja, pero rápidamente se dio cuenta de que jamás podría escapar de aquel joven que corría a buena velocidad. Su única opción era probar puntería con la pistola y sacárselo de encima. Desenfundó el arma y Toni se agachó al ver lo que pretendía hacer aquel hombre. Disparó por fin, pero tenía muy buenos reflejos y pudo sortearla sin ningún problema. Estaba temblando de miedo y no se podía creer que su vida estuviera pendiendo de la puntería de aquel tipo que apenas conocía de nada. El sargento emitió un quejido al darse cuenta de que había fallado y

continuó corriendo.

—¡Dispara! –Hernández iba detrás de él y su voz sonaba jadeante y cansada—. ¡Dispara!

Sabía que sino disparaba él, el sargento podría volver a intentarlo y ganar la partida. Al fin y al cabo, él era un hombre con experiencia y Toni era la primera vez que utilizaba una pistola.

—Toni, joder, ¿quieres hacer el favor de pegarle un tiro? –Continuó el capitán, que cada vez iba más lento—. ¡Yo no le alcanzo! ¡O tú, o él!

Sacó con inseguridad la pistola de su abrigo mientras se notaba cada vez más fatigado por el esfuerzo físico. Agarró con fuerza la pistola y apuntó a sus piernas para únicamente herirlo. La mano le temblaba de arriba abajo sin poder controlar su nerviosismo. Las gotas de sudor le resbalaban por la frente, se apartó el mechón de pelo de la cara y cerró los ojos. Apretó el gatillo y tragó saliva. El sargento cayó al suelo y Toni paró y se apoyó sobre sus rodillas para descansar.

—¡Bien hecho! –Hernández le alcanzó enseguida y le palmeó la espalda con camaradería—. Debería hacer más deporte: nunca he sido bueno corredor.

Los dos se acercaron al sargento, que yacía boca abajo en el suelo con un balazo en la espalda de la que no paraba de emanar sangre. Galán le dio la vuelta y le tomó el pulso. Toni observó la pérdida de expresión y la rigidez del rictus del hombre y no le hizo falta la confirmación del capitán para saber que estaba muerto.

—¡Está muerto!— Toni se puso las manos en la cabeza sin acabar de creérselo—. ¡Yo no quería matarle!

Galán le propinó una insistente y fraternal mirada de compasión.

—No te hagas mala sangre, has obedecido mi orden, eso es todo.

—¿Eso es todo? –Toni se encendió un cigarrillo y miró al cielo—. ¡Nadie me ha enseñado a usar una puta pistola!

—Eh, eh, tranquilízate, ¿vale? –Se sacó una pequeña petaca que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se la ofreció—. Bebe un poco, anda.

Toni se bebió la mitad del contenido y Hernández tuvo que quitársela a la fuerza para que no se la terminara. Luego miró otra vez al hombre muerto y le pareció que le sonreía. Movió varias veces la cabeza de un lado a otro y se contuvo las lágrimas.

—¿Qué te pensabas que era esto, una pelea de colegio? –Planteó Hernández—. Tienes que tomar conciencia de lo importante que es esto, de lo que nos jugamos.

—Dijimos que no habrían víctimas.

—Y no las habrán si nos obedecen.

Toni notó el olor a sangre que provenía del suelo y sintió náuseas. Se había hecho el valiente pero quizás no estaba del todo preparado para la lucha de verdad, la que hay vidas en juego. Era la primera vez que mataba a un hombre y no estaba seguro si aquella muerte era del todo necesaria para cumplir con los objetivos de la sublevación. Aquel hombre probablemente tendría hijos y una familia.

—¡Me siento asquerosamente mal!

—Es normal, Toni.— Continuó Hernández—. Nunca te has enfrentado a la guerra.

Se escucharon subir algunas persianas: los vecinos habían oído el disparo y muchos se asomaban por la ventana para saber de dónde había procedido aquel sonido fuerte y seco. Eran las siete de la mañana y, salvo algunos campesinos madrugadores, la mayoría todavía no había salido de casa.

—¿Vamos a dejar el cuerpo así? –Toni hubiera deseado dar marcha atrás a lo que había hecho. Hubiera querido ser él el muerto en vez del sargento: al menos no sentiría aquella culpa tremenda que le quitaba el aire.

—La gente se encargará de él, nosotros tenemos muchas más cosas que hacer. Necesito que vayas a la imprenta mientras yo vuelvo al cuartel.— Sacó un papel arrugado de la chaqueta y se lo entregó—. Necesito unas cien copias de esto. Las repartiremos por todo el pueblo cuando sea el momento.

Toni abrió el papel y leyó lo que ponía en letra tipográfica.

Como delegado del Comité Revolucionario Nacional, a los habitantes de esta ciudad y de su demarcación, hago saber:

Artículo único: todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente, será fusilado sin información de causa.

Dado en Jaca, a 12 de diciembre de 1930.

Fermín Galán.

Aspiró hondo y volvió a leer la frase que hacía alusión al fusilamiento. Quiso reprocharle el contenido a Hernández pero recordó las palabras que había tenido con él hacía apenas unos segundos: aquello no era una pelea de colegio, sino algo mucho más serio y para conseguir lo que se proponían necesitaban tomar medidas represivas como aquella. Se despidió de Hernández y se dirigió hacia el centro del pueblo sin volver la mirada atrás. A medida que se acercaba se podía intuir el trajín del inicio de la mañana: los campesinos comenzaban a salir de sus casas con sus petacas colgadas del hombro preparados para enfrentarse a un frío y duro día de trabajo; y las mujeres, con sus cestas de mimbre sobre la muñeca, se afanaban por comprar las mejoras piezas de carne y pescado en el mercado. Los comerciantes ya habían extendido sus paradas por las calles y rápidamente el ambiente se llenó de una mezcolanza de olores que a Toni, por primera vez y dadas las circunstancias, le parecieron repugnantes. La gente todavía desconocía lo que estaba sucediendo y para muchos era un día normal y corriente como cualquier otro. La campana de la Iglesia tocó las siete y Toni agradeció los primeros rayos de sol que ayudaban a subir las heladas temperaturas. Cuando estuvo a punto de alcanzar la imprenta, una mujer que iba de frente le resultó tremendamente familiar. Iba con una cesta bajo el brazo y llevaba una especie de chal puesto sobre los hombros que prácticamente le cubría parte del cuello y la cara.

—¡Ana! ¿Qué haces aquí?

Habían pasado dos días desde la última vez que le había visto, cuando había bebido más de la cuenta y ella le había llevado a la habitación. Al día siguiente había estado durmiendo la mona la mayor parte del día y ella había tenido un parto que había durado hasta las tantas de

la noche.

—La Pepa está que no se puede ni mover: le ha dado un ataque de lumbago, así que he de ir yo al mercado.— Observó que Toni estaba más nervioso de lo habitual: no paraba de arrugar el papel que llevaba entre las manos y de pasarse la mano repetidas veces por el pelo—. Y tú, ¿qué haces por la calle tan pronto?

Toni dudó si decirle la verdad o no.

—Te dije que no salieras hoy de casa.

—¡Estabas borracho! –Exclamó, confusa—. ¿Pero qué es lo que sucede?

Ana miró a su alrededor y no vio nada fuera de lo habitual.

—Todavía nada.— Se acercó más a ella y le susurró al oído—. Estamos sublevándonos contra el Estado y vamos a proclamar la República en el Ayuntamiento. La mayoría de los soldados están con nosotros, pero pueden haber otros que sigan fieles al gobierno y causarnos problemas. Es peligroso.

Ana no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Por Dios Toni, dime que tú no estás metido en esto!

Toni agachó la cabeza. Realmente era una locura: había matado a un hombre y el día no había hecho nada más que empezar.

—Te la estás jugando.— Continuó—. ¿Y si el gobierno manda al ejército? ¿Y si acabas en la cárcel?

—Están las comunicaciones cortadas. Lo tenemos todo para triunfar.

Ana se dio cuenta de que Toni llevaba los zapatos manchados de rojo.

—¿Qué es eso? –Señaló los zapatos y ahogó un grito—. ¿Es sangre?

Toni tragó saliva y se mantuvo en silencio.

—Hay cosas que no se pueden evitar.

Ana no quiso insistir más y obvió hacer cualquier comentario. Toni

parecía estar pasándolo mal y no quería hacer leña del árbol caído.

—Compra lo imprescindible y vuelve al hostal.— Continuó, en tono didáctico—. No quiero que te ocurra nada.

—¿Por qué te preocupas por mí? –Ana se ruborizó—. Ni siquiera advertiste a la Pepa, ni a nadie más del hostal.

Ana había descubierto poco a poco que Toni era un chico normal y corriente que tenía buen fondo. Juzgarle sin conocerlo había sido un gran error y a raíz de la confesión del accidente de la serrería había intentado acercarse más a él y aprender a ser mucho más tolerante con su forma de pensar. Con el tiempo incluso habían hecho buenas migas y sentía que él, en el fondo, también se sentía a gusto con ella. No podía negarlo: se había enamorado locamente de aquel rebelde empedernido.

Toni no respondió a la primera pregunta: siempre había evitado mostrarse demasiado a los demás.

—La Pepa no tiene miedo a nada, más bien al revés. Los soldados deben tenerle miedo a ella.

Ana rió y por unos instantes Toni se olvidó de todo lo que había ocurrido hacía unos minutos. Con ella la vida tenía un sabor distinto: unos pocos segundos a su lado y el sol ya parecía brillar más que antes.

—He de ir a la imprenta.— Dijo al final, volviendo a recordar sus obligaciones—. He de cumplir una orden.

Ana asintió, pero en ningún momento hizo ademán alguno de moverse. No sabía si lo volvería a ver vivo o muerto, o encerrado en un calabozo. La sublevación también podía fracasar.

—Ten cuidado.— Ana se armó de valor y le dio un beso en la mejilla —. Espero verte pronto.

Toni no esperó aquel gesto y no pudo evitar ponerse rojo. Carraspeó un par de veces para disimular su desconcierto y se despidió con normalidad.

—Nos volveremos a ver, te lo prometo.

Ana siguió su camino hacia el mercado y vio como Toni se metía en la imprenta. Iba un poco despistada y se chocó sin querer con un chico que parecía tener mucha prisa. El joven soltó una palabrota cuando vio que el cesto había caído al suelo, pero lo recogió pidiendo disculpas y acabó forzando una sonrisa en la boca. Ana se fijó en su cara, estaba sudando a pesar del frío que hacía y sus ojos fugitivos transmitían cierto nerviosismo e incluso miedo. Cuando se levantó y le devolvió el cesto, Ana pudo ver el mango brillante de una pistola en el bolsillo interior de su abrigo, que se había abierto al agacharse. Intentó disimular su desconcierto y el muchacho se metió en la imprenta a toda prisa. ¿Era uno de los sublevados o, por el contrario, su objetivo era reducir a los rebeldes? Ana tuvo un mal presentimiento, ¿y si había estado siguiendo a Toni y ahora intentaba matarlo? Notó un escalofrío al pensarlo y, armándose de valor, decidió dirigirse también a la imprenta para intentar advertirlo de algún modo. Quizás aquel chico era un compañero de Toni y ella había leído demasiadas novelas policiacas, entonces quedaría como una jovencita ridícula que se metía donde no la llaman, pero aquel tipo le daba mala espina y ella solía hacer caso a sus presentimientos. Abrió la puerta de la imprenta y vio a Toni apoyado sobre el mostrador hablando con el dependiente. El otro chico estaba detrás de él, esperando, y cuando la vio entrar esbozó una mueca de sorpresa y comenzó a sudar todavía más. Ana se acercó también al mostrador y Toni le miró extrañado.

—¿Qué haces aquí?

—Los papeles.— Titubeó nerviosa—. Me he dejado de poner algo.

Toni parecía confundido, ¿de qué narices le estaba hablando? Ana cogió un lápiz que había sobre la mesa y comenzó a escribir sobre el papel que Toni había dejado sobre el mostrador. Leyó atentamente lo que estaba escribiendo: “El chico de atrás lleva una pistola. ¿Amigo o enemigo?”. Toni se giró disimuladamente y miró de reojo al muchacho. No lo conocía de nada, de hecho nadie le había advertido que le llegaría un compañero para echarle una mano. El chico parecía estar pasándolo mal y no parecía un soldado: probablemente sería un civil que solo cumplía órdenes. Toni decidió no jugársela y reducirlo, pero éste se adelantó y se abalanzó precisamente hacia Ana; la agarró por la cintura y le puso una pistola en la cabeza mientras ella lanzaba un grito de miedo. A Toni le iba el corazón a mil por hora: si le pasaba algo no se lo iba a perdonar jamás.

—¡Tira tu arma al suelo! –Gritó, apretando el cañón de la pistola sobre su frente—. ¡O le vuelo los sesos!

Ana sintió como se le iba la cabeza y a punto estuvo de desmayarse en los brazos de su propio verdugo. Comenzó a jadear y a coger aire e intentó ser fuerte para no asustar todavía más a Toni, que estaba pálido y desencajado.

—¡No le haga nada! –Se abrió el abrigo y sacó poco a poco la pistola y la tiró al suelo—. ¡Suéltela!

El dependiente de la imprenta se agachó tras el mostrador y esbozó pequeños quejidos de terror.

—Todavía no. Quiero que me des ese papel que llevas ahí y que me expliques todo lo que lleváis en mente. ¿Qué tenéis previsto hacer?

Toni no podía contarle toda la verdad a ese hombre: si lo hacía ponía en juego meses y meses de reuniones y estrategias y perderían la posibilidad de cambiar el destino del país.

—Simplemente proclamar la República en Jaca.

—¡Y una mierda! Sé que hay algo más.— Ahora puso la pistola bajo la boca de Ana y ésta volvió a gritar—. ¡Me la voy a cargar como no me cuentes toda la verdad!

—Escúchame, tranquilízate por favor.— Intentó acercarse al muchacho pero éste insistió en mantener las distancias—. Deja a la chica y hablemos tú y yo, de hombre a hombre.

El hombre pareció pensárselo pero rápidamente negó con la cabeza y siguió apretándola con más fuerza.

—¿Dónde vais a ir después de Jaca? –El chico se estaba poniendo cada vez más nervioso—. ¡Cómo no me lo cuentes ya, te juro que la mato!

—Vale, vale.

Toni optó por decir la verdad: no podía arriesgarse a poner a Ana en tal peligro.

—Nos dirigiremos a Huesca y nos uniremos a los demás sublevados, que están preparados para luchar. Por favor, suéltala y te doy más

detalles.

El joven negó con la cabeza e hizo una sonrisa torcida.

—No pienso soltarla, esta chica es un buen seguro de vida, quizás se venga a dar una vuelta conmigo después.

Ana no pudo soportar más tener a ese tío apuntándola con una pistola en la sien como si fuera un criminal. No permitiría que se la llevara con él, así que pensó fríamente en la manera de salir de allí y de deshacerse de ese tipo. Tenía las piernas y los pies sueltos, así que podía moverlos con libertad; tendría que ser astutamente rápida. Él chico se había relajado: creía tenerlo todo controlado y había aflojado la presión de la pistola sobre ella. Ana supo que aquel era el momento de actuar, contó hasta diez y le dio un buen puntapié en los testículos. El chico no se lo esperaba y calló de cuclillas gritando de dolor, dejando caer sin querer la pistola y llevándose en un acto reflejo las manos donde le había pateado. Toni fue corriendo entonces a por la pistola, pero el chico fue más rápido que él y consiguió alcanzarla antes. Ana se apartó de allí y se refugió tras el mostrador junto al dependiente, que seguía gimiendo de pánico.

—¡Hija de la gran puta! –Gritó fuera de sus cabales, su rostro estaba encolerizado y la mano le temblaba de la rabia. Apuntó directamente al pecho de Toni—. Y tú, cabrón, vas a morir.

Ana comenzó a llorar, ahora quién estaba en peligro era Toni. ¡Lo había empeorado todo! El hombre estaba muy nervioso, rojo de ira y a punto de apretar el gatillo. Cerró los ojos angustiada: no quería verlo morir, quería recordarle tal y como era. Justo cuando creía que todo había terminado, la puerta de la imprenta se abrió.

—¡Tira el arma o no saldrás vivo de aquí! –Gritó Galán, apuntando al chico—. Tus amiguitos, los que han venido a por nosotros, ya están detenidos, así que será mejor que sueltes la pistola sino quieres correr peor suerte.

El chico no supo que hacer, pero vio que era imposible salir de allí de otra forma: o detenido o por los pies por delante. Estaba rodeado y aunque consiguiera matar a ese tal Toni, no le serviría de nada. Luego le matarían a él y no valía la pena arriesgar su vida por un ser tan insignificante como ese. Otra cosa hubiera sido si se hubiera tratado

de alguno de esos capitanes, pensó. Finalmente bajó el arma poco a poco y subió las manos en señal de rendición. El capitán Galán fue a por él y le ató las manos con una cuerda.

—No veas, está el Ayuntamiento lleno de detenidos.— Dijo Hernández con una tranquilidad pasmosa—. Hemos improvisado una buena prisión. ¿Estás bien?

Toni asintió, pero no quiso dar más explicaciones. Había tenido mucha suerte de que los capitanes hubieran aparecido en el momento justo.

—Uno de sus amiguitos nos ha contado que venían a por ti.— Hernández contaba la hazaña con una sonrisa en la boca, aunque no sabía si era por los mismos nervios o porque realmente disfrutaba con aquella aventura—. Y joder, si nos descuidamos no lo cuentas.

Toni obvió el comentario y se fue corriendo hacía el mostrador. Vio a Ana hecha un ovillo en el suelo, temblando sin parar. Le cogió de la mano, le acarició su suave cabello y la atrajo hacía él envolviéndola en sus brazos. Ana apoyó su cabeza sobre el pecho y comenzó a llorar desconsolada.

—Ya está, ya ha pasado todo.— Le besó la cabeza con ternura—. Has sido muy valiente y ahora te acompañaré al hostal, donde estarás sana y salva.

Ana no pudo decir nada: todavía estaba en estado de shock. No podía creer que hubieran salido vivos y sin ningún rasguño de aquello. Su voz susurrándola en el oído la tranquilizó de tal modo que no se hubiera separado de Toni jamás. Lo había pasado realmente mal, nunca había sentido tanto miedo en toda su vida y ahora se encontraba realmente agotada.

—No me sueltes, por favor.— Le dijo sin dejar de abrazarle.

33

Nueva York, junio de 1904

Sonó la sirena del barco para avisar a los pasajeros de que subieran a bordo. Javier subió la pasarela del General Slocum junto a sus padres y se quedaron en la cubierta más alta, la que pertenecía a los pasajeros de primera clase. Su madre estaba preciosa con ese vestido beige en forma de sirena y con su peinado alto falsamente descuidado. Faltaba una hora para zarpar, llegar a Long Island y disfrutar de un día de natación, juegos y picnic. Llevaban dos semanas allí, habían ido a pasar sus vacaciones de verano. Primero habían cogido un barco hacia Inglaterra, y de allí a Nueva York, en la primera clase de un transatlántico de lujosos camarotes. A sus padres les gustaba la aventura, siempre habían querido cruzar el Atlántico. Nueva York era una ciudad cosmopolita, repleta de culturas diferentes y rascacielos enormes como el Faltiron Building. Habían visitado Madison Square, comprado decenas de recuerdos en Macy's, paseado por la Quinta Avenida y disfrutado de unos cuantos espectáculos en el teatro Olimpia, en Broadway.

—Fíjate en la cantidad de gente que viene.— Le dijo su padre, señalando a los centenares de personas que seguían subiendo la pasarela hacia la cubierta principal.

—¡Y hay niños!

Un grupo de niños con uniforme seguían a sus maestros en fila de dos. Su madre le acarició la mejilla con dulzura y se le puso la piel de gallina: le gustaba el tacto de esos guantes sedosos. Ella a veces se sentía culpable por no haberle dado un hermano y por eso se esforzaba más en demostrarle todo el amor y cariño que sentía por él. Su madre solo quiso tener un hijo para asegurar la herencia y cumplir con su obligación de esposa, pero tenía claro que no quería ninguno más. Había formado una asociación de mujeres que luchaba por la igualdad en el ámbito político y laboral y muchas veces viajaba a Madrid para reivindicar sus derechos en manifestaciones públicas y

conferencias, por lo que no podía dedicar todo su tiempo a la vida doméstica y a la crianza de los hijos. Su padre lo había aceptado desde el principio: se había enamorado de ella tal y como era, incluso había renunciado a su familia por ella.

—Hace un día precioso.— Su madre miró hacia el cielo y abrió la sombrilla de encaje para resguardarse del sol—. Veremos qué nos depara esta isla.

Varios camareros con chaqué salieron del interior del barco con bandejas de Dry Martini y limonada fresca y su padre se encendió un puro mientras desplegaba el New York Times.

—Mañana hay una manifestación de la Asociación Nacional Americana por el Sufragio de la Mujer.

—Aquí las mujeres están mucho más unidas.— Lo dijo con determinación—. Y por eso pueden votar ya en varios Estados. Me temo que en España no conseguiremos nunca el voto.

Su padre le besó en la cabeza sin dejar de leer.

—Algún día lo conseguiréis, cariño. Javier lo verá, estoy seguro.

Javier miró a su padre al oír su nombre. Era alto y solía ir en contra de la moda: no llevaba bigote y se negaba a llevar cuello postizo. No era tan cariñoso como su madre, pero le había educado siempre en el respeto y la tolerancia, algo de lo que él se sentía especialmente orgulloso.

—No sé, también creía que con el tiempo se aceptaría con normalidad el acceso de la mujer en la Universidad, pero todavía sigue viéndose con malos ojos. Muchas todavía tienen que vestirse de hombre para acudir de oyente como hizo Concepción Arenal.

El barco hizo un silbido, los marineros estaban soltando las amarras y a punto de retirar la plancha. Las pasarelas se levantaron y por la chimenea comenzó a salir un humo negro y espeso. Comenzaban a moverse, aunque el mar estaba en perfecta calma. Era una escena idílica: las gaviotas volaban por encima de sus cabezas, los niños de la escuela sentados sobre la cubierta y explicando historias, el suave sonido del agua del río Este… Los camareros no dejaban de pasar por allí y el sabor de la limonada se mezclaba con el olor a sal que subía

del mar. Todavía se veía la costa y algunos saludaban a la gente que se parapetaba frente al muelle. De repente, uno de los muchachos que trabajaban en las calderas subió a la cubierta en busca del capitán, que había salido para saludar a algunos pasajeros. Javier no pudo oír lo que le decía, pero su cara se tornó blanca y el capitán comenzó a darle órdenes acompañado de aspavientos y gestos nerviosos que parecían desconcertar todavía más al chico. El joven se fue y el capitán disimuló una apariencia tranquila y volvió a reunirse con los pasajeros.

—Cielo, ves a jugar con los niños si quieres.— Le dijo su madre—. Acabamos de zarpar, todavía queda un rato para llegar.

Javier asintió y se acercó a un pequeño grupo de tres niños sentados en el suelo jugando a las canicas. Sabía un poco de inglés, pues la aya que había educado a su padre era inglesa y lo había criado también a él hasta los tres años, cuando ya murió de vieja. Sin embargo, había perdido lo poco que sabía de no usarlo y su padre se empeñaba en darle alguna clase de vez en cuando. Los niños vieron que Javier no pronunciaba bien las palabras y en seguida se percataron de que era extranjero. Aunque al principio le miraron con escepticismo, acabaron por ampliar el corrillo y dejarle un hueco. El capitán se acercó a saludar a los profesores y luego al grupo donde estaba Javier, a quienes les dejó probarse la gorra de capitán, que era blanca y azul marino. El capitán era mayor, parecía un abuelo simpático y entrañable, pero también imponía autoridad y respeto con aquel traje azul tan elegante y aquellos botones dorados. De repente, el chico de la caldera que había subido antes, volvió a cubierta y se dirigió al capitán ahora mucho más nervioso que antes: estaba sudando y su cara mostraba un mohín de miedo, como si hubiera visto un fantasma.

—*Captain Schaick, we can't put out the fire, the boiler will exploit.*

Javier escuchó algo referente a un fuego y a una caldera y el capitán se marchó corriendo hacia dentro. De golpe le vino un olor a humo, como si algo se estuviera quemando, y se dirigió de nuevo hacia sus padres, que estaban apoyados en la barandilla observando el horizonte.

—Padre.— Le cogió de la manga de la chaqueta—. He oído hablar a un trabajador del barco que le decía al capitán que había fuego en la caldera.

Su padre le miró incrédulo y le puso las manos en los hombros.

—Siempre hay fuego en la caldera hijo, ¿cómo iba a funcionar un barco sino?

El olor a humo se hizo cada vez más evidente y muchos de los pasajeros comenzaron a notarlo y a hacer comentarios al respecto.

—Huele a humo, padre.

Sus padres comenzaron a oler exageradamente y su madre empezó a preocuparse.

—El niño puede que tenga razón.— Se puso la mano en la boca—. ¿Y si se está quemando la caldera? ¿No puede pasar algo grave?

Su padre se dirigió al interior del barco mientras su madre y él se quedaban juntos esperando alguna respuesta. El humo subía por las escaleras de los demás pisos inferiores y se comenzaron a oír algunos gritos de miedo por parte de los pasajeros de la segunda y tercera clase.

—¡Dios mío! –Exclamó, tocándose la frente—. ¡Esto es más grave de lo que parece!

Cuando la gente comenzó a ver el humo que subía por la cubierta del primer piso, los primeros gritos no tardaron en llegar. Muchos comenzaron a exigir la presencia del capitán para pedirle que volviera inmediatamente al muelle y éste finalmente salió para intentar calmar a los pasajeros.

—Señores, calma, calma, ahora mismo llegaremos a una de las islas, a North—Brother.

El Capitán Shaick no estaba del todo convencido de poder alcanzar la isla pero sabía que si no apaciguaba a las masas, sería mucho más difícil llevar a cabo un plan de rescate. Había caído una lamparilla de aceite del almacén sobre unos enormes paquetes de paja y el fuego se había expandido irremediablemente. El problema era si que el fuego llegaba a la sala de calderas, entonces el barco podría saltar por los aires.

—¡Estamos cerca del muelle! –Su padre había vuelto a la cubierta y se

dirigía al capitán en un inglés casi perfecto—. Estamos más cerca de allí que de North—Brother, prácticamente acabamos de partir.

—¡Yo soy el Capitán, y yo soy quién dirige mi barco! –Gritó, moviendo su espeso bigote canoso por la edad—. En North-Brother hay un hospital, y pueden curar a los posibles heridos.

—Cuando lleguemos allí, quizás estemos todos muertos.— Le recriminó, señalándole con el dedo, aunque en seguida se arrepintió de haber dicho eso al ver la cara de terror que había puesto su hijo.

El capitán mandó a sus tripulantes coger la manguera de agua para apagar el incendio, pero a la primera presión de agua, la manguera se rompió.

—¡Maldita sea! –El padre de Javier se mantenía cerca de la tripulación prestando su ayuda—. ¿Desde cuándo no se inspecciona este barco?

El capitán miró al suelo y negó con la cabeza.

—Puede que más de doce años, cuando se construyó.— Hizo una pausa, pensativo—. Mejor vayamos a por los chalecos salvavidas.

La gente comenzó a dirigirse en masa, corriendo aterrorizados por los pasillos del barco, en búsqueda de los chalecos salvavidas que se encontraban en el interior de sus camarotes. El padre de Javier se adentró en su compartimento sujetando un pañuelo, tapándose la nariz y la boca para evitar el humo. Los chalecos se encontraban colgados en una pared, atados con alambres de hierro imposibles de romper. La gente comenzó a gritar, frustrada, buscando cuchillos y otras herramientas que permitieran cortar el alambre. El padre de Javier se hizo con una navaja que llevaba en su maleta, comenzó a serrar el alambre con fuerza y por fin lo consiguió. Agarró los chalecos y se deshicieron al mínimo contacto con la mano. El corcho que rellenaba los chalecos para que flotaran se había podrido y nadie los había cambiado. Subió a la cubierta y se encontró a su mujer abrazando a Javier. Un grupo de hombres comenzaron a golpear varias mantas contra las llamas, que ya estaban subiendo a la primera cubierta, para extinguir el fuego, pero no hubo éxito. El humo comenzaba a oler a carne asada y Javier comenzó a sentir una náusea en el estómago.

—Padre, dicen que no hay chalecos.— Sollozó—. ¿Qué vamos a

hacer?

Un miembro de la tripulación comenzó a retirar las lonas que cubrían los botes salvavidas.

—¡Corred hacia los botes! –Les indicó, mientras observaba las llamas que comenzaba a devorar la popa del barco.

Cuando llegaron, vieron como el tripulante se echaba las manos a la cabeza.

—¡Este es nuestro fin! –Gritó, mirando de un lado a otro, queriendo encontrar una salida—. ¡Los botes están podridos! ¡No podemos salir de aquí!

Javier hundió su cara en el vestido de su madre, los gritos de las personas que se encontraban en la popa y que ahora eran devorados por las llamas se le hacía insoportable. El suelo de la cubierta comenzó a resquebrajarse y el fuego subía del piso de abajo quemándoles los pies. Se acercaron lo máximo que pudieron a la barandilla; desde allí pudieron ver decenas de cuerpos en el mar, algunos intentando alcanzar la orilla a nado, otros se habían lanzado desesperados por el pánico a morir quemados sin saber nadar.

—¿Vamos a morir, padre? –Le preguntó Javier, agarrándole de la mano.

Su padre le cogió de la cara con las dos manos y le miró fijamente a los ojos.

—No, no vamos a morir. Ahora mismo iré a buscar una tabla de madera, cualquier cosa que flote.

—¡Yo no quiero lanzarme al agua! –Comenzó a llorar, horrorizado—. ¡Tengo miedo!

—Lo sé, pero tendremos que saltar.— Le dio un beso en la frente y acarició la mano a su mujer.

—Ten cuidado, por favor.— Le dijo ella, abrazando más fuerte a su hijo.

Javier quiso ir tras él, algo le decía que su padre no volvería sano y salvo. Se oyó un ruido ensordecedor y una llama gigante devoró el

centro de la cubierta haciendo desaparecer a su padre. La caldera había explotado y también se había llevado a unos cuantos niños por delante. Javier comenzó a llorar, aunque todavía no se podía creer lo que había sucedido, y su madre se había caído al suelo prácticamente desmayada por la impresión. Javier le zarandeó la cara y su madre abrió los ojos de golpe. Parecía haber perdido la cabeza y ni siquiera recordaba donde estaba. Javier vio como las llamas se acercaban a ellos y aunque estaba profundamente triste por lo que le había sucedido a su padre, sentía que tenía la obligación de llevar las riendas de la situación y luchar por sus vidas.

—Tu padre, ¿dónde está tu padre? –Su madre comenzó a recordar lo sucedido y comenzó a gritar de dolor—. ¡Mi marido!

Javier jamás la había visto así: siempre estaba contenta y risueña y si conseguía salir de allí con vida estaba convencida de que nunca volvería a ser la de siempre. Quería mucho a su padre y ambos estaban hechos el uno para el otro. ¿Y qué sería de él? Javier acababa de ver morir a su padre y aquello se le quedaría en su retina para siempre. A pesar de todo, la vida era lo más preciado que tenían y su padre había muerto precisamente por salvarlos.

—¡Madre, tenemos que saltar! –Le indicó, intentando levantarla—. ¡Nos vamos a quemar!

Las llamas apenas estaban a un metro de ellos, era solo cuestión de segundos. Javier comenzó a toser, el humo no le dejaba respirar.

—¡Hazlo por mí! –Le gritó, suplicante—. ¡Moriremos!

Su madre por fin se puso de pie, alcanzaron la barandilla y, cogiéndose impulso, se tiraron al agua cogidos de la mano. Al chocar con el agua notó como si miles de cuchillos le atravesaran la piel y lo primero que hizo fue comprobar que su madre continuara a su lado. Ella no paraba de mover los pies y las manos: era una buena nadadora, pues a menudo se bañaban en la playa de San Sebastián cuando veraneaban en agosto, pero ahora parecía hundirse cada vez más a cada movimiento que hacía.

—¡Javier, me ahogo! –Gritó su madre, intentando mantenerse a flote —. ¡Es la ropa!

Javier intentó ayudarla, agarrándola por debajo de los brazos, pero el

peso del vestido tiraba con fuerza hacia abajo. Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero cada uno libraba su propia batalla. Se dio cuenta de que la mayoría de los que estaban en el agua eran hombres. Las mujeres se habían hundido por culpa de aquellos estrambóticos vestidos, de aquellos rígidos corsés que aprisionaban los pulmones y de aquellas pesadas faldas que llegaban hasta el suelo y que les imposibilitaban el nado. Javier intentó con todas sus fuerzas agarrar a su madre, pero él mismo se iba hundiendo por el cansancio.

—Déjame ir, cariño.— Su madre utilizó un tono calmado, tierno—. Tienes que salvarte tú.

—¡No, no te dejaré! –Le gritó, intentando en vano sacarle el vestido.

Su madre le miró en silencio durante unos segundos hasta que se soltó ella misma de sus manos y comenzó a hundirse bajo el agua.

—Te quiero, hijo.

Fueron las últimas palabras que escuchó de ella antes de perderla de vista en las profundidades del río Este. Javier comenzó a llorar desesperado mientras la gente continuaba saltando al agua muchas de ellas envueltas en llamas y gritando estremecidas por el pánico. Una niña con un vestido azul se precipitó al mar con la mala suerte de engancharse en las palas de las hélices del barco y salir despedida al aire. Javier no se podía creer lo que estaba viendo y por un instante pensó estar teniendo una pesadilla cruel e interminable. Pero no, no estaba soñando. Acababa de perder a sus padres y quizás moría él también. Unos minutos después, un barco remolque apareció para ayudar a los supervivientes que todavía luchaban por mantenerse con vida mientras el barco seguía ardiendo sin parar y se desplomaba lentamente hacia el agua. Javier se agarró a un barril de madera que flotaba por allí: la gente de la orilla los había estado lanzando tras observar el desastre para que tuvieran algo con lo que sujetarse. Finalmente, des del barco remolque, un marinero le tendió una cuerda y logró salvar su vida. Pero no del todo, porque una parte de ella no la volvería a recuperar jamás: había vivido la tragedia del General Slocum.

34

Calatayud, octubre de 1913

Cortés y Miguel entraron en el comedor y siguieron la hilera de niños que esperaban impacientes a que la cocinera vieja y con cara de pocos amigos les sirviera un cucharón de pasta harinosa y pegajosa en el plato. El ambiente olía a leche y a picatostes demasiado tostados y se oían rugir varios estómagos hambrientos que tan solo llevaban una triste y aguada sopa de verduras de la noche anterior. Los dos hermanos, una vez servidos, se sentaron y comenzaron a comer esas gachas sosas y poco nutritivas que tanto contrastaban con los embutidos y el pan blanco que había en la mesa de las monjas. Cortés salivó, como cada día, al ver aquellos chorizos grandes y lustrosos que sor María cortaba y se los ponía en la boca con un trozo de pan untado en aceite. Parecía disfrutar vilmente de aquellas viandas que jamás llegaban a las mesas de los niños mientras los observaba con desprecio y asco. Aquella monja sentía odio por ellos y Cortés todavía se preguntaba por qué había acabado llevando las riendas de ese orfanato si lo consideraba una tarea aborrecible. Sor María comenzó a mirar detenidamente a Miguel como si tuviera especial interés en cómo iba vestido y peinado aquel día. La monja sonrió cínicamente a Cortés, desafiándolo, y éste tuvo el presentimiento de que algo malo iba a pasar con su hermano. Cortés le aguantó la mirada intentando descubrir qué escondía en su mente retorcida y maquiavélica, pero sor María era una mujer lista y no iba a permitir que nadie le faltara el respeto de semejante manera: ningún niño podía mirar directamente a los ojos a una monja, aquella era una de las primeras reglas que se mantenían estrictamente en el orfanato.

—¡Cortés! –Alzó la voz delante de todos y le señaló con el dedo—. ¡Estás castigado en el cuarto de las ratas!

Cortés le recorrió un escalofrío por el cuerpo y sus compañeros ahogaron un grito de sorpresa. Era la primera vez que alguien iba a pisar el cuarto de las ratas, a pesar de que era una amenaza recurrente que a menudo utilizaba las monjas para amedrentar a los niños. Los

más mayores solían contar durante las noches de tormenta que hacía muchos años había desaparecido un niño allí, en ese mismo cuarto, que se lo habían comido las ratas y que las monjas habían escondido su cadáver en el patio. Cortés siempre había hecho caso omiso a esas habladurías, pero ahora reconocía sentir verdadero terror e incertidumbre por lo que se iba a encontrar. Miguel se abrazó preocupado a su hermano mientras sor María se acercaba a Cortés y se lo llevaba del brazo ante las caras horrorizadas de sus compañeros.

—¿Qué quiere hacer con mi hermano? –Le preguntó con ansiedad—. ¡Sé que pretende algo!

La monja se mantuvo en silencio mientras lo llevaba a través de pasillos oscuros por los que jamás había pasado; bajaron unas escaleras y abrió la puerta de lo que parecía un sótano viejo y lleno de moho.

—Este es el famoso cuarto de las ratas. ¿Y sabes por qué le llaman así? –Sonrió con malicia e hizo una pausa—. Pues porque hay ratas, así que ten cuidado que no te muerdan.

Sor María empujó a Cortés en el interior del sótano y rápidamente notó un olor putrefacto a humedad y excrementos. Allí no había ninguna luz, tan solo una pequeña ventana a lo alto de la pared que comunicaba con la primera planta.

—Así no darás problemas.— Sentenció, buscando la llave que cerraba aquella puerta—. Hoy tu hermano se va.

Cortés abrió la boca sorprendido y se abalanzó hacia la puerta justo en el momento en que la monja la cerraba.

—¡Ábreme! –Gritó, golpeando la puerta con los puños y los pies—. ¡No se llevarán a mi hermano!

Escuchó los pasos de sor María subiendo las escaleras y supo que por mucho que gritara no conseguiría salir de allí. Le había castigado a propósito para tenerlo controlado y para que no montara un numerito delante de las personas que iban a adoptar a Miguel. Cortés comenzó a llorar desesperado y pensó en su pobre hermano, que estaría tremendamente asustado y necesitaría despedirse de la única familia que le quedaba. Siguió golpeando la puerta una y otra vez. Aunque no sirviera absolutamente de nada, no podía quedarse de brazos cruzados

mientras separaban a Miguel de su lado. De repente comenzó a escuchar una serie de chillidos agudos y escalofriantes que provenían del suelo y, aunque estaba bastante oscuro, pudo reconocer la figura de una enorme rata gris y peluda que correteaba por entre sus pies. Cortés emitió un grito de terror y se subió sobre una caja mohosa que había a su lado. Sintió un pánico feroz al imaginarse a aquel horrible bicho subiéndole por las piernas y mordiéndole la cara. Deseó con todas sus fuerzas que aquello fuera una broma pesada y que sor María regresara en seguida por pura compasión. Sin embargo, allí no volvía nadie y los minutos iban pasando cada vez más lentos. Intentó pensar durante unos segundos y tranquilizarse. Tenía que ser valiente, como le había dicho su padre cuando le llevó por primera vez al orfanato, e intentar salir de allí de algún modo. La única salida posible era la ventana, pero ¿cómo narices iba a poder llegar hasta allí? Estaba muy alta y necesitaría una buena escalera para ello. La parte positiva era que estaba en un desván y allí era donde guardaban las cosas que ya no se utilizaban. Quizás Cortés podría encontrar la solución. Bajó de la caja y cogió aire para enfrentarse a la rata que seguía correteando por allí. La rata percibió su movimiento y enseguida volvió a por él. Cortés volvió a gritar y rápidamente subió a la caja de nuevo: tenía autentico pavor. Además, sabía que si le mordía podía coger cualquiera de las múltiples enfermedades que transmitían las ratas, o eso había estudiado en clase de historia. Él no quería acabar como su amigo, que murió de escarlatina siendo todavía tan pequeño, así que tenía que matar a esa rata como fuera. Miró a su alrededor y tuvo que forzar un poco la vista para habituarse a la oscuridad. A pocos metros de donde estaba vio que había una vieja escoba llena de mugre y pensó que aquello podría ser una buena arma, así que subió a otra caja más alta que había a su lado y desde allí, alargando los brazos lo máximo que pudo, alcanzó la escoba que era incluso más alta que él. Bajó al suelo para que se acercara la rata y cuando lo hizo comenzó a descargar constantes escobazos sobre ella, que no paraba de chillar. El sonido le hizo ponerle los pelos de punta: aquel bicho era totalmente asqueroso, pero intentó pensar en sor María y en lo que le iba a hacer a su hermano. Así que apretó los dientes enrabietado mientras continuaba dándole golpes hasta que le reventó los sesos y la sangre manchó el suelo.

—¡Te he vencido rata asquerosa! –Gritó triunfante—. ¡Voy a por ti, Miguel!

Ahora tenía libertad absoluta para moverse por el desván y buscar lo que realmente necesitaba: una escalera. Comenzó a mirar rincón por rincón, el polvo flotaba en el aire y Cortés no podía dejar de estornudar y de rascarse la nariz. Por un instante pensó en el niño que decían que había sido devorado por las ratas y sintió un escalofrío al imaginárselo. Para devorar a un niño se necesitan muchas ratas, pensó, ¿y si habían más? Cortés negó con la cabeza intentando no pensar más en ello y rezó un padre nuestro por el chico ese, por si su espíritu todavía habitaba por allí. Por fin la encontró, apoyada en una pared. Las escaleras solían estar en los sótanos, aunque aquella era una prácticamente inútil y le faltaba el último peldaño de arriba. La estaba devorando la carcoma y una de las patas estaba unos centímetros más corta que la otra. No tenía ninguna seguridad de que aquello fuera a funcionar, aunque él era un niño y quizás la escalera aguantaba su ridículo peso. La llevó hasta la ventana y comprobó su estabilidad subiendo el primer peldaño. La escalera se zarandeaba bastante y tenía que tener muchísimo cuidado sino quería abrirse la cabeza una vez estuviera arriba. Comenzó a subir poco a poco, tenía por delante siete peldaños más y aunque no pareciera gran cosa, para un niño tan pequeño y menudo como Cortés suponía todo un reto y un enorme esfuerzo de concentración. En el quinto peldaño estuvo a punto de caer, pero era hábil y tenía bastante equilibrio, por lo que pudo llegar al séptimo con todas las partes de su cuerpo intactas. No quiso mirar abajo: había unos cuantos metros de distancia y siempre había tenido un poco de vértigo, así que se centró en abrir el pequeño ventanuco que apenas hacía medio metro de ancho y de largo y que daba al patio interior del orfanato. Tendría que saltar para poder acceder a la ventana, pero sabía que al hacerlo se caería la escalera por el impulso y si luego se resbalaba entonces sí que vería la muerte de cerca. Entonces fue cuando vio a sor María cruzar el patio y dirigirse hacia su hermano Miguel, que estaba jugando con otros niños corriendo de un lado a otro. Lo cogió del brazo con violencia y le echó la bronca por haberse manchado la camisa. No podía perder mucho más tiempo: si la monja conseguía meterle en el despacho, entonces él ya no podría hacer nada por recuperarlo. Sor María lo sacó del patio a toda prisa y Cortés, cogiendo aire y valor, saltó hacía la ventana. La escalera se cayó, tal y como había predicho y, dándose un impulso, logró por fin salir al patio. Cortés esbozó una mueca de triunfo y se dirigió corriendo hacia el interior del edificio. Y entonces la vio, todavía frente a la puerta de su despacho, agachada frente a Miguel, peinándole con los dedos y limpiándole las mejillas sucias con su

propia saliva antes de presentarlo ante los señores que estaban ya dentro del despacho. Cortés sintió repugnancia hacia aquella bruja y corrió hacia ellos jadeante.

—¿Qué quieres hacer con mi hermano? –Gritó, dirigiéndose a ella—. ¡No lo toques!

La monja se sorprendió tanto de ver a Cortés allí que se le aflojaron las rodillas y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Qué haces tú aquí? –Levantó las cejas e intentó ponerse de pie—. ¿Cómo has podido salir de allí?

Cortés vio que la puerta del orfanato estaba abierta, había aparcado un camión frente a ella y un hombre descargaba bolsas y bolsas de patatas. Pensó que no podía dejar escapar aquella oportunidad, así que cogió a su hermano de la mano y le obligó a correr tras él.

—¡Corre Miguel, te quieren alejar de mí! –Exclamó—.¡Salgamos de aquí!

Su hermano obedeció y rápidamente alcanzaron la salida mientras se escuchaba de fondo los gritos de sor María, que no dejaba de llamar a don Carlos. Cortés respiró hondo al notar la brisa ligera del paisaje, los muros que le habían encerrado durante tantos meses desaparecían ahora para dejar paso a un entramado de calles desconocidas para él.

—¿A dónde vamos? –Le preguntó Miguel—. ¡Vas muy deprisa!

—¡Tienes que ir más rápido, don Carlos vendrá a por nosotros! –Sintió pánico al pensar lo que les podría hacer ese hombre e intentó no pensar en ello y centrarse en buscar un buen lugar para esconderse—. ¡Volvemos con papá y mamá!

A Miguel se le iluminó la cara.

—¿Veremos a mamá? —Sonrió inocentemente y comenzó a ir más rápido.

Cortés asintió y por un segundo se imaginó cómo podría ser el reencuentro con unos padres que habían decidido deshacerse de ellos. ¿Se alegrarían de verlos o, por el contrario, los devolverían de nuevo al orfanato?

Miguel pareció pensar también en ello y de repente dejó de correr y se sentó en el bordillo de una acera.

—¿Qué haces? –Exclamó Cortés, intentando tirar de su brazo—. ¡Vamos, levántate!

Miguel negó con la cabeza y sus ojos se humedecieron de golpe.

—¿Pero por qué vamos allí? –Su voz sonaba tranquila pero llena de emoción—. Si ellos nos dejaron aquí y nunca vienen a vernos… ¿Por qué tendríamos que ir nosotros?

Cortés pensaba en ello a diario, pero se negaba a aceptar que sus padres no quisieran saber nada más de ellos. Se sorprendió de la madurez de su hermano, que parecía entender en toda su inmensidad un tema tan complicado y doloroso. ¿Cómo podía mostrar mayor entereza un niño de apenas tres años que él mismo?

Cortés se rascó la cabeza, el pelo comenzaba a crecerle tras el afeitado y le pinchaba.

—¡Pero seguro que están arrepentidos! –Miró a un lado y otro de la calle, el orfanato estaba allí mismo, don Carlos no tardaría mucho en llegar—. ¡Venga, tenemos que irnos!

—¿Me prometes que no volveremos nunca más aquí? –Sus ojos se engrandecieron esperando una respuesta positiva.

Cortés no podía prometer algo que no sabía con seguridad. Se puso de cuclillas y miró a su hermano con una sonrisa en el fondo cargada de tristeza.

—Lo que quiero es que nunca nadie nos separe.

Miguel abrazó a su hermano, apoyando la cabeza sobre su pequeño y huesudo hombro.

—¿Sabes qué? –Comenzó Miguel, poniéndose de pie—. ¿Te acuerdas de la señora que quería llevarme con ella el día que vinieron todos aquellos matrimonios?

Cortés asintió. Claro que la recordaba, muchas veces se había sentido culpable por haberle fastidiado la oportunidad de irse con una mujer tan bonita y cariñosa como aquella.

—Pues han vuelto. Son los señores que estaban en el despacho.— Él también se rascó la cabeza—. Dice sor María que aquella señora no había podido parar de pensar en mí desde que me vio y está decidida a adoptarme.

Cortés sintió un nudo en la garganta e hizo un esfuerzo descomunal por no llorar. ¿Cómo podía negarle otra oportunidad como aquella a su hermano? Esa mujer quería a Miguel a pesar de todo y estaba claro que el matrimonio deseaba tener un hijo con todas sus fuerzas. Cortés estaba seguro de que con ellos estaría bien y que sería un niño feliz y querido.

—¿Vamos o no? –Le preguntó, extrañado por la actitud de su hermano mayor, que ahora parecía indeciso y preocupado—. ¿Qué te pasa?

—Vete con ellos.— Dijo al fin, llorando—. Serán unos buenos padres para ti.

—¿No decías que iríamos con papá y mamá? ¿Y tú?

Cortés le puso la mano sobre el hombro con cariño.

—No te preocupes por mí, pensaré en ti todas las noches.— Tenía la cara mojada y los ojos abnegados en lágrimas. Aquella noche iba a ser la primera de su vida que no iba a dormir con su hermano y eso le destrozaba el corazón—. Prométeme que serás un buen chico y que intentarás ser feliz con tus nuevos padres.

—Pero entonces, ¿no nos volveremos a ver más? –Miró hacia arriba intentando buscar una solución—. ¿Y si les digo que te adopten a ti también?

—No quieren a un niño tan mayor.— Le sonrió para parecer despreocupado—. Además, tú eres el más guapo de los dos.

En aquel preciso instante, Cortés notó una mano grande y fría sobre su espalda.

—¡Aquí estáis pequeños demonios! –Gritó don Carlos, moviendo ese bigote negro que tanto imponía—. ¡Os vais a arrepentir de esto!

Cogió a los dos niños por la nuca y comenzó a andar hacia el orfanato arrastrándolos casi por el suelo. Cortés observó a su hermano, que

mostraba una mueca de dolor por la presión de los dedos de don Carlos sobre su piel.

—Tienes suerte, Miguelillo.— Continuó—. Que esa gente es educada y de buena familia, y tiene paciencia. Parece que les gustas y te están esperando con los brazos abiertos.

Cortés suspiró aliviado porque Miguel no sufriría las consecuencias de aquella chiquillada y se iría con sus nuevos padres aquel mismo día.

—¡Pero no me quiero ir sin mi hermano! –Comenzó a patalear intentando zafarse de don Carlos.

—¡O te vas solo o no te vas! –Ahora le agarró del pelo y Miguel ahogó un grito de dolor—. ¿Prefieres quedarte aquí y vivir en el cuarto de las ratas?

Miguel comenzó a temblar al oír aquello y Cortés aprovechó la ocasión para forzarle a tomar una decisión.

—Yo he estado en el cuarto de las ratas y hay muchísimas. He visto los huesos del chico que estuvo allí una vez y que fue devorado por esos bichos de dientes afilados y olor nauseabundo, ¿quieres morir así? –Observó la cara desencajada de su hermano y supo que sus palabras estaban teniendo el efecto deseado—. Por favor, vete con ellos, te lo suplico, y te juro que nos volveremos a ver pronto.

Miguel agachó la cabeza, era incapaz de mirarle a los ojos, no entendía por qué ahora su hermano había decidido resignarse y tirar la toalla. Entraron en el edificio y en el pasillo estaba sor María con el rostro completamente rojo de la ira. Tragó saliva y consideró que su hermano tenía razón: era mejor aceptar de buena gana la oportunidad de rehacer una nueva vida junto a aquel bondadoso matrimonio, que no seguir aguantando la mala leche de la monja y los tortazos y amenazas de don Carlos.

—Me iré.— Dijo al fin—. Pero con la condición de que nunca te olvides de mí.

Sor María cogió de la oreja a Miguel y le arregló la ropa y el pelo de nuevo.

—No te mereces la oportunidad que te brinda la vida.— Le espetó,

llevándoselo lejos de Cortés y no permitiéndole un último abrazo—. Venga, te están esperando.

La monja le lanzó una mirada de desprecio a Cortés y le hizo un gesto a don Carlos que solo entre ellos conocían, pero que sabía que no conllevaba nada bueno. Llevaban tantos años juntos que tenían hasta su propio lenguaje de signos.

—¡Te quiero! –Comenzó a gritar—. ¡No estés triste por mí, solo quiero que seas feliz!

Don Carlos le puso la mano en la boca para acallarle y comenzó a sacarse el cinturón. Los labios de Miguel comenzaron a temblar, pero intentó ser valiente delante de su hermano y evitó llorar. Le dijo adiós con la mano y por fin se adentró en aquel despacho que entrañaba una pizca de esperanza. Cortés cayó al suelo roto por la desolación y lo único que pedía al hombre que aparecía en aquellos cuadros repletos de ángeles era volverlo a ver alguna vez más en su vida.

35

Jaca, diciembre de 1930

Tras la fiesta que siguió a la proclamación de la República, Galán y Hernández organizaron las dos columnas de soldados que se dirigirían a Huesca para unirse con los demás sublevados de la capital. Los civiles del pueblo partidarios de la República también quisieron participar y los capitanes repartieron todo tipo de municiones y fusiles. Una de las columnas partió en ferrocarril y la otra, en la que estaba Toni y los dos capitanes, irían en los camiones requisados de los comerciantes.

—No vamos a poder trasladar la artillería pesada.— Apuntó Galán chasqueando la lengua—. No tenemos camiones ni vehículos suficientes para todos.

—¿Y qué vamos a hacer? –Preguntó Toni.

Toni se había relajado. Había visto como el pueblo entero se había volcado con ellos y muchos incluso habían ondeado la bandera tricolor a gritos de "Viva la República". Jaca era una fiesta y todo iba viento en popa; el destino parecía estar de su parte. A pesar de todo no lograba deshacerse del peso de haber matado a aquel sargento de la Guardia Civil y de haber puesto en peligro a Ana. No podía evitar sentirse culpable por lo ocurrido.

—Tendremos que confiscar cualquier vehículo que pase por la carretera.— Comenzó a andar con los brazos en jarra—. Si alguien no para será juzgado por desobediencia a la autoridad.

Los dos capitanes y el propio Toni se sentaron en el borde de la carretera que iba a Biescas y se encendieron un cigarro mientras esperaban.

—Aquí no pasa ni Dios.— Exclamó Galán, mientras miraba el reloj—. Se nos está haciendo tarde y hace un frío de narices. Yo no me meto en un camión de esos.

—A ver si pasa uno con calefacción y nos vamos bien calentitos.— Añadió Hernández.

Toni se levantó, miró hacia el horizonte y vio una figura negra que se iba acercando cada vez más rápido.

—¡Viene uno!

Todos se pusieron de pie y se pararon en medio de la carretera con las pistolas en la mano.

—¡Alto! –Gritó Galán, cuando el coche apenas estaba a unos metros-. ¡Pare ahora mismo!

El vehículo finalmente paró y el hombre que lo conducía bajó la ventanilla. Toni se sorprendió al ver la impasibilidad de su rostro, que apenas se había inmutado pese haber sido parado en medio de la carretera por tres hombres armados.

—¿Qué es lo que pasa?

Toni se percató de la cicatriz que tenía aquel joven en la cara y lo reconoció en seguida. Había oído hablar de él en Biescas pero nunca había querido hacer caso de las habladurías.

—Lo siento señor, pero tenemos que confiscar su vehículo.— Dijo Galán, abriéndole la puerta—. Lo necesitamos para llegar a Huesca.

—¿Y vosotros quienes sois?

—Somos capitanes del Regimiento de Jaca y hemos proclamado la República. Estamos sublevándonos contra el Estado y necesitamos su coche por el bien de la Patria.

—No es mi coche, señores.— Sacó unos documentos de la guantera y se los entregó a Galán—. Yo no soy el propietario, solo soy el chófer y he de entregar un paquete urgente.

Galán leyó detenidamente los papeles y se los volvió a dar.

—¡Me importa tres pitos que sea de ese tal Fernando Luengo!— Se apartó para que bajara el conductor—. Venga, salga del vehículo.

—Es un terrateniente de Biescas.— Cortés salió a regañadientes—. Es

un hombre importante, puede que os arrepintáis de esto.

—¡Esto es una sublevación! –Gritó Hernández, tocándose la pistola—. ¡Y quizás el que se arrepienta sea él, así que será mejor que obedezca!

Galán le abrió de brazos y piernas y comenzó a cachearle.

—Veo que le gustan las armas a usted también.— Le sacó una pistola del bolsillo de su pantalón—. No sabía yo que los chóferes tuvieran que protegerse de esta manera, ¡ni que se jugaran la vida!

Hernández rió la gracia y se quedó con la pistola.

—Capitanes, deberíamos irnos ya.— Insistió Toni—. Aún llegará antes la columna de Julián que la nuestra.

—¡Vuelva a subir al coche! –Le ordenó Galán a Cortés—. Ninguno de nosotros sabe conducir.

—¿Pero qué dicen? –Cortés no se podía creer lo que estaban haciendo con él—. ¡No pueden retenerme así por las buenas!

—Mira.— Se puso frente a él, rozando su cara con la suya—. Hay miles de personas esperando que la revolución triunfe y no vamos a jugárnosla porque a ti no te dé la gana conducir. Si no es por las buenas, será por las malas.

Toni no quiso que volviera a suceder lo mismo de aquella mañana y se puso entre los dos para intentar mediar y llegar a un acuerdo.

—Por favor, haz lo que te decimos.— Le explicó a Cortés con serenidad—. Cuando lleguemos a Huesca podrás marcharte. Solo te necesitamos unas horas, eso es todo. No te pasará nada.

Cortés pareció pensárselo y finalmente decidió no llevarles la contraria y meterse de nuevo en el coche. Los dos capitanes dieron la orden a su columna para que comenzara el viaje y se metieron en el coche encabezando la comitiva. Hacía muchísimo frío y la carretera no estaba en muy buenas condiciones: estaba helada y hacía patinar el vehículo.

—¡Acelere, coño! –Lanzó Hernández—. ¡Qué vamos pisando huevos!

Cortés vaciló antes de contestar.

—¿Quiere que nos matemos? –Dijo finalmente, apretando los dientes —. ¡El coche se ahoga por culpa del frío!

—Si es que ya sabía yo que hacer una revolución en diciembre…

—¡No hagamos leña del árbol caído! –Añadió Galán.

—Tardaremos lo que haga falta.— Toni intentó calmar los ánimos—. No tenemos otra opción, así que solo nos queda pensar que todo irá bien.

—Tienen suerte de tener a un conductor como yo.— Cortés se encendió un cigarro y bajó la ventanilla. Un aire helador entró en el coche—. Otro ya se hubiera estampado a las primeras de cambio.

—¡Por Dios Santo! –Galán le quitó el cigarro de la boca y se lo tiró por la ventanilla—. Haga el favor de subir esa ventana y poner la calefacción, ¡qué nos estamos helando, leches!

—La calefacción nos dejará sin carburante.— Advirtió, subiendo la ventanilla de nuevo—. Tengo el tanque medio lleno.

—Huesca no está muy lejos. ¡Vaya más rápido!

Siguieron conduciendo durante horas y tuvieron que parar en un pueblo para cenar y reponer fuerzas. Luego siguieron conduciendo y muchos de los camiones comenzaron a sufrir averías por culpa de la helada. Cuando llegaron a la altura de Coronas de Cillas, a apenas tres quilómetros de Huesca, Cortés anunció una mala noticia.

—Señores, la carretera está cortada, no podemos continuar.

—¡No me fastidies! –Galán miró por la ventana a través de unos prismáticos—. ¡Mierda, el ejército!

—Joder, alguien nos ha traicionado.— Toni comenzó a sudar con nerviosismo y sintió un escalofrío al discernir a los lejos una fila de soldados de infantería preparados para abrir fuego.

—Alguien habrá conseguido colarse en la central de telégrafos y contactar con la Capitanía General.

-¿Y ahora qué hacemos?

—¡Luchemos!— Exclamó Hernández—. No nos queda otra.

Galán agachó la cabeza.

—Son muchos y todavía faltan soldados por llegar, no vamos a poder con ellos.— Hizo una pausa y recapacitó—. Tendríamos que ir a hablar con ellos y rendirnos.

—¡Solo nos quedaban tres quilómetros para llegar a Huesca! –Toni se lamentó convencido de que el día no acabaría de forma pacífica tal y como había pensado—. ¡Podríamos haber ganado!

—¡Y todo por culpa de la nieve! –Hernández miró a Galán—. Hablemos con ellos y evitemos la sangría.

—Si no llegamos a ningún acuerdo, habrá que prepararse para la batalla. Estos cerdos no se van a quedar cruzados de brazos.

Los dos capitanes bajaron del coche y dieron las órdenes oportunas a los soldados. Se dirigieron hacia el ejército gubernamental con las manos en alto en señal de paz. Mientras hablaban con el jefe del ejército, Toni observó a Cortés, que se mantenía a su lado expectante con los brazos en jarra.

—Tranquilo, seguro que no ocurrirá nada, siento que te hayas visto metido en esto.

Cortés le miró de reojo y pudo distinguir en él a un hombre honesto y noble.

—He vivido situaciones peores.— Repuso tras una pausa.

De repente, y contra todo pronóstico, el Ejército gubernamental retuvo a los dos capitanes y comenzaron a disparar a los soldados que a su vez respondieron abriendo fuego de ametralladoras y fusilerías. El olor acre de la pólvora inundó los orificios nasales de Toni y el miedo se apoderó por completo de su cuerpo.

—¡Escondámonos tras el coche! –Exclamó, cogiendo del brazo a Cortés.

En un principio las balas tan solo surcaban el cielo sin causar ningún daño, eran una amenaza para que los sublevados se rindieran, pero pronto los proyectiles comenzaron a herir a los soldados. Toni oyó

gritos y miró a su alrededor: la gente caía al suelo ensangrentada, jamás había visto algo semejante y se quedó inmóvil, con el gesto confuso, incapaz de actuar hasta que Cortés le zarandeó violentamente para que reaccionara.

—¡Tenemos que ayudar! –Le gritó al oído—. ¡Hay que sacar a los heridos de aquí!

Vieron a un joven soldado tirado en el suelo que había recibido un disparo en el brazo. Los dos salieron de detrás del coche y fueron hacia el herido. Cortés lo cogió por los pies y Toni por los hombros y lo llevaron hacia una especie de ermita rural que había a escasos metros y que parecía estar ahí por orden divina. Allí dentro había cuatro bancos de madera desvencijada que poco a poco se fueron llenando de heridos. Olía a incienso y a sangre. Dejaron al muchacho en el suelo y, arrancándole un trozo de camisa, le vendaron como pudieron el brazo.

—¡Hay muchos heridos!— Exclamó Toni, intentando contener la voz y el sobresalto—. Tenemos que seguir trayéndoles.

Cortés ya se dirigía de vuelta a la calle.

—Al menos no morirán de frío.

Los disparos continuaban sin cesar, había un ruido infernal y muchos de los sublevados comenzaron a huir despavoridos al darse cuenta de que no tenían nada que hacer. El Ejército era más numeroso y más efectivo. Toni y Cortés continuaron llevando a los heridos a la ermita; por todas partes veían a gente corriendo de un lado a otro, en todas direcciones, gritándose unos a otros y agujereados por la metralla. Cuando Toni salió de nuevo de la iglesia, una bala le alcanzó el hombro izquierdo.

—¡Mierda! –Advirtió el reguero de sangre roja y brillante que caía sobre la nieve y empapaba su abrigo—. ¡Me han dado!

Cortés se acercó a él y observó la profundidad de la herida que no dejaba de sangrar a borbotones.

—La bala no ha salido.— Dijo con desazón—. Necesitas un médico, tenemos que salir de aquí.

—¡Todos necesitan un médico! –Señaló a todos los heridos que agonizaban en la tierra—. ¡No puedo marcharme!

Cortes aspiró hondo y le metió de nuevo en el interior de la ermita.

—Quédate aquí.— Le hizo un torniquete improvisado con un trozo de su camisa—. Aguanta.

Corrió hacia el coche lo más rápido que pudo esquivando el fuego abierto. Escuchó el zumbido de una bala rozándole la cara y se preguntó por qué diablos tenía que arriesgar su vida por alguien que le había metido en esa situación tan peligrosa. Se metió en el coche y estuvo a punto de irse a casa sin más. Luego se lo pensó mejor y se dirigió a la ermita: era incapaz de abandonar a alguien en tales circunstancias. Aparcó el coche y tumbó a Toni en la parte trasera del vehículo. Cortés se puso al volante y salió de allí a todo gas.

—¿Estás bien? –Se encendió un cigarro y le miró por el retrovisor; el ruido de batalla se oía cada vez más lejos—. ¿Estás consciente?

—Sí.— Tenía la voz pastora y estaba sediento—. No paro de sangrar…

—Pararemos en cualquier pueblo para que te atienda un médico.

—¡No! –Su grito fue acompañado de un quejido de dolor—. ¡Nos arrestarán! ¡Todo el mundo sabrá que he participado en la sublevación!

Cortés ladeó la cabeza hacia atrás.

—¿Prefieres morir? –Esperó una respuesta, pero hubo un silencio largo—. Ah, me lo imaginaba.

Unos minutos después, el coche comenzó a hacer unos ruidos estrambóticos hasta que finalmente dejó de funcionar.

—Malas noticias, el coche ha muerto. Se quedó sin gasolina.— Cortés salió del coche y le ayudó a salir—. ¿Puedes caminar?

—Sí, gracias a Dios las piernas me aguantan.— Se apoyó en su hombro y comenzó a andar—. ¿A dónde vamos ahora?

—Si vamos por carretera nos parará la Guardia Civil, será mejor que continuemos a pie y atravesemos el monte.

—¿Por qué sigues conmigo? –Le miró extrañado, comenzaba a ver borroso—. Deberías irte antes de que te relacionen con la sublevación.

—¿Tú no hubieras hecho lo mismo? –Preguntó con gesto contenido—. Tengo que expiar mis pecados.

Le miró y le sonrió. Ambos se adentraron en la vegetación frondosa y helada; el frío del camino se calaba en los pies a través de la fina suela del zapato.

—Todo ha salido tan mal… —Se lamentó Toni—. ¿Qué será de los capitanes y de Julián?

—Habéis arriesgado la vida por razones muy nobles.

Toni reflexionó durante unos instantes.

—Pero también hemos puesto en peligro la vida de personas que no tienen nada que ver con esto.— Dijo con el semblante apagado, mareado por la pérdida de sangre.

De repente comenzaron a caer gruesos copos de nieve y las copas de los árboles se empezaron a cubrir de blanco.

—Necesito descansar.— Toni se sentó bajo uno de los árboles y se restregó las manos para coger calor.

Cortés se sentó a su lado.

—Está anocheciendo y hace frío, tenemos que buscar refugio y un médico.

—Siento mucho lo de hoy.— Confesó Toni—. Tu familia tiene que estar preocupada.

Cortés sintió una profunda complicidad con aquel hombre que apenas conocía.

—Hace muchos años tuve una familia.— Sintió la necesidad de explicarlo todo—. Pero jamás he vuelto a recuperarla.

36

Biescas, septiembre de 1914

Catalina bajó del coche y se sorprendió al ver aquella casa tan bonita y majestuosa. Llevaba un vestido recto de seda amarillo y unos zapatos negros de tacón muy difíciles de llevar sobre la grava del camino que conducía hacia la puerta principal. Se tuvo que sujetar en su hermano Alberto, que le había acompañado a Biescas para pasar unos días con la familia Luengo. Frente a la entrada de la casa les estaban esperando Fernando, su madre y Javier.

—¡Vaya, qué casa más bonita! –Exclamó Catalina, observando sus enormes ventanales enmarcados en piedra y sus balcones repletos de plantas vivaces y coloridas—. ¡Es enorme!

Fernando fue el primero en acercarse a ella y cogerle de la mano.

—Sabía que te encantaría.— Le acarició la parte inferior de la mano —. Es un buen hogar para formar una familia.

Catalina sonrió, aunque aquella indirecta le hizo sentirse un tanto incómoda. Fernando parecía querer ir más rápido que ella, pero ella no quería en absoluto precipitarse. Miró a Javier y éste desvió rápidamente la mirada: parecía triste, nunca le había visto unos ojos tan apagados como los de aquella mañana.

—¿Estás bien? –Le preguntó, dirigiéndose hacia él para saludarlo.

Fernando le barrió el paso y le cogió del brazo con cierta violencia.

—Ven, te enseñaré la casa.

Catalina hizo una mueca de enfado: no le gustaba que la llevaran a los sitios como si fuera una niña. No necesitaba que nadie le manejara de aquella manera y le parecía una falta de educación que ni siquiera le hubiera dejado acercarse a Javier. La madre de Fernando se cogió del brazo de su hermano y todos se dirigieron hacia el interior de la casa.

Todos salvo Javier, que se quedó fumando un cigarrillo en la puerta con la cabeza gacha y los ojos vidriosos.

—Hoy no hagas mucho caso a mi primo, querida.— Le dijo Fernando con indiferencia, mientras le acomodaba en el sofá—. Se ha levantado con el pie izquierdo, eso es todo.

Frente a la mesa del sofá había unas bandejas con aperitivos y una botella de Perrier fresquita. Fernando, antes de sentarse, encendió un gramófono de la marca Paillard que había sobre un mueble de madera curvada muy femenino. Se empezaron a oír unos acordes de guitarra de Manuel de Falla y Catalina hizo un esfuerzo por intentar relajarse y disfrutar de la compañía de Fernando. Se dijo a sí misma que no podía estar tan a la defensiva con él, ni analizar cada uno de sus movimientos. ¿Qué le estaba ocurriendo? Fernando era el mismo hombre que había conocido el día de su cumpleaños, el mismo joven atractivo y atento. Le observó detenidamente y se imaginó con él viviendo en aquella casa. Podría ser feliz, pensó: a más de una le gustaría tener a su lado a aquel hombre tan guapo y elegante.

—¿Te gusta la casa, cielo? –Le preguntó Júlia, dándose aire con un abanico pintado a mano realmente exquisito.

—Tiene muy buen gusto por la decoración, señora.— Catalina sorbió su vaso de Perriet con cuidado para no despintarse los labios.

—Oh, no la he decorado yo.— Sonrió nerviosa—. Querida, nosotros no vivimos en esta casa. Esta casa será para vosotros cuando…

—Madre, no adelante acontecimientos.— Interrumpió Fernando, encendiéndose un cigarrillo—. Hará que Catalina se sienta incómoda.

Catalina se sintió confusa. Aquella casa tenía vida, como si hubiera gente todavía viviendo en ella. Pero si ellos no vivían allí, ¿entonces de quién narices era?, se preguntó extrañada. ¿La habían comprado espesamente para cuando se casara Fernando?

—¿Entonces quién la ha decorado? –Catalina quería llegar al fondo del asunto, aunque percibía cierta tensión tanto en la madre como en el hijo.

Fernando tosió nervioso y apagó con fuerza el cigarrillo en el cenicero.

—Querida, ¿unos canapés de salmón?— Le acercó la bandeja intentando ganar tiempo—. Eso no importa, ya que la futura dueña de esta casa podrá redecorarla y hacer lo que quiera con ella.

Catalina tragó saliva repentinamente azorada. No sabía cómo reaccionar ante aquellas insinuaciones ni qué decir para no parecer descortés.

—Necesito ir al baño.— Se puso de pie y se atusó el pelo—. Ha sido un viaje largo.

—Yo te acompaño, cielo.— Se apresuró a decir Julia—. En esta casa una se pierde.

—No, no hace falta.— Dijo rápidamente—. Estoy segura que con sus indicaciones lo encontraré sin ningún problema.

Catalina forzó una sonrisa. No le apetecía nada compartir unos minutos a solas con ella: aquella mujer tenía el don de ponerla nerviosa.

—Como quieras, solo tienes que subir las escaleras: es la tercera puerta a mano izquierda.

Catalina asintió agradecida y muy aliviada. Subió las escaleras y abrió la tercera puerta por la izquierda tal y como le había dicho. Allí no había ningún baño, sino una habitación con una cama de matrimonio vestida con una colcha de hilo hecha de encaje y un tanto amarillenta por los años. Olía a polvo y naftalina, como si nadie la hubiera abierto durante mucho tiempo. Catalina entró sin pensárselo, había algo en aquella estancia que le llamaba la atención. Pasó por la cómoda tocador de estilo oriental que había junto a una de las paredes: allí había un cepillo perfectamente colocado y un joyero por el que se asomaba un collar de perlas. Pero no era aquello lo que le atraía, sino el cuadro que colgaba en el cabecero de la cama. Era sin duda un retrato familiar: una mujer sentada en una silla, con su pequeño en el regazo y su marido de pie, a su lado. La mujer era realmente preciosa, de pelo castaño y ojos claros, igual que su hijo, que no tendría más de cuatro o cinco años. Su padre, sujetando en la mano izquierda un sombrero y un bastón de marfil, parecía un hombre apacible y encantador.

¿Si la casa era de los Luengo, qué diablos pintaba allí esa familia?,

pensó. Se acercó más al cuadro y volvió a mirar los ojos de aquel niño que le eran tremendamente familiares.

—¡Javier! –Dijo al fin, ahogando un grito de sorpresa sin dejar de observar el cuadro, que la tenía hipnotizada.

—Sí, soy yo.

Catalina se asustó al oír aquella voz. Se giró y se encontró a Javier en el umbral de la puerta con las manos en los bolsillos y con el rostro emocionado. Quiso morirse en aquel preciso instante. Una dama no curioseaba en las casas ajenas y menos en una habitación privada como aquella.

—Perdona, no quería… —Comenzó a tartamudear—. Yo quería ir al baño, pero tu tía me había dicho la tercera puerta.

—Mi tía no conoce bien esta casa.

Su voz parecía cansada y afligida. Entró en la habitación y se paró ante el tocador. Cogió el cepillo del pelo y comenzó a acariciarlo con cuidado, quitándole la capa de polvo que lo cubría.

—Es la primera vez que entro aquí desde que mis padres murieron.— Continuó, esforzándose por retener las lágrimas.

—Así que ésta es tu casa.— Catalina torció los labios. Si era la casa de Javier, ¿por qué Fernando decía que era suya? ¿Se había apropiado de ella?

—Lo era, sí.— Dejó el cepillo en el sitio exacto donde estaba y se sentó en el borde de la cama—. Ahora ya no es mía, es de Fernando, y puede que también tuya en un futuro. Lo único que te pido es que me dejes llevar las pertenencias más íntimas de mis padres.

—Yo no puedo ocupar una casa que no me pertenece.— Arrugó la frente y negó con la cabeza con indignación—. No pienso vivir aquí y tampoco sé si me casaré con Fernando.

—Lo harás.— Miró al techo pensativo—. Sabes que lo harás. Es lo que quieren todos.

—¡No me importa lo que quieran los demás! –Expresó intentando contenerse—. ¡Es mi vida!

Hubo un silencio incómodo, ninguno de los dos supo que decir después de aquella reivindicación. Ambos sabían que, en el fondo, ella era la que menos poder de decisión tenía sobre un asunto tan importante como aquel. Si no aceptaba la propuesta de su familia, sus padres podrían desheredarla y convertirse entonces en una vergüenza para los de su clase. Javier le sonrió ligeramente y se dio cuenta de que Catalina no era la misma joven obediente y remilgada que había conocido por primera vez. Ahora parecía querer llevar las riendas de su vida a pesar de todos los impedimentos. Había algo que le había cambiado y desconocía el qué.

—Cuando estuvisteis en mi casa oí sin querer una conversación.— Continuó, cambiando de tema—. ¡Oh cielos, voy a quedar como una chafardera!

—Quizás alzamos la voz demasiado.— Apuntó Javier, quitándole importancia.

—¿Cómo fuiste capaz de dejarle incluso la casa en la que creciste?

Agachó la cabeza y jugueteó con los dedos de su mano.

—No lo sé.— Se encogió de hombros—. Me sentía muy perdido, Catalina. Me veía incapaz de llevar los negocios de mi padre: no estaba preparado para ello.

—Y Fernando sí.

Javier levantó la cabeza y posó sus ojos en los de ella.

—Fernando siempre está preparado para todo y yo necesitaba a alguien que se responsabilizara de mí, que pensara por mí y que tomara las decisiones por mí. En el fondo fui un cobarde.

—No, no fuiste un cobarde: eras un niño que había perdido a sus padres. Todo el mundo necesita el cariño y la fuerza de su familia para crecer y madurar con seguridad.

—Gracias, eres un encanto.

Javier le cogió de la mano y notó unos dedos finos y suaves. Sintió un pequeño cosquilleo en el estómago al tomar consciencia de lo cerca que estaba de ella: podía percibir su respiración tranquila y un lejano

olor a jazmín. Luego se la imaginó en los brazos de su primo y apretó los labios con rabia: era demasiado dulce y buena para él. Catalina no apartó la mano y se sintió realmente cómoda: Javier le transmitía paz y ternura y parecía que ella también le reconfortaba a él de algún modo. Javier era un hombre honesto y bondadoso, pero había pecado de crédulo y se había dejado influenciar demasiado por su primo. No entendía cómo Fernando había sido capaz de aceptar su herencia en un momento en el que Javier se encontraba tan perdido y solo. Fernando era todo un caballero, o al menos es lo que parecía cuando estaba con ella… ¿Realmente había actuado por interés?

—Tu madre era preciosa.— Catalina le apretó más la mano y miró hacia el cuadro—. Le gustaría verte feliz.

—Jamás podré sacarme de la cabeza ese recuerdo de cuando…—La barbilla le tembló y no pudo evitar derramar unas lágrimas—. De cuando se dejó tragar por el río Este.

—¡Dios Santo!— Se puso la mano en la boca —. ¿Pero acaso viste cómo murieron?

Javier asintió secándose las lágrimas con el pañuelo, avergonzado por no haberse podido contener delante de ella.

—Murieron en un naufragio, en Nueva York. Yo iba con ellos.

—¡Lo siento muchísimo! –Quiso abrazarle para consolarle pero se contuvo—. ¡Has tenido que sufrir tanto!

De repente, una figura oronda y recargada apareció en la puerta.

—Javier, querido, ¿otra vez explicando la historia de tus padres? –Exclamó su tía, levantado una ceja—. Es una historia desagradable para contarle a una señorita como ella.

Y otra vez la trataban como a una niña, pensó. Catalina se indignó ante la actitud de Julia: su sobrino estaba sufriendo y a ella lo único que le importaba era que la historia pudiera alterar a la futura prometida de su hijo.

—No se preocupe tanto por mí, señora.— Dijo Catalina con firmeza—. Es su sobrino quién lo ha pasado mal.

Julia la miró desafiante, no consentía que nadie le rebatiera sus palabras.

—Jovencita, ¿no buscabas el baño? —Preguntó con retintín—. ¿O es que preferías alejarte de nuestra compañía?

Catalina se enfureció y estuvo a punto de perder los modales con aquella mujer si no hubiera sido por la rápida intervención de Javier.

—Perdone tía, pero es que le ha dicho mal la dirección del baño. No es la tercera puerta a mano izquierda, sino a mano derecha.

—¡Ah, vaya! –Parpadeó varias veces—. Entonces ha sido error mío. De todas formas, no es propio de dos jóvenes estar solos en una habitación… tan juntos.

Catalina se dio cuenta de que seguían con las manos entrelazados y las apartó rápidamente. No supo qué decir y comenzó a ponerse roja como un tomate.

—No es culpa tuya, preciosa.— Le sonrió cínicamente y le lanzó una mirada de reproche a su sobrino—. Javier a veces no sabe cómo comportarse. Su madre jamás le enseñó ese tipo de modales. Pero para eso está su tía.

Catalina miró a Javier y éste se quedó sin decir nada. ¿Cómo podía morderse la lengua de aquella manera cuando su tía le había mencionado tan despectivamente a su madre muerta? ¿Hasta qué punto estaba amedrentado por ella y por Fernando?

—Fernando tiene una reunión importante en Zaragoza mañana.— Continuó—. Y quiere llevaros con él para pasar dos días en la capital. Estamos hablando del tema, será mejor que bajemos ya.

Les dio la espalda y se volvió al pasillo. Catalina y Javier se miraron el uno al otro y por primera vez desde que se habían conocido se sintieron más cerca y más unidos que nunca.

—Por tu bien.— Le susurró Javier al oído—. No te cases con él.

37

Biescas, julio de 1904

Javier había pasado una semana en Nueva York tras la horrible tragedia del naufragio. Le habían llevado al hospital de North—Brother junto a algunos de los niños de la escuela que habían sobrevivido. Todavía seguían llegando cadáveres a los muelles arrastrados por la marea, muchos de ellos carbonizados e imposibles de identificar. Jamás se supo de los cuerpos de sus padres: probablemente permanecerían en el fondo del río Este para siempre y aquello le atormentaba día y noche. No poder despedirse de ellos por última vez y devolverlos a España para enterrarlos era una pena que arrastraba en el fondo de su alma. Durante aquellos días en North-Brother, Javier apenas se había levantado de la cama: no tenía nada de hambre y solo se alimentaba de sopas que las enfermeras le obligaban a tomar. No dejaba de llorar y no podía imaginarse una vida sin su familia. ¿Qué iba a ser ahora de él? Sabía que tenía una tía en Biescas, la hermana de su padre, pero que no se hablaban desde que su padre se había casado con su madre. Toda la familia le había dado la espalda por haber arruinado la oportunidad de casarse con una mujer de su estatus y nunca había tenido relación con ellos.

Un día apareció en el hospital el embajador español de Estados Unidos: el señor Hinojosa era un hombre bajito, moreno y con un gran bigote poblado. Se portó muy bien con él y Javier agradeció la presencia de un compatriota tan amable y encantador en aquellos momentos de solitud. Él mismo se comprometió a llevarle a España y dejarlo bien cuidado; era la única familia española que había subido al barco y le había impactado muchísimo la noticia de la tragedia, por lo que sentía la obligación moral de encargarse él mismo, personalmente, de la situación del huérfano. A los pocos días, ambos embarcaron en un transatlántico con destino a Europa. Aquellas tres semanas de travesía fue la peor pesadilla para Javier: estaba en un barco y rodeado de agua, por lo que constantemente recordaba el accidente y la muerte de sus padres. Apenas salió de su camarote, pues era incapaz de subir a cubierta y acercarse a la barandilla: aún parecía ver

a su madre allí, agarrada a él antes de saltar al mar y acabar tragada por sus aguas. Así que se había pasado los días jugando a las cartas con el señor Hinojosa, alargando la hora de dormir lo máximo posible. Era por la noche cuando recordaba todos y cada uno de los momentos que había pasado en el General Slocum y le era muy difícil conciliar el sueño. Oía roncar de fondo al embajador y acababa durmiéndose al alba cuando el cansancio le ganaba la partida. Sintió un alivio enorme cuando pisó tierra, y más cuando por fin llegó a Biescas. Javier le había comentado al embajador lo de su tía, que vivía cerca de su casa pero que nunca habían tenido una relación normal. Se veían por la calle y se limitaban a desviar la mirada y seguir cada uno por su camino sin cruzar palabra. No sabía si su tía era buena o mala, y ni siquiera se había acercado nunca a su primo Fernando, que solo tenía un año más que él. Y ahora estaba junto al embajador frente a la puerta de la casa de sus tíos. La casa no era tan grande como la de su padre: él había heredado la mansión familiar, las tierras y el ganado de la familia. Su tía, sin embargo, se había casado con otro terrateniente que, aunque menos rico, mantenía una importante fortuna gracias al comercio exterior de cereales.

El señor Hinojosa picó a la puerta y al poco rato apareció la criada y les hizo pasar. Su tía Julia iba vestida con un corpiño y una falda negra, de riguroso luto, sin joyas ni adornos en el pelo. Había recibido la noticia a través de un telegrama que el propio embajador había enviado desde el mismo barco y aparentemente parecía afligida y realmente dolida por la pérdida de su hermano.

—Este niño no va vestido de luto.

Miró duramente a su sobrino de arriba abajo y luego al embajador, intentando buscar una explicación plausible. Javier sintió un escalofrío por todo el cuerpo al cruzar sus ojos con los de ella, que eran negros como el carbón y reflejaban una actitud severa y disciplinada.

—Oh, señora, lo siento.— Se apresuró a decir el señor Hinojosa—. Pero no hemos tenido tiempo de comprar ropa. Tampoco creo que sea necesario.

Su tía ahogó un grito de sorpresa.

—¡Esto es España, no Norteamérica! — Lanzó, fulminándole con la

mirada—. ¡Aquí la gente tiene respeto por sus difuntos!

—Con su debido respeto, en Norteamérica también guardan luto por sus muertos, pero hemos estado un mes viajando y que yo sepa, señora, en un barco no hay sastrería.

Su tía abrió la boca, airada. Quiso seguir discutiendo con el embajador, pero éste cambió de tema. El señor Hinojosa parecía un hombre tranquilo y paciente, pero en apenas unos minutos, su tía había conseguido sacarle de sus casillas. A aquella mujer le gustaba sacar punta a todo y tener la última palabra.

—La cuestión es que usted y su familia son las únicas personas que le quedan.— Miró tristemente a Javier y se compadeció de él al imaginarse la vida que le esperaba con esa mujer—. Tienen que tomar una decisión.

—¡Oh, por supuesto que nos quedaremos con él!

Se acercó a su sobrino por primera vez desde que había llegado y le acarició la mejilla intentando parecer cariñosa.

—Es mi sobrino, sangre de mi sangre.— Continuó, apoyando sus manos sobre sus hombros—. ¿Qué pensaría la gente si no lo hiciera?

Javier suspiró por dentro aliviado por la respuesta de su tía Julia. Aunque no la conocía de nada, nada ni nadie podría ser peor que un orfanato: allí se pasaba mucha hambre y había oído hablar a su madre de que algunos niños eran maltratados por las monjas.

—Pero no ha tenido relación ninguna con su sobrino, prácticamente ni le conoce.— Apuntilló el embajador—. No lo haga por el qué dirán, sino porque realmente le quiera dar un hogar.

Julia se puso frente a su sobrino e intentó esbozar una sonrisa de afecto que parecía más bien una mueca patética y torcida.

—Quiero cuidar de él, ya conseguiremos retomar la relación.

—Además me consta que tiene un hijo casi de su misma edad.— Ahora se dirigió a Javier—. ¿Tienes ganas de estar aquí y de conocer a tu primo?

Javier asintió; siempre había querido tener un hermano, tener a

alguien con quien jugar o compartir secretos y complicidades, pero había pasado su infancia con la única compañía de sus padres. Ahora tenía la oportunidad de acercarse por primera vez a Fernando y recuperar todos aquellos momentos que había perdido por culpa de las riñas entre los adultos de su familia.

—Entonces, señora Luengo, ya puede firmar la tutela.

El embajador sacó unos papeles de su maletín y se los entregó a Julia, quién comenzó a leerlo detenidamente.

—Pero…—Su tía pareció dudosa —. ¿Es que no nos van a dar nada a cambio?

El señor Hinojosa se la quedó mirando entre sorprendido y enfadado.

—¿A qué se refiere? –Frunció el ceño—. ¿Acaso pretende que se le pague por ello?

Su tía tragó saliva y se acercó al embajador e intentó que no le oyera Javier.

—La fortuna, la casa y la herencia de mi hermano. ¿Qué pasa con eso?

El embajador asintió lentamente: había encontrado la razón por la que aquella mujer tenía tanto interés por cuidar de su sobrino prácticamente desconocido. Se lo podría haber imaginado, pensó, pero le había cogido cariño a ese crío y se negaba a creer que estaba realmente solo en aquel mundo interesado y frívolo. Aquella mujer había destapado su verdadera codicia y lo que menos le importaba era el bienestar del muchacho.

—Eso pertenece a Javier y no podrá tocarlo hasta que sea mayor de edad.— No le dijo toda la verdad, pues quería ponerla a prueba—. ¿Quiere quedarse al chico o no?

Javier no entendía por qué su tía había cambiado de opinión tan rápidamente. Entendía que pudiera tener alguna duda, pero también había tenido ya varias semanas para pensárselo desde que había recibido el telegrama. Había perdido a sus padres y no había nada más humillante y triste que ni siquiera su propia familia quisiera ocuparse de él. Julia evitó la mirada desconsolada de su sobrino y negó con la cabeza.

—Quizás debería comentarlo con mi esposo. ¡Todo ha sucedido tan rápido!

—Vaya, creía que lo tenía muy claro.— Soltó irónicamente—. Es sangre de su sangre, no creo que sea una cuestión de dinero, ¿No es así?

Su tía se ruborizó y comenzó a andar de un lado a otro dramáticamente, haciéndose la ofendida.

—¿Qué está tratando de decir? ¡Oh, cielos, es mi sobrino! ¡Por supuesto que no es cuestión de dinero!

—¿Entonces qué? –Le entregó la pluma y esperó—. ¿Dejará al hijo de su hermano en la estacada?

Su tía se sentó en una silla y sacó un abanico de la nada. Parecía estar en una encrucijada y no sabía qué narices hacer. No sentía nada por aquel niño y no quería meter a un desconocido a vivir con ellos. Además, ¿cómo se lo tomaría Fernando? se preguntó, sabiendo que su hijo había sacado su mismo carácter y a veces era un tanto huraño y celoso.

El señor Hinojosa miró a Javier, que parecía estar a punto de llorar. Lo peor del luto estaba por llegar; había vivido unas semanas frenéticas alejado de su rutina habitual y ahora sería cuando empezaría realmente a echar de menos a sus padres. El dolor más atroz solía aparecer con más dureza al poco tiempo de la desgracia, cuando uno se daba cuenta de que las personas más queridas no iban a regresar jamás a su lado. Era en ese momento, cuando tomas conciencia de una realidad tan cruda, cuando más necesitas el apoyo de los demás y Javier no parecía que lo fuera a tener.

—¿Le acogería de todos modos aunque no se le adelantaran de la herencia las cien mil pesetas destinadas a su manutención y educación? –Preguntó con sorna el señor Hinojosa.

A su tía le brillaron los ojos y su rostro se endulzó de repente; cien mil pesetas era mucho dinero y alimentar y darle una buena educación a su sobrino no le costaría tanto.

—¿Cien mil pesetas? –Sonrió sin quererlo, aunque intentó disimularlo —. Pues claro que lo acogería igual, ya le he dicho que es sangre de

mi sangre.

—¿Entonces va a firmar la tutela? –Su tono era de cierto temor, pues no estaba del todo convencido de la buena voluntad de aquella mujer. No creía que pudiera ser una buena tutora para Javier y ni si le daría el cariño y el amor que le correspondía, pero la única alternativa que había era el orfanato y aquello era cien mil veces peor.

—¡Por supuesto que sí! –Cogió la pluma y garabateó su firma con alegría.

—¿No había dicho antes que tenía que pensárselo?

Julia desvió la mirada y comenzó a sollozar.

—¡No sé ni lo que digo, estoy tan agotada y triste! ¡Quería tanto a mi hermano!

—Tenía entendido que no tenía una buena relación con él.

Su tía comenzó a llorar con teatralidad, aunque Javier quiso creer que con algo de emoción.

—¡No fue por mi culpa! –Exclamó—. Fue por culpa de esa mujerzuela que separó a toda la familia.

Javier supo que se estaba refiriendo a su madre y sintió una punzada en el corazón al saber que estaban hablando mal de ella.

—¡Si no se hubiera casado con ella hubiéramos sido una familia feliz y bien avenida! -Continuó con despecho.

El señor Hinojosa se acercó a ella e intentó contenerla delante del muchacho.

—No sería conveniente hablar así de su madre, ¿no cree?

—Sé que mi sobrino no tiene ninguna culpa de lo que fuera su madre. — Dijo en voz baja—. Y me espera un buen trabajo con él para educarlo como dios manda. Seguro que ella no le enseñó ni la mitad de modales que debería tener un hijo de un hombre tan importante como mi hermano.

—El niño era feliz con sus padres y es un niño muy educado. Le ruego

que tenga paciencia con él y que no sea demasiado estricta.

Julia le miró por encima del hombro y se puso rígida.

—Ahora yo soy quién debe decidir por él y haré lo que crea conveniente con su educación.— Dijo de forma arisca—. Así que creo que su trabajo aquí ya ha terminado.

El embajador asintió lentamente y miró a Javier, que seguía en el mismo sitio de pie desde que había llegado, ni siquiera les había ofrecido una silla. Se acercó a él y le revolvió el pelo para romper la tensión del momento.

—Espero que seas feliz, de verdad.— Le dijo emocionado—. Intenta ser fuerte.

Javier no pudo evitar las lágrimas: el señor Hinojosa había sido lo más parecido a un padre desde que éstos habían desaparecido de su vida y ahora tenía que despedirse de él sin saber cuándo lo volvería a ver. Había sido una persona cercana y atenta, todo lo contrario de lo que parecía ser su tía. Tendría que convivir con aquella desconocida en una casa oscura y tétrica, tan alejada de la luz y la alegría que desprendía su antiguo hogar.

—Gracias.— No pudo reprimir su emoción y se abalanzó a sus brazos. Quizás sería el último abrazo que sentiría sincero y cálido—. No le olvidaré nunca.

El embajador se marchó y durante unos segundos la casa se quedó en silencio, tan solo se oían las agujas de un carrillón rococó. No llevaba ni una hora allí y ya se sentía absorbido por aquellas paredes de un papel pintado sombrío y recargado. Solo tenía ganas de conocer a su primo, quizás aquel muchacho le devolvía un poco de paz y alegría a su atormentado corazón.

—Ven, vamos a buscarte una habitación.— Comenzó a subir los peldaños de la escalera mientras hacía sonar una campanilla—. Gertrudis te la preparará.

Se imaginó que Gertrudis era la criada y de pronto sintió nostalgia al recordar a Manoli, que había servido en su casa durante tantos años y que ahora había perdido el trabajo por culpa de aquella desgracia. Siguió a su tía, cruzaron el pasillo y se adentraron en una habitación

sencilla, con una cama y un armario de madera oscura con una pequeña ventana.

—Esta será tu habitación.— Le indicó sin mucho entusiasmo—. Vamos a ver a Fernando.

Le llevó a una habitación mucho más luminosa y agradable repleta de baúles y juguetes de todo tipo expuestos en estanterías: carruseles con caballos y jinetes, juegos de mesa, balones, soldaditos de plomo…

—Fernando, aquí está tu primo.

Fernando estaba leyendo, sentado en un sillón alfonsino y vestido también de luto. Tanto la madre como el hijo parecían dos seres venidos de ultratumba. Su pelo era negro, un tanto ondulado, y sus ojos oscuros le otorgaban una seriedad casi amenazante. Se levantó y se acercó a su primo.

—¿Vas a vivir con nosotros? –Le preguntó con firmeza.

—Sí, hijo.— Su tía se adelantó—. A partir de ahora será uno más de la familia.

Fernando frunció el ceño, aunque lo intentó disimular.

—Siento mucho todo lo que te ha ocurrido. –Intentó forzar una mueca de compasión y le abrazó—. Puedes estar tranquilo, con nosotros estarás bien.

Javier sonrió y suspiró aliviado: su primo Fernando parecía ser un chico agradable y afectuoso, todo lo contrario a su tía.

—Os dejo aquí charlando.— Dijo ella, dirigiéndose a la puerta para marcharse—. De aquí poco vendrá tu padre, así que quiero que estéis preparados para la cena. Dale una vuelta por la casa para que se vaya familiarizando con ella.

Fernando asintió, abrió uno de los cofres de la habitación y sacó una caja.

—Mira, te voy a enseñar algo.— La abrió lentamente y saboreó con frialdad la cara desencajada de su primo al ver lo que contenía—. Es un barco precioso, ¿a que sí?

Javier se quedó en silencio al ver aquel barco de madera de juguete y pensó que Fernando lo habría hecho sin darse cuenta.

—¡No me puedo imaginar cómo pudo quemarse el General Slocum! –Expresó sin ningún tipo de reparo—. ¿Y saltasteis desde la barandilla?

Javier notó un nudo en la garganta: no se podía creer que su propio primo le recordara la tragedia con aquel descaro. ¿Acaso no se daba cuenta de que todavía le dolía hablar del tema? ¿Lo estaba haciendo a mala fe o parecía no darse cuenta de nada?

—¡Oh, perdona! –Continuó Fernando, cogiéndole de la mano—. ¡Qué tonto soy, no quería ofenderte!

Javier desvió la mirada y se secó las lágrimas con la mano.

—Debe ser duro perder a tus padres—. Le miró profundamente a los ojos sin parpadear—. Y no poder enterrar sus cuerpos.

Javier asintió y rompió a llorar sin desconsuelo.

—Mi querido primo.— Fernando volvió a abrazarle—. Conmigo estarás bien, todo irá bien. No temas nada, yo cuidaré de ti. Estás completamente solo en el mundo, pero yo siempre estaré a tu lado.

Javier pensó que tenía razón: lo había perdido todo y ahora solo le quedaba el cariño de aquel primo desconocido que no dejaba de apretarle contra él con tanta fuerza que apenas podía respirar.

—Gracias, primo.

—Yo estaré siempre contigo.— Sus palabras sonaban melodiosas y seguras—. Pero prométeme, es más, júrame, que siempre harás caso de mis consejos. Por tu bien.

38

Coronas de Cillas, diciembre de 1930

-Tenemos que seguir caminando.- Cortés ayudó a Toni a levantarse-. La herida se te puede infectar.

-¡Shhh, escucha! –Exclamó en voz baja-. ¿Lo has oído?

Los ladridos de un perro se oían en la lejanía.

-Debe haber una casa cerca, puede que viva algún pastor por aquí.

Ambos siguieron el sonido del ladrido hasta que finalmente se toparon con una casa de labriego diminuta de piedra que estaba junto a un establo y un granero. A pesar de la aparente sencillez y austeridad de la casa, aquella familia parecía no vivir del todo mal: desde la ventana del establo se podía percibir un gran número de vacas y ovejas que descansaban apretadas las unas con las otras para darse calor. Además, desde la chimenea salía un rico olor a codornices escabechadas y cebolla frita que hicieron que ambos sintieran un profundo dolor en el estómago. Llevaban muchas horas sin comer y lo poco que se habían llevado a la boca apenas había sido un pequeño tentempié compuesto de pan, queso y café. Una luz amarilla iluminaba el interior de la choza y a través de ella vieron a un hombre sentado en una silla acolchada frente al calor del fuego. El perro aumentó la fuerza de su ladrido al darse cuenta de la intromisión de aquellos dos desconocidos que se acercaban cada vez más a la casa y alertó a su amo, que no tardó en salir con el ceño fruncido visiblemente molesto por haber interrumpido su calma.

-¡Pluma! –Gritó al perro sin percatarse de la presencia de los dos hombres-. ¿Qué te pasa?

El perro se acercó más a Toni y a Cortés, que apenas se les veía por el manto oscuro de la noche. El cielo estaba encapotado por la nieve y apenas había estrellas, ni siquiera alumbraba la luz de la luna.

-¡Eh! –Por fin se dio cuenta e hizo un paso atrás con prudencia-. ¿Quién sois vosotros y qué coño hacéis por aquí?

El pastor llevaba el tallo de una flor colgando del labio y los dedos pulgares en las sisas del chaleco de lana.

-Necesitamos ayuda.- Cortés abrió las palmas de la mano-. Somos buena gente.

El pastor observó sospechoso el torniquete empapado en sangre que llevaba Toni y arrugó todavía más la frente.

-¿Cómo te has hecho eso?

Toni dudó si decirle la verdad o no, aunque tampoco tenía alternativa alguna. Tenía una bala incrustada en el hombro y restos de metralla por el cuerpo, ninguna excusa hubiera sido creíble.

-Me ha herido el ejército en Coronas, vengo de la sublevación de Jaca.

-No queremos hacer daño a nadie.- Añadió Cortés rápidamente-. Solo queremos limpiar la herida y nos iremos por donde hemos venido.

El hombre reflexionó durante unos instantes.

-¡Claro que sí! –Su rictus en un principio prudente y sospechoso se transformó en una sonrisa llena de complicidad-. En mi casa siempre hay sitio para hombres que luchan por la libertad y la democracia. Os quedareis a cenar y a dormir.

Toni no se podía creer la suerte que habían tenido. Habían logrado encontrar refugio en pleno monte y encima el mismo dueño era partidario de la República.

-Muchísimas gracias.- Dijo con humildad-. Pero no es necesario que nos quedemos a dormir, no queremos crearle molestia alguna.

-De eso nada.- Miró al cielo y recogió algún copo con la mano-. Esta noche va a nevar fuerte y no voy a permitir que paséis la noche al raso.

En aquel preciso momento apareció por la puerta una mujer de pelo negro ensortijado que rozaba prácticamente la cincuentena. Tal vez su madre tuviera aquel aspecto ahora mismo, pensó Cortés, intentando

recordar con una mezcla de añoranza y tristeza su cara y su cuerpo, que cada vez se le aparecía más borroso y lejano.

-¿Va todo bien? –Preguntó de un modo complaciente y conciliador, secándose las manos en el delantal.

-Estos dos mozos, que pasaran la noche con nosotros.

La mujer, de mejillas flácidas y canas en las sienes, hizo una mueca de sorpresa al advertir la herida de Toni y se acercó a él para observarla.

-¿Sería tan amable de ayudarme? –Le preguntó él, viendo la buena predisposición de la señora-. Todavía tengo la bala dentro.

Con un leve gesto de cabeza, la mujer les conminó a entrar sin decir nada más. El calor agradable de la chimenea les sonrojó las mejillas y Cortés se acercó al fuego para secar sus zapatos calados y el dobladillo mojado del pantalón. Toni se quitó la camiseta y se sentó en una silla mientras la esposa del pastor iba a por unas pinzas, alcohol y gasas.

-Mi señora sabe bien como curar heridas.- Comentó el pastor, que servía a los dos un vasito de aguardiente-. Cualquier pastor en el campo libra una batalla, las astillas de las ramas son muy traicioneras.

La mujer vertió el agua de una jarra en un caldero y luego lo puso en el fuego. Cuando consideró que ya estaba lo suficientemente caliente, lo retiró y lo puso sobre la mesa. Cogió una toalla limpia, la mojó en el agua y se la pasó por la herida. Más tarde, cogió una gasa y la empapó en alcohol.

-Respira hondo.- Le aconsejó la mujer con una voz tranquila y sosegada-. Escuece bastante.

Toni apretó los dientes al notar el contacto de la gasa con su piel. Se sujetó a la silla con fuerza y respiró ansiosamente para evitar gritar. Contó hasta diez intentando no pensar en el escozor hasta que terminó de desinfectarla.

-Ahora voy a extraerte la bala, por suerte no la tienes muy profunda.

Aunque había luz eléctrica, la mujer consideró apropiado colgar una lámpara de queroseno en un gancho que había en la pared para ver mejor la herida. Cogió entonces las pinzas y las llevó al fuego para

desinfectarlas y sin pensárselo ni un ápice comenzó a extraer metralla y a meterlas en la piel en carne viva. Sus manos no temblaban, parecía que tuviera experiencia en trabajos como ese a pesar de que tan solo era un ama de casa. Con la reacción del aguardiente y el calor de la leña, Toni comenzó a sudar y no pudo evitar lanzar un grito desesperado de dolor.

-Otra copita de aguardiente, por favor.- Le suplicó al pastor-. Y un cigarrillo para calmar los ánimos, si es tan amable.

El pastor le sirvió la copa y Toni se la bebió de golpe.

-Nada de fumar todavía.- Dijo la mujer con autoridad, que por primera vez parecía sacar carácter-. No te vaya a caer ceniza en la herida.

Tras unos minutos de angustia, la mujer del pastor por fin extrajo la bala ensangrentada y la dejó caer en la mesa. Luego volvió a mojar la toalla en el caldero y el agua se tiñó de un rojo casi negro. Finalmente vendó la herida con delicadeza y levantándose de la silla dio por finalizada la tarea.

-Necesitarás que te vea un médico.- Le ayudó a ponerse la camisa-. Esto solo es provisional.

La mujer del pastor abrió la ventana, cogió el caldero y lo vació dejando un charco rosado sobre la nieve del patio.

-Os agradezco muchísimo la ayuda.- Se giró ahora hacía el pastor, que había liado varios cigarrillos con papel de estraza y que estaban sobre la mesa-. Ahora sí que necesito un poco de tabaco.

El hombre le autorizó a que cogiera uno y su mujer comenzó a despejar la mesa para cenar.

-Vamos a comer, que estaréis hambrientos.- Dijo al fin, encendiendo la radio que tenía sobre la repisa de la chimenea-. Ya veis, un capricho que me ha costado cinco años de ahorros.

Todos se sentaron en la mesa y la mujer comenzó a servir las codornices que el mismo pastor había cazado el día anterior. Sacó también un trozo de pan blanco y redondo y lo troceó acompañado por un queso de oveja. Cortés y Toni comieron con fruición: llevaban horas sin probar bocado y aquel plato caliente les estaba recobrando

el buen ánimo. Sin embargo, una voz aguda y diáfana comenzó a recitar las noticias del día a través del aparato radiofónico.

La sublevación de Jaca ha fracasado en la batalla de las Coronas de Cillas contra el ejército gubernamental. Los capitanes Galán y Hernández han sido encarcelados en Huesca, así como muchos de los que han participado en la falsa proclamación republicana. Están pendientes de juicio.

A Toni se le atragantó la cena. Sintió lástima por aquellos dos capitanes a quienes les esperaba, probablemente, un buen período en la sombra, y también miedo por lo que les podía deparar a ellos.

-Una pena.- Confesó el pastor, haciendo una mueca de tristeza.

-Todo ha acabado saliendo mal.- Negó con la cabeza y dejó de comer-. Ni siquiera supimos ponernos de acuerdo entre nosotros.

-No te preocupes ahora por eso.-Le dijo Cortés, que se había mantenido en silencio desde que había entrado en la casa-. Ahora tienes que comer para recuperar fuerzas.

Toni asintió e hizo un esfuerzo por rebañar el plato. Cuando terminaron, volvieron a beber otra copita de aguardiente y se quedaron junto al fuego charlando.

-¿Así que conocías a Galán y a Hernández? –Preguntó el pastor, llevándose a la boca otro cigarro.

-Sí, estuve con ellos durante la sublevación.- Miró al suelo recordándolos y se sintió culpable por haberlos dejado entregarse sin más-. Han sido valientes y han luchado con todas sus consecuencias.

-Entonces eres un pez gordo.- Rió para quitarle hierro al asunto y removió las brasas de la chimenea con un palo de hierro-. Puede que lo que habéis hecho, aunque haya fracasado, sirva para crear un precedente.

-Ojalá sea así.

Toni se recostó en la silla dejando caer todo su peso en el respaldo y de golpe comenzó a notar todo el cansancio que hasta ahora había aguantado estoicamente. Bostezó exageradamente y deseó con todas sus fuerzas cerrar los ojos y dormir tranquilo hasta que le despertara

los primeros rayos de sol y retomar el camino. Miró a Cortés, que se había apoyado sobre su propio brazo y parecía dormitar en silencio, y pensó que jamás se hubiera imaginado encontrarse en semejantes circunstancias con aquel joven que apenas conocía veinticuatro horas atrás.

-Mañana será otro día.- Determinó el pastor al percibir el cansancio de los dos invitados-. Mi mujer os preparará la cama. Que paséis una buena noche, señores.

El pastor se levantó y desapareció por el pasillo que llevaba al dormitorio tirando lo que quedaba de cigarrillo al fuego. Su mujer, por el contrario, que había estado recogiendo la mesa y la cocina, se precipitó a sacar unas gruesas mantas que, superpuestas unas con otras, acabaron simulando una cama en el suelo, junto a la chimenea.

-Siento no poder ofreceros nada mejor.- Señaló una jofaina con agua caliente-. Aquí tenéis agua, por si queréis lavaros. Si necesitáis algo más, no dudéis en decírmelo.

Cortés rechazó el ofrecimiento con amabilidad.

-¡Ah, se me olvidaba! –La mujer se fue a la cocina y volvió con un ungüento-. Es grasa de cerdo y cera de abeja para los sabañones de los pies. Os irá bien para el frío.

-Muchas gracias, esto es más de lo que hubiéramos deseado.

La mujer apagó las luces y los dos cayeron muertos de cansancio en aquel montón de mantas duras y apelmazadas.

-¡Despierte!

Toni escuchó una voz alta y fuerte y un puntapié en las costillas. Estaba durmiendo tan profundamente que ni siquiera pudo abrir los ojos.

-¡Despierte, coño!

Abrió los ojos poco a poco, la luz de la ventana le cegaba por completo. Cuando consiguió abrirlos del todo, se encontró a dos guardias civiles observándole y a uno de ellos sujetando a Cortés por

el brazo.

-Póngase de pie.- Le dijo el más fornido de los dos-. Nos vamos.

-¿Pero cómo…? –Toni creyó por unos instantes que estaba soñando-. ¿Qué les habéis hecho al pastor y a su mujer?

Miró de un lado a otro hasta que por fin vio al pastor sentado en la silla comiendo gachas en una escudilla de barro con una tranquilidad pasmosa. Su mujer estaba de pie, tras él, con una nube de tristeza y culpabilidad en la mirada. Toni comenzó a atar cabos y sintió una rabia inmensa por haber creído al cien por cien en la generosidad de aquel hombre.

-¡Eres un traidor! –Gritó Toni-. ¿Por qué lo has hecho?

El hombre dejó la cuchara en la escudilla y le miró desafiante.

-Porque todos quienes lucháis contra el rey sois una panda de vagos que lo único que queréis es no pegar palo al agua.- Continuó sin dejar de apuntarle con el dedo-. Tanta libertad y democracia… ¡Esto es la ruina de España!

-¡Me dijiste que creías en la República y me ofreciste tu casa!

El hombre encogió los hombros sin mostrar remordimiento alguno, pero su mujer no podía dejar de morderse las uñas y de mirar a Toni rogándole una disculpa.

-No os iba a dejar morir de frío en la montaña, pero tampoco que os fuerais de aquí como si no hubierais atentado contra España y contra el rey.

-Este hombre ha hecho lo que tenía que hacer.- Indicó uno de los guardias-. Un buen patriota es capaz de andar cinco quilómetros en plena madrugada y bajo cero para advertirnos del enemigo. Todos deberían ser como él.

El pastor alzó la cabeza con orgullo y los guardias sacaron a Toni y a Cortés de la casa a empujones. La mujer del pastor salió tras ellos y se apoyó en el marco de la puerta visiblemente preocupada mientras señalaba a Toni.

-Este chico necesita un médico, tiene una herida en el hombro.

Toni agradeció con la mirada lo bien que se había portado con ellos y pensó que seguramente ni siquiera ella había sabido las intenciones que tenía su marido de traicionarles.

-No se preocupe señora, allí donde va estará muy bien.- Se jactó uno de los guardias, mientras los metía en el coche-. Seguro que lo tratarán estupendamente.

-¿A dónde nos llevan? –Preguntó Toni, ya en el interior del Ford A-Roadster que olía a tabaco y chorizo-. Él no ha hecho nada, está conmigo por coacción, ¡déjenlo libre!

Los rayos esquinados de un sol pálido iluminaron la cara de Cortés, que seguía sin mostrar resistencia ni defender su inocencia.

-Ya, claro.–Masculló el guardia al volante, mirando a través del retrovisor-. Ya nos sabemos ese cuento, ahórratelo.

-¡Pero es cierto! –Su voz sonó desesperada y miró a Cortés en busca de apoyo-. Él no tiene nada que ver en esto, confiscamos su coche y…

-No pierdas el tiempo, Toni –Dijo al fin, con actitud resignada y tremendamente frío- Nadie te va a creer, a ellos no les importa la verdad.

Toni dejó escapar un suspiro de agotamiento y añadió otro sentimiento de culpabilidad a la lista: había perjudicado a una persona totalmente inocente que encima le había salvado la vida. La sublevación estaba pasando factura y cada vez estaba más convencido de que nunca ganarían la batalla. Las carreteras seguían intransitables, no había parado de nevar en toda la noche y el choche no superaba los veinte quilómetros por hora. En cada tramo de carretera se cruzaron con varias patrullas de la Guardia Civil que paraban a cualquiera que pudiera ser sospechoso de rebeldía. Llegaron a Jaca de noche y los llevaron al calabozo, donde reinaba un silencio escalofriante. La celda, de apenas seis metros cuadrados, albergaba a diez hombres sentados con las piernas recogidas; todos ellos habían participado en la sublevación. Las paredes eran de piedra, pero había agujeros abiertos por los que se colaba el frío y la humedad de la nieve. Los prisioneros se daban calor los unos a los otros, sin mantas con las que taparse; tan solo los que habían conseguido conservar su abrigo podían sentirse afortunados de no ir perdiendo poco a poco la

sensibilidad de los dedos de los pies y las manos. Toni y Cortés lograron sentarse en una esquina de la celda, al lado del cubo de los excrementos.

-Esto es inhumano.- Toni se tapó la nariz con la solapa del abrigo evitando unas arcadas-. ¿Quién puede soportar esto?

-Se nota que no has vivido en un orfanato.- Confesó Cortés recordando sus años de infancia-. Una vez me castigaron y me obligaron a limpiar las letrinas donde iban a cagar más de cincuenta niños. Ese olor no lo olvidaré jamás, se guarda en el subconsciente como un recuerdo más.

-¿Eres huérfano?

-Sí y no.- Cortés nunca sabía cómo responder a esa pregunta-. Tengo padres, pero no los he vuelto a ver desde que tenía siete años.

Toni sintió compasión por él, pero nunca sabía qué decir en ocasiones como aquella. Él no era de la clase de personas que siempre tienen la palabra justa para cualquier tipo de situaciones.

-La vida nos pone a prueba constantemente.- En seguida se dio cuenta de la bobería que había dicho, pero al menos había acabado con aquel silencio incómodo.

-La vida no, la gente. Se atreven a juzgarte, ¿sabes?, sin saber absolutamente nada.

Toni observó cierto dolor en su mirada y pensó que se refería a las habladurías que se decían de él en Biescas.

-Yo no creo en lo que dicen.- Notó cierto alivio en su cara-. No creo que una persona que arriesga su vida por la de un desconocido sea capaz de…

De repente, un carcelero apareció tras las rejas llevando consigo un cubo de agua. Abrió las puertas y lo entregó a los prisioneros para beber. Cuando llegó a las manos de Cortés y Toni, apenas quedaba para dos o tres tragos que encima sabían a hierro y robín.

-¿Podrían vaciarnos el cubo de mear? –Preguntó un muchacho joven- Ya está lleno.

El carcelero tenía cara de pocos amigos y no tenía pinta de que fuera a

ser magnánimo con ellos.

-¡Pues os espabiláis! –Exclamó, llevándose el cubo de agua ya vacío-. Yo no pienso tocar vuestra mierda.

Toni se acercó a la puerta y se agarró a los garrotes.

-¡Oiga, tenemos derechos! ¡Merecemos un respeto!

El funcionario, gordo y de baja estatura, levantó las cejas sorprendido.

-Los traidores como vosotros no os merecéis nada.

-¡Estas condiciones son infrahumanas! –Continuó-. ¡Hay gente que se está congelando de frío y que puede morir!

-Agradeced que todavía estáis vivos, que Fermín Galán y García Hernández no pueden decir lo mismo.

Toni tragó saliva y se puso las manos en la cabeza. Todos los que estaban allí ahogaron un grito de sorpresa.

-¿Están muertos?

-Los han fusilado esta misma mañana.- Continuó el carcelero, saboreando la noticia-. Han sido juzgados por un Consejo de Guerra y Galán se ha declarado culpable de todo.

Cortés le puso la mano en el hombro en señal de consuelo.

-¿Pero por qué demonios se ha declarado culpable? –Toni no podía creer lo que estaba escuchando-. ¡No son culpables de nada, solo han luchado por lo que creían!

-Dicen que se ha declarado culpable para no delatar a los demás. Al menos es un hombre de principios.- Comenzó a reír tontamente-. Era, perdón.

El carcelero se marchó silbando despreocupado mientras los demás se quedaban con la cabeza gacha cavilando sobre lo que les deparaba el destino a ellos también.

-¡Qué pasará con nosotros? –Preguntó uno en voz alta-. ¿Nos matarán también?

La gente comenzó a murmurar cada vez más nerviosa y Toni se dio cuenta de que no podían perder lo más valioso que tenían en aquellos momentos de incertidumbre y dolor: la esperanza. Tenía que hacer que aquellos muchachos que tanto habían creído en la sublevación, volvieran a recuperar las ganas y el ánimo de hacía apenas unos días.

-Tenemos que ser fuertes.- Dijo alzando la voz-. Galán y Hernández han muerto por nosotros y por la libertad, no podemos dejar que nos venza el miedo y la dictadura del poder. ¡Tenemos que seguir luchando por la democracia! Vamos camaradas, poneros todos de pie y gritad conmigo: ¡Viva la República!

Unos minutos más tarde, la prisión preventiva de Jaca se llenaba de cantos y gritos que secundaban las palabras de Toni.

-¡Viva la República! ¡Viva la República!

39

Jaca, diciembre de 1930

La Pepa llegó con un par de cucuruchos de periódico llenos de churros aceitosos y azucarados todavía calientes. Los puso sobre la mesa del comedor y todos comenzaron a comer excepto Ana, que llevaba ya varios días sin gran apetito. Estaba preocupada por Toni, del que no sabía nada desde el mismo día de la sublevación. No había dado señales de vida y ni siquiera había escrito para decir si se encontraba bien o no.

-¿Se sabe algo de los sublevados? –Preguntó Ana, preocupada.

-¡Qué va, niña! –Negó con la cabeza y le sirvió el café-. En la panadería nadie sabe nada.

-A saber que habrá sido de Toni –Dijo el viejo, metiéndose el churro en la boca y limpiándose la grasa de los dedos en la servilleta-. Muchos murieron en Coronas de Cillas, el Ejército se los llevó por delante.

Ana tragó saliva y rezó con todas sus fuerzas para que hubiera escapado sano y salvo de esa batalla.

-Si es así, él se lo ha buscado.- Añadió Lucio, enfadado-. Él se ha metido en este lío, proclamar la República… ¿Pero quiénes se han creído que son?

Ana arrugó el ceño.

-Él ha luchado por sus ideas, por lo que considera mejor para la sociedad.

-¡Paparruchas! –Trocitos de churro saltaron despedidos de su boca-. Luchan por lo que les conviene a ellos, no a nosotros.

-¿Y qué nos conviene a nosotros? –Ana se sorprendió al defender lo

que antes consideraba propio de ideologías radicales y que ahora veía algo justo y necesario-. ¿Trabajar toda la vida sin rechistar para que los de arriba se enriquezcan y abusen del pueblo?

-Veo que ya te ha comido los sesos, esta gente vive de eso, de manipular a los más débiles.

Ana iba a responder a aquella ofensa pero la Pepa la interrumpió para evitar empeorar las cosas.

-Niña, escucha.- Le cogió de la mano y se la apretó con fuerza-. Yo también quiero mucho a Toni y no pararemos hasta saber qué ha sido de él. ¿De acuerdo?

Ana asintió aliviada por tener a su lado a un aliado.

-Luego iré a la tienda de Torín para comprar, puede que él sepa algo, ya sabes que las mujeres suelen alcahuetear mientras hacen la compra. Puedes acompañarme si quieres.

Las dos mujeres se adentraron en la tienda de comestibles. Nada más entrar, Ana recibió el fuerte olor de los embutidos colgados de la pared que se mezclaba con la del bacalao seco. Había varias mujeres más frente al mostrador de pino desgastado, que estaba cubierto de botes de cristal rellenos de conservas y de cubitos de caldo de gallina. La Pepa esperó su turno hasta que le atendió el mismo Torín, un hombre ancho y de poco pelo que llevaba un delantal enorme manchado de lejía.

-Niño, ponme medio quilo de lentejas, ¿pero no quiero ver ni un bicho, eh?

-¡Ay, Pepa! –Cogió la cuchara y comenzó a llenar una papelina -. Sabes que siempre pongo lo mejor a mis mejores clientas.

-Por cierto niño, a ver si tú sabes algo de Toni, el chico que tenía en la pensión.

-¿Toni? –Torín entornó los ojos al techo intentando recordar-. Hija, no sé de quién me hablas.

-Trabajaba en la sastrería de Julián.- Añadió Ana, metiéndose en la conversación.

Torín colocó la papelina en la balanza con gestos precisos y decididos y le añadió una cucharada más para llegar al medio kilo.

-Uy, ¿en la sastrería de Julián? –Miró sospechoso-. ¿Ha participado en la sublevación?

Ana asintió en silencio, sin dar más detalles.

-Entonces es probable que se encuentre en la cárcel, ayer mismo trajeron a unos cuantos aquí.

-¡Dios santo! –La Pepa se echó las manos a la cabeza-. ¿Qué van a hacer con mi Toni?

-Me parece que se quedará sin inquilino durante mucho tiempo.- Dijo compadeciéndose de ella-. Los tendrán que juzgar, y esperemos que solo sean unos cuantos años en la sombra.

Ana hizo una mueca de tristeza; había leído en el periódico lo del fusilamiento de los capitanes y no quería que él corriera su misma suerte.

-Hay muchos en ese calabozo y entre ellos mi sobrino.- Dijo una clienta, agarrándose con fuerza el cesto bajo el brazo-. No nos han dejado verle, pero sí hemos podido escuchar desde la puerta sus cánticos políticos y esas cosas, parece que no aprenden la lección.

-Entonces están bien.- Ana hizo un ligero suspiro-. Tienen fuerzas.

-Hasta que empiecen a sentir el hambre.- Torín intervino de nuevo-. No hay mejor manera que derrotar al enemigo que privándole de un buen plato caliente.

-¿Entonces no podremos verle? –Preguntó la Pepa, sacando el monedero para pagar-. ¿Qué podemos hacer para sacarlo de allí?

El dependiente negó con la cabeza en un claro gesto de derrotismo.

-No podéis sacarlo de allí. Les juzgarán y punto. Pero yo creo que si dais una buena propina al carcelero, puede que os dejen verlo.

-Pues ya te digo yo que no.- Continuó la mujer del sobrino sublevado-. Nosotros lo hemos intentado, pero no ha habido manera. Parece que el dinero no les interesa.

Una vez que ya obtuvieron toda la información que necesitaban, abandonaron el comercio y se dirigieron hacia los calabozos situados en un edificio alto construido en piedra siglos atrás. En la puerta había un soldado, un muchacho que apenas tendría dieciocho años, con el acné floreciente en la cara y la seguridad de llevar un arma en sus manos.

La Pepa tomó la iniciativa y se puso frente al muchacho con valentía.

-Capitán, ¿podríamos ver a uno de los presos?- La hostelera sabía de sobras que aquel joven no ostentaba el rango de capitán, pero quería ganarse su confianza.

El chico miró primero a la Pepa y luego se regodeó con el cuerpo de Ana a pesar de que llevaba un grueso abrigo que le llegaba hasta las rodillas y con el que apenas se le intuían las curvas.

-Lo siento, pero no se puede.- Dijo sin más, sin apenas parpadear.

-¿Se lo han prohibido? –La Pepa chasqueó la lengua-. Vaya, así que tiene que estar aquí todo el día, solo, y acatando órdenes.

El soldado frunció el ceño.

-Bueno no, yo decido quién entra y quién no.- Levantó la cabeza con orgullo-. Pero no me da la gana que entre nadie.

-¿Y de qué depende que nosotras podamos entrar? –Le enseñó las monedas que sujetaba sobre la palma de la mano.

El soldado observó el dinero e hizo una cuenta rápida.

-Han venido ya mucha gente ofreciéndome sobornos y algunos eran mucho más suculentos que el suyo.

-Si no quiere dinero, ¿qué es lo que quiere?

El chico pareció pensarlo detenidamente y mientras lo hacía esbozó una disimulada y pícara sonrisa.

-La chica.- Su voz aflautada se volvió ahora más masculina y sus ojos se aposentaron descaradamente sobre la cara de Ana-.Quiero un beso de la chica.

-¡No pienso darte un beso! –Exclamó enfadada-. ¿No se te cae la cara de vergüenza?

-¡Pues entonces no podréis entrar! –Se cruzó de brazos como si fuera un niño chico y consentido-. Ya os podéis marchar de aquí.

La Pepa se acercó a Ana e intentó convencerla para que aceptara siendo consciente que se trataba de una proposición indecente.

-Vamos niña.- Le habló en voz baja-. El chico no habrá besado nunca a una mujer, solo será un segundo.

-¡Yo tampoco he besado nunca a un hombre! –Gritó enfurecida y decepcionada por el hecho de que la Pepa barajara aquella posibilidad-. ¡Es un sinvergüenza!

-Perdona querida, no sabía eso, yo pensaba que tú y Toni…-Le guiñó un ojo-. Ya sabes, que teníais algo.

Ana resopló avergonzada y comenzó a dar pequeños pasos de un lado a otro.

-No tengo nada con él, simplemente somos buenos amigos.

No pudo evitar sonrojarse y la Pepa asintió lentamente con el mentón hacia abajo.

-¿Amigos, eh? No te lo crees ni tú cariño, he visto como os miráis. Sé que os gustáis, tengo buen ojo para eso, no me lo puedes negar.

Ana se tocó el pelo instintivamente, retorciéndolo con los dedos. La Pepa era una mujer lista, nadie podía engañarla.

-Quizás un poco.- Confesó, mirando hacia el suelo-. Puede que me guste un poco.

La hostelera esbozó una sonrisa de triunfo y le cogió de las manos.

-Si no besas a este chico, no volverás a ver a Toni nunca más, cariño.- Le acarició la cara con suavidad-. Cierra los ojos y aprieta los labios, solo será un segundo.

-¡Pero es que no puedo! –Hizo un pequeño saltito con los pies-. No quiero que mi primer beso sea con este niño estúpido.

-Escucha cielo, solo tienes que pensar en Toni. Cierra los ojos e imagina que esos labios son los suyos.

Ana se quedó unos segundos pensando si aceptar el chantaje o no. Sabía que si Toni estaba allí no se perdonaría jamás no haber hecho nada por verlo. Total, era un simple beso que no significaría nada para ella, pensó.

-De acuerdo.- Dijo al fin, acercándose al muchacho-. Solo un beso.

-Y mantén la lengua quieta.- Le advirtió la Pepa-. O si no te correré a palos.

El chico asintió y se acercó a Ana tembloroso, mientras ésta cerraba los ojos. Juntó sus labios con los suyos y por un instante se imaginó a Toni en lugar del soldado, aunque éste rápidamente le puso la mano en el muslo y toda la ensoñación se fue al garete.

-¡Ni te atrevas, marrano! –Gruñó la mujerona, dándole una colleja. El soldado se apartó de golpe y se tocó la nuca dolorida-. ¡Te he dicho que tuvieras las manos quietas!

Ana se limpió la boca con la mano e hizo una mueca de asco.

-¡Pues no entrareis! –Ordenó otra vez con aquella voz aguda y penetrante-. ¡Yo mando aquí!

-¡Cállate, mocoso! -Le apartó de la puerta con un manotazo-. O aún tendré que contarle a tu capitán que te dedicas a abusar de las muchachas durante tus horas de trabajo.

-¡Yo no he abusado de nadie, ella ha consentido!

-¿Tienes pruebas? –Ahora se dirigió a Ana-. ¿Te ha forzado o no niña?

Ana asintió con la cabeza y forzó un lloro infantil y poco creíble.

-Te aseguro que puedo hacerlo mejor.- Le indicó, sacándole la lengua-. Pero si nos dejas pasar no diremos nada a nadie.

El chico aceptó asustado y las dos se adentraron en el edificio oscuro y silencioso salvo el sonido de alguna que otra tos seca.

-¿Qué te ha parecido el beso? –La Pepa soltó una carcajada-. ¡Tu

primer beso!

-Buah, ¡qué asco! –Ana volvió a restregarse los labios-.Olía a sardina y a ajo.

-Piensa en positivo, tu segundo beso no podrá ser peor.- Continuó riendo a pesar de la sobriedad del lugar-. Vamos a por nuestro Toni.

Pasaron por los calabozos y aunque había poca luz pudieron observar la cantidad de hombres que se hacinaban en unas diminutas celdas claustrofóbicas. Allí dentro hacía tanto frío como en la calle y un vaho blanco salía de sus bocas cada vez que hablaban. Pasaron celda por celda aguantando los silbidos y piropos de los presos que por fin recibían la visita de una mujer.

-¡Toni! ¡Toni!

Ambas no paraban de gritar su nombre y Ana se acercó a la última celda desesperada por encontrarlo. Si no estaba allí todo el esfuerzo no habría servido para nada. De repente, una mano salió del interior de la celda y agarró con brusquedad el brazo de la joven.

-Mmm, no suele visitarnos una chica tan guapa como tú.

Ana pudo percibir su aliento agrio en la cara y comenzó a tocarla intuyendo con sus dedos torpes los botones de su abrigo con la intención de desabrocharlo. Ana intentó deshacerse de él a la vez que la Pepa le cogía de la cintura y tiraba hacia ella.

-¡Déjala en paz! –La voz de Toni se alzó de repente y le propinó un puñetazo al desconocido en la cara que lo dejó inconsciente-. ¡Ni te atrevas a tocarla!

El corazón de Ana iba a cien por hora, aquel día estaba siendo realmente complicado. Por suerte había encontrado a Toni, un tanto desaliñado y con la barba de hacía varios días, pero parecía estar bien de salud pese a llevar el hombro vendado.

-Toni, ¿cómo estás?, ¿te tratan bien aquí?

-Estoy bien, no te preocupes.- Sonrió y se rascó la barbilla-. Aunque daría lo que fuera por comerme un potaje de la Pepa.

-¡Ay mi niño, mis recetas resucitan a un santo! -Levantó sus brazos

hinchados y le acarició la cara-. ¿Cómo has acabado aquí?

-Escapamos del ejército, pero un pastor nos traicionó y llamó a la Guardia Civil.- Toni señaló a Cortés, que se había mantenido distante-. Tenéis que ayudarme a sacarlo de aquí, él no tiene ninguna culpa.

-¡Madre mía Ana, espero que no tengas que besarte con otro soldado más! –Exclamó la Pepa ahora mucho más seria-. ¡Qué angustia!

Ana agachó la cabeza avergonzada y le lanzó una mirada de reproche a la hostelera por haberlo contado.

-¿De qué hablas? –Preguntó Toni confuso-. ¿Un beso? ¿soldados?

-La niña.- Susurró por lo bajo-. Que ha tenido que darle un beso al soldado de la puerta para poder entrar.

A Toni se le desencajó la cara.

-¡Qué hijo de puta! –Cogió las manos de Ana a través de la reja y las acarició dulcemente-. Siempre te meto en problemas.

Ana se estremeció al notar sus manos, le hubiera gustado abrazarle, que volviera a la pensión con ella en aquel mismo momento.

-Estoy segura que tú también lo hubieras hecho por mí.- Le sonrió cariñosamente-. ¿Cómo podemos sacarle de aquí?

Ana miró a Cortés y se dio cuenta de la cicatriz que tenía en la cara a pesar de la oscuridad de la celda. Él por fin se acercó a la reja, también llevaba una barba descuidada e iba vestido con un traje manchado de polvo y suciedad.

-Necesito que hagáis llegar esta carta a Fernando Luengo.- Se rascó la cabeza, los piojos saltaban de cabeza en cabeza a sus anchas-. Me llamo Cortés, trabajo para él. En ella le cuento todo lo sucedido.

Ana palideció, ¿otra vez la familia Luengo? Casualidad tras casualidad, todas le llevaban a aquel apellido lleno de secretos y mentiras. Sin duda el mundo era un pañuelo, pensó.

-¿Cómo has conseguido escribir la carta, muchacho? –Le preguntó la Pepa con curiosidad-. ¡Si aquí no tenéis de na!

-El reloj de plata que me regalo mi jefe.- Enseñó su muñeca desnuda-. Conseguí sobornar al de la puerta.

-¡Vaya con el niñato ese! –Exclamó con gracia-. ¡De tonto no tiene un pelo!

-La cuestión es que necesito que se la enviéis.- Dijo nervioso e impaciente-. Además le hablo de Toni, quizás también pueda sacarle a él de la cárcel.

Toni negó con la cabeza rechazando el ofrecimiento.

-Yo no iré a ninguna parte, he de cumplir con lo que me toque.

La Pepa extendió su mano amenazándole con darle una colleja.

-¡Anda, anda, deja de decir tonterías! –Exclamó, torciendo el gesto-. ¿Para qué quieres quedarte aquí dentro?

-Galán y Hernández han sido fusilados por la causa-. Hizo una mueca de disgusto-. Y yo no quiero utilizar los chanchullos de un terrateniente para salir de esto mientras otros sublevados se tienen que enfrentar al juicio.

-¡Mira que eres cabezón! –Resopló, santiguándose-. ¿Es que quieres pasarte toda la vida aquí? ¡Vas a perder tu juventud por el orgullo que tienes!

-Sería una traición, tenéis que comprenderlo.

-Tú no mereces esto, no has hecho nada malo.- Ana entrelazó con más fuerza sus manos-. Ellos son los verdugos, los que no quieren que avancemos. ¡No tienes por qué pagar con esto!

-¡Haz caso a la niña, tontorrón! –Le reprochó la hostelera-. ¡Si ella se ha besado con un desconocido por ti!

Ana estaba más decepcionada que enfadada, no podía entender cómo podía ser tan terco y preferir seguir encerrado allí que aprovecharse por una vez en su vida de los favores de un hombre como Fernando.

-Déjalo, si él quiere ser juzgado y pasar su vida así, allá él.- Intentó parecer indiferente, aunque la rabia le comía por dentro, y se separó de él con brusquedad-. Nosotras ya no podemos hacer nada más.

Toni esbozó una media sonrisa, le hacía gracia la manera en la que Ana apretaba los labios cuando se enfadaba y las arruguitas que se le hacían en la frente. Realmente le gustaba, era una mujer inteligente y sensible.

Cortés le palmeó la espalda amigablemente.

-No sería justo que pagaras toda tu vida por esto. Sé que eres un buen hombre.

Toni asintió mientras volvía a rascarse la barbilla.

-Es cierto.- Se tomó unos segundos de reflexión-. Sí, de acuerdo, tenéis razón.

Ana siguió sin relajar el rostro, todavía tensa por la discusión.

-Además.- Continuó observando a Ana hasta hacerla sonrojar-. Creo que me esperan cosas muy buenas fuera.

40

Londres, enero de 1932

Fermín y Martín pisaron tierras inglesas tras siete días navegando desde Bilbao hasta Porthsmouth. La travesía había sido dura, había habido tormenta y apenas habían podido salir a cubierta por el peligro de que las olas se los pudiera tragar mar adentro. Era la primera vez que subían a un barco y no habían podido controlar los sucesivos mareos provocados por el fuerte oleaje; había sido un viaje horrible. A todo esto había que sumarle la indiferencia de Martín con su hermano que, aunque ya tenían dieciséis y diecisiete años respectivamente, continuaban teniendo sus pequeñas rencillas de siempre. Además, el pequeño y el más rebelde de los dos no se había tomado especialmente bien la decisión de su padre de mandarles a Londres con su tío Javier. Nunca se le había dado bien el inglés y, aunque habían estado el último año practicándolo con un profesor nativo, seguía teniendo ciertas dificultades para pronunciarlo correctamente. Se sentía como un tonto intentando imitar la fonética de mister Lewis y encima ahora tendría que hablarlo todo el día en uno de los mejores colegios de Londres.

Fermín estaba entusiasmado con la idea de vivir un tiempo en Inglaterra, relacionarse con chavales de su edad y conocer a su tío Javier, con el que nunca había tenido la oportunidad de verse. Su padre le había hablado sobre su tío, que habían vivido juntos en la misma casa cuando Javier se había quedado huérfano, pero que luego se había marchado a trabajar a Bilbao y nunca más había dado señales de vida hasta que se habían vuelto a reencontrar casualmente en Barcelona. Tenía ganas de ver la ciudad, que estaba a tan solo tres horas de camino en coche. Cuando bajaron del barco, un hombre con un cartel con sus apellidos a lápiz esperaba apoyado sobre la fachada de un ultramarino a escasos metros de allí. Era un hombre bien vestido, llevaba sombrero y un cigarrillo tras la oreja. En seguida se subieron al coche. Fermín calculó que llegarían justo para la hora del almuerzo y esperó con gran apetito, después de varios días con el estómago vacío por los mareos, que tía Margarita les hubiera

preparado un buen menú inglés. Bajó la ventanilla del coche y le vino el olor a tierra mojada del paisaje; multitud de tonalidades verdes explotaban frente a ellos, que solo estaban acostumbrados a los colores tierra del paisaje aragonés. Prados enormes, mojados por la lluvia, y vacas, corderos y ovejas pasturando hacia un camino sin fin comenzaron a desvanecerse tras entrar en la capital de Inglaterra. Entonces empezazó a aparecer un enorme entramado de calles oscuras y grises, repletas de niños jugando al balón y de hombres y mujeres que se regían por el sonido del silbato de las fábricas. Tuvieron que pararse en mitad de una de las calles para dejar pasar un tranvía en el que la gente se apeaba en marcha y de fondo se oía los gritos de los dependientes de los mercados que alzaban la voz con las ofertas del día.

—No os asustéis –Dijo mister Banks, el chófer.— Aquí no vais a vivir. Este es el barrio obrero de Clerkenwell. Subid las ventanas, que apesta, las familias viven hacinadas en habitaciones estrechas y enanas… ¡Es una porquería!

—¿Cómo se llama nuestro barrio? —Preguntó Martín con curiosidad.

—Nosotros vivimos al Oeste de Londres, en Mayfair. Ya veréis qué diferencia.

Mister Banks tenía razón. La diferencia era más que notable. Las calles adoquinadas se ampliaron para dejar paso al gran número de mujeres que, con sus grandes abrigos de piel, se adentraban en los diferentes comercios y cafeterías al aire libre. El barrio de Mayfair destacaba por su elegancia, por sus majestuosos hoteles y por sus boutiques de alta costura. Aunque seguían en la misma ciudad, Fermín pensó que en algún momento del trayecto el chófer se había desviado del camino.

—¡Parecen dos ciudades distintas! –Exclamó—. ¿Queda poco para llegar, mister Banks?

—Sí, ya llegamos.— Les miró a través del retrovisor—. Me muero de hambre, ¿Y vosotros?

Los chicos asintieron mientras el chófer apretaba un poco más el acelerador.

—Ya veréis que bien cocina la señora Williams, ¡hace unos pudins estupendos!

El chófer aparcó frente una casa de dos pisos rodeada por un césped adornado con macizos de arbustos y setos. Salieron del coche y el señor Banks se encargó de las maletas. De pronto apareció un perro negro con alguna que otra mancha blanca en el lomo que movía la cola de un lado a otro.

—¡Hi Chita! –El señor Banks la saludó, aunque no pudo acariciarla al ir cargado —. Ésta es la perra Collie que tanto adora Laura.

Chita se acercó también a los muchachos y los empezó a oler.

—Venga, entremos en casa. El cielo está negro, puede que llueva. También os tendréis que acostumbrar al mal tiempo.

Martín miró al cielo y observó unas nubes grises que amenazaban con descargarse sobre ellos. Chasqueó la lengua y dijo por lo bajo algo así como que encima tendría que aguantar un tiempo de mierda.

—Haz el favor de no decir este tipo de cosas cuando estén los tíos delante.— Le advirtió Fermín.

—Ellos son españoles, no ingleses, no creo que les siente tan mal las críticas hacia un país que no es el suyo.

Entraron dentro de casa y lo primero que les llamó la atención fue el paragüero justo al lado de la puerta, lo que no les daba esperanzas respecto al clima. Rápidamente se les acercó Margarita que corría acelerada hacia el recibidor.

—¡Por fin habéis llegado! –Se abalanzó hacia los dos y los besó varias veces—. Madre mía, ¡qué ganas tenía de conoceros! ¿Nunca es tarde, no creéis?

Fermín pensó que aquella mujer era mucho más joven que su madre, pero no tan guapa. A pesar de ello, tenía una cara agradable y dicharachera. Vestía una falda de tubo de color beige y una blusa entallada en azul marino que le acentuaban sus grandes pechos y sus voluptuosas caderas.

—¿Dónde está tío Javier? –Preguntó Martín.

—Llegará de aquí nada para comer, está trabajando.— Escuchó a alguien que bajaba por las escaleras—. Aquí viene Laura.

Laura, que tenía quince años, llevaba un vestido blanco por debajo de las rodillas y una cruz de oro en el cuello. Su pelo rubio ondulado caía con suavidad más allá de los hombros y su mirada resplandecía ilusionada por conocer por fin a sus primos. Martín se quedó embobado mirando a aquella muchacha y pensó que, más que un ser de este mundo, parecía un ángel.

—Hola primos.— Les saludó con dulzura—. Espero que os sintáis muy a gusto en nuestra casa, haré lo posible para que así sea.

Laura hablaba bien el castellano pero se notaba un poco de acento inglés en las erres y las eses.

—Gracias prima.— Contestó Fermín.— Espero que nos ayudes a practicar el idioma, empezamos el bachiller la semana que viene y nos gustaría perfeccionarlo un poco más.

Laura sonrió orgullosa al imaginarse como profesora y asintió con ganas.

—Por las mañanas tengo clase con mister Jones, pero podemos practicar un poco después de comer.

—Nosotros por fin nos hemos librado de Monsieur Lombard.— Exclamó Martín—. Después de tantos años aguantando su aliento de café en la cara.

Laura soltó una carcajada.

—Espero que te lleves mejor con los profesores de tu nuevo colegio, aunque te advierto que son bastante estrictos aquí.

Margarita le puso una mano sobre el hombro.

—Querida, enséñales la casa a tus primos. Thomas subirá las maletas y la señora Williams deshará el equipaje por la tarde, que ahora está muy ocupada haciendo la comida.

Thomas tenía la cara llena de pecas y el pelo cano, cogió las maletas y comenzó a subir las maletas. Laura les llevó hacia el salón, que era de estilo victoriano, con muebles oscuros y recargados, y las vitrinas llenas de pequeñas figuras decorativas, muchas de ellas de estilo oriental.

—A mi madre le encanta coleccionar figuritas de geisha.

Fermín se acercó a una de ellas y se dijo a sí mismo que nunca en su casa había visto algo parecido. Eran mujeres de piel blanca como la cal y el pelo oscuro cardado hacia arriba. Asintió aparentando saber de lo que hablaba por vergüenza a preguntarle y subieron al piso de arriba. Pasaron por la habitación de Laura que, aunque no quiso mirar demasiado para no parecer maleducado, le pareció un lugar muy femenino y delicado, con sus paredes rosas, su cama con dosel y sus cortinas de color amelocotonado. Justo al lado se encontraba la habitación de invitados, donde iban a dormir ellos. Era una habitación sencilla de dos camas y las paredes estaban empapeladas en un beige oscuro. Las maletas estaban encima de la cama, junto a unas toallas blancas y unas barritas de Pears' Soap y pasta de dientes.

—Es grande y cómoda.— Laura abrió la ventana para que vieran las vistas—. Hay un parque delante, donde van las *nannys* a jugar con los niños, y algunas veces hemos ido los tres a hacer un picnic.

—Podríamos hacer un picnic un día.— Dijo Martín—. Así podemos conocernos más.

Laura se dio cuenta de que Martín la miraba de una manera que no podía definir pero que no le daba buena espina. Sus facciones transmitían rudeza y agresividad, todo lo contrario que Fermín, cuyo rostro era suave y amable.

—Por supuesto, cuando venga el buen tiempo.— Le sonrió, aunque rápidamente cambió de tema—. Venid, que os enseñaré mi lugar favorito de la casa.

Bajaron a la planta de abajo y salieron por una puerta hacia la parte posterior de la vivienda, donde estaba el jardín y un habitáculo acristalado repleto de flores y árboles frutales.

—El invernadero. Aquí es donde paso la mayoría del tiempo junto a mi madre.

Entraron dentro y enseguida les vino a la nariz multitud de aromas que se mezclaban entre sí, jamás habían visto en su propio jardín, a pesar de que su madre también era una amante de la jardinería, tantas flores y plantas diferentes.

—¿Qué fruta es ésta? –Preguntó Fermín, acercándose a una planta de hojas rígidas alargadas que escondía un fruto enorme de forma ovoide.

—*Pineaple*. Quiero decir, piña.— respondió Laura, entusiasmada.

—Creo que nunca la he probado, en casa siempre comemos naranjas, manzanas, peras, ciruelas… lo normal, vamos.

—De postre la probarás. Ayer mismo cogimos una lo suficientemente madura.

Martín comenzó a sentir un ruido en el estómago, tenía hambre y aquella guía se estaba convirtiendo en algo peor que la visita a un museo.

—¿Cuándo se come en esta casa? –Preguntó impaciente—. Tengo hambre.

—No seas maleducado.— Le reprendió su hermano—. Comeremos cuando nos lo indiquen.

Martín le lanzó una mirada de reproche. ¿Acaso quería dejarle mal delante de su prima? Tenía claro que no iba a permitir que también en Londres su hermano mayor pasara por encima de él. Se pondría las pilas y estudiaría como el que más para superarlo, para poder entrar en la universidad y demostrarle a todos, sobre todo a Laura, que era un buen chico, responsable e inteligente.

—Martín tiene razón.— Disimuló su crispación, apenas le acababa de conocer y ya le caía mal—. Os estoy aburriendo y papá ya habrá llegado a casa.

Volvieron al salón, donde ya estaba la mesa parada y Javier apoyado en uno de los sillones. Saludaron a su tío, pero éste los recibió un tanto frío y distante. Estaba callado y poco receptivo, ni siquiera parecía ilusionado por conocerlos.

—Cariño, pareces cansado.— Dijo Margarita, cogiéndolo del brazo y llevándolo a la mesa—. ¿Has tenido un día muy duro?

Javier asintió con la cabeza, aunque en el fondo no se trataba de eso. Fermín se parecía mucho a Catalina y aquello le hizo revolverle una

vez más sus sentimientos hacia ella. Llevaba tres años sin verla y se moría de ganas por volverla a besar, aunque aquello pareciera imposible.

—¿Cómo ha ido el viaje? –Intentó disimular su estado de ánimo prestándoles un poco de atención—. ¿Ha sido movidito?

—La verdad es que sí, tío.— Respondió Fermín—. No lo hemos pasado muy bien. Por cierto, ¿me dejará el teléfono para llamar a mi padre y decirle que estamos bien?

—Por supuesto que sí.— Hubiera deseado ser él quien llamara ante la posibilidad de escuchar de nuevo la voz de Catalina—. Ahora debéis tener hambre.

Se sentaron todos en la mesa y Thomas comenzó a servir la comida. A Martín le llamó la atención que fuera un hombre el que se dedicara a realizar aquellas tareas, que las consideraba más apropiadas para una mujer. No pareció de dejarle cómico que un hombre entrado en años y prácticamente inexpresivo, procediera en absoluto silencio a cortar en láminas un rollito de carne gigantesco.

—Esto es el llamado *roast beef*.— Comentó Margarita—. Es ternera asada, acompañada de patatas y verduras al horno.

Los chicos empezaron a comer y les pareció realmente sabroso. El señor Banks tenía razón y la cocinera era especialmente buena. No fue así con la piña, que la encontraron demasiado ácida.

—Lo siento Laura.— Fermín dejó la piña en el plato.— Está demasiado ácida, me recuerda al limón.

—Eso es porque no ha salido muy dulce.— Laura rió al verle cerrar los ojos—. Quizás la próxima la encuentres mejor.

Martín se acercó hacia el oído de Laura con disimulo.

—Ninguna fruta podría igualar tu dulzura.

Laura se estremeció al ver los ojos de su primo. La intensidad de su mirada escondía algo más que unas simples palabras halagüeñas.

—¿Qué os parece si esta tarde os vais todos juntos a visitar la ciudad? –Preguntó Javier.— Yo he de pasarme por el banco y supervisar que

todo vaya bien.

Todos asintieron con ánimo y cuando terminaron de comer, subieron a la habitación para echarse una pequeña siesta y descansar del viaje. Sobre las cuatro de la tarde partieron junto al señor Banks; Laura se había puesto un abrigo de *cheviot* gris oscuro y los chicos unas gabardinas que se habían comprado especialmente en Huesca para llevarse a Londres. Las habían visto llevar a varios actores de Hollywood en una revista, estaban de moda y era una prenda adecuada para el clima inestable de la ciudad.

—Podríamos haber ido en metro.— Dijo Laura, una vez acomodada en el vehículo.

—Ni hablar, allí solo hay ratas y vagabundos.— Respondió Margarita, poniéndose los guantes—. Johnny, cielo, haz el favor de poner la calefacción.

—¿El metro? –Preguntó Fermín con curiosidad—. Nunca he subido a ninguno, ¡me encantaría poder hacerlo!

—Olvídate cariño, no es un lugar adecuado para los de nuestra clase. No hay necesidad, tenemos nuestro propio coche.

Laura miró a Fermín e hizo una mueca de burla riéndose de las palabras de su madre, que estaba sentada delante. Él no pudo evitar reírse también y rápidamente sintió una cálida complicidad con ella.

—¡Oh, mirad! –Exclamó Martín de golpe.— ¿Qué tipo de personas son esas?

Todos miraron por la ventanilla: por la calle pasaban varios hombres con tirabuzones en el pelo y una túnica negra.

—Este es el barrio de Halton Garden.— Comentó el señor Banks—. Y esos son los judíos ultra ortodoxos, dueños de las joyerías más importantes de la ciudad.

—En Biescas no hay judíos de esos, ni siquiera en Huesca los hemos visto.

—Quizás porque España los expulsó en 1609.— Comentó Laura—. Lo he estudiado en clase de historia.

Fermín asintió como si él también lo supiera y Martín volvió a sentirse como un tonto que apenas sabía nada de cultura.

—¡Estos judíos! –Expresó con cierto desánimo mister Banks—. Creo que cada vez les están saliendo más enemigos. Musolini, Hitler… y ahora aquí, en Gran Bretaña, que siempre hemos presumido de demócratas y liberales, se crea la Unión Británica de Fascistas.

—He oído hablar de Hitler.— Martín se sintió orgulloso de poder demostrar que él también sabía cosas—. Lo vi en una foto, en el periódico, con ese bigote tan ridículo y esos ojos de loco… A pesar de eso, padre tiene razón, sólo él y su partido puede salvar a Alemania de esos comunistas.

Fermín se asombró de las palabras de su hermano. Nunca leía el periódico, sin embargo le gustaba hablar con su padre de política y ambos compartían rasgos con la ideología fascista que cada vez más se hacían eco los medios de comunicación de toda Europa.

—A mí me da miedo ese hombre.— Laura arrugó la nariz—. No me gusta como habla, es racista y parece que solo piense en la guerra.

Fermín siguió observando la ciudad a través de los cristales del coche; no le gustaba hablar de política y prefería mantenerse al margen. Deseó poder recorrer aquellas calles a pie y poder mezclarse con sus transeúntes, pero tía Margarita no quería lo mismo: parecía que Londres era demasiado peligroso para ellos.

—Mamá, ¿podemos parar el coche y bajar a la calle de Bleeding Heart Yard?

—No cariño, solo bajaremos en Hyde Park y en Shepherds Market.

—Jo, siempre vemos lo mismo.— Se cruzó de brazos enfurruñada—. ¡Qué aburrimiento!

—¿Qué tiene de especial esa calle? –Preguntó Fermín, mirando hacia afuera. Era una calle normal y corriente adoquinada, con una taberna pintada de color rojo en una esquina.

—Hay una leyenda sobre ella. Allí fue donde murió Lady Hatton en 1626. Cuentan que la dama vendió su alma al diablo y su cuerpo se desvaneció excepto su corazón, que quedó ensangrentado en este

lugar.

—¿Ya estamos otra vez con esas historias? –Margarita se giró hacia atrás—. ¡Te prohibí que leyeras según que libros!

Fermín se sorprendió de la severidad de tía Margarita, que tenía a su hija viviendo en una burbuja, alejándola de la vida real o de todo aquello que pudiera alterarla.

—A mí también me encantan las historias de terror.— Fermín quiso echarle un cable—. No pasa nada por leerlas, tía Margarita.

—Eso no debes decidirlo tú, ¿no crees? –Martín disfrutó devolviéndole el golpe a su hermano—. Su madre sabe lo que le conviene o no a su hija.

—Bien dicho, hijo.— Su tía asintió convencida—. Esas historias las pueden leer los chicos, pero no las niñas como ella, que luego puede tener pesadillas por las noches.

Por fin bajaron del coche. Un infinito jardín se alzaba ante sus ojos repleto de árboles y flores, de lagos y ardillas correteando por el lugar. Fermín se enamoró de Hyde Park, se hubiera quedado allí de pie, contemplando su encanto todo el día. Se sentaron en el césped húmedo del parque para observar el atardecer.

—Me encantaría tener una cámara para poder fotografiar este paisaje. — Laura parecía ilusionada—. Tengo postales, pero no es lo mismo.

—Es bonito tener recuerdos de días como hoy.— Continuó Fermín, que se había sentado junto a su prima—. A mí me encanta ver fotografías de cuando era pequeño.

—Yo nunca he visto fotos de cuando era un bebé.— Arrugó la frente —. ¿Por qué nunca me las has enseñado, madre?

—Te he dicho mil veces que se perdieron en el trasladado a Londres. — Su madre se había quedado de pie, observando el cielo. Aunque estaba gris, todavía no había caído ni una gota—. Será mejor que dejes el tema de la fotografía y te centres en tus clases de piano, si sigues así tocarás de fábula, tus amigas te envidiarán seguro.

—Papá dice que me comprará una cámara para mi cumpleaños y que

no tengo por qué ir a clases de piano si yo no quiero.

—Tu padre no sabe lo que dice.— Negó con la cabeza—. Siempre te ha dejado hacer lo que te da la gana, pero ahora no vamos a discutir. Vámonos que es la hora del té.

Volvieron al coche y no pararon hasta llegar a Shepherds Market, entre Piccadilly y Cruzon Street. Allí se adentraron en uno de los Salones de té más concurridos de la ciudad. La estancia era pequeña, pero estaba decorada con elegancia, con grandes cortinas estampadas en sus ventanas, columnas de estilo clásico y ricas mantelerías de encaje. Margarita pidió el té, servido en porcelana china, y unos cuantos bollos de pan llamados *scone* rellenos de mermelada y nata montada. Fermín observaba a Laura, que parecía aburrirse en aquel ambiente relajado y excesivamente refinado.

—¿Te encuentras bien? –Le preguntó por lo bajo, mientras Margarita y Martín conversaban apasionadamente sobre la educación en Inglaterra.

—Parece que han hecho buenas migas, tu hermano y mi madre.

—Sí, mi hermano aquí parece otro—. Fermín cambió de tema.— ¿Cuántos años hace que vives aquí? Veo que todavía hay partes de la ciudad que todavía no has visitado.

—Llegué aquí cuando tenía dos años. Mi madre es muy cariñosa, se desvive por mí, pero de tanto que me quiere me protege demasiado, me asfixia…—Agachó la cabeza— Mi padre dice que no era así cuando la conoció, que era una mujer independiente, atrevida, divertida, pero que con el tiempo y sobre todo desde que estoy yo, ha cambiado. Que no se lo tenga en cuenta, me dice, que es porque me quiere muchísimo.

—Pero tu padre no parece ser como ella.

Laura negó con la cabeza con una sonrisa en la boca. Parecía apreciar con devoción a su padre.

—Mi padre es todo lo contrario, siempre me ha dicho que debo hacer lo que realmente desee, que yo soy dueña de mi vida y que él me apoyará en todas las decisiones que tome.— Se acercó más a él para que su madre no la escuchara—. De hecho, muchas veces hemos ido al

centro de la ciudad juntos sin que se enterara mi madre.

—¿Qué estáis cuchicheando? –Preguntó tía Margarita—. Martín y yo estamos teniendo una conversación muy productiva.

—¡Oh, estoy segura de eso, madre!

Laura guiñó un ojo a Fermín y los dos comenzaron a reír sin poder disimularlo. Martín apretó los puños por debajo del mantel, ¡odiaba a su hermano, lo odiaba con todas sus fuerzas!, gritó por dentro.

41

Toulouse, mayo de 1932

—Hoy nos espera un día agotador, así que ya podéis espabilaros.

Luisa le sirvió una taza de café a Catherine, que estaba excesivamente nerviosa y quisquillosa aquella mañana ante la vista de la señorita Moreau.

—¿Quién es ella?— Preguntó Brigitte, que llevaba días oyendo hablar de esa mujer sin acabar de comprender el porqué de tanto bombo. Habían tenido invitados de todo tipo y jamás había visto a la señora Chambón y a la propia Catherine tan histéricas como entonces. Se untó unas tostadas con crema de queso y esperó sin probar bocado la respuesta.

—La curiosidad mató al gato.— Le soltó, desaprobando su pregunta—. Acabad de desayunar ya, que hay muchas cosas por hacer.

El ama de llaves terminó con el café y abandonó la cocina con la cabeza bien alta, como de costumbre. Luisa no pudo más que soltar una risita por lo bajo: siempre había creído que aquella mujer parecía más la señora de la casa que la propia Marie. Aquellos aires de grandeza no los tenía ni la mismísima Isabel de Orleans.

—Yo he oído hablar a los señores de la señorita Moreau.— Confesó Luisa, sentándose en la mesa para desayunar—. Mientras servía la cena de anoche.

Brigitte abrió los ojos como platos atenta a lo que tenía que decir.

—¡Cuenta, cuenta! –Terminó con la primera tostada y se metió la mitad de la segunda en la boca.

—Es de buena familia, el padre tiene una gran fortuna y está viudo.

—¡Menuda novedad! –Agachó la cabeza decepcionada—. Que es rica

ya me lo imaginaba.

—Espera, que tengo algo más.— Luisa troceó la tostada con los dedos y los acumuló en un lado del plato—. Oí decir a la señora que ella podría ser la adecuada.

—¿La adecuada para qué? Por dios Luisa, ¿puedes ser más clara?

Rió abiertamente y se mantuvo en silencio para jugar con la paciencia de su compañera.

—Ya sabes.— Dijo al fin—. Para prometerla con Alexandre.

—¿Quieren intentar casarla con el señorito Chambon a sus espaldas?

—¿Qué es lo que te sorprende? –Comenzó a comer con desgana asombrada por la ingenuidad de la muchacha—. Es lo normal en las clases altas, son los padres los que deciden qué es lo que más conviene a sus hijos. No les pueden obligar, claro, pero les aconsejan insistentemente hasta lograr lo que quieren.

Luisa pensó que ella también era como Brigitte hacía apenas unos años, tan inocente e ingenua como ella, cuando creía que el amor estaba por encima de todo.

—¡Qué envidia! –Brigitte se puso las manos en el corazón con dramatismo.— ¡Con lo guapo que es Alexandre! ¡Ojalá algún día pudiera casarme con alguien como él!

—No creas que es lo que más te conviene.— Recordó a Fernando Luengo y bajó la mirada—. Ellos no son como nosotras, solo se mueven por interés.

—¡Pero el señorito Alexandre no! –Sus cara mostraba un poco de enfado—. ¿Acaso no te demostró que era diferente con lo que hizo por nosotras?

Luisa asintió. Brigitte estaba en lo cierto, Alexandre no parecía como Fernando, o si lo era lo disimulaba muy bien. Él y su padre lograron que su amigo Calmette, que había descubierto la vacuna contra la tuberculosis, les administrara una serie de medicamentos que rápidamente tuvieron sus efectos. El tratamiento había sido un éxito y de momento no habían vuelto a recaer. Las dos se encontraban

perfectamente y la señora Chambon había consentido en mantenerlas en el servicio a pesar de la contraindicación de Catherine, que no parecía nada contenta con su decisión.

—Sin duda debemos estar agradecidas, pero sigo pensando que sus intereses no son para nada los nuestros y el amor, querida amiga, no entra en sus planes.

—¡Pues ellos se lo pierden! –Se puso de pie y comenzó a recoger la mesa—. ¿Alguna vez te has enamorado?

Luisa no se esperó aquella pregunta tan íntima y empezó a ponerse nerviosa.

—Sí… bueno, no….— Carraspeó varias veces—. Hace muchos años.

—Dicen que los españoles son valientes, atractivos y buenos amantes. ¿Es eso cierto?

—Hay de todo, como en todas partes.— Luisa se bebió el vaso de leche lo más rápido que pudo y ayudó a Brigitte con los platos—. ¿Y tú?

—Sí, lo conocí en la escuela.— Sonrió mirando hacía el techo, recordándolo—. Tenía tres años más que yo, había repetido tres veces de curso y no había manera de que aprobara. Finalmente esperó para tener la edad de trabajar y se hizo minero. No era muy guapo, y era un poco mal hablado, decía palabras que en mi casa siempre habían estado prohibidas, pero me quería, y nunca nadie me había demostrado tanta devoción.

—¿Y por qué no te quedaste allí y esperasteis a ser más mayores para casaros?

A Brigitte se le ensombreció el semblante y comenzó a llorar. Luisa se acercó a ella sin entender lo que le ocurría, parecía feliz hablando de él hacía apenas unos segundos.

—Murió en un accidente, en la mina.— Se secó las lágrimas con el paño de cocina—. Solo tenía diecisiete años Luisa, tenía toda la vida por delante.

—Lo siento.

Luisa abrazó a su amiga y se dijo a sí misma que no podía seguir torturándose por lo de Fernando cuando había gente que ni siquiera había podido disfrutar de los años más espléndidos de la juventud.

—Cambiemos de tema.— Brigitte intentó recomponerse—. ¿Cómo lleva las clases el señorito? ¡Te envidio tanto!

—Pues no lo hagas.— Se puso seria con ese tema—. Flaco favor me hace teniéndome de maestra. ¿Pero acaso me puedo negar?

—No te lo tomes así.— Comenzó a cascar huevos para preparar una crema *chiboust* para el postre del almuerzo—. Él es un hombre moderno y seguro que aprenderá más contigo.

Luisa negó repetidas veces con la cabeza.

—¡Me acuesto a las tantas de la noche! –Le dejó preparada la leche y la harina de maíz sobre el mármol—. Tengo que sacar tiempo del que no tengo para el señorito Alexandre y tengo a toda la familia enfadada por mi culpa. Y con razón. Debería haberme negado.

—Él cumplió con su palabra y nos ayudó, ahora te toca a ti. ¡Dios sabe que lo haría yo si pudiera!

—Pero no cumple ningún horario, viene cuando le da la gana y espera que yo esté disponible en todo momento.— Frunció el ceño—. ¡Pues así no funcionan las cosas! ¡Es un chico caprichoso!

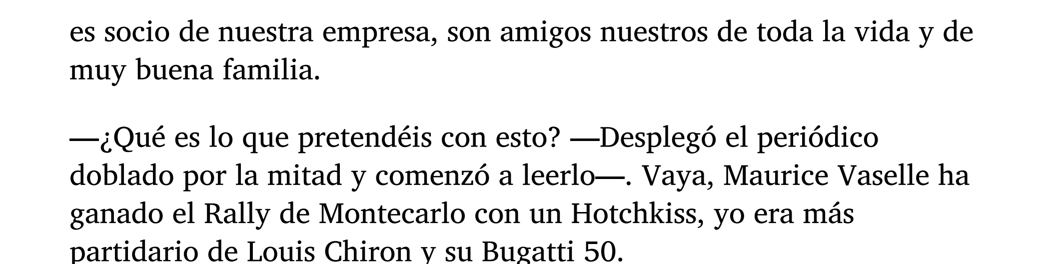
El sonido de una campana permitió a Luisa librarse de aquella conversación. Tenía que servir el desayuno en el comedor principal de la casa, así que cogió la bandeja de pastas de mantequilla y la cafetera y se dirigió con pasos firmes, con una seguridad que había ganado con el tiempo.

—¿Y cómo dices que se llama? –Preguntó Alexandre.

—Adelaide Moreau.— Marie Chambon sorbió el café que le había servido Luisa—. Tiene veintitrés años, vendrá acompañada por su padre, el propietario de una industria de carbón muy importante. Su madre murió hace unos años.

—¿Y para qué viene? –Cogió una galleta y la mordisqueó lentamente.

—Es bueno que conozcas a chicas de tu edad, cielo. Además, su padre



es socio de nuestra empresa, son amigos nuestros de toda la vida y de muy buena familia.

—¿Qué es lo que pretendéis con esto? —Desplegó el periódico doblado por la mitad y comenzó a leerlo—. Vaya, Maurice Vaselle ha ganado el Rally de Montecarlo con un Hotchkiss, yo era más partidario de Louis Chiron y su Bugatti 50.

—Hijo, ya tienes una edad.— Su padre no hizo caso al comentario—. La sociedad no te tomará en serio como abogado hasta que no tengas tu propia familia.

—¿Tú también piensas así? –Siguió mirando el periódico como si la conversación no fuera con él—.No me lo esperaba de ti, padre.

—Sabes que yo no pienso así, simplemente digo que vivimos en un mundo donde la familia y la apariencia es importante a la hora de hacer negocios. Y tú tendrás que casarte como cualquier hijo de vecino si quieres ser un reputado abogado.

Luisa comenzó a abocar el café en la taza de Alexandre y le añadió dos chorritos de leche tal y como a él le gustaba. Éste le miró a los ojos y le sonrió con picardía sin guardar las formas: solo quería provocar a sus padres y dejarles claro que a él poco le importaban lo que pensaran los de su clase. Luisa comenzó a ponerse roja y no pudo evitar verter sin querer un poco de café sobre el mantel.

—¡Luisa, esto no es propio de ti! – Exclamó la señora—. ¡Deberías estar por lo que tienes que estar!

—Lo siento muchísimo, no sé qué me ha pasado.— Cogió la servilleta de Alexandre y limpió lo derramado—. No volverá a pasar, señora.

Marie Chambon la miró con dureza.

—Hoy debéis de estar al cien por cien, nuestros invitados vienen de París y no quiero que piensen que aquí, en el sur, no se hacen las cosas tan bien como en la capital.

—Sí, señora.— Asintió con naturalidad—. Le prometo que todo saldrá bien.

—Prepara las habitaciones de invitados del ala norte.— Le ordenó—.

Y pon un jarrón con flores recién talladas para Madame Moreau. Pueden venir en cualquier momento.

Luisa afirmó con la cabeza y se marchó del comedor recriminándose su torpeza y el poco cuidado que había tenido Alexandre poniéndole en semejante situación tan incómoda. Entró en la cocina y tiró la servilleta sucia en la mesa.

—¿Qué te pasa? –Le preguntó Brigitte, que ahora hacía la masa del bizcocho.

—He derramado el café y la señora me ha echado la bronca.— Se sentó en la silla y apretó los labios—. Además, el señorito me ha mirado de una forma… ¡Ni qué yo fuera una cualquiera!

Brigitte arqueó las cejas sorprendida.

—Quizás le gustas.— Dijo con una sonrisa traviesa—. ¿No te lo has planteado? Eso explicaría su insistencia para que le hicieras de profesora.

—¿Pero cómo se te ocurre semejante estupidez? –Exclamó atónita—. Es un niño mimado, eso es todo.

Brigitte puso la masa en el horno y se la quedó mirando de arriba abajo con los brazos cruzados.

—Eres guapa, no me extrañaría nada.— Le guiñó un ojo, divirtiéndose a su costa—. Ya veremos como es esa señorita Moreau.

—Alexandre no quiere saber nada de ella, estaba leyendo el periódico como si no fuera con él la cosa, no creo que consigan casarlo con esa parisina.

—¿Viene de Paris? –Juntó las palmas de la mano como una niña pequeña—. ¡Me encantaría ir a la capital! Llena de artistas, músicos, pintores… Todavía guardo una postal del barrio de Montmartre que me envió una amiga que se fue a servir a Paris.

Catherine entró de repente en la cocina y las miró reprochándoles su inactividad.

—¿Estamos de cháchara? ¡Cualquiera diría que no hay faena! Ahora mismo iréis al mercado. –Cogió la pequeña libretita que tenían para la

lista de la compra y comenzó a apuntar—. Sobretodo dos buenas merluzas para hacerlas a la *beurre blanc* y foie de buena calidad para hacer un rico pastel de patatas.

Las dos muchachas asintieron.

—Ya me ocupo yo del horno y de llevar las flores a las habitaciones.

Llegaron cargadas de bolsas, con los guantes y los gorros de lana calados hasta las orejas del frío que hacía. Pusieron la merluza en la fresquera y dejaron los alimentos sobre la mesa para que la cocinera, que no era interna y solo se encargaba de las comidas y las cenas, tuviera el trabajo más fácil. En aquel preciso instante, el ruido de un motor comenzó a oírse en la entrada principal de la casa. Brigitte corrió a asomarse por la ventana de la cocina, desde donde se observaba el jardín de la entrada.

—¡Me parece que son los invitados! –Gritó exaltada.

Luisa se hizo hueco en la ventana, ansiosa por conocer el aspecto de madame Moreau. Primero salió el padre, un hombre de pelo blanco con una barba gris bien recortada, que llevaba un abrigo oscuro de piel hasta las rodillas y un sombrero fedora clásico. Tras él bajó la señorita Moreau, una chica de rostro pálido pero de labios gruesos y vivos, con el pelo repleto de tirabuzones color miel, delgada y con muy buen gusto al vestir. Era realmente una belleza, pensó Luisa. Adelaide saludó a la familia con una sonrisa y unos dientes perfectos; la señora Chambon parecía realmente impresionada con la criatura, deseosa de que su hijo se percatara también de la belleza y cualidades de la muchacha. Los invitados entraron al comedor y se sentaron.

—¿Cómo ha ido el viaje? –Preguntó Marie Chambon—. ¡Hace un frío terrible!

—Bueno, hemos tenido que parar a la altura de Montpellier porque un hombre se ha tirado a las vías del tren. –Adelaide Moreau se sacó los guantes de terciopelo y los dejó sobre el sillón—. Muy desagradable.

—¡Dios mío! –Exclamó Pierre—. Habrá sido una experiencia traumática para ti, querida.

—Bueno, tan solo era un campesino acuciado por las deudas.— Movió

la mano como quitándole importancia—. Una hora de retraso, eso es todo.

—¿Eso es todo? –Alexandre se irguió.— Estamos hablando de una vida humana.

—Oh, por supuesto, pero pienso que la gente podría tener un poco de consideración con los demás a la hora de suicidarse.— Soltó una carcajada corta—. ¿No creéis?

Todos rieron la broma salvo Alexandre, que no se podía creer como podía frivolizar con una tragedia como esa. Iba a replicar cuando su madre se adelantó.

—¿Les apetece beber algo?

Marie hizo sonar la campana y Luisa trajo unas copas de Vin Brule, una bebida elaborada a partir de vino tinto, zumo de naranja y distintas especias, muy típica en invierno.

—Muchas gracias, Luisa.— Dijo Alexandre, en perfecto castellano.

—¿Sabes hablar español? –Preguntó Adelaide, falsamente interesada.

—Sí, estoy aprendiendo.— Sonrió y miró a Luisa—. Ella es mi profesora.

Los señores Chambon no sabían dónde meterse, su cara mostraba enfado y vergüenza a la vez.

—¿Cómo? –Adelaide creyó haber oído mal—. ¿Has dicho que ella es tu profesora?

—Sí, sí, ella me enseña, es española.

Luisa empezó a sudar y deseó que se la tragara la tierra. ¿Cómo se atrevía a contárselo a esa señorita? Quizás era una estrategia para que el señor Moreau lo tachara de la lista de sus posibles futuros yernos.

—¿Aprendes con una sirvienta? –Madame Moreau comenzó a reír limpiamente—. Entiendo que es una broma.

Marie miró enfurecida a Alexandre por haber sacado aquel tema y poner a toda la familia en semejante ridículo.

—¿Por qué debería ser una broma? –Espetó él, dando un trago a su copa.

Adelaide perdió la sonrisa de golpe al ver que Alexandre no estaba bromeando. ¿Cómo podían permitir algo así sus padres?

—Le hemos dicho mil veces que no es la forma adecuada de aprender. — Dijo al fin Pierre, intentando justificar lo de su hijo—. Pero él dice que prefiere a una española antes que a una institutriz francesa con un mal castellano.

—¿Y cuándo te enseña, mientras saca el polvo?

Adelaide volvió a reír y su padre le siguió.

—¿O cuando hace la colada?

Luisa se sintió humillada por ser el centro de las burlas; Alexandre le había puesto en el centro de mira de todos sin ella haberlo buscado. No pudo aguantarse las lágrimas y se marchó corriendo del salón.

—¡Luisa! –Alexandre se levantó tras ella y le lanzó a Adelaide una furiosa mirada de desprecio.

—¡Alexandre! –Su madre intentó pararlo—. ¿No te atreverás a ir detrás de esa sirvienta, no?

Alexandre hizo caso omiso a su madre y se marchó sin dar más explicaciones. Se adentró en la cocina y se encontró a Luisa abrazada a Brigitte llorando sin parar.

—Señorito, ¿qué hace usted aquí? –Preguntó Catherine, sorprendida al verlo en la cocina—. No es un sitio adecuado para usted.

Alexandre hizo caso omiso al ama de llaves y se dirigió a Luisa con las palmas de las manos abiertas en señal de disculpa.

—Lo siento, no tendría que haber sacado el tema de las clases.

—¡Señorito! –Volvió a exclamar Catherine, con el ceño fruncido—. ¡Usted no se tiene que disculpar de nada y menos a una sirvienta!

—¿Quieres callarte, Catherine? –Gritó secamente—. ¡Estoy hablando con Luisa!

El ama de llaves se sintió molesta y ofendida por el ataque y siguió ayudando a Brigitte en la cocina sin decir nada más.

—Escucha, solo quería darle en las narices a esa Moreau.— Continuó, dejándole su pañuelo para que se secara las lágrimas—. Pero es cierto que no he pensado en ti.

—Me juego mi trabajo, señorito.— Luisa le devolvió en seguida el pañuelo—. No quiero que piensen que hay algo entre usted y yo, yo solo soy una criada y nada más.

—No te preocupes por eso, de verdad. Te aseguro que no pasará nada.

Luisa asintió y añadió algo más.

—Quizás deberíamos dejar las clases, creo que ha mejorado mucho y ya no me necesita más.

Alexandre se tocó el cuello, pensativo, incluso decepcionado.

—Me gustaría seguir perfeccionándolo, si no te importa.

Era testarudo y cabezón, pensó Luisa, pero no podía negárselo, no a aquel muchacho que le había salvado la vida y el puesto de trabajo cuando había estado enferma.

—Señorito Chambon, por favor, le ruego que vuelva al comedor junto a sus invitados.

Luisa se mantuvo con la cabeza gacha hasta que por fin Alexandre reflexionó y decidió regresar para no comprometerla ni incomodarla más.

—Te la estás jugando, Luisa.— Le advirtió el ama de llaves, que no había dejado de escuchar la conversación—. Te la estás jugando.

42

Huesca, mayo de 1920

—Cortés, han venido unos señores a verte—. Sor María entró en el aula del orfanato. Su rostro había envejecido con el paso de los años aunque su actitud se mantenía tan firme como siempre—. Te espero en la puerta del despacho.

Cortés vio como la monja volvía sobre sus pasos. Tragó saliva y esperó a que el profesor le diera la autorización para marcharse. Miró a sus compañeros, muchos de ellos habían crecido con él, y se despidió por lo bajo con la duda de si los volvería a ver o no. ¿Unos señores querían verlo? Analizó la frase palabra por palabra y por un instante tan fugaz como un parpadeo pensó en sus padres. ¿Y si habían vuelto a por él después de tantos años? pensó, negando con la cabeza tras buscar una explicación racional. Tras siete años viviendo en aquel edificio ya no le impresionaban los lúgubres pasillos ni las escaleras a media luz. Se dirigió al baño anexo a los dormitorios, se miró la cara pálida y temblorosa en el espejo picado por el óxido y se la mojó. Bajó hasta el despachó y allí estaba sor María caminando de un lado a otro con impaciencia. La monja había sido una de sus mayores pesadillas durante sus primeros años, pero con el tiempo la mujer había ido perdiendo el interés por él: ella prefería a los novatos, a los niños más débiles que llegaban asustados por primera vez a ese orfanato rígido y lleno de normas.

—Vamos, no les hagamos esperar.— Le cogió del hombro y le arregló la camisa —. Si les gustas, hoy mismo podrás irte con ellos.

—¿No soy muy mayor para que alguien me quiera adoptar?

Ni siquiera sintió emoción alguna. Llevaba tantos años allí que ahora incluso le parecía una faena tener que abandonarlo; tenía a sus amigos, que desde la marcha de su hermano Miguel se habían convertido en la única familia que tenía. No quería dejarlos atrás, no quería marcharse con unos desconocidos que seguramente tan solo lo

querrían como mano de obra gratuita. Había oído hablar de eso, que cuando adoptaban a algún chico de más de catorce años era para llevárselo a trabajar.

—Muéstrate displicente.— Le aconsejó la monja, sin contestar a su pregunta—. Ya eres un hombre, no volverás a tener esta oportunidad. De aquí poco tendrás que abandonar el hospicio y buscarte la vida, será mejor que tengas a alguien a tu lado para apoyarte.

Cortés asintió con la cabeza.

—Responde solo a lo que te pregunten.— Continuó—. Y no te pases de listo.

—Pero, ¿para qué me quieren adoptar? Hay niños más pequeños aquí.

La monja le señaló con el dedo amenazante.

—No hagas preguntas.— Entró en el despacho y mostró una sonrisa hipócrita al presentar a Cortés—. Aquí tenemos al hombrecito.

Había una silla vacía entre la pareja y Cortés intuyó que debía sentarse allí. El hombre tendría más de cincuenta años, su cara curtida por el sol mostraba una expresión dura y poco paciente. Luego se fijó en las manos, que las tenía llenas de callos, y llegó a la conclusión de que era un campesino. Sus peores sospechas se estaban cumpliendo.

—Yo soy Ana María.— La mujer comenzó a presentarse. Parecía un poco más joven que su marido y mucho más simpática y afable—. Y él es mi marido Eugenio.

Cortés les dio la mano sin decir nada y volvió a mirar al frente.

—Ya ven que es un niño muy callado.— La monja rió entre dientes—. No les dará problemas.

—Ya veo, ya.— El hombre le miró de arriba abajo sospechosamente—. Pero no quiero que me salga rana, ¿eh?

—Cortés.— Sor María volvió a sonreír—. Diles que eres un buen chico, anda.

Todos esperaron expectantes sus palabras sin dejar de observarle meticulosamente.

—Soy un buen chico, señor.— Respondió con aspereza—. Puede estar tranquilo conmigo.

Eugenio le palmeó el hombro con camaradería, satisfecho por su respuesta.

—Quítate la camisa.— Le ordenó, mientras se sacaba un trozo de comida del diente con la ayuda de su meñique—. Quiero ver lo fuerte que eres.

Cortés buscó la mirada de sor María, sorprendido por la petición del hombre.

—El chico está sano, no hace falta que se quite la camisa.— La monja se sonrojó—. No estaría bien.

—Cierre los ojos si le da vergüenza.— Le espetó con hosquedad—. Soy yo quién va a mantenerlo y necesito saber si me será útil.

—Y porque queremos saber si está sano.— Añadió rápidamente la mujer, azorada—. Nos preocupamos por él, al fin y al cabo será nuestro hijo.

Cortés levantó las cejas al oír la palabra “hijo” salir de la boca de aquella mujer. Él solo tenía una madre y un padre, a pesar de que hacía casi siete años que no los veía. Podría sacar lo peor de él delante de aquellos señores y acabar con aquella farsa, quedarse en el orfanato hasta que encontrara un trabajo y seguir su camino a su aire sin depender de nadie más, pero también podía adelantarse al destino, aprovecharse de la ocasión y salir de ese orfanato con aquel matrimonio y escaparse a las primeras de cambio para ir en busca de su familia. Así que intentó contenerse, aspiró varias veces para calmarse y se sacó la camisa tal y como le habían dicho.

—Está muy delgado.— Dijo Eugenio, ceñudo, tocándose el mentón—. Se le marcan los huesos.

—Oh, todos los chicos lo están.— La monja hizo un gesto de indiferencia—. El gobierno no nos da apenas dinero, así que la comida es escasa.

—Bueno, eso se puede solucionar con un buen pollo de corral.— Comentó la mujer, acariciándole la cara.

Sintió un escalofrío al notar aquel gesto de cariño; llevaba siete años sin que nadie le profesara una caricia tan sincera y pensó que aquella señora, en el fondo, sí deseaba tenerlo en casa y tratarlo como a un hijo.

—Pues no se hable más, el chico es vuestro.— Concluyó la monja—. Hoy mismo os lo podéis llevar para Biescas.

Cortés miró duramente a la monja, que lo trataba como si en vez de un ser humano fuera un paquete que se pudiera entregar a su dueño.

—¿Tiene algún hermano aquí? –Preguntó Ana María—. No me gustaría que tuvieran que separarse.

Cortés tragó saliva al recordar a Miguel. Ahora ya tendría diez años y seguro que ya se habría olvidado de él. Era muy pequeño cuando se fue y las cosas no se veían del mismo modo a esa edad tan temprana. Lo único que esperaba de su hermano era que fuera feliz y que tuviera la oportunidad de tener una vida mejor, de estudiar y de convertirse en un gran hombre.

—Al hermano pequeño ya lo adoptaron hace muchos años.

—Solo le pido un último favor.— Le pidió Cortés casi rogándole—. Que me dé una dirección o algo para que pueda encontrar a mi hermano.

Sor María negó insistentemente con la cabeza.

—Ya hemos hablado mil veces de esto y sabes que no puedo decirte nada, son datos protegidos.

Cortés suspiró decepcionado, no había manera de que aquella monja soltara prenda. Finalmente, Eugenio firmó los papeles de adopción y todos salieron del despacho.

—Que te vaya bien.— Le dijo por última vez sor María sin cambiar la expresión del rostro.

Cortés asintió con la cabeza y, por un momento, tras siete años de intensa frialdad, atisbó cierto cariño en la voz de la monja. Cuando estuvo a punto de cruzar la puerta del orfanato pudo ver a don Carlos cogiendo de la oreja a un niño mientras éste lloraba sin parar.

—¡Vas a ir al cuarto de las ratas! –Le gritaba, sacándose el cinturón a la vez—. ¡Nadie puede escapar de este orfanato!

Cortés sintió compasión por el niño y se dio cuenta de que por mucho que pasaran los años, la vida continuaba igual en aquel lugar desde que lo había pisado por primera vez.

Eugenio abrió la puerta de la choza y Cortés advirtió un ligero olor a col hervida. La casa era humilde, apenas tenía una sola habitación común y muy pocos muebles. La cocina estaba integrada en el mismo comedor, tan solo había un pequeño fogón y una mesa con tres sillas. Detrás de la mesa y, separada por una sábana descolorida colgada del techo, se observaba una pequeña cama.

—¿Dormiré yo en esa cama? –Preguntó Cortés. Era lo primero que decía desde que había salido por la puerta del orfanato. No habían hablado durante todo el viaje en autobús, ni siquiera entre ellos mismos.

—¿Acabas de llegar y ya piensas en dormir? –Le reprochó Eugenio—. Aquí no serás un vago, aquí trabajarás.

Cortés se sorprendió ante el tono ofensivo del hombre.

—¿En qué trabajaré, señor?

Eugenio le cogió del hombro y lo llevó hacia la parte trasera de la choza donde había un huerto relativamente grande y un corral lleno de gallinas y cerdos.

—¡Este es mi imperio! –Rió sin convicción—. Pero ya estoy viejo para trabajar, me duelen los huesos. Así que, ¿quién mejor que mi propio hijo para que me sustituya?

Cortés estaba en lo cierto, aunque nunca pensó que sería tan descarado. Aquel hombre solo lo quería como mula de carga, pero lo llevaba claro si pretendía que fuera así. Aquella misma noche, pensó, se escaparía de allí y volvería a la casa de su infancia en busca de sus padres. Eugenio entró en la cocina y salió de nuevo con un vaso de cazalla.

—Tendrás que dar de comer a los cochinos y las gallinas, recoger los

huevos, abonar el huerto…—Interrumpió su discurso para volver a rellenarse el vaso—. Te levantarás cada día a las seis de la mañana y te acostarás a las diez. Salvo los domingos, que es festivo y tenemos que ir a misa.

Ana María entró en el corral, donde había cuatro pollos correteando a sus anchas. Fue tras uno de ellos para atraparlo hasta que finalmente lo consiguió.

—Mira cielo, hoy te voy a matar este pollo.— Dijo con una sonrisa sincera—. Necesitas coger fuerzas.

Eugenio negó con la cabeza.

—De eso nada, mujer. No le acostumbres a lo bueno, tiene que ganarse la comida con su esfuerzo.

Cortés salivó al pensar en la carne jugosa y blanca del pollo. Hacía mucho tiempo que no comía carne, en el hospicio siempre cocinaban legumbres y sopas, los mismos sabores día tras día.

—¡Pero míralo! –Expresó María, señalándolo—. ¡Está hambriento!

Eugenio se acercó a la mujer y le amenazó con el dedo.

—Este niño no ha salido de tus entrañas.— Le susurró—. Así que no lo trates como tal.

Ana María volvió a dejar el pollo en su sitio y entró en la casa sin rechistar y sin mostrar resistencia alguna a su marido.

—Venga, ya puedes empezar a trabajar.— Le indicó Eugenio, dándole una pala—. Puedes recoger la mierda del corral.

Cortés hizo un esfuerzo por contenerse e hizo lo que le decía. Total, pensó, mañana volvería a estar con sus padres de nuevo. Solo tenía que aguantar unas horas bajo las órdenes de ese viejo autoritario. Cuando sus padres le vieran de nuevo lo volverían a aceptar como su propio hijo y ya nada le ataría a aquella familia. Poco después de cenar se fueron todos a la cama y Cortés se mantuvo despierto hasta que empezaron a despuntar los primeros rayos de luz del amanecer. En silencio y dando pequeños pasos sigilosos, alcanzó la puerta y la cerró tras él procurando hacer el menor ruido posible y convencido de

que ya no iba a regresar jamás. El viento agitaba los árboles y en el horizonte se veían unas nubes negras amenazantes. Sin embargo, al pesar del mal tiempo, se sentía feliz e ilusionado por volver a reencontrarse con sus padres después de tanto tiempo para saber qué había sido de ellos y conocer las razones de su abandono.

Caminó varios quilómetros hasta Olvés, el pueblo en el que había nacido. Los nervios se acentuaron al pasar por la Iglesia de San Miguel, razón por la que llamaron así a su hermano. La aldea era muy pequeña, apenas vivían unas setenta personas y muchos comenzaban a irse a la ciudad para poder ganarse la vida en alguna fábrica. Cortés se vio a sí mismo siete años atrás recorriendo aquellas calles junto a su madre y su hermano pequeño, yendo a la balsa para llenar el cántaro que su madre cargaba con dureza en el hombro. Suspiró nostálgico al pensar que nada de aquello volvería a repetirse ni con la inocencia de la infancia ni con la misma alegría con la que pasaban los atardeceres por aquel entonces. Vio de lejos la que había sido su casa y notó como el estómago se retorcía de miedo. Por un instante se sintió ridículo: quizás sus padres ya no querían saber nada de él, como tantas veces le había recordado la monja, pero se resistía a creerlo. A medida que se acercaba a la casa, observó a un gato y dos ratas disputándose unos pestilentes residuos que había en un descampado. Sintió que el pánico se apoderaba de su mente y paralizaba sus miembros hasta que sintió la necesidad de vomitar. Se paró frente a la puerta mientras un rayo aterrador auguraba una tormenta. Suspiró hondamente y abrió la puerta al verla medio entornada. Vio la bombilla encendida suspendida del techo, las paredes sin revoque y el techo desconchado.

—¿Quién eres tú? –Un hombre de mediana edad con la visera puesta se levantó del sillón—. ¿Y qué haces en mi casa?

Cortés miró a su alrededor sin decir nada y vio a otra mujer preparando el desayuno con un niño de unos diez años al lado. La mujer, en bata de felpa y babuchas, se asustó y su primer instinto fue ponerse delante de la criatura para protegerla.

—No te asustes, mujer.— Le dijo el hombre—. Solo es un crío.

—¿Quiénes sois vosotros? –Preguntó Cortés, confundido—. ¿Dónde están mis padres?

—Eso debería preguntártelo a ti, muchacho.— Se acarició el bigote

pensativo—. No sé quiénes son tus padres.

Cortés recordó la mesa camilla en la que toda la familia se resguardaba del frío bajo sus faldones y tuvo ganas de llorar.

—¡Esta era mi casa! –Exclamó, sollozando, tapándose los ojos con las manos—. ¿Dónde están mis padres y las gemelas?

Cortés había explotado, la tensión había superado sus límites y no pudo aguantarse las lágrimas.

—¿Las gemelas? –Volvió a decir el hombre—. ¡Aquí vivían unas gemelas!

Cortés se destapó los ojos y se calmó al oír aquello.

—Son mis hermanas– Dijo ya más tranquilo tras una primera etapa de pánico—. Y aquí vivían mis padres.

—Pero tú no estabas con ellos cuando los conocimos.— Aclaró la mujer, quién le señaló la mesa para que se sentara y le sirvió un vaso de leche.

Cortés comenzó a llorar de nuevo al recordar el abandono de sus padres.

—Mis padres me dejaron al cuidado de las monjas junto a mi otro hermano más pequeño porque no podían alimentarnos.

—¡Por Dios Santo! –Exclamó la mujer, quién comenzó a acariciarle el pelo como muestra de compasión—. ¡Qué lástima, hijo!

El hombre negó con la cabeza, pensativo.

—Ay que ver, qué mala está la vida.— Chasqueó la lengua—. Es verdad que aquellas dos criaturas estaban muy delgaditas.

La mujer comenzó a moquear del disgusto y la pena que le producía la historia mientras continuaba acariciando a Cortés.

—Pues niño.— Continuó el hombre—. Siento decirte que tus padres nos vendieron esta casa para irse a vivir a las Cuencas Mineras, en Asturias.

Cortés frunció el ceño, sabía por las clases de Geografía que había impartido en el orfanato que Asturias se encontraba en el norte de España y bastante lejos de allí.

—Le ofrecieron un puesto de trabajo a tu padre, según nos contaron y necesitaban vender la casa para pagar el viaje hasta allí.

—Vaya…—Agachó la cabeza, deprimido—. ¿Cuánto hace de esto?

El hombre miró al techo intentando recordar.

—Hará unos seis años más o menos.

Cortés suspiró al pensar que por esa razón sus padres jamás habían vuelto a verle y se sintió reconfortado al haber por fin encontrado la respuesta a su ausencia. Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Lo siento mucho, muchacho.— Le dijo la mujer—. Ojalá algún día vuelvas a reencontrarte con ellos.

Cortés asintió agradecido y se marchó. ¿Qué iba a hacer ahora? Legalmente era hijo de Eugenio y Ana María, incluso llevaba sus apellidos. ¿Acaso tenía otra opción que la de regresar allí? No tenía dinero, ni trabajo, y a pesar del desprecio que le mostraba Eugenio, tenía un hogar donde dormir y un plato de comida caliente para comer y para cenar. Comenzó su camino de vuelta intentando pensar en una excusa que pudiera explicar su ausencia de la casa, con la pena y la convicción de que ahora sí estaba solo para siempre.

43

Biescas, mayo de 1905

Javier bajó al salón para desayunar y vio que su tía estaba apoyada sobre el piano que nadie tocaba y que tan solo se utilizaba como motivo decorativo.

—Feliz aniversario.— Le dijo agriamente, dirigiéndose a la mesa—. ¿Quince?

Javier asintió y se sentó en la silla. Su tía le alcanzó una canastilla llena de bollería mientras los pasos de Fernando resonaban desde las escaleras. Su primo pasó por su lado y se sentó sin decir nada.

—Es el cumpleaños de tu primo.— Julia cogió el misal y abrió una página al azar—. ¿Es que no vas a felicitarlo?

Fernando no levantó la vista de la copa de zumo.

—He visto las invitaciones.— Dijo rencorosamente—. Vais a hacerle una fiesta.

Julia cerró el misal de golpe y arrugó la frente.

—Ah, sí, os lo iba a decir ahora. De todos modos hijo, te tengo dicho que no entres en el despacho de tu padre aunque esté de viaje.

—¿Me habéis preparado una fiesta? –Preguntó Javier repentinamente azorado.

—Sí, mañana por la tarde.— Le dio un sorbo al café—. Vendrán todos nuestros amigos.

Fernando miró con desprecio a su madre.

—No me parece justo que hayas invitado a más personas que en la mía y que encima hayas contratado a una pianista.— Se dejó caer en la silla y cruzó los brazos—. ¡Yo soy tu hijo!

Julia suspiró cansada: sabía que se iba a librar una violenta batalla.

—Déjalo cariño, ¿no ves que tu primo ha sufrido mucho y se merece lo mejor? –Se acercó a él y torció la cabeza hacia abajo para mirarle a la cara.— No estés tan enfadado, la tuya estuvo muy bien.

—¡Me da igual lo que le haya pasado! –Sentía cada vez más aumentar su ansiedad—. ¡No es justo, os habéis gastado más dinero!

Javier dejó de comer y sintió un retortijón en el estómago. Sentía pánico cada vez que su primo se enfadaba con él: era su máximo apoyo a pesar de que a veces le hacía sentirse mal. Sentía una dependencia absoluta hacia él.

—¡No hemos gastado nuestro dinero, hemos gastado su dinero! –Exclamó sin darse cuenta de la metedura de pata.

—¿Mi dinero? –Javier no se podía creer que su tía ni siquiera fuera capaz de pagar su fiesta—. ¿El dinero que me dejaron mis padres?

Julia comenzó a titubear nerviosa e intentó arreglar la situación.

—Cariño, solo hemos usado una parte, la otra sigue intacta.

—¿Pero por qué nadie me lo ha preguntado? –Javier tuvo ganas de llorar: su tía era una hipócrita que solo se interesaba por su fortuna—. ¿Y si no quería hacer una fiesta?

—Soy tu tutora legal, no te tengo que dar cuentas de lo que hago con tu dinero hasta que no seas mayor de edad.— Levantó el mentón airadamente y volvió a sentarse en la silla.

—El Embajador dijo claramente que ese dinero debía ser destinado exclusivamente a mi manutención y educación, no a una fiesta en la que no conozco a nadie.

Fernando lo miró fríamente.

—Ves madre, no valora nada de lo que hacemos por él, es un egoísta.

Su madre asintió y le regaló a Javier una mirada cargada de desdén.

—Tienes razón, hijo. Encima que lo hacemos por él, para que se sienta integrado, para que conozca a gente nueva…

Javier reflexionó unos instantes. Fernando era desconcertante y temperamental, en pocas ocasiones se podía discernir con facilidad su estado de ánimo. Cambiaba a menudo de parecer y aquello provocaba en Javier un caos emocional importante.

—Pide perdón a mi madre.— Le ordenó Fernando con una mirada divertida—. Ella te acogió cuando no tenías a nadie.

Javier no recordó ni un solo momento en el que su tía le hubiera dedicado un poco de su tiempo y menos aún alguna muestra de afecto.

—¡Pídeselo! –Gritó una vez más.

Su tía Julia le mantenía la mirada con prepotencia esperando el perdón.

—Perdone, tía Julia.— Acabó diciendo, sin alternativa. Ponerse en contra de ellos hubiera sido como sellar su propio final en aquella casa —. Le agradezco lo de la fiesta.

Fernando esbozó una sonrisa de triunfo: había conseguido dominar a su primo a su antojo.

—Mañana a las cinco. –Zanjó su tía—. Gertrudis os preparará vuestros mejores trajes.

———

Ya eran las cinco de la tarde. Varios carruajes Coupé d'Orsay comenzaron a parar frente a la puerta principal de la casa. Javier empezó a ponerse nervioso tan solo con escuchar los relinchos de los caballos que se oían desde el exterior. Estaba sentado junto a Fernando en un banco largo tapizado con plumas de pavo real esperando la entrada de los invitados.

La gente comenzó a entrar acompañada por Julia, que se había puesto un bonito vestido imperio y un ondulado Marcel y presentaba a su sobrino recordando la historia del accidente de sus padres.

—Le acogí sin pensármelo dos veces.— Le acarició el pelo brillante—. Lo de sus padres fue una desgracia.

Se sacó el pañuelo y se secó los ojos.

—Eres un ejemplo para todas, Julia.— Dijo una señora con voz hueca —.Y tú, muchacho, debiste de pasarlo muy mal, ¿no es así?

—Sí, señora.— Bajó la mirada e intentó no recordar nada—. Pero ahora estoy contento de poder estar aquí junto a mi familia.

—Oh, ¿no es una ricura? –La señora se giró hacía las demás mujeres que hacían corrillo—. Eres un encanto, serás un chico de bien.

Fernando seguía a su lado y le iba dedicando miradas de reproche al captar toda la atención de los invitados.

—También he de agradecer todo lo que hace por mí mi primo: ha sido un gran apoyo.

Fernando sonrió al tener la oportunidad de meterse en la conversación.

—La verdad es que he intentado ayudarle en todo lo posible, han sido momentos…

—Pero dime, Javier.— Otra mujer le interrumpió sin mucha deferencia—. ¿Cómo se incendió el barco?

Fernando apretó los dientes al verse ignorado por la gente y abandonó el corrillo cansado de que su primo fuera el centro de todas las miradas.

—Por dios, Eugenia, qué cosas a preguntar… –La mujer del principio le reprochó en actitud lánguida—. ¿No ves que aún lo tiene muy reciente?

Javier buscó con la mirada a su primo. Un camarero se paró a su lado y le ofreció canapés fríos, pero él los rechazó educadamente. Las mujeres que hacían corrillo comenzaron a abalanzarse sobre las bandejas, lo que permitió que Javier aprovechara ese momento de distracción para marcharse de allí y buscar a Fernando. La pianista contratada se sentó al piano y tocó dos notas agudas para indicar el inicio de la canción, lo que provocó que todos los asistentes prestaran atención a aquella joven músico que tocaba con tanta delicadeza. Javier se decidió a subir a la planta de arriba y lo encontró por fin en la antigua sala de juegos sentado en la mecedora con el rostro frío como el acero. Se le heló la sangre.

—¿Qué haces aquí? La música ya ha empezado.

—¿Y tú? –Preguntó a su vez—. ¿Por qué no disfrutas de tu fiesta?

—No sé, no me apetece.— Fue lo único que acertó a responder—. Estaba buscándote.

Fernando se levantó y salió de la habitación, aunque se giró en el último momento.

—Enhorabuena, has conseguido ser el protagonista.— Le dijo mordazmente.

—¡Yo no he querido hacer esta maldita fiesta! –Gritó finalmente, apretando los puños—. ¡Nunca lo he querido!

Fernando soltó una carcajada repleta de sarcasmo.

—El niño bueno y desgraciado saca su mal genio…

Fernando se dio la vuelta y se dirigió a bajar las escaleras.

—¿Qué quieres de mí? –Javier fue tras él sin dejar de gritar—. ¡Estás loco!

Los gritos llamaron la atención de los invitados y se acercaron a las escaleras para ver lo que ocurría. Su primo le miró fijamente durante unos segundos.

—Tendrías que haberte ahogado con tus padres.— Le susurró, tirándole el aliento en la cara.

Javier le agarró del brazo mientras Fernando comenzaba a bajar. Su primo esbozó una sonrisa canalla, maliciosa, y se dejó caer por las escaleras. Los invitados ahogaron un grito de sorpresa mientras Fernando rodaba hacia abajo hasta caer al suelo. Javier se puso las manos en la cabeza y corrió a socorrerle preocupado.

—¡Mi niño, mi niño! –Su madre se acercó a su hijo y examinó que estuviera bien—. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido un accidente.— Dijo en voz baja—. Javier me ha agarrado sin querer, no ha sido culpa suya.

Fernando se agarró del pie y gritó de dolor.

—Creo que me he roto algo.

Javier comenzó a sentirse culpable, aunque creía haber visto a Fernando dejarse caer a consciencia.

—Yo no quería…—Javier titubeaba nervioso—. No era mi intención…

Fernando le cogió de la mano cariñosamente.

—No te preocupes primo, sé que me quieres.

—¡Se acabó la fiesta! –Exclamó su tía, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Qué alguien llame al médico!

—Siempre estaremos juntos.— Siguió Fernando—. Ya lo sabes.

44

Biescas, noviembre de 1914

Catalina se retocó el carmín de los labios mirándose en el espejo del tocador. Estaba guapa, pensó, aunque poco animada desde que el día anterior Javier le había explicado su historia. No soportaba estar en esa casa que los Luengo consideraban suya sin sentirse culpable por llevarles la corriente y mostrar deferencia constante. Javier le había pedido insistentemente que no contara nada de lo que le había dicho, que sería mejor para todos y para ella. Ella tenía que morderse la lengua cada vez que la madre de Fernando presumía de la categoría de los muebles y de los buenos acabados de la casa. Tenía ganas de regresar a Huesca y plantearse el futuro con más detenimiento; tenía sentimientos encontrados hacia Fernando, pues por un lado le atraía, sin duda, pero por otro sentía cierto rechazo por esa actitud fría y autoritaria de la que hacía gala de vez en cuando con su primo.

—Cata, todos te están esperando.— Alberto vio a su hermana sentada en el borde de la cama—. Hay que salir ya hacía Zaragoza.

Catalina suspiró y Alberto le ayudó a ponerse su collar de esmeraldas.

—¿Qué te pasa? ¿No has dormido bien?

Catalina negó con la cabeza.

—No, no es eso. Simplemente…—Se mordió el labio—. Tengo miedo.

—Esto va en serio, ¿eh? –Sonrió cariñosamente—. Todo irá bien con Fernando.

Catalina parpadeó varias veces al oír su nombre.

—¿Tú crees? –Cogió el pequeño bolso que colgaba del perchero y el pequeño maletín con sus enseres para pasar la noche fuera—. No me siento segura.

Alberto frunció el ceño.

—¿No estás convencida? Creía que estabas enamorada de él.

—Sí, bueno… ¡No lo sé! –Exclamó, dubitativa—. Es bueno conmigo y me trata como a una reina, pero tiene algo que me desconcierta.

—¿Su dinero? –Rió sonoramente mientras se ponía las manos en los bolsillos de su pantalón —. ¡Va, hermanita, es el hombre perfecto!

Catalina hizo una sonrisa forzada y se colocó el sombrero morado a conjunto con su falda estrecha del mismo color.

—Vámonos, no quiero retrasaros a todos por mi culpa.

Salió a la puerta principal; allí ya estaban Fernando y Javier apoyados sobre el capó, junto al chófer. Los ojos de Catalina miraron inconscientemente a Javier, que se había dejado un pequeño mechón de pelo cayendo sobre la frente. Sintió una punzada en el estómago y trago saliva. ¿Qué le estaba pasando? Ese chico tenía algo que le hacía dudar sobre lo que sentía por Fernando. Era cercano y transparente y era el único hombre que la trataba como si fuera una mujer adulta e independiente y no con las debilidades propias del sexo femenino.

—Ya estamos todos.— Fernando besó la mano de Catalina y palmeó la espalda de Alberto—. Espero que la reunión de terratenientes dure poco y podamos disfrutar de los juegos del casino.

—¿Has jugado alguna vez al bingo, Catalina? –Le preguntó Javier tras encenderse un cigarro—. Será divertido apostar.

Catalina se alegró al verle de nuevo sonreír. Parecía estar de buen humor, a pesar de lo triste que había estado el día anterior al recordar a sus padres.

—Nunca he jugado.— Le devolvió la sonrisa—. ¡Puede ser interesante!

Fernando le volvió a coger del brazo para dirigirla hacia el interior del coche. Se dio cuenta de que siempre la interrumpía cuando intentaba entablar una conversación con su primo.

Javier apenas le había dado un par de caladas al cigarro pero lo tiró al suelo frunciendo el ceño, enfadado por no poder continuar hablando con ella. Se metió también en el coche y la casualidad hizo que

acabara sentado entre Alberto y Catalina. Notó el ligero olor a perfume que emanaba de su cuello y sus muslos rozando sus piernas. Sintió como ella se sonrojaba y se ponía nerviosa al estar tan juntos.

—¿Hace mucha calor, no? –Catalina sacó su abanico y se tiró el pelo hacia atrás.

—Estamos en noviembre, ya no hace tanto calor.— Dijo Javier, sonriéndole de manera pícara, como si supiera que estaba acalorada por su culpa.

Catalina volvió a ruborizarse y desvió la vista hacia el paisaje de la carretera. Fernando la miró a través del retrovisor.

—Estáis muy apretados allí atrás.— Lanzó una mirada amenazante a Javier—. Tendría que haberse puesto Alberto en medio.

—Tienes razón Fernando.— Alberto se apresuró en disculparse—. Culpa mía.

El trayecto continuó un tanto tenso hasta que por fin pararon a mitad de camino para comer en una fonda de paso; no habían desayunado para no demorarse en la partida. Se sintió aliviada al salir del coche, apenas se había movido durante el viaje para no tocar a Javier y las piernas y los brazos los tenía entumecidos. Entraron en la casa de comidas: era una sala humilde con un toque rústico en la que reinaba el silencio pues ni siquiera eran la una del mediodía. Se sentaron en la mesa y al poco rato les empezaron a servir abundantes fuentes repletas de tocino, garbanzos, chorizo y panceta con su exuberante ración de pan.

—El cóctel en el Casino de Zaragoza no te defraudará, querida.— Fernando alzó la voz por encima del ruido de los platos que llegaban —. Ese lugar sí que estará a tu altura.

—A mí siempre me ha gustado el potaje que me hacía Manuela.— Comentó con una mueca de nostalgia.

Fernando obvió el comentario y cambió bruscamente de tema.

—Ayer llamé a tu padre, ¡bendito teléfono! –Rió despreocupado.

—¿A mi padre? –Preguntó confusa—. ¿Para qué?

Se acercó a su oído y le susurró meloso.

—Es una sorpresa, está tarde lo sabrás.

Catalina emblanqueció. Fernando cogió un trozo de panceta y se lo metió en la boca como si nada. Ella notó como le temblaban las piernas, ¿es que le iba a pedir matrimonio? Intentó disimular su semblante desencajado y sorbió su vaso de agua. Hasta ahora, Catalina no había hecho ningún esfuerzo por definir el futuro de la relación. Había seguido siendo imprevisible, como si fuera un juego que no iba a terminar jamás. Pero ahora se le abría un abismo en el que tendría que tomar la decisión más importante de su vida.

—¿Estás bien? –Le preguntó Javier, que se había dado cuenta de que algo le había perturbado.

Catalina dibujó una sonrisa forzada.

—Estoy bien, gracias. Aunque no tengo mucha hambre.

Tras terminar con las viandas todos volvieron al coche, aunque esta vez Alberto se sentó entre Catalina y Javier para evitar otra reprimenda de Fernando. El sopor que produjo el ágape hizo que todos se rindieran al sueño mientras un sol pálido se reflejaba en las ventanas. Catalina no pudo dormir: su cabeza no dejaba de darle vueltas al por qué Fernando había llamado a su padre, estaba segura de que había sido para pedirle su mano.

Cuando llegaron a Zaragoza, sus calles estaban inusitadamente vacías: la gente todavía se encontraba en sus casas haciendo la siesta. Aparcaron el coche frente al Casino, ante los dos portones de la fachada. Se adentraron en el edificio, el antiguo palacio de los Condes de Sástago, y se unieron al murmullo de tertulia amistosa de su cafetería. Fernando comenzó a saludar a todos sus conocidos y otros terratenientes que iban a estar en la reunión.

—Catalina, querida, mientras estamos reunidos podéis disfrutar de la sala de bingo.— Le besó la mano—. Pasadlo bien.

Los tres cruzaron la cafetería para adentrarse a un salón abierto a un jardín. La sala era coqueta, decorada con bellos espejos y decoraciones florales en escayola. Mientras que en la cafetería eran los hombres quienes dominaban el ambiente, en ésta eran las mujeres con estolas

de zorro y zapatos bicolores quienes participaban del juego en ausencia de sus maridos.

Pasó un camarero ofreciendo copas de champaña. Catalina no era aficionada a las bebidas alcohólicas, aunque en aquel momento sintió la necesidad de refugiarse en ella e intentar apaciguarse un poco. Pronto empezó a notar su efecto sedante. Se sentaron en una mesa vacía en la que había unos cuantos cartones de bingo y un hombre de voz aguda y estridente cantaba los números uno tras otro. Catalina se dejó llevar por el juego y sin darse cuenta se acabó la copa, por lo que pidió otra al camarero que pasaba por allí.

—¿Estás sedienta, hermana? –Le preguntó Alberto—. Nunca te había visto beber tanta champaña.

—No deberías beber más, Catalina.— Le aconsejó Javier—. Si no estás acostumbrada…

—No pasa nada –Le interrumpió ofendida—. Solo quiero pasármelo bien, eso es todo.

—Te veo rara, pareces nerviosa.

Catalina miró profundamente a Javier y le pareció tremendamente arrebatador. ¿Qué era lo que le había hecho cambiar de opinión? El primer día que lo conoció ni siquiera le había parecido guapo, simplemente un chico normal y corriente. Fernando le había eclipsado por completo, pensó, y por eso no se había fijado en su rostro limpio y sincero, bonito, y en aquellos ojos que ahora la perturbaban cada vez que la miraba.

—Nada.— Intentó disimular su nerviosismo pero sabía que a él no lo engañaba. Hacía apenas unos meses que se conocían pero tenían una buena sintonía entre ambos y él parecía conocerla más de lo que pensaba—. Disfrutemos del juego.

Jugaron tres cartones y cada vez se sentía más perjudicada por los efectos embriagadores del alcohol. Las mejillas las tenía ardiendo y el mundo que le rodeaba parecía tambalearse: lo veía todo borroso y apenas podía sostener la mirada. Fernando apareció de golpe tras su espalda y le besó en la mejilla ante el asombro de todos.

—¿Habéis ganado algo? –Preguntó bastante risueño—. ¿No ha habido

la suerte del principiante?

Javier percibió el estado ebrio de Catalina y se sintió culpable por no haberla parado a tiempo. Fernando no podía verla de esa manera, así que intentó hablar por ella.

—No hemos ganado nada.— Señaló a una mujer mayor con aires de marquesa que sujetaba su ginebra con tónica—. Esa se lo ha llevado todo.

—¿Y tú, querida? ¿Te lo has pasado bien?

Catalina asintió torpemente e iba a hablar cuando Javier se adelantó a sus intenciones.

—Quizás deberíamos ir al hotel a descansar, el viaje ha sido agotador.

—¡De eso nada! –Soltó una relajada carcajada—. La fiesta acaba de empezar, te lo digo yo.

Fernando cogió una copa de champaña y sacó del bolsillo del pantalón su pitillera de carey. La hizo sonar contra el cristal de bohemia de la copa para llamar la atención de la gente. Los hombres, tras la reunión, ya se habían reunido con sus esposas y esbozaban una sonrisa simpática.

—¡Atención todos! –Gritó Fernando—. ¡Quiero anunciar algo!

Catalina sintió que su cabeza se balanceaba. ¿Qué demonios tenía que anunciar? pensó, buscando la salida del Casino con su mirada como vía de escape.

—Mi compromiso con la señorita Catalina Ferrer.— Se acercó a ella y le cogió de la mano—. Ya tengo la bendición de tu padre, ¿Tengo ahora la tuya?

Catalina tuvo ganas de vomitar. Toda la sala la miró expectante esperando una respuesta. Pudo ver el brillo en los ojos ilusionados de Fernando, que comenzaba a impacientarse por su silencio. ¿Realmente quería casarse con él? Si decía que no heriría sus sentimientos y, lo que era peor, quedaría como una buscona que había jugado con él sin intenciones de formalizar su relación.

—Querida, ¿te encuentras bien? –Le rodeó con el brazo—. Estás

blanca.

Catalina no sabía que decir, pero sabía que tenía que tomar una decisión. Las mujeres comenzaron a murmurar por lo bajo: seguro que estarían poniéndola en entredicho por pensárselo tanto, tenía que decir algo ya.

—Sí.

La palabra salió de su boca con frialdad. Fernando había jugado sucio, la había expuesto ante la alta sociedad zaragozana para presionarla en su decisión. Había tenido numerosos momentos para pedir su mano en intimidad y no delante de todos aquellos desconocidos. Todos comenzaron a aplaudir y a rodear a Fernando para felicitarle. Catalina se quedó en un segundo plano, entre su hermano Alberto y Javier. El corazón le latía a mil por hora, acababa de prometerse con uno de los terratenientes más poderosos de la región y ni siquiera estaba segura de sus sentimientos. Quiso desaparecer de allí, pronto la gente acudiría a ella para felicitarla y tenía serias dudas de si podría mantener la compostura y no demostrar sus visibles signos de ebriedad. De repente perdió el equilibrio, estaba tan mareada que tuvo que apoyarse en Fernando para no caer redonda al suelo. La gente ahogó un grito y todos fueron hacia ella para socorrerla.

—¡Estoy bien, estoy bien! –Se puso las manos en la frente y suspiró—. Solo estoy emocionada, necesito ir al baño un momento.

—Por supuesto.— Fernando estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír en ningún momento—. ¿Necesitas que te acompañen?

Catalina negó con la cabeza y salió del salón no sin antes lanzar una mirada de auxilio a Javier, que todavía seguía sentado en la silla incapaz de moverse tras la inesperada petición. Todo el mundo seguía rodeando a Fernando y los camareros ya habían sacado varias botellas de champaña más para el brindis. Javier aprovechó aquella ocasión para salir tras ella y dirigirse al baño de mujeres. Entró dentro mirando antes de lado a lado para que nadie le viera y se encontró a Catalina llorando a moco tendido apoyada sobre la pared de mármol marrón.

—¡Sácame de aquí, por favor! –Corrió hacia Javier y le cogió de las manos—. ¡Ayúdame!

—¿Pero dónde quieres ir? –Se asustó al ver que no paraba de temblar —. Fernando te está esperando para brindar.

—Al hotel, quiero ir al hotel y meterme en la cama. Solo quiero irme de aquí, no me importa Fernando, me da igual.

—Pero has dicho que sí.— Dijo con seriedad, mostrando en su rostro una decepción dolorosa—.No te entiendo.

Catalina se arrancó en llantos otra vez.

—¡No sé por qué he dicho que sí! –Gritó desesperada—. ¡No quiero a Fernando!

Javier había creído todo este tiempo que Catalina estaba enamorada de Fernando y que una de sus grandes ilusiones era la de casarse con él. Ahora, no obstante, se daba cuenta de que tan solo se había dejado impresionar por la familia Luengo sin plantearse exactamente cuáles eran sus verdaderos sentimientos.

—Te lo suplico Javier, ayúdame a salir del casino, yo ni siquiera puedo mantenerme de pie.

El tono de súplica de Catalina le hizo conmover el alma, la cogió de la mano y la sacó del baño. Salieron a la calle y Javier pidió un taxi hasta el Hotel Oriente, que estaba cerca de allí. Catalina esperó sentada en el hall del hotel mientras Javier cogía las llaves de las habitaciones que ya tenían reservadas.

—Las maletas están en el coche de Fernando, no podrás cambiarte.— Su tono era pausado—. Tu habitación es la número 107, la mía la 108. Vamos, te acompaño.

Catalina se tocó la frente, la cabeza seguía dándole vueltas.

—Necesito tomarme algo.

—Puedo pedir que te suban una infusión a tu habitación.

Catalina afirmó con la cabeza y le cogió de la mano.

—Gracias.— Empezó a llorar de nuevo—. ¡Estoy hecha un lío! ¡Y no le hemos dicho nada a Fernando!

Intentó taparse la cara, avergonzada. Algunos hombres de bigotes espesos y barbas grises que estaban allí sentados leyendo el periódico la miraron de reojo. Javier se agachó para estar a su altura y le limpió las lágrimas con su mano. Fernando estaría no solo preocupado, sino también furioso por haberlo abandonado en el Casino sin haberle dicho nada cuando estaba a punto de realizarse el brindis por su compromiso. Se lo tomaría como una humillación, de eso estaba seguro, así que tendría que ser tremendamente convincente a la hora de darle una explicación.

—Shh, no pienses ahora en eso.— Le sonrió dulcemente—. Yo me ocupo de esto, tú solo descansa.

Catalina se levantó y le cogió del brazo para no trastabillarse. Subieron las escaleras hacia la primera planta y se pararon en la habitación de Catalina. Javier abrió la puerta con las llaves y se las entregó.

—¿Qué he hecho Javier? –Negó con la cabeza—. ¡Lo he hecho todo mal!

Javier se acercó a su oído.

—Descansa, mañana lo verás todo mejor.

El susurro de sus palabras y el roce de su cara junto a la suya la hizo estremecer.

—¡No quiero que te vayas! –Le agarró del brazo en busca de consuelo.

—No me hagas esto.— Le rozó los labios con sus dedos y tragó saliva —. Si vas a ser de otro, déjame ir.

—No quiero a Fernando.- Catalina se sintió mareada, como si acabara de desprenderse de un peso enorme.

—Has bebido demasiado, quizás mañana te arrepientas de esto.— Le recriminó.

—¿No eran los niños y los borrachos los que siempre decían la verdad? –Se quedó absorta en la contemplación de esos ojos azules, sinceros—. Creo que estoy enamorada de ti.

Se apoyó en el alférez de la puerta y vio como Javier abría los ojos

con sorpresa. Se acercó a ella, su boca frente a la suya y la sujetó por los hombros para mirarla de frente.

—Ahora mismo te besaría.— Le confesó, aturdido—. No me importan las consecuencias.

—Dios mío…—Sintió como si le invadiera todos los poros de su piel —. A mí tampoco.

Él la atrajo hacia su cuerpo sin dejar de mirarla y la adentró en la habitación. Cerró la puerta tras él y su cara se cobijó en el cabello de ella.

—Te amo muchísimo, Catalina.— Añadió tras cierto titubeo—.No soporto verte con Fernando.

Catalina sentía la respiración cerca de su oreja y su corazón comenzó a latir desbocado. Javier por fin puso sus labios sobre los de ella y la besó apasionadamente, estremeciéndose ambos de placer. Bajó después por la línea de su cuello mientras ella acariciaba el vello de su nuca y el perfil de su cara. Los dos anduvieron torpemente abrazados hasta la cama y Javier comenzó a desabrocharle el vestido dejándolo caer al suelo. Después se deshizo de la enagua y le quitó la blusa con encaje por la cabeza. Catalina sintió vergüenza al quedarse desnuda sobre la cama delante de él y observó su rostro sonrojado y desesperado. Ella sabía lo que iba a ocurrir y, aunque creía que no estaba bien, se dejó llevar por la intensidad del momento.

—No deberíamos…—Javier dejó de besarla de golpe—. Aunque me muera de ganas no sería sensato por mi parte.

Catalina volvió a agarrarle de la nunca y le besó intensamente. Javier no pudo controlarse y alargó el beso hasta quedarse sin aliento. Se le escapó un mechón de pelo de la horquilla y Javier hundió sus dedos en su voluptuosa melena rubia. Luego le agarró la cara con las dos manos, le inmovilizó la cabeza y la miró fijamente.

—Te quiero, Cata.

Javier introdujo su miembro en ella y sintió que algo se desgarraba. Catalina soltó un grito agudo.

—Y yo también.

45

Toulouse, enero de 1932

—¡Tu actitud es imperdonable! –Le espetó Pierre, en la pequeña salita con chimenea que había anexa al salón y donde la familia se reunía durante el invierno—. ¿Cómo has podido hablar así a nuestra invitada?

Alexandre miró al techo y suspiró.

—No es mi invitada, es la vuestra, y ha sido ella quien le ha faltado el respeto a Luisa.

—¡Solo es una criada! –Su madre intentó no perder los papeles—. ¡Olvídate ya de esa tontería!

—No me gusta esa chica y no me gusta como habla. Es prepotente y maleducada.

—¡Shh, no grites!— Le ordenó su madre—. Madame Moreau está descansando en su habitación y solo faltaría que nos escuchara discutir.

—Soy abogado.— Continuó, sin hacer caso a su madre—. Mi trabajo consiste en defender a las personas sean de la condición que sean, ¡no voy a reírle las gracias a esa descarada!

—¡Baja la voz, por el amor de Dios! – Reiteró, santiguándose a la vez. — ¡Y no digas semejante barbaridad! Tú trabajarás para quién te pague, ¿o es que te crees que vivir bien no tiene su precio?

—Además hijo, Adelaide es una buena chica.— Añadió su padre—. Todavía es muy joven y con el tiempo se volverá mucho más prudente. Dale una oportunidad.

—¿Pero de verdad queréis verme casado con una mujer como esa? ¿Creéis que sería feliz?

La señora Chambon se puso la mano en la frente como si se fuera a desmayar.

—¿Estás oyendo a tu hijo? –Se dirigió a su marido—. ¿Cómo se ha convertido en esto? Nos gastamos un dineral llevándolo a estudiar a Oxford y nos devuelven a un libertino… ¡Dios no quiera que sea comunista!

—Madre, no sea dramática.— Espetó Alexandre—. Que porque diga lo que pienso y quiera hacer mi vida no significa que sea un bolchevique.

—Pues mira lo que le paso al hijo de los Marchant.— Pierre agarró a su mujer del brazo—.Que se fue a Rusia para meterse en un soviet.

—¡Ay, madre de dios! –Exclamó Marie—. Dime que tú no eres así, hijo.

—¡Basta ya de tanta tontería! –Alexandre comenzaba a perder los nervios—. Ni soy comunista, ni me voy a ir a Rusia y tampoco me voy a casar con esa mujer.

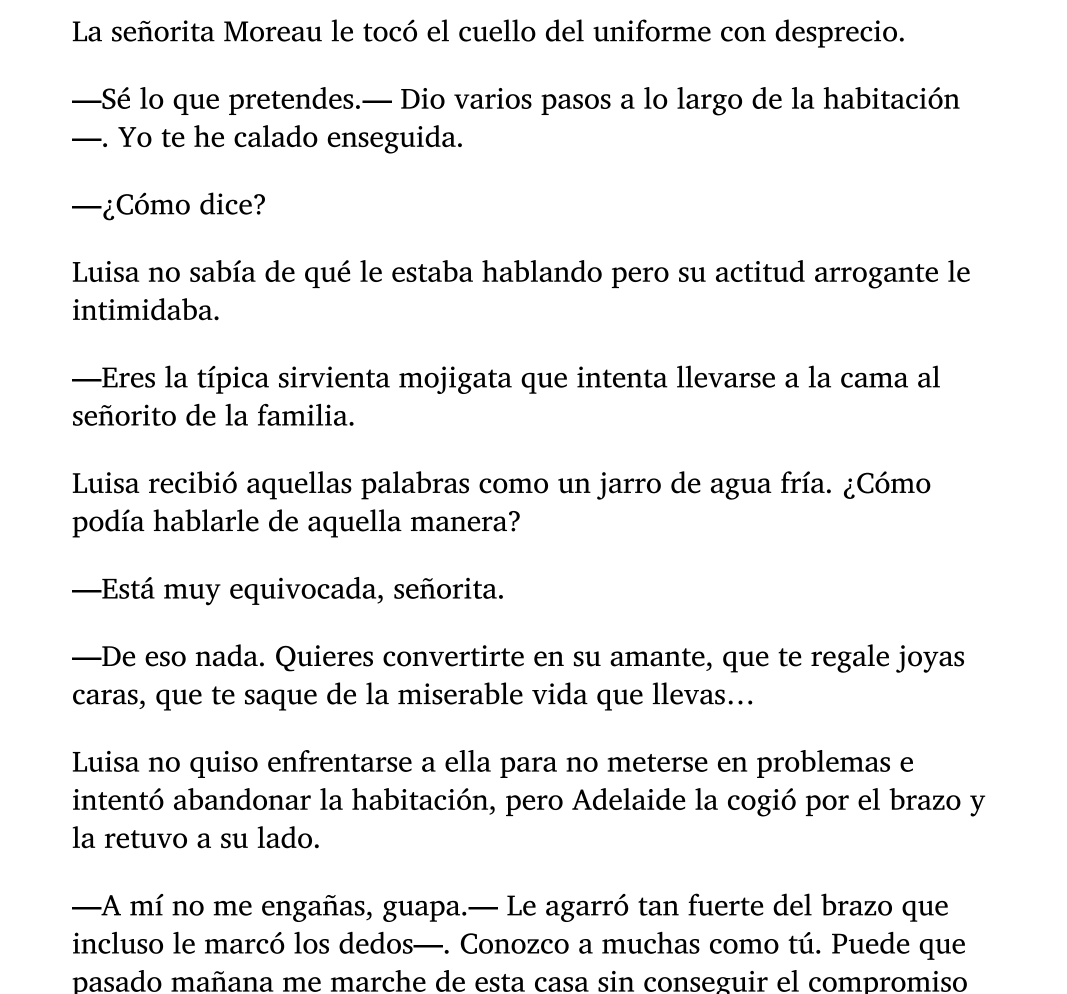
—¿Qué pasa, que prefieres a esa sirvienta?

—No prefiero a nadie, y no metas a Luisa en esto.— Comenzó a subir las escaleras—. Me comportaré como un caballero mientras ella esté aquí, pero no me pidáis nada más.

A la mañana siguiente y mientras los señores y los invitados terminaban el desayuno, Luisa subió a las habitaciones de los señores Moreau para hacer las camas, encender las chimeneas y rellenar el papel de cartas del escritorio. Cuando entró en el de la señorita, rápidamente notó el perfume femenino que se había puesto aquella mañana y que estaba sobre la mesita de noche: Joy parfum de Jean Patou. ¡Qué delicia de fragancia!, pensó Luisa al percibir las notas de melocotón y lirio, ¡Seguro que valía un dineral! Comenzó a ahuecar los almohadones cuando notó que alguien cerraba la puerta de la habitación.

—Buenos días.— Dijo Adelaide, caminando lentamente hacia ella con una sonrisa falsa en la cara.

—Buenos días señorita, venía solo a arreglarle la habitación.



La señorita Moreau le tocó el cuello del uniforme con desprecio.

—Sé lo que pretendes.— Dio varios pasos a lo largo de la habitación —. Yo te he calado enseguida.

—¿Cómo dice?

Luisa no sabía de qué le estaba hablando pero su actitud arrogante le intimidaba.

—Eres la típica sirvienta mojigata que intenta llevarse a la cama al señorito de la familia.

Luisa recibió aquellas palabras como un jarro de agua fría. ¿Cómo podía hablarle de aquella manera?

—Está muy equivocada, señorita.

—De eso nada. Quieres convertirte en su amante, que te regale joyas caras, que te saque de la miserable vida que llevas…

Luisa no quiso enfrentarse a ella para no meterse en problemas e intentó abandonar la habitación, pero Adelaide la cogió por el brazo y la retuvo a su lado.

—A mí no me engañas, guapa.— Le agarró tan fuerte del brazo que incluso le marcó los dedos—. Conozco a muchas como tú. Puede que pasado mañana me marche de esta casa sin conseguir el compromiso con Alexandre, pero volveré y no pararé hasta tener un anillo suyo en mi dedo.

Luisa intentó tragarse las lágrimas como pudo.

—¿Qué haces aquí en Francia? –Continuó, buscando explicaciones—. ¿Es que has hecho algo malo en España?

—Yo no he hecho nada.— Agachó la cabeza mientras le temblaban los labios—. Y suélteme, que me hace daño.

—Está muy claro que Alexandre siente algo más por ti que el simple cariño que tiene un hombre por su criada.— La soltó por fin—. ¿Desde cuándo le da clases una mujer como tú que no tiene ni cultura ni estudios?

Luisa no había visto ningún indicio de que Alexandre sintiera algo por ella, simplemente se le había metido entre ceja y ceja que le diera clases y ya está. Sin embargo, Brigitte también le había insinuado lo mismo, quizás desde fuera se veía algo más. Ironías del destino, pensó, la historia se volvía a repetir aunque de diferente manera. Ella no estaba dispuesta a pasar por lo mismo, de hecho, aunque apreciaba al señorito, no estaba enamorada de él ni pretendía arriesgar su trabajo por vivir una aventura como la que había vivido con Fernando.

—Yo no quería darle clases, pero me lo pidió él y le debía un favor.

Adelaide soltó una carcajada seca y ruidosa que si no hubiera sido por la puerta cerrada se hubiera oído por toda la casa.

—¿Quién no quiere pasar unas horas a solas con el señorito? –Abrió el cajón del escritorio y sacó un cigarrillo y una caja de cerillas—. ¿Sabes qué? Nadie sabe que fumo, porque no está bien visto que lo haga una señorita de mi clase, pero no puedo evitarlo cuando me pongo nerviosa. Y tú me has puesto nerviosa.

—Creo que debo irme, madame Moreau.

—Espera un momento.— Se encendió el cigarrillo lentamente y lo saboreó con deleite—. Alexandre solo te quiere para pasar un rato en la cama, así que es mejor que dejes de perder el tiempo. Nunca conseguirás nada más de él.

—No pretendo conseguir nada.

—¡Mentirosa! –Le tiró el humo en la cara—. Si tus señores no saben pararte los pies, lo tendré que hacer yo. Quiero casarme con él y nadie lo va a impedir, y menos una mocosa como tú.

Adelaide le dio el cigarrillo a Luisa, se echó unas gotas más de su perfume para disimular el olor y se puso el sombrero *bonnet* de lana como si fuera a salir. Se marchó de la habitación y se dirigió de nuevo al salón para juntarse con Marie.

—Los hombres nos están esperando fuera, cielo.— Marie le cogió del brazo—. Haremos un recorrido por la ciudad, ¿qué te parece?

—Lo estoy deseando, sin duda. Pero antes de nada me gustaría hablarle de una cosa, ya sabe, ahora que estamos entre chicas.

—Seguro que se trata de mi Alexandre.— Le miró a los ojos ilusionada —. ¿A que es guapo?

—No dude de mis sentimientos hacia su hijo señora, debería dudar de los suyos. ¿No es extraño que tenga tanto interés por esa tal Luisa?

Marie se puso blanca como la leche, no supo qué responderle.

—Sé que su hijo es un hombre como dios manda.— Continuó, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero hay que tener bien atado al servicio.

—No te falta razón en eso, Adelaide, y es cierto que no hemos sabido ponerle barreras a este muchacho. Desde que perdimos a Charlotte, Alexandre siempre ha sido el niño mimado de la familia.

—Y es totalmente comprensible, madame, pero un chico de su clase debería tener a un profesor de castellano como dios manda, ¿no cree?

—Tienes toda la razón, querida.

Al día siguiente, Luisa estaba en la cocina junto a Brigitte terminando de lavar los platos del mediodía cuando de repente apareció Catherine con la llave del armario de la porcelana en la mano. Lo abrió sin decir nada y sacó uno de los mejores juegos de té que tenía la familia.

—Brigitte, hierve un poco de té Peche Mignon, por favor.— Ordenó, al mismo tiempo que disponía las tacitas decoradas con motivos florales en la bandeja—. Y tú, Luisa, prepárate para servirlo. Pon también los *mini gateaux* de chocolate que ha comprado la señorita Adelaide en la calle Rempart Matabiau. Parece que le ha encantado visitar la famosa calle del chocolate y ha tenido el detalle de traer esta merienda con tan buena pinta.

—¡Ojalá no se lo coman todo y podamos probar estas exquisiteces! –Exclamó Brigitte, haciéndose la boca agua al percibir el aroma amargo del chocolate negro puro.

—Catherine, ¿no podría servir la mesa Brigitte?

Luisa tenía pánico de volver a encontrarse de nuevo con la señorita Moreau después de lo que había pasado el día anterior. Le temblaban

las piernas al imaginarse sirviéndole el té mientras ella le escrutaba con la mirada, recordándole las últimas palabras que le había dicho.

—¿Qué problema tienes? –Catherine la miró interrogante—. Ayer sirvió Brigitte y esta mañana también porque no te encontrabas bien. ¿Acaso he de informar a la señora Chambon de que estás enferma?

—No, no es necesario, de verdad.— Si la señora tenía la más mínima sospecha de que pudiera estar enferma entonces sí que sería su fin en esa casa. Tendría que hacer un esfuerzo, no poner más excusas y enfrentarse a Adelaide con todas las consecuencias—. Lo haré, claro que sí.

Brigitte terminó de hervir el té y colocó la tetera en la bandeja. Luisa salió al salón intentando simular una sonrisa agradable: no quería demostrarle a esa altiva señorita que le había afectado sus palabras.

—Le agradecemos que nos haya traído estos dulces tan ricos.— Dijo Pierre Chambon—. Es usted muy amable, señorita.

Luisa observó disimuladamente a madame Moreau, que llevaba un vestido negro con lunares beige y oro y sus ya habituales tirabuzones sueltos a la altura de los hombros. Parecía no fijarse en ella y Luisa se sintió aliviada por pasar inadvertida.

—Es lo menos que podía hacer después de lo bien que se han portado con nosotros estos dos días. Es una lástima que mañana por la mañana tengamos que regresar a París.

Alexandre sonrió al pensar en su marcha, por fin se iría por donde había venido sin haber logrado nada de él.

—Sí, una lástima.— Dijo con ironía, acercándose a la mesa para coger un pastelito de chocolate.

—No cojas nada todavía, hijo.— Le advirtió su madre—. Que todavía falta un invitado más y tiene que estar al caer.

Alexandre frunció el ceño pensando de quién se podría tratar, pues nadie le había comentado nada. Justo en aquel preciso instante sonó el timbre de la puerta y a los pocos segundos apareció Catherine junto a un hombre bajito, de nariz alargada y dientes amarillos.

—¡Monsieur Lombard! –Marie Chambon se levantó para recibirle y saludarle—. ¡Me alegro de conocerlo!

Luisa tuvo que ponerse las manos en la boca para no gritar de sorpresa: monsieur Lombard había sido el profesor particular de los hijos de los Luengo y ahora recordaba oírle decir que siempre pasaba el verano en Toulouse junto a su tía. Antes de que él pudiera reconocerle, se marchó disimuladamente del salón y se quedó tras la puerta de la cocina para calmarse un poco. Si Adelaide o Catherine se enteraban de que había servido a los Luengos no dudarían en averiguar algo más de su pasado y si Fernando se enteraba de su existencia, entonces estaba perdida.

—Mira hijo, este es tu nuevo profesor de castellano. El señor Lombard ha estado muchos años viviendo en España educando a los niños de una familia muy importante, ¿no es así?

El señor Lombard asintió orgulloso y se sentó en el sofá junto a los demás.

—Sí señora, los hijos de la familia Luengo, pero ahora ya han crecido y se han ido a estudiar a Inglaterra, así que yo he vuelto aquí para cuidar de mi tía.

Alexandre estaba furioso. Su madre había contratado a un profesor sin haberlo consentido y ahora no podía echarse atrás.

—Luisa me enseñaba muy bien, no sé por qué…

—Pero ahora te irá mejor.— Le amenazó con la mirada para que no volviera a sacar el tema y lo disimuló con una sonrisa—. Ya verás cómo aprenderás muchísimo.

—Mi hijo es un poco cabezota, monsieur Lombard, espero que tenga paciencia.— Comentó Pierre, soplando su taza de té—. Y tú hijo, piensa que habla perfectamente castellano y que, además, lo sabe escribir correctamente.

—Por cierto, señora Chambon.— Adelaide cogió por fin un *mini gautex* —. ¿Y su criada? Parece que tenía prisa por marcharse.

—Oh, Catherine, ¿dónde se ha metido Luisa?

—No lo sé señora.— Comenzó a dirigirse hacia la cocina—. Ahora mismo la hago llamar.

—Dígale que traiga una taza para monsieur Lombard.

Luisa se topó en la puerta de la cocina con el ama de llaves. No podía dejar de temblar, estaba totalmente desarmada y no sabía cómo salir de aquella conjetura. Tendría que ver a ese hombre varias veces por semana y sería prácticamente imposible no coincidir de ninguna manera en algún momento. ¿Qué podría hacer? Ahora más que nunca recordaba aquel dicho que solía decir su madre: cuanto más planifique el hombre su proceder, más fácil le será a la casualidad encontrarle.

—Luisa, ¿qué haces aquí? –Catherine se percató de su estado nervioso —. ¿Por qué no estás en el salón sirviendo?

—Por favor, no me encuentro bien… ¿Podrías salir tú?

—A ti te pasa algo raro.— Entró en la cocina y cogió una taza de té—. No sé si es con el señorito Alexandre o con quién, pero sé que tramas algo. Escondes algo y en esta casa no queremos a gente así. Sal y sirve, cumple con tu trabajo, si no lo haces hablaré seriamente con la señora para que te saque de aquí y contrate a una criada como dios manda.

Luisa tragó saliva y cogió la taza que le tendía Catherine. Tenía dos opciones: o perdía el trabajo o se arriesgaba a que el señor Lombard la reconociera. Quizás cabía la posibilidad de que no se acordara de ella, de hecho tan solo habían coincidido unos meses y apenas se habían visto de refilón por los pasillos.

—Está bien.— Dijo al fin—. Claro que haré mi trabajo.

Luisa salió al comedor y evitó en todo momento mirarle a los ojos. Estaban en una conversación animada sobre España y se alegró de que nadie le prestara atención.

—Así que vivías en Biescas.— Le dijo Adeleide a monsieur Lombard—. ¿Conoces Biescas, Luisa?

Luisa se quedó de piedra, estaba sirviendo el té al señor Lombard y éste se giró hacia ella. Comenzó a sudar por toda la espalda e inevitablemente supo que su vida en Toulouse había terminado.

—Luisa es española.— Indicó Marie, llevándose la taza a los labios—. ¿En qué parte del país viviste?

El profesor se puso la mano en el mentón sin dejar de inspeccionarla.

—Me suenas de algo.— Cerró los ojos intentando recordar—. No sé de qué pero tu cara me suena.

Adelaide abrió los ojos encantada con aquella inesperada noticia. El mundo era un pañuelo, sin duda, y aún podría descubrir algo más de esa criada engreída y arribista que pretendía quitarle el novio.

—¿Y a usted no le suena, Luisa? –Siguió Pierre, encendiéndose un puro e invitando también a los demás señores.

Luisa negó con la cabeza en el momento en que monsieur Lombard parecía recuperar la memoria.

—¡Tú trabajaste en la casa de los Luengo! Sí, sí, ya me acuerdo, eras la ayudante de mi queridísima Esmeralda. Luisa, sí, y tanto.

—Vaya, ¿es eso cierto? –Marie estaba realmente sorprendida—. ¿No te parece una bonita casualidad?

Luisa asintió tímidamente y tuvo que reprimirse las ganas de llorar. Se sentía acorralada, como si tuviera una soga en el cuello a punto de terminar con su vida.

—Recuerdo que los niños te tenían mucho aprecio, y la señora Catalina, por supuesto.— Dio una calada al puro y tosió como si se ahogara—. Esa familia era una bendición, trataba muy bien a sus empleos.

Adelaide tuvo la intuición de que Luisa escondía algo. Parecía nerviosa y en un principio había negado conocer al señor Lombard.

—¿Y por qué acabaste aquí, Luisa? –La miró divertida, con la seguridad de quién sabe tener la sartén por el mango—. Es extraño que decidieras dejar a esa familia que tan bien se portaba con vosotros.

—No se debería meter en lo que no le incumbe, señorita.— Espetó Alexandre, que sufría al ver a Luisa en esa circunstancia tan incómoda —. Eso forma parte de su intimidad.

Adelaide no entendía por qué Alexandre se empeñaba en defender a esa criada en vez de intentar llevarse bien con ella, que al fin y al cabo era de su misma clase. En Paris ya tenía a varios pretendientes detrás suyo, ¿por qué él no se daba cuenta de las ventajas que suponía unirse ambos en matrimonio?, pensó irritada.

—No pasa nada, Alexandre.— Añadió su madre—. Ella misma me comentó que tuvo que dejar a esa familia porque pasaron por problemas financieros, por decirlo suavemente.

—¿Problemas financieros? –El señor Lambard comenzó a reír y volvió a toser—. El señor Luengo es uno de los hombres más ricos de Aragón.

Adelaide sonrió triunfante al ver la cara desencajada de Marie Chambon. Sabía que aquella chica no era trigo limpio y gracias a ella y una gran casualidad había conseguido destaparla.

—¿Me mentiste, Luisa?

Luisa aspiró hondo, totalmente abatida y hundida. Solo quería salir de allí, de esa casa, y no tener que dar más explicaciones. Ahora todo había acabado, incluso su vida dependía de un hilo. Algún día Fernando se enteraría de que seguía viva y todo lo que creía superado volvería a comenzar de nuevo.

—Lo siento señora, yo… yo…

No podía articular palabra, así que miró a Alexandre, que parecía tener el corazón en un puño, sufriendo a la misma par que ella y se marchó corriendo a su habitación.

—Si es que no se puede confiar en el servicio de hoy en día.— Soltó la señorita Moreau—. Antiguamente eran personas de moralidad íntegra, no como ahora.

—¡Menos mal que le hice caso, Adeleide! –Exclamó Marie—. No se puede confiar en nadie, ni en tu propia criada. Ahora mismo le diré a Catherine que le ayude a hacer las maletas.

Si las miradas mataran, Alexandre ya lo hubiera hecho con madame Moreau. Cada vez estaba más convencido de que aquella mujer tan solo guardaba veneno y maldad en ese cuerpo delicado y bonito del que tanto presumía.

—¿Así que ha sido idea suya, eh? –Se levantó como un relámpago y le señaló con el dedo—. Quiero que sepas que jamás, ¿me oyes? ¡Nunca! Nunca me casaré contigo ni por todo el oro del mundo.

—¡Alexandre, por Dios! –Le recriminó su padre—. Discúlpate ahora mismo con la señorita.

—¡Ésta no es una señorita! –Comenzó a caminar hacía el pasillo—. ¡No es una señorita!

—No estarás pensando en ir a ver a esa, ¿no? –Se puso las manos en la cabeza—. ¡Compórtate como un hombre de tu categoría!

Adeleide comenzó a llorar avergonzada por lo que le había dicho. Aquella mujer, aquella asquerosa criada había provocado todo esto. Seguro que era la amante de Alexandre, pensó, y ella le había absorbido los sesos contra ella.

—¡La odio padre! ¡La odio! –No paraba de gritar, desconsolada, mientras se abrazaba a su padre—. Volvamos a Paris cuanto antes, por favor.

Alexandre escuchaba los sollozos de Adelaide mientras se dirigía a la habitación de Luisa. La puerta estaba cerrada, pero llamó con fuerza varias veces hasta que por fin la abrió.

—Déjame entrar, por favor.

Luisa tenía los ojos rojos y llevaba un pañuelo en la mano que no paraba de pasarse por la nariz.

—No quiero más problemas, señorito.

Hizo ademán de cerrarla cuando Alexandre puso el pie en ella.

—¿Te acaban de despedir y tú todavía quieres guardar las formas? –Entró en la habitación sin que Luisa lo impidiera—. Déjame disculparme, por favor.

Le agarró de la mano y le acarició la cara. Luisa hizo un paso atrás y negó con la cabeza.

—Otra vez no.— Susurró, dándole la espalda—. Otra vez no.

—¿Qué te pasa? –Le puso la mano sobre el hombro—. ¿Qué más quieres que te demuestre? Soy un hombre íntegro, ya has visto que te escogería a ti mil veces que a esa bruja.

Así que era cierto, pensó. Alexandre iba tras ella. Unos años atrás hubiera sido la mujer más feliz del mundo, pero no ahora, que había perdido la ilusión por el amor y la confianza en los hombres.

—Me gustaste desde el primer día que te vi.— Continuó, poniéndose ahora delante de ella—. Y supe que la única forma que tenía de acercarme a ti era a través de las clases de castellano. Y lo siento, de verdad, nunca pensé que podría perjudicarte de esta manera.

—Eres un niño mimado.— Le espetó sin compasión—. ¿No te das cuenta de que no todo el mundo gira a tu alrededor? Has sido un egoísta, solo has pensado en ti.

Alexandre tragó saliva al oírle hablar de esa manera, su voz escondía dolor y rabia.

—Por tu culpa me he quedado sin trabajo.— Empezó a llorar de nuevo —. ¿Qué voy a hacer ahora?

—Te encontraré otro, te lo prometo.

Luisa abrió el armario y sacó la maleta que le había acompañado en su huida de Fernando hacía ya dos años. Sintió un escalofrío al recordar aquella noche junto a Cortés, haciendo la maleta mientras lloraba amargamente por verse obligada a abandonar a su hija.

—He de volver a España.— Comenzó a llenarla de ropa—. Tengo que irme lo antes posible.

—¿Pero por qué? –Volvió a cogerle de las manos de nuevo—. Quédate en Toulouse, yo te ayudaré en todo lo que haga falta, tengo dinero.

Luisa se deshizo de sus manos con violencia.

—¡Tengo una hija allí! –Gritó, cayéndose al suelo sin dejar de llorar, superada por los acontecimientos y muerta de miedo por la incertidumbre—. Tengo que volver.

Alexandre no se podía creer semejante revelación. ¿Llevaba dos años sin ver a su hija? ¿Y por qué no lo había dicho?

Luisa se sintió aliviada por haber contado aquel secreto que tanto le atormentaba: esconder la existencia de su hija como si fuera algo de lo que avergonzarse le parecía una cosa horrible. Pero lo había hecho por ella, por mantenerla a salvo.

—No digas nada a nadie por favor, y menos a monsieur Lombard.

Alexandre frunció el ceño sin entender qué relación podía tener su maternidad con aquel hombre.

—Puedes confiar en mí.— Dijo con apenas un hilo de voz—. Nunca haría nada que pudiera hacerte daño.

Aquellas palabras le llegaron en lo más hondo de su corazón. Alexandre decía la verdad, se lo podía notar en los ojos, era un hombre limpio y franco a pesar de su todavía inmadurez. Le ayudó a ponerse de pie e intentó abrazarla, aunque ella lo rechazó con una sonrisa.

—Solo quiero saber si te espera algún hombre en España.— Siguió, colocándole bien la cofia y mirándola directamente a los ojos—. No quiero saber nada más.

Luisa negó con la cabeza y sintió ternura al notar las finas manos de Alexandre por su pelo. Era un buen chico, pensó, todo lo contrario que Fernando, pero la vida le había servido de escarmiento y su corazón se había endurecido como un muro de piedra. Solo necesitaba a su hija a su lado, la única que podía romper esa muralla.

46

Zaragoza, octubre de 1914

Javier se despertó con la intensa luz que se filtraba por la ventana reflejándole en los ojos. Le costó unos segundos reconocer el lugar dónde se encontraba y trató de ordenar los acontecimientos de la víspera. Miró a su derecha y se encontró a Catalina todavía dormida, con la cabellera ondulada sobre parte de su almohada. Recordó su cuerpo desnudo bajo el suyo y se le erizó la piel. La fogosidad de su cuerpo ahora descansaba tranquilo y sosegado bajo aquel montón de sábanas revueltas. Parecía como si hubieran pasado días desde que los dos se hubieran adentrado en aquella habitación, como si hubiera vivido, durante horas, en un mundo paralelo a la realidad. Javier no quiso despertarla, aunque volvió a acariciarle la cara con tristeza, como si supiera que no lo podría volver a hacer con aquella total libertad. La cruel realidad le azotó la mente sin previo aviso: Catalina y Fernando habían hecho público su compromiso. ¿Qué iba a suceder ahora? ¿Sería capaz ella de dejarlo todo y empezar una nueva vida a su lado? Si lo hacía, sin duda se convertiría en la vergüenza de su familia y su reputación estaría en boca de todos. Resopló sin encontrar respuesta y se maldijo a si mismo por haberse acostado con ella. Había intentado por todos sus medios controlar su cuerpo, pero su deseo había podido con él y ella le había demostrado sus mismas ganas y su misma pasión. Si al final se casaba con Fernando, pensó decepcionado, se vería inmersa en un gran problema: ya no era virgen, y todo hombre esperaba eso de su esposa. Se levantó de la cama, se aseó y salió de la habitación sigilosamente dejándola descansar. Apenas habían podido hablar sobre el tema: ella se había quedado dormida y él sabía que todavía no estaba del todo sobria como para mantener una conversación tan intensa como aquella. Miró el reloj del hall del hotel: eran casi las diez de la mañana y por los pasillos no dejaban de pasar mujeres y hombres vestidos elegantemente de mañana que se dirigían al comedor para desayunar. Intentó alejar sus preocupaciones caminando de arriba abajo del vestíbulo y se encendió un cigarro, esbozando una mueca de asco al percibir el fuerte sabor a tabaco. Lo

había fastidiado todo, pensó. Si no se hubiese dejado llevar por sus impulsos y por lo que le dictaba el corazón, Catalina ahora seguiría como antes. Ella estaba borracha, ni siquiera había sido consciente de lo que hacía. Tendría que haber sido él, desde su sobriedad, quién se hubiera despedido de ella en la puerta de su habitación. Vio a Fernando bajar por las escaleras y adentrarse en el comedor para desayunar. Javier comenzó a sudar aterrorizado. Todavía no había pensado en la excusa del por qué se había marchado con Catalina tras el anuncio de su compromiso. Se armó de valor y se dirigió también al comedor. Fernando ya se había sentado en una mesa de cuatro y el camarero le servía un almuerzo copioso y suculento en bollos y dulces.

—Buenos días, Fernando—. Javier se sentó a su lado sin mirarle a los ojos.

—¡Por fin apareces! –Su mirada era de reproche—. Anoche estuve llamándote a la puerta pero ni siquiera tuviste la decencia de abrirme.

—Perdona, me quedé frito y no te escuché.

Fernando asintió mientras pellizcaba un trozo de ensaimada.

—¿Y Catalina? ¿Qué pasó ayer para que os marcharais sin decir nada?

Javier tuvo suerte de que el camarero llegara para servirle el desayuno y ganó tiempo para pensar.

—Le sentó mal la comida de la fonda y al mezclarlo con la champaña…—Carraspeó nervioso—. No quiso dar explicaciones delante de toda aquella gente y me pidió que la acompañara al hotel.

—¿Pero tanto te costaba decírmelo? Cielos, incluso llegue a pensar que…

—¿Pensar qué? –Javier sintió un nudo en la garganta. ¿Acaso sospechaba de ellos dos?—. Por dios Fernando, ¿no pensarás que nosotros…?

Fernando le miró incrédulo y rápidamente soltó una carcajada.

—¿Tú y Catalina? –Volvió a reír al pensarlo—. Sería en lo último que pensaría. Ella nunca se fijaría en un hombre como tú.

Javier apretó los puños por debajo del mantel y hubiera deseado

poder decirle que se había acostado con ella pocas horas después de pedirle en matrimonio. Sin embargo, tuvo que tragarse el orgullo y callarse. Le sonrió cómo si realmente hubiera dicho una tontería y volvió a recordar la piel nacarada y suave de ella bajo su cuerpo.

—Llegué a creer que Catalina no quería casarse y que por eso se había ido con el rabo entre las piernas.— Continuó Fernando—. Aunque pronto rechacé esa posibilidad. ¿Qué mujer no querría casarse conmigo? ¿No vistes las caras de decepción de las solteras que estaban ayer en el casino?

—Te olvidas de los sentimientos, primo, y de que ella también tiene derecho a elegir.

—Bobadas.— Hizo un gesto de indiferencia con la palma de la mano —. El amor solo está hecho para la clase trabajadora. Nosotros sabemos bien lo que tenemos que hacer, y ella también lo sabe.

—Creo que no la conoces demasiado.— Se arriesgó a decir con todas las consecuencias—. Ella no es como las demás.

—¿Y tú sí la conoces? –Apoyó los codos sobre la mesa y le miró profundamente a los ojos—. Sé que te gusta, pero ella solo te tiene pena y compasión por lo de tus padres, no te confundas.

—No me gusta, sé muy bien que es para ti.

Se mordió el labio con tanta fuerza que hasta se hizo sangre. No quería poner en evidencia a Catalina y se vio forzado a mentir.

—Por supuesto.— Asintió con la cabeza y dio un sorbo al café—. Es mía y me voy a casar con ella.

Javier vio llegar a Catalina como una ensoñación. No había podido cambiarse de ropa, pero su rostro parecía descansado, el alcohol aparentemente no le había provocado ninguna señal de malestar.

—Oh, querida.— Fernando se puso de pie para recibirla—. ¿Te encuentras mejor?

Catalina se había armado de valor para bajar al comedor y enfrentarse a Fernando. Se había despertado hacía apenas unos minutos y ni siquiera había podido reflexionar sobre lo que había ocurrido.

—Le estaba explicando lo de ayer.— Javier se adelantó—. Que te sentó mal la comida.

Sintió un repentino deseo por él al verle de nuevo y recordar la noche anterior. Había dormido toda la noche a su lado, abrazados, como si no hubiera otra realidad como la que se le planteaba en ese momento.

—Sí, lo siento mucho Fernando.— Contestó azorada—. Me dio un poco de vergüenza y no te dije nada. Espero que me disculpes.

—Te entiendo, querida.— Le indicó que se sentara con un gesto—. Pero fue una lástima, la gente quería conocerte. Aunque pensándolo mejor, ya los conocerás en la boda. ¡Mi madre y la tuya se volverán locas organizándolo todo!

Catalina no supo hacía donde mirar. Se había dado cuenta de que quería a Javier y de que no quería casarse con Fernando, pero había dicho que sí delante de todo el mundo para no humillarle a él y por no defraudar a los suyos y ahora no sabía cómo dar marcha atrás a su decisión.

—Fernando, yo no…

Fernando la interrumpió sacándose una cajita de terciopelo del bolsillo de su pantalón.

-Ábrela, por favor.

Catalina abrió la caja y se encontró con un precioso anillo de oro y zafiros blancos.

—Era de mi abuela.— Añadió ilusionado—. Quiero que sea el anillo de tu boda. Mi familia estará orgullosa de ti.

Se fijó más en la joya y se dio cuenta de que tenía una piedra amatista en el centro que según como lo movía cambiaba de tonalidad.

—Vale una fortuna.— Sonrió al percibir su cara de sorpresa—. Como tú, mi futura esposa.

Javier deseó no haber estado presente ante aquella escena que le producía tanto dolor. Catalina estaba temblando: no tenía agallas para enfrentarse a él y decirle lo que realmente pensaba, o quizás estaba equivocado y lo que había pasado la noche anterior tan solo había

sido un descuido provocado por el efecto del alcohol y ahora estaba arrepentida. Sin embargo, ella le había dicho que le quería, que Fernando le importaba un bledo.

—Gracias, es precioso.— Anunció por fin Catalina—. Pero no lo puedo aceptar.

Sin prestar atención a lo que había dicho, Fernando sacó otra caja más alargada del interior de su chaqueta y se la dio a Javier. Éste se quedó perplejo: no se esperaba un regalo por parte de su primo.

—Vamos, ábrelo.— Le ordenó, expectante—. Seguro que te gusta.

Abrió la caja lentamente y se encontró un reloj de oro macizo con correa de cuero negro laminado también en oro. Sin duda era un buen regalo.

—¿Te gusta o no? –Se encendió un cigarro y descargó su espalda sobre el asiento—. Es para que lo estrenes en tu nuevo trabajo.

Javier le miró desconcertado sin entender a qué se estaba refiriendo.

—Sí, te he conseguido un trabajo.— Sonrió triunfante—. Un alto cargo en el Banco de Bilbao.

Javier no pudo articular palabra: su primo se creía con el derecho de organizar su vida a su antojo sin consultarle su opinión.

—¿No te alegras? –Fernando se irguió sobre la silla y se puso más serio—. Empiezas la semana que viene. Te he comprado el billete de tren a Bilbao.

Javier tragó saliva y miró a Catalina, que había palidecido por la noticia. Estaba claro que su primo quería apartarlo de su vida y alejarlo de allí. Ya se había aprovechado de él lo suficiente y ahora ya no lo necesitaba más. No le hubiera importado irse tiempo atrás, pero no ahora que estaba enamorado de Catalina y no quería distanciarse de ella.

—¿A Bilbao? –Preguntó con estupefacción—. ¿Acaso no había nada más por aquí?

—Sé que está un poco lejos.— Añadió con cierto regocijo—. Pero si te soy honesto, es lo único que he encontrado para ti.

—¿Tienes ganas de perderme de vista? –Le miró desafiante—. Sabes que podría ayudarte con las tierras, pero prefieres apartarme de ellas.

Fernando ladeó la cabeza y le lanzó una mirada amenazante que rápidamente disimuló al recordar que debía guardar las formas delante de Catalina.

—No te lo tomes como algo personal, querido primo.— Chupó con ganas el cigarrillo para calmarse—. ¿Pero en serio pretendías vivir con nosotros? Ahora tienes que hacer tu vida.

—Podría haberlo hecho si no hubiera sido por…

Se encendió también un cigarro para controlarse. Quería gritarle, echarle en cara lo de la herencia, que le había dejado sin nada…

—¿Si no hubiera sido por qué? –Le incitó Fernando con provocación —. ¿Quieres ponerte una medalla delante de ella?

Javier se mordió la lengua una vez más, no quería montar un numerito delante de todo el mundo. Además, no podía cambiar el pasado, había cometido un error y por mucho que se arrepintiera no podía hacer nada.

—¡No sé por qué te enfadas tanto, primo! –Continuó Fernando ante el silencio de Javier—. Cualquiera envidiaría tu puesto. Vas a ser vicedirector del banco de Bilbao y sin ni siquiera haber estudiado para ello.

—Supongo que debo agradecértelo, ¿no?

Fernando hizo caso omiso a su primo y cogió la mano de Catalina.

—Juntos seremos muy felices.— Apagó con fuerza la colilla en el cenicero—. ¿Verdad, cariño?

Catalina estaba conmocionada por todo lo que acababa de oír y era incapaz de decirle la verdad a Fernando. Necesitaba hablar con Javier, a solas, y encontrar una solución juntos.

—Estoy preocupada por mi hermano, ya es tarde y todavía no ha bajado. ¿Puedes comprobar que esté bien?

—Por supuesto que sí.— Se levantó como un relámpago y se abrochó

el botón de la chaqueta—. Ahora mismo vengo.

Catalina suspiró aliviada cuando vio a Fernando alejarse de la mesa en dirección a la escalera. Ambos se quedaron en silencio sin saber qué decir.

—¿Cómo te encuentras? –Dijo al fin él—. Lo siento mucho, Catalina.

—¿Por qué? –Negó con la cabeza repetidas veces—. No tienes culpa de nada.

—Ayer… no deberíamos…—Le dio vergüenza decirlo abiertamente—. Te vas a casar con Fernando.

—No quiero hacerlo, pero no sé cómo cambiar las cosas.— Sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. Tengo miedo.

Javier la observó detenidamente: realmente parecía triste y desencajada, y por un instante se planteó qué futuro le podría dar a Catalina si ésta finalmente le escogía a él. Fernando tenía la sartén por el mango y podía hacerle la vida imposible si se lo proponía, no le convenía tenerlo como enemigo.

—Olvidemos esto.— Miró para otro lado, no podía soportar mirarla a la cara—. Fernando te dará todo lo que yo no tengo.

Catalina no podía creer que Javier tirara la toalla a las primeras de cambio. Él le quería, se lo había visto en sus ojos, en la forma de amarle.

—¡Pero te quiero a ti! –Gritó en susurros—. Podemos hacer una vida juntos, aunque sea fuera de aquí, dónde nadie nos juzgue.

—¿Y tu familia? –Recapacitó unos segundos—. Yo no tengo nada, Fernando se lo ha quedado todo, hasta mi vida. Si él quisiera, nunca encontraría trabajo. ¿De qué viviríamos?

Catalina no había pensado en su familia. ¿Cómo le sentaría a su madre el haber rechazado un matrimonio tan ventajoso para todos? ¿Dónde viviría con Javier si ni siquiera tenía trabajo?

—No sé qué decir.— Se encogió de hombros, desbordada por todas las preguntas que por ahora no tenían respuesta—. Solo sé que quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo.— Quiso besarla pero no podía arriesgarse a que le vieran—. Pero no quiero ser el responsable de tu desgracia.

—Si hay amor no hay desgracia.

Javier negó con la cabeza.

—Tú te mereces mucho más de lo que yo pueda darte.— Abrió las palmas de las manos—. No tengo nada, absolutamente nada.

Catalina se puso las manos sobre los ojos y bajó la cabeza intentando llegar a una conclusión. Justo en aquel preciso momento apareció un hombre con una gorra y una bata de cuadros que llevaba consigo una caja de madera cuadrada.

—¿Os gustaría tener una fotografía? –El hombre comenzó a abrir la caja sin esperar respuesta—. Cortesía del hotel.

Los dos observaron, todavía tensos, el ritual que seguía el fotógrafo, que comenzó por posicionar el trípode a unos dos metros de ellos. Luego abrió la caja y apareció una máquina cubierta de madera y cuero fino con un fuelle y un objetivo. El hombre se puso bajo una tela y tardó unos segundos en enfocar.

—Sonreíd, por favor.

Javier se acercó a Catalina y le rodeó la cintura disimuladamente. Sintió un escalofrío agradable al sentirla tan cerca de nuevo, aunque también intuyó que por última vez. Un reflejo brillante les cegó durante unos segundos y un olor parecido a la pólvora les hizo arrugar la nariz.

—Ya la tenemos.— Concluyó el fotógrafo con orgullo—. Una bonita foto para enseñársela a los nietos cuando seáis ya mayores, ¿eh?

Otra vez metían la pata, pensó Catalina, igual que lo había hecho el hombre de la ruleta aquel día en Huesca. Sin embargo, hoy prefería no desmentirlo y dejar que se fuera con el convencimiento de que eran una pareja que se amaba con toda la naturalidad del mundo. Parecían estar destinados a estar juntos, o así lo veía la gente normal y corriente.

—Esta tarde os la mando a vuestra habitación.— Continuó el hombre —. ¿Número?

—A la 107, por favor.— Se adelantó Javier, mientras sacaba unas monedas de su cartera—. Gracias.

El hombre sonrió agradecido por la propina, recogió sus enseres y se dirigió a la mesa de al lado para realizar exactamente los mismos movimientos.

—Quédatela tú, Cata.— Le cogió de la mano sin importarle quienes pudieran estar mirando—. Y recuérdame siempre.

—¿Significa que nuestra historia acaba aquí? –Catalina esperó la respuesta con ansiedad—. ¿Qué tú te irás a Bilbao y que yo me casaré con Fernando?

—No sé si te casarás con Fernando o no.— Dijo con la voz temblorosa —. Pero no será conmigo, no quiero que seas una mujer amargada e infeliz.

—Llévate el recuerdo de esta noche.— Se secó las lágrimas que comenzaban a salir—. Que nunca me arrepentiré de lo que he hecho.

Fernando apareció con Alberto por la puerta que daba acceso al salón en dirección a ellos.

—No te olvidaré jamás, Cata.

47

Toulouse, mayo de 1932

Luisa llegó a Jaca a primera hora de la mañana; volvía a estar en su tierra, se sentía de nuevo como en casa. Había estado muy a gusto en Toulouse, de hecho comenzaba a acostumbrarse al país, a la cultura, a la forma de ser de allí… Podría haber vivido con los Chambon durante años. Echaba de menos a Brigitte, pues había sido una muy buena amiga, y en cierto modo también al señorito Alexandre; sabía perfectamente lo que era amar a alguien y no sentirse correspondido y ahora él estaría pasando por esa misma condena. Menos mal que por fin se reencontraría de nuevo con su hija después de dos años sin verla. Se había pasado todo el camino de vuelta imaginándose su carita, su forma de caminar, su pelo… ¿Seguiría pareciéndose a ella como cuando nació? ¿O vería en ella algo de su padre? Ni siquiera había pensado en Fernando. Todo había pasado tan rápido que no había tenido tiempo de ponerse en lo peor. Pero ahora que estaba más cerca de él, a pocos quilómetros de Biescas, comenzaba a sentir un miedo atroz. ¿Y si la encontraba? ¿Y si le hacía algo a la niña? Tenía que llevársela de allí cuanto antes: se irían a Andalucía y harían juntas una nueva vida. No se volverían a separar jamás.

Se dirigió al hostal de la Pepa con la esperanza de que Inés estuviera allí con Ana. Si al final había decidido no encargarse de ella, seguro que la habría dejado en buenas manos. Confiaba en ella. Entró en el hostal y sonó una campanilla. Se olía a pan tostado desde la cocina y le crujieron las tripas del hambre que tenía. A los pocos segundos, La Pepa salió secándose las manos en el delantal.

-¿Quién eres tú? –La miró de arriba abajo-. Me suenas de algo, muchacha.

-Soy una amiga de Ana.- No quiso entrar en detalles-. ¿Puedo verla?

La Pepa asintió con la cabeza y le indicó dónde se encontraba su habitación.

-Llama antes de entrar… aunque su novio está fuera, no creo que te encuentres nada comprometido.

Luisa se alegró de que Ana hubiera encontrado novio: aquella muchacha amable y bondadosa se merecía todo lo mejor. Subió las escaleras y siguió las indicaciones que le había dado. Llamó a la puerta y Ana la recibió ya vestida para bajar a desayunar. Comenzó a gritar de sorpresa y a saltar emocionada al verla después de tanto tiempo.

-¡Luisa! –La abrazó con todas sus fuerzas-. ¡Pensé que nunca te vería!

Luisa entró en la habitación y se sentaron las dos sobre la cama.

-¿Dónde has estado? –Ana la veía cambiada, sin duda había madurado de golpe después de todo lo sucedido-. ¡Estás guapísima! He estado muy preocupada por ti.

-He estado en Toulouse, de sirvienta en una casa muy respetable. He ahorrado dinero y ahora puedo ocuparme de la niña mientras busco un nuevo trabajo.

-Me alegro muchísimo por ti.- Ana la volvió a abrazar-. Y bien, ¿dónde está la pequeña Inés? ¿Cómo te las has arreglado tú sola con la niña en Francia?

Luisa se quedó atónita, no entendía lo que le estaba diciendo Ana.

-¿Pero qué dices? –Sonrió pensando que se trataba de una broma-. Venga, ¿dónde está? ¡Tengo ganas de verla, llevo ya dos años sin ella!

Ana se quedó paralizada, blanca, y se levantó de la cama.

-¿De qué me estás hablando? –Caminaba de un lado a otro de la habitación-. Desapareciste de golpe sin decir nada, ¿cómo voy a tener yo a Inés?

-¡Maldita sea! –Comenzó a llorar desesperada-. Yo te escribí una carta, Cortés me prometió que te la daría, que la niña estaría contigo y te encargarías de ella.

-No me llegó ninguna carta, Luisa.- Se acercó a ella preocupada-. ¿Pero qué ha pasado? ¡No entiendo absolutamente nada!

Luisa no podía dejar de llorar; las lágrimas no la dejaban hablar, caían en su falda como un torrente de agua.

-Fernando me amenazó, quería deshacerse de mí para que no le diera problemas. Cortés me ayudó a escapar, me dijo que me fuera a Toulouse y que dejara a la niña aquí para poder trabajar. Él no quería que nadie supiera mi paradero, pero insistí en dejar a la niña contigo: confiaba en ti y sabía que tú no me ibas a traicionar. Te escribí una carta, pero parece ser que nunca te llegó y la niña tampoco.

-¡Madre mía! –Se puso la mano en la boca-. ¿Y dónde está esta criatura? ¡Oh, Luisa, ese Fernando es un ser horrible!

-Lo sé… ¡Me arrepiento tanto de haber estado con él! –Arrugó las sábanas con la mano-. ¡Le odio tanto! ¿Cómo ha podido hacerme esto a mí y a su propia hija?

-Tienes que averiguar el paradero de tu hija. Tienes que ir a ver a Cortés.

Era de noche y apenas se veía nada. Cortés vivía alejado del pueblo y no había farolas que iluminaran el camino. Había decidido ir de noche para que nadie pudiera reconocerla y se había puesto un pañuelo en la cabeza para esconder su rostro y no tener problemas. Por suerte Cortés no tenía vecinos, era difícil que alguien pudiera verla por allí. Llegó a su pequeña casa y vio una mortecina luz en el interior: seguro que estaría a punto de irse a dormir. No hizo falta llamar a la puerta, Cortés abrió directamente como si pudiera ver a través de las paredes.

-¿Quién eres tú? –No la reconoció, apenas se le veía la cara-. ¿Qué haces merodeando por aquí?

Antes de destaparse por completo, Luisa miró a Cortés, que no había cambiado en nada salvo que ahora se había dejado un poco de barba que le daba un aspecto más hostil y dejado.

-Soy yo.

Se quitó el pañuelo y no dijo nada. Cortés parecía feliz de verla, aunque le bastaron unos pocos segundos para torcer la sonrisa en una mueca nerviosa. Probablemente ya sabría lo de la niña, pensó, y ahora venía a pedir explicaciones.

-Pasa, por favor.

Luisa entró en la casa. Era pequeña, desordenada y poco cuidada: sin duda allí faltaba la mano de una mujer. Sin embargo, en seguida se sintió protegida y a salvo.

-¿Dónde está mi hija? –Le espetó sin más-. Me mentiste, me dijiste que la dejarías con Ana. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

-Siéntate, Luisa.- Le señaló la silla-. Por favor, cálmate.

-¡No me pienso calmar! –Le temblaban las manos y las piernas-. ¡Quiero saber dónde está mi hija!

Luisa comenzó a llorar y Cortés la estrechó entre sus brazos. ¡Se había imaginado tantas veces aquella escena! Pero nunca había encontrado la mejor manera de decirle que había abandonado a su hija en un orfanato. ¿Cómo había sido capaz de eso? Todo lo había hecho por su bien, para no ponerla en peligro ni a ella ni a la niña, aunque ello conllevara separarla de su hija para siempre.

-Lo siento, tenía miedo de que alguien se fuera de la lengua.

-Te dije que confiaras en Ana, ella es mi amiga. ¿Por qué eres así?

Cortés se sentía culpable, sabía que había hecho las cosas mal pero ¿acaso no veía que la quería, que nunca hubiera consentido que le pasara algo?

-No puedes confiar en nadie, la vida me lo ha enseñado. Ni siquiera en tu propia familia. ¡Confiaste en Fernando y mira lo que te hizo!

Luisa negó con la cabeza: no quería oír ni mencionar su nombre.

-La dejé en la Casa de la Misericordia de Zaragoza.- Continuó preocupado, pasándose la mano por la frente -. Pero seguramente ya no estará allí, la habrá adoptado una familia.

-¿Cómo sabes eso? –Luisa negaba repetidamente con la cabeza-. No puede ser, seguro que todavía está ahí.

-No lo creo, una criatura tan pequeña siempre encuentra rápidamente una familia.

-¿Y tú qué sabes? – Expresó con violencia-. Tenemos que ir y buscarla, Cortés.

-Escucha, sé de lo que hablo, ¿vale? –Su rostro se ensombreció por los recuerdos-. Yo mismo he crecido en un orfanato y he perdido a mi hermano.

Luisa se quedó callada: desconocía aquella información. Cortés era un chico reservado y jamás le había contado nada sobre su vida antes de trabajar con los Luengo.

-Vaya, lo siento.- Le acarició la cara; sus dedos tocaron la rugosa cicatriz de su rostro y Cortés dio un paso atrás-. Sé que lo has hecho todo pensando en mi bien, pero mi hija lo es todo.

Comenzó a llorar de nuevo y se sentó en la silla tapándose la cara con las manos. Cortés había hecho café, así que le sirvió una taza caliente.

-Toma un poco.- Se sentó frente a ella y comenzó a liarse un cigarro-. No puedo verte así Luisa, perdóname, pensé que sería lo mejor para las dos.

-¿Qué podemos hacer? –Tenía los ojos rojos, desesperados por encontrar una solución-. Dime que podemos hacer algo.

Cortés reflexionó durante unos minutos.

-Iremos a la Casa de Misericordia de Zaragoza y nos haremos pasar por un matrimonio. Intentaré colarme en algún despacho, buscar su ficha… cualquier cosa que nos acerque a ella. Y tú de mientras vivirás aquí, en mi casa… No te pasará nada, te lo prometo.

Llegaron a Zaragoza a primera hora de la mañana. Era domingo y las calles estaban desiertas. Habían venido en tren pues el coche no lo podía utilizar si no era para llevar a Fernando a algún lado. Luisa llevaba varios días viviendo en su casa; ella dormía en su cama y él en el suelo sobre unas mantas. Desde que estaba allí, las comidas eran mucho más sabrosas y las sobremesas mucho más entretenidas. Además, Luisa incluso había decorado la insulsa mesa de madera con un bonito jarrón de flores silvestres. Para Cortés habían sido los días más felices de su vida y podría haberse casado con ella sin dudarlo ni un instante. Vieron de lejos el edificio de la Casa de la Misericordia;

días antes habían enviado una carta para concertar cita con la directora. Antes de entrar y como todavía era pronto, aprovecharon para desayunar en una cafetería del Paseo María Agustín. Cuando terminaron se dirigieron por fin al orfanato y allí les atendió una monja muy dicharachera. La monja los llevó a su despacho donde había un sinfín de archivadores en las estanterías en los que seguramente guardaban toda la información de los adoptantes. Habían ensayado el plan una y otra vez, así que solo esperaba que todo saliera bien.

-Y bien, señores Gutiérrez, ¿cuántos años llevan casados? –La monja rellenaba un cuestionario estándar-. ¿Me han traído el certificado?

-Perdone sor Juliana, nos lo hemos olvidado en casa.- Luisa chasqueó la lengua-. Nos hemos dado cuenta cuando ya estábamos viajando hacía aquí, se lo podemos traer otro día.

La monja rió despreocupada. Era una mujer relativamente joven, llevaba gafas y tenía un rostro amable y simpático.

-No pasa nada, son los nervios, ¿eh? –Siguió leyendo el cuestionario-. ¿De qué trabaja usted, caballero?

-Soy chófer y tengo un buen sueldo.

Cortés le guiñó el ojo a Luisa: era la señal para que comenzara a realizar el plan. Luisa fingió un profundo dolor de estómago, se puso las manos en la barriga y comenzó a proferir varios quejidos.

-¿Qué le pasa? –Preguntó la monja, poniéndose de pie y dirigiéndose a ella-. ¿Se encuentra bien?

-Me duele mucho la barriga, creo que necesito ir al baño.- Intentó levantarse de la silla por sí sola pero tuvo que agarrarse a la monja-. ¿Podría acompañarme al servicio?

-Claro que sí, muchacha.

La cogió del brazo y Luisa comenzó a caminar muy poco a poco para que le diera tiempo a Cortés de investigar. Éste cerró la puerta del despacho una vez que se habían ido y comenzó a rebuscar por las estanterías. Abrió un archivador al azar para ver el año: ponía 1921, así que contó ocho más hasta llegar al de 1929. Se acordaba bien de

ese día, así que se fue directamente a él sin pensárselo demasiado. Pensó que habría alguna referencia de la llegada de esa niña, aunque ni siquiera tuviera nombre la describirían de algún modo. Por un momento sintió miedo: la monja podría llegar en cualquier momento aunque Luisa sabía bien que tenía que entretenerla lo máximo posible. Miró niño por niño: todos eran chicos, no había ni rastro de Inés. Cortés sintió una decepción dolorosa, creía que aquello sería más fácil de lo que estaba resultando. ¿Y si Inés estaba registrada el mismo día en el que fue adoptada? Era un bebé, pensó, seguro que no habrían pasado muchos meses hasta haber sido dada a una familia. Siguió mirando en ese mismo libro, días después de su abandono, y por fin la encontró registrada en el mes de abril. Sintió una euforia tremenda al ver su descripción: nacida aproximadamente en febrero de 1929, tres meses de edad, cinco quilos y cien gramos de peso, 58 centímetros de altura, pelirroja, ojos verdes, piel blanca. Sana. Cortés se alegró de eso último, era una buena noticia: Inés era una niña sana y parecía haber crecido como un niño normal. Era el momento de saber su paradero, el nombre que le habían puesto las monjas, así que aspiró hondo y continuó leyendo. Nombre del tutor/a: no registrado. Nombre del niño/a: Valeria Matilde. Localización: provincia de Teruel. Nota: Los padres adoptivos de la criatura se oponen al registro, donativo de 30.000 pesetas. Cortés escuchó unos pasos que provenían del pasillo, cerró rápidamente el libro y lo dejó en su sitio. Salió del despacho y vio a Luisa todavía agarrándose la barriga.

-Será mejor que lleve a su mujer al médico.- Le recomendó sor Juliana-. No sé lo que le pasa, pero no parece nada bueno.

-Así lo haré.- Cogió ahora él a Luisa y se dirigió a la puerta-. Siento las molestias, seguimos en correspondencia para concretar otro día.

Cuando ya se habían alejado lo suficiente del orfanato, Luisa comenzó a andar de nuevo con normalidad; sus ojos pedían desesperados una respuesta.

-Solo tengo el nombre.- Suspiró con pena-. Parece ser que los padres adoptivos dieron un buen donativo a las monjas para mantenerse en el anonimato.

-¿Y eso es legal? –Frunció el ceño-. ¿Qué quieren esconder?

-Son de buena familia, seguramente la mujer habrá simulado un

embarazo y no habrá querido dejar huellas. Tienen dinero, Luisa, tú hija está en buenas manos.

-Eso no lo sabré hasta que no lo vea con mis propios ojos. Sé que ahora les pertenece a ellos y que yo no puedo hacer nada, pero al menos quiero que sepa que yo soy su verdadera madre, quiero que me conozca.

Cortés le apretó el brazo en un gesto para consolarla.

-Se llama Valeria Matilde, las monjas siguen la onomástica, son las santas del día en que la dejé allí. No es un nombre muy común, quizás podamos localizarla. Se encuentra en la provincia de Teruel.

Luisa había comenzado a llorar al oír el nuevo nombre de su hija. Sentía como si la hubiera perdido, como si ya no se tratara de la misma criatura que había parido, como si le hubieran borrado cualquier rastro de su procedencia y de su identidad.

-¡La provincia de Teruel es muy grande! –Exclamó-. ¿Cómo la vamos a encontrar?

-Paso a paso.- Dijo Cortés, calmado-. La encontraremos aunque nos cueste la vida en ello.

48

Londres, noviembre de 1932

Fermín se puso el uniforme de la escuela: una americana de color azul marino, una corbata también azul con rombos rojos y unos pantalones de color beige. Se había despertado con ganas, como desde el primer día que había empezado la escuela. A pesar de levantarse tan pronto, Fermín estaba entusiasmado con las clases del colegio Saint Martin. Las instalaciones eran impresionantes y los profesores, aunque estrictos y tremendamente perfeccionistas, eran de una gran calidad. El laboratorio era su lugar favorito: las clases de ciencias eran interesantísimas, había un sinfín de probetas y productos químicos con los que realizaban experimentos a diario. Estaba aprendiendo muchísimo e incluso se atrevía a decir que Martín también. Cualquiera diría que su hermano pequeño era el mismo que el de Biescas. Estaba sacando buenas notas, hacía los deberes y se estaba portando estupendamente bien en casa de sus tíos. Quizás por fin había asentado la cabeza, pensó Fermín, aunque ya era hora con los dieciséis años que tenía. Martín también se estaba cambiando, apenas quedaban diez minutos para que el señor Banks los llevara al colegio, así que Fermín se precipitó primero al baño para asearse. Salió de allí en dos minutos, anoche ya se había afeitado y ahora tan solo se había mojado la cara y peinado el pelo hacia atrás con brillantina.

—Buenos días.— Laura estaba en el pasillo, ya estaba arreglada y le esperaba como siempre para bajar a desayunar—. Tengo que pedirte algo.

Se llevaba muy bien con su prima, ambos eran muy parecidos y la convivencia con sus tíos era realmente tranquila y afable. Estaban siendo unos meses muy felices en Londres y apenas añoraba su casa, tan solo echaba de menos a su madre.

—Hoy estrenan la película La parada de los monstruos.— Continuó en voz baja—. Es de miedo y mi madre no me dejará verla.

—¿Y por qué no se lo dices a tu padre? Seguro que él te dejará.

—No quiero que discutan otra vez.— Por un momento pareció triste —. Últimamente siempre se enfadan por mi culpa. ¿Querrás acompañarme?

—¿Quieres escaparte, Laura? –Fermín se quedó callado por unos instantes—. Me pones en un aprieto.

—¡Te lo suplico, te lo suplico! –Expresó, juntando las manos y mirándole con cara angelical—. ¿No has visto el cartel de la película? ¡Oh, es genial! Lo vi hace dos días en una revista, salen hombres extraños, tullidos, enanos…

Fermín rió y comenzaron a bajar las escaleras.

—¿Pero cómo podemos hacerlo para no levantar sospechas?

—A la hora del té. Mi padre trabaja hasta tarde y mi madre se reúne en casa de una amiga para hablar de sus cosas. Yo he de ir a clases de piano, pero puedo llamar antes e inventarme una excusa, que estoy mala o algo así.

—Veo que lo tienes todo planeado, pero ¿qué vamos a hacer con mi hermano?

—Dile que te vas a dar una vuelta solo, y luego nos reuniremos dónde yo te diga, donde no nos pueda ver nadie.

Fermín se quedó pensativo, no quería traicionar la confianza que habían depositado sus tíos en él, pero tampoco desaprovechar la oportunidad que tenía de pasar una tarde con Laura. No entendía muy bien lo que le estaba pasando, lo había estado negando durante meses por el simple hecho de considerarlo antinatural e indecente. Se había enamorado de su prima, con quien compartía su misma sangre, y aquello le estaba atormentando día y noche.

—No sé si deberíamos hacerlo.

—¡Por favor, te lo ruego! ¡Solo serán dos horas, te lo prometo! ¡Nadie se enterará!

Llegaron al comedor y tío Javier estaba terminando su taza de café: siempre aprovechaba el viaje que hacía mister Banks al colegio para

que lo dejara a él en el trabajo. Al poco rato bajó Martín y comieron unos huevos a la plancha y unas salchichas.

—No acabo de acostumbrarme a este desayuno.— Dijo Fermín—. Siempre me siento como si me hubiera comido un cordero entero.

—Yo tampoco estaba acostumbrado al principio.— Comentó Javier, que ya había terminado de comer y ahora repasaba los titulares del periódico—. Pero ahora ya no sé pasar sin él, te da energías y te ayuda a pasar la mañana estupendamente.

El señor Smith les sirvió un poco de café a los chicos y retiró los platos vacíos. Laura todavía tenía tiempo hasta que llegara su profesor particular, así que se lo tomó con calma y comió despacio.

—Vámonos, que se hace tarde.

Javier se puso de pie, le dio un beso a su hija en la cabeza y se dirigió a la puerta, donde el señor Banks ya estaba dentro del coche. Fermín pasó justo al lado de Laura y ésta le agarró de la mano y le guiñó un ojo a la vez sonriéndole con picardía, ansiosa por que llegara la tarde. Martín se percató de ese gesto y no pudo dejar de pensar en él en toda la mañana. ¿Qué se llevaban entre manos esos dos?

Eran casi las cinco de la tarde, la hora del té. Margarita ya se había ido a casa de su amiga, tal y como había predicho Laura, y ésta llamó a su profesora de piano para decirle que se encontraba mal. Salió de casa llevando su carpeta de partituras para que cualquiera que pudiera verla pensara que se dirigía a la casa de la señorita Brown, una destacada pianista inglesa. Sin embargo, antes de alcanzar la casa, Laura torció por una esquina y varios callejones más hasta encontrarse con Fermín.

—¿Te ha dicho algo tu hermano? –Le preguntó un poco nerviosa aunque con ganas de vivir aquella pequeña aventura—. ¿Alguien te ha visto?

No pudo evitar esbozar una sonrisa al verla tan entusiasmada y tan bonita con aquel lazo morado sobre su pelo ondulado rubio.

—Le he dicho que me iba a pasear solo, ni siquiera me ha prestado atención.

—¡Bien! –Saltó de alegría y comenzó a andar—. Venga, vamos.

Se dirigieron al metro. Fermín nunca había subido a algo parecido y estaba ansioso por experimentar lo que se sentía viajando por el interior de la ciudad, bajo tierra. El ruido era ensordecedor, apenas pudieron hablar. El vaivén de las curvas hacía que ambos se ladearan de un lado a otro, agarrándose como podían el uno con el otro. Laura le cogió de la mano para sentirse segura y él sintió un escalofrío por todo el cuerpo al notar el roce de su piel. Bajaron en Leicester Square, en pleno centro de Londres, y en seguida se toparon con el Leicester Square Theatre, un edificio enorme, altísimo, con la fachada de color negro y los carteles de las películas a todo color. Fermín se empeñó en pagarle la entrada a Laura y tras hacer una cola de más de diez minutos para comprar unos caramelos, finalmente pudieron entrar en la sala donde el acomodador los puso en las últimas filas: habían llegado un pelín tarde y los mejores asientos ya estaban ocupados.

—Nada de manitas, ¿eh? –Les advirtió el acomodador.

Fermín se puso rojo de vergüenza y vio que Laura también se sonrojaba. No podían culpar al chico, realmente parecían una joven pareja de novios en una cita. La película empezó a los pocos minutos y aunque Fermín estuvo más pendiente de Laura que de la película, nunca había disfrutado tanto del cine, ni siquiera aquella vez en la que vio el Arca de Noé en Zaragoza. Laura no paraba de agarrarse de su brazo cuando salía una escena de miedo o de taparse los ojos apoyando su cabeza en su hombro. Él estaba encantado y la hora y media que duró la película se le hizo demasiado corta.

—¿Te ha gustado? –Le preguntó ella al salir—. ¿No te ha parecido guapísima la actriz Leila Hyams? ¡Me encantaría vivir en Hollywood, debe ser tan emocionante!

—Hagamos algo emocionante, ¿te apetece dar una vuelta por Clerkenwell? Fue el primer barrio que vi cuando llegué a Londres y siempre he tenido curiosidad por recorrer sus calles, ¡me pareció fascinante!

Laura ni siquiera le contestó, le cogió de la mano y lo llevó de nuevo al metro hasta bajar a Clerkenwell, donde en seguida les vino la olor a carne asada que se desprendía de los carritos ambulantes y que Laura le explicó que era ternera con patatas: el famoso *pie—and—smash*.

Continuaron andando por aquellas calles grises, repletas de obreros, de gente humilde, de niños con las ropas agujereadas y sucias que jugaban sonrientes al fútbol. Pasaron también por el Little Italy, lugar donde se concentraban los inmigrantes italianos que venían en busca de un futuro mejor. Todo era muy diferente a lo que estaban acostumbrados, pero se sintieron libres, sin ataduras sociales ni comportamientos rígidos y conservadores. Pero la alegría y el entusiasmo pronto dejaron paso a la tristeza y la conmoción. Se toparon con un hospital improvisado que el Ayuntamiento de Londres había construido en el barrio para curar los problemas de salud que había causado la difteria. A través de las ventanas, Laura pudo observar los estragos de aquella enfermedad infecciosa que atacaba a los más pequeños y a los ancianos. Los niños se apelotonaban en las camas y los ancianos tenían la mirada perdida, como si supieran que la muerte se encontraba a la vuelta de la esquina.

—Ojalá pudiera ayudarlos.— A Laura se le borró la sonrisa de la boca —. ¿Sabes? Preferiría mil veces convertirme en enfermera y ayudar a los pobres que en una rica y famosa actriz de Hollywood.

Fermín la hubiera abrazado allí mismo: cada día que pasaba conocía una faceta más de ella y ahora le demostraba que era una muchacha noble y comprometida con los más desfavorecidos.

—Puedes ser lo que tú quieras, todo lo que te propongas. No solo tienes el apoyo de tu padre, también tienes el mío.

Laura se colgó de su cuello y apoyó la cabeza en su pecho agradecida por sus palabras.

—Yo quiero ser como mi abuela, la madre de mi padre. Nunca la conocí, murió en un accidente cuando mi padre era pequeño, pero él me ha hablado muchísima de ella y es el prototipo de mujer que me gustaría ser. Ella es mi ejemplo a seguir: luchar por el derecho de las mujeres y por los más pobres.

Fermín asintió orgulloso y pensó que su pobre tío habría tenido que pasar una infancia muy dura al perder a sus padres a una edad tan temprana. Su abuela Julia no era una mujer fácil de carácter, era estricta y poco dada al sentimentalismo; seguro que su tío había vivido una agonía en aquella casa.

—Creo que deberíamos de volver ya.— Se escucharon las campanas de la iglesia de San James anunciando las siete y media—. Nos hemos entretenido demasiado.

Se apartó de él y comenzó a andar. Fermín no pudo más que torcer el labio al sentirla más lejos, le hubiera gustado permanecer abrazados durante más rato. Durante la vuelta, Laura estuvo mucho más callada: parecía realmente afectada por lo que había visto en aquel hospital y Fermín no pudo más que sentirse culpable por haberla llevado allí; era una chica decidida pero también muy sensible y quizás por eso su madre evitaba exponerla en según qué situaciones.

—Entraré yo primera.— Estaban a escasos metros de la casa, resguardados tras una pared—. Esperarás diez minutos y luengo vendrás tú.

Fermín asintió y se quedó hipnotizado mirando los pasos de su prima hacia la casa. Hacía frío y ya había oscurecido, pero aquella calle estaba bien iluminada y de vez en cuando pasaba una pareja de policías haciendo su ronda. No tenía reloj, así que calculó más o menos lo que a él le pareció y se dirigió hacia allí. Cuando entró notó un ligero olor a leña y el calor de la chimenea le devolvió la sensibilidad a los pies. Entró en el salón y mister Smith ya había puesto la mesa. Cenaban sobre las ocho, así que justo había llegado a tiempo. Todos se sentaron para cenar y comenzó a servirles una sopa de pollo bien caliente. Fermín no tenía mucha hambre, se había comido la mitad de la bolsa de caramelos en el cine, aunque la sopa era ligera y le sentó bien en aquella noche tan fría.

—¿Cómo han ido tus clases de piano, Laura? – Preguntó Martín.

Fermín se sorprendió de aquel repentino interés de su hermano por las clases de piano de su prima: nunca había preguntado nada al respecto y ahora parecía tener un brillo divertido en la mirada que no le dio para nada buena espina. Laura tragó saliva; su madre ni siquiera le había pedido explicaciones de lo que había aprendido ese día con la señora Brown y ahora por culpa de su primo se veía obligada a mentir. ¿No quería ser actriz de Hollywood?, pues ahora tenía la posibilidad de hacerlo, pensó.

—Muy bien, aunque hoy tocaba solfeo, ha sido un poco aburrido.

—Pero has llegado más tarde de lo habitual.— Comentó Margarita, terminando la sopa y pidiendo al señor Smith que trajera los segundos.

—Me he encontrado a Lisa, había ido a hacer un recado para su madre en la mercería.

—Y tú, hermano.— Martín siguió con el interrogatorio—. ¿Dónde has estado esta tarde?

—He ido a la biblioteca Hatchards, quería estudiar tranquilo.

Mister Smith comenzó a servir el cordero asado, que iba acompañado por unos espárragos salteados.

—¿Y por qué no le has dicho al señor Banks que te acompañara en coche? –Preguntó Margarita—. ¿No me digas que has ido en metro?

—No tía, me apetecía andar, ha sido un paseo agradable.

—¡Eso es mentira!— Martín se levantó de la silla.— Tíos, os he de contar algo.

Margarita miró extrañada a Javier y éste no pudo evitar servirse un poco más de vino.

—Esta tarde he seguido a mi hermano sin que se diera cuenta.— Continuó, volviéndose a sentar e intentando calmarse un poco—. Esta mañana les he oído cuchichear en la escalera y sé que algo tramaban. Los dos han cogido el metro, aunque no sé hacia dónde.

Laura dejó el tenedor sobre la mesa y agachó la cabeza incapaz de mirar a sus padres a la cara. Fermín, frente a ella, había palidecido y era incapaz de seguir comiendo.

—¿Es eso cierto? –Javier se encendió un cigarrillo y miró a su hija con severidad—. Mírame a la cara, hija.

Laura asintió, le temblaban las manos.

—Hemos ido al cine, quería ir a ver una película de miedo y sabía que mamá no me dejaría ir. Pero Fermín no tiene culpa de nada, he sido yo quien le ha insistido para que me acompañara.

—Para nada tío Javier, la culpa es mía.— Fermín no podía permitir que Laura asumiera toda la culpa, él había sido igual de partícipe que ella—. Ella no quería saltarse las clases de piano, pero yo le he contado lo de la película. Lo siento.

—No me lo puedo creer, hija.— Margarita por fin se pronunció—. No me lo esperaba de vosotros dos. Creía que podía confiar en ti, Laura, pero ya veo que tendré que atarte en corto. Martín, gracias por contárnoslo, veo que tú sí eres un chico responsable.

Martín sonrió por el halago: por fin alguien le respetaba y le tenía en consideración. Estaba encantado de vivir en esa casa, ahora era Fermín quien tenía las de perder.

—De nada tía, yo siempre obedeceré lo que usted me diga.

De repente, Javier comenzó a reír a carcajadas. Todos se quedaron con la boca abierta sin saber qué era lo que le había provocado aquel repentino cambio de humor.

—Vaya travesura, espero que al menos os haya gustado la película.— Dio una calada al cigarro sin parar de reír—. ¿Qué le has dicho a esa miss Brown?

Laura comenzó a reír también ante la cara de estupefacción de su madre y de Martín, que no se podía creer que su tío Javier se tomara el tema tan a guasa.

—¿Por qué te ríes? –Le preguntó Margarita enfurruñada—. ¿Te parece divertido que tu hija se haya ido de parranda por ahí sin pedir permiso?

—Estoy de acuerdo que tendría que haber pedido permiso, pero seguramente no lo habrá hecho porque sabría que tú ibas a negárselo.

—¡Pues claro que se lo negaría! –Exclamó indignada—. ¿Ves normal que una niña de quince años deje sus clases de piano para ver una película de miedo?

—¡Oh, vamos! ¿Por qué tienes que hacer un drama de cualquier tontería? –Se bebió de un trago la copa de vino y pidió al señor Smith que trajera otra botella—. ¡Déjala disfrutar, por Dios, tiene derecho a pasárselo bien!

—¿Y si le pasa algo? –Comenzaron a saltársele algunas lágrimas—. ¿Podrías dormir tranquilo después de todo lo que nos ha costado…?

—¡Cállate, Margarita! –Le interrumpió, levantándose de la mesa y apagando el cigarrillo con violencia sobre el plato de cordero—. ¡No remuevas el pasado!

Laura no sabía de qué narices estaban hablando sus padres pero se sintió orgullosa de que su padre se posicionara a su favor. Fermín, sin embargo, sintió un poco de pena por su tía, que parecía sufrir constantemente por su hija incapaz de liberarse de ese peso.

—¿Por qué me tratas así? –Gritó Margarita sin dejar de llorar—. No me quieres, es eso, ¿no?

Fermín no sabía dónde meterse: sentía que no debía estar escuchando una conversación tan íntima y delicada, pero era incapaz de moverse, ni siquiera de respirar.

—Tú has cambiado.— Le señaló con el dedo—. Me casé contigo porque teníamos ideas parecidas y no pienso educar a mi hija como hacen los demás, ¡mi madre no me enseñó así!

Javier se marchó del salón y dejó a Margarita llorando. Laura subió corriendo a su habitación y su madre hizo lo mismo sonándose con un pañuelo. Se quedaron los dos hermanos solos sin saber muy bien qué decir mientras el señor Smith recogía la mesa con la misma expresión impertérrita de siempre.

—Mira lo que has conseguido.— Le espetó Fermín—. ¿Te sientes mejor por haberte chivado?

—A mí no me culpes de nada, yo he cumplido con mi obligación.— Le pidió al señor Smith que le trajera un poco de postre. Sabía que la cocinera había hecho pudding de chocolate—. Eres tú quién te has ido por ahí con esa indecente.

—¿Cómo puedes hablar así de tu prima? –Le hubiera abofeteado allí mismo si no hubiera sido porque Smith había entrado con el plato de pudding.

—Antes me gustaba.— Se metió una cuchara entera en la boca—. Pero ya me he desencantado, veo que es demasiado descarada para mi

gusto, yo prefiero a una chica honesta y recatada que se comporte como tiene que hacerlo una mujer. Además, es nuestra prima, debería darte vergüenza haberte enamorado de ella.

Fermín tragó saliva y se sintió mal por no poder reprimir sus sentimientos. Quizás debería haberlos disimulado más: Martin se había dado cuenta de todo.

—Creía que habías mejorado como persona del mismo modo que lo has hecho como estudiante.

Martín rió y al hacerlo enseñó unos dientes negros manchados de chocolate.

—¿Te piensas que me paso el día estudiando? –Se puso la mano en la frente sin parar de reír—. ¿Conoces a David Collins, el que se sienta detrás de mí?

Fermín asintió, era un chico tímido con el que apenas había hablado. Era buen estudiante y siempre sacaba sobresalientes.

—Es quién me hace los deberes y me chiva las respuestas de los exámenes.— Acabó con el último bocado de postre—. Descubrí que era de la otra acera, un descuido por su parte al olvidar una carta en el libro de geografía que me dejó.

Fermín no se podía creer hasta dónde llegaba la maldad de su hermano; por un tiempo había creído que realmente había cambiado.

—¿Le estás haciendo chantaje? –Se puso de pie con la intención de irse—. Estás engañando a todos, eres un mentiroso. Debería contárselo a papá.

—Tú no dirás nada o pregonaré a los cuatro vientos lo muy enamorado que estás de tu propia prima. Sabes que tía Margarita me creería.

Fermín no podía aguantarlo más, se avergonzaba de tener un hermano chivato y chantajista como el suyo, era mala persona y no quería seguir compartiendo ni un segundo más con él. Así que sin decir nada abandonó el comedor y se marchó a su habitación.

Martín se levantó con la sensación de haber ganado un duro partido y

se dijo que llamaría a su padre para contarle lo que había sucedido y decirle la última nota que había sacado en química. En aquella ocasión a punto había estado el profesor de pillar a David Collins pasándole su hoja de borrador para copiar, pero todo había salido finalmente bien, como siempre. Como el teléfono estaba en el despacho de su tío, se dirigió allí. La puerta estaba entornada y pudo a ver a Javier con una especie de fotografía en la mano, con un vaso de whisky escocés en la otra y un cigarrillo en el labio. Parecía realmente melancólico y triste y Martín no se atrevió a entrar. Su tío miró el reloj y guardó la fotografía en uno de los cajones de su mesa. Lo cerró con llave y ésta la guardó en una cajita de ébano que había sobre la mesa, junto a la máquina de escribir. Se levantó, apagó la lámpara y salió del despacho.

—¿Qué haces tú por aquí? –Le preguntó a Martín—. ¿Es que no has causado ya suficientes problemas?

—Estaba preocupado por usted.— Mintió, para no decirle que iba a llamar a su padre para contárselo todo—. No quería provocar esto, de verdad, creía que era mi deber contarlo.

Javier había bebido demasiado whisky y los ojos los tenía vidriosos y rojos. Miró a Martín sin poder disimular su desagrado: ese crío le recordaba demasiado a Fernando, no parecía sincero, no le gustaba.

—No me gustan los chivatos.— Le dijo sin más, intentando subir las escaleras hacia su dormitorio—. Buenas noches.

Martín se quedó con la boca abierta. ¿Cómo podía tratarlo de esa manera cuando había sido Fermín quién la había fastidiado? Pensó, apretando los puños, sintiendo una rabia inmensa subiéndole por la cara. Su tío no estaba siendo para nada justo, tendría que haberse enfadado con su hermano y no con él.

Esperó a escuchar la puerta del dormitorio de su tío y aprovechó el silencio que reinaba en la casa para entrar en el despacho y descubrir qué era aquella fotografía que miraba con tanta añoranza y pesar. Abrió la cajita de ébano y cogió la llave que abría el segundo cajón. Estaba nervioso por descubrir los más íntimos secretos de su tío y deseó con todas sus fuerzas que se tratara de algo malo para poder echárselo en cara como él había hecho. Cogió la fotografía con cuidado y al acercársela a los ojos su corazón comenzó a latir con

fuerza. Aquella mujer era su madre, de eso estaba seguro, pero hacía unos cuantos años atrás. Estaba en una mesa, sentada junto a su tío, muy pegada a él, sonriente y triste a la vez. ¿Por qué su tío guardaba una foto así después de tantos años? ¿Y por qué la miraba de aquella manera?, se preguntó rascándose la cabeza. Giró la fotografía, detrás salía el año y el lugar donde se había realizado: Hotel Oriente, octubre de 1914 (Zaragoza). Un poco más abajo, había unas líneas escritas a lápiz.

A pesar de todo siempre serás el primero. Te quiero. Catalina.

Martín se puso las manos en la boca para no ahogar un grito de sorpresa. Aquella frase lo decía todo, no había ninguna duda: su madre y su tío habían tenido un romance antes de que ella se casara con su padre. Martín tuvo que leerla varias veces para convencerse, no se podía creer que su madre y su tío…

—Señor, ¿está usted ahí?

Martin se estremeció al oír la voz de mister Smith, que venía por el pasillo. Dejó la fotografía en su sitio y cerró el cajón con llave, dejándolo todo en orden. Salió del despacho corriendo y se lo encontró justo en la puerta.

—¿Qué hace usted aquí, señorito Martín? –Le miró sospechoso—. Todo el mundo está ya en su habitación.

—Nada, quería llamar a mi padre por teléfono pero creo que ya es muy tarde.— Se fue hacía las escaleras—. Ya llamaré mañana.

Se despidió del señor Smith y pensó cómo podría contárselo a su padre sin que nadie se enterara. No quería que lo supiera tía Margarita: era la única que había creído en él y no quería hacerla sufrir. Pero su madre se merecía un buen escarmiento, así que enviaría una carta a su casa explicándolo todo. Su tío tenía razón, era un chivato, pero donde las dan las toman, pensó suspirando.

49

Biescas, noviembre de 1932

Toni se adentró en el despacho del señor Luengo y dejó el abrigo y el sombrero sobre la butaca. Fernando se puso de pie y su cara delató una amarga sorpresa.

—¿Tú eres el nuevo representante sindical? –Se encendió un cigarrillo y se dirigió al mueble bar para servir dos copas—. Tienes mejor aspecto que hace dos años.

Toni recordó el día en que el carcelero abrió la puerta de la prisión y dijo su nombre y el de Cortés en voz alta.

—Habéis tenido suerte de contar con el apoyo de un hombre tan influyente.— Escupió al suelo y los llevó hacia la salida—. Si hubiera sido por mí os hubierais podrido durante años, como les pasará a los que se quedan.

El carcelero no había acertado. Los fusilamientos de los dos capitanes habían provocado un sinfín de manifestaciones antimonárquicas que había desencadenado, entre otras cosas, en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. Ante la amplia derrota de los partidos monárquicos en las grandes ciudades, el rey Alfonso XIII se había exiliado a Francia instaurándose así la Segunda República en toda España. Los participantes de la sublevación de Jaca que continuaban presos acabaron siendo liberados por una multitud de civiles que los consideraban mártires de la causa republicana.

—Hace dos años acababa de salir de la cárcel.— Rechazó la copa con la mano—. No bebo en horas de trabajo.

Fernando le miró desafiante.

—No debería rechazar la copa de quién le sacó de prisión, ¿no cree?

Toni sabía que los favores se pagaban y Fernando Luengo le había

hecho uno muy grande liberándole a él también. Le había mirado por encima del hombro nomás verlo salir del calabozo: sabía que al final eran los de siempre quienes les acababan salvando el culo.

—Si lo que quiere es tenerme a su favor y ponerme en contra de sus campesinos, no lo va a conseguir.— Declaró con seguridad.

Fernando comenzó a reír fríamente.

—No le conviene tenerme en mi contra, señor… ¿Cómo se llamaba?

—Señor Cuellar, Toni Cuellar.— Se encendió también un cigarrillo para no perder los nervios ante aquel hombre fanfarrón que se creía más que nadie —. Vayamos al grano, señor Luengo, sus trabajadores le exigen un aumento de sueldo.

—No se hubieran atrevido a pedirme nada antes de 1931.— Recordó con nostalgia los años de la dictadura y maldijo el cambio de régimen y que el rey les hubiera dejado en la estacada—. Ahora os creéis con el derecho de pedir y pedir. Sigo siendo el dueño y propietario de mis tierras, ¿sabe?

—Ahora estamos en una república con derechos.— Carraspeó varias veces—. Y a mí me han ascendido a delegado sindical, así que escuche lo que le tengo que decir, por favor.

—¡Me río yo del gobierno republicano! –Interrumpió, dando un puñetazo en la mesa— Actualmente hay un siete por ciento de desempleo en este país, cifras que yo nunca jamás había visto en mis cuarenta y dos años de vida… ¡Esto es por culpa de esa gentuza! ¿Y encima me exigís a mí que les suba el sueldo?

—La República no ha tenido ninguna culpa, esto viene de años atrás, de la dictadura de Rivera y de la crisis mundial de 1929 que vino de Estados Unidos.

—Yo lo único que sé es que desde que está este gobierno mis beneficios han bajado notablemente. He tenido que incrementar los gastos de producción y no me he visto recompensado por los precios de venta. El trigo está bajando cada vez más de precio, pero yo he de seguir pagando los costes de transporte, el abono y la maquinaria, que cada vez está más cara. Y no solo eso, sino que también he de invertir en el riego y en una serie de productos para extinguir las plagas que

malbaratan mis cosechas. ¿Le parece poco razonable señor Cuellar?

—Puede que ahora las cosas estén más complicadas, pero ha obtenido grandes beneficios durante los últimos años y nunca ha recompensado debidamente a sus trabajadores.

—¡Este año solo he tenido un cinco por ciento de beneficios sobre todo el capital empleado! ¿Cómo quiere que les suba el sueldo?

—Sé que hay muchos agricultores que se han visto envueltos en quiebras y suspensiones de pagos, pero no creo que sea su caso. Es usted un hombre con mucho dinero.

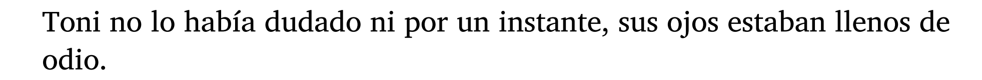
—¡Válgame dios, ahora voy a tener que justificar mi fortuna! –Jugueteó con la base de la copa, observando cómo el coñac subía y bajaba por sus bordes—. De lo que tendría que preocuparse la República es de reducir el desempleo y no de presionar a los que damos trabajo. Gracias a mis tierras más de cien familias pueden comer cada día, y sus hijos pueden ir a la escuela. Si me exigen más, voy a tener que echar a la calle a unos cuantos. ¿No se dan cuenta de que va a ser peor?

—Yo ya le he dicho lo que tenía que decirle.— Toni hizo un alegre repiqueteo de nudillos sobre la mesa—. Si usted se niega a llegar a un acuerdo, entonces tendré que llamar al Consejo Superior de Trabajo para que arbitre el caso.

—¿Qué es eso del Consejo Superior del Trabajo? –Preguntó Luengo, confuso.

—Veo que no está muy familiarizado con las nuevas propuestas del nuevo gobierno. Ahora estamos protegidos de la patronal, por si no se había dado cuenta, y ya no puede decretar lo que a usted le plazca. Ahora hay unas leyes y unas normas laborales que cumplir. Si ni usted ni yo llegamos a un acuerdo, entonces es, en última instancia, el Consejo Superior del Trabajo quién se encargará de mediar en el caso y tendrá la última palabra.

—Ya veremos quién tiene la última palabra aquí. –Se puso de pie e invitó a Toni a abandonar su casa—. ¿Sabe? Si hubiera sido por mí le hubiera dejado morir en aquella cárcel, pero lo hice como favor personal a Cortés.



Toni no lo había dudado ni por un instante, sus ojos estaban llenos de odio.

—No entiendo por qué rompió una lanza a su favor.— Continuó, intentando controlar la rabia—. Le mete en un lío del carajo, le encierran y encima me suplica ayudarlo a usted también.

—Cortés es un buen hombre y agradezco su gesto.

—Ya veo como lo agradece.— Soltó una risita irónica—. Me quiere poner en problemas y quizás no pueda seguir manteniendo su trabajo.

Fernando había conseguido hacerle sentir culpable. Realmente apreciaba a Cortés, se había portado muy bien con él aunque no habían vuelto a hablar desde entonces y ahora le hacía peligrar su puesto. De todas formas, su obligación y su trabajo era conseguir mejorar las condiciones de trabajo de los campesinos por encima de cualquier motivo personal.

—Pondré el asunto en manos del Consejo Superior.— Dijo adiós con la cabeza y se marchó.

Fernando hizo llamar a Cortés: tenía intención de hacer una visita a sus trabajadores para dejar clara su posición y decirles que no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Subieron al coche y a los pocos minutos se les presentaron ante ellos las decenas de hectáreas de trigo cuyas espigas doradas se agitaban bajo el suave balanceo del viento.

—Ese Toni nos va a complicar la vida.— Comentó Fernando—. No tendríamos que haberle sacado de la cárcel.

—Hace su trabajo, como todos.— Observó de reojo a su jefe y éste le lanzó una mirada de reproche—. Parecía buen chico.

—¿Buen chico? –Soltó una carcajada—. Con los años te vas ablandado, Cortés.

Aparcaron el coche junto a la caseta donde se reunían los campesinos para comer y donde guardaban el material de labriego. Había escogido precisamente esa hora para poder coincidir con todos. Entró en la caseta y se encontró a los hombres sentados en los bancos de madera abriendo las tarteras que sus mujeres habían preparado durante la mañana. Fernando esbozó una mueca de asco al percibir la

mezcla de olores de los diferentes guisos: el bacalao con huevos, el cocido, el lacón con berzas…

—¡Qué aproveche! –Fingió una sonrisa—. Veo que aquí hace frío, quizás debería poner una estufa.

Los hombres se sorprendieron al ver a su jefe allí, nunca en la vida se había molestado en hacerles una visita. La mayoría dejó el tenedor en la mesa y se levantó en señal de respeto, aunque hubo unos cuantos que no lo hicieron y siguieron comiendo como si nada.

—Está el señor Luengo aquí.— Uno de los que estaban de pie reprendió a los que continuaban sentados—. ¿Es que no vais a mostrar un poco de educación?

—Tenemos media hora para comer y descansar.— Soltó uno, con un trozo de pan en la mano para rebañar en la salsa—. No pienso perder el tiempo con usted, señor Luengo.

—Soy quién le da de comer, quizás debería reflexionar sobre su actitud.— Le espetó, enfadado—. ¿Qué os creéis que ahora con la República podéis hacer lo que os da la gana? ¿Os pensáis que trayéndome a un representante sindical a mi casa vais a conseguirlo todo?

Los campesinos comenzaron a susurrar por lo bajo y poco a poco iban subiendo la voz.

—Tenéis que entenderlo, las cosas ya no van tan bien como antes.— Continuó, rebajando el tono de voz para victimizarse—. El trigo cada vez tiene menos valor. Vosotros bien sabéis que he de ir renovando la maquinaria agrícola, las máquinas de recolección os alivian el duro trabajo que realizáis aquí y es una buena ayuda para vosotros. Pero también tenéis que saber que estas máquinas valen mucho dinero, y proceden de otros países, por lo que el régimen arancelario es cada vez más alto. No puedo sacar adelante mis tierras si además os tengo que subir el sueldo a todos.

El primer campesino que había hablado continuó con la voz cantante.

—Señor, siempre hemos sido los campesinos quienes hemos sacado adelante la tierra con nuestras propias manos. ¿Cómo puede preocuparse más por las máquinas que por sus trabajadores? ¡Sin

nosotros esas máquinas no servirían para nada!

—La agricultura se está modernizando, la tecnología está al orden del día y si queremos sacar mayores rendimientos a la tierra tenemos que invertir en maquinaria.

—Pero las máquinas no tienen vida, ni tienen a una familia a la que alimentar.— Ahora siguió el chico que no se había levantado—. Tengo hermanos, primos y tíos sin trabajo a los que tengo que ayudar. ¡Todos tenemos problemas!

—Vosotros quisisteis que llegara la República y así os lo ha recompensado, dejando a vuestros seres queridos sin trabajo. No me culpéis a mí. Al contrario, deberíais estar agradecidos por seguir trabajando en mis campos.

—¡Es usted un sinvergüenza! –El campesino agitó los brazos vehementemente—. Usted debería estar agradecido por el esfuerzo que realizamos aquí día tras día, llueva, nieva o haga calor. Usted solo tiene que aguardar en el interior de su palacio, bebiendo y fumando, sentado en su sillón mientras los demás le sirven, recibiendo los beneficios que no ha trabajado.

Cortés miró a Fernando esperando a que le diera la orden de acallar a ese campesino. Sin embargo, éste parecía no querer echar más leña al fuego y dejó que siguiera hablando.

—Y encima lleva a su lado a su guardaespaldas, como un cobarde. Pues que sepa que ahora ya no estamos en una dictadura, estamos en un estado democrático en el que se respetan las libertades de las personas. Estoy harto de que nos traten como si no valiéramos nada, como si tuviéramos que agradecerle que nos haya dado un trabajo.

Los demás campesinos asintieron y acabaron uniéndose al alegato.

—Si continuáis así –Fernando estaba sorprendido por la actitud que habían tomado sus trabajadores—. ¡Os voy a despedir a todos y entonces sí que sabréis lo que es pasar hambre!

—¿Y si ninguno de nosotros trabajásemos, qué ocurriría con sus tierras? –Preguntó uno de ellos en tono desafiante.

—Pues contrataría a otros, hay mucha gente que necesita trabajar.

Los trabajadores empezaron a reír ante la cara de asombro de Fernando.

—No nos puede echar si la huelga está justificada, es la nueva legislación laboral.

Fernando enrojeció de la rabia: ni siquiera se había interesado por conocer la nueva legislación laboral. Él era el dueño de las tierras y consideraba, pese a todo, que podía seguir ejerciendo su poder con impunidad.

—Solo quiero que tengáis clara una cosa— Hizo una pausa mientras miraba con detenimiento a todos sus hombres—. ¡No os pienso subir el sueldo ni una sola peseta!

—¡Pues a la huelga! –gritó uno.

—¡A la huelga! –Le siguieron los demás.

A los pocos segundos varias voces se sumaron a la reivindicación. La huelga y la lucha en grupo era la única manera de conseguir lo que se proponían.

Llegó a casa y pidió a todo el mundo que no le molestara. Se encerró en su despacho, se quitó la corbata y se sirvió un coñac. Se sentó en la silla y pensó detenidamente cómo podría solucionar lo que se le venía encima. Si sus trabajadores llegaban a la huelga, entonces estaba acabado. Miró la mesa de su despacho, estaba llena de papeles pero se dio cuenta de que había una carta a su nombre que todavía no había leído. Miró el remitente pero estaba vacío.

Hola padre, soy Martín. No he querido poner remitente para que madre no la leyera. Le he de contar algo muy importante, algo que he descubierto aquí, en Londres. Pero antes de eso quiero que sepa que estoy sacando muy buenas notas y aunque todavía queda un año para terminar el Bachiller, creo que me lo sacaré con todos los honores. Además, aquí en Londres me estoy portando muy bien y tía Margarita está encantada conmigo; es más, es Fermín quién está creando problemas. El otro día se escapó con Laura al cine sin el permiso de sus padres y los tíos tuvieron un disgusto muy grande. A raíz de este desagradable asunto, padre, descubrí algo horrible que creo que no te va a gustar nada. Vi a tío Javier viendo una fotografía muy antigua que guardaba con llave en un cajón de su

despacho. No debería haberlo hecho, lo sé, pero sabía que escondía algo importante, así que cuando se marchó entré y la vi. En la fotografía salía madre con tío Javier muy juntos en octubre de 1914, en el hotel Oriente de Zaragoza, y había escrito de su puño y letra la frase siguiente: A pesar de todo, tú siempre serás el primero. Te quiero.

Fernando no pudo acabar de leer la carta, había palidecido y su cara estaba totalmente desencajada: ¿Catalina le había engañado con su propio primo meses antes de casarse? Intentó recordar cuando se había producido aquella fotografía y rápidamente le vino a la cabeza el mismo día que se había prometido con ella. Ya en su momento le había parecido raro que Catalina se hubiera ido del Casino sin decirle nada, pero nunca jamás se podría haber imaginado que en ese mismo momento se estaba acostando con Javier. Fernando comenzó a sentir una rabia inmensa: se sentía estafado y humillado por la mujer que había compartido su vida durante tantos años. Los dos se habían reído de él a sus espaldas y ahora ella pagaría por todo lo que le había hecho. Se lo echaría en cara, la denunciaría por adúltera y la dejaría en la más absoluta miseria. Se levantó para ir a por ella, fue a abrir la puerta y de repente recordó en el año en que estaba: era 1932 y ahora había una República. Hacía unos meses que habían aprobado la ley del divorcio y las mujeres ya podían hacer lo que quisieran, de hecho incluso podían votar. A Catalina no le pasaría nada, podría separarse de él sin más. Tampoco podía decirle nada a Javier: sus hijos todavía estaban estudiando allí y les faltaba un año para terminar el bachiller. Estaba perdido; tendría que tragarse el orgullo y convivir con ello hasta que las cosas volvieran a la normalidad. Su vida estaba patas arriba, tanto en lo profesional como en lo personal. Él, el gran Fernando Luengo tenía problemas, y todo por culpa de esa maldita democracia, pensó, que permitía que cualquiera se le subiera a la chepa. Sus trabajadores podían amenazarle con una huelga, su mujer podía divorciarse cuando le viniera en gana… ¿Qué diablos estaba ocurriendo en España?

50

Huesca, enero de 1914

Catalina se levantó mareada de la cama: otra vez las mismas nauseas de cada mañana. Corrió sin ni siquiera ponerse las zapatillas y cerró la puerta del baño con pestillo. Levantó la taza del váter y comenzó a vomitar. Cuando acabó, se enjuagó la boca y se miró en el espejo apoyando los brazos en la pileta. Negó con la cabeza y se puso a llorar. Cuando salió, Manuela estaba esperándola en el pasillo. La cogió de la mano y la llevó a su habitación.

—¿Qué pasa Manuela?

—¿Que qué pasa niña? –Manuela suspiró preocupada—. Sabes bien qué te pasa y no vas a poder esconderlo por más tiempo.

Catalina calló durante unos segundos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco como si te hubiera parido y porque ya van varios días que vas al baño a vomitar.

Catalina no pudo aguantarlo más y comenzó a llorar desesperada.

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer? –Miró el reloj de su habitación—. Me caso en apenas tres horas y esta noche…

—Hay que arreglarlo de algún modo—. Sus ojos iban de un lado a otro, intrigando—. Tendrás que emborracharlo para que no se dé cuenta de que ya no eres mozuela.

Catalina la miró sorprendida.

—Pero… ¿Cómo sabes que no fue con Fernando?

—Ay cariño.— La interrumpió mientras le cogía la cara—. Tú no lo sabías, pero yo sí, se te notaba que en el fondo sentías algo por Javier.

Catalina se sonrojó y volvió a llorar al recordarlo.

—Se marchó al día siguiente de pasar la noche juntos.— Confesó apenada—. Sé que lo hizo por mí, para que me fuera más fácil casarme con Fernando.

—Pero no lo ha sido.— Le tocó la barbilla para consolarla—. Sigues enamorada de él.

Catalina asintió mientras se secaba las lágrimas con el pañuelo.

—Voy a tener un hijo suyo… ¡Qué vergüenza, Manuela! Si mis padres se enteran… me siento como una cualquiera.

—¡No digas eso! –Refunfuñó—. No es nada malo hacer el amor con la persona que quieres.

—Sí, si estás comprometida con otra persona y encima te quedas embarazada.

—Aún estás a tiempo de cancelar la boda.

Catalina negó repetidamente.

—¿Estás loca? –Reflexionó durante unos segundos—. No, no, no puedo, sería un escándalo, no puedo hacerle esto a mi madre. Quizás con el tiempo puedo olvidarme de él y volver a enamorarme de Fernando.

—¿Javier sabe que te quedaste embarazada?

—No, no hemos vuelto a hablar desde que se marchó. ¡Pero no puedo decírselo, me voy a casar con Fernando!

Manuela suspiró.

—Es tu vida cielo, y solo se vive una vez.

—Por eso mismo Manuela, por eso he de hacer todo lo que se espera de mí y no defraudar a los míos.

Justo entonces apareció su madre: quería ayudar a Manuela a vestir a su hija.

—¿Qué hacéis con la puerta cerrada? –Le dio un beso a su hija—. Los mejores consejos te los dará una madre, cariño. Seguro que tienes miedo por lo de esta noche, ¿verdad? Mira hija, tú solo cierra los ojos y mira para otro lado, todo pasará muy rápido. Aunque claro, Fernando no es como tu padre, es un hombre guapísimo, quizás hasta te guste.

Catalina se sorprendió al oírla hablar así, solía ser bastante puritana y jamás le había hablado sobre ese tema. Demasiado tarde, pensó, ahora ya sabía lo que se sentía y había sido una experiencia maravillosa con Javier.

—Si dios quiere hija, te quedarás embaraza enseguida y me darás un nieto precioso.— Isabel estaba eufórica y feliz—. ¡Qué contenta estoy! Sabía que te casarías con él, ya te dije que lo del amor es lo de menos. El amor se va tarde o temprano, pero la buena posición no.

—El amor no es lo de menos.— Espetó Manuela-. Es lo más bonito del mundo.

—Bah, tú que sabrás, si no te has casado nunca.— Dijo con desprecio, volviendo a mirar a su hija—. Fernando es un gran hombre, ¿sabes que va a invertir en la empresa de tu padre? ¿No te parece un regalo formidable?

Así que ese era el precio de su boda, pensó Catalina: todos salían contentos menos ella. Su infelicidad por el bien de todos.

—Se hace tarde, debería vestirme ya.

Manuela fue a por el vestido arrastrando los pies, ¡Sentía tanta pena por su pequeña! ¿Es que su madre no se daba cuenta de lo triste que estaba su hija? Isabel no estaba pensando en la felicidad de Catalina, tan solo en su propio interés.

Las dos mujeres le ayudaron a colocarse el vestido de raso de marfil guarnecido de encaje de Bruselas y adornado de guirnaldas de azahar.

—Estás preciosa, hija.— Isabel la llevó hacia el espejo y le colocó el velo fino de encaje que le cubría la cara—. Fernando se va a quedar prendado de ti.

Catalina miró de reojo a Manuela, que estaba colocándole los zapatos

plateados. Era la única persona que conocía la verdad y la única que no la juzgaría si se fuera con Javier. La comprendía, y eso era en cierta medida un alivio para ella.

—¡Ay, hija! –Continuó su madre—. ¡Estamos todos tan contentos! Fernando no solo es un buen partido, sino que además es guapo, educado… ¿Todo un galán, verdad Manuela?

Manuela asintió sin mucho entusiasmo.

—Madre, ¿me puede dejar sola un momento? Estoy atacada y me gustaría relajarme: no quiero arruinar la ceremonia por culpa de los nervios.

Isabel se acercó a ella y le besó las mejillas.

—De acuerdo, cariño. Intenta tranquilizarte, quiero verte perfecta en la fotografía.

Cuando su madre cruzó la puerta, Catalina comenzó a llorar desconsoladamente.

—Tranquila, niña.— Manuela le abrazó—. Respira hondo, todo irá bien.

—La semana que viene dejaré esta casa, ¡te echaré tanto de menos!

—Y yo a ti, mi niña.— Le secó las lágrimas con la mano—. Y ahora coge fuerzas, respira hondo y baja, que están todos esperándote.

Catalina bajó al salón en el que le esperaban sus padres y sus hermanos. Salieron juntos a la puerta de la casa y subieron al coche engalanado de flores blancas. El chófer paró en la plaza de San Lorenzo. Algunos hombres estaban en el portal de la iglesia fumando a la espera de la llegada de la novia. Catalina bajó del coche y observó la fachada de ladrillo de la iglesia y la torre que sobresalía en el centro. Tragó saliva mientras su madre y su padre le cogían cada uno de un brazo y comenzaban a caminar. De repente, tras los cristales de una cafetería de la plaza, Catalina vio la figura de un joven sentado en una de las mesas que la observaba detenidamente mientras sujetaba una taza de café. Esos ojos azules… era Javier, de eso no tenía duda.

—¡Javier! –Catalina quiso correr hacia la cafetería, aunque sus padres

la seguían sujetando firmemente—. ¡Es Javier!

—¿Pero qué dices? –Su madre intentaba retenerla aunque Catalina tiraba con fuerza—. ¿A dónde quieres ir?

Catalina siguió intentando liberarse de sus padres mientras señalaba la cafetería. El corazón le iba muy rápido y la cabeza le daba vueltas. Se sintió muy mareada, se le nubló la vista y se desvaneció en los brazos de sus padres. Al cabo de unos minutos abrió los ojos: no dejaba de oír voces a su alrededor.

—¿Estás bien? –Su madre le tenía la cabeza sujetada hacia arriba—. ¿Puedes oírme?

Catalina comenzó a enderezarse y lo primero en lo que pensó fue en el hombre de la cafetería. Se levantó sacándose de encima a todos los que le rodeaban y se dirigió corriendo hacia el local. Entró ansiosa mirando de un lado a otro, pero Javier ya no estaba allí. Se acercó hacia la mesa en la que había estado sentado y tan solo se encontró con la taza y el café a medias.

—¿Estaba aquí un chico hace un momento? –Preguntó Catalina a la mujer que estaba tras la barra, señalando la mesa.

—Pasan muchos chicos por aquí, señorita—. La miró de arriba abajo y se sorprendió al verla vestida de novia—. ¿Está buscando a su prometido?

—Era un chico alto, con el pelo castaño claro y los ojos muy azules—. Continuó desesperada—. ¡Por favor, haga memoria!

—Sí, era él señorita, tal y como me lo describe. La verdad es que se fue con muchas prisas.

Los padres de Catalina entraron en la cafetería.

—¡Por Dios santo, Catalina! –Exclamó su padre, cogiéndola del brazo y sacándola de allí—. ¿Te has vuelto loca o qué?

Catalina no podía dejar de llorar: Javier había estado allí y se había ido sin más, sin decirle nada. ¿Pero qué pretendía que le dijera minutos antes de pasar por el altar? Catalina seguía sin responder a las preguntas de sus padres, su cabeza solo hacía que recordar una y otra

vez la escena de Javier mirándola a través del cristal. Aquellos ojos azules penetrantes, sus dedos agarrando la taza de café, aquellos mismos que recorrieron cada milímetro de su cuerpo en Zaragoza…

—¡Hija! –Su padre le zarandeó con violencia—. ¡Reacciona!

Por fin hizo caso a los gritos de sus padres y comenzó a tomar consciencia de donde estaba y de que en el interior de la iglesia le esperaba Fernando Luengo para convertirse en su esposo.

—Perdonadme, me he mareado y… no sé, he perdido la cordura durante unos minutos.

—¿A quién buscabas en esa cafetería? –Le preguntó su madre—. ¿Has dicho Javier?

—¡A nadie, madre! Ya te digo que no sé lo que me ha pasado, se me ha ido la consciencia…

Llegaron a la puerta de la iglesia; desde allí pudo ver la cantidad de invitados que esperaban de pie la entrada de la novia.

—Estás nerviosa cariño, eso es todo.— Le limpio las lágrimas con un pañuelo—. Ahora tranquilízate, empieza una nueva vida con el hombre al que quieres.

Su madre entró en la iglesia y su padre le cogió del brazo para andar juntos hacia el altar. A medida que caminaban, Catalina pudo ver mejor a Fernando, que llevaba un traje negro y una pechera y pajarita blanca.

—Estás preciosa.— Le dijo al encontrarse por fin con ella.

Catalina trató de no mirarle y de fijar su vista hacia el altar, donde se encontraba el cura con sotana negra y un atril con la Biblia encima. La ceremonia se le hizo agotadora: intentaba no pensar en Javier y convencerse de que, quizás, el día a día con Fernando le ayudaría a sentir algo más por él. Por fin llegó el momento más importante del culto, lo que provocó que los invitados se irguieran en los bancos con expectación.

—¿Quieres por esposa a esta mujer para vivir unidos, según la ley de Dios, en santo matrimonio? –Preguntó el cura al novio—. ¿La amarás?

¿La consolarás? ¿La cuidarás, tanto en enfermedad como en salud? ¿Abandonarás a toda otra parte para que ella sea tuya única, mientras los dos viváis?

—Sí, quiero.— Dijo Fernando.

—¿Quieres a este hombre por esposo, para vivir juntos, según lo ordena Dios, en el santo estado del matrimonio? –Se dirigió ahora a Catalina—. ¿Le obedecerás? ¿Le servirás? ¿Le querrás, le honrarás y le cuidarás en enfermedad y salud, abandonando todo otro para ser suya única, mientras los dos viváis?

Catalina notó los ojos de los más de cien invitados clavados en su espalda. Aquel era el momento más esperado en la vida de una mujer, como tantas y tantas veces le había dicho su madre. Sin embargo, para ella, aquel día se estaba convirtiendo en uno de los peores de su vida: no solo se iba a casar con alguien a quién no quería, sino que también tenía en su vientre al hijo de quién realmente estaba enamorada. Y tendría que convivir con ello el resto de su vida.

—Sí, quiero.— Dijo al fin, tragando saliva.

Fernando le puso el anillo de su abuela en el dedo anular.

El cura, para terminar, rezó unas oraciones y bendijo a los contrayentes.

—A los que Dios ha unido que no los separe el hombre.

El último invitado cruzó la puerta. El banquete se había realizado en el jardín de la casa de los padres de Catalina. Se habían decorado mesas y sillas, se habían contratado cocineros franceses, un buen pastelero, y una banda de música que intercaló el paso doble y los míticos lanceros clásicos, con el vals y el two—steps para la gente más joven. Fernando había bebido mucho, aunque todavía le faltaba un par de copas más para que perdiera la noción de la realidad. Catalina cogió una de las botellas de champaña que habían sobrado y se la puso debajo del brazo.

—Cariño, ¿quieres beber más? –Fernando se acercó a ella y le dio un beso en la comisura de los labios.

Catalina notó el olor a alcohol y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Vamos a la habitación? –La cogió del brazo torpemente y le incitó a subir las escaleras.

Subieron hacia la habitación de invitados que aquella noche había sido perfumada y arreglada románticamente para la ocasión.

Fernando dejó la chaqueta sobre la silla y, sentándose en el borde de la cama, se deshizo de los zapatos. Catalina comenzó a sudar nerviosa al ver que Fernando continuaba desvistiéndose.

—¿Por qué no hablamos un rato mientras nos bebemos una copa más? –Se acercó a la mesita de noche y cogió las copas que Manuela había dispuesto con toda la intención.

Fernando suspiró cansado y terminó asintiendo.

—Tendrás ganas de ponerte cómoda ¿no? –Siguió bebiendo de la copa sin apartar la vista de su cuerpo—. Ha sido un día duro.

Catalina sonrió forzadamente y se sentó en la otra punta de la cama.

—¿Por qué no ha venido Javier a la boda?

—Me escribió diciendo que mañana tenía una reunión muy importante en Bilbao.— Comenzó a reír—. Parece que le va bien allí, solo le falta encontrar a una buena mujer como tú.

Catalina tembló al imaginarse a Javier con otra chica. Seguía pensando que el hombre que había visto en aquella cafetería era él. ¿Significaba aquello que todavía seguía queriéndola?

—¿Te pasa algo? –Fernando se acercó más a ella.

—No.— Le llevó la copa a los labios—. Bebe, hemos de celebrar nuestro matrimonio.

Las mejillas de Fernando cada vez estaban más encendidas y sus ojos brillaban a cada sorbo. Le quitó la copa de las manos y dejó las dos en la mesita.

—¿No quieres seguir bebiendo? –Pregunto ella, temblando de pánico.

—Ya estoy suficientemente borracho.— Sonrió, sacándole los zapatos y cerrando la luz—. Ahora quiero tomarte a ti.

Fernando comenzó a besarle el cuello mientras intentaba quitarle el vestido.

—¡Espera, espera! –Catalina volvió a encender la luz—. Necesito ir al baño.

Fernando chasqueó la lengua y se tumbó en la cama.

—No tardes.— Le ordenó—. Que tengo sueño.

Catalina asintió y se marchó al baño. Cerró la puerta y se apoyó en ella sin dejar de llora; ahora ya no había vuelta atrás, era la mujer de Fernando y tenía que acostarse con él, pero no iba a ser esa noche. Esperó un cuarto de hora, tiempo suficiente para que él acabara por dormirse y preparó una mezcla de colorete y agua en un pequeño bote de cristal. Cuando regresó a la habitación, Fernando ya se había quedado frito: el alcohol había acabado con él y comenzaba a roncar levemente. Catalina suspiró aliviada, se quitó el vestido y se puso el camisón que su madre le había comprado para la ocasión. Luego, con mucho cuidado, le quitó los pantalones y la camisa hasta dejarle en ropa interior. Finalmente, untó un poco de la mezcla que había preparado sobre la sábana para que pareciera sangre y se metió en la cama por primera vez con la persona que tendría que pasar el resto de su vida.

51

Biescas, diciembre de 1932

La Pepa envolvió los bocadillos en un trapo y los metió en una cesta de mimbre.

—Te los he hecho de chorizo y de morcilla.— Le cogió de las mejillas y le dio un beso—. Haz el favor de venirme sano y salvo, que siempre te acabas metiendo en problemas.

Toni asintió sonriente y cogió a Ana por la cadera, que estaba apoyada en la puerta de la cocina con cara de pocos amigos.

—Solo serán unos días, te lo prometo.— Le dijo, dándole un beso—. Yo también te echaré de menos.

La miró de arriba abajo y se sintió feliz. Hacía un año que habían empezado a salir, justo el mismo día que había salido de la cárcel tras la Sublevación de Jaca. Aunque todavía no se habían planteado casarse, hacían vida de pareja pese a seguir viviendo en el hostal.

—Desde que Julián te ha hecho representante sindical de la provincia no paras de viajar.— Le recriminó dulcemente—. ¿Será así siempre?

Toni se retiró el flequillo que le caía por la frente y se colocó bien los tirantes que le sujetaban el pantalón.

—Estamos en un periodo de cambio y hay mucho trabajo por hacer. Cuando todo se asiente alquilaremos una casa y formaremos nuestra propia familia.

La Pepa hizo una mueca de tristeza al imaginarse el hostal sin ellos dos.

—Tú serás la madrina de la boda y de nuestros futuros hijos, ¿qué te parece?

—¡Ay Toni, me harías la mujer más feliz del mundo! –Se puso las

manos en el pecho mirando hacia arriba—. Una pequeña Pepita, hijo, eso es lo que más deseo.

Los dos se pusieron a reír, aunque Ana no parecía del todo tranquila.

—No me gusta ese Luengo, no creo que acepte la huelga de buena gana.

Ana le había contado lo de Luisa y le había enseñado la carta de la señora Catalina en la que confesaba la verdadera paternidad de su primer hijo. Sabía que ese hombre era capaz de todo para conseguir lo que se proponía y tenía miedo de que Toni, que era un joven valiente y que no dejaba amedrentarse por nadie, acabara sufriendo las consecuencias de contradecirlo.

—Todo saldrá bien, de verdad.— Volvió a besarla apasionadamente—. Te quiero.

—¡Anda que si mi madre levantara la cabeza! –La Pepa se santiguó exageradamente—. Una pareja exhibiéndose de esta manera sin estar casados… ¡válgame dios!

Toni rio y guiñó un ojo a Ana.

—Son otros tiempos, mujer.— Se puso la chaqueta y cogió la cesta—. Ahora ya no hace falta pasar por la Iglesia, estamos en un país libre.

Toni se dirigió al casino donde se reunían todos los trabajadores afiliados al sindicato, la mayoría de los cuales eran campesinos que trabajaban para Fernando. La afluencia del público desbordaba la capacidad del local: centenares de hombres que habían acabado su jornada laboral se habían acercado para conocer la información de su representante sindical. Toni llegó como pudo a la tarima; el ambiente olía a sudor y a vino rancio de las barricas de roble que había en el bar. Una vez allí pudo distinguir perfectamente los diferentes grupos políticos de los afiliados: había un pequeño grupo de anarquistas en primera fila y tras ellos, en una gran masa, se encontraban los socialistas.

—Fernando Luengo se ha negado a subiros el sueldo.—Le tembló la voz, sabía que esas palabras iban a desencadenar un torrente de protestas—. He dado parte al Consejo Superior del Trabajo.

—Hemos decidido ir a la huelga.— Dijo uno de los anarquistas, un joven con la camisa abierta y los pantalones unas tallas más grandes —. ¡El señor Luengo vino a amenazarnos, que nos echaría a todos, dijo!

Todos comenzaron a reír excepto Toni, que no se tomaba a guasa precisamente a un tipo como Luengo.

—No deberíamos iniciar una huelga sin el consentimiento del Consejo Superior.

—¿Y si tardan meses en darnos una respuesta? –Preguntó ahora uno de las últimas filas—. ¿Y si finalmente no nos apoyan?

—Es un riesgo.— Torció el labio; era una posibilidad a tener en cuenta —. Pero debemos confiar en el nuevo régimen, hay que tener paciencia.

—Si le ponemos en un aprieto, si sus tierras se quedan sin trabajar, seguro que acabará aceptando la propuesta.— Volvió otra vez el anarquista—. ¡A la huelga!

La gente comenzó a asentir y a secundar con más fuerza esa idea.

—¡A la huelga!

—¡Calma, por favor, calma! –Nadie parecía escuchar a Toni, su decisión parecía irrevocable—. ¡No hay que precipitarse!

Miró a lo lejos y vio entrar de repente a un chico de unos quince años con los ojos llorosos.

—¡Por favor, callad! –El muchacho no paraba de gritar—. ¡Escuchadme!

Tampoco a él le prestaban atención: los campesinos seguían gritando a favor de la huelga. Se puso los dedos en la boca y sopló hasta producir un agudo silbido que resonó por toda la sala.

—¿Qué te pasa Juanito? – Le preguntó uno.

La sala había enmudecido por completo y ahora todos miraban a aquel crío cabizbajo que parecía realmente triste y abatido.

—¡Mi padre!— El sollozo vino seguido de un copioso llanto—.¡Ha muerto!

Todos se quitaron la gorra en señal de respeto y se mantuvieron callados incapaces de decir nada. Toni bajó de la tarima y se unió a la gente.

—¿Quién era su padre? –Le preguntó a uno al tiempo que se encendía un cigarro.

—Trabajaba para Luengo.— Negó con la cabeza con tristeza—. Su madre aportaba un dinero a la familia haciendo remiendos pero murió hace tres años y Juanito tuvo que ponerse a trabajar también junto a su padre para poder alimentar a sus otros cinco hermanos pequeños.

La voz de Juanito era casi inaudible, las lágrimas y el llanto apenas le dejaban alzar la voz.

—¿Cómo voy a alimentar a mis hermanos si vamos a la huelga?

—Lo siento chico, nosotros te ayudaremos en todo lo que podamos pero la huelga sigue adelante.

Paco era el cabecilla de los anarquistas y quién parecía tener el mando en la toma de decisiones. Era un tipo respetado a pesar de su juventud y todos parecían admirarlo por su carácter contendiente y su perseverancia en la lucha obrera.

—¿Pero es que no veis que se morirán de hambre? –Se puso las manos en la cabeza—. ¿Qué voy a hacer? ¡Yo necesito trabajar!

—¿Quieres trabajar para alguien que no ha tenido ningún tipo de compasión por tu padre cuando estaba enfermo? –Paco usaba un tono brutal, violento—. Tienes que luchar por tu futuro.

Toni no pudo morderse más la lengua y arremetió contra el anarquista.

—Nadie lucha por las ideas cuando tiene niños que lloran de hambre.— Hubo un silencio ominoso y, al cabo del rato, cambiando de tema, añadió—. Insisto en que deberíamos esperar.

Paco fingió no haber oído el consejo de Toni y continuó con su discurso.

—Empezaremos la huelga, todos lo pasaremos mal, todos nuestros hijos pasarán hambre, pero servirá para que nuestras condiciones laborales mejoren.

—¿Y si nos despiden? –Juanito seguía sin aceptarlo sin más—. ¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de mis hermanos?

—No nos despedirán si seguimos unidos.

La reunión finalizó con unanimidad de opiniones: la huelga estaba en marcha.

Toni se dirigió al hostal; iba a pasar un par de noches allí así que prefirió deshacer la maleta. La habitación era más grande que la suya, pero la hostelera, una anciana huesuda y de rostro surcado de venas, parecía una mujer malhumorada con poca mano para la cocina. Ninguna se podría igualar a la Pepa, pensó con nostalgia. Se sentó junto a la estufa de la habitación y se puso sobre los hombros la manta apelmazada que le había dejado sobre la cama. Hacía un frío arrollador y Toni pensó que no era precisamente la mejor época para llevar a cabo una huelga. Si las cosas iban mal y Fernando Luengo se oponía a aceptar las condiciones, los hombres lo pasarían mal: tendrían que escoger entre el hambre o el frío. Cogió pluma y papel y se apoyó sobre la mesita de noche para escribir.

Distinguido señor,

Aún está a tiempo de paralizar la huelga. Sus trabajadores están dispuestos a todo para conseguir la mejora salarial requerida. Si aun así no quiere llegar a un acuerdo, se procederá a solicitar el estudio del caso al Consejo Superior del Trabajo.

Atentamente,

Toni Cuellar (Delegado sindical)

Puso la carta en el sobre y escribió la dirección de Fernando Luengo. Bajó a la recepción y se la entregó al nieto de la hostelera que hacía de recadero. Se apretó la bufanda al cuello y se dirigió a la iglesia para la misa del difunto padre de Juanito. Ya desde la distancia, Toni comenzó a percibir los murmullos de la gente frente al portalón de la iglesia. Las mujeres salieron de negro, con sus mantillas sobre el cabello y los misales entre las manos, seguidas por Juanito y sus

hermanos, llevando sobre su hombro el ataúd de madera de su padre con la ayuda de varios compañeros. Lo pusieron sobre un carro tirado por un burro y lo llevaron hacia el cementerio. Una vez allí y mientras el párroco daba sus últimas palabras, la gente comenzó a despedirse dando el pésame a aquellos cinco niños de mirada perdida, tan delgados como una hoja de papel.

El entierro había terminado y tan solo quedaban junto a Juanito algunos hombres más, entre ellos Paco. Toni se dirigió al muchacho para darle el pésame, pero justo en ese momento apareció un Mercedes negro frente a la puerta y salió de él un Cortés taciturno, cansado. Toni no lo recordaba así: parecía haber perdido las ganas y la vitalidad por seguir adelante. Se dirigió al muchacho sin saludar a Toni para no comprometerlo.

—Siento mucho tu pérdida.— Se sacó un sobre de la americana—. Esto es para ti y tus hermanos, para que podáis vivir mejor.

Juanito sonrió complacido: necesitaba ese dinero más que cualquier otra cosa en el mundo. Sin embargo, Paco comenzó a increpar a Cortés.

—¿No le da vergüenza? –Le señaló agresivamente con el dedo—. ¿Venir a sobornar a un huérfano?

—Guárdate ese dedo.— Espetó Cortés—. No va contigo la cosa, estoy hablando con el chaval.

Paco le empujó tan fuerte que lo tiró al suelo. Toni no pudo evitarlo y se puso entre medio de los dos para que la pelea no fuera a más.

—No la tomes con él, solo cumple las órdenes de Luengo.— Ayudó a ponerse de pie a Cortés—. No quiero violencia, ¿vale?

—¿Y tú por qué cojones le defiendes? –Paco parecía que fuera a explotar de un momento a otro—. Se supone que eres de los nuestros, ¿no?

—¡Claro que soy de los vuestros, soy el delegado sindical de la provincia!

Cortés cogió a Toni del brazo y lo apartó a un lado.

—Tienes que hacer algo.— Se rascó la barba, apenas era una sombra —. Desconvoca la huelga, por favor.

—Aunque quisiera no podría, ellos son quienes quieren llegar hasta el final. Es Fernando quién debería ceder.

Cortés suspiró mientras Paco le miraba fijamente.

—Creo que Fernando está tramando algo: no sé lo que es, pero está demasiado tranquilo y él no suele esperar a verlas venir.

—¿Por qué sigues a su lado? –Toni todavía seguía sin saber qué podría atar a Cortés a ese hombre—. Eres más de los nuestros que de los suyos.

Un silencio triste se adueñó de él, pero rápidamente cambió de tema y se dirigió a los demás.

—El señor Luengo me ha pedido que les comunique que si pasado mañana no estáis en vuestros puestos de trabajo, seréis despedidos sin posibilidad de regreso.

Los hombres comenzaron a silbarle y a insultarlo.

—Dile a tu señor que seguiremos con la huelga pase lo que pase.— Paco parecía orgulloso de mantenerse impasible ante la amenaza—. ¿Sí o no, Juanito?

Juanito tenía el sobre en la mano y miraba de un lado a otro tanto a Cortés como a sus compañeros sin saber hacia qué lado posicionarse.

—Te voy a contar algo, Juanito. Hace unas semanas tu padre pidió a Luengo que le guardara el puesto unos días mientras se recuperaba de su infección pulmonar.— Explicó el anarquista con sobriedad—. ¿Sabes qué le dijo? Que si dejaba de venir un solo día a trabajar, ya no hacía falta que volviera a pisar sus campos.

Juanito apretó los labios, desencajado, intentando controlar su temperamento para no tirarle el sobre de dinero a la cara.

—Puede devolverle el sobre a su jefe, yo estoy de parte de mis compañeros.

Los anarquistas aplaudieron la valiente acción de Juanito mientras

Cortés se volvía al coche. Se despidió de Toni con la mirada, advirtiéndole con ella de que tuviera mucho cuidado.

52

Biescas, julio de 1921

Cortés cogió la petaca y bebió un largo trago de agua. Hacía calor y estaba sudando; su camisa estaba empapada. El sol se estaba poniendo, así que ya era hora de terminar con la siembra. Desde que estaba allí, Eugenio no había pisado prácticamente el huerto, ahora era él quien solo se dedicaba a mantenerlo y a trabajarlo. A veces le ayudaba Ana María, que era quién más compañía le hacía durante las intensas horas de sol de la mañana. Era una mujer encantadora, sin duda, y parecía feliz de tenerle con él. Si no fuera por ella, Cortés ya se hubiera marchado de allí. Eugenio cada vez bebía más, se pasaba el día en la taberna y llegaba a casa cada vez más borracho. Trataba muy mal a su mujer y Cortés tenía que morderse a menudo la lengua para no intervenir.

—Ya es tarde, cariño.— Ana María le llevó una toalla para que se secara el sudor—. Vente para dentro que tengo un regalo para ti.

Eugenio todavía no había llegado y agradecía ese margen de complicidad que tenía con ella antes de la hora de cenar. Cortés entró en casa, se lavó un poco en el barreño de agua fría y se puso ropa limpia. Cuando terminó se sentó en la mesa con ella; había comprado unas galletitas de mantequilla y justo al lado había una caja envuelta en papel de regalo.

—¿Esto es para mí? –La miró tiernamente, parecía ilusionada—. ¿Pero por qué?

—Fue tu cumpleaños y no te regalamos nada.— Miró hacia abajo—. Sabes cómo es Eugenio… he tenido que ir cogiéndole dinero sin que se diera cuenta.

—¿Pero por qué has hecho eso? ¿Y si se entera?

—No pasa nada, tú ábrelo.

Cortés abrió el paquete, era un set de afeitado: la brocha, la afeitadora y la navaja.

—Te habrá costado dinero.— Estaba emocionado; hacía mucho tiempo que nadie le regalaba nada para su cumpleaños—. Muchas gracias.

—Te lo mereces.— Lo abrazó con fuerza—. Y ya eres todo un hombre, ya te empieza a salir barba.

Cortés estaba contento de tener a Ana María a su lado, de hecho le tenía un gran cariño. Esa mujer le hacía sentirse querido y apreciado, un sentimiento que desde que había perdido a su hermano no había vuelto a sentir tan vivo.

—¿Por qué te casaste con Eugenio?

Ella hizo una mueca de tristeza y se recogió el pelo canoso con un coletero. Hacía calor, una gota de sudor le recorría por la mejilla.

—Era uno de los hombres más guapos del pueblo.— Recordó con nostalgia y le salió una sonrisa—.Tenía ese carácter atrevido, podría decir que chulesco, que tan locas nos volvía a las chicas. Y me eligió a mí. Era un buen hombre, Cortés.

—¿Y por qué ahora es así? –Pensó en el tiempo que llevaba allí y no logró recordar ni una sola conversación tranquila con él. Siempre estaba de mal humor y toda su amargura la pagaba con él o con su mujer.

—¡Deseábamos tanto tener un hijo! –Disimuló una lágrima—. Pero los años pasaban y yo no podía quedarme embarazada…

Cortés le acarició la mano intentando consolarla.

—Y entonces comenzó a beber.— Continuó e hizo un suspiro—. Y cada vez va a más.

Se oyó abrir la puerta: Eugenio entró como un relámpago sin lograr mantener el equilibrio.

—¿Qué pasa aquí? –Se apoyó en la pared y vio el regalo sobre la mesa —. ¿Qué es eso?

Cortés cogió rápidamente la caja y la escondió como pudo tras su espalda. Eugenio estaba borracho y se acercó a él trastabillándose con sus propios pies.

—¡Dame eso! –Intentó arrebatarle la caja pero Cortés se lo impidió—. ¡Cómo no me lo des te juro que…!

—Dáselo, hijo.— Le dijo Ana María, con las manos sobre el pecho—. Sino será peor.

Cortés obedeció y acabó cediendo.

—Era un regalo para él.— Continuó ella, sacando un poco de valentía —. Por su cumpleaños.

Eugenio se quedó unos segundos sin hablar. Su cara se tornó roja de ira y se dirigió hacia su esposa.

—¿Pero cómo te atreves? –Le cogió fuerte de la muñeca—. ¿Me has estado robando?

—Escucha cielo, ahora es nuestro hijo, se merece nuestro cariño.

Eugenio le abofeteó la cara y Cortés corrió para ponerse entre los dos.

—¡No es tu hijo de verdad! –Levantó la mano para volverla a pegar—. Nunca fuiste capaz de darme uno y ¿ahora actúas a mis espaldas?

—¡No la vuelvas a tocar! –Cortés le cogió el brazo y lo lanzó hacia atrás tirándole al suelo—. ¿Cómo puedes pegar a tu mujer?

Eugenio intentó ponerse de pie de nuevo mientras Ana María no paraba de llorar.

—¡Eres un sinvergüenza! –Le espetó, levantándose con la ayuda de la silla—. Te doy de comer, te doy un apellido y abusas de nosotros.

—¡Yo ya tenía un apellido! –Gritó, señalándole con el dedo—. ¡Y tú no me has querido nunca, solo te has aprovechado de mí!

—¡Ahora me perteneces, mocoso!— Eugenio le cogió de la camisa; Cortés podía oler su aliento a cazalla—. Vas a trabajar hasta que desfallezcas, te vas a ganar la cama y el alimento… ¡No saldrás de casa hasta que yo te lo diga!

—Deja al muchacho en paz.— Ana María se había puesto de pie para defenderlo—. Ha sido todo por mi culpa, él no ha hecho nada.

Hubo un forcejeo entre los dos hombres y Eugenio, con un rápido y ágil movimiento, cogió la navaja que su mujer le había regalado a Cortés, y le rajó la cara. La sangre comenzó a salir a borbotones y Cortés se puso la mano en la mejilla. No pudo reprimirse más y le golpeó tan fuerte en el pecho que lo dejó tumbado en el suelo y semiconsciente. Ana Maria no podía dejar de gritar al verlo sangrar de aquella manera y en seguida fue a por gasas y alcohol para desinfectarle la herida.

-Madre mía, te va a dejar una buena cicatriz.- Le acarició la otra mejilla y le dio un beso-. Lo siento mucho, hijo. Hay que tener paciencia. Mañana se despertará como nuevo y seguro que podréis hacer las paces.

—¡Me voy de aquí! –Se levantó de la silla evitando mirar a la mujer—. ¡No voy a ser el esclavo de nadie!

Ana María le rogó con la mirada que no se fuera, que no le dejara sola con él, pero Cortés tenía claro que aquella no era su verdadera familia y que estaba harto de aguantar a ese hombre que lo trataba peor que a un animal y que encima le había atacado con tanta violencia.

Ana Maria corrió hacia Cortés y le cogió de la mano suplicándole.

—Por favor, no te vayas, él no dejará que lo hagas. Si te vas irá a por ti: legalmente le perteneces.

Cortés la abrazó y le besó las mejillas.

—Lo siento.— Le acarició la cara con ternura—. He sufrido ya bastante en el orfanato, no puedo volver a pasar por lo mismo. Quiero libertad, quiero vivir. ¿Lo entiendes?

Ana María asintió, no podía dejar de llorar.

—Vente conmigo, yo ya tengo edad de trabajar, puedo ganarme la vida, puedo cuidar de ti.— Miró hacía el interior de la casa donde Eugenio seguía tumbado en el suelo—. ¡Él no te trata bien!

—Es mi marido, no puedo abandonarlo. Sé que no lo entiendes, pero

una mujer no puede hacer eso.

—Entonces me iré solo.

Ana María entró dentro y volvió con el set de afeitado.

—No te olvides tu regalo, aunque mira todo lo que ha provocado... vigílate esa herida, por favor.

-No ha sido culpa tuya.- Le apretó las manos y las soltó rápidamente-. Te deseo lo mejor.

Cortés tuvo ganas de llorar: estaba agradecido a esa mujer que se había comportado como una madre y estaba seguro de que la echaría mucho de menos. Se marchó sin decir nada más y comenzó a andar sin saber muy bien hacia dónde. Ya estaba anocheciendo y tendría que buscar un sitio para dormir. Se dirigió a las afueras de Biescas y se topó con un sinfín de campos de trigo segados. Pensó que allí estaría fresco; dormiría al aire libre con total libertad y se quedaría cerca del camino de tierra por si se quedaba dormido y tenía que echar a correr a primera hora de la mañana cuando empezaran su jornada los campesinos. Se tumbó en la tierra y se quedó un rato mirando las estrellas y pensando qué podría hacer a partir de ahora para ganarse la vida y para que Eugenio no lo encontrara. Le rugieron las tripas y recordó que se había ido sin cenar. No supo cuánto tiempo estuvo así, sin hacer nada y mirando al cielo, pero poco después se quedó dormido por el cansancio. Había sido un duro día de trabajo.

—¿Está muerto? –Catalina le tocó la cara con la mano—. ¿Hola?

Cortés sintió un ligero zarandeo en el cuerpo y comenzó a abrir los ojos. Se encontró de repente a un hombre y una mujer mirándolo con cara de preocupación. Se levantó de golpe, asustado, y vio que todavía era de noche: llevaría muy poco rato durmiendo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Cortés se fijó en aquella chica: llevaba un vestido de gala, igual que el hombre, que iba de traje y sombrero. Parecía que vinieran de alguna fiesta, de hecho tenían el coche aparcado en el camino.

—Me he dormido.— Se limpió las ropas de tierra—. Perdonen, ya me voy de aquí.

—Espera muchacho, ¿tienes dónde dormir?

Cortés negó con la cabeza: tenía miedo de que descubrieran que era hijo de Eugenio y lo devolvieran con él.

—Soy huérfano, no tengo casa.

—Si quieres puedes dormir esta noche en casa.— Miró a Fernando para tener su aprobación, pero éste negó con la cabeza-. Además tienes una herida reciente en la cara… ¡Pobrecito!

—No vamos a meter a un desconocido en casa, Cata. No sabemos qué clase de persona es.

—Pero es un crío, ¿cómo lo vamos a dejar en la calle? Por favor, solo esta noche.— Le rogó, cruzando las manos a la altura del pecho—. ¿Te gustaría ver a tus propios hijos así?

Fernando reflexionó durante unos segundos y acabó claudicando para contentar a su mujer.

—De acuerdo, pero solo esta noche.

Catalina sonrió y cogió a Cortés por el brazo. Éste se dejó llevar: tenía hambre y no llevaba nada de dinero encima. Ahora comenzaba a darse cuenta de que lo que pretendía hacer no era tan sencillo, así que aprovechó la oportunidad que le ofrecían esos señores de dormir cómodamente en una cama y cenar para recuperar fuerzas. Aquella mujer le dio plena confianza y parecían gente de bien: no todo el mundo podía permitirse un coche tan bonito como aquel. Subieron al vehículo; el hombre conducía mientras no paraba de mirarle a través del retrovisor.

—¿No tienes trabajo?

—No señor, pero estoy buscándolo.— Consideró apropiado darle una explicación—. He estado muchos años en un orfanato, pero ahora que ya tengo quince años quiero hacer mi propia vida.

—Qué lástima… ¿No necesitas a ningún campesino, Fernando? –Pregunto Catalina, que sintió una pena tremenda por aquel muchacho de mirada triste y melancólica.

—¿Cómo te llamas? –Fernando le observó con autoridad y Cortés

sintió un escalofrío—. ¿Eres holgazán?

Cortés dudó si decirle su verdadero nombre, pero si ese hombre tenía intención de darle un trabajo no podía empezar mintiéndole.

—Me llamo Cortés.— Los faros del coche iluminaron una enorme fachada de piedra—. Y soy muy trabajador señor, se lo aseguro.

Bajaron del coche y cuando entraron en la casa Cortés se quedó con la boca abierta al ver aquellas enormes y elegantes estancias tan lujosas. Sin duda jamás había visto una casa como esa. En seguida Catalina avisó a Esmeralda para que le hiciera algo rápido para cenar y le preparara una habitación.

—Te quiero mañana en mi despacho después de desayunar.— Le ordenó Fernando.

No volvió a ver más a los señores y se fue a dormir con la esperanza de quedarse allí para siempre, pero con el miedo de que Eugenio le devolviera a casa.

A la mañana siguiente, Esmeralda le despertó y le llevó a la cocina. Desayunó frugalmente para ir cuanto antes al despacho de Fernando. La criada le había contado todo acerca de esa familia y decía que se vivía muy bien bajo ese techo. De repente aparecieron dos niños pequeños, de unos cinco o seis años. Esmeralda les dio de desayunar y le dijo que eran los hijos de los Luengo. Cortés sintió cierta envidia al verlos tan bien vestidos y cuidados y pensó en la suerte que tenían de sentirse seguros y arropados por sus padres y no verse en circunstancias tan miserables como las que había vivido él.

Entró en el despacho de Fernando; estaba escribiendo una carta. Tardó algunos segundos en levantar la cabeza y cuando lo hizo ni siquiera se inmutó al verle allí.

—He estado pensando… te voy a dar un trabajo.

Cortés abrió los ojos sorprendido: no se imaginaba que pudiera tener tanta suerte y conseguir lo que se había propuesto de forma tan fácil y rápida. Desde luego todo se lo debía a la dulce esposa de Fernando.

—Seré un buen campesino, se lo aseguro. Trabajaré como el que más.

—No trabajarás de campesino.— Se encendió un cigarro y se dejó caer en el respaldo de la silla—. Serás mi recadero, simplemente harás lo que yo te diga. De momento vivirás aquí y comerás aquí, no tendrás sueldo hasta los diecisiete, pero no te faltará de nada en esta casa. Quién sabe, quizás te enseñe a conducir algún día y te conviertas en mi chófer.

—Muchísimas gracias señor Luengo, no le voy a defraudar.

Fernando asintió con la cabeza y metió la carta que había escrito en un sobre.

—Empezarás ya.— Le tendió la carta y unas monedas; Cortés lo cogió dudoso—. Llévala a la oficina de correos, está en el Ayuntamiento.

—¿Tengo que ir al centro del pueblo? –Se puso blanco al pensar que Eugenio le pudiera ver, pero era algo a lo que tendría que enfrentarse.

—Claro, ¿tienes algún problema? –Le miró detenidamente de arriba abajo—. Con lo que te sobre te puedes comprar lo que quieras. Esto último ha sido idea de mi mujer, que conste que yo no tolero este tipo de niñerías. Será la primera y la última vez que ocurra.

—Se lo agradezco, de verdad.

Cortés se marchó corriendo hacia el centro del pueblo. Iría lo más rápido posible no solo para que Eugenio no le viera sino para que Fernando estuviera orgulloso de lo bien que había empezado el trabajo. Estaba ilusionado: veía que se abría ante él una nueva vida, que no dependía ya de nadie, que por fin era libre. ¿Hasta cuándo duraría esa felicidad, ese bienestar que hacía tanto tiempo no sentía? Se adentró en la oficina de correos: era una pequeña habitación con un mostrador de madera y detrás un sinfín de estanterías y cajoneras con paquetes y cartas clasificadas. Dejó la carta, pagó el sello y se fue hacia la tienda de ultramarinos para comprarse unos caramelos de café, que eran sus preferidos. Se hubiera podido comprar muchos más dulces, pero consideró apropiado guardarse el dinero que le quedaba para ahorrarlo. Salió de allí con la bolsa de caramelos en la mano y se metió uno en la boca. Nunca en su vida le había parecido tan bueno y tan dulce como el de aquel día. Era ya todo un hombre: tenía un nuevo trabajo y le trataban bien, ¿qué más podía pedir? Cortés era tan feliz que apenas se acordó de Eugenio, de todo lo que había pasado el

día anterior. Caminaba tranquilo, saboreando el sol, el calor sobre su piel oscura, la ligera brisa que de vez en cuando le hacía erizar los pelos de la nuca… De repente sintió una enorme mano sobre su hombro, se dio la vuelta y se encontró con Eugenio. Éste parecía haber bebido, como de costumbre, a pesar de que todavía era temprano para ir a la taberna. Notó sus dedos clavados en sus huesos y sus uñas rasgándole la piel.

—¡Por fin te encuentro! –Tenía la cara llena de venitas rojas que parecía que fueran a estallar en cualquier momento—. He estado toda la noche buscándote, ¿de dónde has sacado esos caramelos? ¿Los has robado?

Cortés intentó zafarse de él, pero todavía no estaba lo suficientemente borracho como para librarse de él tan fácil como el día anterior.

—¡Contesta! –Gritó malhumorado—. Esa monja me engañó contigo, seguro que ella también quería sacarte de en medio… ¡Eres peor que una sanguijuela!

Comenzó a andar hacia casa.

—¡No! ¡Suéltame! –Gritó Cortés—. ¡Ahora tengo trabajo! ¡Ya no dependo de ti!

Eugenio paró de golpe y se lo quedó mirando con desprecio.

—¿Trabajo? –Escupió a un lado—. ¿De qué hablas?

—Ahora trabajo para el señor Luengo: soy su recadero y me está esperando en su casa.— Lo dijo con orgullo—. Así que no pienso trabajar en su huerto nunca más, tengo un sitio para dormir y me dan de comer.

Cortés no pudo definir la cara de Eugenio: tenía los ojos rojos y los labios apretados en un mohín enfurecido.

—¿Y le has contado que eres hijo mío?

-Sí.- Mintió. Era la única manera de que Eugenio le dejara regresar con los Luengo-. ¡Y ahora le pertenezco a él, no puedes hacer lo que quieras!

Eugenio comenzó a andar de nuevo, pero ahora hacia otra dirección.

-¿Pero quién se cree que es ese tipo? ¿Qué por tener dinero puede hacer lo que le de la gana?

—¡Prefiero trabajar para un hombre como él mil veces! –Pataleaba mientras Eugenio seguía llevándole a la fuerza—. ¿A dónde vamos?

—¡A ver a ese tal Luengo!

Cortés sintió un peso en la garganta al encontrarse de nuevo frente a esa casa: temía que Fernando, una vez supiera la verdad, no quisiera saber nada más de él y le negara el trabajo. Su sueño y sus esperanzas entonces habrían terminado y tendría que volver con Eugenio y en condiciones peores. Esmeralda les dejó entrar y pareció extrañada de verle cogido tan violentamente por aquel hombre visiblemente ebrio. Les condujo al despacho sin decir nada; Fernando volvía a estar ocupado con sus libros de cuentas. Levantó la cabeza y frunció el ceño al ver a Cortés con la cara desencajada y agarrado por un hombre con cara de pocos amigos.

—¡Es mío! –Exclamó Eugenio, levantándole el dedo—. ¿Con qué derecho se cree usted de arrebatármelo?

Fernando dejó todo lo que estaba haciendo, se levantó y se apoyó sobre la mesa.

-¿Quién es usted? ¡Nadie entra en mi casa gritando!

Eugenio escupió en el suelo y se acercó más a él.

-¡Deje a los hijos de los demás y enseñe a trabajar a los suyos o se volverán unos vagos!

-¡No voy a permitir que nadie me levante la voz y me insulte en mi cara! ¡Márchese ahora mismo de mi casa y duerma la mona, borracho!

Eugenio se quedó mirando a Fernando con altivez.

-¡Yo no soy un borracho! -Le puso el dedo en el pecho—. Soy un campesino honrado que ha trabajado toda la vida para sobrevivir.

Fernando le cogió del dedo y lo apartó.

—¡No me vuelva a tocar! ¡Soy Fernando Luengo y le aseguro que puedo arruinar su vida cuando me plazca!

—¿Me está amenazando? –Le agarró de la camisa y le echó el aliento en la cara—. ¡La gente como usted me da asco!

Fernando le empujó y ambos comenzaron a forcejear ante la incredulidad de Cortés, que observaba la escena sin explicarse como en pocos segundos la conversación había terminado en pelea. Eugenio, aunque era más viejo que Fernando, era mucho más fuerte que él, así que lo tiró al suelo y se puso sobre él con las rodillas sobre su vientre. Le agarró del cuello y comenzó a apretar con todas sus fuerzas.

—¡Ahora verás quién amenaza a quién! –Le gritó, marcándole los dedos en la garganta.

Aquella lucha de egos que bien podía terminar en desgracia había sido por su culpa, por no haber sido capaz de contar la verdad ni a uno ni a otro. Eugenio parecía haber perdido la razón y seguía ahogando a Fernando, que comenzaba a ponerse azul al no poder respirar.

—¡Suéltalo! –Cortés intentó sacar a Eugenio de encima de Fernando pero no pudo: Eugenio parecía haber sacado una fuerza irracional y descontrolada que jamás había visto en él—. ¡Me iré contigo sin más, trabajaré, pero déjalo que lo vas a matar!

Eugenio hizo caso omiso a sus palabras totalmente obcecado con Fernando, el cual no dejaba de realizar aspavientos con las manos pidiendo ayuda. Cortés se dijo a sí mismo que tenía que pararle de algún modo si no quería que acabara matándolo, así que echó un rápido vistazo por la sala y vio el pesado cenicero de cristal que había sobre la mesa. Lo cogió sin pensarlo demasiado y lo estampó con todas sus fuerzas sobre la cabeza de Eugenio. Éste aflojó de golpe las manos, puso los ojos en blanco y cayó hacía un lado. Fernando comenzó a recuperar el aire, tosió varias veces y se tocó el cuello dolorido. Cortés miró la cara de Eugenio: todavía estaba contraída por la ira y el esfuerzo, pero sus ojos parecían vacíos, como si ya no pudieran ver nada. Le empezó a dar cachetes en la cara para reanimarlo, pero no había manera de que recuperara la consciencia.

—Si no hubiera sido por ti hubiera muerto.— Fernando le tocó la cabeza y se agachó para ver a Eugenio—. Me estás dando problemas, muchacho.

Fernando le tomó el pulso y palideció de nuevo.

—Creo que le has dado demasiado fuerte. Está muerto.

Cortés no supo dónde meterse: había matado sin querer a su padre adoptivo, ¿podía tener más mala suerte? Se puso las manos en la cabeza y comenzó a dar vueltas por la habitación sin saber qué hacer.

—Joder, yo no quería, no era mi intención…

—Lo sé, lo sé.— Fernando se sirvió una copa de coñac—. No pasa nada.

Cortés se sorprendió de la calma que mantenía el señor Luengo en un momento tan difícil como ese cuando él había perdido los nervios del todo.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Voy a ir a la cárcel?

Fernando le dio su copa para que bebiera: era un sabor dulce pero fuerte y sintió que le ardía la garganta.

—No vas a ir a la cárcel porque nadie se va a enterar de esto, ¿de acuerdo? –Le puso una mano sobre el hombro—. A partir de ahora estamos juntos en esto. Tú lo has matado, pero está en mi despacho, ¿entiendes? No quiero meterme en problemas.

Cortés asintió y sintió un alivio placentero al saber que ese hombre estaba de su parte.

-Siento no haberle contado la verdad. No es mi verdadero padre, solo me adoptó hace un año para que trabajara para su huerto.

-Eso no importa ahora.- Fernando no podía dejar de mirar al suelo-. Ahora ya no hay vuelta atrás.

—¡Pero hay gente que le ha visto entrar aquí! -No podía dejar de morderse las uñas-. Sospecharán de nosotros.

—Yo me ocupo del cuerpo.— Suspiró de mala gana—. Se ha ido de aquí sin que Esmeralda le acompañara a la puerta, ya está. Y luego ha desaparecido, es un borracho. La gente pensará que se ha caído al río.

Cortés iba mirando de reojo el cadáver de Eugenio y sentía un escalofrío por todo el cuerpo. Era un mal hombre pero tampoco se merecía una muerte así. Lo había matado y eso no se lo podría sacar

de su cabeza en la vida.

—Me debes fidelidad.— Continuó, mirándole con tal frialdad que le heló la sangre—. Harás todo lo que te diga, trabajarás para mí toda la vida, serás mi mano derecha. Jamás contarás nada porque en esto estamos los dos. Yo te estoy protegiendo, te estoy ayudando, te estoy haciendo un favor, ¿me oyes? Tú lo has matado, es tú culpa.

—Lo he hecho para salvarle la vida, señor.

—¡Cállate y escucha! –Le agarró de la barbilla para que le mirara—. Me lo debes todo. Me debes tu libertad. Júrame que estarás conmigo para siempre.

—Se lo juro.

53

Biescas, diciembre de 1931

Toni volvió al casino con la nota que le había enviado Fernando aquella misma mañana. Todos estaban expectantes por conocer la decisión que había tomado tras el primer día de huelga.

—Por no haber acudido a vuestro puesto de trabajo tal y como se os advirtió, por no haber cumplido con vuestra tarea ni obedecer al dueño de las tierras, quedáis despedidos, todos y cada uno de vosotros hasta que no os arrepintáis públicamente de los hechos. Fernando Luengo.

La gente comenzó a murmurar y a echarse las manos a la cabeza.

—¿Pero qué va a pasar con sus tierras entonces? –Paco no entendía nada—. ¿Va a perderlo todo por el orgullo? ¿Por no subirnos el salario?

Toni negó varias veces en silencio.

—Hay más.— Dijo al fin—. El sindicato nos ha comunicado que Luengo ha contratado a nuevos campesinos que vienen de zonas rurales empobrecidas y que trabajarán por un sueldo más bajo que el vuestro. Mañana empezarán.

—No lo vamos a permitir, ¡esto es un abuso! ¿Qué pasa con el Consejo Superior de Trabajo?

Toni se acarició la barbilla, pensativo.

—Lo están tramitando, todavía no sabemos nada. Desde que empezó la República hay muchos casos abiertos.

—¡Pues no dejaremos que trabajen! –Juanito alzó la voz para sorpresa de todos—. ¡Tomaremos el camino y los detendremos!

Los anarquistas aplaudieron la valentía del muchacho y decidieron

llevar a cabo la propuesta.

—Esa gente no tiene ninguna culpa.— Toni comenzó a preocuparse e intentó poner cordura a la situación—. Os estáis precipitando y no quiero que nadie tome daño alguno.

—Pero admiten trabajar por cuatro perras –Paco el anarquista comenzó a liarse un cigarrillo de picadura—. Lo que perjudica a todos quienes luchamos por mejorar nuestras condiciones.

—¡Mañana a la guerra!

Todos comenzaron a gritar con los puños en alto. Toni resopló superado por los acontecimientos: aquello estaba siendo más duro de lo previsto.

Al día siguiente, cuando todavía ni siquiera había amanecido, algunos de los anarquistas más radicales del sindicato, incluido Juanito, se unieron frente a las vallas de entrada de los campos de Fernando. Toni se dirigió también allí para intentar convencerles de que volvieran a sus casas y para evitar desencadenar momentos de tensión o violencia. Media hora después aparecieron dos camiones abiertos por detrás llevando a los nuevos trabajadores que no serían más de cincuenta. Tras ellos les seguía, sin que nadie lo hubiera imaginado, dos coches de la Guardia Civil. Fernando era un hombre inteligente: sabía que los huelguistas no iban a cejar en su intento por boicotear sus tierras, así que había intentado poner medios y zanjar el problema de raíz. Los guardias salieron del coche y sacaron las pistolas para intimidar a los anarquistas e invitarlos a regresar al pueblo si no querían tener problemas. A pesar de las amenazas ninguno se movió de donde estaba.

—No nos vamos a ir.— Paco se adelantó a sus compañeros—. No nos iremos hasta que no se vayan esos camiones.

—¿Queréis acabar en el calabozo? –Gritó uno de los guardias—. Estas tierras son propiedad de Fernando Luengo y no tenéis derecho a barrer el paso a estas personas.

—Y él no tiene derecho a substituirnos.

Juanito se acercó corriendo hacía el camión donde se encontraban los nuevos trabajadores y los comenzó a insultar agitando el puño con

vehemencia.

—¡Hijos de puta! ¡Por culpa de gente como vosotros los patrones pueden hacer con los trabajadores lo que les dé la gana!

—Nosotros también necesitamos trabajar.— Dijo un hombre de mediana edad.— Tengo hijos a los que alimentar.

—¡Vas a ocupar el puesto de mi difunto padre, desgraciado! -Gritó, escupiéndole e intentando sacarlo del camión.

Los dos miembros de la Guardia Civil corrieron hacía él y le apuntaron con una pistola. Toni, que sabía perfectamente cómo se las gastaba la benemérita, intentó hablar con ellos antes de que comenzaran a cebarse con él.

—No le hagan nada, por favor, es solo un crío.— Miró a Juanito con lástima—. Soy el delegado sindical, yo me ocupo de él, no sabe lo que hace.

—¡Menudo delegado sindical! –Dijo uno sarcásticamente—. ¿Cree que amedrentando a esta pobre gente va a conseguir algo? Por Dios, mire las caras de esas pobres hombres…

—Estoy aquí precisamente para evitar esto. Déjeme hablar con el chico y nos iremos.

El otro guardia reflexionó durante unos segundos.

—Está bien, le doy cinco minutos.— Dijo al fin—. Sino tendremos que llevárnoslos a todos al cuartel.

Toni se acercó a Juanito, que no paraba de estrujarse los nudillos visiblemente alterado y nervioso.

—¿Qué cojones estás haciendo? –Le dijo al oído—. ¿Es que quieres que tus hermanos se queden solos? ¡Si sigues así te encarcelarán!

Juanito comenzó a llorar superado por la situación.

—Siento mucha rabia y no sé cómo controlarla.

—Tienes que tranquilizarte.— Le puso la mano en el hombro—. Por mucho que escupas a ese pobre hombre nadie te va a devolver a tu

padre.

Toni vio por el rabillo del ojo como los anarquistas comenzaban a abandonar el bloqueo tras la amenaza de la Guardia Civil.

—Venga, vete a casa.— Continuó, revolviéndole el pelo-. Todo saldrá bien.

Juanito se unió con los demás anarquistas y caminaron de vuelta al pueblo mientras Toni hacía lo mismo a escasos metros tras ellos. Suspiró aliviado al ver que la situación volvía a estar bajo control y se encendió un cigarro. De pronto vio algo que lo llevó a sospechar que las cosas lejos estaban todavía de tranquilizarse. Paco se acercó con disimulo a Juanito y le entregó un pequeño trozo de papel que rápidamente guardó en el bolsillo de su pantalón. Toni frunció el ceño y pensó que tenía que buscar el modo de descubrir que es lo que se llevaban entre manos, así que aquella misma tarde, tras comer y echar una pequeña siesta en el hostal, Toni decidió hacer una visita a Juanito y sus hermanos. Con la excusa de prestarle un poco de ayuda, quizás podría sonsacarle algo al muchacho de lo que tramaba con los anarquistas, que seguro no sería nada bueno. Toni pasó antes por la panadería y compró varios bollos para los niños. Tras llamar a la puerta, una niña de unos diez años apareció con el pelo enredado y grasiento.

—Hola bonita, ¿está tu hermano?

La niña miró con indiferencia a Toni, aunque sus ojos rápidamente se dirigieron hacia la bandeja de papel que sostenía en sus brazos y que intuía que era para merendar. Se apresuró a llamar a su hermano mayor, que pareció sorprendido por aquella visita inesperada.

—¿Qué hace usted aquí?

—He traído merienda para los niños.

Juanito asintió agradecido y se apartó para que entrara. El salón era pequeño: había una mesa redonda y tres sillas, y una mecedora en la que estaban sentados los dos niños más pequeños. En la mesita, sin embargo, los otros tres tenían carboncillos y pintaban sobre el papel con el que el carnicero envolvía la carne fresca. Toni acarició la cabeza de los pequeños y les entregó la bandeja. Todos se abalanzaron sin miramiento alguno, peleándose entre ellos para ver quién

conseguía repetir. Juanito no parecía contento, más bien triste.

—¿Cómo lo llevas? –preguntó Toni.

—Bueno, la verdad es que está siendo muy duro. Las niñas más mayores me ayudan y las vecinas también. Todos se están portando muy bien conmigo. Pero los ahorros se nos están terminando y no sé que haremos cuando eso ocurra.

Toni chasqueó la lengua sin saber qué decir. Juanito suspiró y se puso de pie.

—Perdona, no te he ofrecido nada para beber. ¿Quieres un poco de vino?

—Un poco de agua ya me estaría bien, gracias.

Mientras el muchacho se encaminaba hacia la cocina, uno de los niños que estaba dibujando intentó sacarle punta al lapicero con un cuchillo. Toni se acercó hacia el chiquillo y le ayudó a hacerlo sobre un cenicero para no manchar nada. Fue allí donde encontró por casualidad, arrugado y hecho una pequeña bola, el papel que Paco le había entregado a Juanito. Toni miró por el pasillo, nervioso, y leyó la nota con rapidez antes de que regresara.

Ya he hablado con los demás, esta noche a las 12 en el callejón.

Has tenido una muy buena idea.

¿Qué pretendían hacer esa noche? ¿Había sido idea de Juanito? Había sido poco prudente por su parte dejar ese papel allí, pensó. Llegó con el vaso de agua y Toni dejó el papel donde estaba.

—Bien, he de irme.— Se encendió un cigarro y aspiró con fuerza—. He de hacer cosas del sindicato.

—¿Ya? –Se quedó con el vaso en la mano—. Apenas acabas de llegar.

Toni cogió el vaso y se bebió el contenido de un trago. Estaba nervioso y no podía disimularlo.

—Sí.— Lo dejó sobre la mesa y le palmeó la espalda—. Ya hablaremos otro día. Cuídate.

Toni se marchó angustiado hacia el hostal con el presentimiento de que algo no iba a marchar bien aquella noche. Estaban actuando al margen del sindicato y aquello no era justo ni para los demás campesinos ni para él, que estaba haciendo todo lo posible por ayudarlos y no meterlos en problemas. Tendría que averiguar como fuera de qué se trataba lo que estaban planeando.

Aquella noche no cenó nada: tenía el estómago cerrado, así que esperó tumbado en la cama sin dejar de mirar el reloj. Diez minutos antes de las doce, vestido de incógnito con gabán y sombrero, abandonó el hostal para dirigirse a casa de Juanito. Se escondió tras una esquina y esperó a que el muchacho saliera. Cuando comenzó a sonar las campanas que marcaban las doce, el joven salió por la puerta mirando a ambos lados de la calle con precaución. Comenzó a andar con las manos en los bolsillos y la cabeza medio oculta en su abrigo. Toni siguió sus pasos con cuidado: la noche era silenciosa y oscura y cualquier pisada más fuerte de lo normal podía descubrirle. Se adentró en un callejón oscuro en el que también había dos personas más que él reconoció como algunos de los que habían estado aquella mañana reteniendo a los camiones. ¿Qué pretendían hacer a esas horas? ¿Por qué dos de ellos llevaban unos gruesos petates colgados del hombro? De repente, notó un cuerpo abalanzándose sobre su espalda y tapándole la boca con las manos. A empujones, Toni fue llevado hasta el callejón junto a los demás.

—Juanito, te dije que tuvieras cuidado cuando salieras de casa.— Paco se restregó la frente preocupado—. ¡Te estaba persiguiendo!

—¡Toni! –Exclamó sorprendido el muchacho.— Tú no deberías estar aquí… ¡Soltadlo chicos! Él es del sindicato, no nos delatará.

—¡Una mierda! Este es de la UGT, seguro que nos estaba espiando para ir corriendo a la Guardia Civil.— Se arrancó un trozo de camisa y le amordazó y le ató las manos—. ¡No nos podemos fiar!

—Ya nos ocuparemos de él más tarde.— Dijo el otro, tirando la colilla al suelo—. Ahora tendremos que llevarlo con nosotros. Venga, vamos al lío.

Toni recorrió varias calles a empujones mientras notaba la mirada de Juanito clavada en su cara: parecía nervioso y en cierta medida culpable. Tras un cuarto de hora que a Toni le pareció eterno, los

anarquistas pararon. Miró a su alrededor y reconoció perfectamente la casa que tenía en frente. Había estado allí apenas unos días atrás para hablar con Fernando. No había ninguna valla, tan solo un caminito de tierra que conducía hacia la entrada. Todos se dirigieron hacia allí; la casa estaba en silencio y a oscuras, y todos parecían dormir plácidamente en el interior.

—Juanito, tal y como acordamos, tú te quedas aquí vigilando. –Le ordenó Paco, tirando a Toni al suelo para que no pudiera escapar.—Ten cuidado con éste.

Los dos se quedaron allí, esperando, mientras los demás daban la vuelta a la casa para entrar por la puerta de atrás del servicio y no hacer tanto ruido. Toni quería hablarle para hacerle recapacitar: todavía estaba a tiempo de huir y no verse involucrado en vete tú a saber qué, pero se lo impedía la mordaza. Juanito se sintió culpable y acabó retirándosela.

—¿Pero qué estáis haciendo? ¿Cómo te has metido en este lío?

Juanito se puso blanco: no paraba de sudar a pesar del frío que hacía a aquellas horas de la noche. Se echó hacía un lado y comenzó a vomitar.

—¿Qué es lo que han ido a hacer en la casa? –Continuó desesperado, como si al saberlo pudiera hacer algo por evitarlo—. ¡Cuéntamelo!

—Quieren poner una pequeña bomba casera—. Se secó la boca con la manga de la camisa—. Solo para incendiar la casa y darle un aviso a Fernando.

—¿Pero estáis locos?— Toni no se podía creer hasta dónde podían llegar aquellos anarquistas—. ¡Vete de aquí o te meterán en la cárcel!

Juanito comenzó a llorar como un chico pequeño.

—Yo te ayudaré, joder, te daré dinero si hace falta, pero no te metas en esto.— Siguió Toni, intentando deshacerse de las ataduras con impotencia—. ¡Pero vete de aquí!

—Lo siento, Toni.— No podía dejar de llorar—. Lo siento mucho, yo… ¡Necesitaba el dinero! Él me convenció, yo no quería, pero… ¿tú has visto cómo vivimos? ¡Maldita sea, te he fallado! Soy una mala

persona, debería haberlo rechazado. Te he vendido, Toni.

—¿De qué me estás hablando?

De fondo se escuchó el sonido de un motor que se acercaba a la casa. Juanito se acercó a él y le liberó las manos.

—Lo siento, perdóname.— Le dijo por última vez, marchándose de allí como alma que lleva el diablo.

Toni estaba confundido: ¿por qué le pedía perdón? ¿A que se refería con lo que le había vendido?

El coche paró frente a la puerta; los faros iluminaron su cara y tuvo que ponerse la mano delante de los ojos. Se puso de pie para salir corriendo de allí, pero cuatro hombres armados salieron del coche. Era imposible escapar, si lo hacía le meterían un tiro.

—¡Alto, Guardia Civil! –Dijo uno, apuntándole con la pistola—. ¡Levante las manos!

Toni tragó saliva e hizo lo que le ordenaban. Uno se quedó con él y los demás rodearon la casa en busca de los otros dos anarquistas. Unos minutos después se escucharon más voces a lo lejos: parecía que los habían cogido también con las manos en la masa. Por suerte no les había dado tiempo de hacer estallar la bomba.

—Escuche, yo soy el delegado sindical, no tengo nada que ver con esto, se lo juro.— Toni hablaba atropelladamente—. Les he seguido y me han pillado, me han atado y…

Toni se dio cuenta de que ya no estaba atado: Juanito se había llevado los jirones de la camisa de Paco y el guardia lo miraba con estupefacción.

—¿Me estás tomando el pelo? –Rió con ganas—. El señor Luengo ha llamado diciendo que había gente merodeando en su casa y usted está en ella. ¿Qué es lo que pretendíais?

Toni pensó que era imposible que Fernando les hubiera visto ni oído, habían sido muy silenciosos y hacía apenas cinco minutos que estaban allí. La Guardia Civil había llegado muy rápido y había casi un cuarto de hora de camino desde el cuartel. Fernando sabía que iban a venir,

todo había sido un montaje: lo había planeado todo y Juanito lo había llevado a cabo. Había convencido a los anarquistas para hacerlo y había dejado el papel en el cenicero espesamente para que lo viera. Pero, ¿y si no hubiera ido a su casa? Entonces no estaría esa noche allí, pero se hubiera sacado de encima a esos radicales anarquistas que tanto le molestaban. El plan tenía todas las de triunfar y si caía él mejor que mejor.

—Pretendían poner una bomba.— Dijo uno de los otros tres guardias que venían con los anarquistas esposados—. ¡Menuda gentuza!

Paco se sorprendió de no ver a Juanito por allí. Además, Toni estaba desatado y el guardia le estaba esposando como si también fuera uno de los implicados.

—Él no ha hecho nada.— Confesó Paco—. Las cosas como son, él solo nos estaba siguiendo. No tiene nada que ver con esto.

—¿Os habéis aprendido de memoria la coartada? –El guardia tenía a Toni cogido por el brazo—. ¡No nos cuentes milongas!

Se vio una luz a través de los cristales de la casa y poco después bajó Fernando. Tenía un brillo divertido en la mirada: le había salido todo a pedir de boca.

—Señor Luengo, ya no hay peligro. Se pasarán una buena temporada en la cárcel por tentativa de asesinato.

—¡Todo ha sido una mentira! –Exclamó Toni, intentando deshacerse del guardia—. ¡Fernando lo tenía todo planeado!

—Vaya, ahora resulta que yo he querido poner una bomba en mi propia casa, ¿no? –Fernando le miraba con sorna—. ¿Te piensas que pondría en riesgo a mi mujer?

—Sabías que no iba a ocurrir nada, que vendría antes la Guardia Civil. Te molestaba demasiado y has querido quitarme de en medio, ¿no?

Fernando parecía divertirse con la escena. Se había encendido un cigarro; solo le faltaba una silla para disfrutar de una buena obra de teatro.

—Eso es absurdo, vendría otro delegado sindical.— Se encogió de

hombros—. No busque excusas señor Cuellar, ha ido muy lejos y ahora tendrá su merecido.

—Insisto en que este señor no ha hecho nada.— Volvió a recalcar Paco —. ¡Nosotros no queríamos matar a nadie, solo queríamos darle un escarmiento! ¡Ha sido una traición!

—Llévеselos, por favor.— Concluyó Fernando—. Espero que estén muchos años en la sombra.

La Guardia Civil los comenzó a meter en el coche para llevárselos al calabozo mientras Fernando no dejaba de quitarle el ojo encima con una sonrisa en la cara.

—¡Me has jodido la vida! –Toni comenzó a gritar ya en el interior del coche—. ¡Pero no se saldrá con la suya, se lo juro!

—Yo siempre tengo la última palabra, ¿me oye señor Cuellar? ¡La última!

54

Zaragoza, diciembre de 1932

Fernando entró en la cafetería del Casino de Zaragoza y pidió un coñac al camarero mientras se dirigía hacia su gran amigo Antonio Jiménez, canónigo y diputado en las cortes republicanas.

—¡Querido Fernando!— Se levantó al verlo venir. Era un hombre ya entrado en años, tenía el pelo blanco y un espeso bigote que le cubría la comisura de los labios—. Siéntate amigo, siéntate.

—Le agradezco mucho que haya venido.— Dejó el sombrero sobre la mesa y se sentó en la butaca de al lado—. Con todo lo que ha pasado…

—No lo dudé para nada cuando me enteré de lo del incidente, menos mal que al final no fue nada.

El camarero llegó con el coñac y se lo dejó en la mesa.

—Esos anarquistas casi me queman la casa.— Sorbió con ansiedad—. Las prisas y los nervios les traicionaron y pude llamar a la Guardia Civil antes de que hicieran todo el daño.

—Y el delegado sindical también estaba metido en eso, ¿no? –Se peinó las cejas con los dedos—. No se puede fiar uno del sindicato.

—Desde luego, pero tiene su merecido.- Sonrió maliciosamente-. Y usted qué tal Antonio, ¿cómo le van las cosas como diputado?

—Bien, bien… Si le digo la verdad, creía que no iba a conseguir nunca ser diputado a las Cortes por Zaragoza en las listas de la Unión de Derechas— Encendió su pipa—. Hay tanto revolucionario suelto… Fíjese usted que hasta esta gentuza ha conseguido legalizar la ley de divorcio, ¿a dónde vamos a llegar? Los matrimonios son para toda la vida, ¿o no señor Luengo? ¿Qué hay más bonito que envejecer con su esposa de toda la vida? ¡El divorcio está creado por el mismísimo

diablo!

Fernando asintió sin mucho convencimiento. Le importaba bien poco envejecer con su mujer, pero no podía permitir que le tomaran como a un hombre incapaz de controlar como dios manda a su esposa, ¿qué pensaría la gente de él si Catalina decidiera divorciarse?

—Por suerte todavía hay gente con dos dedos de frente en este país.

El hombre asintió y chupó la pipa.

—¿Qué es lo que quieres, amigo?— Preguntó impaciente—. Sé que no sólo me has traído aquí para charlar.

—Tengo un problema: mis trabajadores se me han puesto en huelga. Me obligan a subirles el sueldo y como no he cedido ante el representante sindical, ahora tengo cita con el Consejo Superior de Trabajo. He contratado a otros campesinos, pero dicen que es ilegal.

—Un momento….— Aspiró su pipa mientras miraba a un punto fijo del techo—. ¿Se le han declarado en huelga antes de que usted se haya reunido con el Consejo Superior de Trabajo?

—Así es, hace una semana dejaron de trabajar ante mis propias narices.— Se encogió de hombros aparentado claudicar—. Esto es una locura, ¡no sé dónde vamos a llegar!

—¡Pues al mismísimo tribunal de Justicia!

—La nueva legislación laboral les ampara, no puedo hacer nada.— Fernando se bebió el coñac de golpe—. Me tienen bien cogido, Antonio.

—De eso nada, esos jornaleros suyos les ha salido el tiro por la culata. Si es que se creen que la República ha hecho milagros y en realidad el derecho a huelga todavía se rige por la restrictiva ley de 1909. Es decir, los trabajadores solo pueden realizar la huelga si todos los mecanismos de mediación han fracasado previamente. En su caso, todavía no ha llegado a un acuerdo con el Consejo Superior de Trabajo, por lo que la huelga es ilegal y, por tanto, tratable por la autoridad como problema de orden público.

Fernando suspiró aliviado por unos segundos.

—De acuerdo, ahora los puedo denunciar, pero… ¿Y si me mantengo en mis trece de no subirles el sueldo? ¿Y si el Consejo Superior de Trabajo me obliga a subírselos?

—Bueno, eso es fácil de remediar.— Se atusó despacio los bigotes—. Yo tengo muchos contactos, el representante del Consejo Superior de Trabajo que arbitre su caso puede que haga la vista gorda… Si establece que el sueldo que usted les otorga es suficiente, entonces sus trabajadores no podrán ir a la huelga de forma legal.

—¿Haría esto por mí? –Sus ojos se engrandecieron al haber encontrado por fin una solución—. ¡Le estaría tan agradecido!

—Ya sabe cuál es el lema del partido: religión, familia, patria, orden, jerarquía y propiedad. Y ésta última no por serlo es menos importante. Si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién lo hará?

—Muchísimas gracias.

El hombre se irguió en la silla y le hizo un gesto a Fernando para que se acercara. Pudo percibir su aliento fuerte a tabaco, a hierbas de malvavisco secas. Sus dientes eran amarillos e irregulares.

—¿Sabe que los favores se devuelven?

55

Biescas, octubre de 1933

Fernando tenía sobre su regazo varias cartas por abrir. Estaba sentado en el sofá y frente a él tenía a Catalina leyendo una revista de moda. Llevaba todo un año callando la verdad, mordiéndose la lengua, apretando los puños cada vez que la veía tan relajada y tranquila, a su aire, como si fuera una mujer íntegra que jamás había engañado a su marido. El mes que viene había elecciones generales y esperaba convencido que ganara la derecha conservadora y volviera la normalidad a España. La República se estaba yendo de madre, las cosas no iban bien y la CEDA era la única solución para devolverle a un país libertino y anárquico un poco de cordura y moderación. En cuanto volvieran a prohibir el divorcio libre, pensó Fernando, le devolvería a su mujer todas las humillaciones que había sufrido en silencio durante esos meses y la dejaría sin nada para que se viera obligada a arrastrarse y suplicarle una nueva oportunidad.

Abrió la primera carta: era una invitación de Antonio Jiménez, el hombre que le había ayudado a solucionar el problema de la huelga. Le animaba a ir a Madrid, a la fundación de una nueva organización llamada Falange en el Teatro de la Comedia. Fernando ya había oído hablar de ese movimiento fascista que adaptaba algunos de los puntos del Partido Nazi y no le había parecido en absoluto mala idea. España necesitaba algo nuevo, un partido que tuviera fuerza y que revolucionara la política del momento.

-Me han invitado a ir a Madrid, para la fundación de Falange.- Se limitó a decir-. Estaré fuera dos días.

Catalina le miró por encima de la revista y se pudo atisbar cierta indiferencia.

-No se decantan ni por la derecha ni por la izquierda y no tienen consciencia de clase.- Continuó, dudoso-. Pero son patrióticos, católicos y quieren lo mejor para este país. Deberíamos votarlos.

-Yo votaré a quien quiera.- Dejó la revista a un lado y se atrevió a mirarle directamente a los ojos-. Es la primera vez que la mujer puede votar y ningún hombre me va a decir a quién debo dirigir mi voto.

Fernando rió sarcásticamente.

-Solo se están aprovechando de vosotras, creen que votareis a la izquierda, pero la mayoría de mujeres son conservadoras, ya verás cómo les saldrá el tiro por la culata.

Fernando siguió leyendo la correspondencia y le lanzó una carta a su mujer.

-Ésta es de Monsieur Lombard, seguro que pregunta por los chicos.

Catalina la abrió y comenzó a leer detenidamente.

-Vaya, ¡no me lo puedo creer! –Exclamó sorprendida-. ¡Qué casualidad!

-¿Qué pasa?

-Monsieur Lombard, que ahora vive en Toulouse y da clases al hijo de la familia Chambon, y ¿sabes quién era la criada de esa casa? ¡Luisa!

Fernando abrió los ojos como platos: no se podía creer lo que estaba oyendo.

-No entiendo nada.- Siguió su mujer-. Luisa se fue para cuidar a su madre enferma, podría haber vuelto a esta casa si nos lo hubiera pedido. Tenía las puertas abiertas, ¿por qué se marchó a Francia?

Fernando comenzó a sentir un ardor que le subía por la garganta, las manos le temblaban y sintió la necesidad imperiosa de levantarse y patearlo todo, de tirar al suelo todos los platos que decoraban la alacena, de darle puñetazos a la pared… ¿Luisa no estaba muerta? ¿Cortés le había engañado? ¿Pero cómo se había atrevido a traicionarle de aquel modo después de todo lo que había hecho por él? Se puso los nudillos en la boca y comenzó a mordisquearlos ansiosamente.

-Bueno, sea lo que sea ya no trabaja allí.- Catalina seguía leyendo-. Parece ser que la despidieron poco después. Ahora mismo escribiré a Monsieur Lombard, que quiere saber cómo han terminado los niños el

bachiller. No se creerá el cambio que ha hecho Martín.

Se levantó para dirigirse a su tocador y escribir la carta.

-Me iré esta misma noche.- Dijo Fernando, intentando disimular su turbación-. Dile a Esmeralda que me prepare la maleta.

-¿No es mañana? Tendrás que avisar ya a Cortés para que esté preparado.

-No, no voy a llamar a Cortés, me apetece conducir.- Sonrió forzadamente al ver la cara de confusión de su mujer-. Hace mucho que no conduzco.

Fernando se hospedó en el hotel Florida. Necesitaba estar solo, tranquilizarse y pensar en lo de Luisa. Si no se hubiera ido a Madrid, hubiera ido a por Cortés aquella misma noche y solo Dios sabe bien lo que podría haber hecho. No, necesitaba tranquilizarse y pensar. Ahora lo entendía todo: Cortés había estado enamorado de ella todo ese tiempo y por primera vez desde que estaba con él no había sido capaz de cumplir una orden; le había traicionado por amor.

No era la primera vez que visitaba la ciudad, pero aprovechó la mañana para hacer un poco de turismo. Comió en el hotel, se aseó y pidió un coche para que le llevaran hacia el Teatro de la Comedia, en la calle del Príncipe. A medida que se iba acercando podía observar una enorme multitud de gente que se arremolinaba frente a su puerta de hierro forjada y que daba paso a un bello pasillo iluminado. Allí se agolpaban diferentes grupos de personas que charlaban sobre los conflictos políticos del momento mientras fumaban en pipa o saboreaban una buena copa de coñac. Fernando empezó a reconocer a algunas de las personalidades de la alta aristocracia madrileña; las mujeres llevaban voluminosos abrigos de visón en sus hombros y sus manos cubiertas por suaves guantes de seda mientras sostenían en sus manos los folletos del programa de Falange. Todos comenzaron a adentrarse en la sala de butacas y Fernando consideró apartarse un poco del bullicio y acomodarse en uno de los laterales. José Antonio Primo de Rivera, hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, salió al escenario tras una fuerte ovación por parte del público. Era un hombre elegante, aunque de ojos saltones y con varias entradas en la frente a pesar de su juventud. Su discurso comenzó un tanto lacónico

y pausado, pero a medida que se acercaba al final, sus palabras tomaron una fuerza que hizo poner de pie a todo el teatro.

-En un movimiento poético, nosotros levantaremos este fervoroso afán de España; nosotros nos sacrificaremos; nosotros renunciaremos, y de nosotros será el triunfo, triunfo que no vamos a lograr en las elecciones próximas. En estas elecciones votad lo que os parezca menos malo. Pero no saldrá de ahí vuestra España, ni está ahí nuestro marco. Esa es una atmósfera turbia, ya cansada, como de taberna al final de una noche crapulosa. No está ahí nuestro sitio. Yo creo, sí, que soy candidato; pero lo soy sin fe y sin respeto. Y esto lo digo ahora, cuando ello puede hacer que se me retraigan todos los votos. No me importa nada. Nosotros no vamos a ir a disputar a los habituales los restos desabridos de un banquete sucio. Nuestro sitio está fuera, aunque tal vez transitemos, de paso, por el otro. Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros fuera, en vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.

La gente se arrancó en aplausos y muchos comenzaron a desplegar las banderas con el escudo característico del partido: el yugo y las flechas. Cuando salieron, Fernando por fin pudo acercarse a Antonio Jiménez, que antes de entrar al teatro había estado rodeado de gente y no había podido llegar hasta él.

-¡Qué alegría verte! –Exclamó Antonio-.Sabía yo que vendrías, ¿Qué te ha parecido el discurso?

-Bien, la verdad es que me ha emocionado.

-A mí se me ponen los pelos de punta cuando oigo hablar a José Antonio. Por cierto, ¿acabó bien el tema de la huelga de tus trabajadores? –Dijo, mientras le guiñaba un ojo cómplice.

-Sí, por supuesto, se lo agradezco. Finalmente me dieron a mí la razón.

-¡Qué bien, amigo! –Le palmeó el hombro-. Para eso estamos, ¿no? ¿Y cómo están sus hijos?

-Están en Londres, se han sacado el Bachiller, precisamente vuelven la semana que viene para empezar la universidad.

-Mire, le voy a ser sincero.- Antonio se acercó más a su oído-. Sabe que me debe un favor, ¿verdad?

Fernando asintió sin mucho ánimo, esperaba que no le pidiera nada comprometido.

-José Antonio necesita a muchachos inteligentes, católicos y de buena familia para engrosar las filas del Partido. Nosotros creemos en la juventud, porque tienen ganas de luchar y de vivir y son nuestro futuro.

-¿Quiere que mis hijos se afilien a Falange?

-No solo eso. Quiero que estudien en la Universidad Central de Madrid. Allí abundan los estudiantes republicanos que teorizan sobre el socialismo y que están en contra de este movimiento. Necesitamos a chicos como los tuyos que puedan hacer de fuerza de choque.

Fernando estaba dudoso: el favor que le pedía no dependía de él sino de sus hijos.

-José Antonio ha hablado en su discurso del uso de la violencia como garantía de triunfo. No les pasará nada a mis hijos, ¿verdad?

-Pasará lo que tenga que pasar.- Frunció el ceño ante la pregunta-. Todos debemos sacrificarnos por el bien de la Patria y usted también tiene que contribuir. ¿Acepta o no?

Fernando se quedó unos segundos pensándolo. Estaba convencido de que Martín aceptaría la propuesta, pero Fermín no: nunca le había interesado la política.

-Piense que la tranquilidad de sus tierras y la de sus trabajadores depende de su decisión.- Continuó en tono amenazante.

-¿Me está haciendo chantaje?

-Llámelo como quiera.- Le dio varios cachetes en la cara y rió-. Vamos, sé que lo va a hacer. ¿Por qué no nos vamos de copas por Madrid?

Los dos hombres comenzaron a transitar por las frías calles de Madrid hasta que se adentraron en un bar de copas de clase alta, donde la tenue luz de las lámparas ofrecía toda clase de intimidad a sus clientes. Dejaron los abrigos en la guardarropía y bajaron unas

escaleras hasta la sala principal de la coctelería. La música apenas dejaba oír las conversaciones de la gente, quizás porque era eso lo que se pretendía. Se sentaron en una de las mesas y una chica apareció con un sinfín de marcas de tabaco y puros. Compraron varios de ellos y esperaron a que les sirvieran una copa de champaña. Al cabo de un rato, Antonio sacó de su pitillera una bolsita que contenía una especie de polvo blanco.

-¿Quieres? –Le preguntó.

-¿Qué es?

-Opio, heroína- Dijo, mientras la esnifaba con la punta del dedo-. Me la da mi médico.

-¿Para qué sirve?

-Te sientes bien, te relaja, como si flotaras en una nube. Pruébalo. La mitad de los que estamos aquí la consumimos a diario.

-Yo no lo necesito, gracias.

-Todos lo necesitamos…-Aspiró varias veces por la nariz-. Somos gente con responsabilidades que trabajamos durante horas y que cuando llegamos a casa tenemos que cargar con una esposa a la que generalmente aborrecemos.

Fernando reflexionó sobre las palabras de su amigo y recordó a Catalina. No pudo evitar hacer una mueca de disgusto.

-La vida es corta.- Continuó Antonio.- Y esto ayuda a acallar nuestras consciencias y poder seguir mirando a nuestra familia a los ojos.

-Deduzco que no soy el único que tiene una doble vida.

-¡Claro que no! –Antonio rió relajado-. Yo mismo mantengo a una querida y disfruto de las mujeres cuando me place. ¿Ves a aquel tipo de allí?- Señaló a un hombre con traje y corbata-. Ese es uno de los grandes de Madrid. Y de todos es sabido que tiene una amante, que a su vez está casada con otro. ¿Y el hombre de la barra, el de la corbata marrón? Ese tiene a unos cuantos bastardos desperdigados por la ciudad. Su mujer también lo sabe, simplemente mira hacia otro lado.

-Yo no quiero que lo sepa mi mujer, ni la gente del pueblo.- Negó con

la cabeza-. Esto es la capital, hay una mentalidad más abierta, pero en Biescas me perderían el respeto.

-No tienen por qué saberlo. Pero esto.- Añadió, señalando la bolsita con el polvo blanco-. Te ayuda a no pensar.

Fernando apenas había dormido por lo de Cortés: no paraba de darle vueltas al mismo tema una y otra vez y pensó que le vendría bien olvidarse por un rato de lo ocurrido. Hizo caso a Antonio y acabó esnifando la heroína. Cuando ya habían comenzado los efectos de la droga, una mujer de anchas caderas y labios pintados de carmín se acercó a su mesa. Desprendía un olor a colonia barata y su corsé ajustado realzaba sus enormes pechos.

-¿Quieres pasar una noche agradable? –. Preguntó la muchacha.

Fernando la vio hermosa a pesar de la poca luz que había en el local. Se sentía animado, alegre, con ganas de pasárselo bien. Miró a Antonio, que ya iba por su cuarta copa de champaña.

-Tú primero, toda tuya.

Ambos sonrieron y Fernando se alejó de la sala junto a la prostituta. Subieron las escaleras hasta llegar a los pisos superiores donde se ubicaba un hostal de bajo coste. La habitación era sencilla, pero limpia. Fernando se dejó caer en la cama y la prostituta comenzó a desnudarlo. Se sintió en el paraíso, rodeado de bonitas cascadas, árboles frutales y bellas jóvenes vírgenes. Poco a poco fue perdiendo la noción del tiempo y de la realidad. La prostituta se sentó a horcajadas sobre él y de repente su pelo se tiñó de rojo y su cara se convirtió en la de Luisa. Sabía que estaba alucinando, así que rió con todas sus fuerzas.

56

Huesca, octubre de 1933

Ana y la Pepa bajaron del andén y rápidamente notaron el contraste del frío en sus mejillas sonrosadas y calientes. Se apretaron el abrigo con las manos e intentaron salir de la estación evitando con habilidad a la multitud de personas que se agolpaban cerca de las vías. Se dirigían a la prisión provincial de Huesca; La Pepa cargaba con una maleta y en ella habían llevado ropa, leche, croquetas y jamón para Toni. La última vez que lo habían visto, hacía dos meses, estaba muy delgado y débil: la comida en la cárcel era escasa y la higiene también. Llevaba ya un año encerrado; le habían condenado a quince años por tentativa de asesinato junto a los otros anarquistas y lo habían enviado a Huesca a cumplir su condena. Ana no había dudado ni un momento de lo que le había contado: conocía a Fernando y sabía que era capaz de sobornar y montar una farsa tan solo para sacarse de en medio a cualquiera que le complicara la vida. Así lo había hecho con Luisa y ahora con Toni, que estaba viviendo un infierno por algo que no había hecho.

Llegaron al barrio del Perpetuo Socorro y en seguida vieron el muro de cemento gris que anunciaba la prisión. Ana comenzó a notar los nervios en el estómago al pensar que en apenas unos minutos iba a volver a verlo. Sentía una mezcla de alegría y tristeza: tenía ganas de estar con él pero la vuelta se hacía cada vez más dura y a medida que pasaban los meses la esperanza de verlo en libertad se desvanecían como un castillo de naipes. Era domingo y había una cola enorme de personas que venían a ver a sus familiares y que llevaban también cestos repletos de comida y cigarrillos. Por fin entraron y esperaron en la sala de visitas a que apareciera Toni. Los demás presos ya habían salido salvo él. Los minutos pasaban y Toni seguía sin aparecer. Ana se levantó y se dirigió a uno de los guardias para preguntar por él. El hombre no sabía de quien le hablaba así que se marchó durante unos segundos para comprobarlo. Finalmente regresó sin Toni; su cara era totalmente inexpresiva.

-Está enfermo señora, tiene tifus y lo han tenido que aislar en una celda.

-¿Cómo? –Ana se agarró a la Pepa-. ¡Quiero verlo! ¡Por favor, déjenme verlo!

-No es posible, está muy mal y es contagioso, de hecho el cura vendrá pasado mañana para dar la extremaunción; hay varios como él.

Ana comenzó a llorar desesperada, ¿cómo no iba a poder despedirse de Toni? Todos sus planes de futuro se habían destruido en apenas un año. Todas sus ilusiones se habían ido al garete por culpa de Fernando Luengo.

-¿Y no podemos llevarlo a casa para curarlo? –La Pepa también lloraba-. ¡Es culpa vuestra! El tifus se contagia por los piojos y las pulgas… ¿En qué condiciones tenéis a los presos?

-Necesita una buena dieta, reposo e higiene.- Continuó Ana-. ¿Tienen médicos que puedan ayudarlos?

El funcionario intentó mantenerse impertérrito aunque parecía perder la paciencia a cada pregunta que escuchaba.

-No se puede hacer nada, así que será mejor que lo asimilen cuanto antes. Es un preso y está en una cárcel, no en un palacio. Se les avisará cuando…

-¿Cuándo muera? –Ana apoyó la cabeza sobre el hombro de la Pepa sin dejar de sollozar-. Dios mío, lo voy a perder…

La Pepa la cogió del brazo y la sacó del centro penitenciario.

-Niña, no te angusties, escribiremos una carta pidiendo clemencia. ¡Por mis narices que mi Toni se vuelve con nosotras a casa!

Ana negaba con la cabeza y se limpió las lágrimas con la mano.

-No nos van a escuchar Pepa, nosotras no somos nadie.- De golpe pareció venirle una idea a la cabeza, se le iluminó la cara e hizo una mueca de triunfo-. Pero Fernando Luengo sí, él podría sacarlo.

La Pepa la miró sorprendida como si se hubiera vuelto loca.

-¿Pero qué dices? –Le tocó la frente para comprobar que no tuviera fiebre y estuviera delirando-. ¿Te recuerdo que fue él quien le tendió la trampa?

-Lo sé, pero yo tengo algo que puede que le haga cambiar de opinión.

Ana por un instante se acordó de su madre. Llevaban años sin verse ni hablarse y todo precisamente por mantener el honor de los Luengo. Ahora ella iba a hacer lo que un día echó en cara a su madre y que creía ser amoral y despreciable. Iba a chantajear a Fernando aunque en este caso era por una causa mayor, por intentar salvar a Toni o al menos para que no muriera en una sucia celda en soledad.

-¡Ay niña! –La Pepa se santiguó-. Espero que no estés pensando en meterte en la cama de ese malnacido…

-No, no es eso.- Sus ojos refulgían llenos de odio-. Tengo una carta de su mujer que lo puede cambiar todo.

Ana y la Pepa llamaron al timbre de la casa de los Luengo y rápidamente apareció Esmeralda. Habían pasado más de diecisiete años desde la última vez que había pisado esa casa y la criada, aunque parecía la misma mujer afable y simpática que antes, había envejecido notablemente: su cara y sus párpados se habían llenado de pequeñas arrugas y manchitas oscuras propias de la edad.

-¿Qué quieren? –Esmeralda se fijó más en Ana y por un instante creyó reconocerla.

-Soy Ana, hace muchos años atendí el parto del primer hijo de los Luengo, no sé si me recuerda porque era tan solo una niña.

La criada recordó más profundamente y finalmente asintió.

-Han pasado muchos años muchacha, ¿qué es lo que te ha hecho regresar aquí?

-Me gustaría poder hablar con el señor Luengo de un tema importante.

Esmeralda frunció el ceño: seguramente estaría pensando qué tema podría unir a una partera y a un tipo como su Fernando. Esperó que le diera una explicación pero al ver que se mantenía callada se adentró

de nuevo en la casa para comentárselo a su señor. Pocos minutos después volvía a aparecer y les acompañaba a ambas al despacho. Fernando no sabía que Ana era la pareja de Toni y cuando la vio pareció alegrarse de reencontrarse con la niña que había ayudado a su mujer a dar a luz a Fermín.

-Y bien, ¿sobre qué me quieres hablar? –La miró de arriba abajo y pareció asentir con los ojos-. ¡Cómo pasa el tiempo!

Fernando estaba poniéndose un vaso de coñac sobre el mueble bar, parecía relajado y transmitía, como siempre, un halo de poder y autoridad que hacía que los demás se sintieran amenazados tan solo con su presencia.

-Voy a serle clara, señor.- Sintió que la Pepa la rozaba con el brazo, sabía que no estaba sola y que tenía su apoyo-. Quiero que saque de la cárcel a Toni Cuellar.

Fernando abrió los ojos sorprendido al oír ese nombre y se sintió confuso al desconocer la relación que podría tener esa mujer con aquel hombre.

-Sí, soy la novia de Toni.- Se explicó, disfrutando con el desconcierto de Fernando-. Y sé perfectamente que le tendiste una trampa para detenerlo.

-Tú novio se está pudriendo en la cárcel, ya no puedes hacer nada.- Bebió un tragó y le miró fijamente retándola-. Es un rebelde, un hombre violento… Está donde se merece.

-¡Él no hizo nada malo y usted lo sabe perfectamente! –Se atrevió a gritar la Pepa.

-¿Te has traído a tu escudero? –Comenzó a reír-. Parecéis Quijote y Sancho Panza luchando por una causa perdida.

-Perdido lo estás tú.- Ana le entregó un papel-. Está escrito con mi puño y letra, el original lo tengo a buen recaudo.

Fernando cogió el papel mirando fijamente a la muchacha y comenzó a leerlo.

Este hijo es tuyo, Javier. El romance que mantuvimos en Zaragoza tuvo su

fruto, nuestro primer hijo. Es posible que muera en el parto, así que quiero que sepas la verdad y que luches por él. Fernando cree que es suyo y quizás sea un buen padre para él, pero no puedo llevarme a la tumba un secreto como éste. Es tuyo, solo tuyo.

Catalina.

Fernando levantó la vista lentamente, arrugó el papel hasta convertirlo en un ovillo y lo tiró al suelo. Sus ojos observaban vacíos la pared, su mente no estaba en esa habitación sino muy lejos de allí, probablemente había viajado a 1914. Su rostro desencajado parecía que fuera a romperse en cualquier momento, pero pronto intentó mantener la calma y volvió a mirar a Ana.

-¿Me estás amenazando? –Su voz tembló levemente-. ¿Cómo quieres que me crea esto?

-Esta carta la escribió su mujer durante el parto de su primogénito, se lo aseguro. De hecho, el original está escrito en el papel de carta con el escudo de armas de la familia grabado en el margen inferior.

-Su cara lo dice todo.- Añadió la Pepa-. Sabe que es cierto y si no saca a Toni de la cárcel esta carta se hará pública en todas las revistas de sociedad.

-Quiero fuera a Toni mañana mismo.- Siguió Ana, remarcando las palabras poco a poco-. Y quiero que le den medicinas, que le curen. Está enfermo de tifus. Si no sale o muere porque no ha hecho lo suficiente por él, le aseguro que su vida se convertirá en el centro de las alcahueterías de este país, que no son pocas.

Fernando seguía controlando su ira, sentía un odio exacerbado no por la mujer que tenía enfrente y que le estaba chantajeando sino por quien le había llevado a eso: su esposa Catalina. Había intentado aceptar que había tenido una pequeña aventura con su primo, pero lo que acababa de leer era más de lo que podía permitir. Su querido Fermín, su primogénito, no era suyo, y ahora que lo pensaba bien no se parecía absolutamente en nada a él. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? pensó. Fermín había nacido antes de tiempo, por eso habían tenido que llamar a la partera del pueblo y no al médico que habían contratado de Huesca para que atendiera el parto. Ese niño había sido concebido en el Hotel Oriente de Zaragoza, justo después

de haberle pedido en matrimonio.

-Está bien.- Acabó claudicando. No podía permitir que aquella información saliera a la luz: sería el fin de su estatus y de su importante posición como terrateniente en la Cámara de Agricultores de Aragón-. Haré lo que me pedís, pero luego me daréis la carta original.

Ana disimuló su cara de felicidad. Quiso mantener su posición de poder en ese toma y daca.

-¿Cómo se siente señor Luengo? –Incidió la Pepa con mala leche-. Que le hagan lo que usted suele hacer a los demás. Ahora tome de su propia medicina.

Fernando se quedó en silencio incapaz de decir nada, estaba cabizbajo, abatido, por primera vez no sabía cómo devolverle la jugada. Tendría que aceptar su derrota y que su vida con Catalina, desde un principio, se había erigido sobre una farsa.

Ana y la Pepa se marcharon y Fernando, tras terminarse la copa doble de coñac y fumarse un cigarro, se dirigió hacia el jardín donde Catalina se pasaba las mañanas cuidando las plantas. Se acercó a ella poco a poco y no pudo evitar pensar que estaba preciosa con esa especie de visera que le protegía del sol y ese look desenfadado tan primaveral pese a estar en pleno invierno.

-¿Cómo has podido? –Le preguntó-. ¿Cómo has sido capaz de engañarme de esta manera?

Catalina se giró bruscamente al oír los gritos que estaba profiriendo su marido.

-¿De qué estás hablando? –Se quedó pasmada con las tijeras en la mano y las flores secas en la otra-. ¿Te has vuelto loco?

Le cogió del brazo con violencia.

-No solo te acostaste con mi primo cuando ya estabas comprometida conmigo sino que además me has hecho creer todo este tiempo que Fermín era mi hijo.

Catalina se quedó boquiabierta, ¿cómo se había enterado de todo eso?

Javier ni siquiera sabía lo de Fermín, tan solo su querida Manuela conocía la verdad y había muerto precisamente antes de que naciera su hijo.

-No sé de qué me hablas…

-No trates de desmentirlo Cata, lo sé de buena tinta.- Cada vez le apretaba más el brazo-. Me has arruinado la vida, ¿cómo quieres que mire ahora a Fermín a los ojos sabiendo que no es mío?

Catalina comenzó a llorar desesperada, hubiera arrancado a correr si no hubiera sido porque Fernando la tenía agarrada con toda su fuerza. Sus ojos estaban llenos de odio y sintió miedo por cómo podía terminar la escena.

-Te has comportado como una puta.- Continuó, echándole el aliento a coñac en la cara-. ¿Qué pasaría si la gente se enterara? ¡Me arruinarías la vida!

-¿Y tú? –Le plantó cara y le miró a los ojos-. ¿Acaso no me has engañado con otras mujeres? ¿Te piensas que soy tonta?

-¡Pero tú lo has hecho con mi propio primo! ¡Debería darte vergüenza que una mujer como tú, de tu clase, se comporte como una fulana!

Catalina intentó zafarse de él, pero Fernando la cogió ahora de los dos brazos.

-¡Suéltame! ¡No pienso seguir más tiempo contigo! Ahora que los niños son mayores y van a hacer su vida en Madrid ya no necesitan que sigamos con esta farsa. ¡Se acabó! ¡Voy a pedir el divorcio!

Fernando se quedó a cuadros: lo que hacía tanto tiempo temía se estaba ahora convirtiendo en una realidad, Catalina se quería divorciar y todas las leyes le amparaban.

-¡De eso nada! –Le agarró de la barbilla fuertemente-. No vas a divorciarte de mí, no lo permitiré jamás, ¡Vas a arruinarme la vida!

-¿Cómo lo vas a impedir? –Esbozó una débil sonrisa-. Tengo derecho, puedo hacerlo. ¡No me importa quedarme sin nada, me pondré a trabajar si hace falta!

-¿Y tú reputación? ¿Y tú familia? ¿Vas a permitir que se conviertan en

el hazmerreír de Aragón?

Catalina lo pensó seriamente y llegó a la conclusión de que ya no le importaba nada de eso: ya había cometido un gran error casándose con Fernando y no pensaba tirar por la borda de nuevo su vida. Era el momento de liberarse y de construir de cero un nuevo porvenir.

-Me da igual, Fernando.- Sintió un profundo dolor en la mandíbula-. Ahora mismo haré las maletas y me iré a casa de mis padres.

-¡No te vas a ir sin mi permiso! –Gritó y unas gotas de saliva saltaron despedidas de su boca-. ¡Soy tu marido!

Esmeralda salió al jardín, había oído gritos desde la cocina. Vio cómo Fernando tenía agarrada con violencia a Catalina mientras ella no paraba de llorar.

-¡Señora! –La criada aguardó unos metros de distancia- ¿Pasa algo?

Fernando la soltó inmediatamente al oír venir a Esmeralda y Catalina aprovechó ese momento para marcharse corriendo del jardín.

-Esmeralda por favor, acompáñame.- Le cogió de la mano y la llevó a su habitación-. Ayúdame a hacer las maletas.

-¿Las maletas señora? –Frunció el ceño mientras Catalina comenzaba a sacar la ropa de la cómoda-. ¿Dónde se va?

Se paró por un momento; las lágrimas le caían por las mejillas.

-A coger el tren que un día perdí.

57

Biescas, octubre de 1933

Cortés volvió a desplegar el mapa de la provincia de Teruel sobre la mesa. Tuvo que encender la luz: no eran ni las cinco de la mañana y todavía no había amanecido. Luisa estaba haciendo café y preparaba a la vez unos bocadillos que luego envolvió en unos trapos para llevar durante el viaje. El mapa estaba lleno de cruces: durante un año habían visitado más de veinticinco pueblos y no habían encontrado nada que pudiera ayudar a conocer el paradero de la niña.

-¿Dónde vamos hoy? –Preguntó Luisa, sirviendo el café en las dos tazas-. ¿La encontraremos esta vez?

Cortés esbozó una mueca de duda. Habían empezado con muchas ganas y cada domingo se levantaban con la esperanza de encontrarla, pero con el paso del tiempo se habían resignado a viajar sin más: evitaban hacerse ilusiones para que el fracaso no se hiciera luego tan duro.

-Vamos a Calamocha.- Sopló la taza, el café estaba ardiendo y salía humo-.No podemos tirar la toalla, Luisa.

-Llevamos así un año entero, es como si el destino no quisiera que la encontrara.

Cortés le cogió de las manos, que estaban frías y rugosas de tantos años trabajando de criada.

-Te juro que la encontraremos.- Sintió un repentino deseo de besarla pero se controló como tantas veces había hecho-. Estoy convencido de ello, Valeria Matilde es un nombre atípico y además es pelirroja como tú, solo tenemos que dar con el lugar correcto.

-Ojalá tengas razón, quiero estar cerca de mi hija, estoy harta de esconderme, de no poder salir de aquí para que Fernando no me encuentre.

Cortés bajó la mirada, había creído durante todo este tiempo que Luisa había estado a gusto en su casa. Él la cuidaba, procuraba no molestarla, incluso se marchaba durante horas para no incomodarla y para que pudiera disfrutar de su intimidad… ¿Qué más podía hacer por ella?

Luisa se dio cuenta de la reacción de Cortés y chasqueó la lengua.

-Perdona.- Suspiró y se puso la mano en la frente-. No quería ofenderte, entiéndeme. No es por ti, te agradezco lo que estás haciendo, pero me gustaría hacer mi propia vida lo más cerca posible de Inés.

Cortés asintió, en el fondo estaba siendo egoísta al pretender que ella tuviera los mismos sentimientos que él. Sabía que no era un amor correspondido, aunque en el fondo de su corazón todavía guardaba la esperanza de que las cosas cambiaran.

-Será mejor que nos vayamos.

Luisa salió primero y se puso la mantilla que le tapaba la cara. A escasos metros de ella, Cortés vigilaba atento a que nadie pudiera reconocerla. Esperaron a que llegara el autobús; todavía era demasiado pronto y no había prácticamente nadie en la calle, tan solo se toparon con el párroco que hizo un ligero cabeceo a modo de saludo. Tenían más de tres horas de trayecto y los dos aprovecharon para echar una cabezadita. Llegaron con el toque de misa de nueve y bajaron en el casco histórico, justo al lado de la iglesia de estilo barroco. Algunas personas comenzaron a entrar a misa y Luisa y Cortés se dirigieron hacía las callejuelas colindantes en busca de la tienda de ultramarinos, que era dónde solían preguntar en primer lugar. Entraron en una de ellas: fuera había unas cajas con verduras y frutas y en el interior una ristra de ajos secos y pimientos colgaban de una cuerda de pared a pared. No había nadie, todas las mujeres estaban en misa y el tendero se sorprendió al ver a unos desconocidos en su tienda.

-Buenos días.- Luisa observó las legumbres que estaban en el mostrador en unos sacos blancos enormes-. Póngame un quilo de garbanzos por favor.

El tendero se limitó a hacer lo que le pedía sin darle conversación.

-¡Qué bonito es Calamocha! –Añadió Cortés, que siempre intentaba ganarse a los tenderos halagando su pueblo-. Venimos a ver a unos familiares.

-Me alegro que le guste.- El hombre sonrió por primera vez-. Aunque hoy hace un día muy frío, apetece quedarse en casa junto al fuego.

-Venimos a ver a mi sobrina, seguro que la conoce.- Continuó Luisa, sacando el monedero para pagarle-. Se llama Valeria Matilde, ¡es encantadora! Fíjese usted que ha heredado el color de mi pelo.

El tendero le dio los garbanzos y le miró de manera sospechosa.

-¿Quiénes son ustedes? –Frunció el ceño y salió del mostrador-. No me gusta que me engañen.

Luisa se quedó con la boca abierta sin saber qué decir.

-¿Qué problema tiene, caballero? –Cortés intentó disimular-. No le estamos engañando, venimos a ver a nuestra sobrina.

-¿Son una clase de estafadores? –Se quedó de brazos mirándoles de arriba abajo-. La niña de la que habláis es la hija de los Montero, pero dudo mucho que seáis familiares de ellos porque no viven aquí. Solo vienen en verano, durante el año viven en Teruel, que tienen una fábrica de algo, ahora no me acuerdo. ¿Se acuerdan ustedes?

Luisa tragó saliva, ese hombre les había descubierto, pero al menos sabía que su hija se encontraba en Teruel y que se apellidaba Montero.

-¿No se acuerdan, no? –El tendero se dirigió a la puerta y les invitó a marcharse-. No sé qué es lo que tramáis, pero no me gusta un pelo que preguntéis por una niña inocente y tan pequeñita. ¿Pretenden secuestrarla?

Cortés no supo que decir, no sabía cómo justificar su presencia allí sin comprometerse.

-Creo que nos hemos equivocado, le pido mis disculpas. Y no pretendemos secuestrar a nadie, somos gente de bien.

-¡Váyanse antes de que llame a la Guardia Civil!

Salieron de allí a paso raudo en dirección de nuevo a la parada de

autobús. Cortés observó de reojo a Luisa, que no paraba de llorar emocionada.

-¡La tenemos!- Luisa se abrazó a Cortés-. ¡Por fin podré ver de nuevo a mi niña! Me iré a vivir a Teruel y de algún modo la veré… Buscaré la manera…

Cortés nunca la había visto tan feliz y eufórica y no quiso estropearle la alegría recordándole que esa niña ya no era suya y que pertenecía a otra familia. ¿Cómo pretendía estar cerca de ella?

Cogieron el autobús de vuelta y Luisa se pasó todo el viaje hablando de su hija. Cortés se sentía feliz por ella pero temía que se sumiera en una tristeza absoluta cuando se diera cuenta de que nunca más podría ejercer de madre con ella. Cuando llegaron a casa sintió que no estaban solos. Escuchó unos pasos que venían de su habitación, ni siquiera les había dado tiempo de quitarse los abrigos.

-Hola Luisa.- Fernando se apoyó en una pared mirándola fijamente-. Cuánto tiempo.

Cortés se puso delante de ella para protegerla; nunca jamás se hubiera esperado esa visita. Fernando parecía decepcionado y triste, aunque su mirada transmitía una gran rabia y un sinfín de odio.

-Nunca me había esperado esto de ti, Cortés.- Sacó la pitillera lentamente y se encendió un cigarro-. Me has traicionado…¡Tú, qué tanto tienes que agradecerme!

-Yo no tengo nada que agradecerte, me has hecho hacer cosas horribles, he tenido que pegar a hombres delante de sus propios hijos….- Se le quebró la voz por un instante-. Pero no voy a ceder con ella, no con Luisa.

Fernando aspiró sobriamente el cigarrillo como si estuviera en el despacho de su casa.

-Sabes que me lo debes todo.- Le miró intensamente-. ¿O debo recordarte lo que pasó hace años?

A Cortés le costó mantener la cabeza alzada. Tantos años sometido a él le había minado en cierta parte el orgullo. Pero no iba a tolerarlo más, no iba a consentir que le hiciera más daño, ni a él ni a Luisa.

-¿Qué le salvé la vida?

Fernando comenzó a reír intensamente y dio unos pasos hacia adelante.

-Tú lo mataste, a tú propio padre.- Se regodeó al ver a Luisa esbozar una mueca de sorpresa-. Golpeándole la cabeza con frialdad. Y yo té salvé el culo.

-¡Eso no es cierto! –Miró inconscientemente a Luisa intentando explicarse-. Jamás fue mi intención matar a Eugenio, le golpeé para salvarle la vida a él cuando se estaban peleando. Y no era mi padre de verdad, me adoptó para aprovecharse de mí.

-No tienes por qué justificarte, Cortés.- Dijo Luisa, que había dejado de llorar y parecía sacar un poco de fuerza para enfrentarse a Fernando-. ¡Eres tú el cabrón que quiso deshacerse de mi hija, de tu hija! Eres un ser despreciable, ojalá la vida te devuelva todo el daño que has causado a los demás.

Fernando intentó acercarse a ella, pero Cortés le puso la mano en el pecho.

-Será mejor que te vayas.- Se tocó el bolsillo de la americana para dejarle claro que no dudaría en utilizar la pistola que precisamente él le había dado para defenderle-. No te queremos aquí.

Fernando se dirigió vacilante hacia él.

-Nunca nadie te ha querido, Cortés.- Seguía con esa sonrisa amenazante que tanto le caracterizaba-. Tus padres de verdad te abandonaron y los otros te adoptaron solo para que trabajaras para ellos… Yo fui el único que te acogió en mi casa sin preguntar, te di un trabajo remunerado y una familia… ¿Y prefieres proteger a esta tiparraca?

Cortés apretó los puños detrás de la espalda; le estaba chantajeando emocionalmente pero no iba a caer nunca más en sus redes de manipulación. Era un hombre malvado e interesado y no iba a permitir que volviera a hacerle daño a nadie.

-Puedo tener a uno como tú cuando me dé la gana.- Continuó, alzando el dedo-. A cualquier hombre le gustaría trabajar para mí. Y tú, Luisa,

más te vale que desaparezcas de este país, no pienso tolerar que me pongas en un aprieto cada vez que se te antoje.

-¡No me pienso ir! –Gritó con vehemencia-. ¡No voy a esconderme más, yo no he hecho nada malo, no pienso marcharme de aquí!

Fernando se tocó el labio inferior en un gesto nervioso.

-Te equivocas, nena. Tú no vas a decidir nada… ¿Quieres que le pase algo a tu hija?

-¡Ni siquiera sabes dónde está! –Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo-. No te vas a salir con la tuya, te denunciaré si hace falta. Ahora me escucharán, este país ha cambiado mucho en tres años.

-Sigo siendo Fernando Luengo, ¿sabes? –La miró por encima del hombro con orgullo-. Pude vencer a los huelguistas que me amenazaban y podré vencerte a ti también. La ley siempre está de parte de nosotros, por mucha República y democracia que haya.

Cortés le abrió la puerta para que se marchara.

-¡Vete de aquí ya! –Exclamó lleno de rabia-. Alguien tiene que pararte los pies, Fernando Luengo.

Fernando se quedó unos segundos mirando a Cortés y por un instante recordó al chico de quince años que había entrado en su casa por primera vez. Sintió una punzada en el estómago: en el fondo había llegado a apreciarle, e incluso había creído realmente que tendría su fidelidad por el resto de su vida. Se marchó lentamente y Cortés cerró la puerta tras él aliviado.

-Tenemos que denunciarlo, Luisa.- Le dio su pañuelo para que se secara las lágrimas-. No se puede salir con la suya.

Luisa asintió decidida, pero miró a Cortés y pareció pensárselo.

-¿Qué pasa contigo? ¿Y si cuenta lo de tu padre adoptivo? ¡Te meterán en la cárcel!

Cortés le acarició la cara, sabía que muy pronto la perdería de nuevo y quizás para siempre. Pasara lo que pasara, ella no volvería a estar a su lado.

-Olvídate de eso y piensa en tu hija. Bastante daño te he hecho ya alejándote de ella, no me importa lo que pueda pasarme a mí.

Luisa agarró la mano que le acariciaba y la besó.

-Ojalá me hubiera enamorado de ti.- Apretó los labios en una mueca compasiva-. Hubiera sido muy feliz a tu lado.

Cortés cerró los ojos, agradeció sus palabras aunque supo que con ellas le dejaba claro que nunca habría nada entre los dos salvo una bonita amistad.

-Nos iremos de aquí, Luisa. Haz las maletas.- Miró hacia abajo para que no percibiera el dolor que sentía por sus palabras -. Nos iremos a Huesca y lo denunciaremos. Pero necesitaremos un abogado y eso vale mucho dinero. Tengo algunos ahorros, no sé si serán suficientes.

Luisa pensó durante unos segundos.

-Sé de alguien que nos puede ayudar: Alexandre Chambon.

58

Londres, octubre de 1933

Javier estaba en su despacho tomándose una taza de café. Desde que había discutido con su mujer por la travesura de Laura y Fermín las cosas no habían marchado igual que antes. Se había dado cuenta de que estaba tirando su vida por la borda viviendo con una mujer que, aunque sentía un gran cariño por ella, no la quería del mismo modo que a Catalina. Eso sí que había sido un amor de verdad, tan puro como el aire que se respiraba en la campiña inglesa: lleno de felicidad pero también de dolor, de subidas y bajadas, de corazones acelerados con una simple mirada. Y eso era lo que jamás había sentido por Margarita cuando la conoció en Bilbao en la boda de uno de sus compañeros de trabajo. Le había resultado una mujer independiente, dulce y simpática, de fácil convivencia, y se había casado con ella para olvidar a Catalina de una vez por todas y formar una familia que le hiciera recobrar la ilusión y las ganas de vivir de nuevo. Pero ella había cambiado con el tiempo; por Laura. Y él también a su manera, desde que había vuelto a ver a Catalina en Barcelona, en la Exposición Universal. Había sentido de nuevo todos aquellos sentimientos que creía haber extinguido desde su boda y desde la llegada de su hija, pero en tan solo unos segundos, con tan solo mirarla a los ojos, supo que seguía enamorado de ella y que ella tampoco había conseguido olvidarlo del todo. No podía seguir engañándose, ni a él ni a su mujer ni a su hija. Estaba dispuesto a separarse, aunque ello conllevara quedarse solo.

Ya no solía desayunar en el comedor: prefería hacerlo solo en el despacho. Se llevó la taza a los labios y sopló varias veces hasta que se templó. Ese día se marchaban sus sobrinos de vuelta a España, así que por fin podría hablar con Margarita sobre la separación y comenzar una nueva vida. Sentía un dolor inmenso por su hija, a la que quería con locura, aunque creía que en el fondo comprendería su decisión: era una chica lista y siempre habían congeniado estupendamente. De repente sonó el teléfono; la teleoperadora le anunció una llamada internacional proveniente de España. Javier se imaginó que se trataría

de Fernando para hablar de la partida de sus hijos, aunque últimamente había preferido comunicarse con él a través del correo.

-Hola, Javier.

Sintió un escalofrío al oír la voz de Catalina. Por su débil voz dedujo que estaba preocupada por algo.

-Sé que mis hijos cogen ahora un barco de vuelta.- Continuó, hablando lentamente-. Pero quiero contarte algo.

-¿Qué ocurre? –Escuchó varios gemidos apagados: estaba llorando-. ¿Por qué lloras?

-Todo este tiempo te he escondido algo muy grave, pero lo hice por los dos, para que ambos pudiéramos seguir con nuestras vidas.- Hizo una pausa larga-. Ahora me he dado cuenta del error que cometí: te merecías desde un principio saber la verdad.

Javier frunció el ceño: no tenía ni idea de qué se podía tratar aquello, pero tenía que ser algo realmente importante. Desde hacía tres años no había vuelto a hablar con ella.

-¿Estás bien? ¿Ha pasado algo con Fernando?

Catalina no paraba de llorar y la voz se oía muy lejos.

-Me voy a divorciar, Javier. Estoy en casa de mis padres. No lo soportaba más… Tantas mentiras, tanto odio… Te sigo queriendo…- Hizo una pausa y cogió aire-. Oh, por Dios, te estoy poniendo en un aprieto, ¿verdad? Siento lo que he dicho…

-No me pones en ningún aprieto.- Le interrumpió. El corazón le iba a mil por hora-. Hace un año tomé la decisión de separarme de Margarita, pero no quería hacer nada ni decirle nada a ella hasta que tus hijos se fueran. ¡Te quiero tanto, Cata!

Catalina siguió llorando aunque ahora Javier pudo percibir que era de felicidad.

-Los niños son mayores, van a hacer su vida. Yo soy libre, en cuanto me divorcie de Fernando podré hacer lo que quiera. Y tú…

-Yo también seré libre.- Intentó contener la emoción-. Eso significa

que podremos unirnos de nuevo, como en 1914 Cata, cuando nos enamoramos. Pero ahora será diferente, nadie nos puede parar. Podemos ser felices.

-Oh Javier, pero no querrás saber nada de mí cuando te cuente lo que llevo tantos años escondiendo.

Una serie de quejidos y lamentos le partieron el alma.

-¿Te acuerdas de la noche que pasamos juntos en Zaragoza? –Continuó.

-¡Claro que me acuerdo! ¡Fue tan bonita! La recuerdo como si fuera ayer, como si no hubieran pasado dieciocho años…

-Los mismos años que tiene Fermín. Es tu hijo.

Javier se quedó callado; las lágrimas comenzaron a asomarle por los ojos y se encendió como pudo un cigarrillo con la mano izquierda. No se podía creer lo que estaba oyendo: que el fruto de aquella noche de pasión se hubiera materializado en ese chico tan encantador. Su hijo, su propio hijo.

-¿Cómo has podido ocultármelo? –Su voz sonó fría y distante-. ¡Merecía saber la verdad!

-Lo siento, pero tú te habías ido a Bilbao y yo tenía que casarme con Fernando… ¿Qué podríamos haber hecho?

-Te aseguro que me hubiera encargado de él.- Tenía rabia, quería colgarle el teléfono para demostrarle que estaba enfadado con ella por haber sido tan cobarde-. Me he perdido su infancia, su vida… ¡Joder, él se cree que su padre es Fernando!

-Y en cierto modo ha sido así. Nunca les ha prestado mucha atención, pero creo que siempre los ha querido mucho.- Volvió a hacer una pausa-. Pero también tiene que saberlo: ya no quiero mentir a nadie más.

-El día de tu boda estaba allí.- Tragó saliva, tenía la emoción agarrotada en la garganta-. Te observé desde una cafetería, con ese vestido tan bonito, tan brillante… Todo relucía salvo tus ojos, Cata. Estabas triste, sé que me viste. No tuve valor para decirte nada, yo

también fui un cobarde. Pero te digo una cosa, no me hubiera ido si hubiera sabido que tenías un hijo mío en tus entrañas.

Javier colgó el teléfono y comenzó a llorar. Golpeó varias veces la mesa de su despacho y se hizo daño. ¿Qué podía hacer ahora? Estaba dolido, sentía que Catalina también le había traicionado, ¿cómo había podido esconderle eso durante dieciocho años?

Fermín entró en la habitación, la criada estaba terminando de hacer las maletas y su hermano estaba tumbado en una de las camas leyendo una revista de cine. Se sentó en el borde de la cama y miró a su alrededor: faltaban cuatro horas para zarpar de nuevo de vuelta a España y echaría de menos esa casa en la que había vivido durante dos años. Su padre les había llamado para decirles que irían a la Universidad de Madrid y que se afiliarían a Falange. No paraba de darle vueltas: había oído hablar de ese partido y no le gustaba en absoluto. Nunca le había interesado la política y menos un movimiento como aquel, que tanto se parecía al de los nazis. Sin embargo, Martín se lo había tomado estupendamente bien, estaba eufórico por vestirse de falangista y convertirse en uno de los grandes del Partido que lucharía por una España libre de comunistas. Así se lo había prometido al mismo rey hacía años en un restaurante de Sabiñánigo y ahora tenía la oportunidad de convertirse en el joven valiente y capaz de sacrificarse por el bien de la Patria.

-¿Estás seguro de que quieres estudiar Derecho? –Le preguntó a Martín-. Sabes que en la universidad tendrás que estudiar sí o sí.

Martín dejó la revista a un lado y se puso las manos bajo la nuca.

-Jamás seré abogado.-Dijo con seguridad.- Tal y como están sucediendo las cosas en España pronto empezará una guerra y yo me convertiré en capitán.

-¿Quieres formar parte del ejército?

Martín asintió orgulloso.

-Pero no quiero ser un simple soldado, quiero ser un hombre reconocido, un estratega.

Se escuchó la voz de mister Banks desde el recibidor avisándoles de

que bajaran con las maletas o aún perderían el barco. La criada terminó de hacerlas y Martín abandonó la habitación. Fermín se dispuso a hacer lo mismo cuando de repente apareció Laura.

-Bueno... ¿Así que os marcháis, eh? –Su prima parecía triste-. Han sido dos años divertidos. Ahora me aburriré estando sola en esta casa.

Fermín la observó con detenimiento: sin duda la echaría de menos. Se había convertido en una buena amiga, incluso podía decir que en su primer amor. Era la primera vez que se había enamorado y ahora la perdería sino para siempre para muchos años.

-Podemos seguir hablando por teléfono o cartearnos semana a semana, seguro que tengo muchas cosas que explicarte cuando viva en Madrid.

-Estoy convencida de que te convertirás en un buen médico-. Se lo imaginó con la bata blanca y sonrió inocentemente-. No tenemos que perder el contacto.

Fermín sintió cómo se le encendían las mejillas. Podía marcharse sin más y no volver a ver nunca más a Laura, pero aquella era su última oportunidad de darle un beso, su primer beso. Se acercó lentamente a ella y en ese momento no le importó en absoluto que se tratara de su propia prima. En los últimos días había intentado sacarse de la cabeza el hecho de estar cometiendo un pecado atroz. Puso los labios sobre los suyos y apretó con fuerza. Laura sintió una oleada de calor en todo el cuerpo, el corazón se le aceleró y deseó alargar aquel beso para siempre. Nunca había sentido nada parecido por un chico: las mariposas en el estómago eran un síntoma infalible para saber si estaba enamorada de verdad. O eso le había contado una amiga suya.

-Prométeme que no te olvidarás de mí.

Martín se adentró bruscamente en la habitación.

-¡Venga, que no tenemos todo el día!- Expresó sin importarle la interrupción-. Mister Banks está ya en el coche.

-Laura y yo estábamos hablando. –Dijo Fermín, frunciendo el ceño-. ¡No nos molestes!

-¡Oh, vamos! –Rió sórdidamente-. ¿Tú sabes la de mujeres que hay en Madrid? En cuanto nos vean vestidos de falangistas no se nos resistirá

ninguna… Olvídate ya de ella, anda.

Laura intentó no hacer caso a su primo, con el tiempo había aprendido a ignorarlo.

-Será mejor que te vayas.- Dijo al fin, dándole la mano.

Fermín, con mucha pena, bajó al recibidor y se despidió de sus tíos. Su tío Javier parecía muy afectado: nunca lo había visto con esa cara desencajada y triste. Le dio un abrazo y notó que le apretaba más fuerte de lo habitual. Se despidió de todos y se metió en el coche sintiendo que las lágrimas comenzaban a aflorar por sus ojos. Sin duda habían sido los años más felices de su vida.

El barco estaba a punto de zarpar y estaban asomados por la barandilla de la cubierta. Pronto regresarían a España e irían directamente a Madrid donde un amigo de su padre les afiliaría a Falange y les acomodaría en la ciudad universitaria. Sus padres vendrían a verlos una vez hubieran empezado ya las clases. En esos dos años solo se habían visto una vez durante las navidades pasadas y durante ese corto periodo en casa, Fermín se había dado cuenta de que su madre fingía llevarse bien con su padre. Quizás nunca habían sido un matrimonio bien avenido, pensó, pero era ahora con sus dieciocho años de vida cuando se daba cuenta de ello.

-Me voy a dar una vuelta.- Dijo Martín-. A ver si encuentro a alguna muchacha con ganas de divertirse.

Fermín se quedó solo observando como el barco comenzaba a adentrarse mar adentro. Dejaba atrás Inglaterra y empezaba una nueva vida de estudiante en Madrid. Por fin se convertiría en médico, pensó ilusionado. De repente sintió una mano sobre el hombro. Pensó que se trataría de su hermano pero cuando se giró se encontró con su tío Javier.

-¿Pero qué haces aquí? –No pudo evitar sentirse sorprendido y confuso a la vez-. ¡Pero si te hemos dejado hace unas horas en Londres!

-No podía dejarte marchar.- Sus ojos estaban rojos y húmedos-. He de contarte una larga historia.

Cuando llegaron a Madrid, Antonio Jiménez, el amigo de su padre, les

estaba esperando en la Puerta del Sol. Se dirigieron a la Universidad y se adentraron en una clase llena de miembros de JONS y de Falange. Martín estaba entusiasmado por convertirse en uno de ellos, pero Fermín no estaba dispuesto a hacerlo: era una persona íntegra y podía tomar ya sus propias decisiones. Él solo quería estudiar Medicina, no meterse en política, y menos en un partido que estaba tan lejos de sus ideales basados en el respeto y la tolerancia. El amigo de su padre acabó por aceptarlo, de hecho dijo que la pasión y las ganas de Martín contaban por dos y que nadie podía trabajar por el Partido si no tenía ni un ápice de interés por lo que propagaba. Fermín se sintió aliviado por sus palabras, aunque no dejó de pensar que aquel hombre se había sentido un poco decepcionado.

Martín garabateó su firma en el papel de alta como afiliado de Falange y en seguida le dieron una camisa azul mahón y un parche con el símbolo del yugo y las flechas en rojo para que se lo cosiera en el bolsillo a la altura del corazón. No podía estar más feliz: por fin se sentía un hombre valorado que podía luchar por el bien de su país. Recordó una vez más las palabras que había tenido con el Rey y con Primo de Rivera hacía ya tantos años y sintió un placer agradable al pensar que ahora estaba bajo las órdenes del propio hijo del general: José Antonio Primo de Rivera. Le dieron un fajo de revistas de JONS para que comenzara a venderlas por Madrid por las tardes junto a otros compañeros y le dieron las gracias por su valentía y por su entusiasmo. Sabía que era un trabajo peligroso, de hecho ya había habido varios asesinatos de miembros de Falange en la calle por parte de los pistoleros socialistas. Pero él no tenía ningún miedo: se sentía realizado y no iba a defraudar a nadie. Ahora su vida tenía un objetivo y ese era el de hacerse un hueco en el partido y convertirse en un hombre importante.

Antonio Jiménez los llevó a la Ciudad Universitaria y allí los dos hermanos se separaron por primera vez en sus vidas. Fermín viviría en el Colegio Mayor de la Facultad de Medicina y Martín en el de Derecho. Ninguno sintió pena alguna, más bien ambos estaban deseando separase después de tantos años de convivencia forzada que apenas había logrado recuperar el cariño que una vez se tuvieron de críos. Tan solo se estrecharon la mano fríamente, sin saber que nunca más volverían a verse.

Fermín se tumbó en la cama de su nueva habitación. En la litera de arriba su nuevo compañero ya dormía profundamente. Se puso las manos bajo la almohada e intentó ordenar todos los nuevos sentimientos que se agolpaban en su interior. Su tío no era su tío, era su padre, y su padre ya no era su padre, sino su tío. En un principio no había querido creerlo: eso conllevaba saber que toda su vida había sido una mentira; ni siquiera el que había sido su padre durante dieciocho años había conocido la verdad. Se sentía furioso con su madre, por haberle mentido. Y ahora que le habían contado la verdad, hubiera preferido no saberla. Fernando siempre sería su padre: él había estado a su lado todos esos años, aunque no siempre y todo lo que a él le hubiera gustado. Sin embargo, era la persona que le había visto crecer. Comenzó a llorar al recordar la escena en el barco.

-Pero si yo soy tu hijo… ¿Laura es mi hermana? –Sintió una nausea en el estómago y no era precisamente por el vaivén del barco-. ¡Por dios! ¿Qué he hecho? ¿Me he besado con mi propia hermana?

Javier volvió a cogerle del hombro, aquel gesto parecía hacerle sentir bien.

-Escucha, sé que sentís algo el uno por el otro, pero sois todavía muy jóvenes, no debéis forzar nada, tenéis que dejar madurar los sentimientos.

-¡Pero me he besado con mi hermana! –No podía dejar de pensar en eso: creía realmente que, ahora sí, iría derechito al infierno-. ¿Qué puedo hacer ahora?

-Es tu hermana, pero no de sangre. Tranquilízate.

Fermín lo miró extrañado: ¿Qué significaba eso de que no era de sangre?

-Laura fue adoptaba cuando tenía dos años.- Sintió un nudo en el estómago al recordar a su hija-. Margarita era estéril y después de mucho intentarlo decidí pedir que me trasladaran a Londres para que nadie nos conociera. Allí adoptamos a Laura, era una niña abandonada del barrio de Clerkenwell.

Fermín recordó que Laura se había quejado una vez de no tener fotografías de cuando era un bebé; su madre decía que las había perdido en el traslado de Bilbao a Londres.

-Es curioso porque cuando nos escapamos para ir al cine, también fuimos a dar una vuelta a Clerkenwell… Ella no sabía nada, claro, pero parecía conectada de algún modo a esa gente. Dice que quiere ser enfermera para ayudar a la gente pobre.

Javier sonrió orgulloso de su hija: siempre le había inculcado la solidaridad y la ayuda a los más desfavorecidos.

-Pero ella no tiene que saber nada de esto, no creo que sea plato de buen gusto saber que tus padres te abandonaron de pequeña.

Fermín agachó la cabeza.

-Yo nunca te abandoné.- Javier le levantó la barbilla-. Si lo hubiera sabido no te hubiera dejado nunca. Ahora me doy cuenta de que te pareces un poco a mí.

Fermín no supo si tomárselo como un cumplido o no. Seguía sin creérselo del todo, para él Fernando seguía siendo su padre.

-Tu madre y yo nos queremos.- Continuó-. Siempre nos hemos amado, pero las circunstancias de la vida nos han mantenido separados. No quiero que te pase lo mismo que a mí, así que nunca voy a prohibirte nada con Laura. Los dos sois libres y os equivocaréis juntos o seréis felices juntos.

La conversación había terminado en un abrazo. Ahora que estaba tranquilo en su nueva habitación veía las cosas de diferente manera. Su padre siempre sería Fernando pero con el tiempo quizás podría retomar una bonita relación con Javier. Le había demostrado que era una muy buena persona y aunque todavía era muy pronto para saberlo, podía terminar siendo la nueva pareja de su madre. Se levantó con una sonrisa en la boca y encendió la luz del escritorio. Su compañero se revolvió molesto en la cama, pero cambió de posición y le dio la espalda. Cogió papel y bolígrafo y comenzó a escribir a Laura.

59

Madrid, octubre de 1933

Martín comenzó a repartir la revista JONS tan solo dos días después de haber llegado a Madrid. Le habían asignado como compañero a uno de los muchachos que también estudiaba Derecho y que era dos años mayor que él. Manuel se había convertido en un valor seguro para el Partido: tenía carisma y liderazgo, se podía confiar en él y estaba a tan solo un paso de convertirse en jefe de la centuria en la que estaba Martín. Pero él no entendía como un hombre como él, huérfano, que vivía con sus dos tías en un pequeño piso de Madrid y que no tenía ni el estatus ni la misma clase que él había logrado escalar posiciones por sus propios méritos.

Comenzaron a repartir en la calle Quintana, junto a un pistolero del Partido que se encargaba de su propia seguridad.

-¿Tan peligroso es repartir una simple revista? – preguntó Martín a Manuel.

Manuel le miró con ojos inquisidores.

-Todavía no entiendo qué hace aquí un novato como tú. No sabes nada de lo que se cuece. ¿Cómo te han puesto a repartir revistas tan pronto?

Martín pensó en el amigo de su padre: seguramente era un hombre poderoso y gracias a eso le habían tomado por alguien importante.

-Pues porque saben que soy bueno.

-¡Bah! –Hizo un gesto de indiferencia-. Todavía no has visto lo peor, novato.

-¿Esto es lo peor? –Miró de un lado a otro, la gente paseaba tranquilamente por la calle, incluso niños-. ¿Repartir revistas con un pistolero al lado? ¡Yo aspiro a algo más!

-Oye tú.- Manuel se acercó a él, le sacaba dos cabezas y por la camisa se le asomaba un pelo espeso y negro.- Tienes los humos muy subidos, ¿no? Alguien debería bajártelos…

-Te los bajaré yo a ti cuando ascienda.- Siguió repartiendo como si nada-. Esto no ha hecho más que empezar.

-¿Pero tú quién coño te crees que eres? –Manuel sacó pecho para amedrentarlo-. ¡Seguro que eres el típico niño de papá que no sabe cómo se las gasta la vida!

-Soy hijo de Fernando Luengo, uno de los terratenientes más importantes de Aragón.-Se puso de puntillas para no parecer más bajito-. Tengo entendido que tú eres un pobre huérfano…

Manuel se abalanzó hacía él, le tiró al suelo y comenzó a abofetearle.

-¡No vuelvas a dirigirte a mí de esa forma!

El pistolero corrió para separar a los dos jóvenes.

-Voy a tener que informar al Partido de esto.- Cogió a Martín por el brazo y lo empujó lejos de Manuel-. No puede ser que dos camaradas se peleen en plena calle delante de todo el mundo. ¿Cómo vamos a conseguir que la gente se crea lo que decimos si entre nosotros no nos ponemos de acuerdo?

Martín jadeaba cansado, tenía la cara llena de magulladuras mientras que Manuel estaba intacto.

-Esto no quedará así.- Espetó Manuel, poniéndose la gorra que se le había caído durante la trifulca y dándose media vuelta para irse de allí.

Al día siguiente, mientras Martín desayunaba en la cafetería de la universidad, un hombre con bigote y gafas se acercó con Manuel hacia su mesa. Sabía que le iba a caer bronca, así que abrió su primer paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo. Aunque tosió un poco al principio, rápidamente se acostumbró a ello. Quería parecer un tipo duro, su padre siempre lo conseguía cuando se colgaba del labio uno de ellos.

-¿Podemos acompañarte?

Se sentaron sin esperar respuesta y ellos también se hicieron unos cigarrillos de liar.

-Me han comentado lo que ocurrió ayer entre Manuel y tú.- Dijo el hombre de las gafas-. Quiero que te quede clara una cosa: sabemos que vienes de parte de Antonio Jiménez y que tu padre ha dado un buen dinero para el Partido, pero eso no te da derecho a saltarte las normas.

-Yo no he hecho nada.

-¡Silencio!- Exclamó.- Cuando yo hable, tú callas.

-Primero me gustaría saber con quién estoy hablando, señor.- Intentó contener su mal genio fumando más rápido.

-Soy tu superior, el camarada Fanjul. Formas parte de mi centuria, así que muestra un poco de respeto. Tu compañero, el camarada Manuel, lleva con nosotros mucho más tiempo que tú, así que obedece sus órdenes. ¿Me has entendido?

Martín se tragó el orgullo y controló su rabia.

-Sí, mi camarada. No volverá a ocurrir.

-Y una cosa más. No creas que esto es un juego de niñas. Es peligroso, así que procura ir siempre acompañado cuando vayas vestido con uniforme. ¿Por qué crees que vais a repartir con un hombre armado? Tenemos enemigos ¿entiendes?

Martín asintió de nuevo y vio como los dos hombres se levantaban y se marchaban con una tranquilidad que le pareció insultante. Estaba rabioso, le habían humillado, a él, que lo estaba dando todo por ese Partido. ¿No veían que tenía más agallas que Manuel? pensó, dando un golpe en la mesa y marchándose de allí para dar una vuelta por Madrid. Todavía no había acudido a ninguna clase: su meta era el partido, ser alguien importante, le importaba tres pitos la carrera. Estaba convencido de que si se convertía en el jefe de una centuria como ese tal Fajul, sería el orgullo de todos. Era ya media tarde y Madrid estaba adormecida, demasiado correcta y cotidiana. Desde que había llegado a la ciudad, apenas había salido, ni siquiera había tenido la oportunidad de ligar con una chica. Quería divertirse, era joven, rico e independiente y nadie podía ponerle límites.

Cogió el metro hacia la Avenida Reina Victoria; allí se encontraba el edificio del Gran Metropolitano en el que había una gran sala de fiesta con música en directo. Todavía no había mucha gente y la música no había empezado, pero se sentó en la barra y se pidió una copa de whisky Bourbon. Pasó una hora y las chicas comenzaron a llegar acompañadas muchas de ellas por sus hermanos mayores o por algún amigo. Eran jóvenes, de unos veinte años y vestían recatadamente. pero ninguna de ellas era lo suficientemente bonita como para que Martín hiciera el esfuerzo de intentar conquistarla. De repente vio entrar a la chica más guapa que jamás había visto; iba con otra amiga, mucho más gorda y fea, y llevaba unas perlas enormes que hacían constantes destellos brillantes. Tenía una sonrisa preciosa y su media melena castaña lucía unas ondulaciones perfectamente ejecutadas. Se levantó, se echó el pelo para atrás y se puso bien la camisa de Falange bajo el pantalón. Fajul le había advertido que era peligroso andar por ahí con el uniforme de Falange sin protección alguna, pero estaba en una pista de baile, ¿qué carajo le iba a pasar? Además, él no era como Manuel, un cobarde que siempre iba cubriéndose las espaldas, ¿así pensaba combatir a sus enemigos? pensó, orgulloso de su valentía. Se dirigió a la chica, pero a escasos metros de ella sintió como bajaba la cabeza y le daba la espalda. No cesó en su intentó y se acercó hasta ella.

-Buenas tardes señorita, ¿cómo se llama?

La chica la miró avergonzada y su amiga le cogió del brazo fuertemente.

-Lo siento, pero mis padres no me permiten hablar con desconocidos y menos con un chico de Falange.

Martín frunció el ceño y tuvo la tentación de decirle que su padre era un estúpido.

-¿Pero por qué? Soy un hombre importante en el Partido.- Mintió para hacerse el interesante-. Queremos salvar el país. ¿Es acaso tu padre un comunista?

-Oh no, por Dios.- Simuló una sonrisa y se apartó un poco-. Es solo que dice que los de Falange sois muy violentos y no quiere que me acerque a vosotros.

Martín asintió mordiéndose la lengua por dentro y las chicas aprovecharon su silencio para despedirse y marcharse hacia la pista de baile. Creía que con ese uniforme todas las mujeres querrían estar con él, Falange era el partido de moda, estaba creciendo cada vez más y la mayoría eran universitarios como él… ¿Qué podía pedir más una mujer? Suspiró decepcionado y abandonó la sala con el sabor amargo de haber fracasado. Dio una patada a un seto que había a un lado de la calle y comenzó a caminar sin un rumbo fijo. Se fumó medio paquete de tabaco y llegó sin darse cuenta a un barrio sin apenas iluminación con un desordenado tejido de casas y calles estrechas. Se imaginó que se trataba de uno de los arrabales de Madrid donde se hacinaban los inmigrantes y personas más pobres que no podían permitirse el precio de un piso en el centro. Quiso salir de allí, pero en seguida se dio cuenta de que ni siquiera se había molestado en estudiar la ciudad. Siguió andando por inercia y de golpe se encontró con una pequeña taberna desde la que se podía oír cierto barullo y las plácidas carcajadas de varias mujeres. Entró en el local, era una simple sala de paredes desconchadas con varios taburetes y mesas de madera. Estaba llena de hombres que jugaban a las cartas mientras las mujeres de escote pronunciados les servían una cerveza detrás de otra. Algunos hombres subían acompañados por alguna muchacha descocada a la planta de arriba y Martín notó la presión en sus calzones al imaginarse sobre una de ellas. Aquella era la oportunidad de estrenarse, allí no lo conocía nadie y aunque las mujeres no eran tan bonitas como la chica que había visto en el Metropolitano, seguro que lo aceptarían de buen grado.

Se sentó en la barra y el hombre le miró de arriba abajo. No pareció sorprenderse al verle con el traje de Falange, así que Martín se relajó y se pidió un aguardiente.

-Oiga, ¿puedo pedir a una chica? –Le preguntó al tabernero, que llevaba un palillo en la boca y no hacía más que secar vasos-. Tengo dinero.

El hombre asintió sin mucho convencimiento y llamó a una chica con el pelo anaranjado que estaba sirviendo una mesa. Martín no la vio muy guapa, de hecho tenía cara de tonta y no le gustaba nada.

-¿No puedo escoger a otra? –Miró a una morena que también servía y que tenía los pechos más grandes-. ¿Puedo quedarme con esa?

El tabernero negó con la cabeza.

-O esta o nada.

Le dijo algo a la chica al oído y enseguida se lo llevó escaleras arriba. Martín intentó entablar conversación con ella, para romper un poco el hielo, pero la chica, que tendría más o menos su edad, se mantenía callada y con la misma cara de boba todo el rato. Entraron en un pequeño cuartucho que olía a agrio y en el que apenas había una cama. Comenzaron a besarse y Martín tuvo que cerrar los ojos para imaginarse a la chica de las perlas y excitarse todavía más. Comenzó a jadear al momento mientras la muchacha comenzaba a desatarle la camisa y a atarle con ella las muñecas en el cabezal de la cama.

-Vaya, que traviesa eres…-Le dijo, mirando al techo y dejándose llevar por el placer.

De repente alguien entró en la habitación, era un chico alto y musculado que cerró la puerta tras él y que echó a un lado a la prostituta sin ningún miramiento. Se parecía un poco a la chica: tenía su mismo color de pelo pero parecía espabilado y mucho más listo.

-Eh, ¿es que no hay intimidad o qué? –Martín se sintió indefenso al verse medio desnudo y con las manos atadas-. ¿Qué haces aquí?

El chico le miró con los ojos bien abiertos, parecía estar de mala leche.

-¿Qué es lo que pretendías viniendo aquí, eh? – Se acercó más a él y le registró los bolsillos del pantalón-. ¿Ganarte a la chica para que te contara algo? Qué mala suerte que sea muda, ¿eh?

Martín no entendía de qué narices le estaba hablando.

-Yo solo he venido a tirarme a la puta.- Tenía una ceja interrogante-. ¿De qué me hablas?

-Un respeto con mi hermana.- Señaló a la chica y Martín esbozó una mueca de sorpresa al conocer ese parentesco familiar-. ¿Así que me estás diciendo que has venido al barrio de los pistoleros de la FAI, vestido de Falange, para tirarte a mi hermana?

El chico comenzó a reír sin parar y Martín tragó saliva y a arrepentirse de haberse comportado con tanta ligereza vestido de uniforme. Ahora

se encontraba atado a aquella cama con un pistolero de la FAI frente a él sin poder hacer nada por escapar. Había desobedecido las órdenes de sus superiores, las advertencias de Manuel, y ahora iba a pagar por ello.

-Escucha, yo no sabía que este barrio era vuestro, te lo juro.- Su voz temblaba-. Solo quería divertirme, me iré y no volveré a molestaros.

-Hace poco mataron a un gran amigo mío.- Sacó lentamente la pistola del bolsillo de su pantalón-. Varios de los tuyos. Se ensañaron con él. Le pegaron un tiro en la cabeza y lo dejaron tirado en la calle.

-Oye, yo soy nuevo en esto.- No podía dejar de temblar, aquel chico parecía ir en serio-. De hecho ni siquiera creo en este partido, mi padre me obligó a afiliarme.

Las gotas de sudor le recorrían por la frente y rezó para que le dejaran marchar. Aquel tipo le estaba apuntando con una pistola.

-Lucita, vete.- Le ordenó a su hermana.

Martín había escuchado ese nombre anteriormente, pero no recordaba cuando. La chica se marchó y el joven acercó la pistola a su cabeza.

-¡Gritaré! –Comenzó a mover los pies y la cabeza para poder escapar, pero era imposible-. ¡Gritaré y vendrán a ayudarme!

Martín se meó encima del miedo terrible que estaba pasando. Su vida estaba a punto de desvanecerse y ni siquiera había cumplido los dieciocho años.

-Puedes gritar lo que quieras… ¡Yo soy quién manda aquí!

Aquella frase, aquellos ojos… Ese pelo rojo, las pecas en los pómulos… Era Daniel, el chico que le había hecho la vida imposible en la escuela, y la puta era su hermana, la niña que se veía con el maestro don Severiano a escondidas. Había ganado la batalla en su día, cuando había conseguido chantajear al maestro y dejar la escuela, pero ahora Daniel se tomaba la revancha sin ni siquiera saberlo, pues no le había reconocido después de tantos años. Martín se quedó con los ojos abiertos, incapaz de pronunciar su nombre en voz alta. Y de repente, en su último suspiro, Daniel apretó el gatillo.

Su vida había terminado, pero había conseguido lo que quería: al día siguiente, las portadas de todos los periódicos se hacían eco del asesinato y Martín se convertía en uno de los héroes más jóvenes muertos por Falange y por la Patria.

60

Huesca, noviembre de 1933

Catalina estaba desayunando con sus padres en el salón de la casa donde había crecido. Llevaba días sin comer nada, desde que había visto en la portada de JONS la noticia del asesinato de su hijo. Habían enviado el cuerpo a Biescas y allí había sido enterrado en un acto multitudinario repleto de banderas con el yugo y las flechas y hombres uniformados con el traje de Falange. Aunque Catalina hubiera preferido algo más íntimo, pensó que su hijo estaría orgulloso de que lo trataran prácticamente como a un héroe; un nuevo caído por Falange era un buen reclamo publicitario para que, paradójicamente, otros jóvenes de su edad se afiliaran para jugarse la vida como él. No habían encontrado al asesino, de hecho ni siquiera se habían preocupado en buscarlo. La policía le había dicho que eran muchos los que, en esta vorágine de violencia política, morían en Madrid en manos de pistoleros de un partido u otro. Sin duda hubiera dado su vida a cambio de la de él, ahora tendría que vivir todo lo que le quedaba de vida con la tristeza y el vacío absoluto que sentía constantemente en su corazón. Y todo por culpa de Fernando, pensó con rabia. Él fue quien había ordenado a Martín afiliarse a Falange pese a estar al tanto de lo peligroso que podía ser tan solo por tener a su favor a ese Antonio Jiménez. Había visto a Fernando en el entierro; seguía manteniéndose impertérrito de cara al público, de hecho no lloró ni siquiera cuando metieron el ataúd de su hijo bajo la tierra. Pero Catalina lo conocía bien y sabía a través de sus ojos que aquella desgracia la tendría para siempre en su consciencia; el sentimiento de culpa le hacía agachar avergonzado la cabeza pues sabía que por su culpa su hijo había acabado muerto como un perro.

-Querida, come un poco.- Le dijo su madre acercándole una tostada-. A este paso te vas a poner enferma.

Su padre había cogido el periódico y de golpe se irguió en la silla y se quitó las gafas para tocarse el ceño.

-¿Qué pasa, padre? –Preguntó Catalina, que se comió un pedazo de tostada sin mucho ánimo.

Su padre le entregó el periódico abierto por la noticia que encabezaba la sección de sociedad. Leyó atentamente palabra por palabra y se quedó blanca como un fantasma.

-¿Juicio a Fernando? –No se podía creer lo que estaba leyendo-. ¿Alguien ha denunciado a Fernando?

-No da más detalles, ni siquiera dicen por qué ha sido denunciado.- Comentó su padre-. Solo dicen que en una semana será juzgado uno de los terratenientes más importantes de Aragón después de haber sufrido la desgraciada muerte de…

No quiso acabar la frase: era demasiado doloroso volver a recordar que su nieto había muerto asesinado con un tiro en la cabeza.

-¿No sabes de qué puede tratarse? –Su madre volvió a servirle un poco más de zumo-. ¡Madre mía, qué vergüenza para la familia!

Catalina sabía que su madre se había estado mordiendo la lengua todo ese tiempo para no echarle en cara que había destrozado la reputación de la familia divorciándose de Fernando, pero esta vez parecía no poder evitarlo.

-No sé nada, Fernando no era el hombre que creíais que era: tenía muchos frentes abiertos.

-Fernando es un buen hombre hija, y sin duda no se merece que le des la espalda en estos momentos tan difíciles para él.

Catalina apretó los labios enfurecida, su madre era incapaz de comprender que prefería estar sola que seguir conviviendo con un hombre al que no amaba.

-He perdido un hijo, ¿no cree que hay mayor castigo que ese? –Se levantó sin terminar el desayuno-. Siento haber arruinado su reputación, si es eso lo que más le preocupa, pero a partir de ahora voy a hacer lo que quiera, y nadie me lo va a impedir.

-Escucha, hija.- Le agarró del brazo para retenerla-. ¿No te das cuenta de que sin Fernando no tendrás nada? Seguro que si le pides perdón

aceptará que vuelvas con él.

Catalina se zafó de ella con violencia.

-¿Cómo tengo que decirle que no le quiero? Ya no soy una niña, madre, ¡usted ya no puede decirme lo que tengo que hacer!

Se fue hacia el recibidor y se puso el abrigo y el sombrero para salir. Escuchó a su madre gritándole de lejos, pero hizo oídos sordos y suspiró aliviada cuando comenzó a andar alejándose de aquella casa. Empezó a llorar de nuevo por todo lo que había ocurrido en apenas unas semanas, se sentía tan sola que incluso en más de una ocasión había pensado en trasladarse a Madrid para poder estar más cerca de su hijo Fermín. Él también lo había pasado mal con lo de Martín, de hecho apenas había sido capaz de mirar el ataúd de su hermano sin sollozar en voz alta lo mucho que se arrepentía de no haberse llevado mejor con él cuando habían tenido la oportunidad. Su hermano pequeño era un tipo frío y receloso, muy parecido a su padre, pero quizás había sido un poco culpa de todos el no haber sabido llegar hasta él y comprenderlo en toda su complejidad.

Caminó sin parar; el frío le hacía bien aunque le dolía la cabeza. Llevaba demasiado tiempo llorando sin apenas dormir ni comer y se encontraba débil y sin fuerzas. Sabía bien hacía dónde dirigirse: sus pasos recorrieron las mismas calles que había paseado con Javier aquel verano de 1914. Vio el majestuoso edificio del Teatro Principal y recordó aquella noche tan espléndida con Fernando, cuando tan solo tenía ojos para él. Siguió andando: tan solo quería volver a sentarse en aquel banco que compartieron los dos cuando llegó el barquillero. A medida que se fue acercando, pudo ver a un hombre sentado en ese mismo banco. Su sombrero le tapaba la cara mientras jugueteaba con sus propios dedos. Catalina chasqueó la lengua y pasó de largo: no se iba a sentar al lado de un desconocido.

-Catalina.

Se giró de golpe al oír su nombre. El hombre que estaba sentado en el banco se levantó y se dirigió a ella. Casi se desmaya allí mismo al ver a Javier acercándose a ella lentamente, cogiéndole de la mano y besándosela repetidamente. Como si fuera un sueño, Catalina se lanzó a sus brazos y sin pensárselo si quiera le besó sin importarle quien pudiera verle. El mundo se podría haber detenido o estallar en guerra

en aquel preciso instante sin que ellos dos, que estaban fundados en un encuentro apasionado y lleno de sentimientos, lo apreciaran.

-¿Qué haces aquí, Javier? –No podía dejar de despegar sus labios de los suyos-. Creí que cuando acompañaste a los niños en el barco te habías vuelto a Inglaterra.

Javier negó la cabeza, sus manos acariciaban el pelo de ella con dulzura.

-He estado aquí todo este tiempo. Esperándote.

-Creía que estarías enfadado conmigo.- Agachó la cabeza y no pudo evitar soltar unas lágrimas-. Fermín también lo está, me dijo que jamás me perdonaría el haberle mentido.

-Tienes que darle tiempo, a mí también me ha costado perdonarte.

Catalina le miró a los ojos, que parecían limpios de rencor.

-Tu hijo te quiere.- Continuó-. Y sé que algún día nos llevaremos bien.

Ella volvió a abrazarle y comenzó a llorar.

-¡He sufrido tanto! –Puso su cabeza en el hombro de él-. ¡Y me he sentido tan sola!

-Quise estar a tu lado cuando ocurrió lo de Martín, pero sé que ibas a estar con tu familia y no quería causarte más problemas…Quería esperar un poco más antes de ir a por ti.

-Pensé que ya no querrías saber nada, que incluso te habías planteado lo de tu matrimonio.

Javier lo había puesto todo en manos de sus abogados y Margarita ya estaba avisada de que la separación sería inmediata. Había hablado con su hija varias veces por teléfono y, aunque le había costado asumirlo y había estado un tiempo sin hablarle, finalmente había decidido perdonarle. Incluso se había puesto en contacto con él para decirle que tenía pensado estudiar enfermería en Madrid una vez que su madre se hubiera recuperado del disgusto de la separación. Así estaría más cerca de él y, aunque no lo había dicho abiertamente, también de Fermín, con quien se carteaba prácticamente a diario.

-Ya no hay nada que nos separe Cata, podemos hacer lo que queramos.

Catalina sonrió al oír aquello, por fin se sentía liberada de todas las cadenas de su pasado aunque ahora arrastrara con ella la pérdida de su hijo pequeño.

-¡Quién nos iba a decir que dieciocho años más tarde nos volveríamos a ver en esta misma calle, frente a este mismo banco de nuevo juntos!

-Sin Fernando, sin nadie que nos ponga barreras.- Le acarició la cara y sintió un escalofrío al rozar su piel suave-. He leído en el periódico que Fernando va a ir a juicio. ¿Vas a querer asistir?

Catalina negó con la cabeza mientras le agarraba de la cintura.

-Ya nada me ata a él, no quiero saber nada. No me importa lo que le pueda pasar.

-¿Y dónde quieres ir ahora? Puedo pedir que me manden a cualquier sucursal del banco de Bilbao. Podemos ir dónde tú quieras.

Catalina le miró a los ojos, que seguían mostrando sinceridad y transparencia. Era el mismo chico que había conocido con veintiún años salvo que ahora lucía unas canas blancas que se entrelazaban con su pelo castaño claro.

-Me da igual.-Le agarró la cara con las dos manos y le besó-. Siempre y cuando sea contigo.

61

Huesca, noviembre de 1933

Luisa se sentó en la mesa del fiscal junto a Alexandre. Estaba nerviosa, pues era la primera vez que alguien se atrevía a sentar a Fernando Luengo en un juzgado y no sabía como iba a terminar todo aquello. Le había denunciado por chantaje y amenazas y Cortés y Ana habían decidido declarar como testigos a su favor. Estaban sentados detrás de ella, en un banco de madera, infundiéndole ánimos mientras le agarraban fuerte de la mano. Alexandre le guiñó un ojo y se acercó al abogado de Fernando para saludarle. Era uno de los mejores de Aragón: tenía muchos años de experiencia y el noventa por ciento de los casos ganados. Sin embargo, Luisa confiaba absolutamente en Alexandre: sabía que, aunque era joven e inexperto, era un chico inteligente que lucharía como el que más por ella.

De repente apareció Fernando acompañado por Esmeralda y su anciana madre, que apenas podía andar por sí sola y necesitaba la ayuda de un bastón para sujetar su pesado cuerpo. Él parecía cansado, sus ojos vacíos se posaban sobre unas bolsas ojerosas y moradas, y su rostro mal afeitado y su vestir poco cuidado le habían hecho perder el atractivo y la presencia del que siempre había hecho gala. Hubo un silencio sepulcral mientras se sentaba en la mesa de los acusados; en cierto modo podía llegar a dar lástima al verlo tan solo, divorciado y sin su hijo Martín. No obstante, Luisa era incapaz de sentir pena por él por todo lo que había sufrido por su culpa. Cuando pasó por su lado, Fernando la miró de reojo con resignación, no vio rencor en sus ojos: parecía aceptar el destino que le esperaba.

El juez Yagüe entró en la sala acompañado por un chico más joven que parecía ser su aprendiz y que llevaba en la mano una libreta y una pluma. No dejó de mirar hacia Luisa: parecía observar el banco de atrás como si buscara a alguien en concreto, pero rápidamente se sentó cerca del estrado junto al juez. Éste era un hombre de pelo y barba blanca vestido de negro y con pajarita marrón. Tenía fama de ser uno de los jueces que más expropiaciones de tierras a

terratenientes había llevado a cabo en esos dos años de República. Habían tenido suerte y ese hombre se había interesado por su caso y lo había tramitado. Alexandre estaba contento y le había dicho que tenían muchas posibilidades de ganar y de que Fernando acabara, aunque fuera durante poco tiempo, en la cárcel.

-Luisa Pardo.- Dijo el juez con voz grave-. Acusa al señor Fernando Luengo de amenazas de muerte y chantaje. ¿Puede explicarnos cuando conoció al acusado?

Luisa se puso de pie y comenzó a hablar para explicar de nuevo lo que tantas y tantas veces había ya contado en sus declaraciones.

-Lo conocí por primera vez cuando comencé a servir en su casa en 1927.- Miró a Fernando, éste estaba fumando-. Tuvimos una aventura unos meses después.

-¿Y qué es lo que ocurrió para que comenzaran las amenazas?

Luisa tragó saliva; una cosa era reconocerlo en privado y otra delante de todos. Sentía los ojos de la madre de Fernando clavados en la nuca y temía que le diera un patatús: parecía una mujer mayor y delicada de salud. Pero a estas alturas, se dijo a sí misma, debía importarle tres pitos lo que pudiera pensar los demás pese a que tenía todos los números para quedar como una cualquiera. Ante los ojos del mundo, era ella, una criada joven y guapa, quien había provocado a Fernando para llevárselo a la cama.

-Me quedé embarazada y Fernando jamás aceptó que fuera suya a pesar de que, a mis diecisiete años, jamás había estado con otro hombre.

La madre de Fernando soltó un lamento angustioso que provocó que el juez pidiera silencio a gritos y que el funcionario que permanecía de pie en la puerta de la sala le llevara un vaso de agua para que no se desmayara de la impresión. Aquella mujer era la primera vez que se enteraba de toda aquella historia tan terrible y vergonzosa para la familia Luengo.

Fernando, sin ni siquiera pestañear, intentó desmentir a Luisa, pero el juez rápidamente le hizo callar y guardar su turno.

-Cuando me enteré de que estaba embarazada.- Continuó, cogiendo

aire-. Me marché de esa casa. Dije que me iba al pueblo para cuidar de mi madre enferma, pero en realidad me fui a vivir a Jaca. Viví como pude durante un tiempo con lo que había ahorrado y luego tuve a la niña.

-¿Se marchó sin decirle nada a Fernando sobre lo del embarazo?

-Sí. Él ya me había dejado claro que no aceptaría a un bastardo y que sería mejor que lo perdiera si fuera el caso. Yo no estaba de acuerdo, así que me fui por miedo a que me obligara a abortarlo.

Siguió contando la historia hasta que el juez llamó a Ana y ésta se dirigió al estrado con pasos decisivos. No había dudado ni un momento en ayudar a Luisa: desde que Fernando había metido a Toni en la cárcel sentía un deseo absoluto de venganza hacía él.

-¿Usted atendió el parto de Luisa Pardo? –Le preguntó.

-Sí. Ella me contó la historia. Yo le alenté para que fuera a hablar con él y le dijera que era su hija: no tenía dinero ni trabajo y necesitaba que Fernando le ayudara. Era su hija y tenía que ocuparse de ella.

Fernando se levantó y dio un puñetazo en la mesa.

-¡No es mi hija! –Se pasó la mano por el pelo, que lo tenía un tanto alborotado-. ¡Y ella miente por venganza! ¡Tú sí que me hiciste chantaje!

-Cálmese señor Luengo y espere su turno.- El juez le ordenó que se sentara y volvió a dar la voz a Ana.

-Mire señoría, es cierto que le hice chantaje. Lo admito. Pero lo hice porque metió en prisión a mi pareja, el representante sindical de la provincia de Huesca, acusándole de un delito que no había cometido. Los campesinos de Fernando le pedían un aumento de sueldo pero él se negó y decidieron ir a la huelga. Fernando se saltó la ley a la torera y despidió a todos contratando a nuevos trabajadores de otros pueblos. Un grupo de anarquistas quiso atentar en su casa y Fernando, junto a otro trabajador al que había sobornado, tendió una trampa a Toni y consiguieron que la Guardia Civil lo detuviera como uno de los delincuentes.

-¿Y por qué cree, señorita, que quiso tenderle esa trampa?

-Porque Toni no cedió ante sus amenazas y se puso a favor de los campesinos. Y sí, le chantajeé. Le dije que si no le sacaba de prisión haría público algo que ahora mismo no viene al caso.

Fernando se mordió el labio y suspiró aliviado al saber que no iba a hacer público lo de Fermín. Se encendió un cigarro y se dejó caer en la silla. El aire de la sala era gris y turbulento, Cortés tampoco podía parar de fumar.

-Tiene muchos frentes abiertos, señor Luengo.- Comentó el juez Yagüe, poniéndose de pie-. Se reanuda el juicio en media hora.

El juez salió de la sala junto al chico con el que había venido y la gente se puso en pie. Alexandre le dijo a Luisa que tal y como estaba yendo todo tenían el caso prácticamente ganado. Tan solo faltaba la declaración de Cortés para desarmarle por completo. De repente, Fernando se acercó a Cortés y lo apartó con violencia de los demás.

-No te lo voy a decir de nuevo.- Vocalizó con rabia-. O cambias tu declaración o tendré que explicar que mataste a Eugenio. No te pienso dar más oportunidades.

-Di lo que quieras, me da igual.- Dijo con resignación.

-¿Te da igual acabar en la cárcel por una tipa que ni siquiera te quiere? –Rió irónicamente-. ¡Por dios, Cortés! ¿Acaso no te di una buena vida?

Cortés había estado agradecido a Fernando por la oportunidad que le había dado cuando tenía quince años, pero con el tiempo se había dado cuenta de que tan solo le había utilizado para mancharse las manos por él, por su interés y beneficio. Y estaba harto de no poder dormir por las noches por culpa de todas aquellas historias llenas de dolor y venganza que durante tantos años había tenido que soportar en su consciencia. En más de una ocasión había querido cambiar de vida, dejar a los Luengo y crearse un camino propio, pero Fernando nunca le había dejado marchar. El recuerdo de la muerte de Eugenio planeaba amenazante sobre él cada día de su vida. Se había sentido atado para siempre a ese hombre y quizás lo hubiera estado todavía si no hubiera aparecido Luisa en su vida.

-Por tu culpa Luisa ha perdido a su hija.- Le cogió de la muñeca con fuerza-. Quiero que sea feliz, simplemente eso. Yo no soy como tú, no

hago las cosas por interés. No pienso mentir más.

Cortés sintió un profundo dolor al pensar en ella y se marchó corriendo de la sala. Sabía que Fernando contaría lo de Eugenio y que probablemente acabaría en la cárcel. El tiempo se estaba agotando y no quería pensar en el momento en que tendría que separarse de Luisa. Sabía que ella iba a empezar una nueva vida y que él no estaba en sus planes. Intentó tragarse las lágrimas: hacía años que no lloraba, el tiempo que había pasado en el orfanato le había endurecido el corazón. Sin embargo, gracias a Luisa había aprendido a sentir de nuevo. Su vida a partir de entonces no tendría sentido al no tenerla a su lado.

De repente se le acercó el joven que había acompañado al juez durante todo el juicio. Era prácticamente igual de alto que él, tenía el pelo oscuro y los ojos negros. Se quedó parado a un metro de distancia, observándolo mientras sus ojos se humedecían emocionados. Cortés se lo quedó mirando a su vez: no entendía por qué aquel joven se mantenía quieto sin atreverse a hablarle. De repente sintió un escalofrío.

-Cortés.- El chico dio un paso adelante y no pudo evitar reprimir unas lágrimas-. ¡Tanto tiempo deseando verte!

Cortés le miró fijamente; se parecía mucho a él y aunque habían pasado muchos años desde la última vez que lo había visto, su corazón le dijo que aquel muchacho era su hermano Miguel.

-Miguel.

Se fundieron los dos en un abrazo como si nunca hubiera existido los más de veinte años que los separaban. Se había despedido de él cuando tenía tres años; su cara infantil y traviesa se había transformado en un rostro atractivo y lleno de expresión.

-Mi padre es el juez Yagüe.- Dijo con la voz tomada por la emoción-. Cuando leí tu declaración supe que eras tú por tu fecha de nacimiento. Mi padre aceptó llevarlo a cabo sin dudarlo.

-Todo este tiempo me he preguntado si habías sido feliz.- Se secó las lágrimas con un pañuelo-. Sor María nunca me dijo dónde estabas, te aseguro que hubiera ido a por ti.

-He sido feliz, te lo aseguro. Mis padres me han dado siempre muchísimo cariño y ya ves, estoy a punto de licenciarme en Derecho.- Se dio cuenta de la cicatriz de su cara-. ¿Y tú? Alguien te adoptó, ¿no es así?

-Sí, cuando tenía catorce años, pero nunca me quisieron como a ti.

Cortés no quiso entrar en detalles, cuando acabara el juicio podría conversar con él todo lo que quisiera.

-Quiero que sepas que, aunque era muy pequeño cuando me fui, siempre te he recordado. Eres el único hermano que tengo… Bueno, también están las gemelas.

Miguel comenzó a llorar de nuevo al recordarlas; ninguno de los dos pudo evitar recordar su verdadero origen.

-Todavía recuerdo a madre.- Continuó Miguel-. Tengo su olor grabado en mi cabeza. No recuerdo ni siquiera su cara, pero sé que la quería y en el fondo creo que ella también a nosotros. Nunca he tenido el valor de volver a casa y pedirles una explicación.

-Yo sí lo hice.- Tragó saliva con angustia-. No están, se fueron a Asturias al poco de abandonarnos. Padre encontró trabajo en la mina.

Miguel asintió decepcionado y vio como su padre entraba de nuevo en la sala. Era el momento de volver y reanudar el juicio.

-Luego hablamos hermano.- Esbozó una sonrisa cariñosa-. Con tu declaración todo se solucionará. Tenéis el juicio ganado.

Entraron en la sala de nuevo y Cortés se dio cuenta de que estaba temblando. Pronto le llamaron a declarar y sintió un vértigo terrible al verse delante de todos con la dura mirada de Fernando clavada en su rostro. Comenzó a sudar profusamente y sintió que ahora ya no le daba tanto igual que Fernando explicara lo de Eugenio. Ahora que había encontrado a su hermano se abría ante él una nueva vida llena de esperanza e ilusión. Quería retomar todos esos años que había perdido, conocerle de nuevo y no volver a separarse jamás. Pero tenía que decir la verdad: se lo debía a Luisa, por haberle separado de su hija y para que Fernando no se volviera a salir con la suya. Él caería, pero Fernando también.

-Me pidió que la matara.- Al decir eso, su garganta se secó como el agua de un desierto y tuvo que beber un poco para poder seguir-. En ese momento no sabía el por qué, pero yo… yo apreciaba mucho a Luisa, nos habíamos hecho amigos y era incapaz de cumplir con lo que me había pedido.- Miró hacia ella; estaba con las manos cruzadas y había comenzado a llorar-. La busqué, la encontré en Jaca con la niña y me lo explicó todo.

-Entonces.- Siguió el juez-. ¿Hizo creer al señor Luengo que la había asesinado?

-Sí. Luisa se fue a Toulouse y yo dejé a la niña en la Casa de la Misericordia de Zaragoza. Fernando confiaba en mí.

-Hay una cosa que no entiendo, ¿por qué siguió trabajando para él después de lo que le había pedido?

Cortés se mantuvo en silencio. Su hermano le miraba con orgullo y por un instante volvió a sus años de infancia cuando jugaba con él a las canicas en la puerta de su casa. No quería perderlo de nuevo, pero sabía que Fernando no iba a estar callado.

-Él me dio trabajo cuando era un crío y consideraba que se lo debía.

Fernando se levantó y comenzó a gritar.

-Mire señoría, he de confesar algo. Cortés tiene razón, me lo debía… me lo debía porque mató a su padre delante de mis narices.

Todos ahogaron un grito de sorpresa, incluido Miguel. Cortés se puso las manos en la cara: su libertad pendía de un hilo y podía terminar lo que le quedaba de vida en la cárcel.

-Señor Luengo.- El juez no podía creer lo que estaba escuchando-. ¿Está diciendo que este hombre asesinó intencionadamente a su padre?

-Así es.- Fernando mentía: había sido un accidente y precisamente para salvarle la vida-.Era su padre adoptivo, quería que trabajara en su huerto y no para mí, así que Cortés, que he de decir que siempre ha tenido un carácter violento e impetuoso, se abalanzó hacia él y le golpeó con un cenicero en la cabeza.

Cortés no sabía como defenderse: si rectificaba a Fernando y explicaba que todo había sido un accidente, se estaría auto culpando y entonces ya no habría marcha atrás.

De repente, alguien del público se levantó y comenzó a dirigir sus pasos hacia el juez. Esmeralda, la criada de toda la vida de los Luengo, avanzaba decisiva sin apenas mirar a Fernando.

-¿Y usted qué quiere? –El juez Yagüe la miró sorprendido-. No es ningún testigo.

-He estado muchos años callada, señoría.- Le tembló un poco la voz y carraspeó un par de veces para parecer una mujer segura de sí misma-. Yo soy testigo de lo que ocurrió ese día con el padre de Cortés.

Cortés se quitó la mano de la cara, ¿de qué estaba hablando Esmeralda? Todo había ocurrido en el despacho de Fernando y éste dijo que se iba a ocupar del cuerpo sin que nadie se enterara. Creía tenerlo todo controlado y durante todo este tiempo alguien lo había descubierto todo. Quién podría pensar que Esmeralda tendría la última palabra para decidir aquella acusación.

-El señor Luengo había contratado a Cortés.- Continuó la criada-. El muchacho salió a por un recado y cuando regresó lo hizo con ese tal Eugenio, su padre adoptivo. Ese hombre parecía no estar en sus cabales, estaba borracho y enfadado. Los llevé al despacho de Fernando y allí los dejé con la puerta cerrada. Yo no las tenía todas conmigo: ese hombre parecía furioso y temía que acabara mal con Fernando, que siempre ha sido un hombre muy… digamos que no le gusta que nadie le pase por encima.

Fernando estaba inquieto aunque también aliviado de que Esmeralda pudiera avalar sus palabras y terminar del todo con Cortés. Si eran dos los que corroboraban la historia, Cortés no podría defenderse.

-Señora, por favor.- Dijo el juez-. Si la puerta estaba cerrada, ¿cómo pudo ver lo que ocurrió dentro?

-Pues bien señoría, al cabo de un rato pasé de nuevo por el despacho y puse la oreja; oí gritos, ese tal Eugenio y el señor Luengo no paraban de pelear, de hecho oí gritar a Cortés también, que le suplicaba a su padre que dejara tranquilo a Fernando. Yo me fui a buscar ayuda: ¿qué iba a poder hacer yo para parar la pelea entre dos hombres?

Total, que fui a por el jardinero, pero éste había terminado su turno y se había marchado a casa. Además, la señora había bajado al pueblo. Estaba sola, así que regresé al despacho y ya no oí ningún grito más. Pero escuché una frase de Fernando que me heló la sangre. Dijo algo así como que él se ocuparía del cuerpo, que era un borracho y que la gente pensaría que se habría caído al río. Al poco rato salió Cortés y realmente lo vi muy afectado: de hecho lloró en alguna ocasión días después durante el desayuno. Siempre ha sido un chico muy sentido señoría, es una criatura espléndida. Cuando apareció el cadáver de Eugenio en el río y se dijo que había muerto accidentalmente ahogado, mucha gente comenzó a sospechar del pobre Cortés. Siempre ha tenido que convivir con las habladurías insanas que se decían de él en este pueblo. Y me siento culpable por haberlo permitido, pues él no hizo nada.

-Así que usted solo escuchó lo que se dijo en el despacho.

Esmeralda negó con la cabeza y se santiguó.

-Por Dios santo señoría, me tendría que haber quedado en mi habitación y no ser una alcahueta. Yo no sabía qué hacer, jamás vi salir a Eugenio del despacho y Fernando ese día se pasó todo el día allí dentro; de hecho ni siquiera me dejó servirle la cena. Ya era de noche y me fui a la cama, pero no podía dormir: no dejaba de pensar en lo que había sucedido aquella mañana en esa casa. Yo no sé qué hora sería señoría, pero seguro que muy tarde. Escuché pasos por la casa y luego vi una pequeña luz desde la ventana de mi habitación. Era Fernando, que arrastraba un cuerpo pesado que intuí que era el de Eugenio. Lo metió dentro del coche y se fue.

La madre de Fernando se desmayó y por unos minutos la sala se tornó histérica: el funcionario de la puerta llamó a un compañero y entre los dos lograron sacar de allí a la mujer. Fernando ni siquiera se inmutó por lo que le había pasado a su madre, pues no podía dejar de pensar en el testimonio de Esmeralda… ¿Quién se iba a creer ahora que quién realmente había matado a Eugenio había sido Cortés?

-Señoría, ¡eso no es cierto! –Gritó Fernando, que le caía el sudor por la frente visiblemente nervioso y superado por los acontecimientos-. ¡Fue Cortés! ¡Él le dio con el cenicero! ¡Se lo juro!

Miró a Cortés y le rogó con la mirada que dijera la verdad. El juez

también se dirigió a él: si lo negaba todo podría librarse de la acusación.

-Señoría.- Cortés miró a Luisa, ella sabía la verdad. Sus ojos le decían que no fuera tonto, que no valía la pena pagar toda la vida por un accidente fortuito. Luego observó a su hermano Miguel y pensó que ya no volvería a estar solo nunca más-. Fernando miente. Yo no maté a mi padre. Fue él, delante de mis narices, quién cogió el cenicero y lo estampó sobre su cabeza. Se habían enzarzado en una discusión. Fernando no soporta que nadie le levante la voz.

Fernando tragó saliva y comenzó a gritar de nuevo negando las palabras de Cortés.

-¡Él lo mató! -Su cara estaba roja e histérica-. ¡Yo solo me ocupé del cuerpo para salvarle el culo! ¡Confiaba en ti, Cortés!

-Fernando Luengo.- El juez se puso serio y pidió silencio para dictaminar sentencia-. Se le acusa no solo de amenazas y chantaje, sino también del asesinato de Eugenio Martínez. Éste tribunal le considera culpable.

Fernando lanzó un grito desgarrador que dejó absorto a la sala entera. Se puso las manos en la cabeza mientras dos guardias se lo llevaban cogido del brazo. Cortés por un instante sintió una pizca de compasión por él, aunque al recordar todo lo que le había hecho a Luisa pensó que realmente estaba recibiendo su merecido y pagando por todo el daño que había causado. Observó detenidamente como Fernando abandonaba la sala derechito hacia la cárcel y le pareció ver como éste se erguía de nuevo y recuperaba la elegancia que siempre había llevado con él. No hizo ademán de mirar atrás.

Luisa no pudo contener las lágrimas, se acercó a Alexandre y le abrazó tiernamente.

-Gracias por todo, de verdad.- Recordó los días en Toulouse y no pudo evitar una lágrima al recordar a Brigitte-. Eres un hombre de los pies a la cabeza, siento todo lo que te dije antes de irme.

-Tenías toda la razón: me comporté como un crío, aunque creo que estoy madurando poco a poco.- Le guiñó un ojo y se rió-. Mi primer caso ganado, ¿qué dirán ahora mis padres?

Los dos rieron despreocupados y Luisa le agarró de la mano.

-Por cierto.- Continuó Alexandre, sacando del bolsillo un pañuelo bordado de flores violetas-. Me lo dio Brigitte para ti antes de partir.

Luisa se lo llevó al pecho y lo guardó con todo su cariño en el bolso.

-Espero que te vaya bien, Alexandre.- Le acarició la mano a modo de despedida-. Sé que será así.

62

Jaca, noviembre de 1933

Ana llegó al hostal, dejó la pequeña maleta con impaciencia en el mismo recibidor y se dirigió a la cocina. Allí estaba la Pepa haciendo uno de sus guisos, de hecho todo el edificio se había llenado de ese dulce aroma a cebolla pochada y pimiento verde. Estaba cantando de cara a los fogones, ni siquiera se percató de su llegada. En la mesa estaba Toni leyendo el periódico: parecía mucho más recuperado que cuando lo dejó apenas dos días atrás.

-¡Hemos ganado! –Gritó Ana, haciendo que ambos giraran la cabeza hacia ella-. ¡Fernando es culpable!

Toni dejó el periódico sobre la mesa e hizo un esfuerzo por levantarse. Esbozó una mueca de debilidad y Ana le obligó a que permaneciera sentado.

-No te muevas cariño, todavía estás convaleciente.

La Pepa dejó la cuchara de madera en el puchero y corrió hacia Ana para darle un abrazo.

-¡Si es que sabía yo que tendría su merecido ese mal nacido! ¡Con todo el daño que le hizo a nuestro Toni!

Ana se sentó junto a Toni y le cogió de la mano.

-Ahora ya solo debemos seguir hacia delante.- Toni le besó apasionadamente-. Y pensar en nosotros dos.

-¡Y en la Pepa! –Exclamó de fondo sin descuidar el guiso.

-Y en la Pepa.- Dijeron al unísono.

63

Teruel, noviembre de 1933

Un hombre con silbato anunció la salida del autobús con destino a Teruel. Luisa dejó la maleta en el suelo para poder abrazar a Cortés. Aquella sería, probablemente, una despedida para siempre. La última vez que le había dicho adiós había sido para empezar una nueva vida en Francia sin su hija y ahora lo hacía con total libertad para acercarse más a ella.

-Me tengo que ir.- Luisa le acarició la cara-. No sé cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Cortés parecía triste, pero sabía que se recuperaría pronto. Ahora tenía ilusión, ganas de rehacer su vida de nuevo aunque fuera sin ella.

-Espero que seas muy feliz.

Luisa asintió y tuvo ganas de llorar: había sido como un hermano para ella.

-¿Qué vas a hacer a partir de ahora?

Cortés asomó una sonrisa repleta de esperanza.

-Miguel y yo hemos decidido hacer un viaje a Asturias en busca de nuestros padres y de nuestras hermanas.

-Ojalá tengáis toda la suerte del mundo.- Le abrazó fuertemente; el conductor estaba ya sentado en su sitio y la gente comenzaba a acomodarse en los asientos-. Nuestros caminos se separan aquí.

Cortés tragó saliva y reprimió una lágrima.

-Adiós, Luisa.

Luisa dejó la maleta en el portaequipajes, subió al autobús y se sentó. Tras varios silbidos más, el vehículo comenzó a moverse. Miró a través

de la ventana: los ojos de Cortés la observaban inquietos, como si no quisieran perderla de vista. Ella le dijo adiós con la mano y pensó que nunca jamás podría olvidarse de él.

Sintió los mismos nervios que había tenido años atrás cuando optaba para el puesto de criada en casa de los Luengo. Esta vez tendría que ser tremendamente convincente: no podía permitirse el lujo de que la rechazaran. Necesitaba ese trabajo casi como el respirar. La señora de la casa le atendió en seguida; era más mayor de lo que esperaba, pero tenía un rostro radiante, blanco y libre de arrugas. Parecía afable, incluso le invitó a un surtido variado de galletas y a café con leche. Luisa respiró una gran paz y tranquilidad en esa casa, que tenía una decoración moderna y parecía tranquila y cómoda. Sin duda alguna estaba repleta de buenas vibraciones. La mujer le hizo la entrevista entre risas y chismorreos; no llevaba ni una hora allí y ya parecía que la tratara con más familiaridad que la señora Chambon en dos años de servicio. Luisa habló bien, de hecho había sido la mejor entrevista que había hecho jamás. Había hecho tan buenas migas con la señora que ni siquiera había hecho falta que ésta le comunicara que había sido la elegida. En su interior sabía que aquel era su destino pasara lo que pasara.

La señora le hizo un recorrido por la casa, le explicó las tareas que tendría que hacer y se lamentó una vez más de lo mal que lo había hecho la antigua criada, que la habían despedido hacía apenas una semana por robar parte de la cubertería de plata.

-Esta noche le presentaré a mi marido.- Le dijo mientras recorrían la planta principal-. Es un hombre muy ocupado… ¿Y qué hombre no lo es, verdad?

La llevó hacia una habitación apartada del dormitorio del matrimonio; la puerta estaba cerrada pero desde el pasillo se podía oír la ligera melodía de una caja de música infantil. La señora abrió la puerta; la habitación estaba empapelada de rosa, incluso las cortinas eran rosas. En el suelo había una muchacha jugando con una niña más pequeña en sus brazos. La niña sujetaba una muñeca entre las manos mientras no dejaba de mirar a la desconocida que la observaba desde el marco de la puerta.

-Esta es Berta, la niñera. Y ella… ella es mi princesa, mi ojito derecho

y el de su padre: Valeria Matilde Montoro.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todos aquellos quienes durante la realización de este proyecto no dejaron de apoyarme y de confiar en mí; el hecho de dedicar parte de vuestro tiempo en la lectura de mi manuscrito durante el proceso de creación es ya motivo de reconocimiento. Además, quiero dar las gracias a mi pareja, por motivarme y aguantar estoicamente mis subidas y bajadas; también a mis abuelos, quienes han sido inspiradores, genuinos y protagonistas de algunas historias; y por último a mi madre, por eliminar día y noche el fantasma de la inseguridad y la duda, por ser mi admiradora más incondicional y mi pilar en lo que soy ahora y en lo que puedo llegar a convertirme.